

Relaciones militares y diplomáticas de Cartago en el Mediterráneo Occidental (410 - 221 a.n.e.)



Roger Riera Vargas

Relaciones militares y diplomáticas de Cartago en el Mediterráneo Occidental (410-221 a.n.e.)

Roger Riera Vargas

Directores

Toni Ñaco del Hoyo

Fernando López Sánchez



Programa de Doctorado: Cultures en Contacte a la Mediterrània
Departament de Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana
Universitat Autònoma de Barcelona
2015

*Als meus pares i al meu germà,
pel seu suport incondicional*

SUMARIO

Agradecimientos	v
Abreviaturas	ix
Resumen	xi
<i>Abstract</i>	xiii
1. Introducción	1
1.1. Contextualización	1
1.2. Presentación de la problemática y objetivos de la tesis	4
1.3. Metodología	4
1.4. Antecedentes historiográficos. Los estudios sobre diplomacia y mercenariado en Occidente	6
1.5. Estructura de la investigación	7
2. El sistema político cartaginés	11
2.1. Sufetado	16
2.2. El Consejo (o Tribunal) de los Ciento Cuatro y la revolución oligárquica en Cartago	19
2.3. El Senado	24
2.4. La Asamblea del Pueblo	28
2.5. Resumen	30
3. El ejército cartaginés	33
3.1 Estructura de mando	37
3.1.1. Identificación epigráfica y duración del cargo	38
3.1.2. Colegialidad	40
3.1.3. Poderes	48
3.1.4. Dinastía	49
3.2. Ejército de tierra	52
3.2.1. Infantería	53
3.2.2. Caballería	64
3.2.3. Elefantes de guerra	65
3.2.3.1. El elefante en combate	67
3.2.4. Carros de guerra	74

3.3. Ejército de marina	75
3.3.1. Los puertos	76
3.3.2. Las naves	78
4. Los vecinos norteafricanos	83
4.1. Contexto histórico y geográfico	83
4.2. Relación político-jurídica con Cartago. Expansión africana de Cartago	87
4.2.1. Las provincias cartaginesas	89
4.3. Evolución histórica e incorporación al ejército cartaginés	93
4.3.1. Menciones a tropas africanas en el ejército cartaginés	93
4.3.2. Las revueltas libias de la primera mitad del siglo IV	95
4.3.3. Las revueltas libias de la segunda mitad del siglo IV	96
4.3.4. La Guerra de los Mercenarios (o Guerra Inexpiable)	98
5. El avispero siciliano	99
5.1. Contexto histórico y geográfico	99
5.1.1. La población siciliota	100
5.1.1.1. La revuelta de Ducecio	102
5.1.1.2. Segesta y Selinunte	103
5.1.2. La llamada <i>epikrateia</i> púnica	104
5.1.3. Las tiranías de las ciudades griegas	106
5.2. Relaciones político-militares con el estado cartaginés	108
5.2.1. El inicio de la moneda fenicio-púnica	110
5.2.1.1. La acuñación de moneda cartaginesa	112
5.2.2. La expedición de Aníbal en el año 410	114
5.2.3. Las guerras contra Dionisio el Viejo (397-358)	125
5.2.4. El avispero en ebullición: Dionisio el Joven, Timoleón, Cartago e Hicetas	133
5.2.5. El conflicto se expande: las ofensivas de Agatocles y de Pirro	137
5.2.6. Campo de batalla: Sicilia (264-241)	139
5.3. Sicilia en el contexto Mediterráneo	142
5.3.1. La alianza de Siracusa con Esparta	144
6. El granero mercenario ibero	147
6.1. Contexto histórico	147
6.1.1. La presencia fenicia en Iberia	150
6.1.2. Los pueblos iberos en la protohistoria de la península Ibérica	156
6.1.2.1. El sur peninsular	157
6.1.2.2. Levante	158
6.1.2.3. El nordeste peninsular	159
6.1.3. El sistema político de los iberos	161
6.2. Relaciones político-militares con el estado cartaginés	166
6.2.1. Las evidencias literarias	168
6.2.2. Las evidencias numismáticas	170

6.2.3. Las evidencias arqueológicas	181
6.3. Conclusiones: El papel de los mercenarios iberos en el Mediterráneo	187
7. La multipolar península Itálica	195
7.1. Contexto histórico y geográfico	195
7.1.1. Los pueblos antiguos de la península itálica: breve Contextualización en los siglos V-IV	195
7.1.2. Etruria	198
7.1.3. Roma	202
7.1.4. La Magna Grecia	207
7.2. Relaciones político-militares con el estado cartaginés	209
7.2.1. Etruria y Cartago	209
7.2.2. Las relaciones entre las ciudades griegas del sur de Italia y Cartago	213
7.2.3. Los tratados romano-cartagineses	216
7.3. Cartago e Italia: de aliados a enemigos	218
8. La Galia meridional	221
8.1. Contexto histórico	221
8.1.1. Sobre la cuestión étnica: celtas, galos, ligures, segóbrigues y elisices	222
8.1.2. Masalia y las colonias griegas	227
8.1.3. La llegada de los volcos	229
8.1.4. La huella fenicia en la Galia anterior al siglo V	231
8.2. Relaciones político-militares con el estado cartaginés	233
8.3. Rutas y migraciones de los galos en el contexto del Mediterráneo Occidental	241
9. Conclusiones (castellano)	245
9.1. Análisis histórico de un proceso macroregional	245
9.2. La “Gran Partida”: La estrategia política de Cartago. Asuntos diplomáticos y militares	248
9.3. Evolución de las áreas de reclutamiento	250
9. <i>Conclusions (english)</i>	259
9.1. <i>Historical analysis of a macroregional process</i>	262
9.2. <i>The “Big Game”. Carthage’s political strategy: diplomatic and military affairs</i>	263
9.3. <i>Development of recruitment areas</i>	263
Bibliografía	273
Anexo 1: Textos de Polibio y Aristóteles.	301
Anexo 2: Friso cronológico	304

AGRADECIMIENTOS

Una vez terminado este reto personal y académico es inevitable -y recomendable- que uno vuelva la cabeza hacia atrás y contemple el largo recorrido que ha llevado a cabo durante tanto tiempo. Imagino que los altibajos, las incertidumbres, las aceleraciones y los periodos de estancación son algo común en la mayor parte de los casos, más aun teniendo en cuenta que la carrera académica no es aliena a la vida personal. Pero lo importante es que llegados a este punto, uno se sienta satisfecho del trabajo realizado. En mi caso, así es. En un espectro geográfico y temporal tan vasto como el que aquí se analiza es lícito preguntarse si todo cuanto se ha leído, estudiado y analizado es suficiente como para fundamentar el desarrollo y las conclusiones que aquí se presentan. La producción literaria científica es cada vez mayor y la acumulación de información puede llegar a resultar desbordante. Conscientes de ello, uno de los aspectos que más nos preocupaba al plantearnos esta tesis doctoral fue la de la gestión y administración de la información; un aspecto que cobra especial sentido cuando el director de tesis domina totalmente la actualidad de las publicaciones sobre la Antigüedad e inunda al novato doctorando con miles de documentos digitales, docenas de libros y decenas de archivadores llenos de artículos fotocopiados durante su primera semana de trabajo. Ahora, casi cinco años más tarde, no puedo sino agradecer al Dr. Toni Ñaco su incansable labor de apoyo, dirección y consejo en la elaboración de esta investigación. Todo ello, además, sin contar que fue gracias a él y a su proyecto que he podido disfrutar de una beca FPI del Ministerio de Economía y Competitividad (anteriormente, de Innovación y Ciencia) del Gobierno español durante cuatro años, sin la cual este trabajo hubiera sido irrealizable. Vayan para él, pues, los primeros agradecimientos.

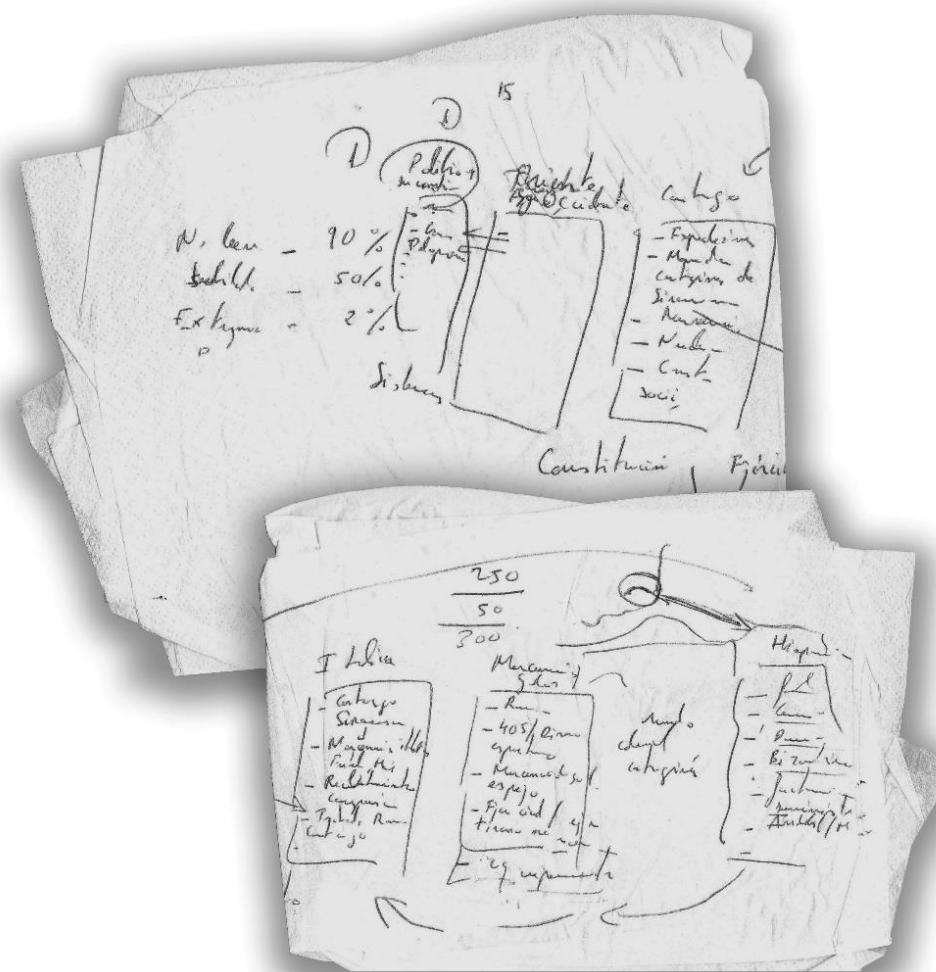
Sin embargo, el planteamiento inicial de la tesis no fue sino de mi codirector de tesis, el Dr. Fernando López Sánchez. Recuerdo nítidamente la noche en la cual nos reunimos mis dos codirectores y yo en un humilde restaurante tailandés en Oxford. Terminando mis estudios de máster y pese a no tener muchos números para conseguir una beca predoctoral, mi voluntad era la de iniciar mi carrera académica hasta dónde y cuándo pudiera llegar. Pero no conseguía encontrar un tema, una problemática historiográfica que encajara en mi perfil y fuera que además fuera algo novedoso. Fernando y Toni me recomendaron que ampliara mis horizontes conceptuales (pues yo me estaba especializando por aquella época en estudios relacionados con el mundo ibérico) y analizara los fenómenos del Mundo Antiguo desde una perspectiva más global, haciendo hincapié en los contactos y relaciones entre distintos estados y territorios. Fue durante esa cena, que Fernando, a falta de un soporte mejor a nuestro alcance, empezó a garabatear sobre una servilleta una propuesta de investigación que finalmente se iba a convertir en el esqueleto de esta tesis. No quería agradecer a Fernando su apoyo en esta tesis sin dejar de mencionar este momento clave, aunque por supuesto su trabajo ha ido mucho más allá, especialmente en el campo de la numismática y en saberme transmitir esta concepción de que “todo está relacionado con todo”.

No voy a enjabonar con palabras dulces a todo aquél que haya pasado a mi lado durante este tiempo para ser políticamente correcto y por tanto no voy a alargarme innecesariamente en este primer apartado. Pero al César lo que es del César. Y en este sentido quiero agradecer sinceramente a toda aquella gente que ha estado a mi lado en estancias al extranjero y me ha acompañado tanto durante el tiempo académico como fuera de él. Con especial emoción mantengo vivo el recuerdo de mis días en la ciudad de Roma junto a un buen puñado de colegas: Ana Portillo, Juan Pablo López, Pablo Molina, el Dr. Javier Salido, la Dra. Carla Rubiera y Jorge el Cántabro. Mi estancia en Oxford fue sin duda mucho más llevadera junto al Dr. Javier Rodríguez Corral y al Dr. Enrique García Riaza, dado que el mundo anglosajón constituye para un hombre puramente mediterráneo como yo, un salto cultural bastante notable. Su amplia experiencia y su abierto carácter fueron para mí de gran ayuda en uno de los momentos claves de la investigación

Como mencionaba al inicio, la vida académica discurre junto a la personal y es inevitable que a menudo se entremezcle y sea una sola. Y en este plano, quiero reconocer el apoyo que me han brindado mis padres, Josep y Àngels, y mi hermano, Jordi, en todo este tiempo. No tan sólo han demostrado una fe inquebrantable hacia mi labor -no muchas veces comprendida en el mundo extraacadémico-, sino que además me han ayudado con un análisis crítico de la investigación - cosa aún menos común- aportando un punto de vista exterior, fresco y crítico a la misma.

Y por supuesto a Anna Casellas, junto con quién he compartido innumerables horas de trabajo y cuya dedicación a su propia tesis ha constituido un ejemplo a seguir; recorrer juntos este periodo vital ha sido una maravillosa coincidencia, pero más allá de lo académico debo agradecérselo en lo personal, por estar siempre a mi lado en las horas más sombrías.

Por todo ello, gracias.



La evidencia literaria acerca de los inicios de esta investigación.

ABREVIATURAS

- KAI *Kanaanäische und aramäische Inschriften* DONNER, H. y RÖLLIG, W. (Weisbaden, 1962-1964)
- CIA *Corpus Inscriptionum Atticarum*
- CIS *Corpus Inscriptionum Semiticarum*
- FGrH *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, F. Jacoby (Leiden/Berlin, 1923-)
- IG *Inscriptiones Graecae* (Berlin, 1903-)
- SNG Cop. *Sylloge Nummorum Graecorum. The Royal Collection of Coins and Medals* (Copenhagen, 1942-).

RESUMEN

La tesis doctoral que se presenta a continuación tiene como propósito investigar la red diplomática y las relaciones de índole militar que se establecieron en el Mediterráneo Occidental a través de la ciudad de Cartago. El marco cronológico se enmarca entre los siglos V y III a.n.e., coincidiendo con el momento de mayor apogeo político de la ciudad. Es, por tanto, un estudio de amplio espectro cronológico y espacial, que abarca este fenómeno desde sus inicios hasta su culminación en época de Aníbal, aunque sin entrar propiamente en ésta última. Este análisis histórico se realizará a través del estudio de varios aspectos: el mercenariado, los tratados diplomáticos, las alianzas políticas y el estudio de la guerra en su papel de motor histórico.

La metodología que utilizaremos en el desarrollo de la investigación es de carácter multidisciplinar. Debido a la escasez de evidencias arqueológicas y literarias acerca de la civilización púnica -en comparación con otras culturas o períodos-, ésta parece ser la mejor vía de aproximación a su conocimiento histórico. Aun reconociendo un papel preponderante de la literatura clásica en el discurso que sigue, hemos tratado de explotar y combinar todos los datos posibles procedentes de la arqueología, la numismática, la epigrafía y la filología. Así, trataremos de organizar un discurso que armonicé todos estos datos para satisfacer el objetivo final: demostrar la existencia de un *Mare Punicum*, antes que el *Mare Nostrum*.

La investigación ha sido dividida en capítulos que abordan la problemática desde un área geográfica con entidad propia: el norte de África, Iberia, la Galia meridional, la península Itálica y Sicilia. Cada una de estas regiones albergó a un número heterogéneo de pueblos, todos ellos en distintas etapas de evolución cívica. A fin de poder analizar con rigor las relaciones de cada uno de estos pueblos con Cartago, los capítulos se dividen en tres bloques. El primero de ellos aporta una contextualización histórica y geográfica para todos aquellos pueblos, con especial hincapié en las relaciones que tuvieron con el comercio fenicio en épocas anteriores al siglo V.

Posteriormente se analizan las relaciones militares y diplomáticas con el estado cartaginés en sí. Finalmente se extrapolan los resultados al contexto mediterráneo a fin de valorar la evolución de estas relaciones.

Se aborda también la organización política y militar de la propia Cartago. Entendemos que si queremos analizar los fenómenos diplomático y mercenario, parece obvio que debamos conocer cuál era la naturaleza de estos aspectos en la entidad que los impulsó. Se trata fundamentalmente de temas poco conocidos y muy debatidos en el sino de la historiografía actual, que expondremos a debate.

Finalmente el fenómeno en conjunto será analizado en un capítulo final, tratando de aportar una visión global y dinámica. Se incide también sobre la importancia de interpretar este proceso histórico como un fenómeno multipolar, y no como un patrimonio exclusivo cartaginés; mientras Cartago tejía su compleja y extensa red de alianzas, muchas otras ciudades, con mayor o menor fortuna, trataron de impulsar el mismo proceso. Roma, Siracusa o Masalia fueron algunas de ellas. Creemos que tan sólo conociendo las dinámicas, los objetivos y la evolución de todos estos territorios de forma conjunta, podremos entender muchos de los aspectos o episodios que no parecen explicarse por sí mismos, sin el contexto general adecuado.

ABSTRACT

The purpose of this dissertation is to investigate the diplomatic network and military relations that were established in the Western Mediterranean by the city of Carthage. The chronological framework is defined between the 5th and 3rd centuries BCE, which coincides with the time of the city's political peak. Thus, this paper will study a wide chronological and spatial spectrum, which spans this era from its beginnings until its culmination at the time of Hannibal (221), but without covering the latter fully. This historical analysis will be conducted by studying various aspects: mercenaries, diplomatic treaties, political alliances and the study of war in its role as a driving force of history.

A multidisciplinary methodology will be used to develop this research. Due to the shortage of archaeological and literary artefacts pertaining to the Punic civilization, in comparison to other cultures and eras, this seems to be the best way to approach its historical discovery. Whilst recognising the prevailing role of classical literature in the following discourse, we have tried to utilise and combine all possible data originating from archaeology, numismatics, epigraphy and philology. In this way, we will try to arm a discourse that reconciles all the data in order to achieve the final objective: to prove the existence of a *Mare Punicum*, before a *Mare Nostrum*.

The PhD dissertation has been divided into chapters that each address the core issue from a geographical region with its own identity: North Africa, Iberia, Southern Gaul, the Italian peninsula and Sicily. Each of these regions was home to a number of diverse peoples, all in different states of civic evolution. In order to thoroughly analyse the relations between each of these nations with Carthage, the chapters are divided into three segments. The first segment provides a historical and geographical context for all these nations with particular emphasis on the relationship they had with

Phoenician trade prior to the 5th century. Subsequently, we will analyse military and diplomatic relations with the Carthaginian state itself. Finally, the results will be compared to a Mediterranean context with the aim of assessing the evolution of these relations.

The political and military organization of Carthage is also addressed. We realise that if we wish to analyse diplomatic and mercenary phenomena, it seems clear that we should also discover what was the nature of these aspects in the organization that drove them. It essentially deals with issues that have been highly debated but where very little is known about in current historiography, which we will put forward for discussion.

Lastly the phenomenon as a whole will be analysed in the final chapter, aiming to piece together a global and dynamic vision. It also has a direct bearing on the importance of interpreting this historical process as a multipolar phenomenon and not as an exclusive Carthaginian heritage. Whilst Carthage was weaving its complex and extensive network of alliances, many other cities for better or worse, were trying to fuel the same process. Rome, Syracuse and Massalia were among these. We believe that by merely discovering the dynamics, objectives and evolution of all these territories collectively, we will be able to understand many of the aspects or incidents that seemingly cannot be explained by themselves without the appropriate general context.

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Contextualización

Investigar, interpretar y comprender. El estudio del mundo antiguo exige un esfuerzo notable sobre quiénes se atreven -y tienen la fortuna- de poder dedicar parte de su vida a la carrera académica. *Investigar*, pese a sus dificultades, constituye la parte más sencilla de toda la operación. La recopilación de datos, su gestión y armonización no es sino que la primera de las tareas de cualquier trabajo académico, y esta tesis doctoral no es una excepción, pese a contar, como veremos, con algunos hándicap particulares. *Interpretar* toda esta amalgama de datos, en la era de la información, significa poder abstraerse de las lecturas e intentar recomponer un rompecabezas de tamaño descomunal, probando, una a una, qué pieza puede conectarse con otra, qué dato puede relacionarse con otro. Y si el investigador ha llegado a reconstruir una parte de ese rompecabezas, la recompensa es esquiva: no hay comprobación posible. No podemos, por el momento, comprobar la veracidad de nuestras teorías. A diferencia del físico o del matemático, no nos es permitido disfrutar del placer de saber que aquella hipótesis, *es*, y se convierte en regla. He aquí que el historiador tiene que exigirse la mayor exactitud en la investigación sobre las evidencias -arqueológicas, literarias, numismáticas, epigráficas-, para poder apoyar sus teorías y llegar, como máximo, a un "alto grado de probabilidad". Sin embargo existe aún un tercer eslabón, quizá el más difícil de todos y el más teórico. *Comprender* los fenómenos, procesos o acontecimientos en la historia constituye el clímax del historiador, precisamente porque raras veces se consigue. El ser humano, nuestro protagonista y objeto de estudio, no siempre, ni mucho menos, responde a modelos estrictos, comportamientos predecibles o decisiones razonables. Esa es, quizás, una de las pocas verdades absolutas a disposición del historiador. Discusiones metodológicas y tendencias historiográficas aparte, el ser humano, más que ningún otro ser vivo, actúa durante su vida con un notable grado de impulsividad, lo emocional afecta casi siempre en la toma de

sus decisiones, y esta presunción adquiere especial importancia cuando las decisiones de un sólo hombre -un rey, un general, un emperador- afectan a otros miles de personas.

La investigación de esta tesis doctoral pretende aportar al conocimiento histórico una visión de conjunto de un momento y de un lugar que la tradición historiográfica ha tendido a estudiar de forma regional. Este momento y este lugar son los siglos V-III a.n.e. del Mediterráneo Central y Occidental. Dentro de este contexto, nuestro foco de atención no va más allá de centrarnos en un aspecto concreto, pues cualquier otra pretensión sería inabarcable con el nivel de profundidad y detalle que una tesis doctoral exige. Este aspecto, sobre el cual edificaremos nuestra investigación, y que utilizaremos como eje conductor, son las relaciones militares y diplomáticas que se llevaron a cabo entre los distintos poderes políticos en este vasto espacio. Las peculiaridades del periodo, que analizaremos más adelante, propiciaron un gran incremento de relaciones entre potencias emergentes, estados consolidados, líderes tribales y caudillos mercenarios procedentes de áreas que hasta ese momento se encontraban en la periferia de las grandes civilizaciones mediterráneas.

El título de esta tesis, *Relaciones militares y diplomáticas de Cartago en el Mediterráneo Occidental (410-221 a.n.e.)*, define un concepto a discutir en un espacio y un tiempo muy concretos. Entre estas dos fechas el poderío y la influencia cartaginesa sobre la mitad occidental del Mediterráneo se convierte, en un motor fundamental del devenir histórico. Superada la primera fase de exploración, contactos con indígenas, y establecimiento o apropiación de colonias y factorías sobre el norte de África, el levante de la península Ibérica y Sicilia, la ciudad de Cartago se encuentra en un momento de apogeo. Dicho de otro modo, Cartago es el mínimo común denominador que pone en contacto estos territorios entre sí; como lo será Roma a partir del siglo II, con un grado de interacción mucho mayor. Pero para entender correctamente este proceso es necesario conocer sus antecedentes históricos. Así pues, no tan solo dedicamos una buena parte del estudio a la evolución histórica de la ciudad desde sus inicios sino que fijamos especialmente nuestra atención en la totalidad del siglo V. En aquella centuria, efectivamente, se producen dos episodios históricos que afectan profundamente a la ciudad. El primero de ellos es la fallida ofensiva sobre Sicilia en el año 480, que termina en la derrota frente a las murallas de la ciudad de Hímera. El segundo, la revolución política que se produjo en Cartago a mediados de siglo. Ambos episodios explican y determinan buena parte de las decisiones políticas posteriores.

La decisión de tomar como fecha de partida un año tan concreto como el 410 no es aleatoria. Aquel fue el año en que la ciudad siciliana de Segesta pidió ayuda militar a Cartago para frenar los ataques de la vecina Selinunte, una guerra cuyos orígenes se encuentran en la fallida expedición ateniense sobre Siracusa unos pocos años atrás. Esta invitación fue aceptada por Cartago, que al año siguiente envió un enorme ejército al mando de Aníbal, dando comienzo así a dos centurias de guerras por el control de la isla entre Siracusa y Cartago. La metrópolis africana ya había desembarcado grandes ejércitos en la isla con anterioridad. Especialmente reseñable fue la campaña del año 480, una guerra que posiblemente formara parte de una estrategia conjunta con Persia. Sin embargo, los cartagineses fueron derrotados por el tirano Gelón -según la tradición clásica, el mismo día en que Leónidas hacía frente al propio Jerjes en las Termópilas (Diod. XI, 24, 1)-, y por un espacio de 70 años, la influencia púnica sobre la isla quedó reducida a su parte más occidental, dónde parece que no hubo enfrentamientos

reseñables. En cambio, durante este mismo periodo de tiempo acontecieron una serie de cambios en Cartago durante el cual se consolidó territorial y políticamente: se reforzaron los vínculos con las colonias, se consolidó el dominio territorial en el hinterland africano y se produjo una revolución política que terminó con la dinastía magónida. La ciudad que conocemos de finales del siglo V era ya una potencia madura. Además, la campaña sobre Sicilia del 409 inicia un nuevo fenómeno: la acuñación de moneda por parte de Cartago para el pago de sus tropas mercenarias. Pese a que se conocía la existencia de monedas en el mundo oriental fenicio y en la Magna Grecia, hasta ese momento Cartago no había acuñado nunca moneda propia. Aún con la complejidad que entraña el estudio de la moneda cartaginesa aquel acontecimiento ha dado a los arqueólogos e historiadores un rastro de evidencias para identificar los movimientos de mercenarios cartagineses por el Mediterráneo.

En este sentido, la campaña del año 409 no sólo implicó a la isla de Sicilia, aunque ésta fuera su escenario bélico. Esta confrontación afectó a muchos otros territorios de forma directa e indirecta y desató una serie de acontecimientos trascendentales: el reclutamiento de mercenarios en el norte de África e Iberia por parte de Cartago, las expediciones de saqueo de Dionisio en Italia, los acuerdos entre Roma y Cartago, el apoyo militar mutuo entre Siracusa y el Peloponeso o los movimientos de población gala hacia el sur de la península Itálica, entre muchos otros.

De forma simultánea se suceden otros conflictos en Occidente, de mayor o menor envergadura, cuyos resultados provocan la aparición de nuevas potencias. El caso más conocido, por ser el mejor documentado, es, por supuesto, el de la ciudad de Roma. Con una fecha tan emblemática como el 396, cuando cae la ciudad etrusca de Veyes después de un largo asedio de 10 años, Roma inicia su expansión por el centro de la península Itálica. Su progreso de conquista es exponencial; en pocas décadas de guerra ininterrumpida logra someter a sus vecinos más inmediatos, ecuos, volscos y hérnicos y a mediados del siglo IV se encuentra tratando con la poderosa Cartago y a punto de invadir el Samnio. Tres guerras y 53 años más tarde, los samnitas se arrodillan. A partir de ese momento, Roma entra en otro contexto. Primero a través de las ciudades griegas del sur de la península y luego con Pirro, el horizonte de repente se amplía; se ponen en contacto mundos, culturas y formas de guerra hasta entonces desconocida por la inmensa mayoría de romanos.

Sin embargo, he aquí algo que notar. Teniendo en cuenta la exitosa trayectoria histórica de Roma en siglos posteriores, la mayor parte de las fuentes clásicas que nos han llegado proceden del ámbito grecolatino. Aunque pocas de ellas fueran contemporáneas a los acontecimientos de los siglos IV o III, sus relatos se desarrollan casi siempre en torno o en relación a Roma. Esta circunstancia no merma la calidad de estas fuentes; simplemente eligieron contar como era en el pasado la ciudad que los gobernaba en su presente. No obstante los historiadores posteriores han magnificado en ocasiones la importancia de la historia de Roma durante la república media, en función de su hegemonía ulterior. Roma en el siglo IV no era más que una de las muchas ciudades italiotas que guerreaban por la hegemonía territorial y política de su espacio vital. Ciento que no era poca importancia, pero muchas otras ciudades italianas estaban al menos a su altura en ese momento: Capua, varias ciudades etruscas -como la ya mencionada Veyes-, Caere, Cumas o Tarento, entre otras. La única

diferencia entre ellas es que, ya fuera a través las armas o ya mediante la diplomacia, Roma logró imponerse, dos siglos más tarde, sobre todas ellas.

Hemos cerrado esta investigación en el año 221. Y naturalmente, tampoco se trata de una fecha escogida al azar. Fue entonces cuando, a la muerte de Asdrúbal en Iberia, su cuñado Aníbal Barca tomó las riendas del ejército bárcida y poco después fue ratificado por el senado cartaginés. Tres años más tarde estalló la Segunda Guerra Púnica. El ejército anibálico fue la culminación del fenómeno político y militar que hemos intentado desentrañar en esta obra. Sin embargo, la cantidad de literatura científica y de información acerca de ese conflicto es mucho mayor que aquella respecto a los doscientos años precedentes. De modo que, teniendo en cuenta la limitación de tiempo que se nos ha impuesto, la incorporación del periodo anibálico no nos pareció factible.

1.2. Presentación de la problemática y objetivos de la tesis

Sin duda conviene señalar el porqué de este estudio. Aunque hoy en día la labor investigadora en historia no necesite legitimación alguna, sí es preciso que ésta tenga por objetivo ampliar nuestros conocimientos sobre una problemática en particular, o bien reformular y revisar aquellos conceptos o fenómenos que, a través de nuevos datos, hayan quedado superados. Somos conscientes que un estudio doctoral es una prueba de validación de calidad investigadora pero no basta con reunir grandes cantidades de datos, ordenarlos y presentarlos de forma atractiva.

Así pues, decidimos comprometernos con una investigación que aportara un punto de vista original y novedoso. Este objetivo, en suma, no es otro que demostrar el alto grado de interconexión que se creó en el Mediterráneo Occidental entre los siglos V-III a.n.e. auspiciado por Cartago. Una interconectividad que se consolidó a lo largo de este periodo y que ya nunca más volvió a disolverse. Durante el siglo V el estado cartaginés empezó a tejer una red no sólo comercial, sino también diplomática y militar que movilizó una multitud de recursos materiales y humanos hasta cotas nunca antes alcanzadas en esta parte del Mediterráneo. Siguiendo la idea de Klaus von Clausewitz de que la guerra no es más que la prolongación de la política mediante el uso de la fuerza, queremos investigar la movilización de tropas indígenas, de mercenarios y de ciudadanos, así como el establecimiento de alianzas militares y de tratados de repartos de influencia que convirtieron Cartago en la principal potencia del Oeste.

1.3. Metodología

En un ámbito territorial tan extenso como son los pueblos del Mediterráneo Central y Occidental y en un periodo igualmente amplio de doscientos años, es lícito preguntarse aquello que puede aportar este estudio al conjunto de la investigación. Fundamentalmente, queremos centrarnos en dos aspectos que nos parecen de importancia fundamental: a) estudiar la problemática cartaginesa desde un punto de vista macroregional; b) abordar dicha problemática desde la multidisciplinariedad.

No es necesario volver a incidir sobre la escasez de material historiográfico que afecta a este periodo en el Mediterráneo Occidental en comparación con el Mediterráneo Oriental. Por lo tanto, creemos totalmente indispensable abordar esta investigación utilizando los diversos recursos disponibles -epigráficos, numismáticos, arqueológicos, literario- como hicieron en su momento algunas de las grandes referencias sobre el mundo púnico como M. Fantar o D. Hoyos¹. De esta forma, un estudio multidisciplinar en este ámbito no es un ejercicio meramente complementario sino un trabajo imprescindible. En este sentido, no es difícil encontrar una problemática histórica en los estudios que atañen al mundo cartaginés; el verdadero problema es que en la mayor parte de ellas las evidencias son tan escasas que, hoy por hoy, no pueden ser resueltas. El funcionamiento político y militar de Cartago es un buen ejemplo de ello. Disponemos de muy pocos datos, mayoritariamente de carácter literario, que puedan informarnos del funcionamiento interno de una de las mayores potencias del Mediterráneo. Y aun así, esos datos reflejan realidades anacrónicas, pues tales pinceladas de información hacen referencia a un amplio arco cronológico. Con toda probabilidad, el sistema político cartaginés padeció cambios y evoluciones a lo largo de su historia, y lo mismo puede afirmarse en cuanto a su organización militar. Sin embargo, resulta complicado recomponer el rompecabezas con tan pocas fichas.

Esta parquedad documental no es exclusiva. Al caso paradigmático de Cartago le siguen muchos otros: el mundo ibérico, con sus especificidades territoriales; el galo, con sus contactos en el sur con íberos, griegos y etruscos; el norte de África, con unos reinos de los que tan sólo disponemos de informaciones muy posteriores; e incluso el propio mundo itálico, que fuera del ámbito romano plantea problemas históricos casi irresolubles. Tenemos la convicción, no obstante, y vamos a tratar de demostrarlo en esta tesis doctoral, de que los pueblos que bañaban el Mediterráneo en época clásica estuvieron mucho más relacionados de lo que pudiera pensarse. El abismo tecnológico que nos separa de la antigüedad tiende a crear la idea que las limitaciones tecnológicas (en navegación y en vehículos terrestres) y logísticas (redes de caminos, puertos, etc) limitaron en gran medida el contacto entre civilizaciones. Sin embargo, cada vez son más numerosos los indicios que apuntan a que estas interacciones fueron mucho más allá de aquellas estrictamente comerciales.

Una de las ideas que queremos transmitir es que nunca podremos comprender adecuadamente la evolución de una ciudad, estado o pueblo si tan sólo fijamos el foco de atención sobre él mismo. Al contrario, debemos tener en cuenta que la influencia, la interacción y los procesos sociales y políticos de sus vecinos indudablemente tuvieron consecuencias sobre dichos sujetos. Las sociedades son permeables al flujo de ideas, mercancías y personas, y de esta forma se adaptan, se transforman y evolucionan. Algunas veces estas interacciones de producen de manera más violenta o por imposición, pero en la mayoría de los casos son consecuencia de interacciones más graduales. Baste citar en este sentido la influencia que ejercieron las colonias griegas ubicadas en la península Ibérica sobre los pueblos indígenas del nordeste peninsular. Lo mismo cabe decir de las factorías fenicias y púnicas de la costa ibérica meridional o del norte de África. Un ejemplo aún más claro: ningún historiador osaría realizar una investigación sobre la isla de Sicilia sin tener en cuenta la presencia púnica y griega en la misma.

¹ Fantar, 1993a, 1993b; Hoyos, 2010.

En cuanto al apartado metodológico, existe aún una última consideración que tener en cuenta. Como el lector puede comprender, resulta imposible abarcar toda la literatura científica actual de todos y cada uno de los territorios que se incluyen en esta investigación. Aunque nuestra voluntad es la de centrarnos en los aspectos políticos y militares de la antigüedad, estas materias se encuentran estrechamente relacionadas con muchos otros aspectos de los cuales no pueden desligarse. Conscientes de ello, hemos preferido dedicar una especial atención a las fuentes literarias clásicas, quizá en detrimento de una mayor profusión de literatura científica moderna.

1.4. Antecedentes historiográficos. Los estudios sobre diplomacia y mercenariado en Occidente

Uno de los primeros aspectos que busca un joven investigador al empezar a recorrer el camino hacia una tesis doctoral es la búsqueda de algo novedoso u original. Sin embargo, y aunque existen muchas problemáticas históricas, encontrar algún aspecto novedoso en función al material existente (literario, arqueológico, epigráfico o numismático), no es tarea fácil.

Nuestra investigación pretende aportar un enfoque global y diacrónico sobre el mundo filocartaginés del Mediterráneo Occidental. En los siguientes capítulos abordaremos otros grandes temas historiográficos como son el fenómeno del mercenariado, las instituciones políticas y militares de Cartago, su moneda, la civilización ibérica, la gala, la Roma antigua, las tiranías griegas de Sicilia, etc. Sobre estos temas existen infinidad de obras monográficas que iremos incorporando al discurso en su momento adecuado, pero no tantos los estudios que centren su atención en un fenómeno suprarregional, como es nuestro objetivo.

En este sentido cabe destacar algunas obras de referencia cuyas aportaciones han sido de gran valor para esta investigación. Entre ellas figura la obra de Anna Chiara Fariselli *I mercenari di Cartagine*, publicado en el año 2002, una magnífica obra monográfica sobre el fenómeno mercenario en el estado cartaginés. Esta publicación recoge toda la información acerca de ellos en las fuentes literarias y las analiza en su contexto histórico, complementando la información con algunos datos arqueológicos y numismáticos. También del norte de Italia procede *Monete puniche. Repertorio epigráfico e numismatico*, de Lorenza Ilia Manfredi, publicado en 1995. En esta ocasión se trata de un corpus numismático de gran valor que pretende abordar el proceso de monetización en Cartago. La misma autora también ha realizado buenas aportaciones en el campo político y administrativo cartaginés.

Por supuesto, si se quiere discutir sobre Cartago, no se pueden obviar los trabajos de Mohammed Hassine Fantar, especialmente su *Carthage. Approche d'une civilisation* (1993), una obra no sólo indispensable por su contenido sino también por su método. Fantar es una de estas figuras polifacéticas que aportan a sus estudios datos procedentes de distintos campos, arqueológico, literario, artístico, etc. complementándolos de manera magnífica.

Precisamente esta multidisciplinariedad, es un aspecto en el que los investigadores españoles, cada vez con más intensidad, han decidido seguir, hecho que ha comportado un avance notable en la calidad de la investigación. Una de las conclusiones no previstas de esta tesis

doctoral es la constatación del injusto reducido tratamiento de los trabajos españoles en el mundo académico extranjero. Me parece obligado constatar al respecto que en numerosas obras del mundo anglosajón y alemán -y, en menor medida, francés e italiano-, los estudios procedentes de España son escandalosamente infravalorados. Este hecho no sería tan grave si la calidad de los estudios españoles no hubiera demostrado tan alta calidad como la que tiene actualmente, con autores de la talla de C. González Wagner, E. Ferrer Albelda o L. A. Ruiz Cabrero, entre muchos otros.

Con un estilo directo y claro y una metodología similar a la de Fantar, Fernando Quesada Sanz es otra de las referencias en esta tesis. Sus estudios relativos a la guerra en la antigüedad aportan no sólo un ejemplo de trabajo en cuanto a rigor de contenido sino también en método y estructura. En este sentido subscrivimos totalmente su concepción metodológica que resume la frase “*actuar localmente, pensar globalmente*”. En su profusa obra científica aparecen varios trabajos en relación al ejército púnico y al mercenariado que también han sido una referencia en este campo. Por supuesto, existen muchos más nombres propios cuyos trabajos hemos destacado en sus oportunos apartados y que son citados explícitamente en el momento adecuado.

1.5. Estructura de la investigación

Para poder comprender con claridad el nivel de complejidad en las relaciones internacionales alcanzado por Cartago, debemos empezar por definir cuál y como era la estructura política cartaginesa. Para ello contamos con varios recursos historiográficos, entre los que destacan un fragmento de la obra *Política* de Aristóteles, y otro de las *Historias* de Polibio. En el primer caso, no sólo se trata de un examen notablemente detallado de la constitución cartaginesa sino que, además, esta obra resulta ser contemporánea de nuestro periodo de estudio. Las investigaciones en torno a esta cuestión han suscitado puntos de vista encontrados, de manera que el debate, como analizaremos en el siguiente capítulo, se mantiene abierto. Sin embargo, gracias a recientes estudios centrados en la epigrafía funeraria de la ciudad², es posible plantear nuevas hipótesis en torno a esta cuestión.

Siguiendo con la descripción del contexto histórico cartaginés, el segundo capítulo se ocupa de analizar al ejército púnico. Creemos que es necesario conocer cuáles eran las características de esta fuerza (tanto terrestre como naval) para poder entender las cualidades y las debilidades del mismo, y poder así comprender por qué el peso del mercenariado fue tan grande en la ciudad. De todas formas, no hay que olvidar que el ciudadano cartaginés también participó en la guerra, y no solamente en los puestos de comandancia; veremos que la imagen tradicional del ejército cartaginés formado íntegramente por mercenarios bajo oficiales púnicos, no es exacta. Veremos, además, que pese a sus particularidades, las fuerzas armadas de Cartago estaban plenamente integradas en el estilo de guerra del Mediterráneo central y oriental, y que trabajaban y se organizaban según claros patrones helenísticos. No sólo los descubrimientos arqueológicos de panoplia van corroborando esta relación, también la epigrafía y el arte dan testimonio de ello.

² Especialmente destaca la labor realizada por Ruiz Cabrero (2008).

Especial atención merece el apartado dedicado a la cadena de mando púnica. Una vez reconocido e identificado el cargo de *rb* o *rab* como el máximo cargo militar, se ha podido estudiar con mayor atención las características de esta magistratura, tan alejada de la del cónsul romano como cercana a la del *strategos* griego. Son aún muchas las incógnitas alrededor de esta figura que vamos a tratar de desentrañar a lo largo de este segundo capítulo: duración, colegialidad, poderes, elección, etc. En cambio, sí que disponemos de un buen puñado de nombres propios de generales y de sus operaciones a través de la literatura clásica.

Por supuesto, la marina púnica merece también una gran atención, puesto que durante unos pocos siglos fue el garante y el enlace de esta *koiné* cartaginesa. Su papel frente a Roma y la derrota final en aguas sicilianas comportó grandes consecuencias históricas.

En aras de una mayor comodidad y claridad en la exposición de la tesis hemos decidido dividir esta investigación en capítulos monográficos. Cada uno de ellos se centra en un área geográfica concreta: el norte de África, la península Ibérica, el sur de la Galia, la península Itálica y Sicilia. En estos capítulos haremos una exposición del contexto histórico, étnico y geográfico para después abordar las relaciones de estos pueblos con Cartago, así como con el resto de regiones, en caso de que éstas sean rastreables. Se trata, pues, de un recorrido circular por el Mediterráneo occidental dónde se abordarán guerras, embajadas, tratados y reformas de forma simultánea en varios capítulos a lo largo este periodo del 410 al 221. A medida que este periodo de investigación avanza, el número de relaciones aumenta hasta llegar al estallido de la Segunda Guerra Púnica, que pone definitivamente en conexión a todos estos territorios.

Es necesario aclarar brevemente los límites geográficos que abarcan todos estos capítulos monográficos. Si esta tesis está dirigida a comprender las relaciones entre territorios que baña el Mediterráneo occidental, es evidente que uno de los objetivos que nos proponemos se basa en analizar este espacio sin tener en cuenta los límites políticos actuales, es decir, las fronteras entre estados. Es más, denunciamos esta práctica, tan alejada de lo que entendemos tendrían que ser los estudios históricos. Sólo tiene un sentido estudiar las fases antiguas de la civilización de un territorio en base a las fronteras actuales: la comodidad de su autor. Y esta no puede ser una excusa en ningún trabajo de investigación riguroso. Para empezar, las fronteras entre civilizaciones fluctúan, no son estáticas, y por tanto pocas veces un estado conserva sus mismas fronteras durante varios siglos. En segundo lugar, los límites entre estados en la antigüedad eran en ocasiones difusos, especialmente en áreas de extensas llanuras y baja demografía como el norte de África. A menudo los límites entre pueblos antiguos estaban marcados por cadenas montañosas o ríos, accidentes naturales de fácil reconocimiento. Sin embargo, ni siquiera los Pirineos o los Alpes actuaron como tales en algunas ocasiones. La civilización ibérica no sólo ocupó el levante y el sur de la península Ibérica sino que también se extendió hasta el mediodía francés. Los mismos romanos reconocían la existencia de dos Galias, una a cada vertiente de los Alpes.

Parece evidente, pues, que una división en función de los estados actuales sería erróneo. En lugar de ello hemos estructurado los capítulos en base a unidades geográficas y culturales: Iberia -desde Huelva al Languedoc francés-, el sur de la Galia -que comprende la Provenza

francesa y el noroeste de Italia-, la península Itálica -del norte de los Apeninos hasta el estrecho de Messina-, Sicilia, y, por último, el norte de África -desde la Cirenaica hasta el Atlántico-.

En este mismo sentido no deja de sorprendernos la falta de rigor en muchas publicaciones actuales en relación a la cartografía; y ello, en caso de que sea incluido algún mapa. A menudo se colocan en la misma imagen núcleos urbanos que nunca fueron contemporáneos, se obvian ríos y cadenas montañosas que son imprescindibles para entender las pautas de poblamiento o las líneas de defensa. Por todo ello hemos hecho el esfuerzo de realizar nuestros propios mapas siguiendo las imágenes captadas por satélite en cuanto a condiciones geográficas se refiere. En segundo lugar hemos recurrido a estudios específicos para corregir la línea de costa en época púnica, así como al Barrington Atlas³. Posteriormente hemos identificado en el mapa los topónimos recogidos no sólo de las fuentes literarias sino también numismáticas, recogiendo para ello las teorías más actuales (p. ej. Ferjaoui, 2002). En algunos casos dónde la romanización cambió el nombre de una ciudad, éste se incluye después de una barra [/], mientras que el nombre de la ciudad actual se especifica entre paréntesis en aquellos casos que hemos creído oportunos.

³ Talbert, 2000.

2. EL SISTEMA POLÍTICO CARTAGINÉS

Uno de los aspectos más controvertidos en los estudios que atañen a la ciudad de Cartago es aquel que se refiere a sus instituciones, magistraturas y, en suma, a la organización política y militar del estado. Resulta casi paradójico que una de las constituciones que fuera más alabada y reconocida en la Antigüedad sea para nosotros tan esquiva¹. Y sin embargo, tan sumamente importante². No es para menos; conocer las leyes, las instituciones y el funcionamiento de una gran potencia como Cartago es el paso necesario para comprender en buena medida su engranaje diplomático y militar, sus mecanismos de regulación social y, al fin, el porqué y el cómo de su papel como potencia en el Mediterráneo central y la relación con su imperio colonial. Es por todo ello que aproximarnos a la realidad política de Cartago de los siglos IV y III resulta de especial interés para nuestra investigación. Así pues, ¿qué materiales tenemos a nuestro alcance para abordar esta cuestión? A falta de documentos literarios originales, merced a la destrucción de la ciudad en el año 146, abordamos la problemática fundamentalmente desde tres perspectivas complementarias: la literatura clásica grecolatina, la epigrafía y, desde luego, los numerosos estudios modernos que han tratado esta cuestión, cuyas interpretaciones no son -ni mucho menos- coincidentes, pero que constituyen una sólida base para la discusión científica.

Esta metodología es, de hecho, aquella que han seguido, en mayor o en menor medida, buena parte de investigadores sobre Cartago hasta la actualidad. En lo que a epigrafía se refiere,

¹ Aluden de forma positiva a la constitución cartaginesa Aristóteles (*Pol.* II, 11, 1; 1272b), Polibio (VI, 7, 51, 1), Estrabón (I, 4, 9), Isócrates (*Nic.* 24), Diógenes Laercio (*Vidas*, III, 82, 46)

² Al contrario que otras grandes potencias de la Antigüedad, como Roma o Atenas, el sistema político cartaginés no ha sido objeto de gran atención hasta el primer tercio del siglo XX, pese a excepciones como los trabajos de Wilhem Boetticher y su *Geschichte der Carthagener* (Berlin, 1827) o Émile Bourgeois con *De la constitution carthaginoise* (1882).

contamos con un notable corpus procedente del *tofet* de Cartago, cuya excavación científica se inició en el invierno de 1921-22³, a los que se suman importantes documentos epigráficos hallados en el mundo colonial fenicio-púnico, -como por ejemplo la llamada estela de Nora, de un altísimo valor histórico⁴- . Si bien es cierto que sólo un pequeño porcentaje de ese material puede arrojar luz sobre el marco legislativo de la ciudad, no es menos cierto que se trata de los únicos documentos directos de que disponemos, de modo que cada una de estas piezas resulta de gran valor histórico. Como veremos, disponemos de algunos excelentes estudios que abordan la cuestión aunando ambas disciplinas con resultados mucho más ricos de lo que cabría imaginar dadas las circunstancias. Es poco probable que la literatura grecolatina pueda aportar algún dato más en el futuro; de modo que es en la arqueología dónde debemos centrar nuestras esperanzas de encontrar nuevos datos que permitan avanzar en tan oscuro territorio.

En cualquier caso, a tenor de su mayor concreción y análisis, iniciamos la investigación de la constitución cartaginesa a partir de los testimonios literarios clásicos, pues son pocos y bien conocidos los autores grecolatinos que nos aportan algo de información sobre ella⁵. Y entre ellos, muy especialmente, destacan Aristóteles y Polibio. Por fortuna, la mayor cantidad de información sobre las instituciones políticas cartaginesas nos las transmiten dos autores de reconocido rigor, el primero de los cuales es contemporáneo a nuestro periodo de estudio y el segundo muy cercano a él⁶. Ambos autores comparan el modelo púnico con otros conocidos - lacedemonio y cretense Aristóteles; lacedemonio y romano Polibio-, de modo que poseemos algunas referencias mejor conocidas. Aun así, debemos tener en cuenta la distancia de casi dos centurias que separan ambos autores de modo que, pese a lo tentador que pueda llegar a ser, no podemos complementar los datos de uno y otro sin un análisis previo. El sistema político y las instituciones de los estados cambian con el paso del tiempo, especialmente cuando los equilibrios de poder varían o bien cuando se producen acontecimientos de gran convulsión interna, como son las guerras. Por tanto, debemos admitir que es difícil considerar la poderosa Cartago de mediados del siglo IV, con un imperio colonial que abarcaba toda la costa del Mediterráneo occidental⁷, hubiera mantenido su sistema político intacto hasta los albores de la Tercera Guerra Púnica, en el ecuador del siglo II.

³ En 1874 el francés E. de Saint Marie halló el tofet en una época en que primaba el coleccionismo por encima de la investigación científica y empezó a extraer material de forma mecánica. Sin embargo, aquello verdaderamente trágico fue el hundimiento del barco que transportaba más de 2.000 estelas procedentes del tofet hacia París, perdiendo todo el valioso cargamento. No fue hasta 1921 que F. Icard y P. Gielly reinicieron los trabajos en la zona (Prados 2012: 120).

⁴ Ver Moore Cross (1972). Para un estado reciente de la cuestión y las teorías historiográficas al respecto, ver Pilkington (2012).

⁵ Además de los mencionados anteriormente, también Heródoto, Diodoro Sículo, Tito Livio, Justino, Cornelio Nepote o Apiano, entre otros, aportan información interesante, directa o indirectamente, para conocer el funcionamiento político y militar de Cartago.

⁶ Buenos comentarios acerca de estos pasajes se encuentran en Barker (1948) y Schütrumpf (1994) para Aristóteles, y Walbank (1984) para Polibio; aunque Walbank sea un gran referente aún en la actualidad se muestra más sucinto de lo habitual sobre este tema en particular.

⁷ El concepto de imperialismo cartaginés es aún actualmente tema de abierto debate. Para un análisis específico ver Whittaker, 1978; en contra: Whittaker, 1978, Wagner 1994b; a favor: Picard, 1988; Prados Martínez 2012. Posteriormente volveremos con más atención sobre este asunto, el problema de fondo del cual gira más en torno a la definición del concepto “imperialismo en la Antigüedad” que no sobre la presencia y actividad del estado cartaginés sobre amplias zonas de la costa mediterránea occidental.

Examinemos pues el valiosísimo documento escrito por Aristóteles. Dicho pasaje se encuentra en su obra *Política*, en la cual el filósofo de Estagira reflexiona sobre el modelo ideal de ciudad. Y es en su libro II dónde pone en relación algunas de las constituciones conocidas mejor valoradas en aquél momento.

"Los cartagineses también parecen gobernarse bien y superan en muchas cosas a los demás; en algunas, se acercan extraordinariamente a los laconios. Estos tres regímenes -el de Creta, el de Laconia y este tercero de Cartago- están en cierto modo muy próximos entre sí y son muy diferentes de los demás. Muchas de sus instituciones son buenas. Y una señal de un régimen bien ordenado es que, teniendo un elemento popular, permanezca dentro del orden de la constitución y no haya habido ni sedición digna de decir, ni tiranía⁸.

Tiene instituciones parecidas a las del régimen de Laconia: las comidas en común de las asociaciones políticas [*hetairía*] son semejantes a las *fiditia*, y la magistratura de los Ciento Cuatro a los éforos (pero mejor: mientras los éforos se eligen entre cualesquiera, esta magistratura se elige por las cualidades). Los reyes y el Consejo de Ancianos son análogos a los reyes y Ancianos de Esparta. Y también con la ventaja de que los reyes no son del mismo linaje, ni de uno cualquiera; si hay algún linaje que se distinga, se eligen de él, más atendiendo a la edad; pues una vez establecidos con plenos poderes sobre asuntos importantes, si son gente simple pueden causar grandes daños, como ya los causaron en la ciudad de los lacedemonios.

La mayoría de los puntos que pueden ser criticados, por ser desviaciones, son comunes a todos los regímenes de que hemos hablado. Respecto al principio de base de la aristocracia o de la "república" se inclina en unas cosas hacia la democracia y en otras hacia la oligarquía. Pues los reyes, junto con los Ancianos, si están todos de acuerdo, son dueños de presentar un asunto y de no presentar otro ante el pueblo; si no están de acuerdo también decide el pueblo sobre tales asuntos. Cuando éstos los presentan, conceden al pueblo no sólo el derecho de oír la opinión de los gobernantes, sino de decidir soberanamente, y a quienquiera le es posible oponerse a las propuestas, cosa que no ocurre en los otros regímenes. El de los pentarcas, que deciden soberanamente de muchos e importantes asuntos, sean elegidos por ellos mismos y elijan ellos la magistratura suprema de los Cien, y además ejerzan el poder más tiempo que los demás (de hecho, lo ejercen después de salir del cargo y desde su designación), son rasgos oligárquicos. En cambio, que no reciban un sueldo, ni se elijan por sorteo debe ser considerado aristocrático, y cualquier otra disposición semejante, como la de que todas las causas sean juzgadas por los magistrados, y no unos unas y otros otras, como en Lacedemonia.

Pero sobretodo, la organización de los cartagineses se desvía de la democracia hacia la oligarquía por cierta idea que es opinión de la mayoría: creen que debe elegirse a los magistrados no sólo por sus méritos sino también por su riqueza, pues es imposible que el que carece de recursos gobierne bien y tenga tiempo libre. Si el elegir a los gobernantes según su riqueza es oligárquico, y el hacerlo según sus méritos es aristocrático, el sistema según el cual los cartagineses regulan su organización política sería un tercer modo, ya que mirando a estas dos condiciones los magistrados son elegidos, y especialmente los supremos, los reyes y los generales⁹.

⁸ Más adelante Aristóteles corrige el dato y especifica que un tal Hannón aspiró a la tiranía en Cartago (*Pol.* V, 7, 4; 1307a); también cita a Cartago como ejemplo de que un régimen tiránico puede convertirse en aristocrático (*Pol.* V, 12, 12; 1316a).

⁹ Posteriormente, Aristóteles define al gobierno de Cartago como democrático (*Ari. Pol.* V, 12, 14; 1316b) y, de nuevo, como aristocrático (*Ari. Pol.* IV, 7, 4; 1293b). Aunque parece que el autor se esté contradiciendo mediante esta divergencia de definiciones para Cartago, lo cierto es que Aristóteles simplemente parece destacar uno u otro de los órganos cartagineses según le conviene en el contexto del pasaje, sin que ello implique la inexistencia de los otros.

Pero hay que pensar que esta desviación de la aristocracia es un error del legislador; pues desde un principio una de las cosas más necesarias es procurar que los mejores puedan tener tiempo libre y no caigan en ignominia, no sólo en el ejercicio de su cargo, sino tampoco como particulares. Pero si hay que tener en cuenta la abundancia con vistas al ocio, es malo que puedan comprarse las magistraturas supremas, la realeza y el generalato. Esa ley estima más la riqueza que la virtud y hace a la ciudad entera codiciosa. Lo que los dirigentes tomen como honroso, lo acogerá necesariamente la opinión de los demás ciudadanos, y donde no se estima sobre todo la virtud no es posible que el régimen sea sólidamente aristocrático.

Es lógico que los que han comprado su cargo se acostumbren a lucrarse, cuando lo ejercen a costa de sus dispendios; pues es absurdo que uno que es pobre pero honrado quiera lucrarse, y no lo quiera un hombre inferior después de haber hecho sus gastos. Por eso los que son capaces de gobernar mejor, esos deben hacerlo. Y sería mejor que, aunque el legislador hubiera dejado a un lado la abundancia de las clases superiores, se hubiese cuidado del ocio de los gobernantes.

Puede parecer también mal que una misma persona ejerza varios cargos, práctica que es muy bien vista entre los cartagineses; pues cada labor se realiza mejor al cuidado de uno solo, y el legislador debe velar por ello y no ordenar que la misma persona toque la flauta y haga zapatos. De modo que cuando la ciudad no es pequeña es constitucional y más democrático que participen muchos de las magistraturas, pues la participación común es mayor, como dijimos, y cada una de ellas se cumple mejor y más rápidamente. Esto es evidente en los asuntos de la guerra y de la marina: en una y otra, el mando y la obediencia se distribuyen, por así decirlo, entre todos.

Aunque éste es un régimen oligárquico, los cartagineses rehúyen muy bien los peligros por el enriquecimiento de los ciudadanos: enviando periódicamente una parte del pueblo a las colonias. Con este remedio curan y hacen estable el régimen. Sin embargo, esto es obra del azar, cuando es el legislador el que debería hacer imposibles las revueltas civiles. Ahora, en cambio, si sobreviene algún infortunio y la masa del pueblo se rebela contra los gobernantes, no hay ningún remedio, dentro de las leyes, para mantener la paz.

Este es el carácter de los regímenes de Laconia, de Creta y de Cartago, que tiene con justicia buena reputación.¹⁰ (Aris. *Pol.* II, 1272b-1273b)

Antes de empezar a analizar su contenido, es preciso contextualizar dicho pasaje para poder entender algunas de las referencias que se citan y analizarlo en su conjunto con la perspectiva adecuada. Así, el libro segundo de *Política* centra el debate en torno a la cuestión de la organización y estructura ideal para una ciudad. Aristóteles expone y critica las teorías de otros analistas que participaron en este mismo debate: Hipódamo de Mileto, Sócrates a través de Platón y Faleas, principalmente. La reflexión del autor le lleva a proponer a menudo un punto medio ideal entre los extremos políticos y sociales que plantean algunos de estos autores. Sirvan como ejemplo su concepción de la dualidad casa/ciudad “*la casa y la ciudad, en efecto, deben ser unitarias en cierto sentido, pero no en absoluto*” (Ari. *Pol.* II, 5, 32; 1263b), o bien su visión sobre la propiedad de la tierra “*es mejor que la propiedad sea privada, pero su utilización, común*” (Ari. *Pol.* II, 5, 40; 1263a)¹¹. Y es precisamente esta búsqueda del equilibrio lo que lleva al autor a afirmar que “*el régimen compuesto de más [regímenes distintos] es mejor*” (Ari. *Pol.* II, 6, 3; 1266a). Es aquí dónde se prestan a examen las constituciones de

¹⁰ Traducción de Manuela García Valdés para la editorial Gredos (1988). Texto completo en griego en el apéndice 1.

¹¹ Sobre el ideal político del término medio ante los extremos en la obra aristotélica, ver Dietz, M. G. (2012: 285).

Lacedemonia, Creta y Cartago, las cuales comparten el hecho de poseer instituciones dónde participan (o participaron) distintas clases sociales: la oligarquía, la monarquía, la aristocracia y el *demos*, a través de órganos propios. A partir del caso paradigmático de Lacedemonia, que Licurgo habría tomado prestado de Creta, el estado funcionaba mediante la relación de fuerzas de tres órganos de poder: un consejo de ancianos, representantes de la aristocracia de la ciudad, conformaba la *gerousía*, el órgano judicial y legislativo básico de la ciudad. Dicha magistratura era vitalicia y estaba reservada a los mayores de sesenta años. Paralelamente, dos reyes (procedentes de cada una de las dinastías reales, agíadas y europontidas), se encargaban de dirigir los asuntos de la guerra. Y por último, el eforado, compuesto de cinco miembros escogidos del *demos* espartano, tenía la potestad de ratificar o denegar las resoluciones aprobadas por cualquiera de las instituciones anteriores. Nada dice Aristóteles de la cámara baja, la Apella, que sí es mencionada por otros autores¹², la asamblea del pueblo encargada de escoger a los éforos y los gerontes. No obstante, no es lo mismo disponer de un buen marco legal para regular el funcionamiento de una ciudad que es llevarlo a cabo desde un punto de vista práctico. Tanto es así que Aristóteles critica duramente varios aspectos de la vida política en Esparta, especialmente el funcionamiento del eforado.

El caso de Creta es muy parecido al lacedemonio. Aunque carecían de monarquía en la época de Aristóteles había existido en tiempos anteriores, antes de ser abolida por los propios cretenses. El consejo de ancianos cretense era muy similar a la gerousía espartana y los éforos, que en Creta se llamaban *kosmoi*, eran 10 en lugar de 5. En caso de conflicto, a falta de reyes, dos de los *kosmoi* asumían el poder real, hecho que para Aristóteles resultaba nefasto, pues opinaba -no sin razón- que no se puede confiar el mando de las tropas a hombres que no están preparados para ello (*Pol.* II, 10, 6; 1272a). Un último elemento común entre ambas constituciones es la existencia de las llamadas “comidas en común” de las compañías. Estas comidas probablemente estarían encaminadas a fortalecer los lazos de camaradería y fraternidad sobre los encargados de defender la patria, así como igualar a todos los hombres al mismo status, limando o enmascarando desigualdades sociales o económicas que pudiera existir entre ellos y evitar así posibles disturbios fruto de esas desigualdades¹³. Estas comidas, llamadas *andreia*, y al parecer originarias de la propia Creta, fueron posteriormente conocidas en Esparta como *phiditia* (*Pol.* II, 10, 8; 1272a). Como veremos más adelante, esta práctica también está testimoniada en Cartago.

Y es entonces, una vez analizadas las constituciones de Creta y Lacedemonia, que Aristóteles expone las características principales del sistema político cartaginés. Y lo hace no sólo porque estos tres regímenes sean parecidos entre sí sino también porque “*difieren mucho de los demás*”. Y éste es un punto muy importante a tener en cuenta. Frente a las tiranías, las monarquías y las aristocracias de tantas otras ciudades, el sistema mixto de Creta, Lacedemonia y Cartago, aun con sus limitaciones y carencias, se revelan para Aristóteles el

¹² Plutarco menciona esta institución, ὥρας ἐξ ὥρας ἀπελλάζειν μεταξὺ Βαβύκας τε καὶ Κνακιῶνος (Lyc. 6), aunque Tucídides (I, 87) y Jenofonte (*Hel.* V, 2) utilizan el término ἐκκλησία, como en Atenas.

¹³ Siempre según Aristóteles, en Creta estas comidas eran mucho más comunales, sin restricciones de ningún tipo, mientras que en Esparta cada individuo debía realizar alguna aportación para poder participar en ellas, y según parece, no pocos se quedaban fuera (Ari. *Pol.* II, 10, 1-9; 1272a).

modelo a seguir y desarrollar, como bien indica en la primera sentencia del pasaje: “*los cartagineses también parecen gobernarse bien*” (*Pol.* II, 11, 1; 1272b).

El sistema político cartaginés es, pues, y en primer lugar, un régimen mixto. Dicho régimen se compone de una realeza, un senado, un tribunal especial y una asamblea del pueblo. El autor no realiza una descripción a fondo de cada una de estas instituciones, pero mediante la comparación con Lacedemonia, de los testimonios de otros autores como Polibio, Tito Livio o Justino, y de la epigrafía, vamos a entrar en el debate historiográfico actual y tratar de definir con toda la precisión posible a cada una ellas. Unas instituciones, cabe también resaltar, sobre las que no existe, ni mucho menos, unanimidad de parecer.

2.1. El sufetado

La equivalencia entre el *basileus* descrito por Aristóteles y los sufetes (šptm) atestiguados epigráficamente, y citados también por unos pocos autores latinos (p.e., en Livio XXVIII, 37, 4; XXXIV, 61, 15; XXX, 7, 5), fue propuesta ya a finales del siglo XIX y comienzos del XX¹⁴. Si bien algunos especialistas aun discrepan en este sentido¹⁵, la opinión mayoritaria actual sigue aceptando la equivalencia entre ambos cargos¹⁶. Aristóteles, bien por desconocimiento del término exacto original, bien para mayor comprensión de su público, utilizó el término *basileus*, pero hay varias razones que nos inclinan a pensar que el filósofo ateniense se refería al sufetado.

En un primer momento compara al *basileus* cartaginés con los reyes lacedemonios, con lo que podríamos deducir que estos magistrados tenían una función militar. Sin embargo poco después nombra a los *strategoi* púnicos junto con los primeros. De modo que ambos cargos, diferenciados, formaban las magistraturas supremas (*Pol.* II, 11, 9; 1273a), y dado que los segundos evocan inequívocamente al estamento militar, cabe entender que los sufetes se ocupaban de la esfera política. En segundo lugar, no tenemos testimonio de otro alto cargo político en Cartago fuera de los šptm¹⁷. Una de las pruebas que atestiguan su poder en la ciudad es que, según dos documentos epigráficos de gran importancia¹⁸, uno de los šptm daba

¹⁴ Meltzer, 1896; De Sanctis, 1916; Gsell, 1918.

¹⁵ Van den Branden (1977) argumenta que el término *basileus* designa en las fuentes griegas al cargo de rb -generales- de los magónidas, pese reconocer las diferencias entre ambos cargos. En cambio, el término empleado para referirse a los šptm sería *dinastós* (Van den Branden, 1977: 143-144). También Sanders (1988), cree reconocer en la supremacía magónida -primera mitad del siglo V- un régimen casi monárquico, que coincidiría con la denominación de *basileus* por algunos autores griegos. A tenor de la acusación de aspiración a la tiranía sobre el general Malco justo antes del periodo magónida (Just. XVIII, 7, 18), parece poco probable el advenimiento de una realeza plena.

¹⁶ Picard, 1964; Angeli Bertinelli, 1981; Huss, 1993; González Wagner, 1994; Jahn, 2004; Sanmartín, 2004; Prados Martínez, 2006; Barceló, 2008; Hoyos, 2010: 25.

¹⁷ Cabe mencionar que en las colonias fenicias de Oriente se ha documentado epigráficamente el cargo škn “gobernador”, en las ciudades de Kition, Akko o la Cartago de Chipre, en altas cronologías. Sin embargo dicho cargo no aparece en ninguna de las colonias occidentales (Ruiz Cabrero, 2009: 11).

¹⁸ Se trata de “*il tariffario di Marsiglia*” (KAI 69 / CIS 165) fechada a finales del siglo III, y del ejemplar presentado por A. Mahjoubi y M. H. Fantar (1966: 201). Estas dos inscripciones, además, dan buena cuenta de la colegialidad de la magistratura.

nombre al año, exactamente igual que el arconte epónimo en Atenas¹⁹. En este sentido, existir unanimidad científica en reconocer al sufete en el término *špt*, el cargo civil de más rango en la ciudad.

Estamos, pues, ante la máxima figura política del estado. Electa y civil. Un cargo elegido, según Aristóteles, tanto en base a los méritos como a la riqueza y, por tanto procedente, con toda seguridad, de la clase senatorial. No pocas veces se ha comparado la magistratura sufetal con los cargos de arconte griego o cónsul romano²⁰. Tratándose de la principal figura política de la ciudad y como cabeza visible del senado, debemos suponer un alto grado de representatividad de los mismos en el exterior²¹, especialmente en misiones diplomáticas, una cuestión que en este trabajo nos interesa particularmente. En este sentido deben interpretarse un par de notorios epígrafes hallados en Atenas y en Delos. El primero de ellos (*CIA II*, 235=/*IG II*, 418) se refiere a un embajador llamado Bomícar²² enviado por Cartago a Atenas con posterioridad al año 330. El segundo (*IG XI* 2, 161), fechado en el año 279, es un listado de reyes y magistrados de alto rango de aquella época (aparecen, por ejemplo, Ptolomeo y Berenice, o Filocles, rey de Sidón) que donaron ofrendas al santuario de Artemis en Delos; entre aparece un tal *lômilkos*, sin ningún tipo de título, que ha sido interpretado como el sufete Himilcón²³.

En cuanto al resto de funciones de los sufetes, los investigadores modernos han adjudicado a esta magistratura un *totum revolutum* de cargos a partir de la terminología que utiliza la literatura grecolatina. Es decir, Aristóteles nombra a esta magistratura *basileia*, pero al mismo tiempo la compara con la monarquía espartana; y por si fuera poco el vocablo *šptm* sugiere una más que probable relación con los *schofetim* que aparecen en el Antiguo Testamento²⁴ (*Dt. 21, 2; Esd. 10, 14*). Es evidente que los sufetes no podían cumplir todas las funciones de estos tres cargos a la vez. Ya hemos mencionado que la existencia de *stratégoi* en Cartago exime a los sufetes de responsabilidades militares y, en este sentido, no procede compararse con las funciones de los reyes lacedemonios. Si nos centramos en el cargo de *basileus*, lo primero que debemos preguntarnos es qué entendía Aristóteles como tal, puesto que este cargo también evolucionó en la Hélade a lo largo de los siglos. En la Atenas de Aristóteles, en pleno siglo IV, el *basileus* constituía uno de los nueve arcontes de la ciudad, pero éstos ya no eran las máximas autoridades políticas que habían sido apenas un siglo antes. Sus funciones en aquella época se centraban especialmente en asuntos relativos a la administración de justicia y

¹⁹ Bacigalupo Pareo, 1978; González Wagner, 1994: 829; Ruiz Cabrero, 2009: 13.

²⁰ González Wagner, 2006.

²¹ Huss, 1993: 309.

²² La transcripción al griego indica [B]οδμι(λ)χαν. Masson, 1979: 54-55.

²³ Masson, 1979: 53-57; Hoyos, 2010: 28.

²⁴ J. Sanmartín realizó recientemente un artículo agudo, sintético pero de amplio espectro, sobre la relación entre el término *špt*/sufete y el schofet oriental: “El término *špt* suele traducirse por “juez”. La fuente de esta opción es el término hebreo bíblico *sofet*, que la versión Septuaginta traduce normalmente *krîtes*, y menos frecuentemente (en cuatro ocasiones) *dikastés*. Solo en un lugar (*Is 40:23*) se traduce por *árkhon*. (...) Un repaso al material lexicográfico bíblico y vetero oriental indica que la situación es más complicada: en la Biblia, los usos específicos de la base /s-p-t/ son los de “dirigir”, “gobernar”, “ejercer una autoridad” (...) Todo ello sucede en continuidad con las tradiciones extrabíblicas: el *aspitum* de la Mari paleobabilónica, como el *supitu* de la Emar babilónica media, es un prefecto encargado de mantener el orden social en virtud de una autoridad delegada. Es mucho más que un juez, aunque esta cualidad quede incluida entre sus funciones” Sanmartín, 2004: 422.

la revisión de leyes. El arconte *basileus* era, además, el encargado de mantener ciertas funciones religiosas que anualmente ejercían los reyes. Su cargo era anual y su elección, por sorteo. Dado que el *schofet* hebreo está igualmente relacionado con la administración de justicia, debemos suponer para el sufeta un alto peso legislativo y judicial²⁵, sentencia que viene corroborada por Livio (XXXIV, 61, 15) en señalar para el año 193: “cuando los sufetes tomaron asiento para administrar justicia”. Posiblemente estas funciones religiosas heredadas de época monárquica que pasaron a ser competencia del *basileus* llevó a W. Huss²⁶ a proponer a los sufetes para el cargo de “despertadores del dios (Mlqrt)”. Sin embargo, coincidimos con J. Sanmartín en la opinión de desligar los deberes del sufete con las tareas de tipo religioso; la epigrafía demuestra que cuando un personaje con el cargo de sufete realiza funciones religiosas, se especifica claramente, de modo que hay que concluir que no era la norma sino la excepción²⁷. El mismo Huss apuntaba también los deberes de controlar las finanzas del estado y capitanejar a las fuerzas de orden público de la ciudad, funciones que podemos imaginar estarían relacionadas con el cargo pero sobre las que existen escasas o nulas evidencias²⁸.

Todas estas atribuciones, así como la naturaleza electa del cargo²⁹, parecen alejarnos de la comparación aristotélica con la monarquía espartana. Así pues, pudiera pensarse que la comparación de Aristóteles se refiriera a la colegialidad. Esta teoría viene respaldada por algunas inscripciones púnicas en las que aparecen los nombres de dos sufetes en el mismo año (*CIS* I 5632.5-7; *CIS* I 5510; *KAI* 80.2/3; *KAI* 81.6). Pasajes de Cornelio Nepote (*Han.* VII, 4), Zonaras y Tito Livio (XXX, 7, 5) se han interpretado también en este sentido³⁰. Incluso se ha propuesto la presidencia de varias cámaras para ellos: bien el Consejo de los Ciento Cuatro³¹, bien el Senado y la Asamblea Popular para cada uno de ellos³². Dado que la epigrafía no parece distinguir entre los dos sufetes con ningún apelativo específico, nos inclinamos a pensar que, aunque sólo uno de ellos fuera el magistrado epónimo³³, ambos compartirían de forma colegiada la función de presidencia del Senado³⁴. Pensamos que esta sería la situación hasta, al menos, el siglo III, pues hasta entonces la Asamblea Popular no habría disfrutado de un gran poder. De todos modos, esta última cuestión se mantiene en el campo de la conjectura, dadas las pocas fuentes de información con las que contamos.

A modo de resumen, creemos que el sufetado fue un cargo importado de la metrópolis, Tiro³⁵, desde el momento mismo de la fundación de Cartago, pero que sin embargo evolucionó de tal forma que en un momento dado (nos inclinamos a pensar que durante la primera mitad del siglo V) sus funciones sobrepasaron el ámbito judicial hasta convertirse en la primera figura

²⁵ Huss, 1993: 309; Lazenby, 1996: 20; Barceló, 2004: 18; Sanmartín, 2004: 421; Ruiz Cabrero, 2008: 94.

²⁶ Huss, 1993: 309.

²⁷ Sanmartín, 2004.

²⁸ Huss, 1993: 309.

²⁹ Polibio compara en un momento dado a los reyes cartagineses con el *meddix tuticus* itálico.

³⁰ Bacigalupo Pareo, 1978: 73; Huss, 1993: 308; Jahn, 2004: 187; González Wagner, 2006: 106; Barceló, 2008: 18; Ruiz Cabrero 2008: 3; Hoyos, 2010: 26.

³¹ Bacigalupo Pareo, 1978: 73.

³² Lazenby, 1996: 20; González Wagner, 2006: 106.

³³ Bacigalupo Pareo, 1996.

³⁴ Jahn, 2004: 203.

³⁵ Acerca de las relaciones entre Cartago y Tiro y la influencia de la metrópolis sobre su colonia, ver Ferjaoui, 1993.

política del estado; es decir, la presidencia del Senado. El resto de funciones le serían adjudicadas como portavoz y representante del mismo. Su anualidad y colegialidad pueden ser rastreadas a partir de citas literarias y testimonios epigráficos. No habría que sorprenderse que una figura con un alto grado de peso político en el Próximo Oriente como sería el *schofet*, terminara convirtiéndose en la más alta magistratura civil en un contexto de constitución republicana, reemplazando en cierto modo a la realeza oriental y asumiendo algunas de sus funciones.

2.2. El Consejo (o Tribunal) de los Ciento Cuatro y la revolución oligárquica en Cartago

Aristóteles y Justino mencionan la existencia de un tribunal especial dentro del senado formado por un centenar de miembros especialmente elegidos para controlar y juzgar las actuaciones de los mandos militares cartagineses en sus campañas. La creación de este Consejo estuvo directamente relacionada con la caída del monopolio político de los magónidas y la toma del poder por parte del senado, acontecimiento de suma importancia en la historia de la ciudad. Vamos a trazar las principales líneas de este suceso porque sus consecuencias explican en gran medida el contexto político y militar de los siglos V-III. Y para ello, nuestra única fuente literaria es Justino³⁶, quien, de forma breve y después de narrar los hechos relativos al general Malco y las primeras operaciones cartaginesas en las islas del Mediterráneo, afirma lo que sigue:

"Magón, general en jefe de los cartagineses, el primero de todos en regular la disciplina militar, después de haber puesto los fundamentos del imperio púnico y haber consolidado la potencia de su estado no menos en el arte de la guerra que con el valor, acaba sus días dejando dos hijos, Asdrúbal y Amílcar; éstos, siguiendo las huellas del valor paterno, sucedieron a su padre no sólo en estirpe sino también en grandeza. Bajo estos generales se hizo la guerra a Cerdeña; se luchó también contra los africanos, que exigían el impuesto de muchos años por el suelo que ocupaba la ciudad. Pero así como la causa de los africanos era más justa, también su suerte fue mejor, y la guerra con éstos concluyó con el pago del dinero y no con las armas. En Cerdeña, además, Asdrúbal, gravemente herido, murió entregando el mando a su hermano Amílcar; su muerte fue memorable no sólo por el luto de la ciudad sino también por sus once dictaduras y sus cuatro triunfos. También creció el coraje de los enemigos, como si las fuerzas de los púnicos hubiesen desaparecido con su general (...)". (Just. XIX, 1, 1-8)

³⁶ También Orosio (IV, 6, 6-9) menciona, de forma más escueta este episodio. Sin embargo, el mismo autor reconoce que sus fuentes de información son precisamente Pompeyo Trogó y Justino.

³⁷ *Mago, Karthaginiensium imperator, cum primus omnium ordinata disciplina militari imperium Poenorū condidisset viresque civitatis non minus bellandi arte quam virtute firmasset, diem fungitur relictis duobus filiis, Asdrubale et Hamilcare, qui per vestigia paternae virtutis decurrentes sicuti generi, ita et magnitudini patris successerunt. His ducibus Sardiniae bellum inlatum; adversus Afros quoque vectigal pro solo urbis multorum annorum repetentes dimicatum. Sed Afrorum sicuti causa iustior, ita et fortuna superior fuit, bellumque cum his soluzione pecuniae, non armis finitum. In Sardinia quoque Asdrubal graviter vulneratus imperio Hamilcari fratri tradito interiit, cuius mortem cum luctus civitatis, tum et dictaturaе undecim et triumphi quattuor insignem fecere. Hostibus quoque crevere animi, veluti*

"Entretanto Amílcar es muerto en la guerra de Sicilia dejando tres hijos: Himilcón, Anón y Gisgón. Asdrúbal también tuvo igual número de hijos: Aníbal, Asdrúbal y Safón. Éstos eran quienes dirigían en aquel tiempo el gobierno de los cartagineses. Así pues se hizo la guerra a los moros, se luchó contra los nómadas, y los africanos fueron obligados a perdonar a los cartagineses el tributo por la fundación de la ciudad. Después, puesto que una familia de generales, tan poderosa, era una carga para un estado libre y puesto que ellos mismos eran juez y parte en todo, del grupo de los senadores se escogen cien jueces, que exigieran a los generales al volver de la guerra, cuenta de sus acciones, para que con este temor meditaran las órdenes en la guerra con la vista puesta en las leyes y juicios una vez en la patria.³⁸" (Just. XIX, 2, 1-6)

Ambos pasajes han sido interpretados de forma distinta entre los especialistas. Fuera de toda duda queda el hecho que se produjo una expansión territorial por Cerdeña y conflictos en el hinterland de Cartago bajo el mando de Magón. Sus hijos, Asdrúbal y Amílcar continuaron con esta política intervencionista en Sicilia y en África, lo que permitió desprenderse del tributo anual a los pueblos mauros por haber fundado la ciudad en su territorio. Queda también patente el influjo de la dinastía magónida sobre la dirección de la ciudad durante varias décadas, de modo muy parecido a las tiranías griegas³⁹. Y finalmente Justino nos informa de la creación de un órgano político que limitaba el poder de éstos sobre Cartago, que no puede ser otro que el Tribunal de los Ciento Cuatro que aparece en Aristóteles. Pero la cronología de estos acontecimientos así como la naturaleza del poder magónida son foco de discusión aún no resuelta.

Varios autores de prestigio del siglo XX como Beloch, Gsell, Warmington, Barreca o Picard⁴⁰ coincidieron en ubicar la caída de los magónidas y el establecimiento del Tribunal de los Ciento Cuatro hacia mediados del siglo V. Sin embargo en 1962, L. Maurin advirtió que no había que leer el fragmento de Justino como una serie de acontecimientos consecutivos en el tiempo, sino como un resumen de más de cien años en la historia de Cartago⁴¹. Así, la creación del Tribunal de los Ciento Cuatro no cabía ubicarlo en el momento en que los nietos de Magón detentaban la autoridad, sino mucho después. Concretamente hacia el 396, es decir, en la época en que Dionisio de Siracusa e Himilcón luchaban por la supremacía griega o púnica de Sicilia. Uno de los argumentos esgrimidos por Maurin fue la posición regente de Aníbal en su

cum duce vires Poenorum cecidissent. (Just. XIX, 1, 1-8). Traducción de José Castro Sánchez para la editorial Gredos (2008).

³⁸ *Interea Hamilcar bello Siciliensi interficitur relictis tribus filiis, Himilcone, Hannone, Gisgone. Asdrubali quoque par numerus filiorum fuit, Hannibal, Asdrubal et Sapho. Per hos res Karthaginiensium ea tempestate regebantur. Itaque et Mauris bellum inlatum et adversus Numidas pugnatum et Afri conpulsi stipendium urbis conditae Karthaginiensibus remittere. Dein, cum familia tanta imperatorum gravis liberae civitati esset omniaque ipsi agerent simul et iudicarent, centum ex numero senatorum iudices deliguntur, qui reversis a bello ducibus rationem rerum gestarum exigent, ut hoc metu ita in bello imperia cogitarent, ut domi iudicia legesque respicerent.* (Just. XIX, 2, 1-6). Traducción de José Castro Sánchez para la editorial Gredos (1995).

³⁹ González Wagner, 2006: 105.

⁴⁰ Warmington (1969), Barreca (1964: 49), Picard (1988).

⁴¹ Maurin, 1962: 5-43.

expedición sobre Sicilia en el año 409. Aníbal era magónida y según el testimonio de Diodoro en ese momento lideraba la política cartaginesa:

"No obstante, dado que el primer ciudadano, Aníbal, aconsejó hacerse cargo de la ciudad, respondieron a los embajadores [de la ciudad siciliana de Egesta] que les prestarían su ayuda, y que, para la dirección de la empresa, si había necesidad de entrar en guerra, confiaban el mando a Aníbal que entonces ocupaba legítimamente la suprema magistratura. Este Aníbal era nieta de Amícar, el que había combatido contra Gelón y había muerto junto a Hímera, e hijo de Gescón, el cual, a causa de la derrota de su padre, había sido exiliado y había acabado sus días en Selinunte.⁴²" (Diod. XIII, 43, 5).

Según Maurin, quedaba demostrado que Aníbal, un magónida, ocupaba el primer lugar de la ciudad y por lo tanto, la dinastía magónida seguía en el poder. Aníbal desembarcó en Sicilia en el 409 y obtuvo una serie de victorias que lo llevaron hasta las puertas de Siracusa, pero allí el ejército fue gravemente mermado por culpa de una epidemia y las tropas cartaginesas tuvieron que abandonar el asedio. Dionisio de Siracusa emprendió poco después una larga campaña para recuperar y extender la hegemonía de Siracusa sobre la isla que culminó con la toma de la colonia fenicio-púnica de Motya, tras un largo asedio, en el 397 (Diod. XIV, 47-52). Esta derrota, y especialmente las consecuencias políticas, económicas y sociales que ésta implicó, habrían comportado un movimiento antimagónida que culminaría con la expulsión de éstos y la creación del Tribunal de los Ciento Cuatro. Convencido de estos argumentos, Picard rectificó posteriormente su datación tradicional y estableció la creación del Tribunal aún más tarde que Maurin, en el año 373⁴³. Varios investigadores también optaron por fechar estos acontecimientos a principios del siglo IV⁴⁴, mientras que otros, en cambio, opinan que los argumentos esgrimidos por Maurin carecen de peso y mantienen la cronología alta -mediados del siglo V- para el cambio de régimen⁴⁵.

Detengámonos pues en este punto y analicemos los datos de qué disponemos. Si damos fe a Justino al establecer el inicio del periodo magónida inmediatamente después de la caída de Malco debemos fechar este acontecimiento hacia el 540. Heródoto (I, 166-167) y también Tucídides (I, 13, 6) nos transmiten que poco después se produjo la batalla de Alalia entre colonos griegos en el Mediterráneo occidental y una coalición púnico-estrusca⁴⁶, que viene a corroborar a Justino en cuanto a que Magón expandió el dominio cartaginés en las grandes

⁴² οὐ μὴν ἀλλὰ καὶ τοῦ παρ' αὐτοῖς πρωτεύοντος Ἀννίβου συμβουλεύοντος παραλαβεῖν τὴν πόλιν, τοῖς μὲν πρεσβευταῖς ἀπεκρίθησαν βοηθόσειν, εἰς δὲ τὴν τούτων διοίκησιν, ἂν ἦ χρεία πολεμεῖν, στρατηγὸν κατέστησαν τὸν Ἀννίβαν, κατὰ νόμους τότε βασιλεύοντα. οὗτος δὲ ἦν υἱωνὸς μὲν τοῦ πρὸς Γέλωνα πολεμήσαντος Ἀμίλκου καὶ πρὸς Ἰμέρα τελευτήσαντος, υἱὸς δὲ Γέσκωνος, ὃς διὰ τὴν τοῦ πατρὸς ἥπταν ἔφυγαδεύθη καὶ κατεβίωσεν ἐν τῇ Σελινοῦντι (Diod. XIII, 43, 5). Traducción de Juan José Torres Esbarranch para la editorial Gredos (2008).

⁴³ Picard, 1968.

⁴⁴ Bacigalupo Pareo, 1978; Huss, 1993; Lancel, 1995; Jahn, 2004; Barceló, 2008.

⁴⁵ Krahmalkov, 1976; Tsirkin, 1988; Sanders, 1988; Krings, 2003: 89; Bondi, 2003: 38; González Wagner 2006: 106.

⁴⁶ Pausanias (X, 8, 6-7 y X, 18, 7) también menciona conflictos entre Masalia y Cartago, qua analizaremos en el capítulo 8.

islas del Mediterráneo. Este dominio abarcó también la costa africana unos años más tarde como atestigua la reacción púnica ante el intento infructuoso del espartano Dorieo de implantar una colonia en Libia⁴⁷. En esta ocasión los libios quisieron evitar el establecimiento de un puerto griego en su territorio y pidieron ayuda a Cartago para combatir a los peloponesios. Cartago respondió a la llamada y los espartanos fueron expulsados (Hrd. V, 42). Unos pocos años después el mismo Dorieo fundó una nueva colonia en Sicilia, Heraclea, pero, de nuevo, los fenicios lo impidieron⁴⁸ (Diod. IV, 23, 3; Diod. X, 8; Hdt. V, 43-45). Esto ocurría a fines del siglo VI. En esta época la segunda generación magónida, los hermanos Asdrúbal y Amílcar, lideraban Cartago. Pero ambos hermanos cayeron en combate, el primero en Cerdeña y el segundo en Hímera en el 480. Los nietos de Magón parece que siguieron la estela familiar y cimentaron su poder a través de las conquistas territoriales, pero esta vez, centrándose en territorio africano. A partir de aquí surgen las discrepancias. Según Maurin⁴⁹ y sus seguidores, como no hay testimonio de actuación alguna del Tribunal de los Ciento Cuatro hasta el siglo IV, debemos creer que ésta no se produjo hasta entonces. Pero para el caso concreto de Cartago, con las brevísimas, parciales y foráneas fuentes de información que poseemos, este argumento carece totalmente de valor. En segundo lugar, el general Aníbal que en 409 desembarcó con 200.000 hombres en Sicilia (Diod. XIII, 54, 2-5) era magónida, cierto, pero ¿acaso el asalto al poder contra esta familia tuvo que suponer necesariamente la eliminación física de esta dinastía y de su influencia sobre el senado y demás instituciones estatales? La respuesta es que no. Bien al contrario, coincidimos con Sanders que la creación del Tribunal no es sinónimo de desaparición de los magónidas⁵⁰. El asalto al poder de la oligarquía senatorial no significó la desaparición de una familia sino la caída de una tiranía. ¿Cómo explicar, si no es a través del Tribunal, que el hijo del Amílcar, Gisgón, tuviera que exiliarse a la ciudad siciliana de Selinunte después de la derrota de su padre (Diod. XIII, 43, 5)? En tercer lugar, cabe destacar que cuando los embajadores de Segesta piden ayuda a Cartago en el 410, expusieron sus argumentos al senado (Diod. XIII, 43, 4); Aníbal, que “ocupaba legítimamente la suprema magistratura”, aconsejó -y no ordenó- ayudar a los segesteos y el senado respondió a los embajadores que en caso de entrar en guerra confiaban el cargo a Aníbal. Son muchas las evidencias en este pequeño pasaje que demuestran que era el Senado quién detentaba el poder en Cartago y que Aníbal ocupaba una de las magistraturas supremas, es decir, el generalato.

Una última prueba que nos inclina a pensar que la revolución oligárquica se produjo entre los años 470-450 es el cambio de rumbo que tomó la política cartaginesa después de la batalla de Hímera⁵¹ (Hrd, VII, 164-167; Diod. XI, 20). En el periodo 480-410 parece que la política exterior cartaginesa sustituyó las armas por la diplomacia, pues ninguna de nuestras fuentes cita expedición militar alguna. Si tenemos en cuenta que buena parte de la legitimación de los

⁴⁷ Dorieo era hijo del rey agíada Anaxándridas II pero fue apartado del trono en favor de su hermanastro Cleómenes I.

⁴⁸ En contra de la opinión mayoritaria, Whittaker cree que la presencia cartaginesa en la expulsión de Doireo de la isla fue testimonial (Whittaker, 1978: 64).

⁴⁹ Maurin, 1962: 8.

⁵⁰ Sanders: 1988: 79.

⁵¹ Sanders (1988) cree que después de Hímera, los magónidas tuvieron que aliarse con una parte de la oligarquía para mantenerse en el poder; pero poco a poco estos senadores fueron tomando más fuerza hasta que se vieron lo suficientemente fuertes como para asaltar el poder.

magónidas se fundamentaba en un estado de guerra ininterrumpido, parece lógico suponer que un cambio político provocó un cambio de política⁵². Un periodo en el que, según S.F. Bondì⁵³, Cartago experimentó un fuerte crecimiento.

Todas estas evidencias demuestran que el Senado detentaba ya el poder a fines del siglo V. Incuso el hecho de que Aníbal hubiera tomado decisiones que ultrapasaban sus atribuciones durante su campaña en Sicilia no significaría nada. Por un lado se trataba de una campaña muy personal del cartaginés, pues su abuelo había perdido la vida en la isla contra esos mismos enemigos y, por la misma causa, él y su padre habían sido desterrados de Cartago. Que las emociones y los sentimientos personales afectaron a algunas decisiones militares que adoptó Aníbal quedan probadas con la destrucción total de Hímera, de sus templos y la eliminación total de sus ciudadanos (Diod. XIII, 61-62). Por otro lado, Aníbal volvió posteriormente a Cartago y abandonó su cargo, como demuestra el hecho que fuera elegido de nuevo unos años más tarde. De modo que la autoridad del general cartaginés era únicamente sobre el ejército, no sobre la esfera política del estado.

Pero si aun con todas estas consideraciones quedara alguna sombra de duda sobre la cronología de este acontecimiento, la epigrafía nos aporta el testimonio definitivo. La inscripción *CIS I 5632.2*, fechada en función de parámetros paleográficos hacia el 450, demuestra que el cargo de sufete ya era la máxima magistratura política en la ciudad veinte años antes de la erección de la estela⁵⁴.

Contrariando a la opinión mayoritaria actual, creemos que hay suficientes evidencias como para creer que la creación del Tribunal de los Ciento Cuatro se produjo a finales de la primera mitad del siglo V y no durante el siglo IV. En cuanto a sus funciones y naturaleza, como hemos visto, Justino no aporta más información que la creación de este Consejo para exigir a los generales, “*al volver de la guerra, dar cuenta de sus acciones, para que, con este temor, meditaran las órdenes en la guerra con la vista puesta en las leyes y juicios un vez en la patria*” (Just. XIX, 2, 6). Sabemos por otros autores que, durante los siglos IV y III, se dieron varios casos en que los altos mandos cartagineses fueron amonestados con el exilio o incluso condenados a muerte⁵⁵.

Aristóteles nos aporta escasa información. En primer lugar, compara esta institución con el eforado espartano, cuya función principal era la supervisar las actuaciones de los diarcas lacedemonios. El filósofo ateniense no dice explícitamente que este Tribunal fuera el encargado de vigilar las actuaciones de los altos mandos militares, sin embargo sí lo hace Justino (XIX, 2, 5-6), de modo que interpretamos que la comparación aristotélica se refería a esta función. Sin embargo, afirma que, a diferencia de aquel, sus miembros no eran elegidos por sorteo sino según sus méritos y cualidades. Un cuerpo de pentarquías, sobre el que

⁵² Algunos investigadores sostienen que precisamente sobre el año 460 se firmó el primer tratado romano-cartaginés. Sobre la cronología del mismo y las distintas propuestas cronológicas, ver Scardigli, 1991: 32; Espada, 2013: 34; 37-49.

⁵³ Bondì, 1999: 45. En contra Warmington, 1969: 58.

⁵⁴ Krahmalkov, 1976; Van den Branden, 1977; Ruiz Cabrero, 2009: 13; Hoyos, 2010: 26.

⁵⁵ Por ejemplo el general Bomílcar, quien en el año 308, en plena guerra contra Agatocles, intentó instaurar una tiranía (Diod. XX, 43-44, 6; Just. XXII, 7).

prácticamente no sabemos nada, era el encargado de escoger los miembros del Tribunal; así pues, ¿debemos entender que se trata de una institución aristocrática? Sí y no. En teoría, -dice Aristóteles- el método de elección se servía de parámetros tales como méritos y cualidades individuales, lo cual nos habla de un método aristocrático. Sin embargo, huelga decir que, en la práctica, dichos nombramientos dependerían en buena medida de la transmisión de bienes de carácter material, pues la compra y la acumulación de varios cargos constituían una práctica política habitual en Cartago (*Pol.* II, 11, 12; 1273b). Así pues, y pese a la convicción de Aristóteles de que el Consejo de los Ciento Cuatro es una institución a medio camino entre lo oligárquico y lo aristocrático, nos inclinamos a pensar en una tendencia hacia lo primero. A este respecto, Tsirkin sentenciaba que “*the economic elite was at the same time a political elite*⁵⁶”.

Hay quien pone en relación la creciente presencia de Cartago en la explotación agrícola en territorio africano con la creación del Tribunal de los Ciento Cuatro⁵⁷. La aristocracia terrateniente, cada vez más poderosa y deseosa de participar en la vida política de la ciudad, se habría aliado con parte de las clases altas de la propia Cartago consiguiendo así sumar suficiente poder como para expulsar a aquellas familias que monopolizaban los cargos públicos⁵⁸; la creación del Tribunal, daría fe de ello. Y si bien en un principio la razón de ser de este órgano apuntaba al control del generalato cartaginés, es posible aventurar que pronto utilizó su poder para ampliar sus horizontes de poder. De hecho, la acumulación de cargos - políticos, militares y religiosos- en las mismas familias ha quedado bien demostrada a través de los testimonios epigráficos de las estelas del tofet⁵⁹.

Aunque no procede adentrarse en esta temática, cabe señalar que varios autores han señalado que de forma paralela a la reforma política se produjo una reforma religiosa, algo que no es extraordinario en el mundo antiguo y que pone de relieve la asociación de ambas esferas, la civil y la religiosa. En este sentido, el dios titular de la ciudad Ba’al, perdió su liderazgo en favor de la diosa Tanit⁶⁰, en un proceso que también debió de afectar a la organización del clero⁶¹.

2.3. El Senado

El senado cartaginés, del cual desconocemos totalmente sus orígenes, era en el siglo IV la institución fundamental de la política de la ciudad. Y lo era no sólo porque congregase a “*la flor y nata de la aristocracia cartaginesa*⁶²” o la “*aristocracia del dinero*⁶³” sino además porque

⁵⁶ Tsirkin, 1988:132.

⁵⁷ González Wagner, 2006: 106.

⁵⁸ En este sentido, R. Docter (Docter, 2009) ha demostrado recientemente que ya en los siglos V y IV la mayor parte de productos agrícolas que llegaban a la ciudad procedían de su propia *chora*, contrariamente a la opinión generalizada hasta entonces, que retrasaba este fenómeno hasta el siglo III. Pese a la falta de datos arqueológicos en su momento, Tsirkin ya había propuesto este mismo fenómeno años antes (Tsirkin, 1988: 129)

⁵⁹ Ruiz Cabrero, 2009.

⁶⁰ Warmington, 1969: 59.

⁶¹ Barreca, 1968: 50-57.

⁶² Barceló, 2008: 21.

⁶³ Sanmartín, 2004: 421.

se encontraba en su momento de mayor notoriedad. Si damos crédito a Justino, ya a finales del siglo VI, cuando Cartago empezaba a embarcarse en expediciones militares fuera de África, existía un consejo en la ciudad con un alto grado de autoridad⁶⁴. Tanto, que fuera capaz de ordenar el exilio de un general renombrado como era Malco⁶⁵ y a sus tropas (Just. XVIII, 7, 2; Oros. IV, 6, 7-9). Por tanto, no se trataba de un órgano puramente consultivo. Sin embargo, Malco y su ejército se negaron a acatar semejante castigo e intentaron, infructuosamente, pactar otra salida ante tal situación. Malco envió legados a la ciudad (Just. XVIII, 7, 3-4), y podemos imaginar que expusieron sus argumentos ante el Senado. Las quejas se tornaron en amenazas a medida que los legados perdían las esperanzas de encontrar una salida pacífica al conflicto. Durante las conversaciones, arribó de Tiro Cartalón, sacerdote de Melqart e hijo del propio Malco, que había ido a la metrópolis a tributar el diezmo del botín procedente de Sicilia al templo de su dios⁶⁶. Con el ejército dispuesto ya ante los muros de la ciudad, Cartalón se presentó ante su padre. El pasaje de Justino deja entrever que la visita de Cartalón fue por voluntad propia, pero dado el alto cargo que ocupaba y su filiación con el general rebelde, parece mejor pensar que fue el Senado quién utilizó a su hijo como legado, para intentar disuadir a Malco de sus intenciones. Algo que, al parecer, no logró. Malco crucificó a su hijo - según Justino, por presentarse ante su ejército de modo ostentoso e irrespetuoso- y asaltó la ciudad. Una vez tomada, Malco “convoca al pueblo a una asamblea”, y decidió liquidar a los 10 senadores⁶⁷ que habían propuesto su exilio. Sea por la razón que fuera, Malco no aprovechó la oportunidad para alzarse con el poder, sino que retornó “la ciudad a sus leyes” (Just. XVIII, 7, 17).

El hecho de que, posteriormente, Malco fuera finalmente acusado y declarado culpable de querer aspirar a la realeza puede interpretarse de varias formas. Parece que la mayor parte de investigadores ha querido ver en esta acusación una prueba de que Malco era una figura cuya autoridad se asemejaba a la de un tirano. Sin embargo, hay quién interpreta el mismo pasaje en sentido totalmente opuesto; esto es, el senado cartaginés era ya en el siglo VI un elemento suficientemente fuerte como para impedir cualquier intento de poder unipersonal⁶⁸. A falta de otras evidencias que puedan esclarecer una u otra posibilidad, el debate tiene hoy día difícil solución. Aunque a tenor de la evolución política de la ciudad pudiera parecernos más adecuado pensar en un periodo tiránico en la ciudad, como plantea Tsirkin⁶⁹, lo cierto es que

⁶⁴ Sobre el inicio de las intervenciones cartaginenses en el Mediterráneo y su eclosión como gran potencia existe una vasta bibliografía. Sólo a modo de ejemplo: Huss, 1993, González Wagner, 1994; Prados Martínez, 2001; Manfredi, 2003.

⁶⁵ Como ya han advertido algunos investigadores, probablemente el nombre de Malco sea una desviación del cargo mlk (Sanders, 1988; González Wagner 2006: 105). Whittaker (1978: 64) añade la posibilidad que sea una corrupción del nombre Magón, ya que en uno de los manuscritos aparece como “Mazeus”. S. Lancel va más allá y en base a la etimología del nombre junto al hecho que ningún otro autor clásico mencionada nada de este personaje, no cree que haya verosimilitud histórica detrás de este episodio: Trogo Pompeyo, por invención propia o recogiendo algún relato oral habría escrito esta historia antes llegar hasta nosotros a través del epítome de Justino (Lancel, 1995: 112). V. Krings (2003: 90-91), también pone en cuestión la historicidad de este personaje.

⁶⁶ Se trataba probablemente del botín de la campaña del año anterior en Sicilia, dirigida también por el propio Malco.

⁶⁷ Justino los llama *senatores*.

⁶⁸ Huss, 1993: 307.

⁶⁹ Tsirkin (1986: 136) planteaba una evolución de la ciudad en varias fases, de forma similar a la transformación de las *póleis* griegas de época clásica. Según el autor soviético, partiendo de Tiro, en

no hay que caer en el error más común entre los historiadores, que no es otro que el de justificar determinadas acciones, modelos o dinámicas en función al resultado final. El proceso que siguieron muchas *póleis* griegas consistente en un periodo monárquico, luego tiránico y finalmente república oligárquica -como también fue el caso de Roma, aunque los intentos tiránicos que hubo no tuvieran éxito, o Atenas- fue un modelo frecuente en el Mediterráneo central. No obstante, eso no implica en ningún caso que haya que trasladar este patrón allí donde las evidencias son escasas, con el fin de llenar aquellos periodos más oscuros. Coincidimos, como ya han propuesto otros investigadores⁷⁰, en entender a Cartago como una más de las *póleis* que poblaban el Mediterráneo; hecho sin duda que no implica que hubiera que seguir paso a paso el modelo canónico hasta desembocar en la república de mixta de corte aristocrático que nos describe Aristóteles.

Retomando el hilo de la participación del Senado en la política púnica, durante el periodo magónida que sigue a la caída de Malco, las pocas informaciones de que disponemos invitan a pensar, ahora sí, en un retroceso de su poder frente a personajes vinculados al ejército. El hecho que Justino califique el cargo de Asdrúbal como dictadura, y que más tarde se refiera al gobierno de los magónidas como “*una carga para un estado libre y puesto que ellos mismos eran juez y parte en todo*” (Just. XIX, 2, 5) indica claramente que el poder de estos generales ultrapasaba sus competencias militares.

Así pues, a partir de mediados del siglo V, con el cambio de régimen y la creación del Tribunal de los Ciento Cuatro, el Senado se convirtió en el órgano político fundamental de Cartago. No debe confundirnos el protagonismo que los generales cartagineses tienen en los relatos de la literatura clásica, más inclinados en relatar conflictos y gestas militares que no en análisis políticos. Incluso ante un personaje de la talla de Aníbal Barca, que dado su poder militar y liderazgo podría haber actuado de forma mucho más autónoma, el senado se rebela como el último eslabón de la cadena de mando, el garante de la última palabra en decisiones políticas. Es en esta línea que Isócrates escribía a comienzos del siglo IV: “*los cartagineses y los lacedemonios, que son los mejor gobernados de los griegos, tienen una oligarquía como sistema político en su patria, pero emplean la monarquía para guerra*” (Iso. Nic. III, 24)

En cuanto a su composición, ni Justino, ni Aristóteles ni más tarde Polibio, arrojan luz sobre su número. Habida cuenta que el Tribunal de los Ciento Cuatro era escogido entre los miembros del Senado, es evidente que su composición sería bastante superior. La mayor parte de

primer lugar se asentó en la ciudad un régimen monárquico, que a nivel mítico se equipararía a la fundación de Cartago por Dido/Elisa, con un estamento aristocrático muy notable en su círculo más cercano. Posteriormente, esta monarquía sería substituida por un régimen tiránico del cual Malco sería nuestro único representante conocido (Justin. 18, 7). Pero las aspiraciones de Malco de inaugurar una nueva dinastía en la ciudad fracasaron, dando lugar al periodo de hegemonía magónida entre finales del siglo VI y las primeras décadas del siglo siguiente. En este sentido, Tsirkin subraya que tanto Magón como sus sucesores serían *strategoi* electos; por lo tanto, ni reyes ni tiranos. Hacia mediados del siglo V se producirían algunos cambios importantes en la conformación política de la ciudad que se materializarían cuando el Senado logró crear el Tribunal de los Ciento Cuatro, mientras que la Asamblea Popular conseguía poner un pie en la vida política cartaginesa mediante la potestad de elegir a sus magistrados y comandantes. Tsirkin añade que quizá fuera entonces, con la caída de los magónidas, que apareció el sufetado.

⁷⁰ Tsirkin, 1986; G. Wagner, 1994b: 8; Prados Martínez, 2012: 112.

especialistas se inclinan a pensar en unos 300 miembros, que era el número de senadores en Roma durante la mayor parte de la República⁷¹. Aristóteles deja muy claro que para acceder al senado cartaginés, aunque los méritos personales y la carrera política o militar de un magistrado fueran una buena carta de presentación, al final, la riqueza constituía un elemento indispensable para el acceso a esta institución:

"si el gobierno de Cartago degenera principalmente de aristocrático en oligárquico, es preciso buscar la causa en una opinión allí generalmente recibida. Creen que las funciones públicas deben confiarse no sólo a los hombres distinguidos, sino también a la riqueza, y que un ciudadano pobre no puede abandonar sus negocios y regir con probidad los del Estado." Y concluye: "Por consiguiente, si escoger en vista de la riqueza es un principio oligárquico, y escoger según el mérito es un principio aristocrático, el gobierno de Cartago constituye una tercera combinación, puesto que tiene en cuenta a la vez estas dos condiciones, sobre todo en la elección de los magistrados supremos, de los reyes y de los generales"⁷². (Ari. Pol. 2, 11, 9; 1273a).

Un último detalle acerca el senado a una élite oligárquica, y es la costumbre de la compra de cargos y el soborno por parte de los propios magistrados ya comentada anteriormente (Ari. Pol. 2, 11, 12; 1273b; Pol. VI, 55, 1-3). Por tanto, podemos suponer sin miedo a equivocarnos, que si la acusación de Aristóteles es cierta, a la larga el acceso al senado tendería a restringirse a los ciudadanos ricos de la ciudad. El filósofo deja entrever, además, que esta magistratura es de carácter vitalicio, noticia que nos es confirmada por Tito Livio cuando en el año 196/195 Aníbal sacó adelante una reforma de ley *"según la cual los jueces [=senadores] serían elegidos por un año, y nadie lo sería dos años consecutivos"* (Liv. XXXIII, 46, 6-7).

El Senado, al que Aristóteles llama *gerousía*, Polibio añade *synhedrion* y *synkletos* y Diodoro utiliza ambos términos en el mismo párrafo (XIV, 47, 1-3) se identifica con las inscripciones h'drm/hcdrm (=los poderosos) y quizás también con hrcsm (=las cabezas) halladas en epigrafía púnica⁷³. Desconocemos el método de elección así como el número de senadores que ocupaban la cámara, aunque se han propuesto dos o tres centenares de miembros⁷⁴. Lo que sí sabemos es que esta éste órgano el encargado de nombrar los cartagos de general (rab), tal y como aparece a menudo señalado en las fuentes. Lo más probable, además, es que los sufetes fueran elegidos de entre estos magistrados⁷⁵.

Quizá existió en algún momento un reducido grupo de 30 de senadores que formaron el llamado “consejo sagrado”. No parece tener relación alguna con el Consejo de los Ciento Cuatro, puesto que sus atribuciones políticas eran distintas. Livio (XXX, 16, 3) es quién nos

⁷¹ Huss, 1993: 309; Jahn 2004; Ruiz Cabrero, 2009.

⁷² Traducción de Manuela García Valdés para la editorial Gredos (1988). Texto griego incorporado en el apéndice 1.

⁷³ Sanmartín, 2004: 421; Jahn 2004.

⁷⁴ Hoyos, 2010: 28.

⁷⁵ Acerca del senado cartaginés, ver Jahn, 2004; Ruiz Cabrero, 2008; Hoyos, 2010: 28-31.

informa de dicho grupo⁷⁶, pero en un contexto tardío, lo que ha llevado a la mayor parte de investigadores a proponer que su conformación acaeció sobre los siglos III-II⁷⁷. Sin embargo, su mención es tan escueta que tan sólo nos permite pensar en una élite de prestigio restringida dentro del mismo senado. El hecho que aparezca una sola vez mencionado explícitamente y que no haya testimonio epigráfico alguno⁷⁸ nos inclina a pensar que tan sólo se trató de una delegación circunstancial, sin ningún tipo de atribución política diferencial respecto al resto de senadores. La única diferencia con el resto de miembros del senado era su edad, pues se trataba de los 30 magistrados más ancianos; quizá esta característica responda únicamente a la estrategia diplomática cartaginesa, enviando a los más veteranos miembros de su élite política para mostrar a los romanos una imagen de respetabilidad.

2.4. La Asamblea del Pueblo

La población de Cartago, esto es, la de la propia ciudad y la de su hinterland, estaba formada por un conjunto de hombres y mujeres con diferentes status, tal y como sucedía en el resto de grandes ciudades mediterráneas. Dado el carácter comercial y colonial de la metrópolis, cabe imaginar una sociedad notablemente pluriétnica⁷⁹. En ella destaca la presencia de ciudadanos de origen griego, bien testimoniado gracias a la epigrafía, desarrollando distintas actividades: artesanos, filósofos, pedagogos e incluso soldados⁸⁰. El status de estos extranjeros sería similar al de los metecos en la propia Hélade, aunque desconocemos el término púnico original para designarlos. Asimismo, se ha constatado también la presencia de población indígena semidependiente vinculada al trabajo de la tierra que se han equiparado a los *poroikoi* helenísticos o a los *incolae* romanos⁸¹.

La ciudadanía cartaginesa, por su parte, la formaba el conjunto de población libre, a la que las fuentes literarias denominan *demos* o *plebs*, disponía de un órgano de participación política en la ciudad llamada La Asamblea del Pueblo. También Aristóteles y Polibio dan cuenta de esta institución y, aunque sus descripciones son muy breves, podemos entrever, aquí sí, una clara evolución en un órgano político cartaginés entre los siglos IV-III. Según el filósofo ateniense, la Asamblea tan sólo era consultada en dos casos: o bien cuando el Senado decidía relegar ciertos asuntos a su discusión, o bien cuando se producía divergencia de opiniones entre los reyes (=sufetes) y el senado, en cuyo caso la Asamblea tenía la potestad de inclinar la decisión hacia uno u otro lado (Arist. *Pol.* II, 11, 6; 1273a). Es fácil imaginar que los asuntos que delegaba el senado a la ciudadanía no eran aquellos más importantes que concernían a la alta política del estado, sino probablemente sólo aquellos necesarios para tener satisfechos a los ciudadanos y mantener el *status quo*. Bien es cierto que la elección para los cargos, tanto del

⁷⁶ *perculsi, iam nullo auctore belli ultra auditio oratoris ad pacem petendam mittunt triginta seniorum principes* (Liv. XXX, 16, 3).

⁷⁷ Huss, 1993: 309; Hoyos, 2010: 31.

⁷⁸ Hoyos, 2010: 30.

⁷⁹ Prados Martínez, 2001; 2006; 2012.

⁸⁰ Fantar, 2000: 12.

⁸¹ Tsirkin, 1986:135.

Senado, del sufetado como del generalato, parecen estar en manos de la Asamblea⁸², pero los asuntos de política exterior así como aquellos directamente relacionados con la guerra estarían, en el siglo IV, fuera de su alcance.

Veamos ahora el pasaje de Polibio:

“En cuanto al régimen de los cartagineses me parece que estuvo bien ordenado desde su origen en sus rasgos esenciales. Pues ellos tuvieron reyes y el senado gozó de un poder aristocrático y el pueblo fue dueño de sus propias competencias, y, en general, el ensamblaje del conjunto de poderes era similar al de los romanos y de los lacedemonios. Sin embargo, por el tiempo en que entró en la guerra de Aníbal, el régimen cartaginés era peor y el romano mejor. Puesto que, en efecto, todo cuerpo, toda constitución y toda acción conocen un desarrollo natural, a continuación un florecimiento y, por último, una destrucción, y sus mayores potencialidades son todas las pertenecientes al periodo de florecimiento, en relación con este proceso natural entonces los dos regímenes diferían entre sí. Pues en la medida en que el régimen de los cartagineses había tenido poder y prosperidad antes que el de los romanos, en esa medida Cartago entonces ya había dejado atrás su etapa de florecimiento y Roma estaba en el momento álgido del suyo, al menos en lo relativo a la organización de su sistema político. Por ello, también entre los cartagineses el pueblo había asumido el papel preponderante en las deliberaciones, mientras que, entre los romanos, el senado estaba en la plenitud de su poder. De donde que, al deliberar en un caso el pueblo, y en el otro la aristocracia, las deliberaciones de los romanos eran más eficaces en los asuntos públicos. Por esta razón, aunque estuvieron al borde del desastre total, gracias a sus mejores decisiones vencieron finalmente en la guerra contra los cartagineses.⁸³” (Pol. VI, 51).

A tenor de este pasaje, escrito a mediados del siglo II y haciendo referencia a hechos acaecidos media centuria antes, hemos de creer que en algún momento indeterminado entre mediados del siglo IV y finales del III, la Asamblea del pueblo cartaginesa logró ampliar su poder político en la ciudad. Teniendo en cuenta la política de los bárcidas a partir del final de la Guerra de los mercenarios, y muy especialmente las reformas introducidas por Aníbal durante su sufetado

⁸² Huss, 1993: 310; Barceló, 2008: 22.

⁸³ τὸ δὲ Καρχηδονίων πολίτευμα τὸ μὲν ἀνέκαθέν μοι δοκεῖ καλῶς κατά γε τὰς ὄλοσχερεῖς διαφορὰς συνεστάσθαι. καὶ γὰρ βασιλεῖς ἥσαν παρ' αὐτοῖς, καὶ τὸ γερόντιον εἶχε τὴν ἀριστοκρατικὴν ἔξουσίαν, καὶ τὸ πλῆθος ἦν κύριον τῶν καθηκόντων αὐτῷ: καθόλου δὲ τὴν τῶν ὄλων ἀρμογὴν εἶχε παραπλησίαν τῇ Ῥωμαίων καὶ Λακεδαιμονίων. κατά γε μὴν τοὺς καιροὺς τούτους, καθ' οὓς εἰς τὸν Ἀννιβιακὸν ἐνέβαινε πόλεμον, χεῖρον ἦν τὸ Καρχηδονίων, ἅμεινον δὲ τὸ Ῥωμαίων. ἐπειδὴ γὰρ παντὸς καὶ σώματος καὶ πολιτείας καὶ πράξεώς ἐστὶ τις αὔξησις κατὰ φύσιν, μετὰ δὲ ταύτην ἀκμή, κάπειτα φθίσις, κράτιστα δ' αὐτῶν ἐστὶ πάντα τὰ κατὰ τὴν ἀκμήν, παρὰ τοῦτο καὶ τότε διέφερεν ἀλλήλων τὰ πολιτεύματα. καθ' ὅσον γὰρ ἡ Καρχηδονίων πρότερον ἵσχε καὶ πρότερον εύτύχει τῆς Ῥωμαίων, κατὰ τοσοῦτον ἡ μὲν Καρχηδὼν ἥδη τότε παρήκμαζεν, ἡ δὲ Ῥώμη μάλιστα τότε εἶχε τὴν ἀκμὴν κατά γε τὴν τῆς πολιτείας σύστασιν. διὸ καὶ τὴν πλείστην δύναμιν ἐν τοῖς διαβουλίοις παρὰ μὲν Καρχηδονίοις ὁ δῆμος ἥδη μετειλήφει, παρὰ δὲ Ῥωμαίοις ἀκμὴν εἶχεν ἡ σύγκλητος. ὅθεν παρ' οὓς μὲν τῶν πολλῶν βουλευομένων, παρ' οὓς δὲ τῶν ἀρίστων, κατίσχε τὰ Ῥωμαίων διαβούλια περὶ τὰς κοινὰς πράξεις. ἡ καὶ πταίσαντες τοῖς ὄλοις τῷ βουλεύεσθαι καλῶς τέλος ἐπεκράτησαν τῷ πολέμῳ τῶν Καρχηδονίων. (Pol. VI, 51). Traducción de Antonio Sancho Roy para el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC, 2008).

(Liv. XXXIII, 46, 6-7), creemos, como Szyncer⁸⁴ que la Asamblea del pueblo no debió de alcanzar altas cuotas de poder hasta finales del siglo III e inicios del II. G. Ch. Picard⁸⁵ es aún más concreto: “*il est logique de penser que la plupart des changements importants survenus en 237, année qui marque une coupure décisive, puisque désormais les partisans des Barcides vont exercer jusqu'à a Zama une autorité aussi peu contestée que des oligarques dans la période précédente*”.

En cuanto a la organización del *demos* cartaginés, Aristóteles aporta un elemento tan interesante como es la existencia de banquetes comunes (*syssitia*) a los que compara con las *phidíta* espartanas (Ari. Pol. II, 11, 3). Este breve pero revelador apunte indica la existencia asociaciones o hermandades (*herairiai*) en el seno de la sociedad cartaginesa “que probablemente hay que identificar con los mazrhm testimoniados epigráficamente⁸⁶”. Algunos autores han propuesto que estas *herairiai* repartirían el *demos* de la ciudad en secciones de voto de forma similar al sistema usado en Roma, en las curias latinas o las fratrías griegas⁸⁷. Otros piensan que pudiera tratarse más bien de agrupaciones religiosas y/o seculares sin más ligazón que la participación en credos, magistraturas u oficios comunes para reforzar sus intereses mutuos⁸⁸.

Pese a la escasez de datos sobre el funcionamiento de la Asamblea, la epigrafía nos aporta algo más de información. A través de una inscripción de Bitia, S. Moscati logró identificar que el término ‘m significaba “pueblo”, pudiendo también referirse de forma genérica a “Asamblea del pueblo⁸⁹”. Posteriormente, Sznycer llevó a cabo un exhaustivo análisis epigráfico con todas aquellas inscripciones que contenían dicho término. De esta forma llegó a reconocer, entre otras, la expresión que firmaba la potestad de la Asamblea *lmy’ms ‘m qrthdst “selon l’ordenance (ou: le registre) de l’Assemblée du peuple de Carthage⁹⁰”*.

2.5. Resumen del organigrama político cartaginés

Una vez analizados los datos de que disponemos actualmente, así como un seguimiento de la trayectoria historiográfica que atañe a la constitución de Cartago y a sus organismos estatales vamos a proceder a resumir nuestro propio punto de vista, que ya ha sido esbozado y argumentado más ampliamente a lo largo de las páginas precedentes. Si centramos nuestra atención en nuestro periodo de estudio (410-201), nos encontramos con una ciudad políticamente madura. Después de la “revolución oligárquica” protagonizada en la primera mitad del siglo V, Cartago contaba en ese momento con un órgano estatal básico alrededor del cual giraba la política de la ciudad: el senado. No sabemos el número exacto de senadores que ocupaban una silla en este órgano pero la cifra alrededor de los 300 que han propuesto varios

⁸⁴ Szyncer, 1975: 49.

⁸⁵ Picard, 1968: 121.

⁸⁶ Huss, 1993: 310.

⁸⁷ Movers, 1949; Meltzer, 1896; Gsell, 1928; Sznycer, 1975.

⁸⁸ Hoyos, 2010: 22.

⁸⁹ Moscati, 1968.

⁹⁰ Sznycer, 1975: 67.

autores nos parece aceptable. Esta institución lideraba la dirección política de la ciudad y defendía en buena medida los intereses de la oligarquía. Los conceptos aristocracia/oligarquía eran permeables en Cartago. Como ya apuntaba S. Lancel (1995: 116), hablar de aristocracia u oligarquía puede resultar confuso, más aún cuando las fuentes literarias antiguas ya utilizaban ambos términos para referirse a una misma institución. Podemos tachar tanto al Senado como al Tribunal de los Ciento Cuatro de ambos conceptos, pues si bien en teoría aquellos elegidos para el cargo disponían méritos personales, la compra de cargos y la evidencia epigráfica muestran que el dinero y la familia eran en realidad la condición *sine qua non* para acceder a ellos. Quizás en un principio el senado hubiera sido de corte más aristocrático, pero se fue convirtiendo cada vez más en un órgano oligárquico. De modo que, a fin de cuentas, haríamos mejor en hablar de oligarquía senatorial, que de aristocracia.

El senado estaba presidido por los sufetes. La máxima magistratura política del estado era colegiada, anual, electa y en manos de unas pocas familias que coparon este cargo a lo largo de los siglos IV y III. Como representantes del senado, los sufetes eran también los máximos responsables de las decisiones asociadas con la política exterior, y solo quizás, de oficializar algunas ceremonias de carácter religioso. Pero sus funciones no se limitaban a moderar el Senado, sino que sus votos contaban tanto como el conjunto del senado. Cuando ocurría que los sufetes y el senado diferían en alguna decisión, podían recurrir a la Asamblea del pueblo que decantara su voto hacia un lado u otro. Este órgano empezó con un pobre y limitado papel político real. Sin embargo, a lo largo del siglo IV y especialmente en la segunda mitad del siglo III consiguió alzarse de tal forma que, según Polibio, a finales del siglo III ostentaba ya el mayor poder en la ciudad. Este mismo órgano era el encargado de escoger a los mandos militares en esa época.

De forma paralela existía un Tribunal, denominado el Consejo de los Ciento Cuatro, que apareció probablemente en el momento en que la dinastía magónida fue apartada del poder. Ésta había actuado durante más de medio siglo de forma similar a una tiranía, hasta que la oligarquía de la ciudad, junto con la nueva y pujante clase terrateniente del hinterland de Cartago, lograron arrebatarles el monopolio político. A partir de entonces, y con vistas a prevenir posibles intentos tiránicos procedentes de la casta militar, el Tribunal actuó como órgano de seguimiento y control de las campañas militares de los generales cartagineses. Los miembros de este consejo eran elegidos, según Aristóteles, a través de unas pentarquías. De este órgano de 5 magistrados no sabemos prácticamente nada; no hay más información de ellos salvo aquella que nos brinda el propio sabio filósofo, esto es, que tienen la potestad de decidir sobre muchos e importantes asuntos y que ejercen su poder incluso después de salir de su cargo.



Figura 1. Organigrama político de Cartago a partir de la segunda mitad del siglo V.

3. EL SISTEMA MILITAR CARTAGINÉS

Una vez analizado el sistema político cartaginés, creemos haber dejado clara la división de poderes entre lo civil y lo militar durante los siglos IV y III. En el siguiente apartado vamos a tratar de profundizar sobre la composición, la estructura de mando y las características del ejército púnico para disponer así de una buena plataforma sobre la que discutir con posterioridad las relaciones internacionales de Cartago, pues atañen a ambas esferas. Tan sólo el tercer poder, el religioso, quedará inserto al texto tan sólo allí cuando sea necesario. Si bien tenemos motivos para creer que la sacralidad afectaba de un modo u otro a la esfera civil y militar -como en todas las ciudades del Mediterráneo en la Antigüedad- ésta sobrepasa los límites estrictos de esta investigación.

En este apartado vamos también a superar dos conceptos que se relacionan comúnmente con el ejército cartaginés. Por un lado, la presencia y peso de contingentes mercenarios dentro de las fuerzas armadas púnicas, una característica que ya los autores de época clásica señalaron para subrayar así las diferencias respecto la antagonista de Cartago en la segunda mitad del siglo III, Roma (Pol. VI, 52). Éstos serán investigados en su propio contexto geográfico en los siguientes capítulos. Por el otro, como ya indicamos en el capítulo anterior, no podemos trasladar las características del ejército a finales del siglo III -de dónde poseemos más información- al resto del periodo de estudio, pues igual que en política, el ejército púnico cambió a lo largo de estas dos centurias. Y no hay mejor ejemplo para ello que el ejército anibálico que, en palabras de Tito Livio era *“un general completamente diferente, con un ejército diferente, formado de modo diferente”* (Liv. XXV, 21, 8).

Siguiendo este esquema, utilizaremos distintas herramientas para tratar de acercarnos lo más posible al perfil de fuerzas armadas que poseyó Cartago en cada momento. Esto incluye, en

primer y destacado lugar, a las fuentes escritas, muy avezadas a relatar acontecimientos de carácter bélico. Aunque es cierto que la mayor parte de la tinta se dedicó a la Primera, y especialmente Segunda Guerra Púnica, ya hemos visto como también disponemos de algunas fuentes literarias que relatan acontecimientos más remotos. Huelga decir que todas estas fuentes son evidentemente exógenas. En segundo lugar, la epigrafía nos brinda también valiosa información directa sobre mandos y estructura del ejército, y en este sentido, como veremos, los epigrafistas nos han aportado en la última década interesantes investigaciones acerca de ello. También la arqueología, a través de panoplia localizada en ajuares y campos de batalla, la iconografía procedente de estelas y monumentos, y mediante la identificación de enclaves militares típicamente púnicos a lo largo y ancho del Mediterráneo occidental, contribuye a aumentar nuestro conocimiento sobre el ejército púnico. Baste citar el hallazgo reciente de numerosos espolones cartagineses cerca de la costa occidental de Sicilia, dónde el material arqueológico recuperado pertenece a la definitiva batalla naval entre cartagineses y romanos en las Islas Égades al final de la Primera Guerra Púnica¹. Por último, debemos a la numismática aportaciones en relación a la utilización de elefantes de guerra, a la estructura interna del ejército e incluso a la panoplia de los soldados cartagineses, como trataremos de desentrañar en este capítulo.

En cuanto al cariz de la política militar cartaginesa durante este periodo, esto es, en qué grado podemos definir las relaciones exteriores de Cartago con el Mediterráneo Occidental a nivel militar, quisiéramos hacer algunas consideraciones. A menudo, incluso en la literatura científica actual, no se presta la atención adecuada a la importancia del vocabulario; así, términos como “imperialismo”, “revolución” o “conquista” se utilizan sin más para explicar procesos sumamente complejos a los que no basta con caracterizar con un solo término o para los cuales son necesarias precisiones posteriores. El hecho que en historia antigua no contemos con tan amplia información a nuestro alcance como en los estudios de historia contemporánea no significa que en pasado las relaciones nacionales e internacionales fueran más simples. ¿Cabría acaso, por ejemplo, tachar a Alemania de intervencionista durante el siglo XX, en un estudio riguroso? Pues no sin una explicación ulterior, ya que la respuesta varía en función del momento, del gobierno en el poder, de las presiones interiores (poderes económicos) y exteriores (relaciones y pactos internacionales), etc. En este sentido, el estado en el mundo antiguo no difiere del estado moderno. ¿Así pues, porqué ese empeño de simplificar los hechos y reducirlos a simples dinámicas, buscando un titular de periodismo barato? ¿Era Cartago una potencia imperialista? Pues la respuesta es la misma que en la Alemania del siglo XX: depende.

Como república oligárquica que era, y además con una población cosmopolita y con relaciones internacionales que abarcaban todo el Mediterráneo, Cartago tenía en su seno diferentes corrientes de pensamiento que se reflejaban en el senado con la existencia de diferentes partidos² y también en forma de profundas rivalidades entre magistrados importantes (por ejemplo, en Liv. XXI, 10). Como es lógico, atendiendo al hecho que todas las fuentes literarias antiguas son exógenas, no disponemos de muchas evidencias sobre esta realidad, que sin embargo están bien testimoniadas en otras urbes de la época. Siguiendo a Justino (XIX, 1-3)

¹ Tusa y Royal, 2012.

² Günther, 1999; Hoyos, 2010: 21-23.

durante al menos el primer tercio del siglo V el poder tiránico de la dinastía magónida marcó una línea política claramente intervencionista, militarmente muy activa. Los magónidas sostenían su poder por medio del monopolio de cargos en el seno de su círculo y por el apoyo del ejército. Nadie osó discutir su política -o, al menos, nadie lo consiguió- hasta que la derrota de Hímera (480) puso en tela de juicio su autoridad sobre el ejército y perdió apoyo ciudadano, mientras que la aristocracia terrateniente y la oligarquía de la ciudad presionaban cada vez más por participar de las decisiones políticas. Todas estas causas provocaron la caída de la tiranía magónida y el establecimiento de una república oligarca. Como ya supo captar Polibio (III, 6-9) en relación a la Segunda Guerra Púnica, en el estallido de un conflicto cabe reconocer las causas de fondo, las causas directas y la chispa que inicia de deflagración.

Los magónidas ejercieron una política imperialista con vocación de anexión territorial, pero, ¿qué entendemos por imperialismo? Este es un concepto moderno derivado del latín *imperare* (=tener control sobre algo), el cual no refleja con exactitud todas las connotaciones actuales del término. Los autores griegos disponían de términos como “hegemonía” (=liderazgo, guía), o mejor “eparchia”, pero en su lugar la mayor parte de autores prefirió utilizar el término ἐπικράτεια (=influencia, poder) para referirse al control de Cartago sobre sus territorios sicilianos (Plat. *Ep.* 7, 349c; Pol. II, 39.7). Diodoro, sin embargo, también utiliza el término ἡγεμονία (hegemonía) (Diod. X, 18, 6; XII, 26, 3) para referirse al mismo territorio durante el mismo periodo. Discusiones terminológicas a un lado, queda demostrado que algún tipo de control sobre la parte occidental de Sicilia existía por parte de Cartago. C.R. Whittaker³ enumeraba una serie de condiciones que permitieran reconocer políticas imperialistas: control y anexión territorial, un sistema de administración provincial, recaudación de tributos, explotación de los recursos naturales, alianzas desiguales, y por último, monopolio y control comercial. Según esta definición, son varios los elementos que definen la relación de Cartago con los territorios occidentales de Sicilia de modo imperialista. De igual manera podríamos sumar las regiones costeras de Cerdeña, sur de la península Ibérica y norte del África occidental, así como numerosas islas menores del Mediterráneo central y occidental como Ibiza, Malta, Lampedusa o Pentellería. Si todos estos territorios estuvieran enlazados territorialmente, no dudaríamos en hablar de imperio cartaginés: todos ellos controlaban zonas amplias a través de enclaves estratégicos, con un mayor o menor grado de presencia militar, administrados por Cartago a nivel político y económico; eran tributarios de la metrópolis y, al menos en algunos de ellos, también tenía la potestad de organizar levas militares; por último, está claro que el comercio dentro de este perímetro colonial está controlado por la metrópolis durante los siglos V y IV y buena parte del III. La única diferencia es que la zona geográfica bajo control no es eminentemente terrestre sino marítima.

Según estas premisas, ciertamente entendemos al estado cartaginés del siglo IV y primera mitad del III como un imperio colonial/marítimo cuyo centro administrativo, político, militar y económico se hallaba indudablemente en la ciudad Cartago. Este fue el resultado de las numerosas campañas de carácter militar llevadas a cabo durante el siglo VI y comienzos del V, que proporcionaron a la metrópolis una red de enclaves estratégicos costeros en el Mediterráneo Occidental. A través del control de los puertos de estas regiones se consiguió

³ Whittaker, 1978: 63.

articular el comercio marítimo casi en forma de monopolio. Pese a las discrepancias que envuelven el resultado de la batalla naval de Alalia (c.535), lo cierto es que, no muchos años más tarde, los cartagineses se erigieron como la primera potencia marítima en la región. Pero a diferencia de la mayor parte de imperios, sometidos a presiones internas y externas, sublevaciones regionales y disputas étnico-territoriales, el dominio marítimo les protegía de estos peligros. Tan sólo la piratería podía suponer una amenaza a mar abierto, y para ello Cartago contaba con su numerosa flota militar. La ciudad basaba buena parte de su enriquecimiento en el comercio, y como ya se ha dicho, el comercio y la guerra no son buenos aliados, de modo que, de nuevo, a diferencia de tantos otros imperios, el suyo no necesitaba expandirse mediante conquistas sino mantener su autoridad sobre las colonias y los puertos bajo su control. Según algunos investigadores -y en contra de la visión tradicional transmitida por las fuentes literarias- Cartago antepuso generalmente la diplomacia a la intervención militar para asegurar ese control⁴.

En el hiato entre el 410 y el 200 se produjeron, en algún u otro momento, ataques indígenas sobre colonias fenicio-púnicas o ciudades aliadas de Cartago. En el norte de África, territorio sobre el que hablaremos con detalles en el siguiente capítulo, son numerosas las referencias a sublevaciones de territorios o ciudades, especialmente aprovechando momentos de debilidad interna. Así por ejemplo durante la guerra de Agatocles en África (311-306), la ofensiva de Marco Atilio Régulo (255), o durante la revuelta de los mercenarios una vez terminada la Primera Guerra Púnica (241-238). Por su parte, Cerdeña siempre mantuvo un componente indígena presto a luchar por su independencia y expulsar a los extranjeros, no sólo durante la ocupación púnica sino también romana. También en Iberia, aunque menos conocidas, contamos también con algunos ejemplos de revueltas indígenas contra el territorio de colonias fenicio-púnicas o sus aliados⁵ (Just. XDIV, 5). Por el contrario, en Sicilia, sículos y sicanos se mostraron comúnmente más inclinados a los intereses fenicio-púnicos que a las tiranías griegas; el enemigo en la isla no era, pues, la población autóctona, sino las poderosas colonias griegas establecidas en el área oriental de la isla, muy especialmente, Siracusa.

En Italia y el sur de la Galia no hay indicios del establecimiento de colonias fenicio-púnicas. No era necesario. En ambas zonas, la presencia de colonias griegas -y ciudades etruscas en el caso de Italia- aseguraba buenos puertos, redes comerciales, relaciones con la población local y enclaves estratégicamente bien situados. Por lo tanto, como demuestran los muy numerosos hallazgos de moneda púnica en toda la costa mediterránea de la Galia, no se optó por el establecimiento directo sino por el aprovechamiento de las estructuras y redes que los griegos ya habían instaurado. Ambas zonas quedaban excluidas del dominio marítimo cartaginés, sin embargo las relaciones comerciales y militares -*ergo*, políticas- con ellas eran una realidad en este periodo. Las tablillas doradas de Pyrgi (c.500), el puerto de la ciudad etrusca de Caere, atestiguan estrechas relaciones entre Etruria y Cartago⁶, como también lo demuestra su alianza antigriega en la ya mencionada batalla de Alalia. Las alianzas y los tratados habrían

⁴ Fantar, 1993: 77-78; Fariselli, 1999: 65.

⁵ En este sentido, ver Álvarez, 2006.

⁶ De hecho, es muy probable que Pyrgi albergara en su interior a comunidades de comerciantes griegos, fenicios y púnicos (Espada, 2013: 63)

sustituido al establecimiento de colonias tanto en Italia como en el sur de la Galia, tal y como veremos en los siguientes capítulos.

No queremos embarcarnos en la discusión sobre la tipología de poder que ostentó la dinastía magónida, pues ya se ha debatido suficientemente en el capítulo anterior y queda fuera de nuestro periodo de estudio. Sin embargo resulta evidente que la vinculación con el ejército que ejerció esta familia y la creación del Consejo de los Ciento Cuatro tuvieron una influencia fundamental no sólo en la cadena de mando sino, muy especialmente, en la figura -o figuras- del comandante en jefe. Es muy poca la información de carácter literario que disponemos sobre el periodo comprendido entre mediados del siglo V y la invasión de Sicilia en el 409. Todo apunta que, a diferencia de las décadas anteriores, la política exterior cartaginesa permaneció en el ámbito diplomático, pues no tenemos noticias referentes a ninguna expedición de carácter militar en este periodo⁷. Bien es cierto que tampoco tenemos noticias que nos induzcan a pensar en lo contrario, pero no es descabellado pensar que después de un periodo de expansión por el continente africano, Cerdeña, Córcega e incluso Iberia, la aristocracia que había tomado el poder dedicase sus esfuerzos a construir una política de “cooperación” que permitiese explotar su mejor baza: el comercio. Que Cartago fuera una ciudad fuertemente avezada al comercio no constituye un tópico historiográfico. Es evidente que no toda su riqueza provenía de la compraventa de productos con sus colonias u otras ciudades, pero sí lo era en buena medida. Las fuentes literarias dan buen testimonio de ello, - aunque muy a menudo de forma despectiva- y la arqueología no deja de demostrarnos hasta dónde llegaron los productos a través de la red de comercio cartaginesa⁸. La oligarquía cartaginesa disponía ya en el siglo V de una red de colonias fenicio-púnicas a lo largo y ancho del Mediterráneo occidental con las que cooperar; la colonización griega, por su parte, había sido detenida por varias razones; y en ese momento las clases más enriquecidas de la metrópolis púnica habían tomado las riendas de la política interior y exterior.

3.1. Estructura de mando

Así como para la estructura política de Cartago contamos con unos pocos testimonios literarios, el panorama de evidencias respecto a la cadena de mando o el funcionamiento del ejército es bastante más desolador. Como hemos podido comprobar, las fuentes literarias son poco precisas en este aspecto, circunstancia que se agrava aún más con la mayoría de autores clásicos tardíos. En este sentido debemos realizar un esfuerzo para filtrar toda la información literaria a nuestro alcance; no podemos reconocer la misma credibilidad a Polibio que a Silio Itálico u Orosio. Por el contrario, contamos con muchos más ejemplos de personajes y campañas en concreto, a través de los cuales vamos a tratar de perfilar el carácter de la comandancia en cada momento. Como se ha dicho anteriormente, los autores clásicos se

⁷ De hecho sí hay una, aunque muy breve, de Tito Livio para el año 431, que sin embargo no parece haber tenido grandes consecuencias ni un papel protagonista de la ciudad púnica: “A los grandes acontecimientos que dieron relieve a aquel año [un victoria romana sobre ecuos y volcos] se suma el hecho, que entonces no pareció que tuviese nada que ver con Roma, de que los cartagineses, que iban a ser tan grandes enemigos, entonces por primera vez durante unas disensiones entre los sicilianos pasaron un ejército a Sicilia para ayudar a uno de los bandos” (Liv. IV, 29, 8)

⁸ Pilkington, 2013.

inclinan mucho más por el relato de acontecimientos ligados a la guerra que en cualquier otro aspecto histórico. De este modo, nos encontramos con la paradoja de contar con información analítica y crítica respecto al sufetado, pero con escasos ejemplos concretos de personajes que ejercieran dicha magistratura; por el contrario, la situación respecto al generalato es inversa: disponemos de una numerosa lista de nombres propios y sin embargo las características propias de este cargo resultan mucho más esquivas.

3.1.1. Identificación epigráfica y duración del cargo

Polibio y Aristóteles subrayan la diferenciación entre el alto mando militar (*strategos*) y la magistratura política suprema, el sufete. El título del alto magistrado púnico en los asuntos militares no ha trascendido en las fuentes literarias en su forma original, pero Maurice Sznycer (1990) demostró en un riguroso estudio que el *rb mhnt*⁹ (pronunciado aproximadamente *rab mahenet*¹⁰) que aparece en la epigrafía púnica equivale al *strategos* que citan las fuentes griegas, literalmente, “el cabeza de ejército”¹¹. Sznycer utilizó como pruebas para demostrar dicha hipótesis la inscripción bilingüe tripolitana de época augustea (Tripol 27; KAI 120) donde el título de cónsul es traducido por *rb mhnt* (1990:118). Pero, además, aportaba numerosos testimonios epigráficos y lingüísticos demostrando la equivalencia de *rb* con “jefe” y de *mhnt* con “ejército” (1990:116-119), concluyendo finalmente que *rb mhnt* hace referencia al comandante en jefe del ejército cartaginés¹².

Esta hipótesis ha sido aceptada y seguida por reconocidos filólogos como A. Ferjaoui (1991) o L.A. Ruiz Cabrero (2009), pero paradójicamente, muchos historiadores parecen desconocer tan grande aportación¹³. No es el caso, por ejemplo, de Carlos González Wagner, quién defendía con total claridad la existencia de una alta magistratura civil -el sufete- y otra de militar -el *rb*-,

⁹ A partir de las inscripciones púnicas y neopúnicas dónde aparece *mhnt* y de leyendas monetales en tetradracmas púnicas en Sicilia con *cm mhnt* o bien *cm hmhnt*, que Sznycer traduce como ejército y tropa respectivamente; y de *rb*, vocablo con numerosos testimonios epigráficos y que significa jefe o responsable de algo o de alguien (Sznycer, 1990); por ejemplo *rb khn* “jefe de sacerdote”; *rb hsprm* “jefe de los escribas” y otros (Ruiz Cabrero, 2009).

¹⁰ Hoyos, 2010: 33.

¹¹ Van den Branden (1977) sugería unos años antes que el título de *rb* sería patrimonio de la dinastía magónida y que posteriormente, a mediados del siglo IV, con la disminución de su influencia política y la creación del Tribunal de los Ciento Cuatro, el título *rb* pasaría a designar a un alto cargo militar no político. (1977: 145). Posteriormente, en base a la inscripción bilingüe Tripol 27=KAI 120, dedicada a Augusto procedente de Leptis Magna, M.G. Angeli Bertinelli propuso al *rb mhnt* como un alto oficial militar, similar al *lawagetas* micénico respecto al *wanax* (1981: 15), o al procónsul romano (1981: 22).

¹² En adelante, utilizaremos indistintamente los términos “general” o “rab” como sinónimos, para referirnos al *rb mhnt*, al poseedor de la máxima magistratura militar. En cualquier otra función de *rb* (=jefe de algo) la especificaremos a continuación.

¹³ Así, W. Huss, ni siquiera vincula al *rb* con el aparato militar del estado, sino con el financiero (Huss, 1993: 311), Barceló los desvincula de las magistraturas políticas y militares para el desempeño de cargos estatales de menor graduación (2009: 19), como también insinúa Lancel (1995: 120); otros, en estudios sobre el generalato cartaginés, sorprendentemente ni siquiera aluden al término epigráfico (Loreto, 1996; Quesada, 2009). No es el caso, sin embargo, de D. Hoyos, quién sí que reconoce el cargo de general en dicho término (Hoyos, 2010: 33).

con unas competencias bien diferenciadas entre sí, tal y como las había en Atenas entre el estratego y el epónimo o el basileús¹⁴. He aquí cómo, erróneamente, en ocasiones se han buscado paralelismos entre el consulado romano y el sufetado/generalato sin una solución al respecto, cuando la realidad es mucha más cercana al mundo griego¹⁵. G. Wagner continuaba así respecto a la duración en el cargo: “como en otras partes, en Cartago los generales eran también elegidos para su cargo, y el prolongado periodo que a veces permanecieron en éste, no ha de tener necesariamente un significado distinto al de un Pericles reelegido una y otra vez al frente de los intereses, y no solo militares, de Atenas¹⁶”. Este ha sido uno de los aspectos controvertidos sobre el cargo de general. La mayoría de investigadores creen que la magistratura no estaba limitada por un período concreto de tiempo sino por las circunstancias: un general lideraba una campaña hasta que ésta finalizaba, era destituido o dimitía del cargo¹⁷, lo cual sucedió en no pocas ocasiones durante los siglos IV y III. Nos parece muy válida la hipótesis de un cargo anual renovable antes que un periodo ilimitado de tiempo¹⁸, pues incluso durante el período magónida la noticia de Justino sobre la muerte de Amílcar hacia el 490 nos inclina a pensar en un ciclo anual: “su muerte fue memorable no sólo por el luto de la ciudad sino también por sus once dictaduras y sus cuatro triunfos” (Just. XIX, 1, 7). La existencia de una magistratura a la que Justino llama dictadura, parece tener unas fechas de inicio y de final preestablecidas, dado que Amílcar la ostentó en nada menos que 11 ocasiones y sin embargo sólo cuatro veces pudo celebrar el triunfo. O bien Amílcar llevó al menos cuatro campañas plurianuales, durante las cuales ostentó el cargo de dictador, cosa poco probable a no ser que estuviera en activo durante más de 30 años; o bien, más sencillo, las campañas eran anuales -como en el resto del Mediterráneo- y el cargo era elegido anualmente, siendo el mismo general comúnmente reelegido. Además, el cargo de dictador era para Pompeyo Trogo (la fuente de Justino) más de carácter temporal que cualquier otro, pues durante la República romana dicho cargo tenía una duración de tan sólo seis meses¹⁹.

De este modo, podemos resumir que, a diferencia del sufete, el rab no ejercía, a la práctica, su cargo limitado temporalmente sino que era renovado anualmente mientras durase el conflicto. La epigrafía nos brinda una estupenda prueba en este sentido; la expresión para fechar un acontecimiento en función del sufete epónimo es *bst šptm*²⁰, es decir, “en el año de los sufetas”, mientras que en función del generalato, la fórmula es *ctr rbm*²¹ “en la época de los rabs”²². La permanencia en el cargo del rab de forma ilimitada (siempre con el beneplácito del senado) es un aspecto en el que sí coinciden la mayor parte de investigadores actuales²³.

¹⁴ González Wagner, 1994a: 829.

¹⁵ En este sentido cabe señalar no sólo las estrechas relaciones comerciales entre Cartago y el mundo griego continental, que indudablemente comporta un tráfico de ideas e influencias políticas, sino también la presencia de una auténtica colonia de ciudadanos griegos en la ciudad (Fantar, 1998: 11).

¹⁶ González Wagner, 1994a: 829.

¹⁷ Fantar, 1993: 84; Goldsworthy, 2000: 35; Quesada Sanz, 2009: 152.

¹⁸ Esta es también la opinión de S. Lancel, como mínimo para el período magónida (1995: 113).

¹⁹ De Wilde, 2012.

²⁰ Por ejemplo, en la misma Cartago, en CIS I 3914 y CIS I 3921.

²¹ De nuevo en Cartago, en CIS I 5510. 9-11.

²² Ferjaoui, 1991: 479; Ruiz Cabrero, 2009: 39.

²³ Picard, 1988: 120; Fantar, 1993: 84; Lancel, 1995: 113; Gómez de Caso, 1995: 110, n.13; Lazenby, 1996: 20; Taulbee, 1998: 2; Barceló, 2009: 19; Hoyos, 2010: 33. En contra, Van den Branden, 1977: 144.

3.1.2 Colegialidad

Sobre la colegialidad del cargo de comandante del ejército, comprobamos cierta tendencia a creer en su existencia²⁴. Sin embargo, esto no es cierto para finales del siglo V e incluso para la primera mitad del siglo IV. Los escasos testimonios literarios de que disponemos (fundamentalmente Diodoro y Justino) no indican esa dirección. Cuando en el año 410 los emisarios de la ciudad siciliana de Segesta pidieron ayuda a Cartago para defenderse de los ataques de la vecina Selinunte (ciudades que se habían alineado en bandos opuestos durante la guerra entre Atenas y Siracusa) el senado decidió enviar a Aníbal²⁵, como general (Diod. XIII, 43, 1-7). No se menciona ningún colega.

Dos años más tarde, en el 407/6, Cartago envió de nuevo a Aníbal a Sicilia. Se podría postular que el hecho que Himilcón acompañara a Aníbal en el inicio de la contienda señalara un ejemplo de colegialidad. Sin embargo, nosotros rechazamos esta hipótesis en base a que a) Diodoro especifica claramente que el senado dotó a Aníbal de total autoridad (Diod. XIII, 80, 1); b) no fue hasta que Aníbal alegó su avanzada edad que el senado le confirió un ayudante, Himilcón (Diod. XIII, 80, 2); y c) el hecho mismo que Diodoro especifique las causas de la presencia de dos generales en el ejército demuestra que el hecho era singular, no aquello habitual.

De igual modo, una década más tarde, Himilcón aparece como Καρχηδονίων στρατηγός, general de los cartagineses (Diod. XIV, 49, 1). Durante esos diez años, aprovechando que la epidemia del ejército púnico había pasado a África, Dionisio había conseguido afincar su poder y adueñarse de prácticamente toda Sicilia. Hasta que, en el año 397, puso sitio a la más importante ciudad fenicia de la isla, Motya. Fue entonces cuando Himilcón asumió de nuevo el mando y, de nuevo, en solitario²⁶. De hecho, en el mismo pasaje, Diodoro apunta que lo primero que hizo el general fue mandar a 10 trirremes al cargo de su navarco, al puerto de Siracusa. Si hemos de creer a Diodoro, esta segunda guerra contra Siracusa acabó como la primera: Himilcón recuperó el territorio a favor de los cartagineses y durante el asedio a Siracusa una nueva epidemia se extendió sobre su ejército. De los 300.000 hombres que según Éforo formaban su ejército de tierra (además de 250 naves púnicas, con sus tripulaciones, bloqueando el puerto siracusano), 150.000 perecieron a causa de la enfermedad (Diod. XIV, 76, 2). Dionisio aprovechó la ocasión y junto con algunos refuerzos llegados de Esparta atacó por sorpresa al ejército púnico (Polien, Estrat., II, 11; Xen. Hel. 2, 12; Diod. XIV, 63, 4; Front., I, 4, 12). Fue tal la magnitud de los daños provocado por la epidemia y las tropas de Dionisio que, contra todo pronóstico, Himilcón se vio forzado a pedir una tregua. Dionisio permitió la retirada en secreto de Himilcón y de las tropas formadas por ciudadanos cartagineses (Diod. XIV, 75, 2). El resto de tropas, -Diodoro menciona a mercenarios iberos (Diod. XIV, 54, 5-6), galos, griegos y aliados siciliotas (Diod. XIV, 75, 6) y norteafricanos (Diod. XIV, 77)-, fueron abandonados a su suerte (Diod. XIV, 75). A su regreso a Cartago, el escándalo debió de ser tan

²⁴ Gracia, 2003: 174; Barceló 2008: 19.

²⁵ Se trata del nieto del Amílcar que desapareció durante la batalla de Hímera en el 480 e hijo de Gisgón, el magónida exiliado a Selinunte (Diod. XIII, 43, 5).

²⁶ También Polieno menciona tan sólo a Himilcón durante su enfrentamiento contra Dionisio en Motya (Polien, Estrat., V, 2, 6).

grande que Himilcón no esperó a la sentencia del Tribunal; según Diodoro, se suicidó en su propia casa (Diod. XIV, 76).

En las futuras campañas militares cartaginenses seguimos encontrando a un solo general: Magón en 393-392 y 383 (Diod. XIV, 90, 2); el hijo de éste, Himilcón, lo sustituyó a su muerte ese mismo año (Diod. XV, 15-16; Polien. *Estrat.*, V, 10, 5); Hannón en 368/7 (Diod. XV, 73; Just., XX, 5, 11-12); de nuevo Hannón²⁷ o Magón en c.345 (Diod. XVI, 67, 2); Giscón en 339/338 (después de la derrota contra Timoleón en la batalla de Crimisos) (Diod. XVI, 81; Polien., *Estrat.*, V, 11; Plut. *Tim.* 30; 34): Amílcar defendiendo a Siracusa contra Agatocles en 318/317 (Just. XXII, 2, 1-6; Diod. XIX, 71-72); otro Amílcar, hijo del anterior Gisgón, contra las ofensivas de Agatocles en Sicilia hacia 314/313 (Just. XXII, 3; Diod. XIX, 102); de nuevo Amílcar en una nueva ofensiva contra Agatocles, en el 311 (Diod. XIX, 106, 1-2). Finalmente, con Agatocles acampado en Tunis en el año 310, el Senado decide nombrar por primera vez a dos generales, Bomílcar y Hannón, aún teniendo a un tercero en campaña en Sicilia, Amílcar²⁸ (Diod. XX, 10, 1-4; Just. XXII, 6, 5; Oros. IV, 6, 25). La siguiente tabla ilustra de forma esquemática todos los generales cartaginenses mencionados por las fuentes literarias desde sus inicios hasta el año 218:

Nombre	Filiación	Status	Cole-gialidad	Cron ologí a man dato	Elección	Guerra	Fin de mandato	Fuente	Notas
Malco		General (<i>Dux</i>)	No	Segunda mitad s. VI	-	Sicilia, Cerdeña y África	Ejecutado	Just. XVIII, 7; Oros. IV, 6, 7-9	Dirigió expediciones con éxito en Sicilia y África. En Cerdeña, fue vencido y condenado al ostracismo. Se sublevó y tomó la propia Cartago. Finalmente fue juzgado y condenado a muerte acusado de aspirar a la tiranía
Magón		Tirano (<i>imperator</i>)	No	Final es s. VI	-	Descon.	-	Just. XIX, 1, 1	Reformador del ejército
Asdrúbal	Hijo de Magón	Tirano	No	Inicio s. V	-	Cerdeña y África	Muerte en combate en Cerdeña (c.490)	Just. XIX, 1, 1-8	Celebró 4 triunfos y obtuvo 11 dictaduras. A su muerte entregó el mando a su hermano Amílcar
Amílcar	Hijo de Magón	Tirano	No	Inicio s. V - 480	Traspaso de Asdrúbal	Cerdeña? y Sicilia	Desaparecido en combate (480)	Just. XIX, 1-2	Desaparece en la batalla de Hímera (480)

²⁷ Alrededor del año 345 se producen una serie de acontecimientos que son narrados de forma confusa y en ocasiones contradictoria por los autores clásicos. Según Justino, mientras Dionisio el Joven recupera el poder en Siracusa hacia el 347, uno de los principales notables de Cartago intenta un golpe de estado tiránico, pero fracasa (Just. XXI, 4, 1-7). Según Diodoro, es también un Hannón quien entre el 345 y el 344 llega a Sicilia aprovechando las luchas intestinas en Siracusa para recuperar el terreno público perdido en la isla (Diod. XVI, 67, 2). Y finalmente según Plutarco un tal Magón era quién dirigía el ejército mientras que Hannón lideraba la flota (Plut. *Tim.* 18-19).

²⁸ En 339, Cartago manda a unos Asdrúbal y Aníbal a Sicilia, pero probablemente se trate, como en el caso de Magón y Hannón en c.345, de un general y un almirante (Diod. XVI, 77, 4-5).

Himilcón, Hannón, Gisgón, Aníbal, Asdrúbal y Safón	Magónida, Hijos de Asdrúbal y Amílcar	Varios	-	Primer tercio o s. V	Herencia	África	Golpe de estado oligárquico	Just. XIX, 2, 1-4	Al menos algunos de ellos (Gisgón) fueron condenados al exilio por el Tribunal de los 104
¿?	-	-	-	431	-	Sicilia	-	Liv. IV, 29, 8	
Aníbal	Magónida, hijo de Gisgón	General	No	409/8; 406	Senado	Sicilia	Muerte en campaña	Diod. XIII, 43; 44; 54-62; 79; Front. Strat., III, 10, 3	Enviado a Sicilia en socorro de la ciudad de Segesta, hostigada por Selinunte. Campaña exitosa
Himilcón	Magónida, pariente de Aníbal	General	No	406 - 404	Senado	Sicilia	Suicidio	Diod. XIII, 80, 2-5; 85-90; 95; 96; 108-114; ¿Front. Strat., III, 10, 5?; Xen. Hel. II, 2, 24; 3, 5; Polien. V, 2, 2; Just. XIX, 2-3	Enviado en primer lugar como lugarteniente de Aníbal en 406. Tomó el mando a la muerte de éste
Himilcón	Descon.	General	No	397/ 396- 395	Senado	Sicilia	Suicidio	Diod. XIV, 49-52; 55-76; Polien. I, 8, 12; V, 2, 6; 2, 9; 2, 17; ¿10, 1?; 10, 2; Front. Strat. I, 1, 2; 4, 12; 8, 12; Oros. IV, 6, 10-15	Puede ser el mismo personaje que el anterior
Magón	Descon.	General	No	393/ 392	Sicilia		Diod. XIV, 90-96	
Magón	Descon.	General	No	383/ 2- ¿378 /9?	Senado	Sicilia	Muerte en combate. IV Guerra Greco-púnica	Diod. XV, 15-16	
Himilcón	Descon. Almirante y general	No	383/ 2- ¿378 /7?	Senado y Ejército	Sicilia	IV Guerra Greco-púnica	Diod. XV, 17; Polien. V, 10, 5; VI, 16, 1	Almirante de Magón hasta la muerte de éste, cuando fue nombrado <i>strategos</i>	
¿?				379/ 378	Cerdeña y Libia	IV Guerra Greco-púnica	Diod. XV, 24, 2-3	Una epidemia sacudió Cartago y fue aprovechado por libios y corsos para sublevarse, pero son derrotados. Huss lo sitúa en 374/3	
Hannón	Descon.	General	No	368/ 367	Sicilia	V Guerra Greco-púnica	Diod. XV, 73; Just. XX 5, 11-12	Su enemigo Suniato, el ciudadano más importante de Cartago, quiso avisar a Dionisio del ataque de Hannón, pero fue descubierto y Hannón venció	
Magón	Descon.	General	No	344- 343	Sicilia	Suicidio	Plut. Tim. 16-22		
Hannón	Descon. Almirante	No	344- ¿?		Sicilia	Asesinado	Plut. Tim 18-20; Diod. XVI, 67, 2; Just. XXI, 4, 1-7; Oros. IV, 6, 16-20; Ari. Pol. V, 7, 4-1307a	Orosio, Justino y Aristóteles mencionan a un Hannón que intentó dos veces imponer la tiranía; no lo consiguió y fue ejecutado por los cartagineses	
Amílcar	Hijo de Hannón	General	No	¿?	Libia	Condenado a muerte	Polien. V, 11	Hijo del anterior; hermano de Giscón, fue acusado de aspirar a la tiranía y ejecutado	
Asdrúbal	Descon.			340	Sicilia		Plut. Tim. 25-29; Diod. XVI, 77-80; Polien. V, 12, 3		

Aníbal	Descon.	340	Sicilia	Plut. <i>Tim.</i> 25-29; Diod. XVI, 77-80; Polien. V, 12, 3		
Giscón	Hijo de Hannón	339	Sicilia	Diod. XVI, 81; Polien. V, 11; Plut. <i>Tim.</i> 30; 34		
¿?		322-318	Sicilia	Diod. XIX, 4-5		
Amílcar	Descon.	General?	318-317; 314?	Sicilia <i>VII Guerra Greco-púnica</i> Just. XXII, 2-3; Diod. XIX, 71-72; Polien. V, 3, 7		
				Amílcar medió entre Agatocles y Siracusa. Y luego entre Mesina, Acragas y Gela contra Agatocles. Puede que en ambos actuara como sufete y no como general		
Amílcar	Hijo de Giscón	General	No	314; 311-310 Senado <i>VII Guerra Greco-púnica.</i> Asesinado por los siracusanos	Just. XXII, 3; 7; Diod. XIX, 102; 104; 106-110; XX, 13-16; 29-30; Val.Max. I, 7, 8	Asedió Siracusa pero fue capturado, torturado y muerto por los siracusanos
Hannón	Descon.	General	Sí	310 Senado África <i>VII Guerra Greco-púnica.</i> Muerte en combate	Diod. XX, 10-13; Just. XXII, 6; Oros. IV, 6, 25	Se enfrentó a Agatocles junto a Bomílcar en el 310
Bomílcar	Sobrino de Amílcar (el del 318)	General	Sí	310 Senado África Condenado a muerte por intentar imponer la tiranía	Diod. XX, 10-13; 43-44; Just. XXII, 6; 7; Oros. IV, 6, 32	Intentó conseguir la tiranía en Cartago, pero fue rechazado por sus ciudadanos durante el intento en el 309
Hannón	-	General	Si?	307-306 Senado África	Diod. XX, 60	
Himilcón	-	General	Si?	307-306 Senado África	Diod. XX, 60-61	
¿?	-	General	Si?	307 Senado África	Diod. XX, 60	
¿?	-	Almirante	307	Senado Costa de África Suicidio por la derrota ante la flota sículo-etrusca	Diod. XX, 61, 4-8	
¿?	-	General?	-	288 Senado Sicilia -	Just. XXIII, 2, 13	A la muerte Agatocles en 288, Cartago decidió recuperar sus posesiones en la isla
Magón	-	General	280	Senado Italia No entran en combate	Val. Max. III, 7, 10; Just. XVIII, 2, 1-7	Cartago envió una flota de 120/130 navíos a Roma en ayuda contra Pirro, pero ésta los rechazó. Luego, Magón se reunió con Pirro
¿?			278-276	Senado Sicilia. <i>Guerra contra Pirro</i>	Diod. XXII, 8-10; Just. XVIII, 2, 10-12; Plut. <i>Pyrr.</i> , 22-24; Dio Hal. XX, 8-9; Zonaras, VIII, 5, 10-11	No se menciona el nombre de ningún general
¿?			275	Italia, Tarento	Zonar. VIII, 6, 12-13	Según Zonaras Cartago habría ayudado a Roma a tomar Tarento
Aníbal			c.269	Sicilia	Diod. XXII, 13, 2-8	Mediator entre Hierón II y los mamertinos

Hannón			Comandante guarnición de Mesina	No	264	Sicilia	Muerto a manos de sus soldados	Dio. Cas. XI, 43; Zonaras, VIII, 9; Pol. I, 11-12, 3	Los romanos lograron ocupar Mesina y expulsaron a la guarnición púnica de la ciudad. Hannón cayó muerto en el conflicto	
Aníbal			Hijo de Gisgón	General; en el 260, almirante	263-259	Sicilia/Italia/Cerdeña	Crucificado por sus propias tropas después de perder una segunda derrota naval contra los romanos en Cerdeña.	Diod. XXIII, 4; 7-8; Pol. I, 17-19; 21; 23; 24, 3-7; Zonar. VIII, 10-11; Dio. Cas. XI, 43, 18; Val. Max. VII, 3, 7; Oros. IV, 7, 5-10; 8, 4	Durante el 262 dirigió la defensa de Acragas. Incursiones en Italia durante 261-260, hasta que fue derrotado en la batalla naval de Mylas	
Hannón el Viejo			Hijo de Aníbal	General; almirante (256)(¿241?)	264; 262-261; 256; 255/4? ¿241?	Senado	Sicilia y África	Destituido por el Senado en 261. Reaparece en 256 como almirante	Pol. I, 18-19; 26-28; Zonar. VIII, 10, 1-6; 12, 8-9; 12, 10; Diod. XXIII, 1, 1-4; 7-9; 12; Oros. IV, 7, 5; 8, 6; Liv. Per., 18; Eutr. II, 22, 2	Enviado a recuperar Mesina junto a Hierón (264); enviado en ayuda de Aníbal en Acragas (262-261). Primera mención de utilización de elefantes por parte de cartagineses. Derrotado en Ecnomus junto con Amílcar (256). Lideró dos embajadas diplomáticas para llegar a un acuerdo de paz (256). Se enfrentó a los romanos vencidos por Jantipo cerca de Aspis, pero fue derrotado (255/4). Quizá comandó la flota en la derrota de las Islas Égades y se entrevistó posteriormente con Lutacio (241).
Amílcar			General; el 257 y 256 aparece capitaneando la flota	Sí en 256?	261-254	Senado	Sicilia y África	Diod. XXIII, 8-9; 11; Zonar. VIII, 10-13; Front. <i>Strat.</i> , III, 16, 3; Pol. I, 21; 24, 3; 26-28; 30; Dio. Cas. XI, 43, 18; Polien. <i>Estrat.</i> , VI, 38, 7; VIII, 20; Oros. IV, 8, 6; 8, 16; 9, 9	Enviado a Sicilia en sustitución de Hannón. Ganó varias batallas a los romanos. Trasladó la población de Érice a Drépana. Batalla de Tíndaris (257). Batalla de Ecnomus (256). Derrotado por Régulo a África (256). Entregó el mando a Jantipo (255). Lideró una campaña para someter a los aliados nómadas sublevados (254)	
Boades/Boodes			"miembro del senado" (Pol. I, 21) "lugarteniente de Amílcar" (Zonar.)	260	Senado	Sicilia		Pol. I, 21; Polien. <i>Estrat.</i> , VI, 16, 5; Zonar. VIII, 10, 8-9	Capturó a Cornelio Escipión en las Islas Líparas	
Hannón			General	259	Senado	Cerdeña	Muerte en combate (Olbia)	Val. Max. V, 1, 2; Oros. IV, 7, 11; 9, 7	¿Se trata del mismo Hannón destituido en 262?	
Asdrúbal			Hijo de Hannón	General	Sí	256; 255/	Senado	Sicilia y África	Front. <i>Strat.</i> , III, 17, 1; II, 5, 4; Pol. I,	Derrotado en Adys por Régulo (256). Fue enviado a Sicilia en

			4 y 251- 250		empalado per perder en la batalla de Panormo a todo su ejército y 60 elefantes	30; 38, 1-4; 40; Diod. XXIII, 21; Zonar. VIII, 14, 8- 12; Flor. I, 18, 27- 28; Plin. NH. VIII, 1-11; Oros. IV, 8, 16; 9, 14-15	255/4 con un ejército con 140 elefantes. Intentó tomar Panormo pero fue derrotado estrepitosamente (250)	
Bóstar		General	Sí	256	Senado	África	Quizá capturado en Adys y muerto en Roma (Diod. XXIV, 12)	Pol. I, 30 Derrotado en Adys por Régulo (256)
Jantipo*	Iacedem onio	General	No	255	Senado	África	Descon.	App. Pun. 3-4; Pol. I, 32-34; 36; Flor. I, 18, 15-26; Front, <i>Strat.</i> , II, 2-3; Zonar. VIII, 13, 5- 10; Diod. XXIII, 14- 16; Veg. <i>Epit.</i> III, prlg., 5-6; Oros. IV, 9, 2-4
Hannón		General	Sí, con Hannón	255/ 4	Senado	África	Oros. IV, 9, 7; Liv. Per., 18; Eutr. II, 22, 2; Oros. IV, 9, 7	Victoria sobre Régulo en África (255) Derrotado frente a los romanos acantonados en Aspis (255/4)
¿?	Almirante			255/ 4	Senado	África	Pol. I, 36, 11; Diod. XXIII, 18, 1; Oros. IV, 9, 5-6.	Derrota naval frente a los romanos en el Cabo Hermaia
Cartalón	General; como almirante y general en 249	Sí, con Adérbal	254; 249- 248/ 7	Senado	Sicilia e Italia	Sustituido por Amílcar Barca al finalizar su mandato	Diod. XXIII, 18, 2; Pol. I, 53-54; Zonar. VIII, 15, 14; 16, 1-2; Diod. XXIV, 1, 7-11	Tomó y destruyó Acragas (254); destruyó la flota romana que bloqueaba Lilibeo (249). Tomó la ciudad de Egitalo y capturó a L. Junio. Saqueó las costas de Italia (248)
Adérbal	¿Almirante? General	Sí, con Cartalón en 249	250- 249	Senado	Sicilia e Italia	Zonar. VIII, 15, 8- 12; Pol. I, 46, 1-3; 49-51; 53-54; Flor. I, 18, 29; Diod. XXIV, 1, 5; Diod. XXIV, 3; Val. Max. VIII, 1, 4	Transportó víveres en el sitio de Lilibeo y realizó incursiones en la costa italiana y luego se instaló en Drépana, donde venció a los romanos en batalla naval cerca del puerto (249)	
Himilcón (Hannón en Zonas)	Comandan te de la ciudad	No	250		Sicilia	En algún momento es sustituido por Giscón	Zonar., VIII, 15, 8- 12; Pol. I, 42-45; 48; 53-54; Diod. XXIV, 1, 4;	Dirigió la defensa de Lilibeo
Aníbal	Hijo del Aníbal muerto de Cerdeña	sotscoma ndante	No	250	Sicilia		Pol. I, 42-43	
Aníbal	Hijo de Amílcar	Trierarca y Primer amigo de Adérbal	No	250- 249	Senado	Sicilia	Pol. I, 44-45; Diod. XXIV, 1, 6; Oros. IV, 10, 2-3	Transportó víveres a Lilibeo y luego se dirigió a Drépana. Saqueó Panormo y de nuevo transportó provisiones a Lilibeo (249)
Aníbal el		No	250	Se ofrece	Sicilia	Capturado	Pol. I, 46-47	Realizó numerosas incursiones

Rodio					al Senado		por los romanos	con éxito para transportar víveres de Cartago a Lilibeo, pero finalmente fue capturado	
Amílcar Barca	Bárcida, hijo de Aníbal (Nep. XXII, ?, ?)	Almirante y general	Sí, en 240-239, y 238, junto a Hannón	247-241; 240-239; 237; 237-229	Senado; ejército (238); Senado (237)	Sicilia, Italia, África e Iberia	Muerte en combate (229)	Pol. I, 56-57; 60; 62-64; 66; 75-78; 82; 84-88; II, 1, 5-9; III, 9-11; Diod. XXIV, 5-9; 13; XXV, 3: 5; 8; 10, 1-4; 19; Zonar. VIII, 17, 3-6; 19; Val. Max. VI, 6, 2; App. <i>Iber.</i> 4-5; Nep. XXII, 2, 4-5; App. <i>Han.</i> 1-2; Front, <i>Strat.</i> , II, 4, 17; Oros. IV, 13, 1; 14, 3	
Bodostor	Subalterno de Amílcar	No	244		Sicilia		Diod. XXIV, 9, 1	Cayó en una emboscada romana mientras saqueaba el territorio desobedeciendo a Amílcar	
Hannón el Grande	Almirante y general	Sí, en 240-239, con Amílcar Barca y de nuevo a finales del 238	c.245 ; 241 (I GP); 240-238	En 240, nombrado por el Senado	Sicilia y África		Pol. I, 59-61; 67; 72-74; 82; 87-88; Diod. XXIV, 10-11; XXV; 10, 3; Val. Max. VI, 6, 2; App. <i>Iber.</i> 4; Dio. Cas. XII, 46, 1-2; Oros. IV, 10, 6-7; 12, 3	¿Se trata del mismo Hannón de 256? Entre 247 y 241 conquista Hekatompylos (c.245) ¿Derrota naval definitiva frente a los romanos en las Islas Égadas (241)? ¿o fue el Hannón el Viejo? Primer intermediario para resolver el motín de los mercenarios (241)	
Giscón	Comandante de la ciudad	No	241		Sicilia y África	Muerto por los mercenarios sublevados	Diod. XXIV, 13; Pol. I, 66; 69-70; 80-81; Diod. XXV, 3	Dirigió buena parte del traslado de mercenarios de Sicilia a África. Una vez amotinados, es uno de los intermediarios (241)	
Bóstar	Beotarca, comandante de la guarnición púnica en Cerdeña	No	240/238		Cerdeña	Muerto durante la sublevación de los mercenarios en Cerdeña	Pol. I, 79	¿Se trata del mismo Bóstar de 256?	
Hannón		No	c.238	Senado	Cerdeña	Muerto en Cerdeña por sus tropas mercenarias	Pol. I, 79;	Enviado a Cerdeña para ayudar a sofocar la rebelión de los mercenarios, fue traicionado por sus propios mercenarios (c.238)	
Aníbal	General	Si, con Amílcar Barca	238	Senado	Africa	Capturado por el líder mercenario Mathos y crucificado	Pol. I, 82, 11-14; 86; Diod. XXV, 5	Enviado en sustitución de Hannón contra la guerra de los mercenarios. Puede tratarse de uno de los dos Aníbal que aparecen en 250.	
Naravas*	Aliado nómida	Comandante aliado	No	239-238	Amílcar	África	Pol. I, 77-78; 82	Desertó de los mercenarios sublevados y puso a 2.000 nómadas bajo las órdenes de Amílcar	
Asdrúbal	Yerno de Amílcar Barca (Pol. II, 1,	General; trierarca	No	237	(a parti	África e Iberia	Asesinado por un esclavo	Pol. II, 1, 5-9; 13; 36 Diod. XXV, 12; Liv. XXI, 2, 5-7;	Como senador, ayudó a Amílcar a evitar el juicio ante el Tribunal de los 104 (241).

Ante esta evidencia de falta de cargos colegiales, cabe preguntarse por qué la epigrafía menciona en ocasiones -no siempre- los rab en plural (*rbm*). Nótese que generalmente la epigrafía no indica que fueran exactamente dos magistrados sino, simplemente, más de uno; podrían ser dos, tres o, tal y como pensamos, un número irregular de ellos. En efecto, una vez realizado el esfuerzo de desasociar el consulado y el sistema político militar romano del cartaginés, es lícito preguntarse por qué el ejército púnico habría de tener más de un general, cuando históricamente la comandancia suprema no ha sido compartida. La respuesta más sencilla responde precisamente a la naturaleza del imperio cartaginés: la distancia entre sus colonias y los dominios africanos alejaba considerablemente los posibles frentes de guerra, de modo que si un general estaba luchando en Sicilia y aparecía una amenaza en otra “provincia”, el Senado decidía nombrar a un nuevo general con los mismos poderes que el anterior, para hacer frente al nuevo peligro. Tal es el caso de la invasión en África de Agatocles en el año 310: mientras el general cartaginés Amílcar continuaba el asedio a Siracusa, el Senado nombró dos nuevos generales, Hannón y Bomílcar, para enfrentarse al tirano (Diod. XX, 9-10). Idéntica situación se repitió en 256 cuando el cónsul romano M. A. Régulo desembarcó en el cabo Bon mientras el cartaginés Amílcar se recuperaba en Sicilia de la reciente derrota naval de Ecnomus. En esta ocasión, el Senado cartaginés también nombró a dos nuevos generales, Asdrúbal y Bóstar (Pol. I, 30). Debemos admitir que en ambos casos podría tratarse de magistrados con un rango menor en la jerarquía militar que las fuentes literarias tradujeron simplemente como “general”, pues la distancia cronológica y cultural respecto los autores que citan dichos acontecimientos es notable y suelen perderse los matices, de modo que nos es imposible establecer cuáles y cuántos de ellos eran los auténticos rabs y cuáles oficiales inferiores. En otras ocasiones, la literatura clásica cita varios personajes liderando flotas o ejércitos cartagineses en el mismo año, como en Sicilia en el año 250, dónde compartieron responsabilidades militares Aníbal hijo de Amílcar, Himilcón, Adérbal, además de Aníbal el Rodio y Aníbal hijo de Aníbal (éste último, claramente ostentando una magistratura militar de menor rango). Durante la Segunda Guerra Púnica, con un teatro de operaciones tan amplio, los generales cartagineses en activo al mismo tiempo son numerosos, aunque dicho conflicto es tan particular, que merece ser tratado de forma independiente.

En la colegialidad estricta, con el mismo rango, los casos de Hannón y Bomícar en el año 310, y de Asdrúbal y Bóstar en el 256 son los primeros y prácticamente únicos casos registrados en las fuentes literarias. Y ambos, con la circunstancia -quizá no casual- de encontrarse en una situación de excepcional peligro, pues era la propia ciudad de Cartago quién estaba amenazada y con el rab coetáneo fuera de África. A ellos hay que añadir el cargo compartido de Amílcar Barca con Hannón el Grande durante la Guerra de los Mercenarios (excepto un corto período en el que Amílcar compartió el poder con un Aníbal en 238); parece que también Adérbal y Cartalón compartieron el cargo de rab en 249; y finalmente la triple colegialidad de Hannón, Himilcón y un tercer general, cuyo nombre no transmite Diodoro, que lucharon -con éxito- para expulsar las tropas de Agatocles de África en 307.

¿Qué indican todos estos datos? A tenor de las evidencias aportadas hasta el momento nos inclinamos a pensar en la existencia de un solo rab en Cartago en circunstancias bélicas normales, elegido por la Asamblea Popular. Un solo comandante en jefe a cuya disposición tendría varios oficiales de alta graduación capaces de encargarse de misiones en campaña o liderar guarniciones de ciudades aliadas por ellos mismos. Sin embargo esto no significa que en circunstancias especialmente graves y acuciantes el senado pudiera decidir incorporar uno o varios generales adicionales que vendrían a sumarse al rab elegido por la Asamblea. Tal es el caso de los ejemplos anteriores. El hecho que, epigráficamente, aparezca la fórmula “en la época de los rab X” (=t r)²⁹ puede entenderse si aceptamos que su duración podía no ser anual³⁰ y que podía haber más de un general en activo.

Sin embargo, no podemos dejar de anotar cierta idea que parece desprenderse de lista generales establecida en función de la literatura clásica. Ocurre que siempre que aparece más de un rab simultáneamente, se asocia a un momento en que la propia ciudad de Cartago se encuentra en peligro, excepto en los acontecimientos del 250 anteriormente citados, que podrían responder a otra explicación. En este sentido cabe plantearse la posibilidad que en ocasiones hubiera dos rab en Cartago: uno, elegido por la Asamblea, dedicado a las misiones en el exterior; el otro (u otros), elegidos por el Senado y encargados de la seguridad de la propia ciudad. Tal sería el caso de Hannón y Bomícar en 309, Asdrúbal y Bóstar en 256 y de Hannón el Grande y Amílcar Barca en 240-238.

3.1.3. Poderes

Otro de los focos de atención sobre el generalato púnico es aquel que se refiere a los límites de sus competencias, pues si bien los sufetes se encargaban claramente de la esfera política

²⁹ Sznycer, 1990: 120.

³⁰ La propuesta de C. González Wagner mencionada anteriormente sobre la duración del cargo del rab, equiparable al arcontado ateniense en cuanto a que el cargo era anual pero el magistrado podía ser elegido una y otra vez, no discrepa necesariamente con el hecho que el rab pudiera ejercer como tal en períodos no equiparables a un año. La duración de una campaña no necesariamente tenía una duración anual y, además, el Senado tenía la potestad de destituir o sustituir al rab (por ejemplo, Hannón el Viejo en 261), de modo que en un mismo año pudo haber más de un rab en el cargo sin que hubiera colegialidad y al mismo tiempo un solo rab podía ejercer el cargo durante más de 12 meses.

del estado, encontramos numerosos ejemplos dónde el papel de los rab desborda lo estrictamente militar. Y este es un fenómeno que observamos ya al inicio de nuestro periodo de estudio. Antes de iniciar las operaciones sobre Sicilia pero una vez nombrado rab, Aníbal (409) se ofreció como árbitro para mediar entre las ciudades de Segesta y Selinunte, una acción de carácter marcadamente diplomático, pese a que las verdaderas intenciones de Aníbal fueran evitar cualquier excusa para la entrada de Siracusa en la contienda. En cambio, no hay evidencias que fuese el propio Aníbal quién, dos o tres años más tarde, fundara en la isla la colonia de Terma (actual Termini Imerese), como se ha señalado erróneamente en alguna ocasión³¹.

La iniciativa en política exterior de Aníbal no fue un hecho aislado. A lo largo de las dos centurias siguientes nos encontramos con numerosos ejemplos al respecto. No es claro que el Amílcar que en 318/7 arbitró entre Agatocles y varias ciudades griegas estuviese ya en posesión del cargo de rab cuando desplegó esta importante tarea diplomática (Just. XXII, 2-3; Diod. XIX, 71-72; Polien. V, 3, 7), pero sí lo era Magón cuando se entrevistó con Pirro en 280 en Italia (Val. Max. III, 7, 10; Just. XVIII, 2, 1-7) o Hannón el Viejo en 256 (Diod. XXIII, 12, 1) en el momento de pedir la paz a M. A. Régulo. Así también fue un general, Amílcar Barca según unos (Pol. I, 62, 3; Diod. XXIV, 13) o Hannón según otros (Val. Max. VI, 6, 2), quién dispuso las cláusulas del fin de la contienda en 241 con el cónsul C. Lutacio. No obstante, en este último caso, Polibio (I, 62, 3) especifica que el senado púnico envió un mensajero para otorgar plenos poderes a Amílcar para tratar tan importante asunto, demostrando así, que antes no poseía tales poderes. Este pequeño detalle, podría sugerir que el resto de generales que actuaron más allá de sus competencias militares, quizás podrían haberlos recibido del senado de forma temporal, como en el caso de Amílcar.

Tampoco hay que olvidar el tratado del Ebro firmado en 226 entre Asdrúbal y Roma que ponía límites territoriales a la expansión cartaginesa en Iberia (Pol. II, 13, 7; Liv. XXI, 2, 7; App. Iber. 7), pero en esta ocasión nos surge la problemática acerca de la autonomía de la familia bárcida instalada en Iberia respecto a la metrópolis. En cambio, el episodio en que el general Aníbal envió a un legado al senado cartaginés (Val. Max. VII, 3, 7) pidiendo permiso para enfrentarse a una flota romana durante los primeros años de la Primera Guerra Púnica no debe entenderse como una limitación de poderes. Aníbal envió al legado una vez terminada -y perdida- la batalla (batalla de Milas, 260 a.n.e.) por motivos de pura supervivencia. De esta forma, el senado era quién autorizaba la acción y por lo tanto quién se responsabilizaba del resultado de la misma, aludiendo Aníbal de esta forma las más que posibles represalias del Tribunal una vez de regreso a la patria.

3.1.4. Dinastía

Hay que destacar un último aspecto en relación al rab cartaginés. Ruiz Cabrero ha realizado recientemente un estudio exhaustivo de las estelas del tofet de Cartago que revelan

³¹ El pasaje en cuestión (Diod. XIII, 79, 8) indica claramente que “*los cartaginenses*” eligieron a un grupo de voluntarios y fundaron la ciudad, con anterioridad al traslado de tropas a Sicilia.

interesantes datos sobre la política cartaginesa. La mayor parte de las estelas del tofet pertenecen a un arco cronológico comprendido entre los siglos IV y II, por lo que entran de lleno en nuestro periodo de estudio. Una de las conclusiones que destaca el autor es que unas pocas familias coparon los puestos de poder tanto en el ámbito político, como religioso y militar y que las alianzas y matrimonios entre ellas permitieron afianzarlas en ellos³². Así, de 61 estelas en las que aparece el cargo de rab, en 14 ocasiones el título es ostentado por varios miembros de la misma familia, mientras que en el caso del sufetado, la relación es de 26 casos en 100 estelas³³. A. Ferjaoui también destacaba que ambas magistraturas, sufetes y rabs, aparecen en la epigrafía formando dos categorías administrativas claramente diferenciadas y que además estaban controladas por dos familias distintas (Ferjaoui, 1991:479). Nótese, de paso, el notable menor número de estelas con individuos ostentando el cargo de rab respecto al de sufete en el mismo lapso de tiempo, hecho que viene a apoyar la tesis que el primero de ellos no fue colegial y el segundo, sí.

A decir verdad, no es ninguna sorpresa que las más altas magistraturas fueran coto privado de un reducido número de familias; históricamente las élites siempre han intentado perpetuarse en el poder. Sin embargo, los testimonios epigráficos dan ahora buena prueba de ello³⁴ y establecen las bases para futuros estudios prosopográficos. Pero quizá más importante aún es darse cuenta que la dinastía magónida no era una excepción ni un periodo oscuro en la historia de Cartago: hubo siempre algunas familias más poderosas que otras, y especialmente después de la revolución oligárquica de mediados del siglo V, las ricas familias terratenientes y comerciantes se abrieron paso hasta el poder y se ocuparon de crear los mecanismos necesarios para permanecer ahí.

La epigrafía parece habernos aportado cierta información importante para entender el funcionamiento del ejército. En efecto, es conocido que el epígrafe *mstr* (EH 41) podría referirse a un “oficial de intendencia” o “intendente”, y *rb mstrt* (EH 74) al “jefe de los oficiales de intendencia”³⁵, aunque de hecho se trata de inscripciones tardías procedentes de Cirta (Constantina, Argelia). En cambio, sí que procede de Cartago la inscripción RES 910 que alude a un *rb s/s* (=jefe tercero), quizá relacionada con la cadena de mando militar (Ruiz Cabrero, 2009: 21) y miembro del estado mayor. En cuanto a la estructura propiamente regimental, algunas inscripciones de variada procedencia pero con sustrato semítico parecen describir una organización jerárquica basada en grupos decimales: así, de Ugarit, *rab ešerti* (=jefe de diez)³⁶; procedente de Tiro, la inscripción RES 1502 en la cual aparece un *rb mt* (=jefe de cientos); y de nuevo en Constantina, el epígrafe EH88 menciona un *'lp* (=jefe de mil)³⁷. Aunque somos conscientes de la distancia cronológica y espacial de estos testimonios de primera mano, no podemos olvidar que todos ellos comparten una lengua y un origen común. La lógica nos lleva a demostrar que si A (Tiro, Ugarit) y C (Cirta) comparten un mismo sistema organizativo militar, entonces B (Cartago), que a todos niveles se sitúa entre A y C, tendrá las mismas características

³² Ruiz Cabrero, 2009: 10.

³³ Ruiz Cabrero, 2009: 13-15.

³⁴ Ruiz Cabrero, 2008.

³⁵ Ruiz Cabrero, 2009: 20.

³⁶ Vita, 1995: 129. Aunque este cargo no siempre está vinculado al ejército sino que podría aplicarse también en grupos de Trabajo para otras tareas.

³⁷ Berthier-Charlier, 1955: 76; Tomback, 1978: 21, Ruiz Cabrero, 2009: 21.

que los anteriores. Así lo indica el hallazgo de una inscripción púnica que menciona varias personas como *rb mt* (KAI 101)³⁸ dando así por confirmada la pervivencia de, como mínimo, algunos de los cargos de la cadena de mando militar fenicia a Cartago.

Por último, cabe destacar las leyendas monetales dónde aparecen inscripciones *m'hmnt, mhnt, m' mhnt o s'm hmhnt* (=gente del campamento³⁹). Se trata de ejemplares de moneda de plata cartaginesa acuñada en Sicilia a finales del siglo IV⁴⁰. Aunque Cartago no acuña numerario propio en la ciudad hasta finales del mismo siglo⁴¹, había empezado a producir moneda ya en la campaña siciliana del 409 para pagar a los mercenarios contratados por Aníbal⁴². Algunos investigadores han interpretado estas leyendas del siglo IV como el testimonio de la existencia de asambleas militares dentro del ejército cartaginés con cierto poder político, como por ejemplo la potestad de elección de comandante en caso de muerte del anterior⁴³.

Polibio y Apiano mencionan una magistratura más: el boetarco ($\beta\omega\gamma\theta\alpha\rho\chi\omega\zeta$). Bóstar, un oficial al cargo de tropas mercenarias estacionadas en Cerdeña al inicio de la Guerra de los Mercenarios, es intitulado así por Polibio (Pol. I, 79, 2). Apiano, por su parte, alude con este cargo a Asdrúbal, jefe de las tropas auxiliares en Cartago en los prolegómenos de la Tercera Guerra Púnica (App. Pun. 70). Todo parece indicar, pues, que se trataría de un oficial cartaginés al mando de tropas no cartaginesas, ya fueran mercenarios o aliados⁴⁴. Comúnmente estas tropas estaban lideradas por sus propios capitanes quienes, a su vez, respondían ante los oficiales superiores cartagineses. Este es el caso de Jantipo o Autárito y tantos otros líderes extranjeros que lucharon para Cartago. Pero ninguna regla es inmutable y, como podemos apreciar, también existía un cargo cartaginés encargado de dicho liderazgo si era necesario, o bien para que actuara de enlace entre los distintos capitanes extranjeros y los oficiales superiores cartagineses. Tal era la función del boetarca. Por otra parte, M. Fantar cree reconocer en el término *mishthar* al funcionario encargado de reclutar mercenarios a partir de inscripciones halladas en Volubilis y Cirta⁴⁵.

³⁸ Vita, 2003: 72.

³⁹ González Wagner, 1994a: 833; Manfredi, 1995: 64; Manfredi, 1999: 72.

⁴⁰ Sznycer, 1990: 117.

⁴¹ Tsirkin, 1988: 128; Mildenberg, 1989: 10.

⁴² Manfredi, 1995: 63-64, con bibliografía. Las primeras acuñaciones en plata se fechan hacia 410-390, y llevan la leyenda *qrthst*, a menudo con el término *mhnt* en la misma moneda, que ha sido interpretado conjuntamente como “Administración militar cartaginesa” por Mildenberg (1989: 6-8). Las monedas de oro y electro cartaginesas aparecen entre 350 y 320 (Visonà, 1985: 673), quizás, como apuntaba Manfredi (2003: 371), debido al tipo de relación política entre Cartago y Persia, pues la acuñación en estos materiales estaba reservada a los emperadores aqueménidas. En cuanto a la moneda de bronce, ésta ha sido objeto de debate en torno a su periodización (ver Visonà, 1985). Manfredi sitúa el inicio de la acuñación de moneda de bronce en la primera mitad del siglo IV (Manfredi, 1995: 153; 1999: 71).

⁴³ Acquaro, 1974: 80-81; Huss, 1993: 320; González Wagner, 1994a: 833.

⁴⁴ Gracia, 2003: 174.

⁴⁵ Fantar, 1993: 82.

3.2. Ejército de tierra

Un famoso pasaje de Polibio resume a la perfección la visión que, ya desde la Antigüedad (aunque desde luego no contemporánea a época púnica) se tenía sobre la naturaleza y composición del ejército cartaginés.

“Sin embargo, en cuanto a las diferencias de detalles, por ejemplo, en principio, en relación con las cosas de la guerra, los cartagineses están mejor entrenados y preparados para las operaciones en el mar, lo que por lo demás es natural, porque desde antiguo era algo tradicional parar ellos esta experiencia y el hacer de la mar su profesión más que cualquier otro pueblo. Pero en las operaciones terrestres los romanos están mucho mejor entrenados que los cartagineses. Pues los romanos ponen todo su afán en ello y, en cambio, los cartagineses se desprecian por completo de las fuerzas de infantería y a las de caballería le prestan una escasa atención. Y el motivo de ello es que los cartagineses utilizan tropas extranjeras y mercenarias, pero los romanos del país y ciudadanas. Por esta razón, también en este aspecto, hay que admitir que el régimen de los romanos es mejor que el cartaginés. Pues este último cifra sus esperanzas en de libertad en todo momento en el coraje de sus mercenarios, el romano, por el contrario, en el valor de sus propias tropas y en el socorro de sus aliados. Por ello, aunque sufren una derrota alguna vez al comienzo, la reparan por completo con un nuevo combate, y a los cartagineses les ocurre lo contrario. Los romanos, en efecto, como combaten por su patria y por sus hijos nunca pueden cejar en su ardor, sino que resisten luchando con valor hasta que vencen a los enemigos. Así, aunque ellos tengan menos experiencia en relación con las fuerzas navales, como dije antes, se imponen por completo gracias al valor de sus hombres; pues aunque la práctica marinera contribuye en no escasa medida a afrontar los combates en el mar, no obstante, el coraje de las tropas embarcadas inclina el fiel de la balanza de modo decisivo hacia la victoria. Todos los italianos, realmente, aventajan a los fenicios y a los africanos por su naturaleza, tanto en vigor corporal como en arrojo espiritual y además, en este aspecto, potencian el estímulo de los jóvenes por medio de ciertos hábitos⁴⁶.” (Pol. VI, 52, 1-10)

El tratamiento despectivo acerca del uso de mercenarios, las diferencias entre ambos sistemas sociales y militares, y el ensalzamiento de la *virtus* romana tratadas en este pasaje son la semilla de la visión clásica y tradicional sobre Roma y Cartago que recogieron y supieron enfatizar autores como Apiano, Silio Itálico u Orosio y que se ha mantenido aún hasta nuestros días fuera del ámbito estrictamente académico. Aunque es cierto que algunas de estas

⁴⁶ τά γε μὴν κατὰ μέρος, οἶον εὐθέως τὰ πρὸς τὰς πολεμικὰς χρείας, τὸ μὲν πρὸς τὰς κατὰ θάλατταν, ὅπερ εἴκός, ἄμεινον ἀσκοῦσι καὶ παρασκευάζονται Καρχηδόνιοι διὰ τὸ καὶ πάτριον αὐτοῖς ὑπάρχειν ἐκ παλαιοῦ τὴν ἐμπειρίαν ταύτην καὶ θαλαττουργεῖν μάλιστα πάντων ἀνθρώπων, τὸ δὲ περὶ τὰς πεζικὰς χρείας πολὺ δῆ τι Ῥωμαῖοι πρὸς τὸ βέλτιον ἀσκοῦσι Καρχηδόνιων. οἱ μὲν γὰρ τὴν ὄλην περὶ τοῦτο ποιοῦνται σπουδήν, Καρχηδόνιοι δὲ τῶν μὲν πεζικῶν εἰς τέλος ὀλιγωροῦσι, τῶν δ' ἵππικῶν βραχεῖάν τινα ποιοῦνται πρόνοιαν. αἵτιον δὲ τούτων ἔστιν ὅτι ξενικαῖς καὶ μισθοφόροις χρῶνται δυνάμεσι, Ῥωμαῖοι δ' ἐγχωρίοις καὶ πολιτικαῖς. ἡ καὶ περὶ τοῦτο τὸ μέρος ταύτην τὴν πολιτείαν ἀποδεκτέον ἐκείνης μᾶλλον: ή μὲν γὰρ ἐν ταῖς τῶν μισθοφόρων εὔψυχιαις ἔχει τὰς ἐλπίδας ἀεὶ τῆς ἐλευθερίας, ή δὲ Ῥωμαίων ἐν ταῖς σφετέραις ἀρεταῖς καὶ ταῖς τῶν συμμάχων ἐπαρκείαις. διὸ καν̄ ποτε πταίσωσι κατὰ τὰς ἀρχάς, Ῥωμαῖοι μὲν ἀναμάχονται τοῖς ὄλοις, Καρχηδόνιοι δὲ τούναντίον. ἐκεῖνοι γὰρ ὑπὲρ πατρίδος ἀγωνιζόμενοι καὶ τέκνων οὐδέποτε δύνανται λῆξαι τῆς ὥργης, ἀλλὰ μένουσι ψυχομαχοῦντες, ἔως ἂν περιγένωνται τῶν ἔχθρῶν. διὸ καὶ περὶ τὰς ναυτικὰς δυνάμεις πολύ τι λειπόμενοι Ῥωμαῖοι κατὰ τὴν ἐμπειρίαν, ὡς προεῦπον ἐπάνω, τοῖς ὄλοις ἐπικρατοῦσι διὰ τὰς τῶν ἀνδρῶν ἀρετάς: καίπερ γὰρ οὐ μικρὰ συμβαλλομένης εἰς τοὺς κατὰ θάλατταν κινδύνους τῆς ναυτικῆς χρείας, ὅμως ἡ τῶν ἐπιβατῶν εὔψυχία πλείστην παρέχεται ῥόπην εἰς τὸ νικᾶν. διαφέρουσι μὲν οὖν καὶ φύσει πάντες Ἰταλιῶται Φοινίκων καὶ Λιβύων τῇ τε σωματικῇ ὥμῃ καὶ ταῖς ψυχικαῖς τόλμαις: μεγάλην δὲ καὶ διὰ τῶν ἐθισμῶν πρὸς τοῦτο τὸ μέρος ποιοῦνται τῶν νέων παρόρμησιν (Pol. VI, 52, 1-10). Traducción de Antonio Sancho Royo para el CSIC (2008).

consideraciones son exageradas en mayor o menor medida, nuestra obligación como historiadores no puede ser el aceptarlas o desecharlas sin más. En este sentido, el uso -o abuso- de mercenarios por parte de Cartago constituye un ejemplo muy claro; como veremos en este mismo capítulo, cada vez son más los investigadores que ponen en entredicho la teórica dependencia de Cartago respecto a los soldados de fortuna. De igual forma, tampoco debería desecharse *per se* la opinión de Polibio sobre la superioridad romana en infantería; dentro de lo que parece una afirmación gratuita en aras de ensalzar la grandiosidad romana, se esconde una realidad social dónde se contrapone una ciudad -Cartago- con una clara vocación comercial, cosmopolita más proclive a la diplomacia que a las armas, ante otra -Roma- que año tras año a lo largo de las últimas tres centurias movilizó a sus ciudadanos hacia la guerra y dónde, a nivel cultural, político y social, se promovió la gesta de armas.

Como cabría esperar, son muy escasas las fuentes de información sobre el ejército púnico antes del estallido de las Guerras Púnicas. Disponemos para su estudio de los datos aportados por las fuentes literarias clásicas, los depósitos de armas encontrados en tumbas, la iconografía sobre estelas y monedas, y los hallazgos arqueológicos puntuales. Y ninguna de estas herramientas es especialmente reveladora. Así pues, más que nunca, es tarea del investigador cohesionar, relacionar e interpretar los datos procedentes de todas estas fuentes de información para poder esbozar un retrato en movimiento del ejército cartaginés a lo largo de su existencia. Así lo hizo M. Fantar en el capítulo homónimo de una obra que sigue siendo la referencia en este campo: *Carthage. Approche d'une civilisation*⁴⁷.

3.2.1. La infantería

Empecemos pues, por preguntarnos quien componía la infantería de línea cartaginesa, cómo actuaba y cuál era su panoplia, pues todas estas cuestiones están estrechamente ligadas entre sí. La primera noticia que tenemos asociada al grueso de tropas púnicas es el episodio narrado por Justino (XVIII, 7, 2) y Orosio (IV, 6, 7) en el que Malco y su ejército fueron desterrados a causa de su derrota en Cerdeña. Como bien hizo notar Gsell⁴⁸, no tendría sentido desterrar a las tropas junto a su general a menos que fueran ciudadanos cartagineses. Estos soldados habían actuado con anterioridad a las órdenes de su comandante en otras campañas en Sicilia y África antes de embarcarse a Cerdeña (XVIII, 7, 2). Por otro lado, la zona de influencia de la ciudad era mucho más limitada en época de Malco de lo que lo sería en los siglos siguientes, de modo que todo apunta que en ese momento el grueso del ejército de Cartago estaba formado por sus propios ciudadanos. No tenemos mucha más información acerca de este periodo excepto por una escueta mención de Justino en referencia al fundador de la dinastía magónida:

"Magón, general en jefe de los cartagineses, el primero de todos en regular la disciplina militar, después de haber puesto los fundamentos del imperio púnico y

⁴⁷ Fantar, 1993a; 1993b.

⁴⁸ Gsell, 1920: vol. II, 344.

haber consolidado la potencia de su estado no menos con el arte de la guerra que con el valor.⁴⁹" (Just. XIX, 1, 1)

Parece pues, que a finales del siglo VI hubo algún tipo de reforma estructural en el seno del ejército que lo profesionalizó. Qué alcance tuvo esta reforma no lo sabemos. Tan sólo cabe especular que estuviera relacionada bien con el uso de mercenarios⁵⁰, bien con el inicio de la inclusión de tropas africanas de la *chora* de Cartago⁵¹. Pero en cualquier caso, querer sacar más conclusiones en base a esta brevíssima mención, es arriesgado y carece del fundamento necesario.

Años después de la muerte de Magón, Amílcar, uno de sus dos hijos, lideró la campaña cartaginesa sobre Sicilia al mando de un poderoso ejército. La campaña terminó de forma inesperada con la derrota a las puertas de la ciudad griega de Hímera en el año 480⁵² (Just. XIX, 1, 6; Hdt VII, 166; Diod. XI, 20-22). Es en esta batalla donde se menciona por primera vez el uso de mercenarios por parte de Cartago (Hrd. VII, 165). La utilización del mercenariado en ejércitos griegos no era aún un fenómeno muy extendido, como ciertamente lo será a partir del fin de la Guerra del Peloponeso (431-404), pero sí era ya sobradamente conocido⁵³, especialmente en el ámbito del oriente próximo⁵⁴. Algunas de las tiranías que abundaban en Sicilia en la época de Amílcar probablemente sustentaran su poder sobre tropas mercenarias. Dionisio I el Viejo sería, sin embargo, el primero en utilizarlos de forma masiva en el Mediterráneo Central⁵⁵.

Setenta años más tarde, a raíz del litigio entre las ciudades de Egesta y Selinunte, Cartago emprendió una nueva campaña en territorio siciliano. El general cartaginés de aquella ocasión, Aníbal, envió en ayuda a Segesta a 5.000 libios y 800 campanos, a quienes dio caballos y "considerables soldadas" (Diod. XIII, 44, 1-2). Estos campanos habían combatido en la guerra entre Siracusa y Atenas (415-413) y se encontraban en ese momento en Sicilia y sin trabajo, de modo que resultó de lo más cómodo para Cartago; además, Aníbal se aseguraba así que no fueran contratados por Selinunte o Siracusa. Gracias a estos refuerzos, Segesta combatió y venció a los selinuntios. Pero esta batalla no hizo más que atizar las ya tensas relaciones greco-púnicas en la isla. Selinunte pidió ayuda a Siracusa, y Cartago, previendo la confrontación, empezó a organizar una gran fuerza expedicionaria. Aníbal reclutó "muchos mercenarios de Iberia y también alistó a no pocos de sus conciudadanos; recorrió Libia eligiendo a los hombres

⁴⁹ Mago, *Karthaginiensium imperator, cum primus omnium ordinata disciplina militari imperium Poenorū condidisset viresque civitatis non minus bellandi arte quam virtute firmasset.* (Just. XIX, 1, 1)
Traducción de José Castro Sánchez para la editorial Gredos (1995).

⁵⁰ Barreca, 1964: 38.

⁵¹ Fariselli, 2011: 130.

⁵² S. Vassallo ha publicado numeroso artículos sobre la batalla de Hímera, a raíz del descubrimiento de numerosas fosas comunes con los cuerpos de los soldados griegos caídos en batalla. Entre los cuerpos (la inmensa mayoría hombres de entre 20 y 40 años) se han recuperado piezas del armamento utilizado por el enemigo púnico: puntas de lanza, puntas de flecha, puntales e incluso espadas (Vassallo, 2010: 27-31).

⁵³ Griffith, 1935: 4.

⁵⁴ Vidal, 2014.

⁵⁵ Griffith, 1935: 194-195.

mejores de cada ciudad y preparó una flota con la intención de cruzar el mar a principio de la primavera⁵⁶” (Diod. XIII, 44, 6). He aquí un clarísimo retrato de tres formas de alistamiento distintas: el mercenario, el ciudadano y el aliado o leva súbdita. Este va a ser el modelo empleado por Cartago en la mayor parte de sus confrontaciones durante los siguientes 200 años. Y dicho modelo es un reflejo fiel tanto de la naturaleza de su imperio como, posiblemente, de la diferente vinculación jurídica de los territorios de ultramar respecto a la propia ciudad y a sus territorios limítrofes. Es decir, los mercenarios eran reclutados en Iberia, Italia, la Galia o la Liguria, que eran en ese momento regiones que escapaban al control directo de Cartago pero donde, sin embargo, la vasta red comercial cartaginesa llegaba con suficiente fuerza a través de ciudades aliadas como para montar centros de reclutamiento de guerreros indígenas a gran escala. En cambio, las antiguas colonias fenicias del norte de África habían ido cayendo bajo el influjo del poder y del liderazgo cartaginés y probablemente estarían obligadas a aportar tropas en caso de conflicto, ya fuera mediante levas o a través de contingentes aliados⁵⁷. Pero aquello que merece destacarse es que los ciudadanos cartagineses seguían siendo reclutados; su participación en el sino del ejército era activa y numerosa.

Diodoro informa que sus fuentes discrepan en cuanto al tamaño del ejército de Aníbal: según Éforo sumaban 200.000 infantes y 4.000 jinetes, mientras que Timeo advierte un total de 100.000 hombres. En cualquier caso, se trataba sin duda de una fuerza poderosa, apoyada por 60 navíos de guerra y 1.500 cargueros con abundante material de asedio (Diod. XIII, 54, 1-5). Una vez bajo las murallas de Selinunte, Diodoro menciona que los arqueros y honderos al servicio de Cartago ayudaron a limpiar las murallas de defensores (Diod. XIII, 7). Cuando los arietes lograron al fin abrir una brecha en la muralla, los primeros en entrar en la ciudad fueron las tropas campanas (Diod. XIII, 55, 7) aunque fueron rechazadas; guerreros iberos tomaron el relevo y lograron penetrar en la ciudad (Diod. XIII, 56, 6), gesta que repitieron poco después en Hímera (Diod. XIII, 62, 2). Hasta qué punto podemos creer en la identificación de tropas en el relato de Diodoro es difícil de discernir. De ser así, significaría que las tropas campanas que habían sido dotadas de monturas anteriormente actuaban ahora como tropa de infantería de primera línea.

Hablaremos en profundidad del uso, procedencia y participación de los mercenarios en el ejército púnico en los siguientes capítulos, pero ¿qué hay de las tropas propiamente cartaginesas? Al igual que la mayor parte de ejércitos de época clásica, la infantería constituía el grueso del ejército y estaba formada por los propios ciudadanos. En el caso cartaginés, no

⁵⁶ La expresión que utiliza Diodoro en esta ocasión para referirse a mercenario, es *xenologos* (ξενολογέω). El pasaje completo dice así: ὁ δὲ Αννίβας τό τε θέρος ἐκεῖνο καὶ τὸν συνάπτοντα χειμῶνα πολλοὺς μὲν ἔξ ιθηρίας ἔξενολόγησεν, οὐκ ὀλίγους δὲ καὶ τῶν πολιτῶν κατέγραφεν: ἐπήρει δὲ καὶ τὴν Λιβύην ἐπιλεγόμενος ἔξ ἀπάσης πόλεως τοὺς κρατίστους, καὶ ναῦς παρεσκευάζετο, διανοούμενος τῆς ἔαρινῆς ὥρας ἐνισταμένης διαβιβάζειν τὰς δυνάμεις. τὰ μὲν οὖν κατὰ τὴν Σικελίαν ἐν τούτοις ἦν. (Diod. XIII, 44, 6).

⁵⁷ En este sentido es interesante mencionar el estudio de M.P. García Bellido sobre la institución de la clerujía, esto es, la concesión de tierras de frontera a mercenarios en activo, con tal de poder trabajarlas y, a la vez, defenderla de posibles incursiones incorporándose al ejército en caso de necesidad. Estas posesiones tendrían carácter hereditario y se han identificado también en Grecia y Egipto. El caso es que, a tenor de dos discursos pronunciados por sendos generales púnicos, Himilcón en 396 (Diod. XIV, 61,5) y Aníbal en 218 (Liv. XXI, 45), García Bellido interpreta -y convence- de la existencia de este tipo de concesiones en Cartago (García Bellido, 2013: 302-303).

podemos dejar que el árbol nos impida ver el bosque: la inclusión de mercenarios y aliados en unidades de infantería no implica la desaparición de la infantería ciudadana, sino su adición. Dicho de otro modo, las tropas de infantería extranjera no sustituían a las propias sino que las reforzaban. A menudo, además, como tropas especialistas, como lo eran, por ejemplo, los honderos baleáricos. Varios autores han reivindicado recientemente el papel de las tropas ciudadanas cartaginesas en su propio ejército, como ya en su momento afirmó S. Gsell⁵⁸, y no tan sólo en momentos concretos como en la batalla de Crimisos (c.339) sino a lo largo de toda su historia⁵⁹. En este sentido, la existencia del famoso Batallón Sagrado, regimiento de élite homónimo al de Tebas, implica necesariamente que existieran otros regimientos de tropas ciudadanas sobre los cuales destacar. Estas unidades estarían formadas por ciudadanos comunes obligados por la ley o las circunstancias a blandir las armas cuando fuera necesario. Es más, como afirmaba Y. Garlan, en la antigüedad no existía la disociación entre estado y ciudadano tal y como la entendemos actualmente; el ciudadano era, por definición, un soldado⁶⁰. Creemos que esta afirmación era tan válida en Atenas como en Cartago, no sólo por las más que numerosas relaciones sociales, políticas y militares entre la Magna Grecia y la ciudad de Dido, sino también porque es la consecuencia lógica en el proceso de expansión de un estado. Por muchos recursos que disponga una ciudad para la contratación de mercenarios o la inclusión de aliados, es lógico suponer que en la eclosión y sustento de un proceso de expansión militar, las tropas autóctonas actúan como pilar fundamental de la fuerza expedicionaria: son baratas, son fieles, garantizan la cohesión, actúan de bisagra entre la comandancia y las tropas extranjeras e impregnán al resto de fuerzas y a los territorios conquistados del carácter de su ciudad. Son, en suma, el blasón del ejército. La propia ciudad incitaba a sus ciudadanos a participar en el ejército mediante recompensas y reconocimiento público, tal y como se desprende de un pasaje de Aristóteles según el cual los soldados “reciben el adorno formado por los brazaletes, tantos como campañas militares en que hayan tomado parte” (Ari. Pol. VII, 2, 10). Se mencionan tropas cartaginesas -40 trirremes- en la retirada de Himilcón de Sicilia en el 396 (Diod. XIV, 75,4) y reclutados contra Agatocles en 310, nada menos que 40.000 infantes (Diod. XX, 10, 5). Tampoco es cierto que estas tropas actuaron tan sólo en suelo africano, como en ocasiones se ha señalado⁶¹, pues también las encontramos luchando en Iberia durante la Segunda Guerra Púnica, bajo las órdenes de Asdrúbal Barca⁶². Parece pues, evidente, que el ejército de Cartago siempre incluyó un cuerpo de ciudadanos en sus filas.

Tan solo disponemos de referencias vagas respecto al papel de la infantería cartaginesa en campaña pero, en cualquier caso, Cartago era una gran metrópolis y estaba plenamente integrada en el sistema militar que dominaba el Mediterráneo en época clásica, es decir, la

⁵⁸ Gsell, 1920: 345.

⁵⁹ Fantar, 1993: 80; González Wagner, 1994a: 832; Quesada, 2005: 133; Hoyos, 2010: 153-156. En contra, por ejemplo, Foucher, 1964: 69.

⁶⁰ Garlan, 2003: 61.

⁶¹ Balasch, M. (1991): *Polibio. Historias* (I-IV): 109, nota 93; también en Brizzi (1995: 308) y Gracia (2003: 172).

⁶² En la batalla cerca del Ebro que Asdrúbal Barca libró contra los Escipiones en 216, el despliegue de sus tropas fue como sigue: “*hispanos al centro del ejército; en las alas situó a los cartagineses en la derecha y a los africanos y tropas mercenarias auxiliares en la izquierda; los jinetes los situó delante de las ales, los nómadas al lado de los cartagineses de infantería y los demás al lado de los africanos*” (Liv. XXIII, 29, 4-5).

infantería hoplítica⁶³. Este estilo de lucha y equipo era conocido y practicado no sólo en Grecia sino también en Persia, Italia y Sicilia y así es como debieron de organizarse también las tropas ciudadanas cartaginesas en combate a tenor de los numerosos testimonios que analizaremos a continuación. El modelo canónico de este tipo de infantería es el de una unidad de combate llamada falange, muy compacta, armada fundamentalmente por un gran escudo redondo - *hoplon*- y una lanza larga de entre 1,8 y 2,4m⁶⁴. En función de aquello que cada individuo podía permitirse se incorporaba también un casco, grebas, espada y protecciones en muslos, brazos, hombros y pecho⁶⁵, así como una espada corta⁶⁶.

Las pocas referencias literarias que tenemos al respecto señalan precisamente en esta línea. En la batalla de Crimisos (c.339) Plutarco distingue bien en el ejército púnico a “*diez mil hoplitas de blancos escudos detrás de éstas [las cuadrigas]. Se comprobaba que éstos eran cartagineses por el brillo de su armadura y por la lentitud y orden de marcha*” y los demás pueblos que conformaban el ejército púnico que “*hacían la travesía [del río Crimisos] a empellones y en desorden*” (Plut. *Tim.* 27, 4-6). Plutarco no estuvo desde luego en la batalla y por tanto es difícil -aunque posible- que su fuente diera tantos detalles. Pero el autor da por hecho que aun siendo no-griegos, bárbaros, luchaban como hoplitas. Y eso sí es revelador. Más adelante especifica su panoplia: “*aguantaron con fuerza el primer embate y, como tenían el cuerpo bien protegido con petos de hierro y cascós de bronce y habían colocado delante grandes escudos, repelieron el golpe de las lanzas*” (Plut. *Tim.* 28, 1). Y aún, “*Para los*

⁶³ Existe una vasta bibliografía dedicada al estudio de la falange hoplita, en todas sus facetas, pues no sólo incumbe al ámbito estrictamente militar sino también al social, político e incluso artístico. La razón de ello es que según la historiografía tradicional, este tipo de unidad está estrictamente relacionada con el armamento pesado que la definía y por ende, con el enriquecimiento de la ciudadanía de la polis, especialmente con los propietarios de tierras. Las implicaciones sociales y políticas que siguieron a los éxitos militares de estos ciudadanos habrían contribuido así al desarrollo de la democracia y de la participación ciudadana en las *poleis* griegas. Sin embargo, en 1991 V. D. Hanson publicó un importante artículo en el que invertía el orden de la llamada *reforma hoplítica*: no habría sido el armamento introducido por los propietarios agrícolas quién cambió el estilo de lucha en Grecia, sino que el estilo de lucha ya existía tanto en Grecia como en Persia y la panoplia fue evolucionando para adaptarse mejor a él, hasta originar el armamento típicamente hoplita formado por un gran escudo redondo, lanza y varias piezas de armadura corporal (casco, grebas, coraza pectoral, protecciones para brazos, muslos y hombros). Este fenómeno se produjo hacia el siglo VII y su éxito condujo a estancamiento de la evolución en la panoplia. Sólo a largo plazo, durante las siguientes centurias y hasta mediados del siglo IV parecía apreciarse una paulatina reducción del armamento defensivo en pro de una mayor movilidad, la mayor desventaja de la falange (Hanson, 1991: 64). Sin embargo Hans Van Wees (2004) y aún más recientemente Adam Schwartz (2009) recelan sobre la realidad de este aligeramiento en la panoplia de los hoplitas, en el sentido de que nunca habrían ido pertrechados con el equipo completo. Basándose en los testimonios gráficos en escultura y especialmente pintura sobre cerámica, estos dos autores, creen que el arte de época arcaica sobredimensionó el equipamiento completo hoplítico cuando en realidad la mayoría de combatientes, en todas las épocas, habrían combatido con el equipamiento base, o sea, lanza y escudo.

⁶⁴ Un buen análisis, profundo y riguroso, sobre los materiales, utilización y tipologías de la panoplia hoplítica se encuentra en Schwartz, A (2009): *Reinstating the hoplite. Arms, Armour and Phalanx Fighting in Archaic and Classical Greece*.

⁶⁵ En época arcaica los hoplitas griegos llevaban también una o dos jabalinas, con un alcance útil de unos 30m (Schwartz, 2009: 85); sin embargo, el escaso tiempo entre que los enemigos se situaban a distancia de tiro y el momento de choque, junto a la escasa eficacia frente a un enemigo fuertemente protegido, no hacía muy rentable su inclusión y fue desapareciendo paulatinamente.

⁶⁶ A partir del siglo V, la espada recta arcaica de doble filo arcaica fue sustituida por un tipo de espada curva, de un solo filo denominada *machaera* o *kopis* (Anderson, 1991: 26; Schwartz 2009: 86).

cartagineses, que no estaban armados a la ligera, sino, como se ha dicho, totalmente cubiertos por su armadura, eran un impedimento tanto el barro como los pliegues de sus túnicas" (Plut. *Tim.* 28, 5). Posteriormente, en el año 310, vuelve a mencionarse la formación falangita. Diodoro señala que el ejército cartaginés se preparó para defender la ciudad del ataque de Agatocles y dispuso en el flanco izquierdo el general Bomícar con la falange, mientras que en el derecho se posicionó el Batallón Sagrado bajo las órdenes de Hannón (Diod. XX, 10, 6). Por último, cuando el general espartano Jantipo presentó batalla al cónsul M. A. Régulo en 255, situó a la "*falange cartaginesa*" en el centro de la línea de batalla, justo por detrás de los elefantes (Pol. I, 33, 6).

En comparación con el ámbito griego o itálico son pocos los testimonios de carácter artístico que arrojan luz sobre la panoplia y el tipo de formación cartaginesa. Sin embargo, existen, y precisamente apuntan en la misma dirección que las fuentes literarias. M. Fantar realizó hace años un sobresaliente estudio sobre el armamento cartaginés dónde recogió la mayor parte de testimonios de la iconografía de la glíptica, de las estelas y de la pintura demostrando la realidad de la panoplia hoplítica entre los soldados cartagineses⁶⁷. Entre estos testimonios destacan algunas piezas como la estela de El Hoffra (Constantina) de mediados del siglo II, el escarabeo de Sidi Salem (Kerkouane), del siglo IV, o el fresco de la tumba de Kef El Blida (Khroumirie) de entre finales del siglo V e inicios del siglo IV. Estos son tan sólo algunos de los testimonios que cita M. Fantar, a los que podemos añadir otros testimonios como el reverso de un tipo de moneda de Agatocles (c.310), donde aparece una victoria alada erigiendo un trofeo con la panoplia cartaginesa, o un escarabeo de procedencia púnico-sarda donada al Museu Arqueològic d'Eivissa⁶⁸. Especialmente espectaculares debieron ser los monumentos regios de Chemtou y Kbor Klib, cuyas paredes estaban adornadas con relieves de escudos redondos y ovales separados por armaduras de lino⁶⁹.

Fantar concluyó, a partir de los testimonios observados, que las armas defensivas incluían un gran escudo redondo de metal que pasó a ser ovalado y de madera en la época de las Guerras Púnicas; una coraza de metal o cuero de tipo helénico, como también indican las fuentes literarias⁷⁰; grebas; y finalmente casco, de tipología heterogénea⁷¹. Entre las armas ofensivas destaca la presencia de la lanza como arma principal, pero también aparecen espadas, puñales y hondas. Podemos concluir, por tanto, que el tipo de lucha que desarrolló y evolucionó en

⁶⁷ Fantar, 1993.

⁶⁸ Barral, 2004.

⁶⁹ Estos monumentos datan del siglo II pero al encontrarse en el corazón de Numidia, de discute si la panoplia representa un botín sustraído de Cartago o bien, como defiende A. Kuttner, hace referencia al equipo militar indígena (Kuttner, 2013: 228-248). Su similitud con la panoplia que aparece en la moneda de Agatocles es sospechosamente similar a la cartaginesa. Pero en cualquier caso, olvida Kuttner que no fue sino Cartago quién helenizó la zona del norte África occidental. Por tanto, si la panoplia mostrada en Chemtou y Kbor Klib no es propiamente cartaginesa, como mínimo sigue modelos cartagineses. Volveremos a ellos en el siguiente capítulo.

⁷⁰ Además del testimonio de Plutarco en la batalla de Crimisos también disponemos de un pasaje de Pausanias dónde afirma que entre los tesoros de Olimpia "como exvotos, hay un Zeus de gran tamaño, tres corazas de lino ofrecidas por Gelón y los siracusanos que vencieron a los fenicios por mar o por tierra" (Pau. Vi, 19, 7). Traducción de Antonio Tovar para Ediciones Orbis (1946).

⁷¹ Fantar, 1993: 95-100.

Cartago durante este periodo fue efectivamente la falange hoplítica⁷². Además, la arqueología ha permitido recuperar puntas de flecha de varias épocas -un arma, el arco, que aparece muy raramente en las fuentes literarias-, abarcando un arco cronológico desde el siglo VII hasta la destrucción de Cartago en el 146⁷³.



Figura 2. Escarabeo púnico hallado fuera de contexto en la necrópolis de Puig des Molins (Ibiza). Muestra un guerrero a pie armado con espada, casco, gran escudo oval colgado en la espalda, peto de cuero de tirantes cruzados, sobrepecho de placas metálicas hasta la cintura, y quizás grebas. A su derecha cuelga la vaina de la espada. Siglo VI-V. Posible procedencia de Tharros “patria presumible de los escarabeos púnicos de Occidente” (Barral, 2003: 55). Museu Arqueològic d'Eivissa, col·lecció Posadas, MAEF 21028.



Figura 3. Reverso. Tetradracma (AR) de Siracusa acuñada por Agatocles. c.305-295, 24.37 mm, 16.80 gr. AGAQOKLEIOS, Nike, desnuda de pie derecho, colocando armadura cartaginesa completa como trofeo con un clavo en la mano izquierda y un martillo en la derecha. En el anverso: KORAS cabeza de Kore coronada hacia la derecha, con pendiente y collar. BMC 379; Gulbenkian 333. SNG Copenhagen 765; Boston 462; McClean 2836.

⁷² Brizzi, 1995, 307; Koon, 2011: 80, entre otros.

⁷³ Fantar, 1993: 101-104.



Figura 1. Escarabeo descubierto en la tumba de la necrópolis púnica de Sidi Salem, Kerkouane (Menzel Témime, Túnez). Siglo IV. Representación de cuatro guerreros hoplitas completamente equipados y en formación de marcha. Su panoplia consiste en escudo redondo, casco con cimera, grebas y lanza (el tamaño del escudo impide ver si también llevarían peto o coraza). Fantar, 1993: 94; Hoyos, 2010: 159.



Figura 2. Estela púnica de El Hofra (Constantina, antigua Cirta). Aparece la panoplia de un guerrero formada por: escudo oval, dos jabalinas, espada, casco cónico y ¿lanza?. Siglo II. (Fantar, 1993: 95)

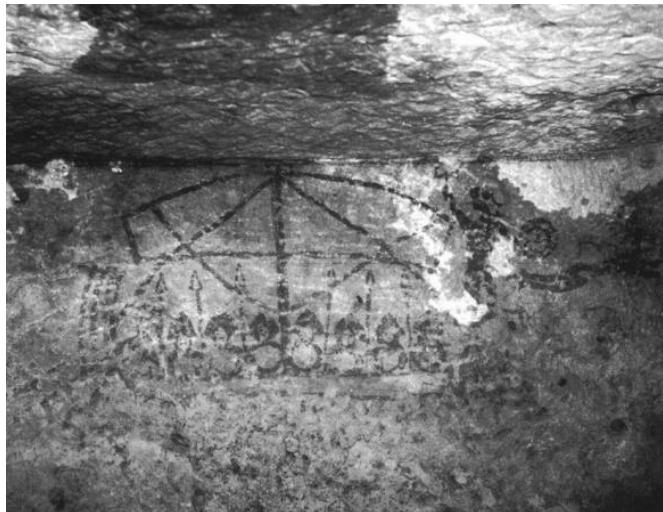


Figura 3. Fresco de la gruta de Kef el-Blida (Khroumirie, NO de Túnez). Fines del siglo V-inicios del siglo IV. Se aprecia una nave de guerra repleta con 7 soldados armados con lanza, casco y lanza. En la proa aparece otro personaje, presumiblemente el capitán de la nave en actitud ofensiva, portando un escudo y un hacha de doble filo. Una divinidad alada guía la nave. (Fantar, 1993: 94).

Existe actualmente un debate abierto en torno a la identificación del soldado hoplita griego que podemos extrapolar perfectamente al caso cartaginés⁷⁴. ¿Quiénes eran estos hombres de bronce⁷⁵? ¿Se trata de campesinos enriquecidos o de élites urbanas capaces de adquirir el equipo completo de un hoplita? De nuevo, siguiendo a Aristóteles, la respuesta no se encuentra en uno u otro de los extremos. En primer lugar, dada la difusión en el tiempo y en el espacio de la falange hoplítica, debemos suponer cierto grado de variedad tanto en equipo como en estatus social⁷⁶. H. van Wees opina que la mayor parte de hoplitas no eran agricultores, artesanos o pastores sino hombres de extracción social más elevada que se podían dedicar al entrenamiento físico y mental mientras otros trabajaban para ellos⁷⁷. Eso podía ser cierto en grandes ciudades como Atenas, pero era numéricamente imposible en ciudades menores o villas, cuya élite en edad militar podían ser sólo unas pocas decenas. En cualquier caso, Cartago era ya una gran ciudad populosa a finales del siglo V con una gran masa de población móvil. Desconocemos si por aquel entonces el estado ya equipaba a sus ciudadanos a costa de las arcas del estado, pero teniendo en cuenta el contexto mediterráneo, tendemos a pensar que no⁷⁸. En su lugar, cada hombre era responsable de adquirir su propio equipo, acorde con sus posibilidades, de modo que, a excepción de lanza y escudo, acorde al modo de combate, cabe imaginar cierta heterogeneidad en la panoplia el

⁷⁴ Picard y Picard, 1961: 195; Gracia, 2003: 180.

⁷⁵ Los pueblos no griegos llamaron así a los hoplitas griegos según Heródoto (Hdt. II, 152) debido a la gran cantidad de bronce con que iban protegidos. En el escudo, sobre un armazón de madera, se adhería una lámina de bronce. Si el individuo podía permitírselo, la mayor parte de panoplia defensiva (grebas, protecciones, coraza, casco) eran también de bronce, lo que sin duda debía de ofrecer un aspecto imponente al enemigo.

⁷⁶ Gracia 2003: 165.

⁷⁷ Van Wees, 2004: 55.

⁷⁸ D. Hoyos cree probable que Cartago pagara una soldada a sus tropas que sin embargo tendrían que adquirir el equipo por su cuenta (Hoyos, 2010: 158), pero lo cierto es que aporta pocas evidencias en ese sentido.

ejército ciudadano cartaginés, aunque no -desde luego- en su forma de combate. Este ejército estaría compuesto por varias falanges de este tipo al mando de oficiales del tipo *rb srt* (=jefe de diez), *rb mt* (=jefe de cientos) o *'lp* (=jefe de mil), citados anteriormente. Pero entre todas estas unidades destacaba una: el Batallón sagrado.

Estrictamente, tenemos tan sólo un par de referencias en los textos clásicos referentes al Batallón Sagrado. El primero de ellos se refiere a su participación en la batalla de Crimisos (c.339), dónde un gran ejército cartaginés pereció en manos de las tropas del corintio Timoleón a orillas del río homónimo a la batalla. Diodoro relata que entre las 10.000 bajas del ejército púnico estaban los integrantes del Batallón Sagrado, 2.500 hombres “*que ocupaban el primer puesto por su valor y reputación y también por su riqueza, todos fueron muertos después de luchar con brillantez*” (Diod. XVI, 80, 4). Plutarco no cita el nombre propio del batallón, pero sí afirma que “*entre los diez mil cadáveres, tres mil eran cartagineses, gran duelo para su ciudad. Pues no había otros mejores que aquellos ni por su nacimiento ni por su riqueza ni por su gloria*” (Plut. Tim. 28, 10-11). Además, de los despojos de la batalla, los siracusanos recuperaron “*mil corazas de una factura y belleza excepcionales y diez mil escudos*” (Plut. Tim. 29, 2). Este millar de corazas de gran calidad probablemente habrían pertenecido a los infantes del Batallón Sagrado.

La segunda referencia al Batallón Sagrado también proviene de Diodoro, con respecto a la invasión de África por parte de Agatocles (310). En esta ocasión, Cartago organizó rápidamente un ejército para enfrentarse a la amenaza (pues su ejército y comandante principal estaban en Sicilia asediando Siracusa), formado exclusivamente por tropas de la propia ciudad. Aun así, lograron reunir 40.000 infantes, 1.000 jinetes y 2.000 carros (Diod. XX, 10, 5) y los desplegaron cerca de la ciudad. El general Hannón se ocupó del flanco derecho, con el Batallón Sagrado. Ante él, Agatocles dispuso a su guardia personal, formada por 1.000 falangitas y él mismo se situó liderando al grupo, dando así por entendido que ese era el punto clave del ejército enemigo (Diod. XX, 11, 1). Hacia el final de la batalla:

“Pero como el enemigo aún presionaba y parecía que huía en vez de batirse en retirada, el batallón de libios que se encontraba detrás, en la idea de que las líneas de vanguardia habían sido derrotadas, se puso en fuga a toda prisa; y los que estaban al frente del Batallón Sagrado tras la muerte del general Hannón, al principio opusieron resistencia resueltamente y subiéndose a los cuerpos de los caídos de su bando resistieron cada ataque; pero cuando se enteraron de que la mayor parte del ejército se había dado a la fuga y que los enemigos estaban a sus espaldas, se vieron obligados a batirse en retirada⁷⁹. (Diod. XX, 12, 7)

⁷⁹ τοῦτο γὰρ συμφέρειν. ἐπικειμένων δὲ τῶν πολεμίων καὶ τῆς ὅλης ὑποχωρήσεως φυγὴ παραπλησίας γινομένης οἱ μὲν συνεχεῖς Λίβυες ἀπὸ κράτους ἡττήσθαι τοὺς πρωτοστάτας νομίσαντες πρὸς φυγὴν ὥρμησαν, οἱ δὲ τὸν ἱερὸν λόχον ἔχοντες μετὰ τὸν Ἀννωνος τοῦ στρατηγοῦ Θάνατον τὸ μὲν πρῶτον ἀντεῖχον εὐρώστως καὶ τοὺς ἐξ αὐτῶν πίπτοντας ὑπερβαίνοντες ὑπέμενον πάντα κίνδυνον, ἐπεὶ δὲ κατενόησαν τὸ πλεῖον μέρος τῆς δυνάμεως πρὸς φυγὴν ὥρμημένον καὶ τοὺς πολεμίους περισταμένους κατὰ νώτου, συνηναγκάσθησαν ἐκκλῖναι. (Diod. XX, 12, 7). Traducción de Juan Pablo Sánchez para la editorial Gredos (2014).

Con estas escuetas referencias es difícil poder discutir con propiedad sobre quiénes eran los hombres que formaban el Batallón Sagrado. Posiblemente, las referencias a su riqueza en Plutarco y Diodoro, se deban a su excelente equipo. Y seguramente no se equivocaban: las mejores piezas de panoplia sólo estaban al alcance de los mejores bolsillos. Ahora bien, la designación “Batallón Sagrado” nos recuerda irremediablemente a otra unidad, homónima, famosa por constituir una verdadera tropa de élite entre los helenos y que terminó sus días enfrentándose al regimiento de Compañeros de Alejandro Magno en Queronea: el Batallón Sagrado de Tebas. Deberíamos preguntarnos sobre la casualidad o no de esta homonimia. Diodoro conocía la existencia del Batallón Sagrado de Tebas, y en ningún momento los relaciona. Sin embargo, las semejanzas son varias. Ambos regimientos, tebano y púnico comparten en buena medida la cronología, siendo la unidad cartaginesa un poco más joven. Se trataba de infantería falangita pesada, armados con panoplia completa y formada enteramente de ciudadanos⁸⁰. Pero sobre todo, era una unidad de élite.

He aquí que cabe citar un importante documento epigráfico: *IG VII*, 2407. Se trata de un decreto de *proxenia* que la federación beocia concedió al cartaginés Nobas, hijo de Axiuba, poco después de la batalla de Leuctra (371), así como la concesión de tierras y excepción de impuestos⁸¹. En 1926 M. Cary hizo notar la posible relación entre este documento epigráfico y las relaciones militares entre Cartago y Tebas. El contexto histórico le respalda. En esa época, aproximadamente el segundo cuarto del siglo IV, Tebas se había erigido como potencia principal en la Hélade, siendo Esparta su principal rival y opositor. Dionisio I de Siracusa siempre mantuvo buenas relaciones con la ciudad Lacedemonia y en varias ocasiones envió tropas al Peloponeso. En este sentido, Tebas y Cartago tenían enemigos comunes, el eje espartano-siracusano, así que resulta totalmente comprensible que los lazos entre estas dos ciudades se estrecharan en esta época. A Tebas le convenía mantener ocupado a Dionisio para que no enviara tropas de refuerzo a Esparta. Y Cartago, además de procurar en el mismo sentido, estrechaba los lazos diplomáticos con la fuerza hegemónica en Grecia. ¿Es posible, entonces, que los tebanos a quién dio cobijo y ayuda Nobas, fueran instructores militares que ayudaran a la ciudad africana a formar su propio Batallón Sagrado? Creemos que sí. Las relaciones de Cartago con Grecia siempre habían sido estrechas⁸² y no sería la última vez que un mando militar griego se trasladara a la capital púnica para instruir a tropas cartaginenses. De este modo, además, podría entenderse la existencia de las *fiditia* aludidas por Aristóteles (*Ari. Pol.* II, 11, 3) pues habría que asociarla directamente al Batallón Sagrado⁸³.

⁸⁰ Cabe la posibilidad que las representaciones de guerreros cartaginenses con panoplia completa -como la del escarabajo de Sidi Salem (Kerkouane)- sean un retrato del Batallón Sagrado (Fantar, 1993: 101).

⁸¹ Cary, (1926: 190-191) sitúa el epígrafe en c.370; Pascual (1986: 78), en c.364/3; Rhodes y Osborne, (2003: 216-218) en la década ente 360 y 350.

⁸² Fantar, 1998; Pilkington, 2013.

⁸³ Cary, 1926: 191.

3.2.2. La caballería

A tenor de los testimonios literarios, artísticos y arqueológicos, la utilización de la caballería en los ejércitos de época clásica fue más bien escasa en el conjunto Mediterráneo (Gracia, 2003: 182). Ello se debe, fundamentalmente, a factores de carácter económico y técnico. El elevado coste que significaba la adquisición, entrenamiento y manutención de un caballo de guerra mantenía a su propietario reacio a colocarle en el fragor de la batalla y arriesgarse a perderlo. Hasta mediados del siglo IV, parece que la mayor parte de tropas que utilizan caballo lo hacen tan solo como infantería montada, es decir, tan solo como medio de transporte hasta el campo de batalla. Adicionalmente, algunas tropas ligeras iban montadas y armadas con proyectiles, lo que les permitía hostigar y disparar al enemigo y retirarse después. No es hasta mediados del siglo IV que aparecen auténticas unidades de caballería de choque, aunque manteniendo siempre una baja proporción numérica respecto a la infantería.

Desconocemos si existió algún tipo de unidad de caballería propiamente cartaginesa en el ejército púnico de forma regular, pues tan sólo contamos con un par de breves referencias que, por su contexto histórico, podrían simplemente indicar la singularidad del reclutamiento. La primera de ellas aparece en el año 310: Agatocles desembarcó en África por sorpresa y Cartago tuvo que organizar a toda prisa un ejército para hacerle frente, pues sus tropas se encontraban asediando Siracusa. En este contexto, el generalato púnico decidió hacer frente a Agatocles cuanto antes, utilizando únicamente las tropas ciudadanas de las que disponía. Aún así, pudo reunir a 30.000 infantes, 1.000 caballeros y 200 carros de guerra, todos ellos cartagineses⁸⁴ (Diod. XX, 10, 5). La segunda mención aparece más tarde, en relación con la Guerra de los Mercenarios o Guerra Inexpiable. Polibio nos indica la presencia de caballería en el ejército de Amílcar Barca (Pol. I, 75, 2; 76, 7-8); sin embargo, aunque en ese momento la mayor parte de tropas fueran ciudadanas, el mismo Polibio asegura que Cartago consiguió convencer a algunos de los amotinados de volver a luchar para la ciudad así como alistar a otros nuevos (Pol. I, 75, 2). Así pues, *stricto sensu*, no podemos afirmar que la caballería utilizada por Amílcar para sorprender a los mercenarios sublevados de Espedio en c.239 fuera cartaginesa. Posiblemente tan sólo los oficiales de mayor rango utilizaran el caballo, y no como arma sino como medio de transporte, garantía en caso de huida y símbolo de estatus⁸⁵.

El papel de la llamada caballería nómada, en cambio, fuera cual fuera su estatus respecto al ejército púnico -aliado, mercenario o leva-, es especialmente destacable. Sin embargo, si el estudio de las instituciones políticas y militares cartaginesas se caracteriza por su opacidad, en lo que se refiere a la población nómada, los datos son aún más escasos. En el capítulo 4 analizaremos en profundidad las relaciones entre Cartago y sus vecinos nómadas y mauros, y veremos cómo, en numerosas ocasiones, los ejércitos de Cartago incluyeron a contingentes de tropas montadas norteafricanas. Unas tropas que, por cierto, fueron de gran ayuda para los generales cartagineses durante el siglo III y a las que Aníbal Barca supo exprimir al máximo sus posibilidades tácticas.

⁸⁴ Diod. XX, 10, 5. Según Justino (XXII, 6, 6) fueron 30.000 campesinos con Hannón al frente.

⁸⁵ La referencias literarias son igualmente escasas en este sentido, pero podemos citar, por ejemplo, el pasaje relativo a la batalla de Túnez (255) en la que un infante replica a su general, Jantipo, que era muy fácil recriminar a los soldados la huida mientras uno iba montado (Diod., XXIII, 14, 2)

3.2.3. Elefantes de guerra

Una de las características más impactantes visualmente del ejército púnico fue, sin duda alguna, la inclusión de unidades de elefantes de guerra durante el siglo III. La utilización de estos animales con fines militares en el Mediterráneo eclosionó con la conquista de la Persia Aqueménida por parte de Alejandro Magno y se expandió rápidamente durante los Reinos Helenísticos. Fue en la batalla de Gaugamela (331), la primera vez que un ejército europeo se enfrentaba a elefantes entrenados para el combate. El rey Darío III contaba, según Arriano con una quincena de estos animales, además de 200 carros con cuchillas (Arr. III, 8, 6). Sin embargo, el impacto de las bestias en esa batalla fue más bien escaso, o quizás ni siquiera participaron en ella⁸⁶. Muy diferente fue el encuentro de las ya veteranas tropas macedonias frente al ejército del rey indio Poro en la batalla de Hidaspes (326), cuya principal fuerza de choque estaba formada por 200 paquidermos (Arr. V, 15, 4). Aunque finalmente la victoria se decantó a favor de los macedonios, su impacto psicológico fue tremendo. Tanto fue así que, meses más tarde, el principal argumento que los soldados de Alejandro esgrimieron para detener la marcha de la campaña hacia oriente fue el rumor sobre la existencia de un gran ejército de elefantes (Arr. V, 25, 1-2). Después de la muerte de Alejandro (323) Seleuco I Nicator acabó por erigirse rey de los territorios orientales y supo sacar provecho de la diplomacia con los reinos indios, de quienes recibió numerosos elefantes⁸⁷. Ya en 321, Pérdicas incluyó elefantes en su ejército durante la invasión de Egipto (Diod. XVIII, 33, 5). Volvemos a encontrarnos con paquidermos cuatro años más tarde en Asia Menor, en el conflicto entre Antígonon y Eumenes (Diod. XIX, 14; 15; 27-30; 39-44). Pero fue en Ipsos (301), dónde Seleuco apostó todo el peso de la victoria, literalmente, en el impacto de los elefantes⁸⁸.

Tan sólo 20 años más tarde, el uso de elefantes en batalla arribó al Mediterráneo Central. Pirro, rey del Epiro, quién había sido testimonio de excepción en la batalla de Ipsos y tomó buena nota del uso de elefantes en batalla, acudió en auxilio de la ciudad griega de Tarento cuando ésta entró en guerra contra Roma en el año 281. Aunque buena parte de su ejército fue destruido por una tormenta durante la travesía, Pirro consiguió alinear a un puñado de elefantes en el flanco de su ejército en la batalla de Heraclea (280). La carga de los animales ahuyentó a la caballería romana y propició la rotura del flanco de la infantería (Plut. *Pyrr.* 17), otorgando la victoria a Pirro por escaso margen. Al año siguiente, en Ásculum, la carga de los elefantes aún resultó más decisiva, pues según Plutarco (Plut. *Pyrr.* 21, 7-12), hasta que éstos hicieron aparición en el segundo día de la batalla, las líneas romanas habían permanecido firmes.

A diferencia de la opinión común, popular, que tiende a difundirse sobre el ejército de Cartago, éste no incorporó a los elefantes entre sus filas hasta fechas relativamente tardías -en

⁸⁶ Scullard, 1974: 64.

⁸⁷ En el 302 pactó un tratado de paz con el rey del valle del Indo Chandragupta Maurya, mediante el cual, a cambio de las ciudades de Paropamisade, Aracosia y Gedrosia y de la mano de su hija, recibió 500 paquidermos (Strab. XV, 2, 9).

⁸⁸ En la Batalla de Ipsos (301) La coalición formada por Casandro, Lisímaco y Seleuco (gobernadores de Macedonia, Tracia, y Babilonia y Persia respectivamente) alineó 400 elefantes (según Plut. *Demetrio*, 28) o 480 (según Diod. XX, 113) frente a los 75 de Antígonon Monoftalmos, y su hijo, Demetrio "Poliorcetes", en la mayor batalla de elefantes de la historia.

comparación a su historia como potencia- y su utilización fue más bien breve. La primera mención de estos animales actuando bajo los mandos púnicos corresponde al año 262, ya en plena II guerra Púnica: según Diodoro (XXIII, 8, 1), Cartago mandó al general Hannón con 50.000 infantes, 6.000 jinetes y 60 elefantes⁸⁹ a liberar del asedio el importante enclave militar de Agrigento, que en ese momento estaba siendo atacada por los romanos. Medio siglo más tarde, en la llanura de Zama (202), Aníbal perdía la batalla, la guerra y con ella a los elefantes de guerra, contra Escipión. Fue la última vez que Cartago desplegó a paquidermos entre sus filas⁹⁰. Sin embargo, lo cierto es que unas pocas pero exitosas hazañas junto con el exotismo que hoy en día pueda parecernos el imaginar a estos animales luchar junto a ejércitos mediterráneos en Sicilia, en Iberia o en Italia, han imprimido sin duda alguna un carácter de originalidad, épica y singularidad al ejército púnico como pocos ejércitos despiertan en la Antigüedad.

Existen varias cuestiones relativas al uso de elefantes en el ejército púnico que han vertido ríos de tinta entre los especialistas a lo largo del siglo XX y XXI. Destacan especialmente cuatro cuestiones: dado que actualmente no existen elefantes en el norte de África, ¿qué especie utilizaban los cartagineses? ¿Cómo iban equipadas estas bestias en el combate, con torres (*howdah*) o sin ellas? ¿Eran realmente útiles en combate? ¿Cómo luchaban?

Por lo que respecta a la primera pregunta vamos a tratar de resumir rápidamente el foco de discusión y como ha sido hallada la respuesta. Actualmente existen dos especies de elefantes que, a su vez, se dividen en varias subespecies distintas. Estas dos especies son el elefante africano (*Loxodonta africana*) y el elefante indio (*Elephas maximus*), las únicas especies vivas de la familia *Elephantidae*. Las diferencias biológicas entre ambas especies pueden apreciarse a simple vista. Así, en términos generales el elefante africano es de mayor tamaño, con unas orejas más grandes y la cabeza erguida, mientras que sus primos asiáticos son de color más oscuro, un poco más pequeños, con el lomo arqueado y normalmente las hembras no disponen de colmillos⁹¹. Sin embargo, en ambas especies existe y existió una notable variabilidad geográfica que los dividió en varias subespecies. Varios testimonios revelan, por ejemplo, que durante el primer milenio a.n.e. aún existía una variedad del elefante asiático en Mesopotamia. Así lo muestran los escritos de varios reyes asirios⁹² o el obelisco de la victoria de Salmanasar III (859-824), donde puede distinguirse un elefante. De igual modo, el espécimen africano puede hoy dividirse en dos variedades: el elefante africano de sabana (*Loxodonta africana africana*) y el elefante africano de bosque (*Loxodonta africana cyclotis*)⁹³.

⁸⁹ Según Orosio (IV, 7, 5), eran 30.000 hombres, 1.500 jinetes y 30 elefantes. Polibio (I, 19, 2) solo menciona unos 50 elefantes y un número indeterminado de tropas.

⁹⁰ Roma impuso la entrega de todos los elefantes como una de las condiciones de paz (App. *Pun.* 54; Zonar. IX, 14, 11-12).

⁹¹ El elefante asiático (*Elephas maximus*) se caracteriza, además de su menor tamaño, lomo arqueado, y color oscuro por unas orejas de menor tamaño y por tener un solo lóbulo o “dedo” al final de la trompa. Aun así, su estatura media se encuentra entre 2,5 y 3m altura (Sikes, 1971:11-12). Actualmente existen varias subespecies distribuidas entre el norte y sur de la India, Sri Lanka, Birmania, en zonas de Tailandia, Laos y Camboya e incluso en Malasia y la isla de Sumatra (Gröning y Saller, 2000: 463-464).

⁹² Sikes, 1971: 291.

⁹³ Los machos adultos del elefante africano de sabana (*Loxodonta africana africana*) pesan una media de 6 toneladas y miden unos 3,5m, aunque se han hallado individuos de hasta 4m. Tienen las patas más largas y mantienen la cabeza erguida, a diferencia de sus primos asiáticos. Las orejas, triangulares, son

Aunque en la Antigüedad la población de elefantes ocupaba prácticamente todo el continente africano, la variedad *L. a. africana*, el mamífero terrestre vivo más grande del planeta, no fue la especie que cartagineses y egipcios utilizaron como bestia de guerra, pues su población se encontraba, como ahora, al sur del Sáhara, una frontera natural difícilmente transitable. El elefante africano de bosque, por su parte, hoy en día tan sólo se encuentra en algunas zonas del África ecuatorial, en las costas este y oeste del continente. Más pequeño y con aspecto redondeado pero con unos colmillos menos curvados y más resistentes que su pariente, el *L. a. cyclotis* tampoco fue el espécimen alistado en el ejército púnico. Este dudoso honor recayó sobre una subespecie, ya extinta, muy cercana físicamente al *L. a. cyclotis* que habitó en el norte del continente africano, el elefante de bosque norteafricano (*L. a. pharaonensis*), que se encuentra hoy en día en discusión entre los taxonomistas⁹⁴.

La presencia de elefantes en el norte de África está atestiguado, no sólo en la región alrededor de Cartago sino también en Numidia y hasta Mauritania, donde son mencionados en el Período de Hannón y otros autores⁹⁵. En el extremo oriental del continente, sin embargo, los egipcios tuvieron que organizar costosas expediciones para penetrar hacia Nubia y Eritrea para conseguir elefantes o, en su defecto, el marfil de sus colmillos, un producto de gran valor durante la Antigüedad, y aun actualmente.

3.2.3.1. El elefante en combate

La decisión de incluir elefantes en el ejército púnico debió producirse entre las victorias de Pirro en Italia (280 y 279) y el ya mencionado asedio de Agrigento en 262, dónde se menciona por primera vez a estas bestias entre las filas cartaginenses⁹⁶. Pero una cosa es decidir su

grandes y tapan todo el cuello, mientras que los colmillos son mucho más curvados y enfocados hacia delante. Por su parte, el elefante africano de bosque no suele pasar de los 2,4m a altura hasta los hombros pero sin embargo sus colmillos son de mayor densidad y resistencia. El periodo de gestación del elefante es de 22 meses y la pubertad no se supera hasta los 13 años (Sikes, 1971:13-15).

Cabe señalar que un estudio reciente señala que en realidad, a tenor de los estudios genéticos, el *L. a. africana* y el *L. a. cyclotis* no son dos subespecies si no dos especies distintas (Rohlan *et alii*, 2010). Sin embargo, la definición biológica de especie es totalmente subjetiva por cuanto una especie se diferencia de otra en el momento que son físicamente diferenciables, así que en nuestro estudio, no influye en absoluto que taxón atribuirles; tan sólo importa que físicamente guardaban ciertas diferencias.

⁹⁴ (Nowak, 1999: 1002). Así pues, sabiendo que tanto cartagineses como egipcios utilizaron dos variantes muy similares del elefante africano de bosque -y no el de sabana- se entiende la afirmación de Polibio respecto la batalla de Raphia dónde afirmaba que los elefantes indios eran de mayor tamaño (Pol. V, 84, 6).

⁹⁵ Por ejemplo, Plinio el Viejo (*NH.* V, 2, 18-19; VIII, 1-11). Un estudio completo y de referencia sigue siendo *The elephant in the Greek and Roman World* de H. H. Scullard (1974).

⁹⁶ Una moneda procedente de la ciudad fenicio-púnica de Panormo es motivo de especial controversia en cuanto a la fecha en que los cartagineses empezaron a utilizar elefantes. Esta pieza presenta en el anverso una cabeza de deidad femenina cubierta por una piel de elefante. La tipología no causaría tanto interés de no ser porque los especialistas han fechado la moneda en la primera mitad del siglo IV, es decir, décadas antes que Alejandro de Macedonia entrara en Persia y la India y acuñara para sí mismo la tipología de cabeza cubierta por piel de elefante (Scullard, 1974: 147). A decir verdad, esto no implica que los cartagineses hubieran amaestrado elefantes en cronologías tan antiguas, sino, solamente, que

incorporación a filas y otra muy distinta encontrar la forma de utilizarlos. Esta reforma debió de constituir un verdadero desafío tanto para los generales púnicos como para los helenísticos, pues si bien es cierto que su sola presencia podía amedrentar al enemigo incluso hasta el punto de declinar el enfrentamiento⁹⁷, no menos cierto es que cuando se descontrolaban podían dar media vuelta y arrollar a amigos y enemigos por igual. Aun así, esta peligrosa aleatoriedad, junto con las dificultades logísticas que desafiaban a un ejército en campaña⁹⁸ y los costes que implicaban para el estado, no impidieron a Cartago apostar por la inclusión de estos animales entre sus filas durante 60 años. Y si no hay rastro de ellos durante el medio siglo de vida que tuvo la Cartago púnica después de la Segunda Guerra Púnica, fue porque Roma le prohibió su utilización -al igual que hizo con la flota-, y no en la supuestamente dudosa potencialidad del elefante en el combate.

En este sentido, se equivocan M. B. Charles y P. Rhodan⁹⁹ al proclamar, citando a P. Sabin, que los elefantes no fueron decisivos en la II Guerra Púnica¹⁰⁰. Se equivocan de respuesta porque erran en la pregunta. No se trata de imaginar qué hubiera pasado durante el conflicto sin la presencia de elefantes o bien con un mayor número de ellos. Lo que sí podemos y debemos investigar es porqué, aún con todos los problemas que acarreaba una unidad de elefantes en el ejército, y pese a los varios ejemplos de su escasa repercusión en batalla, la comandancia púnica seguía confiando en ellos. En ocasiones se cae en el error de simplificar demasiado los datos concluyendo que la calidad de una tropa de basa únicamente en el número de batallas ganadas. No se tiene en cuenta que los soldados constituyen solo una parte en el conflicto y que existen muchos otros elementos en la ecuación: el tipo de terreno del campo de batalla, las aptitudes de su general, la moral y la disciplina de la tropas, el tipo de lucha propio y del enemigo, el clima, la organización y la transmisión de órdenes de un lado al otro del frente, etc.

Veamos el número y contexto de apariciones de elefantes de guerra en el ejército púnico a partir de los textos clásicos:

Año	Número de elefantes *	General	Contexto	Adversario	Resultado	Fuente **
262	60/50/30	Hannón	I Guerra Púnica. Asedio de Agrigento	Roma	Derrota	Diod. XXIII, 7-8; Pol. I, 19; Oros. IV, 7, 5
256	Indeterminad	Asdrúbal	I Guerra Púnica.	Roma	Derrota	Pol. I, 30, 8-13

conocían la existencia de dichos animales, pero hemos querido señalar la existencia de esta pieza y de la controversia que ha generado.

⁹⁷ Por ejemplo, durante el paso de Aníbal por los Alpes, o bien en Sicilia durante la I Guerra Púnica, donde los romanos durante un par de años no se atrevieron a plantear batalla después de la derrota que habían sufrido frente a Jantipo y su escuadrón de elefantes (Pol. I, 39, 12-13).

⁹⁸ Un elefante indio de tamaño medio consume diariamente unos 50 Kg de comida (Sikes, 1971: 102).

⁹⁹ Charles y Rhodan, 2007: 388.

¹⁰⁰ De hecho, P. Sabin (1996: 70) lo que dice en realidad es que los elefantes de guerra no fueron decisivos en ninguna victoria cartaginesa de la Segunda Guerra Púnica por su menor número, pero que sin embargo durante la Primera Guerra éstos se mostraron altamente peligrosos desplegados en pantalla.

	o	y Amílcar	Adis			
255	Cerca de 100	Jantipo	I Guerra Púnica. Tunis/Bagradas	Roma	Victoria	Pol. I, 32,9; Front, <i>Strat.</i> , II, 2, 11; Zonar. VIII, 13, 5-10
251	130/60		I Guerra Púnica. Panormo	Roma	Derrota	Diod. XXIII, 21; Zonar. VIII, 14, 8-12; Front, <i>Strat.</i> , II, 5, 4; Sen. <i>Dial.</i> X 13, 8; Plin. <i>NH.</i> VIII, 1-11; Flor. I, 18, 27-28; Pol. I, 40
240	C100	Hannón el Grande	Guerra de los Mercenarios. Útica	Mercenarios sublevados	Victoria	Pol. I, 74
240	70	Amílcar Barca	Guerra de los Mercenarios. Útica	Mercenarios sublevados	Victoria	Pol. I, 75-76
238	indeterminad o	Amílcar Barca	Guerra de los Mercenarios. “La Sierra”	Mercenarios sublevados	Victoria por rendición	Pol. I, 84-85
c.227	200	Asdrúbal	Conquista de Iberia. País de los Orisios	Orisios (¿oretanos?)	Victoria	Diod. XXV, 12
219	40	Aníbal Barca	Conquista de Iberia. Río Tajo	Olcades, vacceos y carpetanos	Victoria	Liv. XXI, 5, 5-17; Pol. III, 14
218	37	Aníbal Barca	II Guerra Púnica. Río Ródano	Galos	Victoria	Pol. III, 43;
218	Indeterminad o; (<37)	Aníbal Barca	II Guerra Púnica. Trebia	Roma	Victoria	App. <i>Han.</i> 6-7; Liv. XXI, 54-56; Zonar. VIII, 24, 4-5; Pol. III, 70- 74
216	Indeterminad o (>6)	Aníbal Barca	II Guerra Púnica. Cerca de Nola	Roma	Empate	Plut. <i>Marc.</i> 12
216	Indeterminad o (Cartago le había mandado cerca de 40 poc antes)	Aníbal Barca	II Guerra Púnica. Asedio a Casilino	Roma	Derrota	Liv. XXIII, 17-18
215	Indeterminad o (en 218 tenía 20)	Asdrúbal Barca	II Guerra Púnica. Iberia, cerca del río Ebro	Roma	Derrota	Liv. XXIII, 29

215	Indeterminado	Aníbal Barca	II Guerra Púnica. Italia, asedio de Nola	Roma	Derrota	Liv. XXIII, 42-46; Zonar. IX, 3, 4-6
215	Indeterminado	Himilcón	II Guerra Púnica. Sicilia	Roma	3 batallas seguidas: derrota, victoria y derrota	Zonar. IX, 4, 9; Liv. XXIV, 36-39
214	Indeterminado	Asdrúbal Barca y Asdrúbal de Gisgón	II Guerra Púnica. Iberia	Roma	Varias derrotas	Liv. XXIV, 41 -42
212	Indeterminado (>8)	Hannón y Epicides	II Guerra Púnica. Sicilia	Roma	Derrota	Liv. XXV, 40-41
212	33	Aníbal Barca	II Guerra Púnica. Italia, Capua	Roma	Derrota	Liv. XXVI, 5-6
211	30	Asdrúbal Barca	II Guerra Púnica. Iberia	Roma	Victoria	App. <i>Iber.</i> 16
209	Indeterminado (>5)	Aníbal Barca	II Guerra Púnica. Italia, Canusio	Roma	2 Batallas. Victoria y derrota	Liv. XXVII, 12-14; Plut. <i>Marc.</i> 25-26
207	36	Asdrúbal de Gisgón, Hannón y Masinisa	II Guerra Púnica. Iberia, Ilipa	Roma	Derrota	App. <i>Iber.</i> 25-27
207	15	Asdrúbal Barca	II Guerra Púnica. Italia, Metauro	Roma	Derrota	App. <i>Han.</i> 52; Zonar. IX, 9, 5-12
207	Indeterminado (>6)	Aníbal Barca	II Guerra Púnica. Itali, Grumento	Roma	Derrota	Liv. XXVII, 41-42
203	Indeterminado	Magón Barca	II Guerra Púnica. Galia cisalpina	Roma	Derrota	Liv. XXX, 18
202	80	Aníbal Barca	II Guerra Púnica. África. Zama	Roma	Derrota	Liv. XXX, 32-35; Front, <i>Strat.</i> , II, 3, 16

* Cuando aparece un número entre paréntesis y el signo > significa que los únicos datos que disponemos son del número de animales muertos o capturados y que, por tanto, el número de ejemplares que fueron alineados era mayor.

** Sólo se incluyen las referencias textuales que aluden explícitamente la presencia de elefantes y no todas aquellas que se refieran a la batalla.

Merece la pena recuperar la opinión de R. Glover sobre la utilización de elefantes en la guerra, en un artículo firmado en 1944. Según este investigador, los elefantes no eran sino una arma

más de las que dispone un general. Como toda arma, el elefante tiene puntos fuertes y puntos débiles, y sólo la pericia, inteligencia y experiencia del general, deciden la manera de utilizarlos. El éxito de esta unidad en batalla viene determinada por el uso que su general resuelve darles en función de las características del terreno, del enemigo, etc. Sin olvidar que el enemigo puede también contar con tácticas concretas o no para luchar contra elefantes¹⁰¹. El mismo Glover escribía, años más tarde, las tres ventajas principales de incluir elefantes en el ejército: infunden pánico al enemigo, minando su moral; aterrorizan a la caballería enemiga; y, obviamente, son temibles en combate cuerpo a cuerpo¹⁰².

El hecho de infundir terror a las tropas enemigas es algo totalmente comprensible. Y en cuanto a los caballos, varios autores clásicos reseñan que tanto los barritos, la apariencia y el olor que desprendían, les causaban el mismo pánico (*Arr. Anab.* V, 10, 2; *Plut. Pyrr.* 17, 6; *Liv. XXI*, 55, 7; *App. Han.* 7; *Flor.* I, 13, 7-8), desbaratando cualquier tipo de táctica que los enemigos hubieran confiado en la caballería, antes incluso de empezar el combate. Pero era en el combate cuerpo a cuerpo dónde podía desatarse todo el potencial de los elefantes. En este sentido, el mismo Glover señalaba que no debiera compararse a estas bestias con los tanques actuales¹⁰³, aunque compartieran ciertas características (gran tamaño, menor maniobrabilidad, cierto número de transporte de tropas, alta resistencia) sino con la propia caballería. Las características de su tipo de combate indican en esta dirección. A diferencia de un tanque, cuya mayor virtud reside en ser un gran cañón móvil, los elefantes no disparan (aunque puedan hacerlo algunos de sus tripulantes). Es el choque de su gran mole contra formaciones apretadas de infantería lo que realmente causaba estragos entre los enemigos. Al igual que las unidades de caballería pesada de la Baja Edad Media, el choque de la carga era brutal, pero a diferencia de estas, una vez la carga era detenida, el elefante disponía de otras buenas armas de combate cerrado. La primera de ellas, los colmillos, los cuales podían ser utilizados para ensartar o para barrer. Los colmillos de un elefante crecen durante toda la vida, alargándose cada vez más con el paso de los años¹⁰⁴: el peso medio de los de un ejemplar asiático macho oscilan entre 40 y 50Kg cada uno, mientras que en el caso del elefante de bosque (el más cercano al utilizado por los cartagineses) son algo mayores, aunque sin llegar a las medidas del elefante africano de sabana¹⁰⁵. La segunda arma a disposición era la trompa, con la cual también podía barrer al adversario e incluso levantar del suelo a un enemigo individual. En tercer lugar, si un infante conseguía esquivar colmillos y trompa, debía cuidar de no caerse, ante el riesgo de ser pisoteado por la una masa de, al menos, dos toneladas, a la que, obviamente, no sobreviviría.

Por último, aunque no menos importante, hay que tener en cuenta a los tripulantes que guiaban a los elefantes o eran transportados por él. El término indio que designa al conductor de elefantes, *mahout*, se ha generalizado actualmente para designar a cualquier tipo de conductor de elefante, sea cual sea su origen étnico; de igual modo ocurrió en la antigüedad,

¹⁰¹ Glover, 1944: 258.

¹⁰² Glover, 1948: 4-5.

¹⁰³ Como apuntaban G. y C. Picard (1961: 200) y, de nuevo, se equivocan Charles y Rhodan (2007: 378).

¹⁰⁴ Sikes, 1971: 86.

¹⁰⁵ Gröning y Saller, 2000: 58. Los colmillos de un macho de *L. a. africana* adulto tienen una media de unos 1,5m de longitud y un peso de entre 50 y 80kg cada uno, aunque se han llegado a encontrar ejemplares de hasta 3,5m de longitud y más de 117Kg de peso (Sikes, 1971: 80).

pues Polibio llama “indios” a todos los *mahout*. Este conductor montaba sobre el cuello del elefante y lo dirigía mediante riendas atadas en la cabeza y los colmillos. En cuanto al resto de tripulación, una de las cuestiones más debatidas en la actualidad reside en precisar si los elefantes de guerra cartagineses transportaban una plataforma parapetada -en forma de torre- a sus espaldas, o bien tan sólo uno o dos tripulantes más, armados con arco y lanza, a lomos del animal. Los elefantes de guerra indios, en efecto, transportaban una torre -llamada *howdah*- con varios tripulantes en su interior armados con picas, pero el elefante norteafricano era de menor tamaño y por tanto su capacidad era más limitada. La cuestión ha sido debatida en muchos trabajos dedicados al estudio del ejército cartaginés y no parece que haya unanimidad al respecto¹⁰⁶. Uno de los puntos clave es que las fuentes más cercanas a los acontecimientos de la Primera y Segunda Guerra Púnica, no citan en ningún momento la existencia de estas torres. Aunque Plinio (*NH.* VIII, 9) afirma que los elefantes transportaban torres con hombres armados en sus lomos, se refiere a su uso de modo general, como lo hizo por ejemplo Pirro (*Flor.* I, 13, 11-13), los Seléucidas y los Ptolomeos. Tan sólo un pasaje problemático de Polibio, mencionado en la Suda (θ0438; Polybius Fr.162^B), parecía dar testimonio del uso de torres en elefantes cartagineses¹⁰⁷; sin embargo dicho pasaje ha sido analizado recientemente por P. Rance concluyendo que pertenece a Diodoro Sículo¹⁰⁸. Polibio conocía la utilización de torres sobre los elefantes africanos, ya que en la batalla de Raphia (217) cuenta como las bestias de Ptolomeo transportaban a hombres de esta forma, los cuales iban armados con picas (*Pol.* V, 84, 2). Esto indica dos hechos: 1) que los elefantes norteafricanos podían, físicamente, equiparse con torres, y 2) que pese a conocer esta técnica, Polibio no hace referencia a ello en los elefantes cartagineses.

La numismática aporta nuevos datos. Se han recuperado varias series de monedas púnicas en las cuales aparecen elefantes en el reverso. Varias de ellas se corresponden con el periodo 237-218 y en su mayor parte aparece un elefante solo, sin torre, con o sin *mahout*. Sin embargo, sí que aparece un elefante con un *howdah* en algunas monedas campanas de la II Guerra Púnica. Además, otros testimonios arqueológicos en suelo itálico dan testimonio del conocimiento de elefantes con torres: una pátera campana de Cales¹⁰⁹, un plato pintado procedente de Capena¹¹⁰ o una figura de Terracota en el santuario de Apolo en Veyes¹¹¹. ¿Qué debemos entender entonces? Simplemente que la tecnología de guerra evoluciona, se

¹⁰⁶ Scullard (1974: 240-241) cree que no hay evidencia segura de utilización de torres, ni siquiera entre los indios, hasta que fueran introducidas por Pirro. Además, tampoco cree que los elefantes cartagineses hubieran llevado nunca *howdah* (Scullard, 1974: 242). La misma opinión mantienen Brizzi (1995: 311), Lazenby (1996: 27) y Charles y Rhodan, (2007: 367), mientras P. Rance (2009: 107) disiente.

¹⁰⁷ Silio Itálico también menciona a elefantes “con torres en sus lomos” (*Sil.* IV, 599) durante la batalla de Trebia (218). Sin embargo, dada la tipología de su obra y el gran volumen de ficción incluida en ella, creemos que hay que analizar sus afirmaciones con mucho cuidado.

¹⁰⁸ Rance, 2009: 91-111.

¹⁰⁹ Dicha pieza se encuentra actualmente en el Musée du Louvre. En el interior de la pieza se puede apreciar un elefante que por sus características físicas se acerca más al africano que al asiático, con una torre encima y un soldado que asoma la cabeza.

¹¹⁰ En este caso, la obra representa a un elefante con torre con un par de soldados armados con lanzas en su interior. Una cría de elefante sigue a su madre agarrándole de la cola. Sin embargo, hay investigadores que señalan, en base a la datación de la pieza, que se trata de uno de los elefantes indios transportados por Pirro a Italia a inicios del siglo III (Scullard, 1974: 241).

¹¹¹ Scullard, 1974: 176.

transforma, se adapta y prueba nuevas formas de ser más eficiente. El ejército de Cartago, más que ningún otro, era voluble.



Figura 7. Shekel c.230 hallado en España. Amílcar-Melkart en el anverso, elefante con jinete hacia la derecha en el reverso. British Museum. CM 1911-7-2-1 (IGCH 2328).

Cartago conocía la existencia de elefantes porque, a diferencia de Egipto o del Epiro, existían en su territorio. Eso está fuera de toda duda. Ahora bien, aprender a cazarlos y domarlos, o bien a criarlos en cautividad, tuvo que representar un proceso lento y complicado. Y aún un más complejo tuvo que ser entrenarlos con fines militares, lo cual no tan sólo habría requerido tiempo y dinero, sino también especialistas. Algunos autores creen que Cartago y Egipto empezaron a alquilar los servicios de *mahouts* procedentes de Oriente hacia la década del 280¹¹². Puede que fuese incluso antes. Frontino (*Strat.*, I, 2, 3) y Justino (XXI, 6) mencionan a un espía cartaginés, Amílcar Ródano, quién fue enviado a la corte de Alejandro pretendiendo ser un exiliado, con el verdadero objetivo de informar de los avances y objetivos del rey macedonio, pues incluso Cartago se sentía amenazada ante su extraordinaria expansión¹¹³. Cabe suponer que entre sus informes habría dado buena cuenta a su patria de las nuevas armas de guerra que el macedonio encontró en Persia. Cartago tenía la materia prima y Oriente les enseñó que era posible su utilización militar. Así pues, era tan sólo cuestión de tiempo que los elefantes norteafricanos entraran en liza.

Si nos atenemos a los datos de que disponemos, podemos trazar cierta evolución. Entre finales del siglo IV e inicios del siglo III Cartago decide empezar a adiestrar elefantes para el combate. La primera vez que son mencionados, en 262, son desplegados incorrectamente y su impacto en batalla es escaso, lo cual revela una inexperiencia en su utilización. Ahora bien, se trata de una fuerza poderosa, 50 o 60 animales transportados a Sicilia constituye un desafío a muchos niveles, lo que puede significar que el ejército púnico llevaba ya tiempo preparando una operación de este calibre. Después de Agrigento, no son mencionados hasta el desembarco de

¹¹² Gowers, 1947: 43.

¹¹³ Orosio (III, 20, 2) se limita mencionar que una embajada de legados cartagineses (junto con sus homólogos galos, hispanos, sardos y sículos, cuya veracidad podemos poner en entredicho dado que no representaban a ningún estado) esperaba a Alejandro a su vuelta a Babilonia. Más adelante, el mismo Orosio (IV, 6, 21-22), bebiendo de Pompeyo Trogó y Justino, relata la misma historia acerca de Amílcar el Ródano.

M. A. Régulo en África, donde los cartagineses son de nuevo derrotados cerca de Adis (256). Será Jantipo, militar lacedemonio contratado por Cartago, quién enseñe a la comandancia púnica el correcto uso de estas bestias de guerra, consiguiendo al año siguiente una aplastante victoria en Tunis (255). A partir de entonces, a excepción de la emboscada en Panormo del 251, los elefantes son utilizados con éxito tanto en la Guerra de los Mercenarios como en la conquista de Iberia. Por otro lado, atendiendo a los testimonios numismáticos, todo parece indicar que los elefantes púnicos iban desprovistos de torre o *howdah*. Pero esta situación cambia con la llegada de Aníbal Barca. Como hemos visto, varios testimonios numismáticos y arqueológicos así como el pasaje de Diodoro Sículo en la Suda, indican que al menos una parte de los elefantes anibálicos iban pertrechados con ellas¹¹⁴. Por supuesto, que fuera Aníbal quién introdujera esta innovación no debería sorprendernos; su bagaje familiar, su formación castrense, así como los técnicos especialistas y consejeros que tuvo a su alrededor, le proporcionaron una formación militar al más alto nivel que dieron sus frutos durante la segunda guerra contra Roma.

3.2.4. Carros de guerra

Scullard observó que la introducción de los elefantes coincidía con la desaparición de los carros de combate en las fuentes escritas¹¹⁵. En efecto, como hemos indicado en el apartado anterior, la introducción de elefantes en el ejército púnico se habría producido a principios del siglo III; pues bien, la última participación de carros de combate en batalla se produjo en África, contra Agatocles, en el año 310 (Diod. XX, 10, 6). De hecho, son muy escasas las referencias a la utilización de esta máquina por parte púnica, aunque cuando aparecen, lo hacen en grandes cantidades: 400 carros de guerra en 396 (Diod. XIV, 54, 5-6), 300 en 344 (Diod. XVI, 67, 2), un “gran número” en 339 (Diod. XVI, 77, 4; 80) y un número indeterminado en 310 (Diod. XX, 10, 6).

El carro de guerra tuvo un destacado papel en los ejércitos del Próximo Oriente¹¹⁶ y la tradición de las colonias fenicias occidentales conservó su práctica¹¹⁷. Se trataba normalmente de carros ligeros, de dos ruedas, arrastrados por dos -biga- o cuatro caballos -cuadriga- y armados con cuchillas¹¹⁸. Sin embargo varias causas terminaron por retirarlos de los campos de batalla. La primera de ellas ya la hemos comentado: la introducción del elefante de guerra suplió las tareas de los carros e incluso las mejoró. Ambas unidades se caracterizan por los estragos que causa el choque de su masa contra unidades de infantería en formación cerrada; pero una vez frenado el impacto, el carro difícilmente podía sobrevivir al combate cuerpo a cuerpo, y en

¹¹⁴ A partir de un pasaje de Plinio (NH. VIII, 5), donde menciona un elefante llamado *Surus* dentro del ejército de Aníbal, varios investigadores han propuesto la inclusión de elefantes asiáticos en el ejército anibálico, dado que “Surus” podría significar “el sirio” (principalmente, Scullard, 1974: 174-177). De modo que existe la posibilidad que fueran los elefantes asiáticos de Aníbal quienes transportaran estas torres. Sin embargo, la evidencia en este sentido es más que escasa (ver Rance, 2009: 107, nota 66).

¹¹⁵ Scullard, 1974: 148.

¹¹⁶ Vita, 2003: 73-75; Quesada Sanz, 2005b: 40-42.

¹¹⁷ Huss, 1993: 319; Brizzi, 1995: 307.

¹¹⁸ Gracia, 2003: 176.

cambio el elefante, sí. En segundo lugar, las reformas introducidas por Filipo y Alejandro en los ejércitos falangitas, basadas en unidades de infantería más móviles, con lanzas más largas y más profundidad de filas, puestas a prueba con éxito en Oriente, fueron emulados por los diádocos y epígonos y se convirtieron en norma en el Mediterráneo Oriental durante el siglo III. Esta mayor movilidad, junto con la ampliación del alcance de las lanzas, anularon los choques de carros. En tercer lugar, hay que tener en cuenta el factor logístico. Cartago libró la mayor parte de sus guerras fuera del continente africano, de modo que era necesario embarcar y desembarcar sus tropas mediante su flota. Transportar 300 carros de guerra de esta forma significa desmontarlos, amarrarlos, transportarlos ocupando mucho espacio, desembarcar, montar yuncir los caballos. Tiempo y espacio que podrían haberse dedicado a otros menesteres quizá más productivos. Algo similar debió pensar al alto mando cartaginés después de sufrir una aplastante derrota en Crimisos (c.339) a manos de la infantería siracusana liderada por Timoleón, quién supo aprovechar las inclemencias del tiempo y las condiciones geográficas. Por último, cabe mencionar los no pocos condicionantes orográficos que precisa un carro de guerra no sólo para poder entrar en combate sino también para desplazarse hasta el campo de batalla. En el norte de África y Oriente Próximo abundan las llanuras dónde poder optimizar su utilización, sin embargo en Sicilia, Iberia o Italia el terreno es generalmente mucho más abrupto.

3.3. Ejército de marina

Polibio, en su retrato paralelo entre Roma y Cartago, afirmaba que los cartagineses eran mejores en marinos que los romanos porque estaban acostumbrados, desde hacía varias generaciones, a navegar hacia cualquier rincón del mar (Pol. VI, 52, 1). En efecto, como hemos podido comprobar en los capítulos anteriores, la ciudad norteafricana, al igual que su patria, Tiro, hizo del mar su dominio territorial. Esto significa control del comercio marítimo y conlleva la existencia de una flota militar que lo garantice. La flota militar fue la señal de identidad de Cartago y así lo transmiten varios autores clásicos como, por ejemplo, Diodoro, (Diod. XXIII, 2, 1; también Dion Cas. XI, 43, 8-9) quién en boca del general Hannón el Viejo advierte a Roma que no interfiera en los asuntos del mar. En este sentido cabe destacar el trabajo de L. Rawlings¹¹⁹ en relación a la marina cartaginesa y en la utilización de ésta y de las colonias fenicio-púnicas para establecer su propia talasocracia. Rawlings defiende la hegemonía púnica en el mar a lo largo de los siglos V-IV y como esta presencia marina ayudó a consolidar y proteger a muchas de las colonias fenicio-púnicas del Mediterráneo Occidental¹²⁰.

Un repaso a las fuentes literarias antiguas nos informa que el número de éxitos en batalla reseñados de la flota cartaginesa es comparable al número de derrotas. Uno puede preguntarse, pues, si tal fama en la antigüedad era o no merecida. Sin embargo, cabe recordar que todas estas batallas, victorias o derrotas, se corresponden a enfrentamientos contra Roma o Siracusa narradas por autores griegos o latinos; dado que no tenemos acceso a ninguna fuente cartaginesa, desconocemos por completo el resto de sus intervenciones, calladas o

¹¹⁹ Rawlings, 2010.

¹²⁰ Rawlings, 2010: 258.

directamente desconocidas por dichos autores. Aún así, en base a los datos de que disponemos, podemos afirmar que en la formación y expansión del imperialismo cartaginés, sin duda su flota jugó un papel imprescindible. Hay que tener en cuenta que dicha flota no solamente fue creada para el enfrentamiento marítimo sino, fundamentalmente, para el transporte de tropas, la escolta de barcos, defensa contra la piratería, bloqueo de ciudades marítimas, como vía de comunicación institucional entre colonias/ciudades aliadas y Cartago, y por último, como defensa de fortalezas en las islas. No debemos olvidar que la mayor parte de enfrentamientos en los que participó Cartago se desarrollaron en tierra firme y que, la inmensa mayoría de batallas navales tienen como objetivo apoyar a las tropas terrestres, pues los objetivos de toda guerra se encuentran ahí, y no en el mar¹²¹.

Atendiendo a los datos que sí tenemos, las fuentes literarias mencionan por primera vez a la flota cartaginesa en la batalla de Alalia (c.535), cuyo desenlace según Heródoto fue una victoria cadmea -aún no *pírrica*, pues estamos en el siglo VI- para los griegos, que sin embargo obligó a los fóceos a abandonar la isla (Hdt. I, 166). En tal ocasión la flota cartaginesa estaba formada por 60 naves. Cincuenta años más tarde, Diodoro (XI, 20, 2) afirma que Amílcar utilizó más de 200 naves de guerra y más de 300 barcos de carga¹²² en su campaña en Sicilia que terminó con derrota en la batalla de Hímera (480). En la campaña del 409 Aníbal transportó su ejército a bordo de 60 naves de guerra y 150 de transporte¹²³ (Diod. XIII, 54, 1); un par de años más tarde Cartago envió una nueva oleada de 40 trirremes en avanzadilla de nada menos que un millar de naves de transporte. Estas fueron rechazados en batalla naval (15 fueron hundidas) por la marina siracusana cerca de Érix (Diod. XIII, 80, 5-7), pero la situación de invirtió al año siguiente, pues la misma cantidad de trirremes púnicas atacó y capturó al convoy siracusano que transportaba víveres hacia Acragas (Diod. XIII, 88, 3-5). No se puede establecer, por tanto -al menos a tenor de los testimonios literarios-, que la flota cartaginesa estuviera organizada en escuadrones de 60 navíos, como presentaba Lancel¹²⁴.

3.3.1. Los puertos

El puerto naval de Cartago en los siglos V, IV y la mayor parte del III no era el *corthon*¹²⁵ o puerto militar circular descrito por Apiano (*Punic Wars*, 96), Estrabón (XVII, 3, 14) y citado por Diodoro Sículo (III, 44, 8), conectado con el puerto comercial rectangular, que tantas ilustraciones ha inspirado. Aquel no fue construido hasta después de la II Guerra Púnica, probablemente en una fecha poco anterior al 150 (Hurst, 1993: 48). En este sentido, los datos cronológicos proporcionados por la arqueología coinciden con el fin de las multas impuestas

¹²¹ Hoyos, 2010: 153.

¹²² ἔχων πεζὴν μὲν δύναμιν οὐκ ἐλάττω τῶν τριάκοντα μυριάδων, ναῦς δὲ μακρὰς πλείους τῶν διακοσίων, καὶ χωρὶς πολλὰς ναῦς φορτίδας τὰς κομιζούσας τὴν ἀγοράν, ὑπὲρ τὰς τρισχιλίας. Diod. XI, 20, 2.

¹²³ περὶ δὲ τούτους τοὺς καιροὺς Ἀννίβας ὁ τῶν Καρχηδονίων στρατηγὸς τούς τ' ἐξ Ἰθηρίας ξενολογηθέντας καὶ τοὺς ἐκ τῆς Λιβύης καταγραφέντας στρατιώτας συνήγαγε, καὶ μακρὰς μὲν ἔξηκοντα ναῦς ἐπλήρωσε, τὰ δὲ φορτηγὰ πλοῖα περὶ χίλια πεντακόσια παρεσκευάσατο. Diod. XIII, 54, 1.

¹²⁴ Lancel, 1995: 126.

¹²⁵ Sobre la denominación *corthon* en determinados puertos de la Antigüedad, ver Carayon, 2005.

por Roma con el desenlace de la Guerra Anibálica y también con la noticia de Catón, quién, alarmado, afirmaba que Cartago se estaba rearmando. Quizá pues, las advertencias de Catón no fueran meras impresiones cargadas de sentimiento antipúnico; si lo que vio en su visita a Cartago en el 157 fueron los últimos arreglos a las obras del puerto circular, con capacidad para 220 naves, sin duda sus temores estaban bien fundados¹²⁶. En cambio, es muy poco lo que sabemos respecto al puerto -o puertos- utilizado por la armada púnica durante los siglos VI-III. Mediante un estudio geomorfológico, de los sedimentos en la zona de los puertos, Vitali y su grupo concluyó que los antiguos puertos estuvieron ubicados en la misma zona, pero que dada la inexistencia de restos materiales antrópicos, éste debiera ser un puerto natural, a diferencia del *corthon* del siglo II (Vitali *et alii*, 1992: 565). Varios autores han intentado resolver la evolución de los puertos cartagineses hasta su fase neopúnica¹²⁷. El retrato más acurado nos lo ofrece Hurst, quién, después de varias publicaciones anteriores, describe la presencia de un antiguo canal artificial, aprovechando las condiciones naturales del terreno, que discurría paralelo a la costa en la zona del futuro puerto rectangular y que comunicaba la bahía de Túnez con la zona de dársenas. Esta zona se amplió posteriormente, entre el siglo IV y comienzos del III dando lugar a la fase 0 del puerto circular neopúnico. Esta misma zona se remodelaría después de la Segunda Guerra Púnica dando lugar al puerto descrito por las fuentes clásicas, mientras que el canal de ensanchó transformándose en el puerto comercial¹²⁸.

Por otro lado, parece igualmente probable, a tenor de su ubicación, que la bahía actualmente ocupada por el Lago de Túnez se utilizara también como fondeadero¹²⁹. Sin embargo, los problemas de sedimentación quizá ya fueran una realidad en época púnica. En la actualidad el agua del lago se encuentra a unos 2 quilómetros de la antigua ciudad, pero todo apunta que antiguamente la costa arribaba a los pies de la misma¹³⁰. Quizá estos problemas de navegabilidad, especialmente en naves de medio o gran calado, motivaron la construcción, en una época sin determinar, del denominado “cuadrilátero de Falbe”. Se trata de una superestructura de 425m de longitud por 100m de anchura ubicado al SO del puerto rectangular que actualmente aún puede apreciarse a escasa distancia de la superficie del mar.

¹²⁶ Varios autores, entre ellos D. Hoyos (2010: 87; 92), retrotraen la construcción del puerto hacia alrededores del año 200. Sin embargo, no tiene sentido construir un puerto con estas prestaciones y dimensiones para una flota de 10 navíos de guerra, que es el número de naves que estipuló el tratado del fin de la II Guerra Púnica. Tampoco me convence la cronología relativa a la guerra de Aníbal; no es ni durante ni después de una guerra cuando se pueden dedicar esfuerzos económicos, logísticos y humanos a empresas de tal envergadura como esta, sino precisamente antes -antes de la III Guerra Púnica o los enfrentamientos con Masinisa- con tal de prepararse lo mejor posible para la empresa bélica.

¹²⁷ Stager, 1992, 75-76; Hurst, 1992: 83; Panero, 2008: 70.

¹²⁸ Hurst, 1994: 43-45.

¹²⁹ Hurst, 1992: 84; Hurst, 1993:51; Panero, 2008: 69.

¹³⁰ Hurst, 1993:51.

3.3.2. Las naves

Como se ha dicho anteriormente, la marina cartaginesa -como la mayor parte de grandes armadas de la época- cumplía varias funciones. Y para poder cumplirlas, debía tener una nave acorde a cada una de ellas: naves de transporte de tropas, de transporte de material, de animales, de ostentación, o aquellas especialmente veloces para misiones de exploración o mensajería. Pero por encima de ellas aparece el navío de guerra por excelencia en el siglo V y la primera mitad del IV: la trirreme.

Los orígenes de esta nave parecen remontarse al Levante mediterráneo hacia c.600¹³¹ y, con pocos cambios sustanciales, se difundió por el Egeo y el Mediterráneo central con bastante rapidez. Pese al notable empujón que recibido la arqueología subacuática en la última mitad de siglo XX, debido al material perecedero y a las difíciles condiciones de conservación en el Mediterráneo, aún no se ha podido localizar aún ningún pecio de trirreme que permita conocer todas sus características. Sin embargo, gracias a los testimonios literarios, artísticos y los datos que sí ha podido recoger la arqueología -incluida la arqueología experimental¹³²-, se ha logrado reconstruir un modelo hipotético. Las dimensiones de esta nave se han calculado en 35m de eslora máxima (longitud total) por 3,5m de manga (anchura)¹³³. Los remeros estaban distribuidos en 3 filas de 27, 27 y 31 hombres cada una -de inferior a superior- en cada lado, sumando un total de 170 remeros a los que debemos añadir entre 14 y 40 tripulantes más. El número de infantes armados fue en aumento a medida que la nave se acondicionó para ello, pues en un principio el espacio no ocupado por los remeros era mínimo. Para ampliar el área donde transportar soldados, en lugar de aumentar la manga, se construyeron dos cubiertas elevadas por encima de la fila superior de remeros, que evolucionó hasta convertirse en una cubierta que abarcaba toda la anchura del casco, cuya denominación aparece en las fuentes con el apelativo *catafracto*¹³⁴. Entre esta tripulación cabe incorporar a personal marinero, oficiales, infantes, y dotación de máquinas de proyectiles, si las había. Se calcula una tripulación total de 200 hombres por nave¹³⁵. En el mundo griego el oficial al cargo de la nave era designado por el general del ejército, al menos desde el siglo IV -si no antes-, y era denominado trierarca¹³⁶. Esta misma denominación aparece en algunos momentos en la literatura clásica¹³⁷ para referirse a un capitán cartaginés, al desconocer nuestras fuentes la palabra semita utilizada en realidad.

¹³¹ Coates, 1987: 111.

¹³² En agosto de 1987 se botó en Grecia un trirreme a escala real llamada *Olympias*. Esta nave fue construida por J. Coates y J.S. Morrison utilizando las técnicas y los materiales propios de los siglos V-IV, siendo propulsada y dirigida, por tanto, por 170 remeros. Se trata de un gran ejemplo de arqueología experimental que permitió conocer las particularidades de esta nave no solo durante su navegación sino también en su construcción, como por ejemplo, su velocidad máxima, 9 nudos (17 Km/h), o su maniobrabilidad. Actualmente tan solo se utiliza en exhibiciones (por ejemplo en las Olimpiadas de Atenas 2004). Un completo informe y actualizado sobre esta nave puede verse en Rankov, 2012.

¹³³ El cálculo de las medidas de una trirreme se ha basado en la medida del espacio entre remeros, de modo que no existe unanimidad al respecto, pudiendo variar de los 33 a los 39m de eslora y entre los 3,5-5m de manga (en función también de si la nave iba provista o no de cubierta), Coates, 1985: 115; Rankov, 1996: 50; Rankov, 2012b: 229.

¹³⁴ Rebolo, 2005: 40.

¹³⁵ Coates, 1985: 83.

¹³⁶ Jordan, 1972: 63.

¹³⁷ App. *Pun*, 4; Diod. XXIV, 1, 6; Pol. II, 1, 9; Polien. VI, 16, 4. En Pol. I, 44,1 aparece τριήραρχος.

Entre finales del siglo V y comienzos del siglo IV aparecieron naves de mayor tamaño, denominadas en función del número de remeros en cada columna¹³⁸. Plinio el viejo señalaba la aparición de estos colosos, desde las cuadriremes, o “cuatros”, introducidas por los cartagineses, hasta la dudosa cantidad de “cuarenta” de Ptolomeo IV:

“La cuadrireme, según Aristóteles, los cartagineses; la quinquereme, según Mnesigitón, los de Salamina; la de seis filas, según Jenágoras, los siracusanos; desde ella hasta la de diez filas, según Mnesigitón, Alejandro Magno; hasta la de doce filas, según Filostéfano, Ptolomeo Sóter; hasta la de quince, el hijo de Antígonos; hasta la de 30, Ptolomeo Filadelfo y hasta la de 40, Ptolomeo Filopátor, que recibió el sobrenombre de Trifón”¹³⁹

Por su parte, Diodoro Sículo (XIV, 41, 3) señala que las quinquerremes fueron creadas por Dionisio I de Siracusa en 399/398, precisamente para enfrentarse a los cartagineses, y poco después subraya que nunca antes habían sido construidas (XIV, 42, 2). Sea como fuere, lo cierto es que las quinquerremes fueron adoptadas más tarde por los propios cartagineses. Por sus superiores dimensiones, unos 40m de eslora y 5m de manga¹⁴⁰, esta nave fue utilizada a menudo con fines de prestigio en misiones diplomáticas y transporte oficial. Así lo vemos en Dionisio en numerosas ocasiones y también, posteriormente, en el mundo romano¹⁴¹; parece lógico pensar que también en el mundo cartaginés hubiera sido la nave insignia en misiones de este tipo. Sin embargo su principal función seguía siendo táctico-militar. Así como la trirreme transportaba a unos 200 hombres en total, Polibio afirma que eran necesarios 300 hombres en los remos para manejarla y que podía albergar hasta 120 soldados¹⁴² (Pol. I, 26, 7).

¿Quién eran estos remeros? ¿soldados, ciudadanos, eslavos? Probablemente el origen de los remeros debe ponerse en relación a cada momento histórico. En los primeros siglos desde la fundación de la ciudad, los buques de guerra cartagineses probablemente utilizarían a sus propios ciudadanos. Posteriormente, a medida que el número de naves se iba incrementando y el imperio territorial cartaginés con él, habría sido necesario incorporar a súbditos, aliados, mercenarios y esclavos. Pese a que se ha sugerido que lo habitual era la utilización de hombres libres de baja extracción social en lugar de esclavos para evitar actos de sabotaje o falta de motivación en los remos¹⁴³, se puede argumentar que una vez embarcado y frente a un

¹³⁸ Para un resumen sobre la cuestión de la disposición y número de remeros en este tipo de naves, que ha sido foco de discusión durante décadas, ver Murray, 2012: 6-9.

¹³⁹ Plin. NH. VII, 56(57), 208. Traducción del equipo de Antonio Fontán y Ana Mª Moure Casas para la editorial Gredos.

¹⁴⁰ Rebolo, 2005: 42.

¹⁴¹ Para numerosos ejemplos, ver Murray, 2012: 25 y ss.

¹⁴² Sobre las características técnicas, capacidad y limitaciones de las naves de guerra en la Antigüedad ver Rebolo Gómez, 2005. Procedente de la Ingeniería Aeronáutica y no de los Estudios Clásicos, el autor proporciona interesantes datos y diferentes puntos de vista de una cuestión tan compleja como el desarrollo, dispersión y funcionamiento de la marina de guerra cartaginesa.

¹⁴³ Rebolo Gómez, 2005: 46.

enemigo que quiere eliminarte sin importarle quien está en los remos, la motivación para sobrevivir supera cualquier afinidad política. En este sentido se pronuncia M. Fantar al afirmar que los pilotos de la nave y el personal de abordo, así como los soldados que pudiera haber en ella serían indudablemente ciudadanos de la propia Cartago u otras ciudades púnicas, mientras que los remos estarían a cargo de esclavos y mercenarios¹⁴⁴.

El funcionamiento en combate de estas naves era simple. El objetivo primordial consistía en embestir a la nave enemiga utilizando un espolón de bronce colocado en la proa, en la línea de flotación, de la forma más perpendicular posible. Cuanto más perpendicular era el choque, más daño se producía a la nave enemiga y a la vez se minimizaba el daño propio. Unas pocas de estas piezas habían sido extraídas del fondo marino por submarinistas. Pero en 2013 se presentaron los 7 espolones, localizados en aguas sicilianas recuperados gracias a un proyecto codirigido durante siete años por Sebastiano Tusa y Jeff Royal. Todos ellos pertenecen a las naves hundidas durante la batalla de las Islas Égades (241) al final de la I Guerra Púnica¹⁴⁵. En un reciente estudio monográfico, W. M. Murray se preguntaba qué ventajas aportaba la inclusión de cuadriremes, y especialmente las quinquerremes en una batalla, dado que, a niveles de maniobrabilidad, eran inferiores a los trirremes. Su conclusión es que, especialmente en lugares con poco espacio dónde maniobrar -puertos, estrechos, centro de la flota en formación de batalla- el choque proa contra proa entre naves enemigas era muy habitual; y en este sentido, una nave de mayores dimensiones -y por tanto, de mayor masa-, con un espolón mayor, ofrecía mejores garantías de éxito contra una trirreme. Mayores dimensiones significan también más espacio para transportar tropas y mejor ángulo de disparo¹⁴⁶.

Cabe destacar un último aspecto en relación al espacio libre en un trirreme, que bien se puede extrapolar al resto de polirremes. Como ya demostró el *Olympias* en arqueología experimental, los remeros necesitan una gran cantidad de agua en una jornada de viaje; no tan solo por el esfuerzo sino también para recuperar el líquido transpirado: hay que recordar que la época de navegación en el Mediterráneo se extiende de mediados de primavera a mediados de otoño -como máximo- y que, en un espacio semicerrado con 170 hombres realizando ejercicio físico, en seguida subiría más aun el sofocante calor. Además, del espacio necesario para cubrir las necesidades de agua para 200 hombres habría que sumar la comida. Así pues, teniendo en cuenta que tampoco había espacio para descansar y menos aún, para tumbarse a

¹⁴⁴ Fantar, 1993: 125.

¹⁴⁵ Los 7 espolones han proporcionado una valiosa información de primera mano sobre los navíos de guerra en la Antigüedad. Cabe destacar que todas estas piezas no son estándares, aun pudiendo ser del mismo bando en conflicto. Por otro lado, es muy destacable el hecho que, a través de la medida de estos espolones, de entre 60 y 85 cm de longitud, pueda establecerse una asociación con la medida aproximada del casco la nave al que iba anclado; y estos datos no coinciden con la noticia de Polibio sobre la batalla (Pol. I, 63, 8) según el cual la mayor parte de naves eran quinquerremes -no así en Diodoro (XXIV, 11, 1-2) quién solo menciona "naves de guerra" y "naves de transporte" en ambos ejércitos-. La situación no tiene fácil solución en este sentido. En cuanto a la procedencia púnica o romana de estas piezas, en el espolón número 3 se encontraron caracteres fenicios, mientras en el 1, 4, 6 y 7, latinos. El número 4 presenta una deformación producto probablemente del choque contra un espolón enemigo y otras piezas tienen deformaciones menores debidas a impactos contra el casco. Se han podido recuperar, además, varios cascos, entre ellos 4 de tipo Montefortino (Tusa y Royal, 2012).

¹⁴⁶ Murray, 2012: 17-30.

dormir, varios autores han advertido que en el caso de las naves de guerra era necesario desembarcar cada noche para descansar, comer y reponer provisiones¹⁴⁷. Este hecho tiene importantes repercusiones geoestratégicas: demuestra la necesidad de la existencia y control de puertos a lo largo de la costa y en islas bien situadas para poder garantizar el aprovisionamiento de la flota.

Así pues, durante el siglo V y buena parte del III el trirreme capitaneó la flota cartaginesa; posteriormente se incluyeron otras naves, especialmente la quinquereme, aunque no la sustituyeron totalmente. La primera alusión a quinquerremes en manos cartaginesas es indirecta; Polibio (I, 20) informa que en el año 262 Roma construyó una gran flota con 100 quinquerremes y 20 trirremes y que para la construcción de las primeras -dado que las trirremes eran sobradamente conocidas- utilizó como modelo una nave cartaginesa que había quedado escorada dos años antes en el estrecho de Mesina, en 264 (Pol, I, 20, 15), un hecho cuya verosimilitud se ha puesto a menudo en entredicho. Pese a que las quinquerremes son mencionadas a menudo en manos romanas, es en la batalla de Ecnomus (256) donde cobraron todo el protagonismo¹⁴⁸. Vale la pena detenerse brevemente en este punto, pues se trata de la mayor batalla naval de la Antigüedad y posiblemente de la Historia de la humanidad¹⁴⁹. Casi una década llevaban romanos y cartagineses enfrentándose en tierras sicilianas y pese a las numerosas victorias itálicas, Cartago seguía resistiéndose. El Senado romano decidió entonces construir una enorme flota compuesta por unas 330 naves de guerra (*ναυσὶ καταφράκτοις*) y llevar la ofensiva a África (Pol. I, 25, 7). Cada nave, especifica Polibio, transportaba 300 remeros y 120 infantes (Pol. I, 26, 7), sumando un total de 140.000 hombres, con lo cual, se trataba de quinquerremes, como, efectivamente, indica más adelante (Pol. I, 63, 8), además de dos héxeras para sendos cónsules (I, 26, 10) y naves de transporte para caballos (I, 28, 2). Alertada, Cartago envió una nueva flota que alcanzaba la cifra de 350 naves (también *ναυσὶ καταφράκτοις*) (Pol. I, 25, 8). A tenor del número de naves, el ejército púnico se podía cifrar en 150.000 hombres (Pol. I, 26, 8), cifra que *grosso modo*, cuadraría con 350 naves, con 420 hombres cada una¹⁵⁰. El historiador de Megalópolis, afirma que el flanco derecho de la línea cartaginesa estaba al cargo de Hannón con las quinquerremes más rápidas (*πεντήρεις τὰς μάλιστα ταχυνωμένας*) (Pol. I, 27,5) y durante el desarrollo de la batalla causó estragos a los romanos; sin embargo desconocemos si estas “*quinquerremes más rápidas*” lo eran por su diseño o por su tripulación, probablemente ambas. Al final de la primera contienda, Polibio calculó que los romanos habían perdido unas 700 quinquerremes entre batallas y tormentas, mientras que por parte cartaginesa contaba 500 (Pol. I, 63, 8).

¹⁴⁷ Rankov, 1996: 51.

¹⁴⁸ En operaciones anteriores, como por ejemplo en la batalla de Milas (261), Polibio no especifica nunca el tipo de nave que utilizaron los cartagineses, excepto la nave de su comandante, Aníbal, en esa misma batalla, una héptera que había pertenecido a Pirro (Pol. I, 23, 4).

¹⁴⁹ Rebolo Gómez, 2005: 31; Lazenby, 1996, 1; 87.

¹⁵⁰ Aunque se ha señalado que probablemente el número de cartagineses no sea el correcto, pues aunque hubiera 350 naves, no se trataba de un ejército de invasión como el que preparaba Roma y en segundo lugar, Cartago no utilizaba -que sepamos- la táctica del abordaje que sí utilizaba su adversario, a través de los *corvi*, de modo que quizás no habría 120 infantes a bordo de queda quinquereme (Lazenby, 1996: 86).

Más tarde, en 218 aparecen, por primera vez en contexto histórico-literario, las cuadrirremes. Se trata de las fuerzas Aníbal dejó bajo la dirección de Asdrúbal en Iberia, nada menos que 50 quinquerremes (32 con sus dotaciones), 2 cuatrirremes y 5 trirremes (Pol. III, 33, 16, del cual bebe también Livio en XXI, 22). Aunque su participación en batalla debió de ser más bien escasa, las cuatrirremes ya son mencionadas por Aristóteles, según hemos visto en el pasaje de Plinio, así que ya debieron de ser utilizadas por Cartago a finales del siglo IV. Probablemente esto habría sucedido poco antes de la introducción de las quinquerremes, por quienes habrían sido sustituidas.

Como se ha señalado anteriormente, debió de existir una variedad de naves cartaginesas bastante amplia, cada una de ellas con funciones específicas. Por desgracia, no contamos con las fuentes escritas que avalan esta heterogeneidad como en el mundo ateniense. Cabe señalar, sin embargo, el importante descubrimiento arqueológico en la década de los setenta del siglo pasado, cuando fueron hallados dos pecios cartagineses en la costa de Marsala, nada menos que la antigua Lilibeo. El primero en ser descubierto fue excavado por H. Frost en 1971 y contribuyó en gran medida al conocimiento sobre la construcción de la marina púnica. No tan sólo se pudo comprobar el material utilizado (bronce, esparto y madera) y la forma en que todos ellos iban encajados hasta formar el casco, sino que además, el equipo de Frost descubrió que los tablones estaban marcados con letras fenicias, indicando al personal del astillero donde debía ser colocado¹⁵¹. Del segundo barco tan solo se pudo recuperar el espolón y parte de la proa. Ambos barcos parecen pertenecer al siglo III pero se discrepa sobre su tamaño original¹⁵². Lo que en verdad es importante señalar es que, dado el fácil acceso que tenía Cartago a la madera gracias a los bosques que había muy cerca de la ciudad en aquella época, y al método de construcción en cadena que evidencia la nomenclatura del barco de Marsala, los astilleros púnicos tenían la capacidad y la experiencia como para botar flotas enteras con asombrosa rapidez¹⁵³.

¹⁵¹ Frost, 1974.

¹⁵² Según Lancel, un monoreme o birreme (1995: 130), según Fantar una birreme o una trirreme (1993: 126), según Rebolo Gómez, simplemente “un buque auxiliar para acompañar a la armada” (2005: 34).

¹⁵³ Hoyos, 2010, 150-151.

4. LOS VECINOS NORTEAFRICANOS

4.1. Contexto histórico y geográfico

El norte de África no constituyó una unidad política en la Antigüedad hasta el final de la República Romana. Exceptuando Egipto, más relacionado económica y políticamente con el Próximo Oriente, el resto de la franja norte-africana estuvo formada por una multitud variable de entidades étnico-territoriales, salpicadas aquí y allá por colonias griegas y fenicias en la misma línea de costa. Estas colonias, cuyos orígenes se remontan a inicios del primer milenio¹, mantuvieron generalmente buenas relaciones con la población indígena, como demuestra el hecho de que muchas de ellas pervivieran activas durante siglos. Evidentemente, cabe suponer que en algunas ocasiones estallarían conflictos armados, pero éstos raramente sobrepasaron el ámbito local. Si bien estas relaciones entre ambas poblaciones se mantenían habitualmente en términos económicos, el flujo e influjo de ideas, costumbres o modas sobrepasaron con el tiempo las murallas que separaban físicamente el mundo colonial del mundo indígena. Y en este sentido cabe dejarnos de sutilezas postmodernistas; este fluir de influencias era bidireccional, sí, pero la irradiación que proyectaron las colonias sobre el mundo indígena fue mucho más potente que a la inversa y afectó de tal manera a las estructuras políticas autóctonas que cimentó y aceleró el proceso hacia la aparición de reinos².

Aunque el volumen de fuentes de información para el estudio de la protohistoria africana es francamente escasa -más aún si cabe que en los demás capítulos de esta investigación-,

¹ Las primeras fundaciones de colonias en el norte de África parecen ser Útica y Lixus. Heródoto fecha estas fundaciones hacia el año 1.100, aunque los datos arqueológicos retrasan la presencia fenicia en la región hasta el siglo IX.

² Warmington: 1969, 81; Coltelloni-Trannoy, 2003: 30-31, quién también destaca la influencia helénica en dicho proceso.

existen indicios para sostener que a partir del siglo IV empezaron a configurarse las primeras entidades estatales a nivel regional³. Si bien es cierto que algunos autores clásicos fijaron en su momento su mirada en el norte de África y señalaron algunos de sus pueblos, ciudades o personajes, también lo es que todos ellos estuvieron, cronológicamente y geográficamente, muy alejados del África prerromana. Pese a esta carencia es preciso esbozar, al menos, un cuadro general⁴.

Debido a la mencionada distancia de las fuentes literarias, sus aportaciones no son sólo escasas sino que además la terminología empleada es confusa, cuando no contradictoria. El ejemplo más evidente en este lo constituye es el término “libio”, que esconde un significado con matices importantes entre los autores grecolatinos. Así, en Plinio (*NH.* V, 1, 1-4) designa a todos los habitantes del norte de África de forma general. En Diodoro (III, 49-51) y Estrabón (XVII, 3, 23), en cambio, se refiere a los pueblos de las futuras provincias tripolitana y cirenaica. Por último, en Polibio y también en otro pasaje de Diodoro (XX, 55, 3-4) describe a los habitantes de la *chora* cartaginesa. Apiano, en cambio, prefiere utilizar el término *africaniani* para designar a la mayor parte de pueblos del norte de África. Ante esta problemática étnico-territorial, A. C. Fariselli concluía que “*stando a quanto si ricava dalle informazione letterarie a disposizione, non è possibile rintracciare una precisa corrispondenza di “étnico” fra le denominazioni di Libî ed Afri, e la reale distribuzione del popolamento nordafricano antico (...)* *Di conseguenza, il valore, per così dire, étnico-geografico del termine riferito al popolo deve essere di volta in volta dedotto dal contesto ed adeguato alla prospettiva della fonte in esame*⁵”.

Aunque compartimos el punto de vista de la historiadora italiana y efectivamente vamos a analizar la procedencia de las tropas del ejército cartaginés a partir del contexto histórico, en pos de una mayor comprensión de la obra, seguiremos la siguiente nomenclatura. De oeste a este, siguiendo a Estrabón, vamos a reconocer a mauros, masesulios y masilios⁶. De estos tres pueblos, el reino Masesulio sería, al menos en época de Sífax (último cuarto del siglo III), el más poderoso y extenso, como lo demuestra el hecho que el rey se estableciera en ocasiones en Siga y otras en Cirta (Constantina), poblaciones que distan unos 750 Km entre sí.

³ Desanges, 1994: 68.

⁴ Es difícil encontrar una obra dedicada íntegramente a la cuestión política y etnográfica del norte de África prerromana, pues al carecer de testimonios escritos contemporáneos -salvo Herodoto-, la arqueología se rebela como la mejor herramienta en este sentido. Por desgracia, la mayor parte de estudios atañen a yacimientos o regiones muy concretas, careciendo de un estudio global. Además, la intensidad con que se ha estudiado el paisaje a nivel arqueológico dista mucho de ser homogéneo; así, mientras que en la actual Túnez se llevan a cabo numerosos proyectos de forma paralela, la situación en Marruecos, Argelia y Libia es menos generosa. Además de unas pocas pero notables obras clásicas sobre esta temática, como la de Gsell (1920), o la de Warmington, 1969, encontramos algunos buenos estudios de carácter más puramente histórico, en los capítulos introductorios de obras relativas a Cartago, a las Guerras Púnicas o al África romana. En especial merece destacarse, Le Bohec, 2001 y Fariselli, 2002. Por otra parte, sobresalen dos estudios sobre la punicización del territorio africano y la expansión del imperialismo cartaginés sobre sus vecinos: Fantar, 1993b y Manfredi, 2003.

⁵ Fariselli, 2002: 8.

⁶ Sífax y Gala (o Gaia) habría que identificarlos con los reyes de masesulios y masilios respectivamente antes y durante la Segunda Guerra Púnica, de tal modo que parece evidente que al menos estos dos reinos constituían unidades políticas independientes en época protohistórica. Las fuentes escritas también mencionan a un rey mauro en la misma época: Baga o Bogus (*Liv. XXIX*, 30, 1; *Est. XVII*, 3, 5).

Utilizaremos la acepción polibiana y diodorea⁷ de *Libia*, esto es, el territorio que actualmente ocupa la mitad norte del país de Túnez y que fue progresivamente fagocitado por la *chora* de Cartago; mientras que hacia el este recurrirremos a topónimos concretos para referirnos a los habitantes de la zona entre las dos Sirtes y hasta la Cirenaica. El término *africano*, designará a todo habitante del continente al oeste de Egipto, sea cual sea su adscripción cultural. Por otra parte, las fuentes literarias se refieren a menudo al etnónimo *númida*. En este caso se trata de una anacronía, pues el Reino Númida no se formó como tal hasta el fin de la Segunda Guerra Púnica, a partir de la unión de los territorios de masesulios y masilios bajo el liderazgo de Masinisa. A menudo la literatura clásica (especialmente Livio, Polibio o Apiano) utiliza esta denominación para referirse, en realidad, a los jinetes masilios que acompañaron a los ejércitos cartagineses durante la mayor parte de la Guerra Anibálica.

Tan sólo esporádicamente mencionaremos a otros pueblos presentes en la obra de Estrabón, como los gétulos, garamantes, nasamones o etíopes, que se encontraban alejados de la costa, hacia el interior del continente. Las fronteras de estos pueblos no son claras y, *a priori*, estaban fuera de los límites de la máxima zona de influencia cartaginesa aunque las relaciones comerciales entre ellos, especialmente en la zona de las Sirtes y en el interior de Túnez, fueran habituales. Resulta difícil discernir si estos pueblos fueron alguna vez utilizados como tropas aliadas o como mercenarios por Cartago. Tan sólo algunos pasajes dispersos parecen indicarnos tal posibilidad. Quizá el más importante de todos ellos es aquel se enmarca en la campaña de Aníbal e Himilcón en 406/405, durante la cual “enviaron a buscar a soldados de los pueblos y reyes que eran aliados suyos, los maurusios, los nómadas y otras gentes que habitan en las regiones que se extienden hasta Cirene” (Diod. XIII, 80, 3).

Finalmente, en el extremo noroccidental del continente africano, se hallaba el reino mauro. Estrabón (XVII, 3, 2) lo sitúa, efectivamente, en la costa opuesta a Iberia, y señala además que contaba con numerosas colonias fenicias en sus costas, entre las cuales sobresalía Lixus. Hacia el interior, el reino limitaba con los gétulos⁸, que habitaban las montañas. Polibio (III, 33, 15) y Livio (Liv. XXIV, 49) también subrayan su ubicación en el litoral marroquí. Parece claro que el reino mauro mantenía relaciones estables con Cartago y que debió suministrar tropas a la metrópolis en calidad de aliado en varias ocasiones desde finales del siglo V. La existencia de esta alianza así como su carácter desigual en favor de Cartago no sólo está atestiguada por el pasaje diodoreo señalado unas líneas más arriba, sino también por los intentos del reino mauro para deshacerse de esta hegemonía. El primero de ellos sucedió durante el intento de instauración tiránica de Hannón en c.345 (Just. XXI, 4, 1-7; Oros. IV, 6, 19) y posteriormente durante la invasión en África protagonizada por Régulo a mediados del siglo III (Oros. IV, 9, 9). Durante el transcurso de la Segunda Guerra Púnica los mauros son mencionados a menudo entre las tropas cartaginesas. Así pues, no tenemos motivos para pensar que la alianza con este reino, en forma de apoyo militar, no se mantuviera activa a lo largo de estas dos centurias.

Por desgracia, Diodoro, no distingue posteriormente entre mauros, masesulios o masilios sino que utiliza indistintamente los términos “libio”, “africano” o “bárbaro”. Teniendo en cuenta que la influencia política y económica aumentaba conforme los territorios más próximos a

⁷ Tal y como la define en Diod. XX, 55, 4.

⁸ Callegarin y Moreau, 2009.

Cartago, defendemos que las alianzas militares con masesulios y masilios también se mantuvieron en pie entre los siglos IV-III. Los motivos que nos empujan a defender tal hipótesis es que, por un lado, durante dicho periodo el peso político y militar de Cartago -tanto en el Mediterráneo como en África- no retrocedió sino que fue en aumento, lo que implica un mayor radio de control e influencia; por otro lado, no parece que la situación política cambiara demasiado ni en el extremo occidental ni tampoco en el oriental, hacia la frontera con Cirene, durante este periodo. Ninguna otra potencia mediterránea expandió sus dominios sobre aquellos territorios, de modo que el papel de Cartago como potencia regional no se puso en entredicho. Por tanto, si ya en el 406 había una estructura preparada para proveer de tropas a Cartago, defendemos que durante las grandes campañas de los siglos posteriores, estos canales siguieron utilizándose para reforzar el ejército púnico.

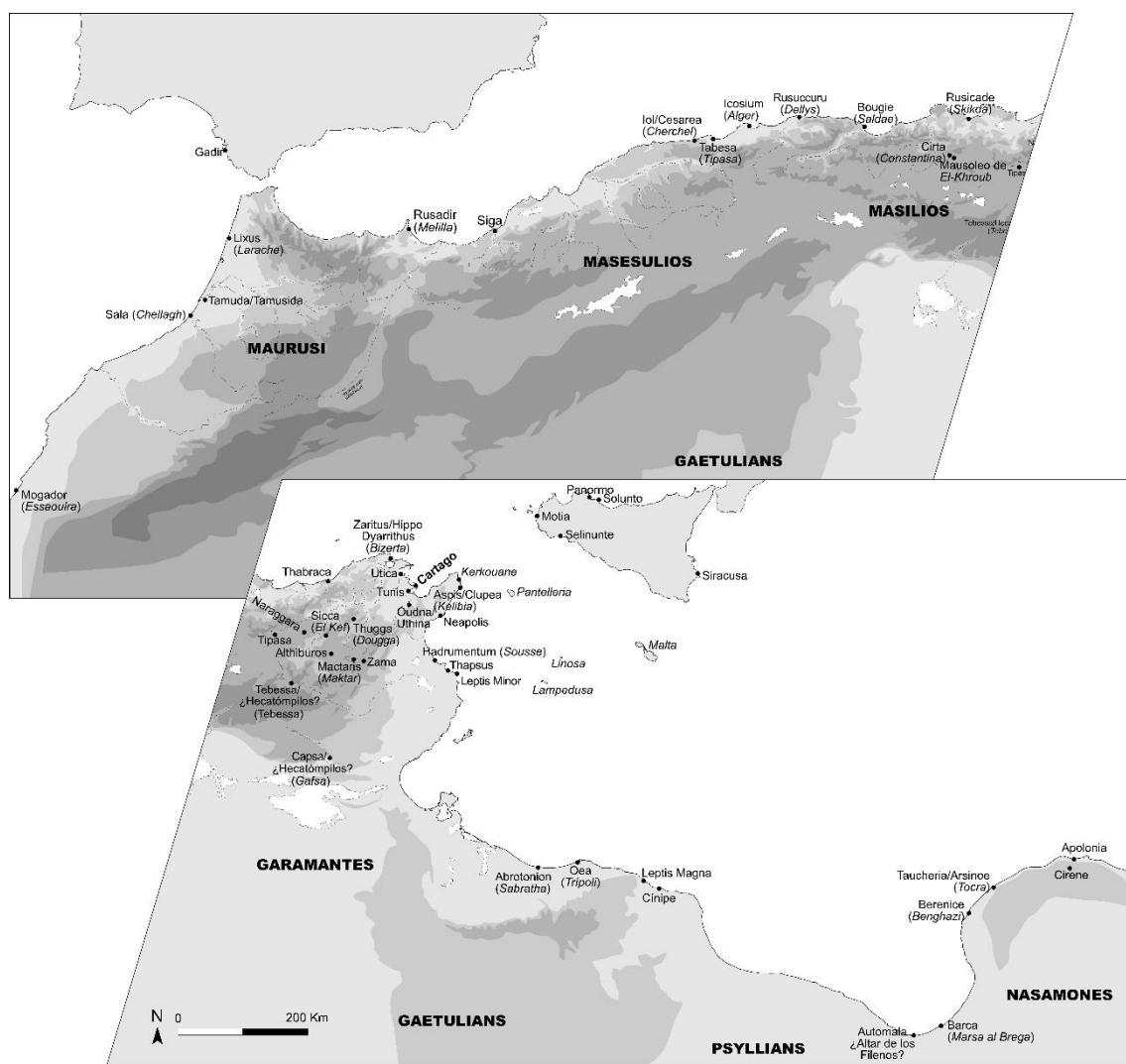


Figura 8. El norte de África entre los siglos V y III con indicación de los principales pueblos y ciudades.

La arqueología constituye actualmente nuestro mejor indicador para estudiar el grado de punicización de los territorios fronterizos con Cartago, especialmente a través del registro

cerámico, de los objetos o edificios de culto y, sobretodo, de las necrópolis. Más difícil es discernir si el grado de influencia permanecía en términos comerciales y culturales o bien si Cartago ejerció algún tipo de subyugación política. F. Prados cree que no podemos establecer unos parámetros comunes a nivel cultural-arqueológico que definan el mundo púnico de la misma forma en todos sus territorios, pues en cada uno de ellos los patrones fueron permeables (o se adaptaron) a las características culturales indígenas⁹. Aun así, había ciertas características comunes; siguiendo el esquema próximo-oriental dónde el poder del rey se manifestaba a través de palacios y templos, también en Cartago la monumentalización de templos y necrópolis recordaba a propios y extraños quién detentaba el poder. Este fenómeno se extendió por las ciudades norteafricanas más cercanas a Cartago. Posteriormente fue adoptado en el reino de Numidia, a través de los grandes monumentos funerarios turriformes neopúnicos¹⁰. Fuera del ámbito de la “arquitectura del poder”, cabe mencionar tres técnicas propiamente fenicio-púnicas: la presencia de murallas de compartimentos en la arquitectura defensiva, la utilización del *opus africanum* o muros en forma de telar, y la existencia de un “almacén” tripartito o mercado en lugares dominantes o en las entradas de una ciudad¹¹. Volveremos con algunos de estos elementos indicativos en capítulos posteriores.

Para finalizar esta introducción geopolítica, cabe destacar dos aspectos muy genuinos de esta región. Por un lado, un marcado carácter tribal de sus comunidades, como aún en la actualidad puede observarse en zonas como el norte de Libia o Argelia, que pervivieron en -o paralelamente a- las estructuras protoestatales de los reinos masesulio y masilio. Por el otro, la tradición nómada de la población que habitaba estas tierras, especialmente en las regiones interiores del Atlas. El mismo término *númidas* (=nómadas) lo atestigua (*Ap. Hist. Rom.*, Prol., 1). Sin embargo, este nomadismo no impidió la ni sedentarización de algunas poblaciones ni la aparición de verdaderas ciudades, no sólo en la costa, sino también hacia el interior, remontando los principales cauces fluviales (como por ejemplo Cirta, actual Constantina). Esta sedentarización permitió un aumento demográfico y económico que debió propiciar la aparición de poderes político-religiosos como tantas veces se ha podido comprobar en otras zonas mediterráneas en fase de desarrollo preestatal. En este sentido, el mundo colonial fenicio afincado en la costa actuó, sin duda, de catalizador en el proceso. Dado que ya en el siglo IX empezaron a fundarse colonias en la costa y se incrementaron durante las dos centurias siguientes, cabe imaginar que el peso demográfico, económico, político y cultural de éstas fue introduciéndose lenta pero paulatinamente en el mundo indígena.

4.2. Relación político-jurídica con Cartago. Expansión africana de Cartago

La eclosión de Cartago como primera potencia entre las colonias fenicias occidentales conllevó transformaciones en la propia ciudad a distintos niveles. Aunque esta evolución fue gradual,

⁹ Prados, 2003: 21.

¹⁰ Prados, 2003: 22.

¹¹ Prados, 2003: 26-45.

apreciarse de una forma más evidente especialmente a partir del siglo VII¹². La llegada de refugiados de Tiro frente a las ofensivas asirias en el inicio de aquel siglo aceleró aún más este proceso, debido a la presión demográfica¹³. No sabemos con precisión la extensión de la ciudad de Cartago en esa época; algunos autores apuntan que hacia finales del siglo VI, su rondaría las 70ha¹⁴, pero con toda probabilidad la ciudad experimentó un crecimiento notable durante el siglo V¹⁵. Cartago se erigió como potencia en el Mediterráneo central de forma paralela a este proceso, de modo que parece lógico imaginar que el siguiente paso consistiría en asegurar tres recursos fundamentales: el alimento para la población; la protección de la ciudad; y el ingreso de metal tanto para sustentar a sus fuerzas armadas, como para construir armamento y pagar las soldadas. En pocas palabras: seguridad y recursos¹⁶.

Este planteamiento teórico coincide con la ya mencionada noticia de Justino (XVIII, 7) dónde relata que Magón, muy a finales del siglo VI, se encargó de expandir el dominio de la ciudad. Aunque no explicita que fueran los territorios alrededor de ésta, lo más lógico es pensar que así hubiese ocurrido realmente. En cualquier caso, Justino especifica concretamente que los hijos de Asdrúbal y Amílcar, tuvieron que enfrentarse a los africanos que exigían el pago del tributo a cambio de ocupar sus tierras. Un conflicto, que según el propio Justino, concluyó con el pago de la deuda y no con las armas (Just., XIX, 1, 1-3). Estos mismos generales participaron en campañas de conquista en Cerdeña y Sicilia, donde lograron mayores éxitos militares.

El primer indicio de que Cartago empezaba a erigirse como potencia regional es el episodio dónde se relata la fundación de una colonia espartana por Dorieo al lado del río Cínipe, cerca de Leptis Magna¹⁷ (Hdt. V, 42). La colonia se fundó c.520, pero tan sólo dos años después, Cartago y los libios de la región se aliaron para expulsar a los colonos griegos. Varias razones empujaron a Cartago a actuar lejos de su zona de influencia directa en el norte del continente. La primera de ellas, sin duda, reside en que la expansión de colonos griegos sobre territorio africano podía suponer, a medio/largo plazo, una competencia comercial directa en la zona¹⁸. La segunda, que podía constituir una cabeza de puente perfecta para el desembarco de tropas. En esos momentos Siracusa ya era el máximo competidor de Cartago en la zona y Esparta, patria de Dorieo, podría convertirse en su aliado en caso de conflicto. Se ha postulado que aquello que buscaba Dorieo era neutralizar la posible alianza entre Persia y Cartago, pues recordemos que Fenicia cayó en manos de Ciro el Grande hacia el 535 y los aqueménidas habían reemprendido las relaciones entre Tiro y Cartago¹⁹. Nosotros creemos que esa interpretación quizás sobredimensiona el sentido de algunas de las evidencias literarias, distorsionando el contexto histórico; no creemos que Dorieo estuviera pensando en el contexto internacional en ese momento sino, simplemente, en la fundación de una ciudad.

¹² Huss, 1993: 34; Aubet, 2009: 86.

¹³ Huss, 1993: 34; Champion, 2010: 7.

¹⁴ Rakob, 1990: 33.

¹⁵ Rakob, 1990: 41. Sobre la ciudad arcaica, ver también Lancel, 1990; Niemeyer, 1990.

¹⁶ Warmington (1969: 81) recordaba que, a diferencia de Roma, Cartago se encontraba ubicada en un territorio cuya cultura, política y economía eran totalmente distintas a la suya, de modo que la integración en ella fue mucho más difícil.

¹⁷ Sobre Leptis Magna, fundada hacia el 600, ver Bianchi Bandinelli, Vergara y Caputo, 1964; también Floriani Squarciapino, 1966.

¹⁸ Champion, 2010: 28-29.

¹⁹ Manfredi, 2003: 367-368.

Por lo que respecta a Persia, el dominio del Mediterráneo oriental constituyó un objetivo prioritario durante buena parte del reinado de la dinastía Aqueménida. Y en ese contexto Cartago era la piedra angular de las rutas comerciales de Occidente a Oriente. En este sentido, Heródoto afirma que, después de la anexión de Egipto, el Gran Rey Cambises pretendía expandir sus conquistas hasta Cartago pero que, ante la oposición de algunas ciudades fenicias, prefirió desechar la operación antes que enfrentarse a una revuelta de las ciudades del Levante (Hdt, III, 19).

La expansión africana siguió con la segunda generación magónida, donde “*se hizo la guerra a los moros, se luchó contra los nómadas, y los africanos*” (Just. XIX, 2, 4). El conflicto contra los africanos -por los cuales hay que entender las tribus libias más cercanas a Cartago- se saldó con la exención del tributo por ocupar sus tierras. Dejando a un lado la anacronía nómada, es poco probable que la expansión cartaginesa llegara tan lejos como para enfrentarse directamente al reino mauro. En su lugar quizás deberíamos considerar esta noticia como una prueba del apoyo miliar cartaginés a las colonias fenicias ubicadas en ese territorio y el inicio de la alianza militar a la que hacíamos referencia en el apartado anterior. No se trataría, por tanto, de una operación expansionista territorial sino de una guerra defensiva en apoyo a las colonias fenicias occidentales concluida mediante un tratado de cooperación.

4.2.1. Las provincias cartaginenses

Las áreas más cercanas a Cartago fueron rápidamente ocupadas por parte de la clase adinerada de Cartago, empezando por el Cabo Bon²⁰. Más tarde se unirían los valles del bajo Medjerba, la parte occidental del Alto Tell y la zona septentrional del Sahel. Las explotaciones agrícolas eran irrigadas por canales artificiales y controladas por granjas, muchas de ellas fortificadas²¹, propiedad de los terratenientes púnicos. Al poco, estas familias se convirtieron en una poderosa clase terrateniente, las mismas que a mediados del siglo V presionarían para participar de las instituciones políticas en Cartago. Paralelamente, algunas ciudades indígenas pasaron a incorporarse a la *chora* cartaginense, pero saber con qué estatus jurídico fueron integradas es algo que la evidencia documental no permite reconocer.

Cuando este proceso estaba ya en marcha se produjo la campaña sobre Sicilia del año 480 y la famosa primera batalla de Hímera, que terminó con un resultado desastroso para Cartago. Esta derrota, como hemos visto en capítulos anteriores, tuvo graves consecuencias a nivel político y económico sobre la ciudad, además de detener el proceso expansionista púnico sobre el Mediterráneo central. El cambio de régimen comportó una desviación de intereses, ya que el nuevo senado cartaginés redirigieron su atención hacia las tierras africanas en lugar de hacerlo hacia el mar²². A lo largo del siglo V Cartago se afianzó así como potencia marítima y

²⁰ La zona del Cabo Bon se convirtió en un importante enclave de explotación agrícola, como posteriormente mencionan las Diodoro (XX, 8, 3-4) y Polibio (I, 29, 7). Sobre las granjas púnicas de explotación agrícola, ver Van Dommelen, 2006. También, Cecchini, 1986: 107-108.

²¹ Prados Martínez, 2008: 42.

²² Warmington, 1969: 60.

terrestre, lo que la convirtió definitivamente en el actor hegemónico entre las colonias fenicias occidentales. Esta consolidación le permitió, a su vez, controlar las líneas de abastecimiento de metales que circulaban desde Iberia y el África Occidental hasta la propia ciudad²³.

Gracias a la arqueología podemos rastrear en cierta medida esta expansión y consolidación. En el siglo V se construyeron una serie de fortalezas entre el Cabo Bon y Ras Zebib: Ras Fortas, Gebel Touchela, Gebal Fratas²⁴, a las que posteriormente se unen Kelibia²⁵ (más conocida por Aspis/Clupea) y Ras ed Drek. Se trataba claramente de un cinturón de fortificaciones alrededor de la capital. El conjunto de necrópolis en el Cabo Bon estudiadas por Bartoloni y Acquaro²⁶ aparecieron a finales del siglo VI y sobrevivieron hasta finales del siglo III, destacando entre ellas las tumbas de cámara con fosa o escaleras, tan características en el rito cartaginés²⁷. De igual modo, la ciudad de Kerkouane que había sido fundada en la primera mitad del siglo VI²⁸, se integró rápidamente en la órbita púnica. En la costa sureste se fundaron algunas colonias, como Sabratha, en la zona denominada de los Emporia, con el objetivo de fortalecer las relaciones con la Tripolina. Esta era la región dónde desembocaba el comercio procedente del interior del continente, importando principalmente marfil, oro y piedras preciosas²⁹, pero también pieles, huevos de aveSTRUZ y especias a través del comercio con los garamantes³⁰.

L. I. Manfredi estableció tres grandes fases en la anexión de territorios africanos, que fueron encuadrados en distritos o provincias a medida que iban siendo incorporados, y cuyo ordenamiento relacionó con el esquema imperialista aqueménida³¹. Gracias a la epigrafía han podido ser identificados algunos de estos distritos, que fueron llamados *pagus* en latín y `rs en neopúnico³². Sus habitantes serían obligados a servir en el ejército púnico en caso de conflicto a través de levas ciudadanas obligatorias, y además estarían sometidos al pago de tributos³³. En esta primera fase, producida entre el siglo VI y la primera mitad del siglo IV se incorporaron

²³ Warmington, 1969: 60.

²⁴ Prados Martínez, 2008: 38-39; Garvati, 2009: 129.

²⁵ Prados Martínez, 2008: 34-38.

²⁶ Acquaro *et al.*, 1973

²⁷ Bartoloni, 1973: 17. Según este autor el influjo púnico era muy potente en esta zona y el elemento indígena se fue diluyendo después del siglo V (Bartoloni, 1973: 35). Sobre necrópolis púnicas, ver Fantar, 1995.

²⁸ Fantar, 1984: 77-79. Sobre Kerkouane, ver Fantar, 1984.

²⁹ Di Vita, 1968: 174; Warmington, 1969: 63.

³⁰ Fantar, 1993a: 326.

³¹ Manfredi 2003: 408-410. Según esta versión, la capital de estos territorios albergaría mansiones de carácter administrativo con ciudadanos cartagineses al frente. La población indígena que residía dentro de este distrito entraría a formar parte de la estructura social cartaginesa. Este sistema llegaría a su punto culminante con la política Bárcida, que pretendió incorporar definitivamente los elementos indígenas -o al menos el libofenicio- en el aparato del estado, buscando una mayor cohesión de los territorios.

³² G. Ch. Picard (1969: 4-7) identificó 7 *pagi* provinciales, a los que Manfredi sumó otros dos. Los distritos atestiguados epigráficamente son cuatro: Muxsi, Zeugei, Gunzuzi y Tusca; sin embargo la mayor parte de autores coincide en catalogar de la misma forma -aunque sus fronteras no son claras- el Cabo Bon, Bizacena, Los Campos Magnos, Gurza y el territorio delimitado por Theveste-Tipasa-Sicca (Manfredi, 2003: 420-421).

³³ Warmington, 1969: 61.

al territorio cartaginés la zona del Cabo Bon (cuya denominación administrativa desconocemos) y los distritos de Muxsi, Zeugei y quizá también el de Bizacena³⁴ (Figura 9).

Entre la segunda mitad del siglo IV y la mayor parte del siglo III se habría producido la segunda fase de expansión de la *chora* cartaginesa, alcanzando hacia el final de este periodo su máxima extensión histórica. De esta forma eran incorporados los distritos de Los Campos Magnos, Gunzuzi y Tusca. Es posible que, durante este proceso, Cartago decidiera fortificar sus nuevas fronteras por medio de guarniciones, como en Sicca y quizás también en Theveste³⁵. Estas guarniciones formaban el círculo exterior del sistema de cinturones concéntricos que se construyeron alrededor de Cartago, cuyo primer nivel estaba formado por las fortificaciones de la costa mencionadas anteriormente, además de las poblaciones de Nephesis, Uthina y Tunes. Dicho sistema tendría un segundo círculo a unos 60 Km de la metrópolis, en el área de Ziqua, Simingi y Jebel Moraba. La región alrededor de Thugga, por su importancia estratégica, así como el distrito Tusca, también contarían con cinturones de fortificaciones propios³⁶. Mediante los cordones de seguridad Cartago buscaba asegurarse el control de las tierras fértiles y a la vez proteger sus fronteras conviviendo en un mismo hábitat la explotación agrícola y la vigilancia fronteriza³⁷.

De la tercera fase de evolución territorial, que cronológicamente queda fuera de nuestro periodo de estudio, tan solo reseñar que se produjo una regresión, como resultado de la derrota en la Segunda Guerra Púnica. Una involución territorial de la cual, por cierto, el rey nómada Masinisa fue el gran beneficiario.

De forma paralela, siguiendo la división establecida por Ferchiou³⁸, Manfredi identificó tres estados de relación gradual entre Cartago y los territorios adyacentes. El círculo más cercano a la capital estaba formado por aquellos territorios directamente controlados por la ciudad: inicialmente el Cabo Bon, y los distritos de Muxsi y Zeugei.

El primer grado lo integraban los territorios propiamente cartagineses, que se correspondían con la *chora* descrita anteriormente. Un segundo nivel de jerarquización lo constituían las regiones denominadas *punicizadas*, dónde el influjo cultural y económico de Cartago era decisivo pero dónde no necesariamente existía un control territorial directo. Esta zona se extendía a lo largo de la costa hacia este y oeste, desde el Altar de los Filenos³⁹ hasta la población de Sala, en la costa Atlántica⁴⁰. Hacia el interior, esta zona punicizada englobaba los

³⁴ Manfredi, 2003: 409-410.

³⁵ Saint-Amans, 2004: 35. Sobre la fortificación de líneas de frontera, y la cuestión de la *Fossa Regia*, ver también Prados Martínez, 2008: 39- 42.

³⁶ Manfredi, 2003: 420.

³⁷ Manfredi, 2003: 420; Saint-Amans, 2004: 35.

³⁸ Ferchiou, 1995.

³⁹ El llamado Altar de los Filenos no ha sido identificado arqueológicamente, y se pone en duda su propia existencia física más allá de una línea de frontera. Warmington (1969: 62) cree que de haber existido, debería coincidir con la frontera entre las futuras provincias romanas de Tripolitana y Cirenaica. Otros, como Champion (2010: 29), la ubican en la antigua Automala, hoy El Agheila.

⁴⁰ Manfredi, 2003: 451-477.

territorios adyacentes a la *chora* cartaginesa: ciudades como Mactar, Thugga⁴¹ o Bulla Regia se encontraban en plena relación económica con Cartago⁴². Aunque no sabemos con exactitud cuáles eran las características de las relaciones políticas, sí sabemos que había diferentes categorías; las antiguas colonias fenicias así como las colonias de la propia Cartago estarían en la cima de esta pirámide, seguidas por las ciudades africanas cuyo valor estratégico y comercial podía medirse en relación a su estatus jurídico. A medida que esta *chora* iba sumando distritos, empujaba a su vez el área punicizada hacia el exterior.

El último nivel de jerarquización estaría constituido por todos aquellos territorios africanos con los cuales Cartago mantenía relaciones comerciales pero que se encontraban fuera de su área de influencia política. Esta denominación incluía el área subsahariana habitada por tribus sedentarias y otras seminómadas, principalmente gétulos y garamantes⁴³.

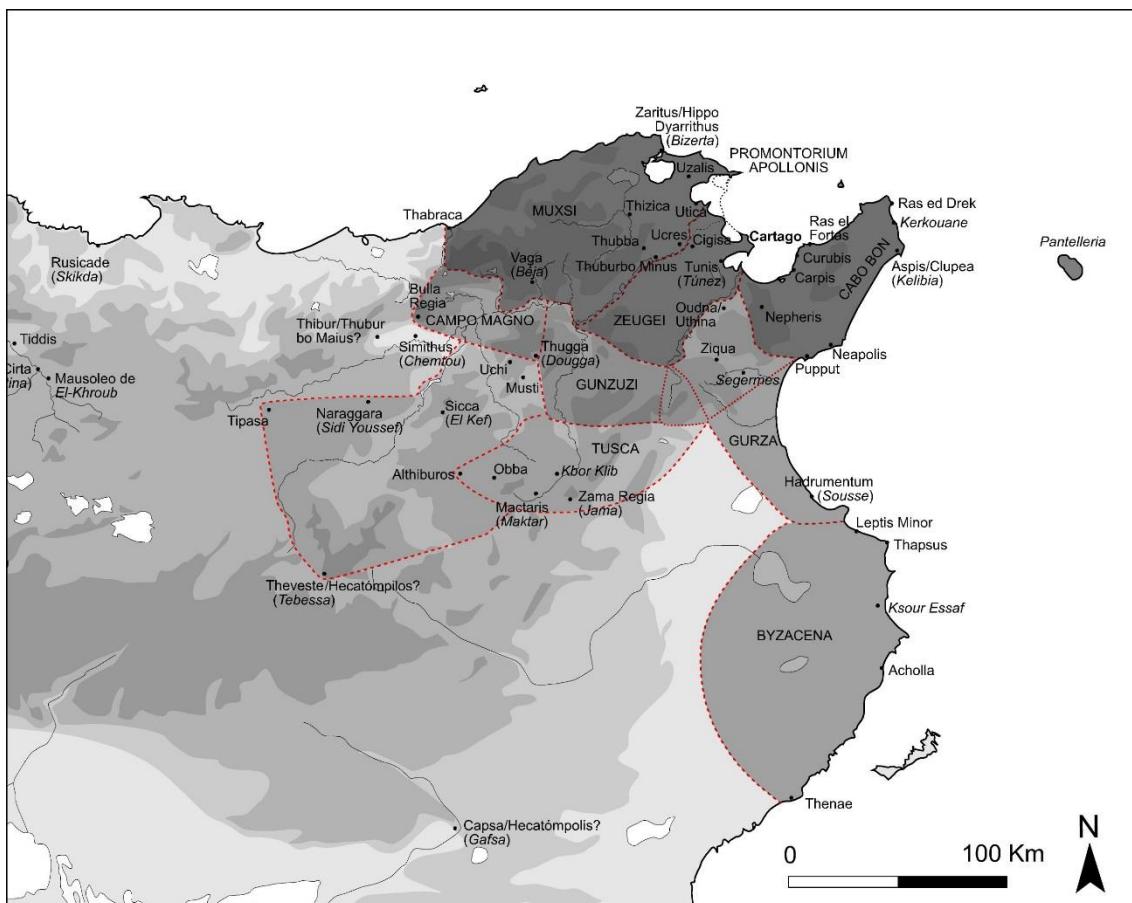


Figura 9. Distritos cartagineses y su nivel de relación política respecto a la capital.

⁴¹ Uno de los generales de Agatocles que penetró hacia el interior de África en el año 307 se enfrentó a una ciudad llamada Tocai por Diodoro (XX, 57, 4), que quizás se corresponda con la población de Thugga (Saint-Amans, 2004: 35).

⁴² Saint-Amans 2004: 35

⁴³ Manfredi 2003: 479-484

Una de las evidencias más determinante del nivel de punicización de los territorios más allá de la *chora* de la propia Cartago lo constituyen los epígrafes en los que aparece el cargo de sufete y la *Asamblea de la Ciudad* como autoridades civiles⁴⁴, a imagen y semejanza de la estructura política de la propia capital. La mayor parte de estos epígrafes están fechados a partir del siglo II, pero la influencia del sistema administrativo cartaginés queda bien reflejado en ellos. Este modelo se extendió por todo el norte de África, desde los Emporia hasta Gibraltar⁴⁵, aunque por el momento, los únicos testimonios anteriores al año 200 se encuentran en Útica, Curubis, Uthina, Thinissut, Thuburnica, Cirta y Leptis Magna⁴⁶.

4.3. Evolución histórica e incorporación al ejército cartaginés

Una vez esbozado el amplio y complejo panorama político en el norte de África nos centraremos en la actuación de sus habitantes en el ámbito militar. En este sentido, las relaciones entre Cartago y sus vecinos distaron de ser homogéneas y regulares a lo largo de los siglos IV y III. De hecho, las revueltas de la población indígena contra la metrópolis fueron bastante frecuentes, a menudo apoyadas o instigadas por potencias extranjeras.

4.3.1. Menciones a tropas africanas en el ejército cartaginés

Habida cuenta la limitada demografía de la ciudad de Cartago, parece lógico postular que las tropas africanas constituyeron a menudo el esqueleto del ejército púnico. Así al menos lo interpretan buena parte de los especialistas actuales⁴⁷. Según el testimonio de Diodoro (Diod. XI, 1, 4-5) y de Heródoto (VII, 165, 1), ya en la primera batalla de Hímera (480) se documentan tropas africanas en el ejército púnico. Con un territorio bajo dominio directo ya considerable, la colonia tiria podía, ciertamente, llamar a filas a un buen número de ciudadanos africanos. Heródoto (Hdt. VII, 165) relata que entre los 300.000 hombres reunidos bajo el estandarte del general Amícar había fenicios (*Φοινίκων*) y libios (*Λιβύων*), además de iberos (*Ιβήρων*), ligures (*Λιγύων*), elisios (*Ελισύκων*), sardos (*Σαρδονίων*) y corsos (*Kυρνίων*). Del mismo modo que los territorios africanos tenían distintos grados de relación política con Cartago, cabe imaginar que sus soldados fueron incorporados a filas también según distintos procedimientos.

De esta forma, la población africana inscrita dentro de la *chora* cartaginesa -en ese momento, el Cabo Bon y los distritos de Muxsi y Zeugei- así como las antiguas colonias fenicias en

⁴⁴ Normalmente aparecen dos sufetes, sin embargo en algunas ciudades como Thugga, Althiburos o Mactaris se han documentado 3 sufetes al mismo tiempo. Asimismo también aparece en algunas inscripciones un *sufes maior* o *rb hsptm*, es decir, un sufeta principal (Manfredi, 2003: 379-380).

⁴⁵ Manfredi, 2003: 380.

⁴⁶ Manfredi, 2003: 386. Para el caso de Cirta, con la leyenda monetal: *Cirta. Siendo sufetes Bodmelqart y Hanno*, ver Berthier, 2000: 302. Para Leptis Magna, ver Floriani Squarciapino, 1966: 9. Para Útica, ver Ben Hassen y Maurin, 1998: 39.

⁴⁷ Aquí cabe recordar la teoría de A. C. Fariselli según la cual la “reforma de la disciplina militar” llevada a cabo por Magón a finales del siglo VI, no sería la introducción de mercenarios entre las tropas cartaginenses sino la entrada de contingentes africanos (Fariselli, 2011: 130).

occidente posiblemente estuvieran obligadas a enviar levas ciudadanas. En segundo lugar, en las denominadas áreas punicizadas resulta más razonable imaginar el establecimiento de pactos con cada ciudad en concreto para el envío de tropas aliadas. Y así, por último, en los territorios más alejados, en las colonias entre las Sirtes y en la frontera con los territorios de gétulos y garamantes, serían enviados reclutadores de mercenarios en busca de hombres dispuestos a luchar a cambio de dinero, tierras o bienes.

Tan sólo contamos con algunos indicios para presentar este esquema interpretativo, pero al menos permite establecer una hipótesis sobre la que trabajar. Dicho esquema, además, sería también aplicable a otros de territorios de la *koiné* cartaginesa, tal y como nos da a entender Diodoro en tres pasajes que pertenecen al contexto de las campañas de finales del siglo V:

"Aníbal, durante aquel verano y el invierno siguiente, reclutó muchos mercenarios de Iberia y también alistó a no pocos de sus conciudadanos; recorrió Libia eligiendo a los hombres mejores de cada ciudad y preparó una flota con la intención de cruzar el mar a principio de primavera"⁴⁸ (Diod. XIII, 44, 6)

"En este periodo, Aníbal, general de los cartagineses, reunió a los mercenarios que había elegido en Iberia y a los soldados que había reclutado en Libia"⁴⁹ (Diod. XIII, 54, 2).

"Una vez que los dos hubieron deliberado y se hubieron puesto de acuerdo, enviaron a algunos ciudadanos que gozaban de gran consideración entre los cartagineses con grandes sumas de dinero, unos a Iberia y otros a las Islas Baleárides, con la orden de reclutar el mayor número posible de mercenarios. Ellos mismos recorrieron Libia, alistando a libios y fenicios y a sus mejores conciudadanos. También enviaron a buscar soldados de los pueblos y reyes que eran aliados suyos, los maurusios, los nómadas y otras gentes que habitan en las regiones que se extienden hasta Cirene. Asimismo reclutaron en Italia mercenarios campanos y los trasladaron a Libia"⁵⁰ (Diod. XIII, 80, 2-4)

⁴⁸ ὁ δὲ Ἀννίβας τό τε θέρος ἐκεῖνο καὶ τὸν συνάπτοντα χειμῶνα πολλοὺς μὲν ἐξ Ιβηρίας ἔξενολόγησεν, οὐκ ὀλίγους δὲ καὶ τῶν πολιτῶν κατέγραφεν: ἐπίγει δὲ καὶ τὴν Λιβύην ἐπιλεγόμενος ἐξ ἀπάσης πόλεως τοὺς κρατίστους, καὶ ναῦς παρεσκευάζετο, διανοούμενος τῆς ἑαρινῆς ὥρας ἐνισταμένης διαβιβάζειν τὰς δυνάμεις, τὰ μὲν οὖν κατὰ τὴν Σικελίαν ἐν τούτοις ἦν. Traducción de Juan José Torres Esbarranch para la editorial Gredos (2008).

⁴⁹ περὶ δὲ τούτους τοὺς καιροὺς Ἀννίβας ὁ τῶν Καρχηδονίων στρατηγὸς τούς τ' ἐξ Ιβηρίας ξενολογηθέντας καὶ τοὺς ἐκ τῆς Λιβύης. Traducción de Juan José Torres Esbarranch para la editorial Gredos (2008).

⁵⁰ οὗτοι δὲ κοινῇ συνεδρεύσαντες ἐπεμψάν τινας τῶν ἐν ἀξιώματι παρὰ τοῖς Καρχηδονίοις ὅντων μετὰ πολλῶν χρημάτων, τοὺς μὲν εἰς Ιβηρίαν, τοὺς δ' εἰς τὰς Βαλιαρίδας νήσους, παρακελευσάμενοι ξενολογεῖν ὡς πλείστους. αὐτὸς δ' ἐπήγεισαν τὴν Λιβύην καταγράφοντες στρατιώτας Λίβυας καὶ Φοίνικας καὶ τῶν πολιτικῶν τοὺς κρατίστους. μετεπέμποντο δὲ καὶ παρὰ τῶν συμμαχούντων αὐτοῖς ἔθνῶν καὶ βασιλέων στρατιώτας Μαυρουσίους καὶ Νομάδας καὶ τινας τῶν οἰκούντων τὰ πρὸς τὴν Κυρήνην κεκλιμένα μέρη. ἐκ δὲ τῆς Ἰταλίας μισθωσάμενοι Καμπανούς διεβίβασαν εἰς Λιβύην. Traducción de Juan José Torres Esbarranch para la editorial Gredos (2008).

Queda claro, por tanto, que a finales del siglo V existían varias zonas en África donde los ciudadanos eran alistados de distinta manera por parte de Cartago. Dentro del territorio cartaginés, el generalato púnico escogía a los ciudadanos que debían servir en el ejército en calidad de soldados estatales; es decir, lo que probablemente debamos definir como una leva ciudadana. En cambio, los reinos africanos aliados proporcionaban tropas, a las que Diodoro se afana en distinguir de los mercenarios iberos o itálicos.

4.3.2. La revuelta libias de la primera mitad del siglo IV

En el siglo IV, los enfrentamientos entre Cartago y Siracusa continuaron. En el año 396 el general cartaginés Himilcón había logrado una serie de victorias que lo llevaron hasta el asedio de la propia colonia corintia. Parecía tenerlo todo a su favor para capturar la ciudad e incorporar toda la isla bajo dominio púnico. Sin embargo una epidemia se extendió rápidamente por el campamento cartaginés y, en unos pocos días, sus efectos fueron devastadores. Dionisio, al percatarse de la situación, aprovechó el momento para lanzar un ataque coordinado por tierra y por mar que sorprendió a los cartagineses (Diod. XIV, 70-74). Himilcón, derrotado, tuvo que apresurarse a pedir una tregua y negociar una salida lo más digna posible. El tirano permitió partir al comandante enemigo y a las tropas ciudadanas cartaginesas, de modo que al tercer día después del ataque, Himilcón zarpó de Sicilia abandonando al resto de tropas a su suerte (Diod. XIV, 75).

Cuando las noticias de la inesperada derrota llegaron a Cartago, no fueron bien recibidas. Hasta el punto de que el propio Himilcón acabó por suicidarse en su propia casa, ya fuera por vergüenza o por miedo al Tribunal de los Ciento Cuatro. Pero cuando la información acerca del abandono de las tropas llegó al resto del territorio africano, la reacción fue más enérgica. Según relata Diodoro (Diod. XIV, 77) se produjo una rebelión abierta en territorio libio. Se desconoce qué alcance tuvo y cuáles fueron las ciudades; el historiador siciliota tan sólo menciona que algunas ciudades acordaron rebelarse porque querían desprenderse de la dominación cartaginesa, lo cual nos invita a pensar que se trataba de ciudades indígenas dentro de la propia *chora* o bien en la contigua área punicizada. A ellas se les unieron numerosos esclavos, con toda probabilidad procedentes de las vastas explotaciones agrícolas púnicas, llegando así a reunirse una poderosa fuerza de 200.000 hombres. Esta cifra parece bastante exagerada teniendo en cuenta que buena parte de la población libia en edad militar se encontraba en esos momentos, precisamente, en Sicilia; pero en cualquier caso tuvo una magnitud suficiente como para quedar registrada en las fuentes de las que bebió Diodoro. Esta multitud se reunió en Tunis (que en este caso constituye además la mención más antigua de la ciudad), inaugurando entonces su trayectoria como cuartel general para los enemigos de Cartago. Se produjeron algunos enfrentamientos, probablemente de poca entidad, que contribuyeron a aumentar la sensación de inseguridad en la metrópolis. No obstante, las rivalidades entre los líderes de los clanes indígenas y la falta de víveres salvaron de un asedio a la capital púnica.

Un examen atento de este pasaje nos sugiere que una notable coalición de ciudades y de tribus nómadas hizo causa común en beneficio propio. La mayor parte de ellas se enfrascaron en el conflicto motivadas por el abandono de sus compatriotas y familiares en Sicilia y tenían

como objetivo desprenderte política y económicamente de los tributos de Cartago. Otras, en cambio, junto con las bandas de nómadas, lo hicieron aprovechando la inestabilidad regional para saquear el rico territorio de la *chora* cartaginesa. El saqueo se llevó a cabo y por el camino se les unieron bandas de esclavos cuyos amos habrían abandonado en sus villas en busca del amparo de la ciudad. Sin embargo, una vez en Tunis, con las murallas de una auténtica metrópolis a la vista, estallaron las discusiones. El saqueo de villas agrícolas era algo muy distinto al asedio de una ciudad bien amurallada y con una guarnición profesional defendiéndola. En este sentido es totalmente comprensible que a los primeros síntomas de falta de provisiones la mayor parte de tropas de la coalición decidiera darse por satisfecha con el botín obtenido hasta entonces y volviera a sus hogares. Con sus efectivos disminuidos y un número elevado de los restantes compuestos por esclavos sin formación ni equipo militar, el resto de sublevados no tenían ninguna posibilidad de tomar la ciudad y abandonaron el cometido. La falta de un líder con experiencia castrense y de un proyecto común salvó a Cartago en aquel momento, que aún tardó un par de años en restablecer el control de la situación. De hecho, el senado cartaginés no pudo enviar un nuevo ejército a Sicilia hasta el año 393/392, con el rab Magón al frente (Diod. XIV, 90, 1).

Entre los años 378 y 368 se produjo una situación similar, aunque esta vez la epidemia afectó a la misma Cartago. Diodoro relata dos veces, con un intervalo de 10 años, que se produjeron brotes de epidemia en la ciudad, situación que fue aprovechada no sólo por los libios para rebelarse de nuevo sino también, al menos en la primera ocasión, por los sardos (Diod. XV, 24, 2-3; Diod. XV, 73, 1-4). Resulta cuanto menos curioso, si no directamente sospechoso que Diodoro no haga ninguna referencia a la anterior epidemia en el segundo episodio. ¿Es posible que el historiador siciliano repitiese por error el mismo episodio en dos momentos distintos de la misma? ¿O es que la epidemia se tuvo varios brotes durante 10 años? Ambas posibilidades son viables.

4.3.3. Las revueltas libias de la segunda mitad del siglo IV

Durante la segunda mitad del mismo siglo se produjeron otras dos revueltas en Libia, pero a diferencia de las anteriores, esta vez no fueron instigadas por líderes africanos sino por caudillos extranjeros. Tales líderes supieron canalizar el descontento de los libios frente a la metrópolis para la consecución de sus propios intereses. Y en ambos casos estas revueltas supusieron un desafío mucho mayor para Cartago que las sublevaciones precedentes.

El primero de estos episodios no lo lideró un personaje totalmente extranjero sino un noble cartaginés, Hannón, alrededor del año 345, del cual tan sólo disponemos del relato que nos proporciona Justino se forma sucinta (Just. XXI, 4, 1-7). El objetivo de Hannón era conseguir el poder supremo en Cartago y convertir su gobierno en una tiranía. Lo intentó en primer lugar mediante la eliminación de los más eminentes senadores durante una celebración. Pero éstos fueron avisados con antelación y su complot se vio frustrado. Ante el atentado fallido, y siendo el ciudadano más poderoso de la ciudad, cambió de totalmente de estrategia y decidió revelarse abiertamente contra el Senado. Le apoyaban un gran número de esclavos y 20.000 de sus siervos armados. Al poco, logró también convencer a algunas ciudades norteafricanas para que se unieran a la revuelta. Entre ellas se encontraba incluso el rey de los mauros. Hubo

algunos combates, pero finalmente la revuelta fue dominada y Hannón ejecutado. Justino no aporta más información acerca de las acciones emprendidas contra la población libia sublevada o contra el rey de los mauros, pero sin su líder al frente, presumiblemente los cartagineses sofocaron la rebelión sin mayores problemas. Aunque Justino no aporta ninguna referencia cronológica, una mención de Diodoro nos permite ubicar este episodio a mediados del siglo V; después de la derrota sufrida en la batalla del río Crimisos (339) contra Timoleón, los cartagineses llamaron del exilio a un tal Gescón, hijo de Hannón, y le nombraron general (Diod. XVI, 81, 3). Diodoro no menciona aquel intento de golpe de estado, pero todo parece indicar que el hecho que Gescón estuviera exiliado era consecuencia de ser el hijo de aquel Hannón; más adelante, también Justino da a entender este parentesco (Just. XXII, 1, 10).

Parece que la situación en África se mantuvo en relativa calma durante los siguientes treinta años. Pero entonces entró en escena un nuevo personaje, el himerense Agatocles, que se convirtió en el nuevo tirano de Siracusa e inició una serie de ofensivas que llevarían la guerra a suelo itálico, siciliota y africano. Durante el transcurso de la Séptima Guerra Greco-púnica, el general cartaginés Amílcar, con el apoyo de numerosas ciudades sicilianas, logró empujar a las tropas de Agatocles hasta la misma Siracusa y se dispuso a asaltar la ciudad. Entonces el tirano tomó una arriesgada decisión para invertir la iniciativa de la guerra. Después de asegurarse la fidelidad de la ciudadanía y de las tropas siracusanas mediante el terror, la captura de rehenes y la eliminación de sus oponentes políticos, Agatocles embarcó con sus tropas mercenarias y decidió llevar la guerra al continente africano (Diod. XX, 3). Según Justino partió con 1.600 ciudadanos y un gran número de esclavos liberados⁵¹ (Just., XXII, 4). La idea del tirano era arriesgada pero astuta. Después de cruzar el mar cartaginés con la flota púnica persiguiéndoles de cerca, desembarcaron en un lugar denominado Latomiae (Diod. XX, 6), posiblemente ubicado en el Cabo Bon. Después de tomar por sorpresa algunas poblaciones y saquear el territorio, los generales Hannón y Bomílcar le salieron a su encuentro. Los cartagineses apenas lograron reunir de forma precipitada entre 30.000 y 40.000 efectivos (Diod. XX, 10, 5; Just. XXII, 6, 5-8; Oros. IV, 6), y fueron derrotados.

En ese momento el tirano supo canalizar el descontento de notables sectores de la población indígena para establecer un frente común contra Cartago; entre ellos destacaba el rey libio denominado Elimas (Diod. XX, 17, 2). Después de tomar por la fuerza o la intimidación las ciudades de Hadrumentum, Neapolis, Túnez y Tapsus, la mayor parte de ciudades norteafricanas decidieron apoyar al conquistador. Durante los siguientes cuatro años hubo enfrentamientos entre los distintos frentes abiertos en el norte de África entre los generales púnicos y los de Agatocles. Los númidas actuaron en los ejércitos de ambos bandos, según sus propios intereses (Diod. XXII, 38; 66, 1-2). Después de muchos cambios de iniciativa, Agatocles fue finalmente derrotado y abandonó a toda prisa el continente africano para salvar su vida (Diod. XXII, 69). La mayor parte de libios se sometieron voluntariamente a los cartagineses en cuanto la guerra empezó a decantarse en favor del ejército púnico⁵².

⁵¹ Según Polieno (V, 3, 5) y Diodoro (Diod. XX, 5), alcanzó la costa cartaginesa con 60 naves.

⁵² Champion, 2012: 121-122.

4.3.4. La Guerra de los Mercenarios (o Guerra Inexpiable)

Una vez terminada la Primera Guerra Púnica, el generalato púnico devolvió buena parte de sus mercenarios a tierras africanas. Sin embargo, las arcas de Cartago estaban exhaustas y empezaron a tener problemas para pagar a todas aquellas tropas. Hannón y Giscón intentaron dirigir la situación con diplomacia, pero el malestar de los mercenarios iba en aumento a medida que pasaban los días. Finalmente, bajo el liderazgo del campano Espendio y el africano Mato, los soldados se sublevaron (Pol. I, 70).

Los mercenarios enviaron mensajeros a las principales ciudades libias para que se unieran a la revuelta y las animaban a desprenderse del dominio cartaginés. Polibio (I, 70, 7-9) señala que la mayor parte de ellas se unió a la revuelta; tan sólo dos se mantuvieron fieles a Cartago: Útica (Djebel Menzel Goul) e Hipozarita (Bizerta).

El senado cartaginés otorgó en un primer momento la comandancia de las tropas a Hannón. Se trataba fundamentalmente de tropas ciudadanas y de elefantes de guerra, pero debido a sus escasos logros militares, en seguida nombraron a Amílcar Barca para que le sustituyera (Pol. I 75, 1-2). Empezó entonces una larga guerra con numerosas ofensivas y contraofensivas, una auténtica partida de ajedrez sobre el suelo africano. Poco a poco, Amílcar y su ejército de ciudadanos fueron ganando terreno, no tan solo en el plano militar, sino también en el diplomático. En este sentido cobró especial importancia el tratado de alianza con el libio Naravas, un líder tribal que arrastró consigo a un buen número de guerreros númidas. La alianza de Naravas con Amílcar fue de tipo personal, sancionada con la promesa de entregar la hija de éste en matrimonio al caudillo libio (Pol. I, 78, 1-9). En el seno de un territorio con una escasa presencia de un aparato estatal, y una gran parte de la población de tipo nómada o seminómada estructurada en clanes, las relaciones de carácter personal resultaban cruciales. Amílcar supo interpretar la situación y utilizó su propia figura y fama para granjearse alianzas de este tipo. Al cabo de tres años, el general cartaginés consiguió derrotar a los mercenarios - muchos de los cuales fueron reintegrados al ejército púnico- y aplacar las ciudades libias sublevadas⁵³.

⁵³ Huss, 1993: 172-183; Hoyos, 2010, 190-192.

5. EL AVISPERO SICILIANO

5.1. Contexto histórico y geográfico

Ninguna isla del mundo ha tenido tan alto valor estratégico y durante tanto tiempo como Sicilia. Este honor es debido, fundamentalmente, a dos factores. Por un lado, desde las colonizaciones fenicias y griegas hasta la operación *Avalanche* en septiembre de 1943 n.e. la isla ha sido un valioso enclave militar gracias a su ubicación, justo en el centro del *Mare nostrum*, a medio camino entre los extremos oriental y occidental, y cabeza de puente entre el continente africano y europeo. Su posición fue también la causa de que padeciera innumerables conquistas durante la antigüedad tardía y el medievo, a manos de vándalos, ostrogodos, bizantinos, árabes y normandos, entre otros.

Por otro lado, Sicilia cuenta con algunos buenos puertos naturales que fueron rápidamente aprovechados por comerciantes y navegantes extranjeros atraídos por nuevos mercados y por su centralidad respecto a las rutas comerciales entre Occidente y Oriente. En este sentido, las primeras evidencias de contactos exójenos en la isla lo constituyen materiales cerámicos micénicos hallados en la costa¹. Aunque por el momento la arqueología no ha corroborado la presencia estable de fenicios en la isla anterior al s. VIII, es evidente que éstos ya la conocían con anterioridad, al menos des del siglo IX, porque sí hay testimonio arqueológico de colonias fenicias precedentes en el Mediterráneo occidental: Gadir en la península Ibérica, Nora en Cerdeña, o Útica en el norte de África².

También cabe destacar, además de su valor estratégico, que Sicilia era valorada por su riqueza natural, lo que la convertía en una codiciada adquisición. Gracias a un clima suave y caluroso y a la riqueza del subsuelo, su tierra poseía una buena fertilidad, un aspecto de gran importancia

¹ Aubet, 2009: 245.

² Este momento se circunscribe en la llamada fase precolonial, entre fines del siglo X e inicios del s. VIII, en la cual el comercio con objetos fenicios es ya una realidad pero el fenómeno de colonización se encuentra aún en cierres (Aubet, 2009: 216-225).

en la antigüedad y que explica también el notable interés de las *poleis* griegas en la isla³. Estrabón (VI, 2, 7) y Diodoro (IV, 82 5; IV, 84, 1; V, 2; V, 69, 3), e incluso Homero (Odis. IX, 109-111) destacaban la cantidad y variedad de productos que producía la isla.

De acuerdo con Tucídides (VI, 2, 6), en cuanto los griegos empezaron a instalar colonias en Sicilia hacia finales del siglo VIII, éstos empujaron a los fenicios, hasta entonces instalados en promontorios y pequeños islotes cercanos a la costa, hacia la zona occidental de la isla, en territorio de los élimos. Al contrario que sus predecesores micénicos y fenicios, los jonios de época arcaica llegaron a la isla en busca de buenas tierras cultivables donde establecerse; su prioridad no era comerciar con la población indígena, sino encontrar un lugar donde fundar una ciudad y dar cabida y tierras a los ciudadanos griegos que habían decidido emigrar⁴. Así se fundó la colonia de Naxos -denominada así porque entre estos emigrantes se encontraba población procedente de Calcis y de la isla de Naxos- hacia el año 734. Al año siguiente le siguió Siracusa, liderada por colonos procedentes de Corinto, y al poco Leontinos, Catana y Mégara Hiblea, hacia 729-727⁵. Se iniciaba así un proceso de establecimiento de colonias griegas en la parte oriental de la isla que no iba a estar exenta de tensiones con la población indígena ni con la fenicia⁶. La presión griega empujó a los fenicios a congregarse en las ciudades noroccidentales de Motya, Solunto y Panormo.

5.1.1. La población siciliota

Obviamente, los fenicios no fueron los únicos a quién afectó la llegada y establecimiento de población griega en la isla. Tucídides (VI, 2), Diodoro (V, 6) y Estrabón (VI, 2, 4) afirman que en ese momento había tres grupos de población indígena en ella: sículos, sicanos y élimos. Mucho se ha escrito sobre estos pueblos acerca de su origen y la cronología de su establecimiento en la isla⁷. Baste constatar aquí que éstos ya conformaban la población de Sicilia cuando llegaron los colonos fenicios y griegos. La distribución de estos pueblos parece que se mantuvo estable,

³ Serrati, 2000: 10

⁴ Champion, 2010: 3.

⁵ Champion 2010: 1-2.

⁶ Durante la década de 730-720 se fundaron Zancle, Megara Hyblaea, Katane y Rhegio, ésta última en el extremo sur de la península Itálica. Acerca de la cronología de estos yacimientos, ver Jannelli y Longo, 2004. Sobre la confrontación entre los colonos griegos -especialmente aquellos de origen dorio- y la población indígena, Champion, 2010: 4-5.

⁷ Según Diodoro (V, 6) los sicanos habitaban la isla con anterioridad a los sículos. En un momento determinado -pero antes de las colonizaciones fenicias o griegas- una erupción del Etna obligó a los sicanos a retirarse a la parte occidental de la isla, de modo que algún tiempo después los sicanos, procedentes del sur de la península Itálica, decidieron asentarse sobre ese territorio abandonado. Tucídides (VI, 2, 4-5) añade que los sículos no se trasladaron a Sicilia por voluntad propia sino huyendo de los ópicos, y señala que esta migración se habría producido hacia mediados del siglo XI. Ambos autores señalan que se produjeron algunos enfrentamientos territoriales entre sículos y sicanos que finalmente fueron zanjados con el establecimiento de fronteras entre ellos. Tucídides, además, afirma que los sicanos habían sido iberos antaño, expulsados de la zona del río Sicano por los ligures y establecidos en Sicilia en una época indeterminada (Tuc. VI, 2, 1-2). Diodoro también recoge esta tradición a través de Filisto pero no le concede crédito alguno (Diod. V, 6, 1). Según la versión tucídidea, los élimos tendrían su origen en los ciudadanos troyanos que habían logrado escapar de la destrucción de su ciudad por parte de los aqueos; estos refugiados se establecieron en la parte oriental de Sicilia y habrían fundado Segesta y Érice (Tuc. VI, 2, 3). Serrati, 2000: 9-10; Anello, 2006.

gross modo, del siglo VIII hasta el periodo de dominación romana, con los sículos establecidos en la mitad oriental de la isla, los sicanos en el interior de la misma y los élimos en la zona occidental. La llegada de las primeras factorías fenicias no parece que hubiera afectado de forma sustancial la identidad de estas comunidades, más allá del intercambio cultural que supone el contacto entre civilizaciones distintas. En cambio, mucho mayor fue el impacto que ejercieron las colonizaciones griegas a partir del siglo VIII. Al narrar los acontecimientos relativos a la segunda expedición ateniense sobre Sicilia en su sexto libro, Tucídides firma un *excursus* sobre cómo se sucedieron las fundaciones de colonias griegas en Sicilia y qué impacto causaron sobre las poblaciones precedentes, en aras de contextualizar al lector sobre la situación geopolítica en la isla (Tuc. VI, 2-5). De este pasaje se desprende que en un primer momento las colonias griegas expulsaron a los sículos de la costa hacia el interior, arrebatándoles el territorio para establecer sus propias ciudades⁸ y, sobretodo, ocupar las tierras más fértiles⁹. En este sentido, los trabajos arqueológicos han podido reconocer algunos asentamientos indígenas en niveles inferiores a las colonias griegas¹⁰. Con el paso del tiempo, el gran peso demográfico y económico de estas colonias fue influyendo a la población indígena, la cual, poco a poco, acabó helenizándose significativamente¹¹.

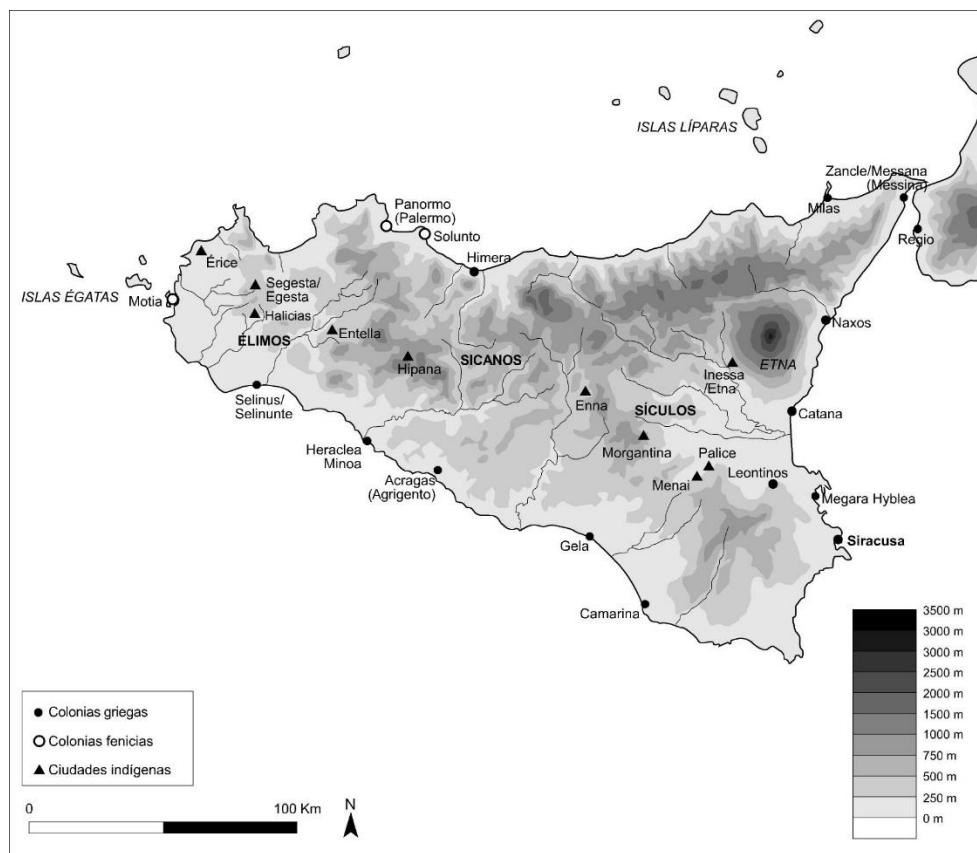


Figura 10. Distribución de los principales pueblos y ciudades en Sicilia a finales en el siglo V.

⁸ Tuc. VI, 3, 2; también en Estrab. VI, 2, 4.

⁹ Champion, 2010: 13.

¹⁰ Champion, 2010: 5-6.

¹¹ Champion, 2010: 5; Serrati, 2000: 11-14.

5.1.1.1. La revuelta de Ducetio

Del relato de las fuentes literarias clásicas emana la visión de la población indígena siciliota como un actor secundario en el largo trasiego de acontecimientos políticos y militares entre el siglo V y la incorporación a la República Romana. Después del impacto que causó el establecimiento de numerosas colonias griegas, la población sícula y sicana se replegó en buena medida hacia el interior de la isla. Esta retirada no significó un abandono total de la costa oriental; la interacción con las ciudades griegas fue constante y explica su paulatina helenización. Sin embargo, desde comienzos del siglo V, y especialmente a finales del mismo, la población indígena se vio involuntariamente inmersa en una serie de conflictos protagonizados por auténticas potencias militares: Cartago, Siracusa, Atenas y Roma. Sicilia se convirtió en el campo de batalla y en el fruto de la discordia donde aquellas ciudades midieron sus fuerzas. Ante la talla de tales contrincantes, sículos, élimos y sicanos fueron arrastrados a la guerra, viéndose obligados a aliarse con unas u otras para sobrevivir¹².

Pero no siempre fue así. A mediados del siglo V, con Cartago concentrada en sus asuntos africanos y Siracusa inmersa en conflictos sociales internos (Diod. XI, 87-88), un líder sículo emergió entre la población siciliota: Ducetio. Acerca de la figura de este caudillo tenemos tan sólo la información que nos concede Diodoro Sículo en su undécimo libro. Según su versión, hacia el 453, Ducetio unió a prácticamente todas las ciudades sículas en una confederación político-militar (Diod. XI, 88, 6). Después de reubicar su ciudad natal de Menae y fundar Palike justo al lado de un antiguo santuario indígena, inició una serie de ofensivas sobre ciudades rivales. Después de apoderarse de Etna, más tarde trasladó sus fuerzas hacia el sur, en territorio de los acragantinos, donde asedió la fortaleza de Motio¹³. Acragas pidió ayuda a Siracusa y las tropas de ambas ciudades se enfrentaron a Ducetio en el año 451¹⁴. La batalla se resolvió a favor de la confederación sícula que, sin embargo, no pudo aprovechar el resultado de la victoria debido a la llegada del invierno (Diod. XI, 91, 1). Se trataba de la primera gran victoria de tropas indígenas frente a los colonizadores en los últimos tres siglos. Sin embargo, al año siguiente, Acragas y Siracusa coordinaron un ataque simultáneo contra los indígenas sublevados. Mientras la primera ponía sitio a Motio, las tropas siracusanas, bajo el mando de un nuevo general, caía por sorpresa sobre el campamento del grueso del ejército de Ducetio. La batalla, muy reñida según el relato diodóreο, finalmente se decantó de lado siracusano, y así también la guarnición sícula de Motio terminó por capitular. Esta derrota comportó la dispersión del ejército sículo y la caída del liderazgo de Ducetio, que prefirió entregarse como suplicante a Siracusa que arriesgarse a una traición entre sus propias filas. De este modo, Ducetio finalmente fue juzgado por la Asamblea siracusana, que por escaso margen decidió salvar su vida exiliándole a Corinto.

Algunos años más tarde, hacia 448, Ducetio volvió a Sicilia al frente de una expedición colonial corintia a la que se unieron posteriormente habitantes sículos bajo el mando de un nuevo líder llamado Arcónides (Diod. XII, 8, 1-2). Ducetio murió poco después de fundar Caleacte (actual

¹² En ocasiones, trataron de aprovechar las ofensivas cartaginesas para liberarse de la hegemonía griega, como en 409, dónde contingentes de los tres pueblos, élimos, sículos y sicanos, se unieron a los púnicos voluntariamente (Diod. XIII, 59, 6).

¹³ No debe confundirse con la colonia portuaria fenicia de Motya. Motio se ha identificado con el yacimiento Vassallaggi, en San Cataldo.

¹⁴ Serrati, 2000: 12.

Caronia) sobre un pequeño poblado indígena, en la costa tirrénica de la isla. Sin embargo, según la opinión de Diodoro, su vuelta fue tomada como una afrenta por los acragantinos, que nunca habían visto con buenos ojos que Siracusa perdonase la vida de quién tantos estragos les había causado. Con Ducecio de nuevo en liza, los reproches entre Siracusa y Acratas aumentaron de intensidad hasta convertirse en una guerra abierta. Este conflicto fue zanjado en una sola batalla, cerca del río Hímera (actual Salso), dónde vencieron los siracusanos (Diod. XII, 8, 3-4).

5.1.1.2. Segesta y Selinunte

En el otro extremo de la isla merecen especial atención, teniendo en cuenta sus ulteriores repercusiones, los numerosos conflictos entre las ciudades de Segesta y Selinunte, que se remontan, al menos, hasta el siglo VI. Segesta era una de las más importantes ciudades élicas y se encontraba a unos 30 Km de la costa norte. Selinunte, fundación de Mégara Hyblea hacia 628-627 (Tuc. VI, 4, 2), se hallaba en la costa del mar de Cartago. Pese la notable distancia entre ellas, las disputas territoriales por el control de la zona interior de la isla fueron frecuentes. Unas disputas que, según el relato diodóreico, se convirtió en enfrentamiento abierto en tiempos de la quincuagésima Olimpiada (580/79-576/75). Durante el transcurso de esta guerra llegó también un grupo de colonos cnidios bajo el mando de Pentatlo, los cuales se alinearon junto a los selinuntios en el conflicto. Pese al apoyo de los cnidios, los selinuntios fueron derrotados y Pentatlo falleció en el combate (Diod. V, 9, 2-3).

A mediados del siglo V, Segesta se vio envuelta de nuevo en un conflicto bélico. Diodoro indica que en esta ocasión los segestanos se enfrentaron a Lilibeo (actual Marsala) en las tierras cercanas al río Mazaro (Diod. XI, 86, 2) (actual Mazzaro). No obstante, Lilibeo fue fundada por los cartagineses en el año 397/396 de modo que, o bien el autor siciliano se equivoca de fecha o bien de rival. A tenor de la ubicación del río Mazzaro y puesto que Diodoro insiste en la rivalidad entre las dos ciudades (XI, 86, 2), la respuesta más probable es que, por alguna razón que desconocemos, confundiera a Lilibeo con Selinunte¹⁵. Es difícil de entender cómo Diodoro, experto conocedor de la isla y de sus ciudades confundiera ambas poblaciones, de modo que no es descabellado plantear que con anterioridad a la fundación cartaginesa, en Lilibeo existiera un núcleo de población indígena contra quienes, efectivamente, se habría enfrentado Segesta.

Con algo más de seguridad sabemos que durante el transcurso de la Guerra del Peloponeso (431-404) Segesta pidió ayuda a Atenas para detener los continuos ataques que padecía por parte de Selinunte, con el beneplácito de Siracusa (Tuc. VI, 6, 2-3). Atenas respondió, y en el año 415 envió una notable fuerza expedicionaria contra la amenaza que suponía Siracusa, aunque bajo la excusa de prestar ayuda a Segesta. De esta forma se retomaba la guerra de Atenas contra los aliados lacedemonios de Sicilia, que en realidad habían empezado ya en el año 426 pero que se habían interrumpido 3 años después gracias a los acuerdos de paz de Gela (Tuc. IV, 58-65). Atenas, pues, se alineó con Segesta, pero este apoyo no se resolvió tal y como habían planeado ambos aliados. La victoria de Siracusa y la posterior retirada de los atenienses de la isla dejó a Segesta -y al resto de ciudades proatenienses- a merced del bando siracusano. Selinunte no

¹⁵ Champion (2010: 55) sigue esta opción y vincula el enfrentamiento a la lucha por el control de las tierras fértiles de la isla.

tardó en aprovechar la oportunidad para incrementar sus posesiones territoriales y, pese a una inicial concesión de Segesta, sus incursiones no tardaron en amenazar a la propia ciudad, situación que, como hemos repetido en varias ocasiones, precipitó los acontecimientos hasta la gran ofensiva cartaginesa del año 409.

5.1.2. La llamada *epikrateia* púnica

Hace un par de décadas, S.F. Bondì afirmaba, no sin razón, que el debate historiográfico sobre el tipo de relación política entre Cartago y la Sicilia occidental era tan rico y estimulante como escaso en certezas absolutas¹⁶. Aunque la labor investigadora ha permitido avanzar en muchos otros aspectos, Bondì estaba en lo cierto. Como veremos a lo largo de las páginas que siguen, la conexión entre la metrópolis africana y la isla de Sicilia fue siempre muy estrecha, ya fuera a través del comercio, ya mediante la guerra. Y en esta relación jugaron un papel determinante las antiguas colonias fenicias de Panormo, Motya y Solunto. A partir de finales del siglo V, además, las conquistas territoriales púnicas y los numerosos tratados con Siracusa dejaron al tercio oeste de la isla bajo una órbita territorial con una clara influencia cartaginesa. Esta área, que se había convertido en una forma de protectorado púnico, vino a denominarse *eparchía* o *epikrateia* por los historiadores clásicos posteriores.

Estos dos conceptos, *epikrateia* (ἐπικράτεια) y *eparchía* (ἐπαρχία), han generado auténtico ríos de tinta por la distinta significación político-administrativa que conllevan. El término *epikrateia*, utilizado ya por Platón (*Ep.*, 7, 379) a mediados del siglo IV, se refería a aquella parte de la isla bajo el paraguas militar de Cartago. Sin embargo, este concepto conlleva una orientación hostil hacia la potencia dominante; es decir, se trata de un protectorado impuesto, con toda la connotación negativa que supone y razón por la cual este término es utilizado comúnmente entre los autores anticartaginenses¹⁷. Diodoro utiliza siempre esta expresión desde fechas tan alejadas como el año 404¹⁸; también lo usa Plutarco, en el contexto de mediados del siglo IV¹⁹. En cambio, el concepto *eparchía* define un territorio legalmente controlado, esto es, una provincia²⁰, y es el término adoptado por Polibio en relación a los dos primeros tratados púnico-romanos²¹ (III, 22, 10; 23, 4; 24, 8). No obstante, cabe preguntarnos si acaso existen territorios

¹⁶ Bondì, 1990-1: 215.

¹⁷ Para un estudio detallado acerca de la utilización de ambos términos en relación a la ideología de su autor, ver Cataldi, 2003; especialmente Cataldi, 2003: 228, donde define el término ἐπικρατέω, como “l’esercizio di un dominio o di una signoria incontrastata sul mare, sulla terraferma, su dei populi, su una città, o una vittoria militare, oppure ancora la prevalenza (quasi sempre in seguito ad una stasis più o meno violenta) di una parte politica sull’altra. (...) sembra riflettere nelle fonti greche un orientamento ostile alla potenza dominante, teso a connotare negativamente, nel segno della sopraffazione, un dominio di tipo militare, e conseguentemente anche politico” También en Anello (1986) o Tusa (1990-1991), entre otros.

¹⁸ Diod. XIV, 8, 5.

¹⁹ Por ejemplo, en Plut. *Tim.* 24, 4.

²⁰ “l’uso del verbo ἐπαρχέω e che il termine derivato ἐπαρχία viene usato nelle fonti letterarie nel senso di territorio rientrante nella sfera di legittimo controllo di una potenza dominante che vi esercita la sua ἀρχή, mentre nelle fonti epigrafiche ἐπαρχία s’incontra sempre col significato tecnico-giuridico del latino provincia” Cataldi, 2003: 218.

²¹ Aunque posteriormente también utiliza *epikrateia* (Pol. XII, 25, 3) probablemente influenciado por su fuente, Timeo (Cataldi, 2003: 218)

que no hayan sido alguna vez subyugados mediante la fuerza antes de ser convertidos en provincias (o cualquier otro término equivalente). Ambos términos definen, en realidad, una misma situación: cierto grado de dominación cartaginesa en la parte occidental de la isla. Desconociendo el término púnico real y las condiciones jurídicas que se impusieron sobre el terreno, los autores antiguos posteriores simplemente utilizaron *epikrateia* o *eparchía* de un modo subjetivo, en función de sus propias simpatías hacia Cartago.

Pero, ¿cuándo se produjo esta dominación? Como hemos visto anteriormente, la presencia fenicia en la isla puede documentarse desde un periodo ciertamente antiguo; tan antigua, al menos, como la fundación de Cartago. Y aunque las relaciones comerciales entre estas colonias se establecieran desde ese mismo momento, la metrópolis cartaginesa no empezó a ejercer influencia sobre la isla hasta el siglo VI. Y aún entonces, las antiguas colonias de Solunto, Panormo y Motya conservaron su autonomía al menos hasta fines del siglo V²². La oportunidad para Cartago llegó gracias a sus vecinos griegos. El proceso durante el cual la Sicilia occidental fue cayendo bajo la esfera de influencia cartaginesa se explica como la contrapartida al apoyo militar a los intereses y las colonias fenicias en la isla. Los mercados de las ciudades griegas de la costa este presionaban cada vez más, y con más insistencia, como lo demuestra la paulatina fundación de colonias en dirección oeste; por otro lado las tiranías²³ de estas ciudades se afanaban en sustentar su poder mediante la movilización de recursos militares y la conquista de territorios hacia el interior de la misma. Esta presión no sólo afectó a los intereses fenicios sino también, obviamente, a las comunidades indígenas, cuya reacción más evidente fue, como ya hemos visto, la revuelta de Ducetio.

A partir de los primeros enfrentamientos entre Cartago y la Siracusa de Dionisio el Viejo, el control de la isla se convirtió en una fuente de conflictos para ambas potencias. La diferencia entre ellos, sin embargo, es que la primera raramente emprendió ofensiva alguna. Hasta en primer cuarto del siglo III, la inmensa mayoría de guerras greco-púnicas tuvieron un marcado carácter defensivo; es decir, fueron los tiranos siracusanos quienes, la mayor de las veces, provocaron la guerra mediante incursiones de saqueo y toma de ciudades en los territorios púnicos de la isla. Este dato resulta trascendente porque no siempre se pone de relieve y nos ayuda a vislumbrar las diferencias en política exterior entre el senado cartaginés y los tiranos griegos.

Algunos investigadores consideran que el control púnico sobre una parte de la isla no se estableció hasta esta segunda mitad del siglo IV²⁴; nosotros creemos que este control ya era una realidad de facto a partir del tratado del 405. En las siguientes páginas veremos más detalladamente cuales fueron los pasos en la consolidación de este dominio siciliano así como la fluctuación de las áreas de influencia en la isla respecto a su némesis, Siracusa. A nivel léxico, teniendo en cuenta que se desconoce el término jurídico púnico apropiado, creemos que la utilización de *epikrateia* o *eparchía* no reviste mayor importancia una vez definidos y explicados ambos conceptos, siempre que se tenga en cuenta que esta hegemonía sobre una parte de Sicilia fue evolucionando. Este proceso fue progresando paulatinamente desde una mera influencia comercial hasta la incorporación -*de facto o de iure*- al estado cartaginés. Este fenómeno lleva a

²² Cataldi, 2003: 229.

²³ Lewis, 2006.

²⁴ Bondì, 1990-91: 216; Cataldi, 2003: 238; Anello, 1986.

preguntarnos ¿Acaso la mayor parte de territorios provinciales romanos no fueron un dominio impuesto antes de convertirse en provincias? Dado que desconocemos las características jurídicas de este territorio en relación a Cartago, ¿Por qué utilizar los conceptos griegos, que resultan tan extranjeros a la realidad púnica como lo son actualmente el inglés o el castellano? Así pues, en adelante hablaremos de “territorios bajo dominio cartaginés”, “área púnica siciliana”, o bien “zonas bajo hegemonía cartáginesa”.

5.1.3. Las tiranías de las ciudades griegas

J. Champion afirmaba recientemente que las tiranías aparecieron en las ciudades griegas principalmente como resultado del conflicto de clases; un conflicto entre ricos y pobres²⁵. Sin embargo, en el caso concreto de Sicilia otro factor vino a sumarse a estos vientos de cambio político: la sensación de constante amenaza cartaginesa. De forma especial a partir del 480, la figura del tirano fue magnificada gracias a la victoria de Gelón en Hímera y que la tiranía parecía ser la respuesta más segura ante el peligro púnico²⁶. Por supuesto, hubo tiranías con anterioridad al 480, pero sí es cierto que este tipo de gobierno proliferó con posterioridad a esa fecha²⁷. Sin embargo, no debemos dejarnos engañar por su propia propaganda: las tiranías no se asentaron en Sicilia gracias a la amenaza cartaginesa; lo hicieron porque los tiranos supieron infundir la falsa entre la población griega la falsa sensación de inseguridad, culpando de ello a la metrópolis púnica, que no es exactamente lo mismo²⁸. Si algo caracterizó a las tiranías es que su sustento se fundamentaba en un ejército propio, casi personal, que los protegía y que aseguraban el cumplimiento de sus mandatos. Y para mantenerlo, para argumentar su existencia ante una población suspicaz, debían tenerlo en activo. Las situaciones de crisis, además, acostumbran a diluir el resto de problemas internos de una comunidad; la población olvida sus diferencias temporalmente para enfrentarse a una amenaza mayor. Y la peor situación de crisis es, efectivamente, la guerra. Por tanto la guerra era para los tiranos lo que el pan era para el demos.

A finales del siglo VI y comienzos del siguiente algunas de las ciudades greco-sicilianas más importantes estaban gobernadas por tiranos. Uno de ellos fue Hipócrates de Gela, que convirtió su ciudad en una de las mayores potencias de la zona gracias a una política despótica y traicionera. Su mayor víctima fueron las poblaciones sículas más cercanas, la mayoría de las cuales fueron destruidas y sus campos de cultivo, ocupados²⁹. Pero también otras colonias griegas como Naxos, Zancle o Leontinos padecieron las mismas consecuencias al enfrentarse a Hipócrates. En este contexto vemos por primera vez como algunos súculos son contratados como mercenarios para luchar junto al propio tirano (Polyaenus, V, 6). Su política agresiva estableció,

²⁵ Champion, 2010: 24; Lewis, 2006.

²⁶ Champion, 2010: 25.

²⁷ El primer ciudadano en erigirse tirano siciliano fue Falaris, en la ciudad de Acragas. Su gobierno se alargó durante 16 años, aproximadamente entre 571 y 555, durante los cuales expandió los dominios de la ciudad por el centro de la isla a costa de las poblaciones indígenas sicanas (Champion, 2010: 26-27).

²⁸ Caven, 1990: 93.

²⁹ Champion, 2010: 30.

en cierto modo, una forma de gobernar exitosa para los futuros tiranos que tanto protagonismo iban a tener en la isla en el siglo V.

Efectivamente, Gelón, uno de los más destacados tiranos sicilianos de la Antigüedad, no es recordado por los masivos traslados de población o por la reducción a la esclavitud de la mitad de la población de Mégara Hyblaea. Lo es, en cambio, por su victoria contra los cartagineses en el año 480. A la muerte de Hipócrates hacia el 490, Gelón logró imponerse sobre la facción aristocrática en Gela y sobre los propios hijos del aquél para erigirse como nuevo tirano de la ciudad. Al poco tiempo, al igual que su antecesor, se propuso como objetivo el control de Siracusa, la joya de Sicilia, meta que consiguió hacia el 485, no gracias a las armas sino mediante el juego político entre las distintas facciones aristocráticas de la ciudad. En los siguientes años, establecido ya en Siracusa, se dedicó a consolidar su poder y a aumentar las fuerzas militares a su servicio. Cuando, hacia el año 481 una delegación espartano-ateniense se presentó ante Gelón para pedirle refuerzos ante la inminente campaña de Jerjes contra Grecia, Siracusa era ya la primera potencia griega en poder militar (Hdt. VII, 158-162).

Aunque Siracusa ejercía un liderazgo notable sobre la parte oriental de la isla, y su alianza con Terón de Acragas reforzaba aún más su hegemonía, no todas las ciudades se aliaron con ella. Selinunte, Hímera y Mesina (la antigua Zancle), se opusieron a Gelón y por tanto se vieron impelidas a buscar protección bajo otra gran potencia: Cartago. La gran ofensiva púnica sobre la isla iba a resolver la tensión militar en la isla, en un sentido u otro. Y la victoria recayó sobre el bando de Gelón. La victoria fue tan absoluta que los cartagineses no volvieron a pisar Sicilia en armas hasta siete décadas más tarde y sumió a la metrópolis africana en una profunda crisis que, como vimos en capítulos anteriores, supuso un cambio de régimen y de línea política.

Durante el resto del siglo V, hasta las campañas atenienses sobre la isla en el último cuarto de siglo, Sicilia experimentó su propio periodo democrático. Al poco de la muerte de Terón de Acragas en 473, y de Hierón -el sucesor de Gelón en Siracusa- en 467, una serie de revueltas evitaron la sucesión de tiranías. Una vez establecidos los regímenes democráticos en estas dos importantes ciudades, sus ciudadanos ayudaron a otras colonias griegas a liberarse de sus tiranos. (Diod. XI, 72, 1).

La paz entre las ciudades griegas duró apenas una generación. El retorno de Ducecio a Sicilia hacia el 448 precipitó en último término el estallido de un conflicto entre Acragas y Siracusa. Como ya hemos visto, la guerra se resolvió en una sola batalla, cerca de Hímera, donde los siracusanos alcanzaron la victoria y, con ella, la hegemonía *de facto*, sobre el resto de ciudades griegas de la isla. Después de reducir definitivamente a los sículos bajo su dominio, Siracusa experimentó un notable crecimiento demográfico y militar. Este enriquecimiento vino propiciado, principalmente, a costa de la población sícula, ya fuera a través del aumento de impuestos sobre los indígenas (Diod. XII, 30, 1), o bien mediante la expropiación de sus tierras, que pasaron a manos de la ciudadanía siracusana³⁰.

Este desarrollo se vio truncado en el último cuarto de siglo. Esta vez la guerra no procedía de la amenaza cartaginesa ni de revueltas indígenas, sino de la propia Grecia. Quizá los atenienses no tomaron buena nota del potencial de la ciudad en la embajada del 481 a Gelón. A finales del

³⁰ Champion, 2010: 57.

siglo V Siracusa no solo no había disminuido su poder sino que lo había incrementado y consolidado definitivamente.

5.2. Relaciones político-militares con el estado cartaginés

Las relaciones de Cartago con la isla de Sicilia cabe fecharlas desde el mismo momento de la fundación de Cartago, pues para entonces ya existían aquellos pequeños asentamientos fenicios de los que habla Tucídides (VI, 2, 6). Después, con la fundación de auténticas ciudades como fueron Panormo, Solunto y Motya, las relaciones económicas y sociales debieron de estrecharse, pero no fue hasta la segunda mitad del siglo VI, cuando los cartagineses intervinieron en la isla de forma regular.

Ya tratamos en el capítulo 2 la intervención de Malco en la segunda mitad del siglo VI. El asedio asirio a la ciudad de Tiro, unido a la presión de las fundaciones coloniales griegas, obligó a las antiguas colonias fenicias a buscar un nuevo aliado, un protector. La joven Cartago se puso al frente de la tarea y bajo el liderazgo del general Malco se concluyeron una serie de campañas sobre Cerdeña, el norte de África, y también Sicilia.

Tomemos buena nota también del infructuoso intento del espartano Dorieo de instalar una colonia en la isla. Después de ser expulsado de la región de Cíniipe hacia c.520, Dorieo no dio su brazo a torcer y tras consultar al oráculo de Delfos, zarpó de nuevo hacia el oeste. Después de una breve campaña en la península Itálica, dónde ayudó a la colonia de Crotona a luchar contra la ciudad de Síbaris³¹ (Hdt. V, 44, 1), los espartanos pusieron rumbo a Sicilia. Según la tradición clásica (Diod. IV, 23, 1-3; Hdt. V, 43, 1), Dorieo desembarcó cerca del monte Érix³² donde Heracles luchó y venció al rey de los élimos, con quién se había jugado la propiedad de aquellas tierras. A su victoria, Heracles anunció a los élimos que podrían disfrutar del país hasta el momento en que llegara uno de sus descendientes para reclamar el territorio. Y así llegó Dorieo, en una fecha cercana a finales del siglo VI. Su objetivo se había trasladado, así, de África a Sicilia, pero se cruzó con los mismos adversarios que en el infructuoso intento anterior: la población indígena y las colonias fenicias apoyadas por Cartago. Dorieo, fundó Heraclea, en honor a su mítico antepasado, pero parece que rápidamente los élimos se aliaron con los fenicios para expulsar a los nuevos colonizadores. Sabiendo cómo habían actuado los dorios en la parte oriental de la isla, la población indígena quería evitar a toda costa ser víctima del mismo expolio territorial en su país. Además, una nueva colonia griega sobre el territorio significaba un aliado potencial, muy bien situado estratégicamente, para la ciudad de Selinunte, hecho que Segesta no estaba dispuesta a tolerar.

Obviamente, a las ciudades fenicias de la zona tampoco les interesaba lo más mínimo el establecimiento de una colonia griega justo en medio de su área comercial. Heródoto (V, 46, 1)

³¹ Heródoto (V, 44-45) cuenta que en la guerra entre Crotona y Síbaris había quién afirmaba que Dorieo ayudó a los primeros, mientras que otras fuentes negaban tal intervención.

³² A propósito de este emplazamiento, Diodoro (IV, 83) menciona la existencia de un santuario muy importante dedicado a Afrodita dónde, “*los sicanos, que honraron a la diosa durante muchas generaciones, siguieron cuidando el santuario con magníficos sacrificios y ofrendas. A continuación, los cartagineses, que se hicieron dueños de una parte de Sicilia, no cesaron de honrar a la diosa de un modo especial*”.

menciona que fueron estas ciudades quienes se aliaron con Segesta y los élimos contra Dorieo y sus colonos, mientras que Diodoro (IV, 23, 3) añade también la intervención de Cartago en el conflicto. La participación de la metrópolis púnica es bastante probable: los cartagineses ya mantenían buenas relaciones con las ciudades fenicias de la zona con anterioridad e incluso habían realizado algunas intervenciones militares en la isla de la mano de Malco. En cambio, quizás la pregunta que deberíamos plantearnos es porque el líder espartano no recibió ningún tipo de apoyo por parte de sus compatriotas sicilianos. La realidad es que al tratarse de hechos muy alejados en el tiempo -en el caso de Diodoro-, o en el espacio -en el de Heródoto-, la información que nos ha llegado a través de los textos clásicos es escasa, incompleta y en ocasiones ambigua³³.

En cualquier caso, el intento de fundar Heraclea se vio frustrado por la coalición fenicio-élima y el propio Dorieo murió en el conflicto. Los peloponesios supervivientes huyeron a Heraclea Minoa y la tomaron por la fuerza. Este séquito se puso bajo el liderazgo de un personaje llamado Eurileon. Según Heródoto (V, 46, 2) poco después de establecerse en su nueva ciudad, una facción de Selinunte les pidió ayuda para derrocar a su tirano. Los peloponesios respondieron a la llamada de socorro y consiguieron depoer al tirano. El propio Eurileon intentó posteriormente apoderarse del poder, a lo que los selinuntios respondieron con una revuelta y lo mataron.

Más conocida es la campaña cartaginesa sobre la isla en el año 480. Heródoto y Diodoro son nuestras principales fuentes literarias³⁴ al respecto y ambos atribuyen la iniciativa de la guerra al Gran Rey Jerjes de Persia. Según el relato de ambos historiadores, éste último entabló conversaciones con los cartagineses mientras preparaba su expedición contra la Hélade; la intención del Rey de Reyes era evitar que Siracusa pudiera apoyar a las ciudades griegas continentales abriéndole un segundo frente por el oeste que le supusiera una amenaza real. Después de años de preparativos, al fin Cartago y Persia iniciaron el ataque en pinza. Amílcar, nieto de Magón, comandaba las fuerzas púnicas que ascendían a 300.000 hombres (Diod. XI, 1, 5; Hdt. VII, 165, 1). El ejército cartaginés desembarcó en Solunto después de superar con dificultades una tempestad durante la travesía. Solunto estaba situada en la costa norte de la isla y era la ciudad fenicio-púnica ubicada más al este, y por tanto, la más cercana al área de hegemonía griega. A pocos quilómetros, pero ya al otro lado de la “frontera” se encontraba la colonia griega de Hímera. Fue hacia ella donde Amílcar dirigió a sus tropas en primer lugar, por tierra y por mar, y se prepararon para el asedio. Sin embargo, el tirano de Siracusa Gelón acudió en auxilio de la ciudad y gracias a una estratagema logró provocar el pánico y la huida del grueso del ejército cartaginés, logrando una victoria inesperada. Según Diodoro, Amílcar fue eliminado por la caballería siracusana mientras estaba realizando los sacrificios (Diod. XI, 22, 1; Polie, I, 27, 2); Heródoto se permitió una licencia literaria y afirmó que al ver que la derrota se cernía sobre su ejército, él mismo se arrojó a las llamas sagradas³⁵ (Hdt. VII, 167, 1).

³³ Recordemos el mismo fragmento en Heródoto (V, 44-45), dónde narra dos versiones acerca de la presencia o no de Dorieo en Italia. En el caso de Diodoro (IV, 23, 3) señala que narrará los acontecimientos inmediatamente posteriores a la derrota de Dorieo en otro momento; sin embargo, no se ha conservado ningún otro fragmento de la obra del historiador sículo que contenga esta información.

³⁴ Diod. XI, 1, 1-5; 20-24; Hdt. VII, 165.

³⁵ Vasallo, 2010.

5.2.1. El inicio de la moneda fenicio-púnica

El estudio de su moneda es uno de los aspectos más amplios y complejos del mundo fenicio-púnico. *Amplios* debido a la variedad iconográfica, ponderal y distributiva; *complejos* en cuanto a identificación de procedencia, autoridad, utilización e incluso cronología. Todas estas cuestiones han suscitado -y suscitan- un debate de importantes consecuencias historiográficas. La circulación monetaria se abrió paso en las ciudades fenicias de Levante con anterioridad al siglo V procedentes del mundo griego³⁶. Sin embargo no es hasta mediados de dicho siglo cuando las principales ciudades levantinas (Tiro, Sidón, Biblos) empezaron a acuñar su propia moneda³⁷, aunque este proceso no se realizó de forma coetánea y aún no dispone de una cronología detallada³⁸. En este primer periodo la moneda se acuñó en plata; el oro y el bronce fueron incorporados más tarde³⁹.

En el Mediterráneo central, Sicilia también había incorporado la moneda antes del c.500⁴⁰. En esta isla, donde el marco geográfico limitado aumentaba el grado de interacción entre las colonias, es dónde aparecen por primera vez monedas fenicias en Occidente. Tan grande fue la influencia de la moneda griega que los tipos y el diseño de las monedas fenicias se inspiraron en ellas durante mucho tiempo⁴¹.

En todo caso, las primeras monedas fenicias en Occidente parece que no fueron dictadas directamente por la metrópolis cartaginesa sino por las antiguas colonias fenicias en Sicilia: Panormo, Motya, y con posterioridad al 410 pero siguiendo la misma pauta, Solunto. Estas tres colonias, como veremos en capítulos posteriores, no formaban parte del dominio directo cartaginés pero indudablemente estaban bajo su área de influencia y cabe imaginar una frecuente presencia de políticos y comerciantes cartagineses en ellas. Esta zona de influencia púnica en la isla no esconde que las tres antiguas colonias estaban notablemente integradas en los circuitos comerciales y diplomáticos de Sicilia, tanto respecto a las ciudades indígenas élimas -especialmente Segesta y Érice- como en relación a las colonias griegas de la parte oriental de la misma. Es por ello que en un momento dado, en el último cuarto del siglo V, deciden acuñar moneda a fin de adaptarse a la realidad política, económica y cultural de la isla⁴². Como las ciudades griegas ya habían empezado a acuñar moneda décadas antes, lo que hicieron las ciudades fenicias fue simplemente adaptar esa misma moneda a sus propias comunidades. De este modo, el material, el peso, el valor e incluso la iconografía cartaginesa en la isla fueron imitados o copiados a partir de los modelos de sus vecinos griegos⁴³.

La cronología exacta de estas primeras emisiones fenicias en occidente no es clara pero la mayor parte de investigadores coincide en ubicarla en el último cuarto del siglo V. La primera de las

³⁶ Howgego 1995: 9.

³⁷ Campo, 2012.

³⁸ Campo, 2012: 10

³⁹ Campo, 2012: 10.

⁴⁰ Manfredi 2010: 203.

⁴¹ Costa, 2012: 67.

⁴² Manfredi, 2010: 203.

⁴³ Costa, 2012: 67.

cecas en empezar a producir moneda parece haber sido Panormo⁴⁴, con numerario de bronce y plata con la leyenda ΣΥΣ y un gallo en el anverso, cuya emisión se ubica alrededor del año 430⁴⁵; posteriormente, acuñaría *litrae* bilingües con ΣΥΣ y ΠΑΝΟΡΜΟΣ. Aún se documenta un tercer tipo de leyenda en Panormo, š b'l sys, que habría sido acuñada con posterioridad a la campaña del 410/409⁴⁶. Jenkins propuso interpretar esta leyenda como “*de los ciudadanos de Panormo*”, propuesta que siguen la mayor parte de investigadores en la actualidad⁴⁷.

Motya fue la segunda ciudad fenicia en incorporar moneda, y lo hizo hacia el año 415⁴⁸ con dracmas de patrón ático, con la leyenda MOTYAION y con una iconografía a imitación de las ciudades de Hímera y Segesta⁴⁹. A raíz de la intervención cartaginesa en 410/409, tanto Motya como Panormo comenzaron a acuñar sus monedas únicamente con caracteres fenicios⁵⁰, que en el caso de la primera se identifican con ‘mtw⁵¹. Parece que Solunto se incorporó más tarde a este fenómeno, ya a inicios del siglo IV, pero aun así fabricó su propio cuño, que se ha identificado con la leyenda kpr⁵².

Pese a la creciente presencia púnica en la isla, estas ciudades siguieron acuñando su propia moneda con posterioridad al año 409, demostrando así cierto grado de autonomía dentro de la hegemonía cartaginesa. Motya fabricó dos series de tetradracmas y didracmas antes de caer destruida frente al tirano Dionisio en 397⁵³. Panormo, por su parte, realizó tetradracmas con una cuadriga en el anverso y cabeza femenina en el reverso, de amplia dispersión en toda Sicilia⁵⁴, y también *litrae* de plata y moneda de bronce hasta finales del siglo IV⁵⁵. Incluso Terma y Érice seguirán siendo cecas activas durante este periodo⁵⁶.

⁴⁴ Costa, 2012: 66.

⁴⁵ Manfredi, 1995: 110 y ss.; Manfredi 2000: 12. En esta misma obra, Manfredi señala más adelante (página 13) que las emisiones más antiguas de Motya se ubican entre el año 480 y el 397, con tipos muy ligados a los de Hímera y Selinunte. Creemos que, dado que ningún otro autor ha señalado esta emisión en unas cronologías tan antiguas, debe tratarse de un error tipográfico.

⁴⁶ Manfredi, 1995: 112-114.

⁴⁷ Una discusión al respecto, con bibliografía, en Manfredi, 2000: 12-13.

⁴⁸ Manfredi, 1995: 110 y ss.; Manfredi 2000: 11.

⁴⁹ Costa, 2012: 66.

⁵⁰ Costa, 2012: 66.

⁵¹ Manfredi, 1995: 110 y ss.

⁵² Manfredi, 1995: 110-112.; Manfredi, 2000: 13; Cutroni Tusa, 1994:16-21

⁵³ Cutroni Tusa (2004: 493) reconoce tres fases en la monetización de Motya en función de iconografía: la primera de ellas, con una profunda influencia de la colonia caldícea de Hímera, caracterizada por un carnero y un apobates en el reverso; la segunda, con influencia segestina son didracmas con leyendas en griego y en fenicio; la tercera y última, más cercana a la tipología de Agrigento y Siracusa, se trata de didracmas y tetradracmas con águila o cangrejo y cabeza femenina, con leyenda únicamente fenicia (Manfredi, 2010: 206, n. 1).

⁵⁴ Manfredi, 2000: 12.

⁵⁵ Frey-Kupper, 2014: 81.

⁵⁶ Costa, 2012.



Figura 11. Tetradracma de Panormo, c. 350-320, AR 16.95 g. Cuadriga hacia la izquierda Coronado por Niké, debajo, leyenda púnica sys (Panormo). Reverso cabeza de Kore-Perséfone con diadema, collar y pendientes con delfines a su alrededor. SNG Ashmolean 2138; SNG Lloyd 1586; Jenkins Punic pl. 13, 63. Imagen: acsearch.info.

5.2.1.1. La acuñación de moneda cartaginesa

Hace ya más de cuarenta años G. Kenneth Jenkins fechó la emisión del primer grupo de monedas propiamente cartaginesas en el periodo 410-392⁵⁷, una periodización que hoy en día sigue vigente. El inicio de esta emisión fue estipulado en base a la nueva ofensiva púnica sobre la isla⁵⁸, después de setenta años de no intervención militar, puesto que vinculaba dicha emisión al pago de tropas mercenarias por parte del estado cartaginés⁵⁹. La tipología de estas primeras emisiones contiene un prótomo de caballo con la leyenda QRTHDST en el anverso, y una palmera con la leyenda MHNT en el reverso.

Sin embargo, el mismo autor señaló que la leyenda de estas monedas, QRTHDST, indicaba claramente que éstas fueron acuñadas en la propia Cartago y posteriormente enviadas a Sicilia⁶⁰. Actualmente, la mayor parte de especialistas opinan que esta leyenda indica solamente la autoridad emisora, y no la ceca⁶¹.

Después de la producción de moneda de plata que se inició para la campaña del 410, y que seguramente siguió acuñándose hasta, al menos, el final del conflicto (404)⁶², Cartago no volvió a acuñar moneda hasta mediados del siglo IV. Sin embargo, a partir de este momento se empezó

⁵⁷ Jenkins, 1974: 23-25.

⁵⁸ Jenkins, 1974: 23-25. En cuanto a la fecha final de la emisión, Jenkins utilizó como referencia la composición de los tesoros de Contessa y Vito Superiore, ambos en la región de Calabria. El hecho que el segundo de ellos fuera escondido antes del ataque de Dionisio I a Regio en el año 387, suponía establecer una fecha final en ese año, pero dado que las últimas operaciones cartaginesas en la isla por aquella época habían terminado en el año 393/392, Jenkins piensa que ese fue el último año posible de acuñación. En cuanto a la fecha de inicio de emisión el hallazgo de una moneda de Akragas reacuñada sobre una cartaginesa de esta serie suponía retrasar su emisión hasta, al menos, el año 406, fecha en que la ciudad fue destruida. De esta forma, dado que la primera intervención cartaginesa en Sicilia en muchas décadas se realizó en el 410, Jenkins estableció esa fecha como inicio de la acuñación de moneda.

⁵⁹ Campo, 2012: 11; Manfredi, 1995: 152; Jenkins, 1974: 24-25.

⁶⁰ Jenkins, 1974: 25-26.

⁶¹ A partir de la publicación de Mildenberg, 1992: 289.

⁶² Frey-Kupper (2014: 81), siguiendo a Jenkins (1974: 26-7), ubica el final de esta producción, sin ningún tipo de justificación, en el año 392. El año 392 coincide con el final de la siguiente confrontación entre Cartago y Siracusa, pero parece cuanto menos poco probable que se utilizara la misma moneda durante 20 años con dos guerras y un tratado de paz de por medio.

a producir moneda no sólo de plata sino también de oro y bronce. Una de las características en común de estas monedas es que son mayoritariamente anepigráficas, con excepción de unas pocas series con una sola letra y otras con doble letra⁶³. Este hecho ha sido interpretado por Manfredi como una prueba de que la autoridad emisora era siempre el mismo: el estado cartaginés, y por tanto no era necesario especificarlo en ninguna moneda de tipo fenicio⁶⁴.

La moneda de bronce, cuyas series más antiguas quizá pertenezcan a la primera mitad del siglo IV⁶⁵, presentan una diversidad tipológica y una oscilación ponderal que muy probablemente signifique la existencia de, no una, sino de varias cecas al mismo tiempo, una de las cuales correspondería a la metrópolis púnica⁶⁶. Se trata de dos emisiones que presentan cabeza masculina hacia la izquierda en el anverso y caballo al galope en el reverso, o bien cabeza de Kore y caballo con palma. Esta diferencia ponderal en la moneda de bronce osciló entre la medida microasiática (5,40-5,70g) y la fenicia (7,50) hasta el siglo III. En este momento el valor se unificó en la medida fenicia y con el tipo caballo y palmera⁶⁷.

En cambio, las ciudades griegas de Sicilia acuñaban monedas de bronce al menos desde el último cuarto del siglo V⁶⁸, una fecha muy anterior a la acuñación del bronce por parte de Atenas (tercer cuarto del siglo III) e incluso que Macedonia (finales del siglo V)⁶⁹. Tal vez a partir del 350, pero con seguridad a partir del 330, aparece la serie llamada SNG Cop. 94-7 con cabeza masculina en el anverso y caballo rampante en el reverso. Es la primera de unas series de bronce que tendrán una gran dispersión por toda la *koiné* cartaginesa⁷⁰.

Por lo que respecta a la moneda de plata tampoco existe unanimidad en dictaminar la cronología de las series que siguieron a la producción de 410-390, aunque la mayor parte de los especialistas las atribuye al periodo 350-320. Este espacio de medio siglo sin apenas registro de moneda es muy sorprendente habida cuenta que en este mismo periodo se produjeron continuas disputas territoriales entre Cartago y Siracusa sobre Sicilia, algo que sin duda tendría que afectar al reclutamiento y pago de tropas. No sólo guardan silencio las monedas púnicas sino que también desaparecen las de Siracusa durante el mismo periodo. Por otro lado, las ciudades fenicio-púnicas de Sicilia, Lilibeo, Panormo, Terma, Rsmlqrt y Solunto, siguieron produciendo tetradracmas o fracciones de la *litrae* siciliana⁷¹ entre los años 350 y el 300⁷².

En el periodo 300-290 se documentan dos leyendas monetales muy interesantes, que constituyen una excepción al anepigrafismo aludido anteriormente. Se trata de las leyendas M' MHNT y S'M HMHNT, que han sido interpretadas como “*gente del campamento*” y

⁶³ Manfredi, 1995

⁶⁴ Manfredi, 1999:71

⁶⁵ Manfredi, 2000: 15.

⁶⁶ Manfredi, 2000: 15

⁶⁷ Manfredi, 1995: 153-154.

⁶⁸ Howgego, 1995: 8.

⁶⁹ Howgego, 1995: 8.

⁷⁰ Frey-Kupper, 2014: 82.

⁷¹ Una quinta parte de una dracma, esto es, 0,85g.

⁷² Frey-Kupper, 2014: 81.

“controladores financieros”, que ha llevado a concluir una mayor centralización cartaginesa en el este de la isla durante este periodo⁷³.

Cartago también empezó a fabricar una notable cantidad de monedas de oro entre los años 350 y 320. El hecho que se hayan reconocido 88 tipos distintos de anverso y 104 de reverso⁷⁴ puede dar una pista acerca del elevado número de series y ejemplares que se produjeron⁷⁵, dato que, además, ha llevado a pensar en la estandarización de la moneda en la ciudad⁷⁶. A nuestro parecer, aunque creamos que verdaderamente en la segunda mitad del siglo IV Cartago fuera ya una sociedad plenamente monetizada, esto no puede argumentarse a través de grandes emisiones de moneda de oro, ya que estas estaban fuera de la gran mayoría de transacciones comunes⁷⁷. Por el contrario, es la acuñación de los distintos metales, y especialmente el bronce, el mejor indicador para tal aseveración. En cambio, según Howgego, Cartago ya acuñaba monedas de oro a principios del siglo IV⁷⁸, aunque el porcentaje áureo en ellas fue disminuido paulatinamente de un 98% hasta un 30% durante la Segunda Guerra Púnica⁷⁹.

5.2.2. La expedición de Aníbal en el año 410

Como ya hemos comentado, la derrota ateniense ante las murallas de Siracusa en 413 propició una nueva ofensiva de la colonia griega de Selinunte sobre la élima Segesta. Este conflicto territorial entre dos ciudades siciliotas importantes tuvo unas consecuencias que trascendieron el ámbito regional y condicionó el futuro de la isla durante el resto del siglo V y buena parte del siguiente. Es a partir de este conflicto menor cuando Cartago volvió de nuevo a la escena siciliana⁸⁰.

Hay que tener en cuenta que en el momento de la ofensiva de Selinunte sobre una Segesta que había participado en el lado perdedor, eran muy pocos los aliados de quienes ésta última pudiera esperar auxilio. Por un lado, la mitad de las ciudades sicilianas había luchado al lado de Selinunte en la ofensiva de Atenas contra Sicilia; y por la misma razón, no cabía esperar ningún apoyo por parte de Siracusa. Por el otro, el resto de ciudades de la isla habían sido derrotadas o bien no tenían el potencial militar suficiente para inmiscuirse entre ellas; y obviamente tampoco podía

⁷³ Frey-Kupper, 2014: 81.

⁷⁴ Frey-Kupper, 2014: 81.

⁷⁵ Howgego (1995: 32), a partir de un estudio sobre la moneda de plata del IV en Delfos, calcula que un cuño podía llegar a producir entre 23.000 y 47.000 monedas antes de quedar inutilizable.

⁷⁶ Frey-Kupper, 2014: 81.

⁷⁷ Según Howgego (1995:8-9), este tipo de moneda era utilizado mayoritariamente para pagos entre estados y como reserva estatal para afrontar posibles crisis.

⁷⁸ Howgego, 1995: 8.

⁷⁹ Howgego, 1995: 113.

⁸⁰ Debemos reseñar una breve noticia en Tito Livio (IV, 29, 8) referente al año 431 donde señala que los cartagineses *“que iban a ser tan grandes enemigos, entonces por primera vez durante unas disensiones entre los sicilianos pasaron un ejército a Sicilia para ayudar a uno de los bandos”*. No sabemos nada más acerca de esta campaña ni tampoco Diodoro da cuenta de ella. Así pues, o bien se trató de una pequeña expedición en ayuda de sus aliados fenicio-púnicos en la isla o bien, más probablemente, se trató de un error cronológico del historiador paduano, adelantando veinte años la campaña de Aníbal.

solicitar ayuda a Atenas después de su reciente fracaso. Cartago era, pues, la única potencia a la que Segesta podía acudir. Y esta vez, Cartago respondió.

Aunque la respuesta, en nuestra opinión, no fue tan fácil de resolver por parte del Senado cartaginés como cabría imaginar. Con toda probabilidad Cartago había seguido con especial atención el desarrollo de la última ofensiva ateniense sobre la isla entre el 415 y 413. La metrópolis púnica tenía sus propios intereses en la isla y si la información de Tucídides es cierta, Atenas se había planteado incluso atacar Cartago (Tuc. VI, 15, 2; 34, 2), una amenaza que de buen seguro habría sido evaluada por el senado cartaginés. Además hay que recordar que Segesta ya había solicitado ayuda a Cartago en el año 415 y que ésta prefirió no inmiscuirse en el conflicto. ¿Qué había cambiado en el 410 para que el senado púnico se dispusiera a emprender una intervención militar a gran escala? Ciertamente habían cambiado dos factores importantes: en primer lugar la amenaza ateniense había desaparecido; en segundo lugar, pese a ganar la guerra, Siracusa había perdido muchos hombres y recursos en aquellos tres años. Unos hombres y recursos que ahora no tendría para enfrentarse a Cartago.

El hecho de que Cartago parece que acuñara moneda propia por primera vez a partir de aquel mismo año 410⁸¹ plantea una serie de cuestiones interesantes. Parece evidente que este hecho está relacionado con el enrolamiento de mercenarios para la campaña de Aníbal. Actualmente existe unanimidad entre los investigadores en creer que ésta se acuñó con la intención de pagar a estas tropas foráneas⁸², no tan sólo porque sean coincidentes en tiempo y en espacio -pues estas monedas fueron acuñadas en Sicilia- sino también porque no se ha encontrado ni un solo ejemplar de estas primeras emisiones en el norte de África⁸³. Todo ello nos plantea inmediatamente una cuestión: ¿cómo se pagaron entonces a las tropas mercenarias que habían actuado junto a Cartago en el año 480 y que fueron derrotadas en la batalla de Hímera? El fenómeno mercenario no era nuevo ni en el año 410 ni tampoco en el 480; sin embargo, sí es cierto que durante el siglo V, y especialmente en el siguiente, el Mediterráneo asiste a un aumento muy significativo en el empleo de este tipo de tropas. En el caso de Sicilia, la solicitud de mercenarios no sólo procedía del alto mando cartaginés sino, de forma mucho más regular, de la demanda para formar parte de la guardia personal de los numerosos tiranos de las ciudades griegas de la isla. Retomando la cuestión del pago de tropas, hasta mediados del primer milenio el metal a peso se utilizaba como herramienta de intercambio y de valor, en forma de

⁸¹ Jenkins, 1974: 26-27; Jenkins 1971; 1977; 1978; 1997; Visonà 1995; 1998; Manfredi, 2000: 14. Las ciudades fenicias de Sicilia empezaron a acuñar su propia moneda hacia el 430. Panormo, Motya, -y con posterioridad al 410 pero siguiendo la misma pauta, Solunto- no formaban parte todavía del dominio directo cartaginés, aunque indudablemente se encontraban bajo su área de influencia y cabe imaginar una frecuente presencia de políticos y comerciantes cartagineses. Las tres antiguas colonias estaban notablemente integradas en los circuitos comerciales y diplomáticos de Sicilia y por ello, en un momento dado, decidieron acuñar moneda a fin de adaptarse a la realidad política y cultural de la isla (Manfredi, 2010: 203). Como las colonias griegas de la parte oriental ya habían comenzado a acuñar moneda décadas antes y habían establecido las pautas en este tipo de transacciones, lo que hicieron las ciudades fenicio-púnicas fue simplemente adaptar ese nuevo instrumento a sus propias ciudades. De este modo, el material, el peso y el valor de las didracmas eran el mismo que el de las ciudades griegas. Posteriormente, y de forma paralela a las emisiones propiamente cartaginesas, Solunto y Panormo siguieron acuñando su propia moneda hasta el final de la Primera Guerra Púnica (Campo, 2013: 11).

⁸² Campo, 2012: 11; Manfredi, 1995: 152.

⁸³ Frey-Kupper, 2014: 81.

lingotes, anillos o chatarra⁸⁴, de modo que este sería uno de los métodos empleados a tal fin⁸⁵. Además, la lógica nos lleva a pensar que, aunque no exista testimonio alguno en época clásica, podemos generalizar que mientras hubiera algún tipo de recompensa, ya fuera en forma de tierras, botín, alimento o bienes muebles, siempre habría quienes estarían dispuestos a luchar a cambio de ella.

¿Por qué Cartago empezó entonces a acuñar moneda para sus tropas en el año 410? ¿Qué había cambiado desde la última gran campaña cartaginesa sobre la isla? G.T. Griffith, uno de los mayores especialistas en el fenómeno del mercenariado griego, ya señaló que durante el siglo V la ciudad de Atenas empezó a pagar una soldada a sus tropas, además de la intendencia de los alimentos⁸⁶. Poco después, en lugar de suministrar el alimento directamente, Atenas decidió repartir el dinero a sus tropas para que se compraran ellos mismos su comida. Sin duda, era una buena manera de mejorar la logística, ya que sus soldados podrían encargarse ellos mismos de alimentarse y los *strategoi* se ahorraban tener que organizar buena parte del tren de suministros. De esta forma la moneda se introducía en el circuito militar. Ya fuera porque a los soldados también les interesaba cobrar en moneda, que era más ligera y cómoda y por tanto, podía viajar con su dueño; o bien porque el resto de ciudades -y estados- se dieron cuenta de las ventajas que suponía respecto a otro tipo de pagos, entre finales del siglo V y comienzos del siguiente la moneda se convirtió rápidamente en una de las principales formas de pago al mercenariado⁸⁷. Una de las pocas referencias al pago de mercenarios en la literatura clásica se encuentra contextualizada precisamente en ese momento: se trata del pago de Ciro -o más bien del impago- a los mercenarios griegos contratados para derrocar a su hermano, el Gran Rey de Persia⁸⁸ (*Xen. Anab.* I, 2, 11). Otro ejemplo se encuentra en Tucídides, quién afirma que en el año 413 tanto los mercenarios tracios como los marineros atenienses cobraban 1 dracma al día (VII, 27, 2; Tuc. VI, 31, 3). En el invierno del año siguiente, Esparta redujo esta misma cantidad a 3 óbolos, aunque cabe añadir que fue una medida tomada por Tisafernes a instancias de Alcibíades, cuyas intenciones secretas eran minar las relaciones de Esparta con Persia (Tuc. VIII, 45, 1-2).

Volviendo al año 410, en el gran ejército que organizó Aníbal fueron incorporadas, siguiendo a Diodoro, tropas procedentes de Iberia y de Libia (*Diod. XIII*, 44, 4-6). Claramente, estas tropas se encontraban aún fuera de las grandes rutas de contratación de mercenarios del siglo V y por tanto, desconocían esta nueva forma de pago. No fueron ellos quienes pidieron cobrar en moneda. Ni probablemente tampoco fue Cartago quién impulsó la iniciativa. La clave para entender este temprano pago de mercenarios en plata nos la da el mismo Diodoro:

⁸⁴⁸⁴ Howgego, 1995: 13; Manfredi, 2010: 204

⁸⁵ Griffith (1935: 264) sostiene que, al menos hasta el siglo V, a menudo simplemente se pagaba a los mercenarios mediante el sustento y el avituallamiento.

⁸⁶ Griffith (1935: 264-265).

⁸⁷ Conviene recordar, por último, que el propio Griffith (1935) realizó un detallado análisis de este proceso también en un sentido filológico. En griego, la palabra más común utilizada para referirse a un mercenario es *mistophoros*.

⁸⁸ Roy, 1967.

“Después del regreso de sus embajadores, los cartagineses enviaron a los egesteos cinco mil libios y ochocientos campanos. Estas tropas habían sido llamadas como fuerzas mercenarias por los calcideos [de Sicilia] para ayudar a los atenienses en la guerra contra los siracusanos y, a su regreso después de la derrota, no tenían a nadie que reclamara sus servicios; pero entonces los cartagineses compraron caballos para todos y, dándoles unas considerables soldadas, los enviaron a Egesta⁸⁹” (Diod. XIII, 44, 1-2)

Este pasaje, que pudiera parecer totalmente baladí, en realidad es muy revelador. Fueron, ciertamente, los campanos los primeros en exigir a Cartago ser pagados mediante moneda⁹⁰. Y lo hicieron porque tan sólo unos años antes habían sido contratados precisamente por la ciudad que empezó a utilizar el sistema de pago monetario a sus soldados. Parece adecuado pensar que una vez estos mercenarios recibieron su pago en moneda durante la guerra de la expedición ateniense a Sicilia, y reconocieron las ventajas de este sistema, decidieron adoptarlo. En esos momentos el uso de la moneda se estaba generalizando rápidamente en muchos otros ámbitos, lo que sin duda favorecía su aceptación por parte de las tropas. Podemos concluir, por tanto, que fueron los mercenarios campanos quienes propiciaron la acuñación de moneda por parte del estado cartaginés. Una acuñación, no obstante, que se limitaría por espacio de medio siglo al escenario de guerra, es decir Sicilia, pues no existen evidencias de la existencia de moneda en la propia metrópolis hasta mediados del siglo IV⁹¹.

La serie acuñada para la campaña del 410/409⁹² también era de plata, de forma semejante a las primeras emisiones de Solunto y Panormo. Estas monedas eran distintas de sus predecesoras sicilianas en varios sentidos. Por una lado se acuñaron tetrádracmas de peso ático⁹³ en lugar de didracmas; se adoptó, además, un patrón tipológico uniforme, el protomo de caballo y la palmera, motivos comunes en todas ellas, aunque con variantes; por último, las leyendas monetales de las monedas del c.410 eran también distintas: *qrthdst*, *qrthdst/mhnt*, *mhnt/qrthdst*, *mhnt* o *qrthdst/qrthdst*⁹⁴ (serie NA 1-11 de Manfredi).

Precisamente estas leyendas han suscitado cierto debate acerca del lugar de fabricación de esta moneda. Jenkins⁹⁵ (1974) defiendió que estas leyendas indican la ceca de acuñación de la moneda y por tanto estas fueron fabricadas en la propia Cartago. En cambio, para muchos de

⁸⁹ “μετὰ δὲ τὴν ἐπάνοδον τῶν πρεσβευτῶν Καρχηδόνιοι μὲν τοῖς Αἴγεσταίοις ἀπέστειλαν Λίβυάς τε πεντακισχιλίους καὶ τῶν Καμπανῶν ὀκτακοσίους. οὗτοι δ' ἦσαν ύπὸ τῶν Χαλκιδέων τοῖς Αθηναίοις εἰς τὸν πρὸς Συρακοσίους πόλεμον μεμισθωμένοι, καὶ μετὰ τὴν ἥτταν καταπεπλευκότες οὐκ εἶχον τοὺς μισθοδοτήσοντας· οἱ δὲ Καρχηδόνιοι πᾶσιν ὕπους ἀγοράσαντες καὶ μισθοὺς ἀξιολόγους δόντες εἰς τὴν Αἴγεσταν κατέστησαν.” (Diod. XIII, 44, 1-2). Traducción de Juan José Torres Esbarranch para la editorial Gredos (2008).

⁹⁰ Estos campanos habían sido reclutados anteriormente por Atenas en su conflicto contra Siracusa del 415-413 (Tagliamonte: 1994: 124-129).

⁹¹ Frey-Kupper, 2014: 81.

⁹² Según Frey-Kupper (2014: 81), en circulación entre c.410 y 392.

⁹³ Frey-Kupper, 2014: 80.

⁹⁴ Manfredi, 1995: 152.

⁹⁵ Jenkins 1974: 26-27.

los especialistas en la actualidad como por ejemplo Manfredi⁹⁶, Tusa Cutroni⁹⁷ o Mildenberg⁹⁸ estas leyendas hacen referencia a la autoridad emisora y no a la ceca, y por tanto no necesariamente serían producidas en la misma ciudad. De hecho, dado que todas ellas han sido halladas en Sicilia, ésta parece haber sido su lugar de acuñación. Ya en el segundo capítulo señalábamos que el término *mhnt* hacía referencia a “ejército”, de modo que aceptamos la propuesta de Mildenberg que entendía la leyenda *qrtdhst mhnt* y sus variantes como referentes a los agentes de administración cartaginesa en la isla⁹⁹.

Ahora bien, si la ceca de estas monedas no estaba en Cartago, ¿en qué lugar de Sicilia se encontraba? No hay evidencias que puedan aportar datos concluyentes a esta pregunta, de forma que lo único que podemos hacer, hasta que la arqueología no aporte nuevos datos, es plantear las distintas hipótesis al respecto. La primera de ellas es que el cuño viajara con el ejército de Aníbal hasta una de las ciudades aliadas de Cartago y fuera allí dónde empezara la producción, quizá Entella, como propuso I. Lee¹⁰⁰. O bien que la leyenda *qrthdst*, que literalmente significa “ciudad nueva”, hiciera referencia a una supuesta nueva capital púnica en Sicilia¹⁰¹. Tampoco no debe descartarse que se tratara incluso de una ceca ambulante.

Estas son las únicas monedas cartaginenses que graban una palabra completa en la leyenda; a partir de entonces, el resto de moneda púnica, ya sea en plata, oro, bronce o electro fueron anepigráficas o bien contaron con una o dos letras solamente. Este hecho ha sido interpretado por Manfredi como una prueba de que la autoridad emisora continuaba siendo la misma: el estado cartaginés. Esta circunstancia explicaría que no fuese necesario especificarlo en ninguna moneda de tipo fenicio¹⁰².



Figura 11. Moneda sículo-púnica c. 410-395 con las leyendas QRTHDST en el anverso y MHNT en el reverso. Jenkins 002. Fuente: Wildwings.com

⁹⁶ Manfredi (1995: 153; 1999: 70; 2000: 15) es cauta a este aspecto y deja abiertas otras posibilidades, aunque tiende a mostrarse partidaria de la opción siciliana.

⁹⁷ Tusa Cutroni, 1996: 113.

⁹⁸ Mildenberg, 1989: 6-8.

⁹⁹ Mildenberg, 1989: 6-8.

¹⁰⁰ Lee, 2000.

¹⁰¹ Al respecto, ver Manfredi 1999:70.

¹⁰² Manfredi, 1999: 71.

En el plano logístico y militar, Aníbal desembarcó sus tropas en el cabo Boeo, donde posteriormente sería fundada Lilibeo. Entre estas tropas había mercenarios procedentes de Iberia, soldados cartagineses y levas africanas que fueron transportados en 60 navíos de guerra y acompañados por 2.500 naves de carga con máquinas de asedio y armas en sus bodegas (Diod. XIII, 44, 6; 54, 2). Posiblemente también habría que añadir levas obligatorias de ciudadanos de aquellos lugares más estrechamente vinculados a Cartago, tanto de Cerdeña como de Sicilia. El número total de efectivos ascendía a más de 200.000 hombres según Éforo, o 100.000 según Timeo, como recoge Diodoro (XIII, 54, 5), pero cabe pensar que se trata a todas luces de cifras exageradas. En cualquier caso la fuerza militar enorme. A ellos, además, se les unieron posteriormente soldados segesteos, tropas campanas y aliados procedentes de otras ciudades sicilianas. Una vez reunidas todas las fuerzas y dispuestas para la marcha, Aníbal se dirigió con sus tropas directamente hacia Selinunte y la sometió a asedio.

Diodoro dedica una emotiva narración a los defensores de la ciudad, que consiguieron resistir nueve días ante los arietes y las torres de asedio cartaginesas, mientras censura a las huestes púnicas por su impiedad y barbarie. Selinunte contaba en esa época con unos 14.000 habitantes¹⁰³, de los cuales tan solo 2.600 consiguieron escapar hasta Acragas. A los pocos días llegaron los primeros refuerzos siracusanos que venían a apoyar a los selinuntios, pero dado que la ciudad ya había sido asaltada y saqueada tan solo pudieron pedir a los cartagineses que liberaran a los prisioneros, previo pago de rescate. Aníbal se mostró inflexible y no cedió, pero en cambio, la intervención de un personaje particular, salvó a la ciudad del abandono (Diod. XIII, 59, 3). Se trataba de Empedión, un ciudadano selinuntio que no aparece en ninguna otra fuente y que formaba parte de la facción filocartaginesa de la ciudad. Tanto a él como a su familia Aníbal les liberó y les restituyó sus bienes. Finalmente, a cambio de un tributo, permitió que los selinuntios exiliados pudieran volver a la ciudad y reocuparan sus tierras.

He aquí dos aspectos interesantes. El primero de ellos, es la propia figura de Empedión; este personaje ejemplifica una realidad política y social poliédrica verdaderamente importante. En las ciudades sicilianas, ya fueran griegas, indígenas o fenicias, había varias facciones políticas (como también las había en el resto de grandes ciudades mediterráneas, como veremos más adelante), que, ya fuera por lazos económicos, familiares o culturales, eran más afectivas hacia unos u otros vecinos. Dicho de otra manera, a menudo tendemos a simplificar los acontecimientos históricos reduciendo el carácter político de una polis o de un estado hacia una sola dirección: si una ciudad se aliaba con otra en el curso de una guerra tendemos a pensar que toda su población se inclinaba en el mismo sentido, sin fisuras. Y la realidad, con toda probabilidad, reflejaba lo contrario. En Sagunto por ejemplo, existen evidencias que demuestran la existencia de una facción filopúnica en 219; en Masalia la facción filorromana abrió las puertas

¹⁰³ Diodoro cuenta 6.000 muertos durante el asedio, 5.000 prisioneros (Diod. XIII, 57, 6), 2.600 refugiados en Acragas (Diod. XIII, 58, 3), más los jinetes que lograron enviar hacia Gela y Siracusa en busca de ayuda días antes de la caída de la ciudad, con lo cual podríamos redondear esta cifra a unos 14.000 habitantes. A diferencia de otras referencias demográficas, que mayoritariamente solo aluden a los ciudadanos con derechos de una ciudad, en este caso, si damos crédito a sus cifras, se trataría del conjunto de habitantes de Selinunte, pues ya no sería posible discernir en la mayor parte de las cifras citadas, cuáles eran esclavos o menores de edad y cuáles no.

a una embajada republicana en ese mismo año; en Capua, las dos facciones -filorromana y filopúnica-, compitieron por el poder durante la primera década de la Segunda Guerra Púnica; incluso en Siracusa hubo partidos que abogaban por un acercamiento a Cartago durante los siglos IV y III¹⁰⁴. En el caso que nos ocupa, en Selinunte, la facción más cercana a Cartago estaba liderada por un personaje llamado Empedión.

El segundo aspecto relevante del pasaje de Diodoro es la subordinación a ciudad tributaria de Selinunte. En un momento en el que no existía ningún tipo de dominación territorial en Sicilia por parte del estado cartaginés, Aníbal prefirió convertirla en tributaria en lugar de destruirla, previo escarmiento mediante la matanza o esclavización de la mayor parte de su población. Si la hubiera destruido totalmente el resto de ciudades griegas habrían dejado de lado sus disputas internas y hubieran hecho causa común contra el ejército púnico¹⁰⁵; y además hubieran defendido sus ciudades con mucha más tenacidad dado que las alternativas habrían sido vencer o morir con la ciudad. En cambio, el mensaje que lanzaba Aníbal al resto de ciudades sicilianas era claro: *si os enfrentáis a mi conquistaré vuestra ciudad, liquidaré vuestros hombres y venderé a vuestras mujeres e hijos como esclavos; si estáis de mi parte, como Empedión y sus partidarios, respetaré vuestros bienes y ciudades*. De esta forma daba alas a las disensiones internas en las ciudades griegas, entre los partidarios a favor o en contra de un acercamiento a los cartagineses. También es destacable que Diodoro no menciona en ningún momento el establecimiento de guarnición púnica alguna en la vencida Selinunte, algo que hubiera sido tomado con suspicacia y mal acogido entre el resto de colonias griegas, tan celosas de su autonomía.

Derrotada Selinunte, sólo había otra ciudad griega que pudiera representar un peligro para Segesta y, especialmente, para los intereses fenicio-púnicos de Solunto y Panormo: Hímera. Esta ciudad era para Cartago el símbolo de su debilidad, una vergüenza para su clase militar y la tumba de miles de sus conciudadanos. Pero además de todo ello, para Aníbal tenía un significado mucho más profundo y personal: cerca de sus muros murió su abuelo debido a una estratagema de Gelón, y aquella derrota comportó la caída en desgracia de su dinastía y el destierro de su padre (Diod. XIII, 43, 5; 59, 5). He aquí la razón por la que, desde un inicio, Aníbal quiso comandar esta expedición (Diod. XIII, 43, 5). La ciudad fue cercada y, al tercer día, cayó. Por suerte para ellos, la mayor parte de sus ciudadanos pudieron ser evacuados por mar gracias a las naves que envió el siracusano Hermócrates¹⁰⁶, pero la ciudad fue saqueada y destruida, incluidos sus templos (Diod. XIII, 62, 3-4). Una vez conseguidos sus objetivos, Aníbal licenció a la mayor parte de sus tropas y retornó a Cartago con un cuantioso botín (Diod. XIII, 62, 5-6).

¹⁰⁴ A menudo estos lazos políticos y económicos se personificaban en una figura llamada *próxenos*, un enlace o intermediario de una ciudad para los ciudadanos de otra. En el capítulo 3 vimos a un *próxenos* cartaginés de Tebas, Nobas. Quizás otro ejemplo, pero esta vez en Hímera, fuera Terillos (Hdt, VII, 165), líder de la facción filocartaginesa y tirano de la ciudad en la década de 480 (Champion, 2010: 35).

¹⁰⁵ Recordemos que en esa misma época Siracusa se enfrentaba a Naxos, Catana y Leontinos, que habían apoyado a Atenas unos años antes (Diod. XIII, 56, 2).

¹⁰⁶ Hermócrates, después de haber sido condenado al exilio por Siracusa mientras apoyaba a los espartanos en la Guerra del Peloponeso, volvió a Sicilia gracias al apoyo económico del sátrapa persa Farnabazo (Diod. XIII, 63, 1-2). Sordi, 1981; Vanotti, 2005.

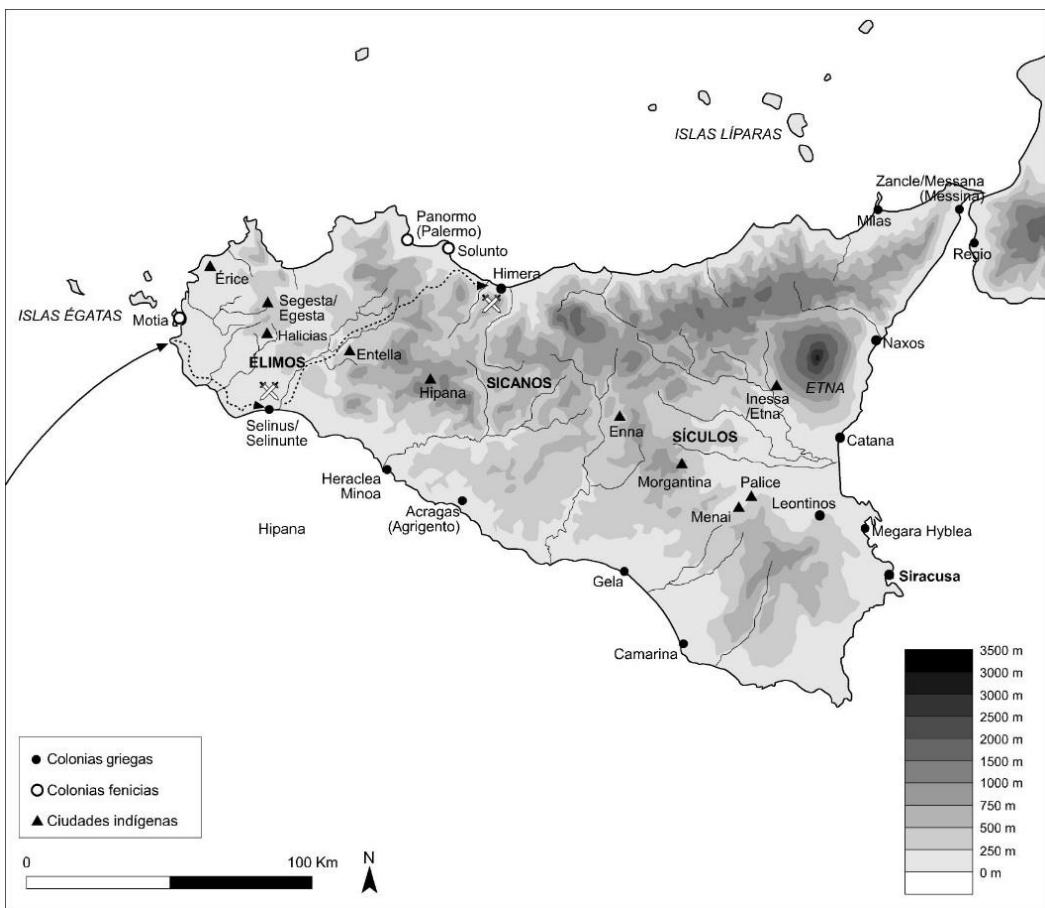


Figura 12. Campaña de Aníbal en el año 409.

¿Cuál era el motivo real de la intervención cartaginesa en Sicilia? Segesta, en efecto, había pedido ayuda a Cartago ante la ofensiva selinuntia hacia su territorio; pero de igual modo que la toma de Sagunto no fue la causa de fondo del estallido de la Segunda Guerra Púnica, tampoco podemos explicar la invasión de Sicilia del 409 con unas fuerzas militares tan enormes tan solo como una operación para salvaguardar a una ciudad aliada. A tenor de las acciones del general Aníbal la impresión no es la de resolver un conflicto regional, sino la de consolidar un protectorado cartaginés en la isla que incluyera las antiguas colonias fenicias y el territorio élimo. Pero al contrario que las campañas venideras, las fuerzas cartaginenses no fueron más allá. Con un ejército de aquellas dimensiones y con Siracusa inmersa en luchas intestinas y extranjeras, cabe preguntarnos por qué Aníbal no continuó su campaña hacia el este, teniendo en cuenta, además, el apoyo de las poblaciones indígenas. Quizá se trató de un exceso de celo o bien, simplemente, las órdenes del Senado le prohibieron emprender una guerra abierta contra Siracusa.

Sea como fuere, a la partida de Aníbal le siguió la contraofensiva de Hermócrates, que pretendía reunir apoyos entre los siciliotas enfrentándose a los púnicos con el objetivo final de volver a Siracusa, ya fuera mediante la revocación de su exilio, ya mediante la fuerza. Así, Hermócrates retomó Selinunte, liberándola de su tributo, y luego saqueó los territorios de las colonias fenicias de Motya y Panormo (Diod. XIII, 63). Al año siguiente, en el 408/407, después de intentar en vano ganarse las simpatías de la población siracusana, intentó tomar la ciudad por la fuerza

mediante un ataque nocturno. Sin embargo, el plan fue descubierto y la población siracusana rodeó y atacó a los golpistas. La mayor parte de ellos resultaron muertos, incluido el propio Hermócrates. El resto de su grupo fue condenado al exilio; pero hubo algunos que consiguieron escapar. Y entre ellos se hallaba Dionisio, el futuro tirano de la ciudad (Diod. XIII, 75, 2-9).

Por aquel entonces, Cartago fundó una colonia al norte de Sicilia, muy cercana a la ruinas de Hímera, a la que llamó Terma (Diod. XIII, 79, 8). Esta fundación debió de producirse hacia el 408. Sorprende el lugar escogido para construir esta ciudad, muy cerca de las colonias fenicias de Panormo y Solunto, y por tanto encarada hacia el mar Tirreno, en lugar de construirla en la costa sur de la isla, más próxima a Cartago y con algunas ciudades griegas importantes potencialmente peligrosas. Quizá el Senado cartaginés pensó que con Selinunte bajo su protección y con un gobierno filopúnico al mando, ya tenían un enclave estratégico en esa zona. Pero Hermócrates había retomado Selinunte hacia el 408 e incluso la había convertido en su base de operaciones antes de marchar sobre Siracusa, de modo que la decisión de fundar Terma en la costa norte debió de producirse en los primeros meses de aquel año.

Al mismo tiempo, Siracusa envió legados a Cartago como respuesta a la campaña de Aníbal y para encontrar una solución al conflicto, pero Cartago respondió de forma ambigua (Diod. XIII, 79, 8), probablemente debido a la contraofensiva de Hermócrates, que estaba actuando en contra de los intereses púnicos en esos momentos. De esta forma, el senado púnico mandó organizar un nuevo ejército para partir hacia Sicilia bajo el mando de Aníbal e Himilcón. Diodoro afirma que el segundo tan sólo lo acompañaba por petición expresa del primero, dada su avanzada edad, y por lo tanto no debiéramos ver en este episodio ningún ejemplo de magistratura bicéfala. De nuevo, se reclutaron mercenarios en Iberia, las Baleares y Campania, se movilizaron levas en la propia Cartago y en las ciudades fenicias y libias más cercanas, y se pidieron tropas a los reinos mauros y africanos hasta Cirene, sumando un total de poco más de 120.000 hombres, según Timeo¹⁰⁷ (Diod. XIII, 80, 2-5).

El ejército púnico desembarcó en Sicilia en el año 406/405 y rápidamente puso cerco a la ciudad de Acragas, que por aquel entonces contaba con unos 200.000 habitantes¹⁰⁸. Dada la posición de Acragas, no parece descabellado pensar que las tropas desembarcaran en Selinunte, que después de la partida de Hermócrates habría quedado de nuevo bajo el control de la facción filopúnica. Sin embargo, a diferencia de la campaña anterior, esta vez las ciudades griegas esperaban el ataque púnico y prepararon bien sus defensas y su aparato diplomático y logístico. Se solicitó ayuda tanto a las ciudades griegas de Italia como a las de la propia Hélade y se incorporaron nuevas tropas a filas, entre ellas, los mercenarios campanos que habían servido a Aníbal y que se mostraron disconformes con la paga al final de la campaña anterior. También acudió a Acragas el lacedemonio Dexipo, al mando de 1.500 mercenarios (Diod. XIII, 85, 3-4).

Al poco de empezar el asedio se produjo una epidemia en el campamento cartaginés que segó la vida de Aníbal y de numerosos soldados. Himilcón tomó el control del ejército, y retomó el asedio, pero pronto aumentaron las dificultades. Un ejército de 40.000 hombres procedente de Siracusa acampó cerca de los cartagineses y empezó a hostigar a las tropas encargadas del avituallamiento. Pronto, los alimentos empezaron a escasear y los campanos a punto estuvieron

¹⁰⁷ Según Diodoro, Éforo contabilizó en ese ejército 300.000 hombres (Diod. XIII, 80, 5).

¹⁰⁸ De los cuales, 20.000 eran ciudadanos (Diod. XIII, 84, 3).

de pasarse al enemigo. Pero entonces, Himilcón consiguió información acerca de un cargamento de grano procedente de Siracusa con destino a Acragas y rápidamente movilizó a la flota establecida en Motya para que sorprendieran a estas naves, logrando una valiosísima provisión de alimentos y privando de ella a los acragantinos. Así, la situación dio la vuelta de tal manera que, al poco, los acragantinos empezaron a padecer escasez de alimentos, provocando la deserción de algunos mercenarios. El mismo Dexipo también abandonó la ciudad. Según Diodoro, el general lacedemonio fue sobornado con quince talentos de oro, y arguyó como excusa que su mandato había expirado (Diod. XIII, 88). La ciudad cayó después de un asedio de ocho meses, según Diodoro (Diod. XIII, 91, 1), siete según Jenofonte (*Xen, Hel.*, I, 5, 21)¹⁰⁹.

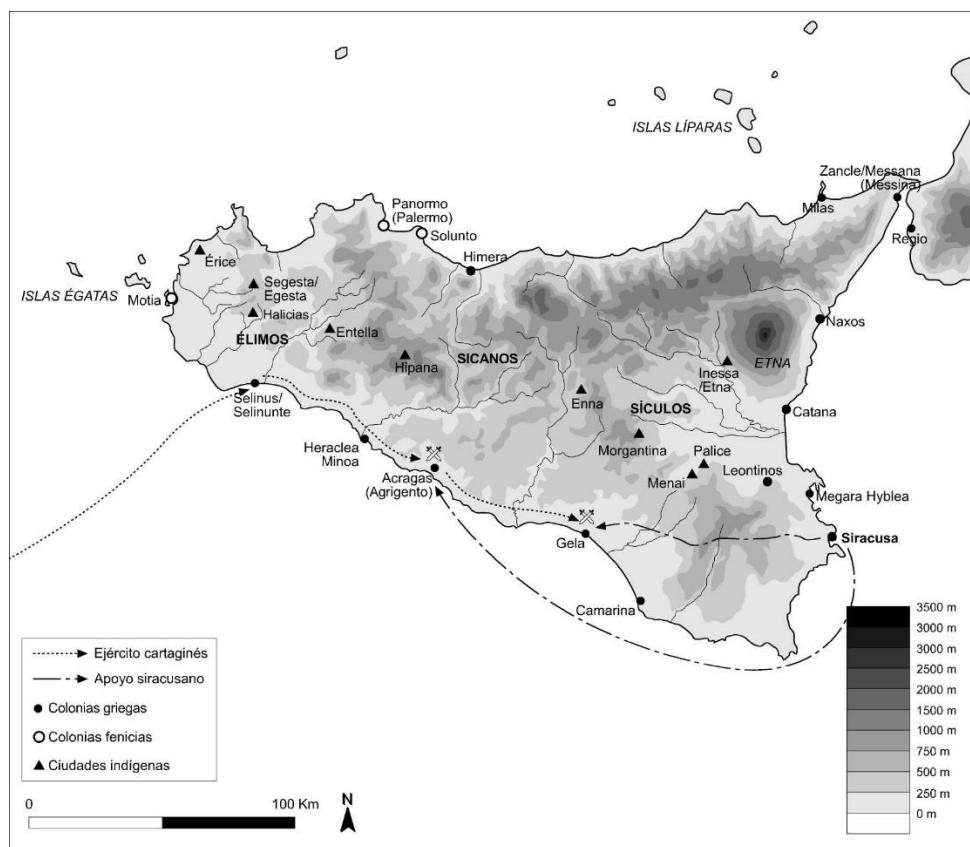


Figura 13. Campaña de Aníbal e Himilcón en 406/405.

¹⁰⁹ Frontino y Polieno relatan la que quizá fuera la estratagema que utilizó Himilcón para derrotar definitivamente a unos hambrientos acragantinos. Fingiendo la retirada de su ejército, los acragantinos salieron de la ciudad y los persiguieron, pero entonces una parte del ejército cartaginés hizo hogueras al pie de la ciudad. Desde lejos, los acragantinos que habían salido en persecución vieron las llamas y pensaron que la ciudad estaba ardiendo; al punto dieron la vuelta, pero entonces los cartagineses en retirada junto con otro cuerpo de ejército escondido les tendieron una emboscada y los liquidaron (Front, *Strat.*, III, 10, 5), (Polien. V, 10, 4).

Mientras Himilcón se dirigía hacia Gela, en Siracusa la población estaba cada vez más nerviosa. Creían, no sin razón, que si caía Gela, ellos serían el siguiente objetivo de Cartago. Aprovechando el tumulto y el poco apoyo popular a los generales de ese momento, Dionisio se las ingenió para llegar al generalato, y una vez ahí, se autoproclamó tirano (Diod. XIII, 91-96; Xen, *Hel.*, II, 2, 24; Poliè, *Estrat.*, V, 2, 2). Consiguió reunir un ejército de 50.000 hombres¹¹⁰ formado por población siracusana, aliados itálicos y mercenarios de procedencia no especificada (posiblemente griegos) (Diod. XIII, 109, 1-2). Pero los esfuerzos de Dionisio no fueron suficientes: su ejército fue derrotado y Gela, tomada y saqueada.

Diodoro relata los conflictos que estallaron contra Dionisio durante su retirada hacia Siracusa, y todo hacía prever un asedio a la ciudad, pero justo entonces el relato de Diodoro se interrumpe debido a una laguna en el texto que no ha podido ser recuperada. Siendo nuestro único testimonio al respecto, la pérdida es importante. La narración se reanuda con la invitación de Himilcón a un tratado de paz, a la que Dionisio accede rápidamente. La respuesta a esta repentina cancelación de la ofensiva púnica puede encontrarse unas líneas más abajo. El historiador siciliano relata que Himilcón retornó a Cartago con la mitad de sus hombres, pues la otra mitad había perecido debido a la epidemia contraída en Acragas; una vez en África, la epidemia se propagó entre los cartagineses y sus aliados (Diod. XIII, 114, 2; Just., *Epítome*, XIX, 2-3).

Los términos del tratado entre Himilcón y Dionisio mostraban claramente la posición de fortaleza con que Cartago se consolidaba en la isla: quedaban bajo dominio púnico los territorios élimos, sicanos, además de los que ya controlaba anteriormente¹¹¹. Las ciudades de Selinunte, Acragas, Hímera, Gela y Camarina podían volver a ser ocupadas siempre y cuando no fueran amuralladas y sus habitantes pagaran un tributo anual a Cartago. Por otra parte los habitantes de Leontinos, los mesenios y los sículos -con quiénes Siracusa estaba en guerra cuando Himilcón desembarcó en Sicilia- mantendrían su autonomía respecto Siracusa (Diod. XIII, 114, 1).

¹¹⁰ 30.000 hombres según Timeo (Diod. XIII, 109, 2).

¹¹¹ Tusa, 1982-1983; Anello, 1986.

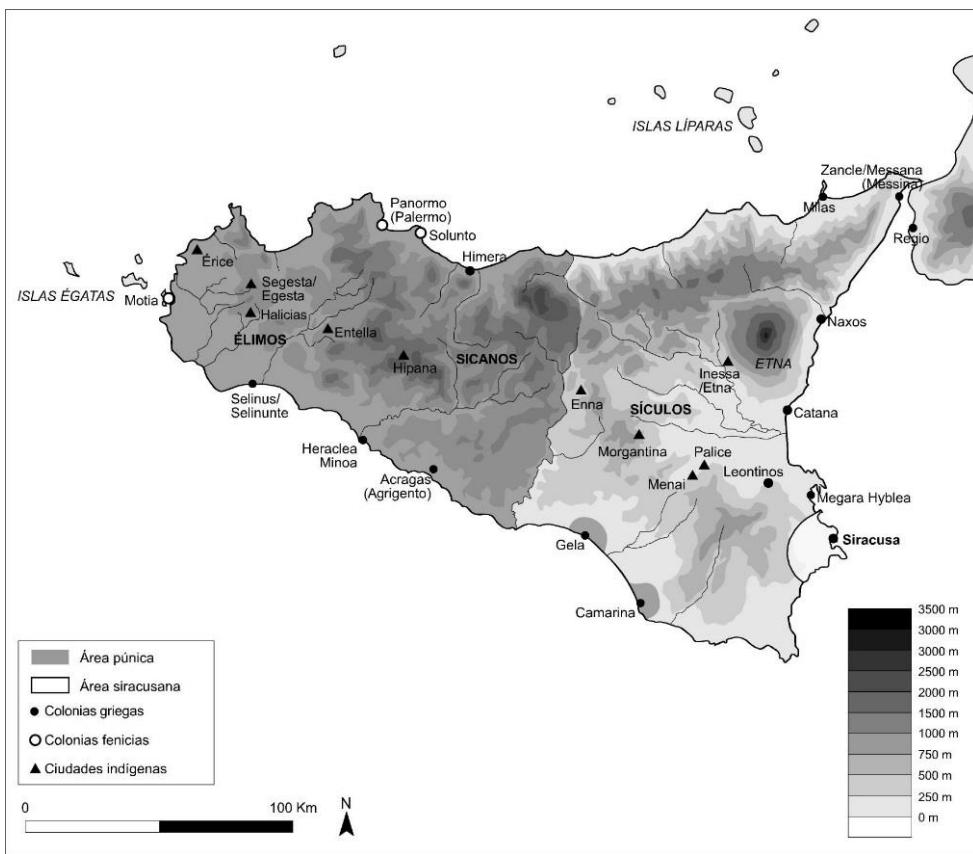


Figura 14. Reparto de las áreas bajo dominio púnico y siracusano con el Tratado del año 405.

5.2.3. Las guerras contra Dionisio el Viejo (397-358)

Durante el largo periodo en que Dionisio ejerció la tiranía en Siracusa el enfrentamiento político y militar contra Cartago por el control de Sicilia fue constante. Las ambiciones del tirano ampliaron la órbita de la guerra por el control del eje mediterráneo hasta Etruria, la Hélade e incluso a pueblos galos, mientras que, por su parte, Cartago incrementó sus relaciones con Iberia y el norte de África en busca de más tropas y más recursos.

Una vez logró vencer a sus opositores y fortalecer su posición política en Siracusa, Dionisio reanudó su guerra contra las ciudades griegas y sículas. Etna, Enna, Herbita, Naxos, Catana y finalmente, Leontinos, fueron cayendo bajo su órbita. Catana y Naxos fueron saqueadas y sus habitantes reducidos a la esclavitud (Diod. XIV, 15, 2-3). Además, ambas ciudades fueron entregadas a campanos y sículos respectivamente para ganarse sus apoyos¹¹². Por su parte, los habitantes de Leontinos fueron obligados a abandonar su ciudad y trasladarse a Siracusa. Asistimos aquí a una práctica no desconocida en la antigüedad pero sí notablemente explotada por Dionisio I: la deportación¹¹³.

¹¹² Caven, 1990: 86-87.

¹¹³ Anello, 2002: 358-359; Sordi, 1980: 27-30.

III Guerra Greco-púnica (396-392)

Durante los siguientes años, aproximadamente entre el 402 y el 398, Dionisio estuvo concentrado en fortalecer el poderío militar de Siracusa y su papel como potencia hegemónica en el Mediterráneo central. Una vez consolidado ese poder, se dispuso a invadir los territorios cartagineses en la isla. Ciertamente, el tirano ya había contravenido las cláusulas del tratado del año 405 conquistando las ciudades calcídeas de la isla, pero desconocemos cualquier tipo de multa o represalia exigida por Cartago ante la ruptura del acuerdo. Es posible que la metrópolis norteafricana tuviera sus propios problemas internos -probablemente debido a la epidemia que trajo Himilcón consigo- o bien, simplemente, no quería empezar una nueva guerra con sus efectivos tan reducidos, luchando por unas ciudades que, al fin y al cabo, estaban fuera de sus dominios.

Sin embargo, la ofensiva que Dionisio inició en el año 398/397 ya no era una cuestión menor, sino una afrenta total a los intereses púnicos. Dionisio convenció a los siracusanos de la conveniencia de aprovechar la debilidad de Cartago para acabar con ella y con la amenaza constante que significaba para toda la isla. La idea que se desprende de la narración de Diodoro es, de nuevo, que la tiranía se sustenta en el miedo de los ciudadanos¹¹⁴; primero, en el miedo hacia una amenaza exterior, por la cual se permite que un solo hombre posea tanto el poder político como el militar y que la ciudadanía se olvide del resto de sus problemas internos; el segundo, en el miedo hacia el propio tirano y la facilidad con que éste podía acabar con sus enemigos políticos sin ningún tipo de impedimento legal. Dionisio sabía muy bien cuáles eran sus armas y estuvo preparándose para fortalecer su posición durante los años precedentes. En una ciudad tan densamente poblada como Siracusa, le convenía ganarse el favor de buena parte de los siracusanos, algo que logró mediante la construcción de edificios públicos, medidas populares y discursos bien elaborados, presentándose a sí mismo como el salvador de la patria y a los cartagineses como el enemigo contra el cual debían unirse para defender la ciudad. También procuró mantener la fidelidad de tropas propias y extranjeras mediante la donación de lotes de tierras y alojamientos en la ciudad¹¹⁵(Diod. XIV, 7, 4-5).

Dionisio preparó la guerra con esmero. Según Diodoro, consiguió reunir una gran cantidad de artesanos procedentes, no sólo de las ciudades bajo su autoridad, sino también de Italia y Grecia “e incluso de regiones sometidas al poder cartaginés¹¹⁶” (Diod. XIV, 41, 3), es decir, ciudades de la Sicilia oriental. De Italia también hizo importar toneladas de madera para la construcción de armamento. Mientras preparaba sus ejércitos con nuevas máquinas de guerra -quinquerremes y catapultas- no desatendía su liderazgo popular mediante discursos ante la Asamblea (Diod. XIV, 41, 3; 42, 1-3). Al terminar una de sus intervenciones hostiles contra Cartago, Dionisio permitió a parte de los siracusanos que se armasen y atacaran a los cartagineses que vivían y comerciaban en la ciudad en aquellos momentos. Las propiedades de estos cartagineses fueron sometidas al pillaje e imaginamos que sus propietarios serían agredidos en el menor de los casos. Este estallido de violencia se propagó rápidamente por otras ciudades griegas de la isla y aquellas que estaban bajo dominio cartaginés, se revelaron abiertamente (Diod. XIV, 46, 1-3).

¹¹⁴ Por ejemplo, en Diod. XIV, 7, 1.

¹¹⁵ Caven, 1990: 93-97.

¹¹⁶ “ἔτι δὲ τῆς Καρχηδονίων ἐπικρατείας” (Diod. XIV, 41, 3).

Una vez hubo hecho todos los preparativos, y sólo entonces, Dionisio envió a una delegación diplomática a Cartago instándola a abandonar las ciudades que tenía bajo su control. Según Diodoro, el senado cartaginés¹¹⁷ se mostró muy preocupado por estos acontecimientos, pues su población había disminuido notablemente debido a la epidemia, y mandó contratar mercenarios a Europa (Diod. XIV, 47, 1-3).

El inicio de la campaña se produjo en 397/396 y ya hemos visto como Dionisio había logrado reclutar tropas procedentes de Grecia, Italia y del resto de Sicilia bajo su mando. Diodoro señala que entre ellos había mercenarios y aliados (Diod. XIV, 47, 4). Durante su marcha hacia el oeste de la isla otras ciudades griegas le abrieron sus puertas y aportaron aún más soldados. Incluso varias ciudades élicas y sicanas prefirieron antes apoyarle que enfrentarse a su ejército. Tan sólo Halicias, Solunto, Segesta, Panormo y Entela permanecieron fieles a los cartagineses (Diod. XIV, 48, 5). Ninguna noticia, sin embargo, de Therma. Dionisio se dirigió directamente hacia el corazón político de Cartago en la isla: Motya. Después de un largo asedio, en el cual Cartago tan solo apoyó a sus compatriotas con un ataque relámpago a la flota siracusana, la ciudad cayó en manos griegas. En el asalto final se distinguieron las tropas de un tal Arquilo (Diod. XIV, 52, 5; 53, 4) procedente de la ciudad itálica de Turios. Con la caída de Motya¹¹⁸, Dionisio y su hermano Leptines concentraron sus esfuerzos sobre las ciudades filocartaginenses que aún no habían sido tomadas. Una a una fueron cayendo mediante el uso de la fuerza (caso de Segesta) o la diplomacia (caso de Halicias) durante el transcurso del resto de aquel año y el inicio del siguiente. En un breve plazo la isla de Sicilia había caído completamente bajo la hegemonía de Siracusa y, salvo la tímida incursión de Himilcón, Cartago seguía desaparecida de escena. El tratado de paz no había durado ni tan sólo una década.

Parece que Diodoro no tenía mucha información acerca de Cartago durante este periodo. Quizá sus fuentes principales al respecto, Éforo y Timeo, desconocieran también cuales eran las decisiones que se tomaron en la metrópolis africana en aquellos momentos. Diodoro se muestra impreciso y errático al hablar de las repercusiones políticas y militares que tuvo la campaña de Dionisio en Cartago¹¹⁹. Parece, de hecho, que estuviera improvisando la redacción. En cambio, una vez el senado púnico decidió finalmente tomar cartas en el asunto, sus apreciaciones son mucho más precisas:

"Por esa razón, después de haber designado a Himilcón como soberano [rab] de acuerdo con la ley, juntaron tropas procedentes de todos los puntos de Libia, y

¹¹⁷ Diodoro utiliza aquí *gerousía* y *synkletos* para referirse al Senado cartaginés (Diod. XIV, 47, 1-2).

¹¹⁸ Merece ser mencionado el hecho que Diodoro afirma que entre los defensores de Motya también había griegos -quizá enemigos políticos de Dionisio- entre los cuales menciona a un tal Daímenes (Diod. XIV, 53, 4).

¹¹⁹ Por ejemplo, Diodoro afirma que durante la ofensiva siracusana, Cartago mandó reclutar mercenarios "a Europa", sin ningún tipo de especificación o explicación ulterior (Diod. XIV, 47, 3). Posteriormente, narra por duplicado lo que parece a todas luces la misma operación bélica -la incursión naval de Himilcón- en Diod. XIV, 49 y XIV, 50, aunque en el primer fragmento participan 10 naves en el ataque y en el segundo, 100.

también de Iberia, en parte convocadas entre sus aliados y en parte reclutadas como fuerzas mercenarias¹²⁰" (Diod. XIV, 54, 5)

Seguidamente, el historiador siciliano enumera el número y tipo de tropas -infantería, caballería y carros- que según Timeo y Éforo, ahora citados explícitamente, componían el ejército cartaginés que lideró el contraataque (Diod. XIV, 54, 5-6).

Himilcón desembarcó en Panormo, en la costa norte de la isla, en el año 396. Desde ahí se dirigió, con las tropas terrestres, hacia Érix y Motya, que recuperó para los cartagineses. Algunas ciudades élicas y sicanas empezaron a entablar alianzas con ellos, desobedeciendo la autoridad de Siracusa (Diod. XIV, 55, 7). Posteriormente, el ejército púnico regresó con la flota y se dirigió hacia Hímera y Lípara, que también se rindieron rápidamente (Diod. XIV, 56, 2). Mientras Dionisio, ante la magnitud del ejército enemigo, se replegaba a Siracusa, Himilcón desembarcó en el cabo Pelorio, en el vértice nororiental de la isla, con la intención de tomar Mesina. Los mesenios fueron a su encuentro, pero cayeron totalmente derrotados y su ciudad, que había quedado desguarnecida, fue tomada por mar gracias al almirante Magón (Diod. XIV, 57, 1-5). En ese momento, la mayor parte de sículos que habían caído bajo órbita siracusana se pasaron a los cartagineses, reuniéndose con Magón en el lugar donde se fundaría Tauromenio (Diod. XIV, 59, 1-2). Dionisio mandó entonces a su hermano Leptines al frente de la armada contra la flota de Magón, mientras el tirano avanzaba con sus tropas hacia el norte. La batalla naval tuvo lugar aguas adentro, cerca de Catana, y la victoria se inclinó, de nuevo, del lado cartaginés. En ese momento Dionisio temió que, al igual que había ocurrido con Mesina, la flota de Magón se apoderase de Siracusa sin encontrar oposición, así que rehusó ir al encuentro de Himilcón y prefirió retirarse a su ciudad.

En unas pocas semanas, Himilcón había conseguido el control de todo el norte de la isla y, aún más importante, había logrado cortar el paso de eventuales apoyos greco-itálicos a través del estrecho de Mesina. Además, la mayor parte de ciudades indígenas importantes concluyeron alianzas con ellos, de modo que a Dionisio no le quedó más remedio que buscar apoyos fuera de Sicilia. Antes que la flota de Magón cerrara el puerto de Siracusa Dionisio envió a su cuñado Políxeno a recabar refuerzos en Italia, Corinto y Lacedemonia (Diod. XIV, 62, 1). Entre éstos últimos se encontraba el navarca espartano, Fárax (o Farácidas) (Diod. XIV, 63, 2; Plut. *Dion.* 48, 8). Pero no fueron estos refuerzos los que salvaron la ciudad. Como ya había sucedido en otras ocasiones anteriores¹²¹, una epidemia se extendió entre el ejército asediante y al cabo de unos días se hizo evidente que la situación era ya dramática¹²². Aprovechando la ocasión, Dionisio atacó por sorpresa por tierra y por mar, logrando una gran victoria. Himilcón se vio forzado, inesperadamente, a concluir una rendición para poder huir a Cartago tan sólo con sus propios

¹²⁰ “διόπερ Ἰμίλκωνα βασιλέα κατὰ νόμον καταστήσαντες, ἐκ τῆς Λιβύης ὅλης, ἔτι δ' ἐκ τῆς Ἰβηρίας συνήγαγον δυνάμεις, τὰς μὲν παρὰ τῶν συμμάχων μεταπεμπόμενοι, τὰς δὲ μισθούμενοι” (Diod. XIV, 54, 5). Traducción de Juan José Torres Esbarranch para la editorial Gredos (2008).

¹²¹ Los atenienses padecieron también una epidemia mientras asediaban Siracusa en el año 413. Unos pocos años después, el ejército púnico también tuvo que retirarse inesperadamente de la isla debido a una epidemia contraída durante el asedio a Acragas.

¹²² Aunque excesiva, la cifra de muertos por epidemia en Diodoro, 150.000 hombres, da buena cuenta de las causas del desastre cartaginés.

conciudadanos. El resto del ejército, aliados siciliotas y mercenarios iberos en su mayoría, fueron abandonados a su merced en la isla. (Diod. XIV, 75, 1-3).

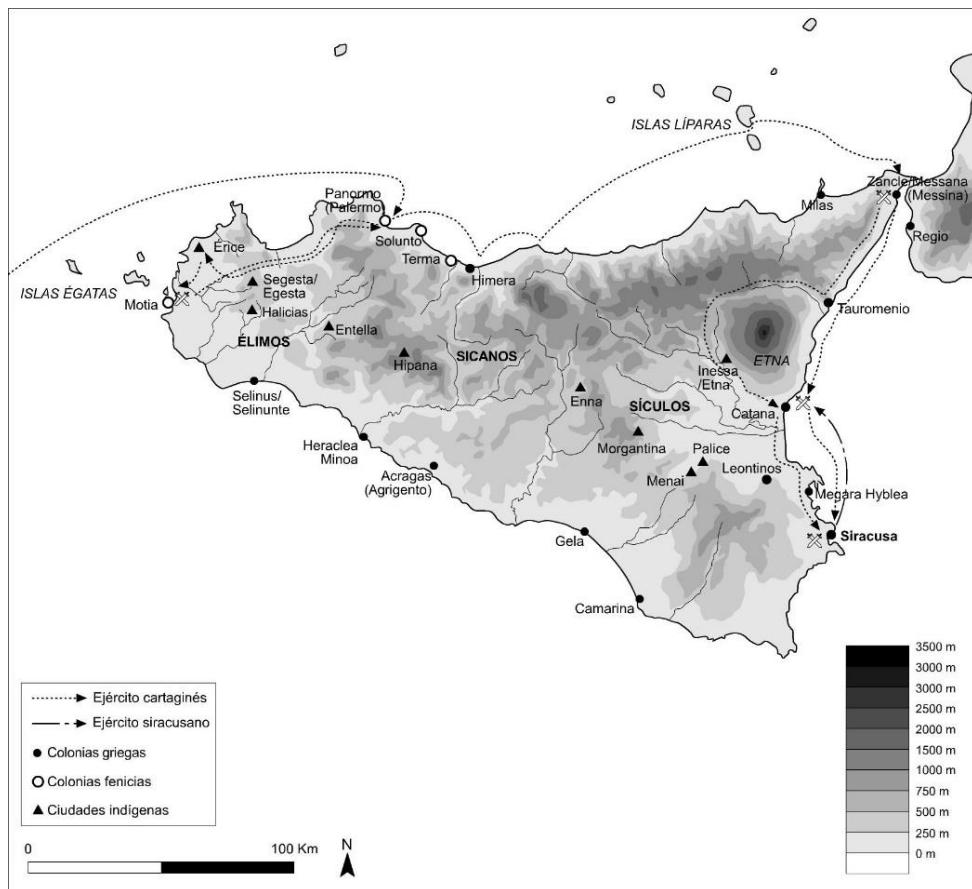


Figura 15. Campaña sobre Sicilia del general cartaginés Himilcón en el año 396.

Himilcón regresó a Cartago y, si damos crédito a Diodoro, al poco tiempo se suicidó debido a la deshonrosa situación en la que se encontraba. Sin embargo, si analizamos detenidamente el pasaje en cuestión (Diod. XIV, 76), nos parece más bien una reflexión sobre el cambio de la fortuna y la impiedad de los cartagineses hacia los dioses que no un relato historiográfico, de modo que tenemos nuestras reservas acerca del destino final del general púnico.

Por su parte, Dionisio contrató a buena parte de los mercenarios íberos que habían sido abandonados en la isla (Diod. XIV, 75, 9). Farácidas debió de abandonar Siracusa por aquel entonces, ya que al año siguiente se encontraba en Rodas liderando una flota de 120 naves espartanas (Diod. XIV, 79, 4), pero una buena parte de mercenarios peloponesios se quedaron al servicio de Dionisio. Diodoro igualmente nos informa de la presencia de cerca de 10.000 mercenarios al servicio del tirano, bajo el mando de otro lacedemonio, Aristóteles (Diod. XIV, 78, 1-2). Debido al enorme coste para las finanzas del Estado que suponía mantener tal cantidad de tropas, Dionisio les entregó a los mercenarios la ciudad y el territorio de Leontinos en compensación por su paga (Diod. XIV, 78, 3). Esta acción fue repetida cinco años más tarde, en

391, en la ciudad de Tauromenio, dónde el tirano expulsó a los súculos y estableció en ella a buena parte de sus mercenarios (Diod. XIV, 96, 4).

La victoria frente a Himilcón impulsó a Dionisio a recuperar, militar o diplomáticamente, la mayor parte de grandes ciudades sicilianas (Diod. XIV, 78). El tirano marchó de nuevo hacia occidente y atacó la ciudad de Solunto, que cayó en el año 395. No obstante, el general Magón, muy probablemente el antiguo almirante de Himilcón que había derrotado a Leptines, había permanecido en la isla y lideró una nueva contraofensiva. La estrategia de Magón, a diferencia de sus predecesores en el cargo, parece que se centró más en la diplomacia y en orquestar una coalición contra Dionisio, que no en un ataque frontal contra Siracusa, tal y como Cartago había actuado hasta entonces. Es posible que Magón fuera, en efecto, un general con unos planteamientos estratégicos distintos a los de Himilcón y Aníbal. Sin embargo la verdadera causa de este cambio de paradigma debe fijarse en la situación de crisis que estaba viviendo Cartago en esos momentos, envuelta en una sublevación contra sus súbditos norteafricanos (ver capítulo 3). En esas circunstancias, Magón tenía que organizar y formar una defensa ante Dionisio contando tan sólo con sus propios recursos; es por ello por lo que, ante la falta de recursos humanos y materiales procedentes de la metrópolis, tuvo que granjearse el apoyo de las ciudades indígenas. Diodoro destaca que:

"se comportaba con humanidad con las ciudades sometidas y acogía a aquellos a los que Dionisio hacía la guerra. Concertó asimismo alianzas con la mayor parte de los súculos"¹²³ Diod. XIV, 90, 3

Una vez Magón logró reunir una fuerza considerable se trasladó al territorio de Mesina (recordemos que en ese momento la ciudad estaba en ruinas), saqueó su territorio y se instaló junto a la ciudad aliada de Abacene. Dionisio fue a su encuentro y, tras una batalla, obligó a Magón a retirarse de nuevo (Diod. XIV, 90, 3-4). Acto seguido, el tirano trató de tomar Regio por sorpresa, aunque no lo consiguió (Diod. XIV, 90, 5-6). Diodoro no relaciona ambos sucesos, pese a que los narra de forma concatenada. Desde nuestro punto de vista existe una alta probabilidad de que Magón y los reginos fueran aliados en esos momentos, no tan sólo porque tuvieran un enemigo en común, sino también por la inclinación de ambos hacia la búsqueda de aliados: Magón con la población indígena siciliota; Regio formando parte de la Liga Italiota. Además, la ruta de ataque de Magón no era casual. En efecto, Mesina y Abacene se encontraban justo en la costa siciliana del estrecho de Mesina, enfrente de Regio. No parece casualidad que ambas operaciones militares se produjeran simultáneamente.

Al año siguiente, en 392/391, ya con la sublevación africana apaciguada, Cartago logró enviar a Magón un numeroso contingente de tropas -80.000 hombres- procedente de Cerdeña, Libia e Italia (Diod. XIV, 95, 1). Magón y Dionisio se enfrentaron de nuevo en el centro de la isla, cerca de Agirio, y nuevamente las tropas griegas salieron victoriosas. Con esta derrota concluyó la

¹²³ “ταῖς τε γὰρ ὑποτεταγμέναις πόλεσι φιλανθρώπως προσεφέρετο καὶ τοὺς ὑπὸ Διονυσίου πολεμουμένους ὑπεδέχετο.” (Diod. XIV, 90, 3). Traducción de Juan José Torres Esbarranch para la editorial Gredos (2008).

guerra que había estallado cinco años antes y se firmó un nuevo tratado de paz¹²⁴ que, debido a problemas de división interna, Dionisio no pudo explotar tanto como hubiera querido. Diodoro lo detalla de forma escueta:

“Las cláusulas eran, en líneas generales, similares a las del tratado precedente [es decir, el del 405], pero se añadía que los sículos pasarían a estar bajo la autoridad de Dionisio, que también recibiría Tauromenio¹²⁵” Diod. XIV, 96, 4.

Terminaba así la Tercera Guerra Greco-púnica, que no significó un cambio drástico para los territorios púnicos en la isla. Más bien reforzaban la autoridad de Cartago en la zona, habida cuenta de la amenaza constante que significaba Dionisio¹²⁶.

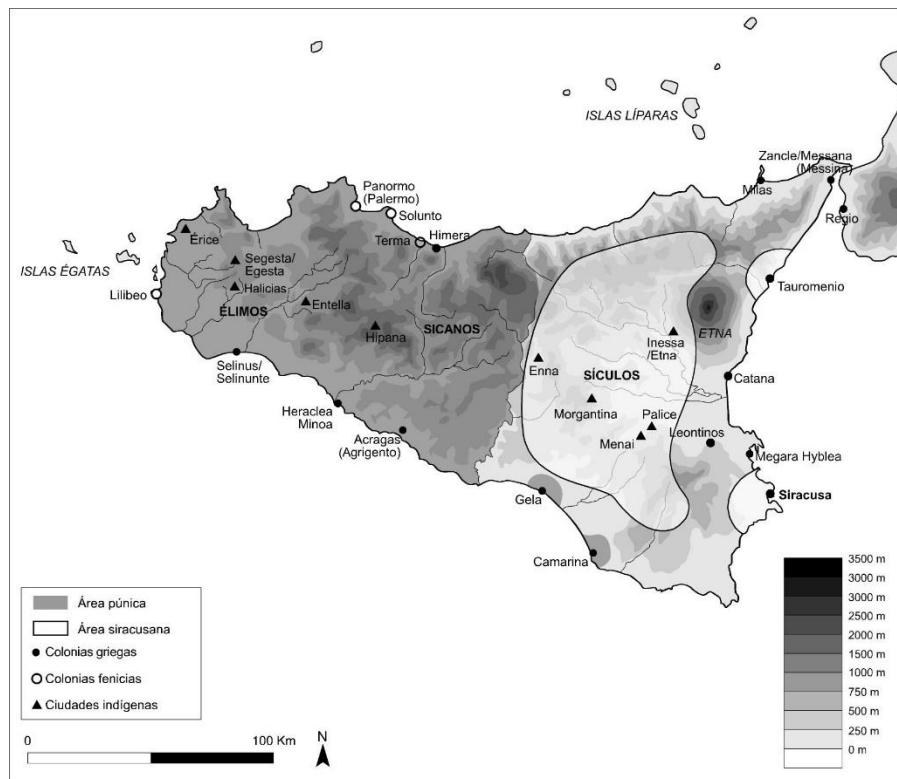


Figura 16. Reparto de las áreas bajo dominio púnico y siracusano con el Tratado del año 391.

¹²⁴ Sordi, 1980: 31.

¹²⁵ “ἵσαν δ' αἱ συνθῆκαι τὰ μὲν ἄλλα παραπλήσιαι ταῖς πρότερον, Σικελοὺς δὲ δεῖν ὑπὸ Διονύσιον τετάχθαι καὶ παραλαβεῖν αὐτὸν τὸ Ταυρομένιον” (Diod. XIV, 96, 4). Traducción de Juan José Torres Esbarranch para la editorial Gredos (2008).

¹²⁶ Tusa, 1990-1991.

IV Guerra Greco-púnica (383-c.375)

Las hostilidades entre ambas potencias se reanudaron en el año 383. No tenemos ninguna información acerca de actividad militar cartaginesa durante la década precedente, situación que contrasta totalmente con el panorama en Siracusa. Aparcadas las hostilidades con sus vecinos norteafricanos, Dionisio dedicó sus esfuerzos bélicos hacia la península Itálica, presionando sobre la ciudades de la Liga Italiota, saqueando la costa tirrenica y construyendo alianzas en el Adriático. Cuando creyó que estaba de nuevo preparado para enfrentarse a los cartagineses, Dionisio presionó a algunas de las ciudades que estaban bajo el área púnica de Sicilia para que se revelaran. La primera reacción de Cartago en cuanto tuvo conocimiento de ello fue enviar una delegación diplomática a Siracusa; pero Dionisio hizo caso omiso de sus quejas¹²⁷ (Diod. XV, 15, 1-2).

Así pues, el senado cartaginés decidió enviar de nuevo una fuerza militar a Cartago. Esta vez, no obstante, el aparato diplomático púnico consiguió establecer una alianza con las ciudades de la Liga Italiota; recordemos que en la campaña anterior se realizaron los primeros contactos entre ambas esferas, a través de Regio, aunque no de modo tan visible como en aquel entonces. El relato de Diodoro al respecto de esta guerra es bastante breve; de hecho, le concede tan sólo un año de duración, aunque la mayor parte de los especialistas coinciden en alargar el conflicto hasta alrededor del año 375¹²⁸. Dado que en ningún momento aparecen tropas greco-itálicas luchando junto a los ejércitos cartagineses entendemos que, con buen criterio, ambas potencias decidieron atacar al tirano por ambos frentes.

La estrategia funcionó. Pese a la inicial derrota púnica en la batalla de Cábala, las tropas cartaginesas se resarcieron y terminaron venciendo a los siracusanos en Cronion (*Poliè, Estrat.*, V, 10, 5). Siguiendo a Diodoro, embajadores cartagineses concedieron a Dionisio la oportunidad de firmar la paz, y éste accedió. Los términos del tratado del c.375 eran los mismos estipulados en la paz anterior, salvo por el hecho de que las poblaciones de Selinunte y Acragas eran incorporadas al protectorado púnico. De nuevo, Siracusa escapaba de un asedio (Diod. XV, 16-17).

Quizá la razón de esta tregua en las hostilidades deba ponerse en relación con la noticia de una revuelta de los territorios púnicos en África y Cerdeña. Hacia mediados de los años 70 del siglo IV una epidemia causó estragos en Cartago y la situación fue aprovechada por la población libia para intentar deshacerse del yugo cartaginés¹²⁹ (Diod. XV, 24, 2-3). No sería en absoluto sorprendente que detrás de estas revueltas pudiera encontrarse Siracusa.

V Guerra Greco-púnica (368-358)

La situación no debió de resultar en absoluto sencilla para Cartago, puesto que sabemos que en el año 368 los disturbios aún continuaban. Por enésima vez, Dionisio aprovechó las circunstancias para realizar una nueva ofensiva sobre el área púnica de Sicilia. Consiguió algunas

¹²⁷ P.J. Stylianou, 1998: 200-204.

¹²⁸ Torres Esbarranch y Guzmán Hermida, 2012: 38, n. 67. Caven, 1990: 188.

¹²⁹ P.J. Stylianou, 1998: 229.

plazas importantes, como Erice, pero no logró que Lilibeo cayera en sus manos antes de que llegaran los refuerzos procedentes de Cartago. La flota púnica logró vencer a la flota siracusana y ante la llegada del invierno, se concluyó un armisticio¹³⁰ (Diod. XV, 73, 1-4). Esta vez, Dionisio no retomó el conflicto; murió durante aquel invierno quizá por enfermedad como afirma Diodoro (Diod. XV, 73, 5), quizá asesinado por los suyos según Justino (Just. XX, 5, 10-14).

No está claro qué sucedió con posterioridad a estos hechos. El relato de Diodoro se centra en el ascenso de Dionisio el Joven y su confrontación con Dión. De la poca información que tenemos de esta guerra, podríamos deducir que no se realizaron grandes ofensivas a partir de entonces. Siracusa estaba inmersa en la sucesión del tirano y Dionisio el Joven más preocupado en asegurar su posición que en los cartagineses; en el otro bando, ya hemos visto que en los conflictos anteriores Cartago se complacía con mantener el control de la parte occidental de la isla. Así, todo parece indicar que el armisticio firmado por Dionisio el Viejo justo antes de su muerte se mantuvo a lo largo de los años siguientes. Pero un armisticio no es un tratado de paz, y éste no llegó hasta algunos años más tarde (Diod. XVI, 5, 2). Entendemos, pues, este periodo como una guerra estática, con ambos enemigos asegurando las posiciones pero sin correr grandes riesgos ni emprender ofensivas. Probablemente haya que pensar que fue tras la intervención de Dión, cuando de acordó el cese definitivo de las hostilidades hacia el año 358¹³¹.

5.2.4. El avispero en ebullición: Dionisio el Joven, Timoleón, Cartago e Híctetas

La muerte de Dionisio el Viejo, situó a su hijo Dionisio II en la cima del poder en Siracusa. Pero si nos atenemos al testimonio de Plutarco y Diodoro, éste carecía de las dotes políticas y militares de su padre. Aunque dicho retrato fuera un juicio subjetivo por parte de ambos historiadores, lo cierto es que su figura fue eclipsada debido a la presencia de otro importante actor en la corte de la ciudad, Dión. Este personaje, discípulo de Platón, era cuñado de Dionisio el Viejo a través de su hermana Aristómaca, la segunda mujer del tirano, y procedía de una familia adinerada de Siracusa. En cambio, Dionisio II era hijo de la primera mujer de su padre, Doris de Locros (Diod. XVI, 6, 2-3). Los relatos de Diodoro y Plutarco subrayan a menudo una imagen de tirano cruel, despótico e inestable de Dionisio¹³²; mientras, Dión es presentado siempre como un hombre culto y honrado, con grandes dotes militares (Diod. XVI, 6, 3). Plutarco (*Dion* 5, 8) y Cornelio Nepote (X, 1, 5) también alabaron sus cualidades intelectuales e indican que a menudo era utilizado como mediador entre Siracusa y Cartago, lo que nos induce a pensar que fuera él quien terminó firmando la paz en c.358¹³³.

Igualmente, las relaciones de Siracusa con algunos de los pueblos y ciudades del sur de Italia mejoraron en aquella época. Después de abandonar la guerra contra los lucanos que había heredado de su padre, Dionisio fundó algunas ciudades en la costa Adriática para frenar la

¹³⁰ Diodoro utiliza la expresión *ἀνοχὰς*, dando a entender que se trataba de un cese temporal de las hostilidades ante la llegada del invierno, y no el fin de la guerra: “μετὰ δὲ ταῦτα τοῦ χειμῶνος ἐνστάντος ἀνοχὰς πουησάμενοι διεχωρίσθησαν εἰς τὰς οἰκείας ἐκάτεροι πόλεις” (Diod. XV, 73, 4).

¹³¹ Torres Esbarranch y Guzmán Hermida, 2012: 193, n.23. En cambio, J. Champion (2012: 4-5) considera el verdadero fin de la guerra el armisticio del 368, opinión que no compartimos.

¹³² Especialmente en Diod. XVI, 5, 1-4.

¹³³ También Aristóteles (*Pol.*, V, 10, 26-28) menciona la talla moral del personaje. Anello, 2002: 358.

actividad pirática de la región (Diod. XVI, 5, 2-3). De todos modos, este excesivo protagonismo y las diferencias de criterio político entre ambos, terminaron con la orden de Dionisio de expulsar a Dión (Plut. *Dion* 14, 4-7). En esta jugada habría que ver también el miedo del tirano a que Dión quisiera derrocarle en favor de sus sobrinos -y hermanastros de Dionisio-, Hiparino y Niseo. Dión abandonó Siracusa y se trasladó a Corinto, dónde empezó a granjearse buena fama entre los griegos. Incluso los lacedemonios, aliados históricos de Siracusa, le encumbraron otorgándole la ciudadanía espartana (Plut. *Dion* 17). El tiempo y la distancia no disminuyeron las diferencias entre ambos; las agravaron hasta el punto que Dión organizó una revuelta desde el exilio para derrocar al tirano.

Después de recabar apoyos suficientes en la Hélade, Dión retornó a Sicilia. A pesar de todo, no contaba, ni de lejos, con hombres suficientes para atacar directamente a la ciudad más poderosa del mundo griego (Diod. XVI, 9, 2), así que puso rumbo a Acragas. En aquel momento la ciudad estaba bajo autoridad cartaginesa y Dión utilizó sus contactos para desembarcar cerca de allí. En efecto, el gobernador de la ciudad, de nombre Páralo (Diod. XVI, 9, 5) o Sínalo (Plut. *Dion* 25, 12-14), le recibió de buen grado y le apoyó en su campaña. Aprovechando que Dionisio se encontraba en Italia, Dión inició la ofensiva. La mayor parte de la población siracusana, así como Gela, Camarina y tropas sículas y sicanas se unieron a Dión. Dionisio volvió a toda prisa hacia Siracusa y se refugió en la fortaleza de Ortigia.

Desde ese momento se inició un largo periodo de enfrentamiento por el control de la ciudad en el que, poco a poco, se iban sumando nuevos actores y tropas mercenarias: los almirantes Filisto y Heráclides, el general mercenario napolitano Nipsio (Diod. XVI, 18, 1), o el espartano Gesilo. Finalmente Dión consiguió expulsar a Dionisio de la ciudad, que huyó hacia Locros y gobernó aquella ciudad durante unos ocho años. Parecía que los siracusanos iban a tener, al fin, un gobierno de consenso de la mano de Dión, pero éste fue asesinado en 354 por uno de sus lugartenientes, Calipo¹³⁴ (Diod. XVI, 31, 7; Plut. *Dion* 54-58). A partir de entonces la situación se complicó aún más. Los aspirantes al gobierno de la ciudad iban en aumento. A los gobiernos de Calipo (354-353), Hiparino (353-351), Niseo (351-346) y Leptines, se unió la vuelta de Dionisio el Joven en 346, el auxilio del tirano de Leontinos Hícetas y la llegada de Timoleón pocos meses después.

El papel de Cartago ante esta situación de profunda inestabilidad había sido la de un mero espectador. Salvo por la colaboración del gobernador Páralo/Sínalo con Dión, los cartagineses se habían mantenido al margen hasta entonces. En el año 345, en cambio, decidieron intervenir; pero no está nada claro qué les empujó a hacerlo ni la cronología de los acontecimientos. Las fuentes literarias de que disponemos, fundamentalmente Plutarco, Diodoro, Cornelio Nepote y Justino, no son coincidentes en este punto. Sin embargo si simplificamos sus relatos y eliminamos episodios anecdóticos, podemos extraer una línea argumental coherente.

Hacia el año 346 Dionisio II retornó a Siracusa, consiguió expulsar a los usurpadores y reestableció su tiranía por la fuerza. Descontentos con su política y temerosos de las represalias que pudiera tomar contra sus enemigos políticos, los ciudadanos de Siracusa decidieron buscar ayuda en el exterior. Como ya hemos visto en otras ocasiones, la ciudadanía de una gran urbe no era un bloque monolítico sino que había distintos bandos, así que, de manera más o menos

¹³⁴ Nepote (*Vidas. Dión*, 8) lo llama Calícrates.

contemporánea se pidieron apoyos en distintas ciudades griegas. Dos de ellas respondieron a la llamada. Corinto mandó a Timoleón y Leontinos al tirano Hícetas. El problema es que el primero llegaba para derrocar la tiranía y el segundo para establecer la suya propia. Plutarco indica que fue Hícetas quién contactó con los cartagineses para ayudarle a derrocar a Dionisio II, lo cual tiene bastante sentido teniendo en cuenta que aquel, por sí solo, no podía bloquear la llegada de mercenarios del tirano por mar (*Plut. Tim.* 2).

Se entabló entonces un conflicto enormemente complejo dividido en varios bandos y distintos escenarios. Parece que los cartagineses aprovecharon para tomar Entela, mientras que en la parte oriental negociaban con la ciudad de Regio y con Timoleón (*Diod. XVI*, 67; 68, 4-6; *Plut. Tim.* 9-11). Hícetas y Dionisio continuaban con las ofensivas y contraofensivas sobre la isla de Ortigia (*Diod. XVI*, 68, 1-3), y los tiranos de las distintas ciudades greco-sicilianas se decantaban por unos o por otros. Entre estos últimos destacó el tirano de Catana Mamerco, que decidió unirse a Timoleón (*Diod. XVI*, 69, 4; *Plut. Tim.* 13; *Nep. XX*, 2, 3). Todas estas fuerzas desembocaron en la batalla por Siracusa en el año 344. Diodoro resume la situación perfectamente:

“En Sicilia, Timoleón, tras hacer una alianza con adranitas y tindaritas, recibió no pocos soldados de ellos, mientras que en Siracusa dominaba una enorme confusión, porque Dionisio tenía la Isla [de Ortigia], Hícetas era dueño de Acradina y Neápolis y Timoleón había ocupado el resto de la ciudad, y, además los cartagineses habían navegado hacia el Gran Puerto con ciento cincuenta trirremes y acampado con cincuenta mil infantes¹³⁵” *Diod. XVI*, 69, 3

Como puede comprenderse, analizar correcta y globalmente el devenir de este conflicto requeriría muchas más páginas de las que podemos desarrollar aquí. Baste, por ahora, subrayar la compleja situación que se desarrolló en la Sicilia en aquellos momentos. Una época, por cierto, en la cual también se produjo el intento de usurpación tiránica en Cartago por parte de Hannón. Aunque no sabemos la fecha exacta del fallido golpe de estado, habitualmente se sitúa dicha acción alrededor del año 345.

Finalmente las fuerzas de Timoleón prevalecieron en Siracusa (*Diod. XVI*, 69, 6; *Plut. Tim.* 21), debido a la súbita y sorprendente retirada cartaginesa. Quizá esta retirada deba ponerse precisamente en relación con la revuelta de Hannón y retrasar así su intento de golpe de estado al año 344/343. Ante la amenaza que significó para Cartago dicha revuelta, el senado púnico pudo ordenar el regreso de al menos una parte del ejército a la ciudad para enfrentarse a ese nuevo desafío. Por su parte, Timoleón perdonó la vida a Dionisio, que fue exiliado a Corinto.

¹³⁵ “κατὰ δὲ τὴν Σικελίαν Τιμολέων μὲν Ἀδρανίτας καὶ Τυνδαρίτας εἰς συμμαχίαν προσ-λαβόμενος στρατιώτας οὐκ ὀλίγους παρ' αὐτῶν παρέλαβεν, ἐν δὲ ταῖς Συρακούσσαις πολλή ταραχὴ κατεῖχε τὴν πόλιν Διονυσίου μὲν τὴν Νῆσον ἔχοντος, ἵκετα δὲ τῆς Ἀχραδινῆς καὶ Νέας πόλεως κυριεύοντος, Τιμολέοντος δὲ τὰ λοιπὰ τῆς πόλεως παρειληφότος, καὶ Καρχηδονίων τρίμεροι μὲν ἑκατὸν καὶ πεντήκοντα καταπεπλευκότων εἰς τὸν μέγαν λιμένα, πεζοῖς δὲ στρατιώταις πεντακισμυρίοις κατεστρατοπεδευκότων”. Traducción de Juan José Torres Esbarranch y Juan Manuel Guzmán Hermida para la editorial Gredos (2012).

Posteriormente, el general corintio también se enfrentó con éxito a Híctas y Mamerco, a quiénes venció definitivamente hacia el 342 (Plut. *Tim.* 32; Nep. XX, 2, 3).

La campaña de liberación tiránica en Sicilia promovida por Timoleón provocó que algunas ciudades sículas quisieran deshacerse también de la hegemonía cartaginesa. Esta revuelta, junto con las incursiones de saqueo en territorio púnico por parte de Timoleón, obligaron al senado cartaginés a mover ficha (Diod. XVI, 73, 1-2). Según Diodoro (XVI, 73, 3), el ejército cartaginés de Magón seguía en la isla, pero dado que la situación estaba empeorando, el senado mandó organizar un nuevo ejército de apoyo para el que se contrataron mercenarios íberos, celtas y ligures. Como ya hemos mencionado anteriormente, la batalla entre ambos ejércitos acaeció en el río Crimisos y, pese a la gran inferioridad numérica siracusana, los cartaginenses fueron totalmente superados (Diod. XVI, 79-80; Plut. *Tim.* 25-29; Polien. V, 12, 3). Al año siguiente un nuevo general cartaginés, Gisgón, se trasladó a Sicilia y recuperó parte del terreno perdido¹³⁶. Finalmente estipularon un tratado de paz con Timoleón según el cual el límite del área púnica en Sicilia retrocedía hasta el río Lico (actual Platani), se liberaba de la tutela cartaginesa a todas las ciudades griegas, y se prohibía a los púnicos ayudar a cualquier tirano siciliano contra Siracusa (Plut. *Tim.* 34; Diod. XVI, 82, 3).

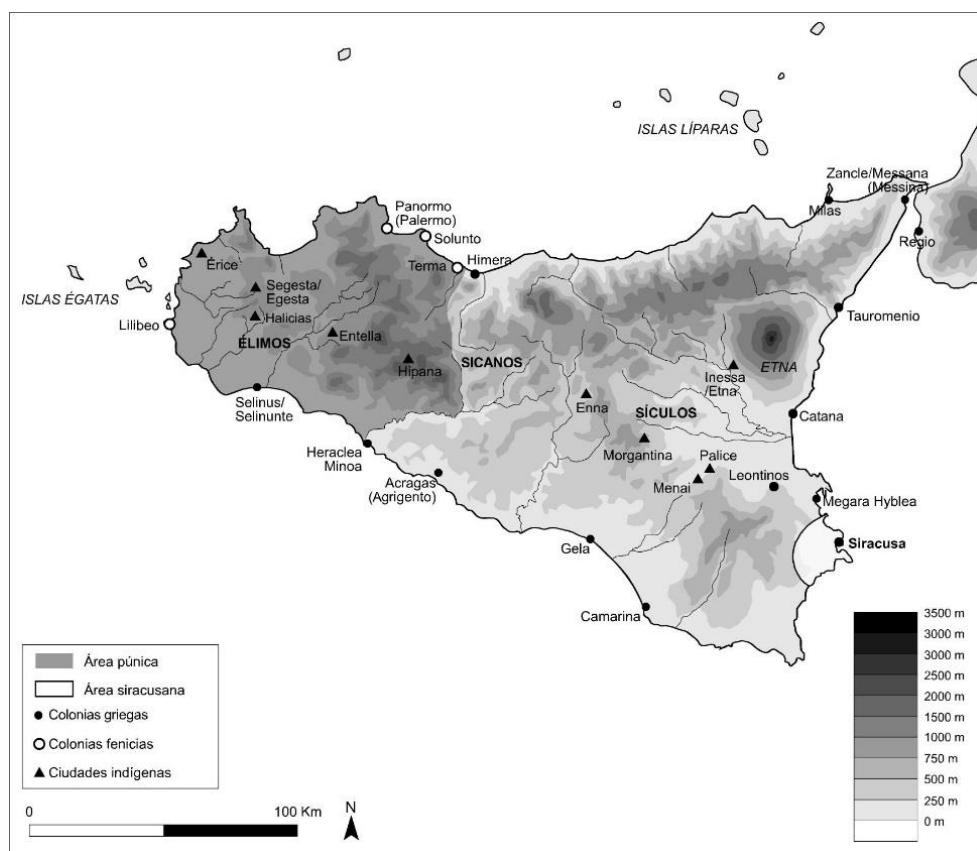


Figura 17. Reparto de las áreas bajo dominio púnico y siracusano con el Tratado del año 338.

¹³⁶ Diodoro (XVI, 81, 4) afirma que por primera vez se incorporaron mercenarios de origen griego al ejército púnico. Sin embargo según Plutarco (*Timoleón*, 20) éstos ya habían sido utilizados durante el bloqueo a Siracusa 5 años antes y el propio Dionisio había mencionado tropas griegas entre los defensores de Motya en el año 396 (Diod. XIV, 53, 4).

5.2.5. El conflicto se expande: las ofensivas de Agatocles y de Pirro

Las guerras contra Dionisio el Viejo demostraron a Cartago la necesidad de mantener algún tipo de protectorado púnico en la isla, entre otras razones para contar con una buena cabeza de puente desde África y a la necesidad de unos cuarteles de invierno debido a la larga duración de las campañas militares. La guerra contra Timoleón aumentó el radio del conflicto hasta la Hélade y la contratación mercenaria ya no se limitó a Iberia y Sicilia sino que se extendió hasta Liguria y el Peloponeso. El siguiente conflicto con el que se enfrentaron los cartagineses, contra el tirano Agatocles, supuso un grado más en la escalada bélica y, por primera vez en su historia, Cartago padeció dos ofensivas extranjeras en su propio territorio; no se trataba de *razzias* o incursiones de castigo puntuales sino de auténticos intentos de conquista.

La Sexta Guerra Greco-púnica estalló en el año 312. De nuevo, fue Siracusa quién inició las hostilidades. Como había sucedido en tantas otras ocasiones, Cartago tuvo que enviar a un ejército a defender sus territorios en la isla frente a las incursiones de un tirano siracusano (Diod. XIX, 72, 1-2; 102, 8). La guerra terminó después de siete años con un tratado de paz que, pese a la debilidad de Agatocles en esos momentos, mantenía el *status quo* y las fronteras de la isla en las mismas condiciones anteriores a la guerra (Diod. XX, 79, 5).

Durante diecisiete años (306-290), la tregua entre griegos y púnicos se mantuvo más o menos estable. Pero hacia final de su vida (murió al año siguiente), Agatocles preparaba una nueva ofensiva contra Cartago, con la connivencia de Demetrios Poliorcetes (Diod. XXI, 15). La muerte del tirano, sin embargo, sumió a la ciudad en un nuevo periodo de crisis sucesoria entre los hijos de aquél y sus más allegados generales. Uno de ellos, Menón de Segesta, se hizo con el poder de un numeroso ejército mercenario después de asesinar a uno de los hijos del propio Agatocles, Archagatus. Las intenciones de Menón no son claras y tenemos muy poca información acerca de este periodo. Lo que sí sabemos es que en Siracusa volvió a gobernar el Consejo de los Seiscientos, después de casi treinta años de tiranía. El Consejo nombró a Híctetas¹³⁷ general de sus ejércitos y le envió a derrotar a Menón. Éste, consciente de su inferioridad, atrajo a los cartagineses a su causa y juntos lograron derrotar a Híctetas (Diod. XXI, 18, 1). Según todos los indicios, los cartagineses creyeron que era suficiente con doblegar el poderío siracusano a campo abierto y no pusieron cerco a la ciudad, no sin antes capturar algunas ciudades bajo su control (Just. XXIII, 2, 13). Desconocemos lo que ocurrió posteriormente con Menón, pero el gobierno oligárquico de Siracusa tuvo que enfrentarse a algunos de sus mercenarios (¿quizás los mercenarios de Menón que se habían quedado sin trabajo¹³⁸? que estaban provocando tumultos en la ciudad. Finalmente éstos fueron expulsados y se dirigieron al norte, dónde, Mesina, enemiga de Siracusa, los recibió con las puertas abiertas. Esta operación no resultó en provecho a los mesenios si con ello pretendían aumentar su poderío militar. Los mercenarios tomaron el control de la ciudad y mataron a buena parte de su población (Diod. XXI, 18, 2-3; Pol. I, 7). Fueron estos mismos mercenarios, autodenominados mamertinos (hijos del dios Mamers), quienes veinte años más tarde provocaron el estallido de la Primera Guerra Púnica¹³⁹.

¹³⁷ El personaje que aquí recibe el nombre de Híctetas nada tiene que ver con el anterior que se enfrentó a Timoleón.

¹³⁸ Champion, 2012: 137.

¹³⁹ Santagati Ruggeri, 1997: 76; Pérè-Noguès, 2002-2003: 57.

Parece que durante cierto tiempo la frontera greco-púnica en la isla se mantuvo estable y Cartago se permitió enviar ayuda militar a Roma en dos ocasiones. La primera, en el año 280, con respecto a la guerra que enfrentaba a los romanos contra Pirro, fue amablemente rechazada por el senado (Just. XVIII, 2, 1-7). No obstante, Diodoro afirma que al año siguiente los cartagineses ayudaron a los romanos con navíos para evitar que Pirro traspasara a Sicilia desde Regio (Diod. XXII, 7, 5; Pol. III, 25, 1-5). Mientras, en Siracusa el general Híctetas se proclamó tirano y gobernó como tal unos nueve años, hasta que fue substituido por un oligarca llamado Toenon o Toinón. Durante aquellos nueve años se enfrentó con el tirano de Acragas, Fíntias, a quién venció en la batalla de Hyblaea. Animado por aquel éxito militar siguió hacia el oeste y atacó a los cartagineses, pero pronto fue derrotado cerca del río Terias y obligado a retirarse (Diod. XXII, 2, 1).

Diodoro recupera el relato de Sicilia con los cartagineses asediando de nuevo la ciudad de Siracusa en el año 278, con un potente ejército, mientras en el interior dos facciones rivales, Sostratus y Toinón, pugnaban por el poder (Diod. XXII, 8, 1-2). Fue entonces cuando los ciudadanos siracusanos, pidieron auxilio a Pirro.

Pirro se encontraba en esos momentos luchando contra Roma en Italia. Su campaña en Occidente, llegó a petición de Tarento, quién se encontraba en guerra contra Roma desde el año 281, después de un sórdido asunto diplomático (Pol. I, 6, 5; Plut. *Pyrr.* 15, 2; Flor. I, 13, 1-6; Dio Hal. XIX, 5-6; Val. Max. II, 2, 5). La antigua colonia espartana era en aquel momento tan solo un impedimento más en la expansión romana hacia el sur de la península Itálica. Incapaces de mantener una guerra contra Roma pero con recursos económicos suficientes, los tarentinos -seguramente con el apoyo de la mayor parte de ciudades griegas de Italia, de samnitas y de lucanos (Plut. *Pyrr.* 13, 12; Just., XVIII, 1, 1-2)- decidieron pedir ayuda a Pirro, que por aquel entonces era ya un veterano y respetado general. Pese a ganar dos batallas frente a las legiones romanas, el ejército de Pirro quedó tan desgastado que no pudo aprovechar sus victorias, lo que le puso en una difícil situación frente a sus aliados y frente a la moral de su propio ejército (Plut. *Pyrr.* 22, 1-2). La aceptación de la invitación de Siracusa posiblemente fuera en realidad una retirada táctica en busca de más aliados y de victorias rápidas que fortalecieran su posición política en la zona.

En el año 278 Pirro desembarcó en Sicilia y rápidamente fue bienvenido por Tauromenio y Catana. Siracusa le abrió las puertas y ante el poderío del rey epiota, Sostratus y Toinón tuvieron que claudicar (Diod. XXII, 8, 1-4) y la flota púnica retrocedió hacia los territorios occidentales. Con Siracusa en su poder sin haber librado batalla, otras muchas ciudades siciliotas le pidieron su alianza y protección frente a los cartagineses. Después de preparar concienzudamente la campaña y las máquinas de guerra adecuadas, los epirotas penetraron hacia el interior de Sicilia y liberaron algunas ciudades de sus guarniciones cartaginesas (Diodoro cita a Heracleia y Azones). Otras, como Selinus, Halicias y Segesta capitularon sin ofrecer resistencia. Más resistencia presentaron Érix y Panormo, pero finalmente también claudicaron. En poco más de un año, tan sólo la ciudad portuaria de Lilibeo evitaba la completa expulsión púnica de la isla (Diod. XXII, 10, 1-4).

Pero Lilibeo resistió. Al fin, Cartago mandó un ejército de refuerzo a la isla y no tan sólo logró levantar el asedio (Diod. XXII, 10, 5-7) sino que además venció al ejército de Pirro en una batalla

naval (Just. XXV, 3, 1). Por aquel entonces Pirro recibió una llamada de socorro de sus aliados itálicos, incapaces por sí solos de resistir a las legiones romanas. La guerra en dos frentes obligó al general epirota a elegir uno de ellos, así que abandonó Sicilia a toda prisa para enfrentarse de nuevo a los romanos (Just. XXIII, 3, 5-11; (App. *Sam.* 11). Rápidamente, los siracusanos nombraron general -y posteriormente rey- a Hierón, quién había servido a las órdenes de Pirro (Just. XXIII, 4). Según se desprende de la breve noticia recogida por Justino, la guerra no se prolongó mucho más tiempo. Ambos bandos habían perdido numerosas tropas y a tenor de los acontecimientos posteriores posiblemente la división de la isla en zonas de influencia volviera a la situación del año 305.

5.2.6. Campo de batalla: Sicilia (264-241)

En el año 264 Sicilia dejó de convertirse en un coto privado de griegos y cartagineses con el desembarco de las tropas romanas en Mesina¹⁴⁰. El desencadenante de la guerra, según quería transmitir la versión romana, fue el auxilio a los mercenarios campanos acantonados en aquella ciudad frente al acoso de cartagineses y/o siracusanos¹⁴¹. Lo cierto es que Roma tan solo buscaba una excusa para seguir expandiéndose territorialmente, y la primera de las razones que argumentó fue la ayuda que los cartagineses prestaron a Tarento justo después de la partida de Pirro (Pol. I, 6, 6-7; Dio. Cas. XI, 43, 1-3; Zonar. VIII, 8, 1-3). El mismo Zonaras (VIII, 7, 2-3) afirma que los romanos sostuvieron una excusa similar para atacar Brindisio unos meses antes.

En realidad, los mercenarios campanos habían tomado Mesina a traición veinte años atrás. En los albores de la Primera Guerra Púnica, posiblemente se habría convertido en un refugio de mercenarios desempleados y una oportunidad para reconvertirse en piratas y bandidos. Aquello obviamente era un obstáculo para los intereses comerciales y políticos de Siracusa. Hierón, convertido en rey de la ciudad, realizó varias campañas contra ellos durante la década de los sesenta (Diod. XXII, 13, 2). Lentamente, las fuerzas siracusanas se fueron imponiendo, hasta que empezaron a cercar la ciudad con la intención de tomarla y expulsar de allí a los exmercenarios. Ante tal situación, los campanos, o mamertinos¹⁴², pidieron ayuda a Roma y a Cartago (Pol. I, 10, 1-4; Zonaras, VIII, 8, 4-8; Dion Casio, XI, 43, 5-7). Tropas romanas se encontraban muy cerca en aquel momento atacando Regio, dónde un grupo de soldados de habían amotinado y habían tomado la ciudad para sí mismos, eliminado la aristocracia local (Pol. I, 6, 8); es decir, lo mismo que hicieron los campanos dos décadas antes.

Como era de esperar, Cartago, aliada natural de los enemigos de Siracusa, envió ayuda. El general Aníbal logró introducir refuerzos para los campanos en la ciudad y ésta resistió (Diod. XXII, 13, 2-8). El relato de los hechos a partir de este momento no es coincidente entre las fuentes. Según Zonaras y Dion Casio, en aquel momento Aníbal intercedió entre ambas partes para re establecer la paz, imponiendo a cambio el establecimiento de una guarnición cartaginesa en la ciudad (Zonaras, VIII, 8, 4-8; Dion Casio, XI, 43, 5-7). Cuando el asunto ya se había solucionado, y después de recuperar Regio de las manos del romano Decio, el senado romano

¹⁴⁰ Lazenby, 1996: 35-42; Hoyos, 2011b; Vacanti, 2012: 14-15.

¹⁴¹ Flor. I, 18, 1-5;

¹⁴² Acerca de los mamertinos y su actividad mercenaria, ver Tagliamonte, 1994: 191-206.

aprobó el envío de tropas a Mesina¹⁴³ (Pol. I, 11, 1-3; Est. VI, 1, 6). Una vez hubo llegado la embajada romana a Mesina como respuesta a la petición de ayuda mamertina, la guarnición cartaginesa ni siquiera le abrió las puertas. Sin embargo, los campanos creyeron ver en aquella embajada una oportunidad para deshacerse de la guarnición cartaginesa y secretamente empujaron a los romanos a tomar la ciudad. El tribuno Apio Claudio se dispuso a transportar sus tropas hasta Mesina, pero naves cartaginesas se lo impidieron en el estrecho de Mesina y sus naves tuvieron que retirarse a Regio (Zonaras, VIII, 8, 4-8; Dion Casio, XI, 43, 5-7).

Aquel cambio de situación no era en absoluto irrelevante. Roma ya se había convertido en una potencia militar muy poderosa y estaba expandiendo su hegemonía por la península Itálica de manera exponencial. Ante aquella amenaza, Cartago envió un nuevo ejército a la isla y decidió aliarse con su vieja enemiga, Siracusa y evitar así que una tercera potencia penetrara en Sicilia (Diod. XXIII, 1, 1-2). Sin embargo, de algún modo, Apio Claudio consiguió finalmente desembarcar en Mesinae y aliarse con los mamertinos (Diod. XXIII, 1, 3-4; Front, *Strat.*, I, 4, 11; Pol. I, 11, 4). Despues de unas infructuosas conversaciones diplomáticas, ambos bandos se enfascaron en un conflicto de enormes dimensiones (Diod. XXIII, 1-2; Zonaras, VIII, 9, 1).

La guerra que siguió fue la más cruenta y larga de todas cuanto habían acontecido en la isla. A lo largo de 24 años, miles de hombres fueron movilizados hacia la isla, decenas de ciudades fueron asediadas o tomadas por la fuerza, cambiando de manos en numerosas ocasiones, y los recursos invertidos por ambas potencias, Cartago y Roma, dejaron agotadas las arcas de ambos estados. Siracusa, pese a todo su potencial, quedó ensombrecida, militar y políticamente por aquella. El conflicto se desarrolló fundamentalmente en la propia Sicilia, aunque hubo incursiones en Italia por parte cartaginesa y un intento fallido de invasión africana por parte romana. Para un estudio completo, riguroso y exhaustivo de este conflicto nos remitimos a la magistral obra de J.F. Lazenby, entre muchas otras¹⁴⁴.

Las consecuencias de esta guerra para los intereses romanos son de sobra conocidos: a partir del 241 se convirtieron en la potencia dominante, incontestable, del Mediterráneo central. Incorporaron la isla de Sicilia a su imperio (al que sin duda podemos llamar así) y construyeron una flota propia que les permitió el dominio del tirreno. ¿Pero qué significó aquella derrota para Cartago?

Durante siglos, Cartago había dominado el mercado marítimo en Occidente. Además de su flota, contaba con una extensa red de puertos, colonias y ciudades aliadas que conformaban los pilares de este entramado económico y militar. Contaba además con sectores filocartaginenses en muchas de las grandes ciudades mediterráneas, desde la propia Siracusa¹⁴⁵, a Sagunto, o las ciudades etruscas. De modo que, en realidad, el control político total sobre Sicilia no le era indispensable para seguir creciendo. En este sentido, cabe señalar que prácticamente todas las guerras greco-púnicas en Sicilia no fueron a iniciativa de Cartago, sino en defensa de las

¹⁴³ Dada la flagrante contradicción moral que suponía para el relato argumentar la ayuda romana a unos mercenarios que habían actuado tan traicionera y despóticamente como lo había hecho Decio en Regio, Polibio añade que en realidad el senado romano estaba en contra de tal resolución pero que la presión de la plebe les convenció para avanzar en este sentido (Pol. I, 11, 1-3).

¹⁴⁴ Lazenby, 1996. También Le Bohec, 2001; Hoyos, 2011a; Vacanti, 2012.

¹⁴⁵ Un buen testimonio de ello en Siracusa son las represalias que recibieron de manos de los partidarios de Dionisio el Viejo en 397/396 (Diod. XIV, 46, 1-3).

agresiones siracusanas. En este sentido sí que podríamos utilizar el concepto de guerra defensiva que Polibio, erróneamente, aplica a Roma. A Cartago le bastaba con mantener el equilibrio de fuerzas en la isla y posiblemente el senado púnico era consciente que la hegemonía política en la isla sólo les hubiera traído problemas, en forma de revueltas y de enemistad con la Hélade. Pero la derrota de 241 trastocó radicalmente su imperio político y comercial.

Del tratado de Lutacio, que ponía fin a la guerra, nos da su testimonio Polibio:

"Ellos y los cartagineses pusieron fin a sus diferencias con un pacto redactado así: "que haya amistad entre romanos y cartagineses bajo las cláusulas siguientes, si las ratifica el pueblo romano: los cartagineses se retirarán de toda Sicilia, no lucharán contra Hierón, ni tomarán las armas contra los siracusanos ni contra sus aliados. Devolverán a los romanos los prisioneros sin rescate alguno, y abonarán a los romanos dos mil doscientos talentos de Eubea en un plazo de veinte años". Todo esto fue comunicado a Roma, y el pueblo no estuvo conforme con tal pacto, sino que envió a los decenviros para que se encargasen de las negociaciones. Éstos, una vez allí, no cambiaron ninguno de los acuerdos generales, pero impusieron condiciones más duras a los cartagineses. Redujeron a la mitad el tiempo de abonar los impuestos, que, además, subieron en mil talentos, y añadieron la orden de evacuar las islas que hay entre Italia y Sicilia¹⁴⁶." Pol. I, 62, 7- 63, 3.

Estas concesiones fueron las consecuencias inmediatas, legalmente establecidas, que tuvieron que acatar los cartagineses. Pero más allá de aquellas reflejadas en el tratado de paz, hubo muchas otras que afloraron a medio plazo en relación a Cartago:

- a) La pérdida de los territorios directamente controlados por la ciudad, tanto en Sicilia, como, al poco, en Cerdeña.
- b) La pérdida del peso comercial en el Mar Tirreno.
- c) La revuelta de los mercenarios utilizados durante la contienda por parte cartaginesa.

¹⁴⁶ "τοῦ δὲ Λυτατίου προθύμως δεξαμένου τὰ παρακαλούμενα διὰ τὸ συνειδέναι τοῖς σφετέροις πράγμασι τετρυμένοις καὶ κάμνουσιν ἥδη τῷ πολέμῳ, συνέβη τέλος ἐπιθεῖναι τῇ διαφορᾷ τοιούτων τινῶν συνθηκῶν διαγραφεισῶν: ἐπὶ τοῖσδε φιλίαν εἶναι Καρχηδονίοις καὶ Ῥωμαίοις, ἐὰν καὶ τῷ δήμῳ τῶν Ῥωμαίων συνδοκῇ. ἔκχωρεῖν Σικελίας ἀπάσης Καρχηδονίους καὶ μὴ πολεμεῖν οὐκονικοῖς μηδ' ἐπιφέρειν ὅπλα Συρακοσίοις μηδὲ τῶν Συρακοσίων συμμάχοις. ἀποδοῦναι Καρχηδονίους Ῥωμαίοις χωρὶς λύτρων ἀπαντας τοὺς αἰχμαλώτους. ἀργοὶ ρίου κατενεγκεῖν Καρχηδονίους Ῥωμαίοις ἐν ἔτεσιν εἴκοσι δισκόλια καὶ διακόσια τάλαντα Εύβοϊκά. τούτων δ' ἀπανενεχθέντων εἰς τὴν Ῥώμην, οὐ προσεδέξατο τὰς συνθήκας ὁ δῆμος. ἀλλ' ἔχαπεστειλεν ἄνδρας δέκα τοὺς ἐπισκεψιμένους ὑπὲρ τῶν πραγμάτων. οἱ καὶ παραγενόμενοι τῶν μὲν ὅλων οὐδὲν ἔτι μετέθηκαν, βραχέα δὲ προσεπέτειναν τοὺς Καρχηδονίους. τὸν τε γὰρ χρόνον τῶν φόρων ἐποίησαν ἡμισυν, χίλια τάλαντα προσθέντες, τῶν τε νήσων ἔκχωρεῖν Καρχηδονίους προσεπέταξαν, ὅσαι μεταξύ τῆς Ἰταλίας κεῖνται καὶ τῆς Σικελίας." (Pol. I, 62, 7- 63, 3). Traducción de Manuel Balasch para la editorial Gredos (1991).

- d) La revuelta de los territorios subyugados por Cartago, tanto en Cerdeña como en Libia, aprovechando el momento de crisis.
- e) La reducción drástica de la marina de guerra. Aunque no tenemos ninguna referencia directa al respecto, como sí lo tenemos al fin de la Segunda Guerra Púnica, parece obvio que después de la batalla en las Islas Égades, y la situación de agotamiento económico, fueron pocas las naves militares púnicas que quedaron en servicio.
- f) Una crisis económica sin precedentes.

Todos estos factores condujeron a una drástica reducción del peso político de Cartago en el Mediterráneo Occidental. Y esta reducción no se refería únicamente a una cuestión de prestigio. Al contrario, si tal y como hemos planteado anteriormente, la red político-económica cartaginesa se basaba en el establecimiento de alianzas desiguales entre ella las ciudades mediterráneas ¿que impedía a estas ciudades a renegociar estas alianzas, con las perdida de ingresos que supondría para Cartago, o incluso abandonar esa relación y aliarse con nuevas y emergentes potencias? Cartago, por tanto, estaba al borde del abismo. La solución hacia la salvación, una vez aplacada la revuelta en Libia, pasaba por el extremo occidente, del cual nos ocuparemos en el siguiente capítulo.

5.3. Relaciones con el resto del Mediterráneo Occidental

La ubicación de la isla en el centro del Mediterráneo así como el gran peso de la población colonial que residía en sus costas explica perfectamente la destacada relación de la isla con el resto de la cuenca a lo largo de nuestro periodo de estudio. Sin duda alguna, la historia de la isla transcurre íntimamente ligada a la historia de Cartago y viceversa, como ya hemos visto. Pero existieron contactos no menos regulares con el sur de la península Itálica y con la Grecia continental. Obviamente, no era la población sícula o sicana quién impulsaba estos vínculos panmediterráneos, sino las numerosas colonias griegas ubicadas en la mitad oriental de Sicilia, quienes mantenían relaciones, no sólo comerciales, con el resto de ciudades de la Magna Grecia. Por tanto, vamos a centrarnos en este apartado de las redes de contactos de la población griega de la isla; unas redes que, obviamente no se iniciaron en el año 410 sino desde el momento mismo de las primeras fundaciones coloniales.

En primer lugar, cabe tener en cuenta que existía un contacto constante y fluido entre todo el mundo colonial griego y sus metrópolis en la península Balcánica. Aun separadas por el mar, las ciudades griegas mantuvieron vías de comunicación regulares entre ellas, especialmente en cuanto al transporte de mercancías y de personas, pero también de asuntos concernientes a la guerra. Por tanto, la naturaleza de las relaciones entre Sicilia y el resto del Mediterráneo hay que abordarla teniendo en cuenta, en primer lugar, que los motores de estas conexiones no fueron otros que los griegos establecidos en la isla; en segundo lugar, que estas relaciones fueron eminentemente comerciales; y por último, en lo que concierne a los contactos diplomáticos y militares, que la ciudad de Siracusa se erigió como potencia y líder indiscutible de la isla. Obviamente, en este trabajo vamos a centrarnos en este último tipo de relaciones, en

un momento histórico inmediatamente posterior a la destacadísima expedición ateniense en la isla, de la cual ya hemos hablado en distintos momentos de este trabajo.

Así pues, llegados al inicio de nuestro periodo de investigación, nos encontramos con unas ciudades griegas sicilianas ya veteranas en asuntos diplomáticos, debido, en buena parte, al esfuerzo que supuso su participación en la Guerra del Peloponeso. Este conflicto propició un salto cualitativo en el aparato diplomático siracusano: la red de contactos, de aliados y de enemigos, se expandió y se tornó más compleja. Y el ejemplo más evidente en este sentido lo encontramos justo después de la campaña de Aníbal del año 409, cuando el general siracusano Hermócrates, que había sido condenado al exilio mientras luchaba en el Egeo apoyando a la causa espartana (Diod. XIII, 34, 4; 63, 1; Xen, *Hel.*, I, 1, 26-29), recibió una más que generosa ayuda económica por parte de Farnabazo, el sátrapa persa de la Frigia Helespótica.

Con el dinero recibido, Hermócrates logró comprar nada menos que cinco trirremes y alistar a un millar de hombres para volver a Siracusa. Algunos himerenses de unieron a su causa, y al contar, además, con poderosos aliados dentro de la ciudad, Hermócrates planeaba inicialmente penetrar por sorpresa en la ciudad, derrocar a sus enemigos políticos -principalmente el legislador Diocles- y erigirse como tirano. El plan fracasó en el primer intento. A los pocos meses, y después de recuperar algunas ciudades de manos cartaginesas, Hermócrates volvió a intentarlo, perdiendo la vida en el proceso. Pero lo importante de este episodio no es que un personaje destacado de la ciudad quisiera convertirse en tirano -ya que, como hemos visto, era una actividad bastante habitual en Siracusa-, sino que para conseguirlo recibiera el apoyo de un sátrapa persa. ¿A qué respondía esta alianza? ¿Qué ventajas pretendía conseguir Farnabazo?

El contexto político desde las Guerras Médicas había cambiado mucho. Persia había cambiado de estrategia en relación al mundo griego, basculando de la conquista directa de la península balcánica a limitarse con incorporar a su imperio a las ciudades jónias. Buscaba además mantener a los griegos europeos ocupados en sus disputas internas. En este sentido, la Guerra del Peloponeso fue la mejor de las noticias para Persia, quién prefirió apoyar puntualmente a Esparta -mucho más cercana políticamente- que a la democrática Atenas. Así, Persia se mantuvo en un segundo plano mientras fortalecía sus propios intereses.

Esta situación nos lleva a la segunda clave para entender la relación entre Siracusa y Persia, o mejor, entre Farnabazo y Hermócrates: de no haber sido por la Guerra del Peloponeso y por el apoyo de ambos a Esparta, difícilmente se habría producido este acercamiento. A la vez, Diodoro (XIII, 63, 2) da a entender que Hermócrates recibió una considerable cantidad de dinero gracias a su amistad con Farnabazo, hecho que constata también Jenofonte (*Hel.*, I, 1, 31). No se trata, pues, de una alianza institucional entre dos estados, Persia y Siracusa, si no en un trato personal entre dos altos magistrados. Sin duda alguna nos faltan datos para entender por qué, más allá de la amistad, Farnabazo obsequió al general siracusano con tal cantidad de dinero. ¿Se trataba de una recompensa por testificar contra su rival Tisafernes, sátrapa de Lidia y Caria y enemigo político reconocido, como sugiere el propio Jenofonte (*Hel.*, I, 1, 31)? ¿O bien Farnabazo pretendía colocar al mando de la mayor ciudad de la Magna Grecia a un aliado fiel? Sin más datos que los aportados por Jenofonte y Diodoro, es imposible saber a ciencia cierta a qué respondió esta fugaz alianza, por cuanto Hermócrates no tardó en caer abatido mortalmente.

En cualquier caso, no tenemos noticia que posteriormente se produjeran más apoyos militares entre persas y siracusanos.

5.3.1. La alianza entre Esparta y Siracusa

Mucho más habituales eran, como apuntábamos anteriormente, los contactos políticos de las ciudades greco-siciliotas con sus metrópolis continentales y sus aliados en Grecia. En este sentido, particularmente destacable fue la relación de Siracusa con Esparta, que prácticamente monopoliza este tipo de relaciones en la isla. De hecho, después de la fallida expedición ateniense del 415-413, tan sólo Esparta y Corinto, entre las ciudades griegas continentales, mantendrán relaciones con Sicilia más allá de la esfera comercial.

Los testimonios acerca del apoyo mutuo entre Siracusa y Esparta nos muestran que la primera envió tropas al Peloponeso en varias ocasiones durante los siglos V-III. De hecho, mientras Aníbal desembarcaba en Sicilia en el año 409, 35 trirremes siracusanas llevaban dos años combatiendo al lado de los lacedemonios, al mando del propio Hermócrates (Diod. XIII, 34, 4), en el contexto de la Guerra del Peloponeso. Más adelante, en el año 369 un contingente de mercenarios iberos y celtas que habían luchado bajo las órdenes de Dionisio fueron trasladados hasta Lacedemonia, dónde lucharon y se destacaron en varias batallas contra los beocios (Diod. XV, 70, 1; Xen. Hel. VII, 1, 20-22).

Esparta y Siracusa fueron buenos aliados en el siglo IV, pero a diferencia de la segunda, Esparta pocas veces envió grandes contingentes de tropas, ya fueran propias o aliadas, como sí lo hizo Siracusa, probablemente debido a su menor peso demográfico y económico. En su lugar, fueron enviados verdaderos especialistas militares, generales expertos, para liderar las operaciones siracusanas. Contamos con buenos ejemplos de ello: Gilipo (Diod. XIII, 7, 2-7; 8, 1-4; 28, 1-6; 43, 4; 106, 8-10; Just., *epítom.* IV, 4, 7-12; Polien. *estrat.* I, 42), Deixipo (Diod. XIII, 85-90), Aristo o Aretes (Diod. XIV, 10), Farácidas (Diod. XIV, 79, 4-5; Plut. *Dion* 47-48) o Gesilo (Plut. *Dion* 49). A falta de cantidad, el apoyo espartano se centró en la calidad, algo que mantuvo a lo largo de esta fructífera alianza militar y que también caracterizó el apoyo espartano en otros lugares¹⁴⁷.

Aún así, Esparta consiguió reunir a un notable número de tropas para apoyar, en momentos concretos, la tiranía de Dionisio I. La primera mención se circunscribe en el año 398/397, mientras Dionisio se encuentra haciendo los preparativos de guerra para romper el tratado del 405 y expulsar a los cartagineses de la isla. En ese momento, del que ya hemos hablado anteriormente, Dionisio buscó tropas mercenarias de distintas procedencias, tanto para aumentar las filas de su ejército como para formar su escolta personal (Diod. XIV, 43-44). He aquí que,

“Reclutó asimismo mercenarios de Grecia, especialmente entre los lacedemonios, ya que éstos, que le ayudaban a acrecentar su poder, le dieron

¹⁴⁷ Por ejemplo, Jantipo, en Cartago o Sósilo, con Aníbal Barca.

permiso para reclutar entre ellos cuantos mercenarios quisiera¹⁴⁸” (Diod. XIV, 44, 2)

Este pasaje resulta interesante no sólo por especificar que reclutó mercenarios (Diodoro utiliza el término μισθοφόρους) procedentes de Lacedemonia sino porque, además, indica que accedió a ellos por mediación de la propia autoridad estatal, Esparta. Si Diodoro está en lo cierto, y sabiendo que las relaciones entre Esparta y Siracusa eran habituales en aquella época, cabe preguntarse por qué una ciudad *aliada* no envió tropas *aliadas*, en lugar de mercenarios. La respuesta puede enmarcarse dentro de la política económica y militar espartana iniciada a finales del siglo V, cuando descubrieron que podían sufragar su difícil situación económica y política mediante el cobro por prestación de servicios militares. Agesilao II y muchos otros reyes y generales espartanos vendieron sus servicios como mercenarios en Persia, Sicilia, Egipto y Libia¹⁴⁹.

La otra mención a la llegada de contingentes lacedemonios a Sicilia se encuentra en el asedio de Himilcón a Siracusa del año 396, narrado también por Diodoro Sículo (Diod. XIV, 62, 1). Con un inmenso ejército ante sus murallas y la armada cartaginesa bloqueando la ciudad por mar, Dionisio tenía pocas esperanzas de sobrevivir, pero tenía dinero. Su cuñado Políxeno y otros delegados consiguieron escabullirse antes que la flota púnica cerrara el puerto y fueron en busca de apoyos en Italia, Lacedemonia y Corinto (Diod. XIV, 62, 1). El resultado fue la llegada del navarca lacedemonio Fárax, o Farácides, y 30 navíos de refuerzo (Diod. XIV, 63, 4).

Podemos observar, por tanto, que la red diplomática y militar de Siracusa no se limitaba a la Magna Grecia sino, muy al contrario, los contactos eran habituales con las polis helénicas. En este sentido no hemos pretendido fijar aquí todas y cada una de ellas sino cerciorar la existencia de las mismas.

¹⁴⁸ “συνήγαγε δὲ καὶ μισθοφόρους ἐκ τῆς Ἑλλάδος καὶ μάλιστα παρὰ τῶν Λακεδαιμονίων: οὗτοι γὰρ αὐτῷ συναύξοντες τὴν ἀρχὴν ἔδωκαν ἔξουσίαν ὅσους βούλοιτο παρ’ αὐτῶν ξενολογεῖν.” Traducción de Juan José Torres Esbarranch para la editorial Gredos (2008).

¹⁴⁹ Riera (en preparación).

6. EL GRANERO MERCENARIO IBERO

6.1. Contexto histórico

La península Ibérica constituye, junto a la Galia, uno de aquellos territorios alejados de las grandes potencias político-económicas de la antigüedad, así como, *a priori*, del juego de guerras y alianzas que se desarrollaron profusamente en el Mediterráneo central y oriental durante siglos. Esta posición marginal en la literatura grecolatina finalizó definitivamente en el último tercio del siglo III con el desembarco de Amílcar Barca en Iberia y el inicio de la confrontación entre romanos y cartagineses por el control de estas tierras. A pesar de todo ello, como veremos a continuación, la participación de iberos en las grandes contiendas mediterráneas en época clásica no fue escasa. Este alejamiento físico y político de los centros más potentes y dinámicos del Mediterráneo conlleva un importante lastre para los historiadores modernos, debido a la escasa atención que los autores antiguos prestaron a los pueblos ibéricos hasta el año 237. A partir de entonces entraron de lleno, y por la puerta grande, en el mapa geopolítico mediterráneo. Afortunadamente, disponemos de otras herramientas mediante las cuales acercarnos al papel que en realidad tuvieron los iberos en el Gran Juego mediterráneo a lo largo de los siglos V-III.

Si bien la presencia de mercenarios de origen ibérico se cita a menudo entre las filas de los ejércitos púnicos, ya desde el siglo V, lo cierto es que los autores grecolatinos que mencionan estas tropas apenas aportan información acerca de sus orígenes concretos ni tampoco respecto a la relación política entre sus pueblos o ciudades y Cartago. Otro tipo de indicios, como el hallazgo de tesoros monetarios en la península Ibérica así como el grado de implantación de las antiguas colonias fenicias sobre territorios del interior, o el avance en los estudios sobre el tipo y la dispersión de la panoplia militar, pueden aportarnos algunos datos más sobre este proceso de reclutamiento.

Ante todo, sin embargo, cabe definir con precisión los términos geográficos de *Iberia*¹, pues tampoco en este sentido existe unanimidad entre las fuentes literarias. Todas ellas coinciden en establecer a los pueblos iberos en la costa entre la actual Murcia y el Languedoc francés, mientras que otros tantos expanden el área ibérica hasta el estrecho de Gibraltar o la bahía de Huelva. Esta última acepción, contenida en las obras de Polibio o Eratóstenes entre otros, es aquella que sigue la mayor parte de investigadores modernos, y que nosotros también suscribimos. Aunque es cierto que existe cierto debate, totalmente abierto, acerca de la idoneidad de aplicar este apelativo en algunos de estos pueblos. Esta vasta extensión de territorio no se articuló nunca bajo un mismo poder central sino que estuvo conformado por varias comunidades políticas independientes, unos pueblos -mucho mejor que etnias- con distintos grados de madurez política, que compartían ciertas características culturales comunes. Las influencias de las colonias griegas y fenicias, así como las migraciones procedentes de centro Europa terminaron de conformar las particularidades de cada uno de estos pueblos. Celtas y otros grupos indoeuropeos ocupaban el resto de la península Ibérica durante ese periodo; sin embargo, su participación en los procesos diplomáticos y militares mediterráneos durante nuestro periodo de estudio fue escaso hasta bien entrado el siglo III. A nivel cronológico, el periodo de estudio que abarca nuestra investigación coincide con el periodo arqueológico llamado Ibérico Pleno o Medio, establecido durante los siglos IV y III.

En el territorio ibérico pueden distinguirse diversas macroáreas geográficas en función de parámetros lingüísticos, arqueológicos o artísticos. En nuestro estudio nos interesa destacar especialmente las zonas de establecimiento de colonias extranjeras y su radio de influencia en el territorio ibero, un aspecto de gran relevancia para entender afinidades y enemistades en determinados episodios históricos.

El fenómeno colonial fenicio, así como su interacción con la población indígena, ha sido tratado profusamente en la literatura científica española a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, estimulado por descubrimientos tan mediáticos y espectaculares como el Tesoro del Carambolo, el pecio de Mazarrón o el yacimiento del Castillo de Doña Blanca. Los trabajos arqueológicos actuales están aportando una complejidad y una amplitud geográfica cada vez mayor a este proceso colonial. En este sentido, si bien la mayor parte de establecimientos o factorías fenicias se encuentran en el llamado Círculo del Estrecho existen otros yacimientos a lo largo de la costa de la península ibérica que amplían la red fenicia -eminente mente comercial- que se extendía desde el Ebro hasta Galicia. La explicación fundamental a esta vasta red de factorías cabe buscarla, al menos inicialmente, en la búsqueda y extracción de metal². Ésta era una de las mercancías máspreciadas en Oriente a partir del siglo IX-VIII y el comercio fenicio entre la península Ibérica y Fenicia vino a suplir esta demanda. Las últimas revisiones cronológicas en base a la datación por C-14 y su posterior calibración dendrocronológica sitúan la fundación de

¹ Utilizaremos el término *Iberia* para referirnos al conjunto del territorio de la península ibérica o, más comúnmente, al territorio histórico de la cultura ibérica, considerándolo entre los ríos Tinto, en el sudoeste y Hérault en el nordeste, a través de la fachada litoral de la península Ibérica, penetrando en algunos zonas hacia el interior, como en los cursos del Guadalquivir y del Ebro. En cambio, no utilizaremos *Hispania*, más apropiado a partir del año 197, y menos aún, *España* -término utilizado asiduamente en la literatura anglosajona-, ya que designan entidades políticas posteriores siendo, por tanto, términos inadecuados.

² Aubet, 2009: 224-228.

Gadir, el Castillo de Doña Blanca, Toscanos o el Morro de Mezquitilla precisamente en la segunda mitad del siglo IX³.

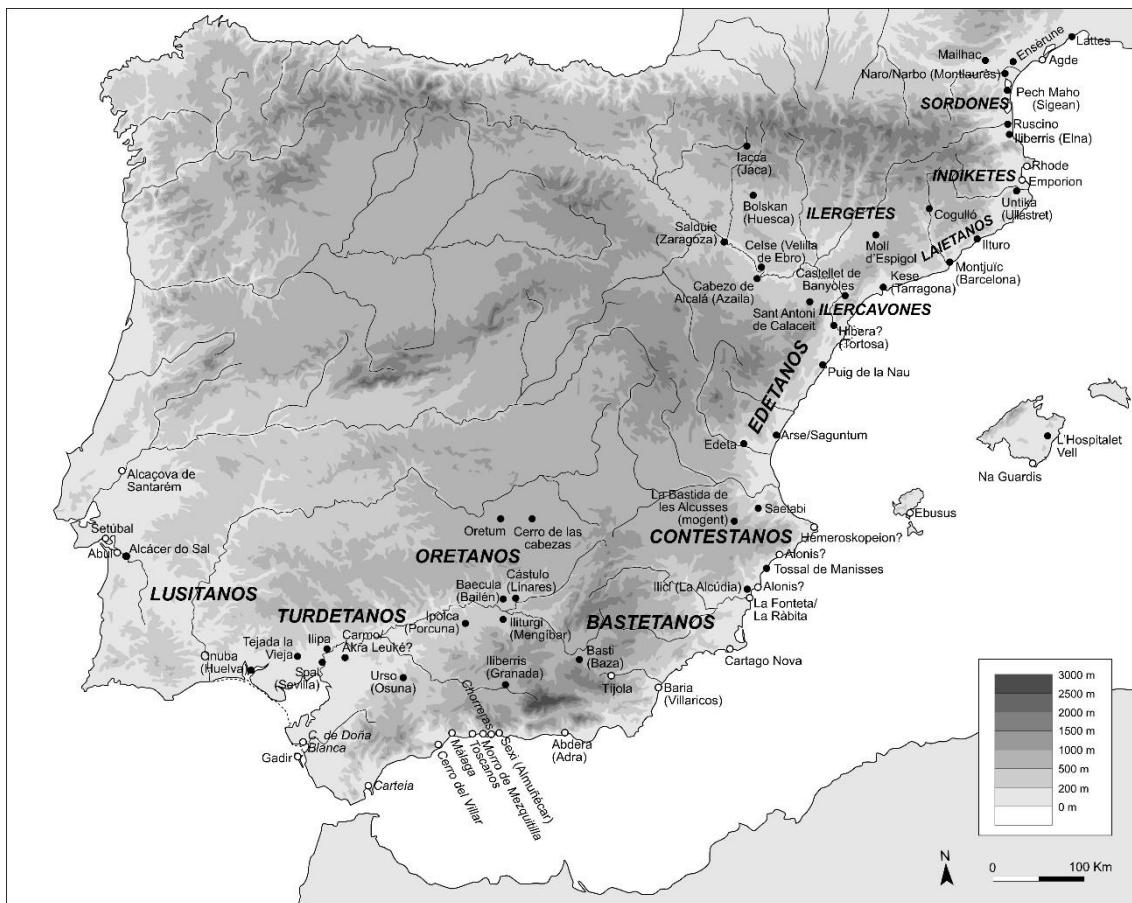


Figura 18. Mapa de la península Ibérica con los principales pueblos y ciudades de la civilización ibérica.

La construcción de asentamientos fenicios instaló en Iberia, no sólo una reproducción de las estructuras económicas de Oriente, sino también una nueva esfera religiosa y política: la construcción de necrópolis, túmulos y santuarios sobre el paisaje ibérico necesariamente entró en relación con el mundo indígena. Lo fenicio se instauró en el sur de Iberia y con el paso del tiempo se mezcló con lo ibérico, compartiendo espacios y normalizando las relaciones entre ambas culturas.

Actualmente nadie niega el impacto que la influencia fenicia⁴ ejerció sobre el territorio autóctono, aunque se discute el grado con que se ejerció en cada momento⁵. En primer lugar,

³ Aubet 2009: 226. Actualmente, los restos más antiguos atribuibles a la presencia fenicia corresponden a la zona de Huelva y retrotraen la cronología de las primeras importaciones al siglo X (González de Canales, Serrano, Llompart, 2006).

⁴ Una buena síntesis de las aportaciones fenicias sobre el mundo indígena en el plano ceramológico, metalúrgico, arquitectónico y otros aspectos, en Oliver Foix, 2004: 110-117.

⁵ Tradicionalmente se ha definido como *fenicio* al periodo de contacto comercial de Iberia con población fenicia procedente de Oriente durante los siglos IX-VII, y como *púnico*, el periodo entre los siglos VI y III,

como también ocurre en distintas zonas de la región occidental, los asentamientos fenicios fueron una de las bases sobre las que se tejió la red política y comercial cartaginesa a partir del siglo VI, de modo que es importante conocer cuál fue la situación y evolución del proceso en sus orígenes. En segundo lugar, estipula los límites teóricos de la contratación mercenaria en Iberia, ya durante el periodo púnico. Y por último, no debemos olvidar la presencia de colonias griegas a lo largo de la costa mediterránea⁶ que, aunque escasa, es un elemento importante a tener en cuenta por sus implicaciones políticas y económicas. Por todo ello, es necesario tener en cuenta el contexto histórico precedente para poder entender con mayor claridad las decisiones y los acontecimientos que se dieron a partir de finales del siglo V.

6.1.1. La presencia fenicia en Iberia

Como señalábamos, la expansión fenicia en Occidente constituye uno de los *topoi* más debatidos por la historiografía de Iberia durante el siglo XX, tanto por lo que respecta a su naturaleza como a su cronología. Actualmente, parece aceptada la división en dos fases de esta expansión⁷. La primera de ellas define un primer momento llamado *precolonial*, en los que la interacción con el mundo indígena era irregular, sin la construcción de puertos dedicados al trato comercial y sin ningún tipo de dominancia ejercida por los fenicios. A este periodo de contactos esporádicos le seguiría, siempre que las condiciones comerciales y políticas hubieran sido proclives, una fase propiamente *colonial*, con el establecimiento de enclaves urbanos estables, un flujo estable de comunicación entre estos y Fenicia y cierto de grado de hegemonía sobre los territorios indígenas cercanos, a menudo con la complicidad y participación de las propias élites aristocráticas indígenas⁸.

que coincide con el aumento progresivo de la presencia comercial fenicia procedente de Cartago en la península. Aunque esta distinción haya suscitado algunas pequeñas controversias, seguiremos con ella en este trabajo.

⁶ Principalmente Rhode y Emporion. Las colonias de Hemeroscopeion, Alonis y Mainake, mencionadas por las fuentes literarias constituyen una problemática distinta, empezando por las dificultades que atañen a su identificación arqueológica.

⁷ Aubet, 2009: 211-228.

⁸ J. Alvar propone la posibilidad que ambas fases de contactos entre fenicios e indígenas pudieran darse simultáneamente. Por tanto, el término “precolonización”, que define una temporalidad necesariamente anterior a la colonización, sería inadecuado. Alvar propone definir una primera fase de contactos esporádicos, con mercancías sobre las cuales los fenicios no controlaban los medios de producción y sin enclaves permanentes de carácter administrativo, a la que denomina Modo de Contacto no Hegemónico o MCnH. En cambio, una vez los fenicios controlaron directa o indirectamente la explotación de recursos locales, gestionaron estas mercancías e iniciaron un fenómeno de relación hegemónica sobre la población indígena, el autor propone la denominación Modo de Contacto Sistémico Hegemónico (MCSH). (Alvar, 1999: 331; 2008: 20). Esta división tiene un carácter similar a la propuesta por Domínguez Monedero al distinguir entre una expansión de tipo comercial, que tiene por objetivo extender las redes comerciales, y otra de tipo propiamente colonial “*cuya finalidad última es la reproducción de las formas de vida propias de los centros de origen*”. Ambas culturas, griega y fenicia, establecerían en la península ibérica estos dos tipos de procesos (Domínguez Monedero, 2003: 19-20). Otros autores han preferido utilizar los conceptos “emporitano-precolonial” y “emporitano-colonial” como sugieren González de Canales, Serrano y Llompart (2006: 107 y ss.) para definir ambas fases de contacto.

El carácter comercial-aristocrático de los primeros asentamientos fenicios⁹, en lugar de una colonización en busca de tierras de cultivo para albergar a excedentes de población, parece corroborarlo la arqueología; las pequeñas dimensiones de las fases más antiguas del Morro de Mezquitilla (2ha), Abdera (2ha), Toscanos (2,5 ha), Chorreras (3ha) -tan sólo Gadir llega en estos momentos a las 10ha-, así como lo reducido de las necrópolis de esta fase (Laurita y Puente de Noy en Almuñecar, y Trayamar en Algarrobo), indican una escasa presencia fenicia a nivel demográfico¹⁰. Esto parece demostrar que no hubo, por tanto, voluntad de asentar a grandes masas de población. En cambio, la mayor parte de estos yacimientos incluyen algunas residencias de notables dimensiones, complejas y lujosas, claramente distinguibles del resto, lo que parece subrayar la naturaleza aristocrática de estas empresas.

El sur de la península, alrededor del llamado Círculo del Estrecho, acogió, con diferencia, la mayor concentración de asentamientos fenicios en el Mediterráneo Occidental. Todos ellos comparten cierta homogeneidad tipológica: ubicados en la línea de la costa o bien en islotes cercanos a ella, carácter eminentemente portuario y uniformidad arquitectónica, funeraria y en cuanto a la cultura material¹¹. Entre todos ellos, destaca, por supuesto, Gadir (bajo la actual Cádiz), ubicada en la desembocadura del río Guadalete, ya en aguas atlánticas. Esta ciudad, fundada entre finales del siglo IX e inicios del VIII, se convirtió en el principal baluarte fenicio en extremo occidente y desde esa posición los fenicios pudieron emprender una expansión marítima hacia el norte y terrestre hacia el interior de la península¹². Su importancia no sólo recaía en su ubicación estratégica a nivel comercial sino también en su relevancia política, de lo cual el templo de Melkhart¹³, garante no tan sólo de las relaciones económicas y religiosas sino de también de la unión de la colonia con la metrópolis¹⁴, fue el mayor ejemplo.

A propósito del Círculo del Estrecho, cabe subrayar que fue un área eminentemente comercial que no solamente abarcaba las ciudades fenicias del sur de la península ibérica sino también a las factorías del norte África, geográficamente opuestas a las anteriores. A este respecto, son cada vez más las evidencias de estrechos vínculos entre ambos continentes¹⁵.

⁹ Aubet (2006: 35), pese a reconocer este carácter aristocrático, distingue al menos tres niveles de comercio: las instituciones públicas -el templo y el palacio-, los consorcios comerciales y los comerciantes privados. Acerca del tipo de comercio público o privado, se han defendido distintas hipótesis, desde el carácter comercial gestionado por los templos (González Wagner, 2000: 50-51; Romero, 2006), el privado (Bondì, 1988: 354-355) o el palacial (Alvar, 1999: 332-333) o estatal (Domínguez Monedero, 2003: 32), Aubet sentencia: “En Oriente ambas esferas, la privada y la institucional, no siempre actúan separadamente en el ámbito del comercio internacional, por lo que el debate es probablemente inútil” (Aubet, 2006: 37).

¹⁰ Aubet, 2006: 37-39.

¹¹ Aubet, 2006: 36.

¹² Entre otras funciones, Gadir actuó como centro redistribuidor de numerosas mercancías, pero especialmente del estaño procedente del Atlántico (Alvar, 1999: 340-51; 371). Se ha propuesto también que los pequeños enclaves fenicios del sur peninsular, ubicados en puntos estratégicos para la explotación de recursos locales pero sin trama urbana ni edificios públicos, como Chorreras, Morro de Mezquitilla o Toscanos, fueran fundaciones procedentes de Gadir, y no directamente de Fenicia (González Wagner, 2000: 51-52).

¹³ Sobre la importancia política, social y económica del Templo de Melkhart, ver Rodríguez Ferrer, 1988: 101-102.

¹⁴ Ruiz de Arbulo, 2000: 23.

¹⁵ Domínguez Monedero, 2000: 67; Callegarin y El Harrif, 2000: 23-42.

La expansión fenicia hacia la fachada atlántica puede rastrearse gracias a la presencia de numerosos objetos de lujo de origen fenicio en asentamientos y necrópolis indígenas. Hace apenas veinte años tan sólo se conocía un yacimiento fenicio con seguridad en Portugal: Abul, en el estuario del río Sado¹⁶. Actualmente, la labor arqueológica ha conseguido identificar media docena más de asentamientos de factura fenicia en la fachada atlántica: Alcácer do Sal, Tavira, Setúbal, Castelo de Faria, A Lanzada y San Estêvao da Facha, pero siguen siendo comparativamente mucho menos numerosos que en el sur¹⁷. Esta escasez podría inclinarnos a pensar en la poca presencia de rutas comerciales fenicias en el Atlántico. No obstante, la explicación parece hallarse en el control que las élites indígenas tenían ya sobre las rutas comerciales, tanto hacia el interior, como hacia el norte¹⁸. De hecho, la propia Gadir impulsó buena parte de este comercio atlántico entre los siglos VIII y VII, tanto por vías marítimas como terrestres, a la búsqueda de estaño, cobre y otros productos¹⁹. Estas rutas ya habían sido frecuentadas por fenicios e incluso tartesios, con anterioridad, hacia el siglo IX²⁰.

Esta expansión, de la que el periplo de Himilcón constituye un testimonio tardío, se apoya también en la gran cantidad de evidencias arqueológicas encontradas incluso en el extremo noroccidental de la península²¹. Sin embargo, es hacia el litoral mediterráneo en dónde encontramos una mayor concentración de asentamientos fenicios. La mayor parte de estas ciudades se fundaron entre los siglos IX y VII y en base a su larga pervivencia en la zona hasta época romana es fácil imaginar que su integración sobre el territorio fue un modelo exitoso. Esto no significa que no hubiera tensiones y conflictos durante siglos, pues a buen seguro que los hubo, pero si estas colonias, con un peso demográfico tan inferior se mantuvieron y desarrollaron durante siglos, es posible plantear que las relaciones amistosas se impusieron a las violentas²². Dicha expansión integró también, con seguridad, el levante peninsular hasta el río Ebro. Hasta los años setenta del siglo XX se creía que el norte del río era ya un coto privado griego. Actualmente, no obstante, está fuera de toda duda la presencia de mercaderes fenicios a lo largo de la costa catalana hasta los Pirineos, incluida por tanto, la zona emporitana²³. Por el momento no se conoce ningún asentamiento permanente puramente fenicio en la actual Catalunya, pero existen algunos yacimientos dónde la interrelación con el comercio fenicio

¹⁶ Makaroun, Mayet y Tavares, 1994.

¹⁷ Pellicer Catalán, 1998: 93-105; Blánquez Pérez, 2008: 153.

¹⁸ Aubet, 2009: 295-301.

¹⁹ Aubet, 2009: 296.

²⁰ Aubet, 2009: 296; Sobre el caso concreto de una posible colonización tartesia, ver Almagro Gorbea y Torres: 2009.

²¹ Blánquez Pérez, 2008: 153.

²² Ferrer Albelda apunto el curioso hecho de que la historiografía española se empeña en llamar “colonos” a gentes que llevaban ya siglos establecidos en los asentamientos fenicio-púnicos (Ferrer Albelda, 1998: 32).

²³ En este sentido destaca el artículo de Maluquer de Motes “Los fenicios en Cataluña” (1968), que inició los estudios acerca de la presencia fenicia en el nordeste peninsular, seguido una década más tarde por “El factor fenici a les costes catalanes i del golf de Lleó” (Arteaga, Padró, Sanmartí, 1978). El estado actual de la cuestión ha avanzado mucho desde entonces; la arqueología ha permitido constatar la presencia de abundantes materiales fenicios en numerosos yacimientos indígenas alrededor y al norte del Ebro (Sanmartí y Asensio, 2005; Bea *et al.*, 2008) llegando incluso al Languedoc (Arteaga, Padró y Sanmartí, 1986). En el yacimiento de L’Illa d’en Reixac (Ullastret), se pudo constatar la importación de productos gracias al hallazgo de numerosas ánforas de procedencia fenicia. Estas importaciones, sin embargo, cesaron de repente a partir del segundo cuarto del siglo VI, coincidiendo con la caída de Tiro y la llegada de los foceos a Occidente (Ramon Torres, 2003: 134; 143).

resulta innegable. Tal es caso, por ejemplo, de Aldovesta (Benifallet, Tarragona), a orillas del río Ebro, dónde sus investigadores reconocen un asentamiento de raíz indígena, aunque la presencia de material cerámico fenicio sea porcentualmente superior al autóctono²⁴. Otros yacimientos indígenas cercanos, aún sin contar una proporción cerámica tan desigual como en Aldovesta, también evidencian un comercio intenso con las factorías sud-peninsulares e Ibiza durante el siglo VII e inicios del VI: Barranc de Gàfols (Ginestar, Tarragona), La Ferradura (Ulldecona, Tarragona), Sant Jaume/Mas d'En Serrà (Alcanar, Tarragona) o la Palaiapolis emporitana²⁵. Las evidencias de este comercio alcanzan su clímax hace el año 600, pero declinan drásticamente hacia el 575 o poco después²⁶. A principios del siglo IV las importaciones fenicias, principalmente en forma en ánfora ebusitanas, volvieron al norte del Ebro; esta vez dentro de un nuevo horizonte de buenas relaciones comerciales entre el mundo fenicio y emporitano, atestiguado también por la numismática²⁷. A lo largo de la centuria siguiente, se incorporaron además importaciones cartaginesas: sobretodo ánforas, pero también cerámica común y de cocina²⁸.

A medida que los enclaves permanentes fenicios se asentaban en el territorio, la demanda de productos y labores derivadas de ese nuevo núcleo urbano iba en aumento. Por tanto, alrededor de estas factorías no tan sólo se consolidaba una actividad económica directamente vinculada a la obtención de metal y otras mercancías demandadas en Oriente, sino también aquellas que, cada vez con mayor empuje, eran requeridas por la población de esos asentamientos. Los productos alimenticios fueron los primeros requeridos, lo que empujaría a las aristocracias fenicias a discutir con sus homólogos indígenas la obtención directa de tierras de labranza²⁹, o bien la compra de éstos productos a la población indígena³⁰. En este sentido, hay que destacar el cada vez mayor número de asentamientos fenicios que se van identificando vinculados a la explotación agrícola del territorio, ya desde las fases más arcaicas de la colonización³¹. Una vez asegurado el consumo alimenticio, la propia dinámica urbana, espoleada quizá por estas mismas aristocracias fenicias, promovió la explotación de otros recursos y oficios en un intento de reproducir las formas de vida en Oriente y de garantizar la diferenciación social de las élites

²⁴ El yacimiento de Aldovesta (Benifallet) es un pequeño asentamiento de apenas 200m², con abundante ánfora fenicia (un centenar de ánforas del tipo 1 de Toscanos (=Vuillemot R-1/Ramon 10.1.1.1)) con una ocupación estable entre la segunda mitad del siglo VII y el primer cuarto del siglo VI. Sus reducidas dimensiones y el método constructivo sugieren un asentamiento indígena propio del Bronze Final IIIB, excluyendo totalmente la posibilidad de un enclave colonial, aunque es evidente su fuerte relación con comerciantes fenicios (Santacana, 1994: 147-148). Es destacable también la presencia de algunos productos de procedencia sarda (Mascort, Sanmartí, Santacana, 1988-89).

²⁵ Ramon Torres, 2003: 134; 142-143; Santacana y Belarte, 2004: 133-135.

²⁶ Sanmartí y Asensio, 2005: 91-92.

²⁷ García y Bellido, 1991: 128-135; García y Bellido, 2006: 290.

²⁸ Sanmartí y Asensio, 2005: 96-97.

²⁹ Esta sería, según la opinión de J. Alvar, la principal causa de las colonizaciones hacia el interior en el siglo VII (Alvar, 1999: 321-327).

³⁰ Aubet 2006: 42.

³¹ Sala Sellés, 2004: 61; en especial, para el periodo entre los siglos VI-III: López Castro, 2008. Por su parte, Alvar (1999: 378-381) afirma que durante el siglo VII se produjo una migración importante desde Oriente, provocada por la inestabilidad política en la zona, que desembocó en la llegada de nueva población en Iberia; sería esta población quién, en opinión del autor, lideraría la penetración rural fenicia hacia el interior de la península.

mediante bienes de prestigio³². Así, a medida que el comercio de metal se consolidaba, mayor era la complejidad y la expansión de toda la actividad económica dependiente de ella³³.

Sin entrar en profundidad en un fenómeno tan complejo como el de la influencia e interacción entre ambas esferas sociales, sí que podemos trazar, de forma esquemática, un proceso donde las relaciones entre la aristocracia fenicia e indígena promovieron no sólo el establecimiento de un motor económico para los primeros, sino también la consolidación y auge de los segundos³⁴. A lo largo del tiempo, las tradiciones culturales se iban mezclando poco a poco. El reflejo arqueológico de este fenómeno es el llamado periodo orientalizante, en el que la cultura material fenicia penetró en el hábitat indígena³⁵. Esta sintonía no se dio tan solo entre las élites sino también en otras esferas sociales. En la necrópolis fenicia de Baria (Villaricos), una de las colonias más importantes en Iberia, se han identificado enterramientos indígenas simples en las fases antiguas³⁶. Pese a conservar sus propios ritos y simbologías, estas dos comunidades étnicas compartieron un mismo espacio sacro, elemento que sin duda invita a reflexionar sobre el grado de interacción entre ambas comunidades³⁷.

Este fenómeno no tan solo afectó a los aspectos cotidianos o artísticos sino que terminó por catalizar el proceso de cambio en la organización política indígena; significó, en buena medida, la transición de la vida protourbana a la ciudad³⁸. Entre finales del siglo VIII e inicios del siglo VI se aprecian en la vega del Guadalquivir una serie de cambios en la pauta de asentamiento y también en la propia conformación urbana de éstos que ha sido interpretada por algunos autores como el fruto del cambio de régimen monárquico -si es que alguna vez lo hubo- al aristocrático³⁹. Pese a la oscuridad que envuelve este periodo, podemos inclinarnos a pensar en un proceso similar en el resto del área sur peninsular que daría pie a la eclosión del mundo ibérico.

Es poco, no obstante, lo que sabemos acerca de la organización política interna de estas colonias. Algunos autores se han esforzado en categorizar estos enclaves en cuanto a sus funciones y naturaleza⁴⁰, mientras que otros han planteado un esquema jerárquico. Este último, planteado por J.L. López Castro a partir de los trabajos anteriores de S. Frankenstein y de O.

³² Alvar, 1999: 372.

³³ En este sentido, debemos destacar el hecho demostrado de que, si bien la motivación de una buena parte de los primeros asentamientos fenicios en Iberia parece ser la obtención y comercio de metal, ésta motivación no responde a la función y naturaleza de algunos otros enclaves de la colonización arcaica. Así, a modo de ejemplo, podemos citar el caso del Cerro del Villar (Málaga), en el hinterland inmediato del cual no existen ni yacimientos metalíferos ni buenas tierras de labranza (Aubet, 2006: 37); en este caso, todo parece indicar, por su ubicación y material mueble, que podría tratarse de un asentamiento con un marcado carácter de mercado y redistribución (Aubet, 2002; Aubet y Delgado, 2003). Una variedad de asentamientos coloniales indica, por consiguiente, una variedad de interacción con el mundo indígena.

³⁴ Aubet, 2006: 36.

³⁵ En uno de los yacimientos de Montilla, en la desembocadura del río Guadiaro, se ha localizado un barrio fenicio extramuros a un asentamiento indígena, una pauta comercial común en Oriente, pero muy poco conocida en Occidente. (Aubet, 2006: 43).

³⁶ Sala Sellés, 2004: 64.

³⁷ García-Gelabert y Blázquez, 1996: 8.

³⁸ Aubet, 1977-78: 83. Acerca de las formas de aculturación y de sus evidencias arqueológicas, ver González Wagner, 1986.

³⁹ Ruiz y Molinos, 1993: 258-261.

⁴⁰ Aubet, 2006.

Arteaga, y de su propia experiencia de campo en arqueología fenicia, plantea un sistema en el cual contaría con unos pocos asentamientos coloniales de primer orden en la costa ibérica que organizarían y administrarían, ya no una línea de explotación metalúrgica, sino auténticas esferas comerciales. Estos centros encabezarían un sistema económico y político jerarquizado, con otros asentamientos de segundo y tercer grado diseminados sobre el territorio con funcionalidades más específicas, como la explotación de recursos -para el comercio y para el autoabastecimiento- o centros de mercado con el mundo indígena⁴¹. López Castro reivindica, además, que este esquema no se reduce a la zona de Gadir, sino que se reproduce en todo el sur de la península en centros como Malaka, Seks, Abdera y especialmente en Baria⁴². Los hallazgos arqueológicos en el sudeste peninsular indican una notable presencia fenicia sobre esta zona, tanto a nivel demográfico como económico y político, en connivencia con elementos indígenas⁴³. Así pues, no debería extrañarnos que Avieno y el Pseudo Escimno indicaran la presencia de población libiofenicia en esta zona⁴⁴. Pese a todas las discusiones que este etnónimo ha generado, está claro que ambos autores destacan la presencia de población extranjera de adscripción fenicia rodeada de pueblos autóctonos. Tampoco, pues, debería extrañarnos que precisamente una de las mejores piezas del arte ibérico, la Dama de Baza, fuera elaborada en la Bastetania, pues sus influjos orientales son innegables.

En clave de colonialismo dependiente, en cambio, se han establecido dos fases distintas para las colonias fenicias occidentales. Así, se distingue entre un periodo en el cual estas colonias

⁴¹ López Castro, San Martín y Escoriza (1987-88): 159; Sala Sellés, 2004: 67-68. En contra, Domínguez Monedero, 1995.

⁴² López Castro, San Martín y Escoriza, 1987-88: 159.

⁴³ Durante el periodo Ibérico Antiguo, el elemento indígena se concentra especialmente en el interior de la Bastetania, al norte de la actual provincia de Almería (Sala Sellés, 2004: 68). En cambio, en la depresión litoral y prelitoral, la presencia fenicia es mucho más destacada, aunque también se reconocen hábitats propiamente ibéricos. Esta doble población ha sido interpretada como un ejemplo de relación intensa, aparentemente pacífica, entre ambas comunidades, como demuestran los enterramientos ibéricos en el área de la necrópolis púnica de Villaricos (López Castro, 2000: 103). Sin embargo, el proceso de iberización reconocido en otras áreas tendentes a la agrupación en *oppida*, a la atomización, resulta difícil de identificar en esta zona, ya que los mayores núcleos de época plena han sido identificados como púnicos -y no ibéricos- por otros autores. Esto significa que, de ser así, nos encontramos ante una población indígena económicamente vinculada a los asentamientos fenopúnicos pero políticamente dependientes de *oppida* tan alejados como Basti (Sala Sellés, 2004: 69). Esta situación resulta posible pero improbable, dada su poca utilidad práctica. Quizá, en este sentido, tendríamos que plantearnos un grado más de hegemonía púnica sobre el territorio y englobar este poblamiento ibero al sur de la Bastetania, sometido políticamente a Baria.

⁴⁴ Avieno (*O.M.* 419-424) cita a los libiofenicios, juntamente con los mastienos, los tartesios y los cilbicos en algún lugar del sur peninsular. El Pseudo Escimno (v.v. 106-109), por su parte, afirma que se encontraban en el litoral Mediterráneo de Iberia, al sur de los iberos. Acerca de los libiofenicios, existe una controversia en torno a su identidad y origen, agravada aún más por las menciones en Polibio (III, 33, 14-16) y Tito Livio (XXI, 22, 3), y también por las llamadas monedas libiofenicias. Desde nuestro punto de vista, la utilización del término por Polibio y Livio nada tienen que ver con las menciones de Avieno y el Pseudo Escimno, por cuestiones de contexto y narración histórica. De igual modo, las monedas mal llamadas libiofenicias son simplemente un apelativo historiográfico moderno a monedas con leyendas neopúnicas poco elaboradas de mediados del siglo II y comienzos del I (García Bellido, 1993b); Domínguez Monedero, 1995: 224-225). En torno a la cuestión étnica e histórica de los libiofenicios se enfrentan visiones como la de López Castro (1992), que defiende su identificación como colonos púnicos que ocuparon tierras agrícolas en el sur peninsular, con aquellas otras que entienden por libiofenicios estrictamente a los fenicios que vivían en las colonias costeras de Iberia, sin consideración étnico-territorial alguna (Domínguez Monedero, 1995: 228-229; Ferrer Albelda, 2000).

mantuvieron una relación de dependencia respecto a Tiro, abarcando los siglos IX-VII, y una segunda fase, a partir del siglo VI, llamado comúnmente periodo púnico, en el que entraron en la órbita de la Cartago.

En el Mediterráneo Oriental se ha documentado la presencia de un alto magistrado tiro en algunas colonias, llamado *sukin* (*skn* epigráfico), que posiblemente actuara de gobernador o de supervisor⁴⁵; aunque su papel no resulta nada fácil de determinar con la actual evidencia disponible, la similitud con el *šaknu* asirio, un gobernador provincial⁴⁶, parece indicarnos hacia esta dirección. Esta posibilidad se adapta bien a las evidencias arqueológicas en torno a la presencia regular de residencias de notables dimensiones en la mayor parte de colonias que han sugerido una forma de organización aristocrática para su administración⁴⁷.

6.1.2. Los pueblos iberos en la protohistoria de la península Ibérica

Cuando los fenicios desembarcaron por vez primera en las costas de Iberia se encontraron con sociedades en distintas fases de maduración cívica, cuyo exponente más desarrollado eran los tartesios, ubicados en la zona de Huelva y la bahía de Cádiz.

A finales del siglo V, la cultura ibérica se hallaba ya consolidada en toda la franja Mediterránea y el Alto Guadalquivir. Bajo el apelativo de ibérico se halla un conjunto bastante numeroso de pueblos distintos que ocuparon el territorio costero que transcurre desde Huelva al Languedoc, penetrando también en algunas zonas hacia el interior de la península Ibérica. Estas diferencias fueron el producto de la evolución de las sociedades de la Edad del Hierro, definidas por distintos sustratos culturales, por la influencia en menor o mayor grado de unas u otras civilizaciones foráneas y, evidentemente, por condiciones medioambientales particulares. Estas condiciones dieron lugar, alrededor del 600 a.n.e., a procesos de etnogénesis diferenciados⁴⁸.

Desde una perspectiva arqueológica, en cambio, grandes diferencias entre todos estos pueblos; si conocemos sus nombres y, a grandes rasgos, sus delimitaciones geográficas, no es a partir de la arqueología sino, fundamentalmente, gracias a las fuentes literarias⁴⁹. Entiéndase: sí que existen, en efecto, diferencias destacables en aspectos concretos, (urbanismo, arte, escritura⁵⁰ e incluso desarrollo político⁵¹), pero estas diferencias no se manifestaron de un pueblo a otro sino más bien sobre tres o cuatro grandes zonas regionales: sur, levante y nordeste peninsular.

⁴⁵ Lipiński, 2004: 130; Ruiz Cabrero, 2009.

⁴⁶ Liverani, 2011: 480.

⁴⁷ Alvar, 1999: 382-383.

⁴⁸ Sánchez-Moreno, 2008: 23.

⁴⁹ Es este otro de los *topoi* historiográficos en el estudio de la Iberia prerromana, por lo que existe abundantísima bibliografía acerca de ello. A modo de compendio de estudios y puntos de vista metodológicos, ver Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero, 1992. Más recientemente, destacan los estudios de Pierre Moret; por ejemplo, en Moret, 2006.

⁵⁰ De Hoz, 2005; Velaza, 2009.

⁵¹ Ruiz y Molinos (1993: 246) destacan que la principal diferencia entre las etnias ibéricas del siglo V es su desarrollo político, ya que, culturalmente, son muy próximas. Sin embargo, a tenor de los continuos trabajos arqueológicos y el desarrollo de los estudios ibéricos, actualmente se tiene a reconsiderar, o mejor, a matizar, tal “proximidad”.

6.1.2.1. El sur peninsular

A partir de los testimonios literarios grecolatinos podemos identificar algunos de los pueblos iberos que habitaban la región meridional de la península Ibérica. No obstante, existen algunas problemáticas no resueltas debido a importantes contradicciones entre estas fuentes, a la distancia cronológica entre ellas -y también entre los acontecimientos que relatan- y a no pocas confusiones o transformaciones terminológicas. Esta cuestión afecta también al nordeste peninsular. Entre los varios pueblos ibéricos que mencionan los autores clásicos aparecen los turdetanos, un pueblo que ocupaba el territorio histórico tartesio, en el bajo Guadalquivir, con enclaves tan importantes como Tucci (Tejada la Vieja, en Escacena del Campo), Urso (Osuna), Carmo (Carmona), Ilipa (Alcalá del Río), el santuario de Torrepidones y los niveles ibéricos de Sevilla y Córdoba. Mientras que los turdetanos disfrutaban de buenas tierras de cultivo, como en su día afirmaba Estrabón (III, 2, 4), sus vecinos norteños, los túrdulos, tenían a su alcance importantes yacimientos metalíferos (Est. III, 2, 6). El mismo Estrabón (III, 1, 6) señala que si bien autores más antiguos que él, como Polibio, distinguían entre ambas etnias, en su propia época esta distinción ya no existía. Plinio (III, 1, 8-14) y Apiano (*Iber.* 9), pese a ser algunas generaciones más jóvenes que Estrabón, siguieron haciendo referencia a túrdulos⁵². Actualmente hay quién plantea que, en realidad, túrdulos, turdetanos y tartessios eran equivalentes: un pueblo cuyo nombre partía de la raíz **trt-* y al que se añadió el sufijo griego (-*ssos*) y latino (-*anus*, -*i*, o -*ulus*). De esta forma, autores posteriores, recopilando informaciones de distinta procedencia, habrían considerado estos pueblos como realidades diferentes, en un claro ejemplo de distorsión terminológica, y por ende, histórica⁵³.

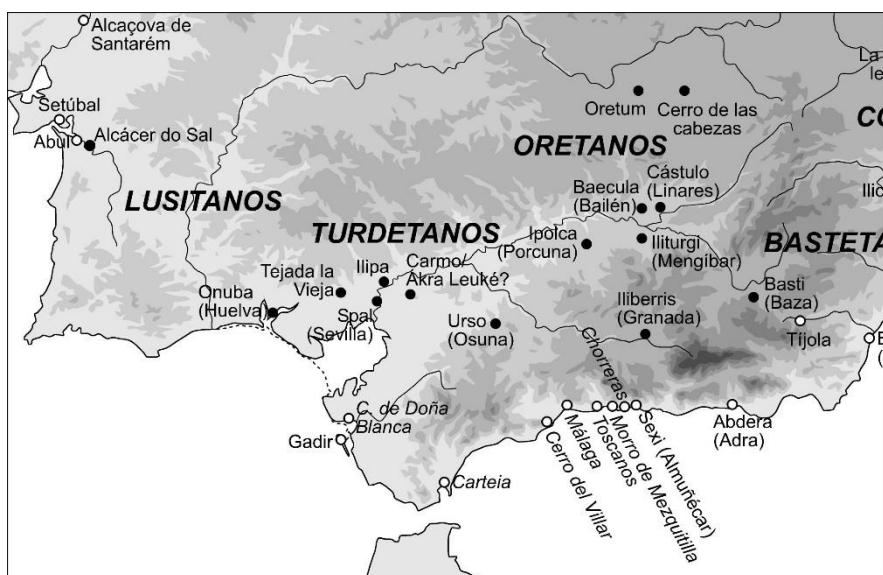


Figura 19. Mapa del sur de la península Ibérica con las principales ciudades indígenas y colonias fenicio-púnicas.

⁵² Acerca de las descripciones de las fuentes literarias clásicas sobre el sur peninsular y sus problemáticas, ver Bendala y Corzo, 1992: 95-99.

⁵³ Ferrer Albelda, 2000: 425. Un estudio completo acerca de esta problemática, Ferrer Albelda y García Fernández, 2002.

Los bastetanos, a quien algunos autores equiparan a los mastienos mencionados por Avieno, Hecateo y Polibio⁵⁴, ocuparon la zona sureste de la península, con capital en la epónima Basti (Baza) y su costa meridional poblada de asentamientos fenicio-púnicos. Plinio también menciona a unos bástulos (III, 1, 8; 19) que, de nuevo según Estrabón (III, 4, 1) no serían sino el mismo pueblo que los bastetanos. Se trataría, pues, del mismo problema terminológico que existe entre túrdulos, turdetanos y tartesios, pero en este caso, tal error ya habría sido identificado por Estrabón.

Hacia el interior, en el curso alto del Guadalquivir, encontramos a los oretanos, cuyo territorio albergó también buenas vetas metalíferas y tierras de cultivo. Esta riqueza dio lugar a ciudades tan importantes como Cástulo (Cazlona), Baecula (Bailén), Obulco (Porcuna), Iliturgis (Mengíbar) y su capital epónima, Oretum (Granátula de Calatrava).

6.1.2.2. Levante

El área ibérica levatina está formada por tres grupos étnicos bien definidos, de sur a norte: contestanos, edetanos e ilercavones. Se trata de pueblos con poca expansión hacia el interior, con vocación claramente mediterránea, y con una jerarquización del territorio acusada.



Figura 20. Mapa del levante de la península Ibérica con las principales ciudades indígenas y colonias fenicio-púnicas.

La Contestania ocupa mayoritariamente la región comprendida entre las cuencas de los ríos Segura y Vinalopó. Una serie de características comunes rastreables a través de la arqueología

⁵⁴ Ruiz y Molinos, 1993; Sánchez Moreno, 2008: 30. Acerca de la problemática en sí, García Moreno, 1990.

ha permitido ubicar a este pueblo con mayor precisión. Las fuentes literarias, presentaban algunos problemas, ya que o bien tan sólo nos permiten situar este pueblo al sur de los edetanos (Plin. *NH*. III, 20) o bien el texto presenta inexactitudes⁵⁵ (Ptolomeo). Mucho mejor conocida es, pues, su cultura material. La escultura, la escritura greco-ibérica⁵⁶ y el estilo de pintura sobre cerámica llamado de “Elche-Archenas” constituyen buenos indicadores de la identidad de un pueblo con claras influencias mediterráneas. Ahora bien, el origen de estos influjos extranjeros es aún motivo de debate entre la evidencia literaria que afirma la presencia de tres colonias griegas en la Contestania, y la arqueológica, que tiende a señalar hacia el mundo fenicio-púnico⁵⁷. Quizá la respuesta se halla en el hecho de que la presencia de unos no invalida la de los otros, sino que se trata de enclaves comerciales no excluyentes, como ya ha sido documentado en otros lugares⁵⁸. La arqueología está mostrando un tráfico notable de productos griegos y fenicios de norte a sur, con Gadir, Ampurias e Ibiza como principales polos de redistribución y dinamización⁵⁹, desmitificando así la visión clásica del cierre de la península Ibérica al comercio griego. La gran cantidad de cerámica campaniense y suditálica anterior al siglo III, hallada desde Sant Antoni de Calaceit hasta el Cigarralejo (Mula), ha sido interpretada también en este sentido: estos productos llegarían a través de griegos masaliotas a las costas levantinas y entrarían así en los circuitos ibéricos⁶⁰. Pero lo cierto es que desconocemos por el momento si todas estas mercancías fueron trasportadas directamente por comerciantes griegos o bien lo fueron por fenicios utilizando cargamentos de importaciones de distintas procedencias. Nos inclinamos a pensar por la segunda opción.

Al norte del río Júcar, los Edetanos conforman otra unidad territorial de la cual conocemos su capital, Edeta (Sant Miquel de Lliria) y a uno de sus monarcas, Edecón (Liv. XXVII, 17) compartiendo el etnónimo, topónimo y antropónimo, circunstancia que no es desconocida en el resto del mundo ibérico. Al igual que ocurre en la Turdetania, se han localizado algunos pequeños asentamientos en altura, fortines, alrededor de Edeta, que guardan el paso del río Turia y los yacimientos metalíferos cercanos. Sin embargo, no es Edeta sino Arse (Sagunto), la ciudad que ocuparía un relevante papel histórico a finales del siglo III. No muy lejos de ambas ciudades la Edetania da paso a la Ilercavonia. El pueblo ilercavón ocupaba el territorio que se extendía hasta el Ebro. Existe cierta uniformidad en la pauta de poblamiento sobre la franja litoral de la actual provincia de Castellón, con una serie de *oppida* cercanos a la costa con magníficas condiciones visuales sobre el territorio, como Puig de la Nao (Benicarló), Puig de la Misericòrdia (Vinaròs) o La Moleta del Remei (Alcanar). Pero es sobre el propio río Ebro donde aparecen las ciudades ilercavonas más importantes, Hibera (probablemente Tortosa) y el Castellet de Banyoles (Tivissa).

⁵⁵ Abad, 2009: 22.

⁵⁶ De Hoz, 1985-1986.

⁵⁷ Sobre esta cuestión, el debate historiográfico en Abad, 2009.

⁵⁸ Domínguez Monedero, 2003: 23; Oliver Foix, 2004: 109.

⁵⁹ Cabrera y Perdigones, 1996: 163-164; Campo, 2000: 90; Ramon Torres, 2003: 144; López Castro, 2006: 34-38. Sánchez (2003: 134-135) destaca en este sentido que durante la segunda mitad del siglo V el papel de Ampurias se fortalece y que la conexión entre Gadir, Ibiza y el levante peninsular es cada vez más potente. En este momento, las importaciones griegas experimentan un auge notable con especial mención de las copas de tipo “Cástulo”, un auge que perdurará hasta mediados del siglo IV (también en López Castro, 2006: 37).

⁶⁰ Blázquez, 1967: 210-211.

6.1.2.3. Nordeste peninsular

Hecateo de Mileto, en su descripción de la península ibérica, sitúa a los misgetes al norte de los ilauragates, dónde posteriormente muchos otros autores grecolatinos situaran a una notable cantidad de territorios étnicos diferenciados. Es posible que la designación de misgetes designara a una multitud de pueblos, difícilmente diferenciables e identificables, sin ningún tipo de unidad política, en una fase anterior a la conformación de entidades protoestatales, como lo serán poco más tarde los layetanos, cosetanos, ausetanos, etc. Estos pueblos, cuyos límites territoriales tampoco son claros, aparecen en la literatura antigua en el marco de la Segunda Guerra Púnica, algunos de los cuales con un papel destacable en esta confrontación. Otros, en cambio, aparecen más tarde, ya en acontecimientos del siglo II o incluso en el periodo de las Guerras Civiles romanas. Ya hemos tratado en profundidad sobre esta cuestión en otro lugar⁶¹ utilizando parámetros arqueológicos, políticos, geográficos y numismáticos, así como estudios toponímicos actuales⁶² para intentar recomponer el rompecabezas de la distribución de pueblos ibéricos entre el Ebro y los Pirineos. Nuestra propuesta se resume en la siguiente figura (Fig.), donde se muestra una hipótesis de distribución correspondiente al siglo III. Queda sin embargo, aún por resolver, la problemática en torno a los ausetanos y los ausetanos del Ebro u ositanos⁶³. En cualquier caso, nos basaremos en esta reconstrucción, que podría retrotraerse hasta el siglo IV.

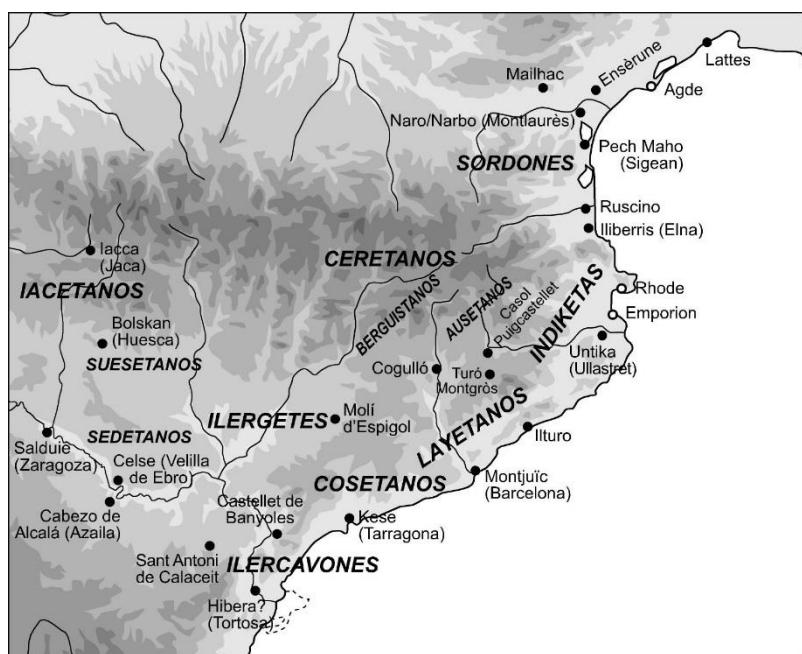


Figura 21. Mapa del noreste de la península Ibérica con las principales ciudades indígenas y colonias fenicio-púnicas.

⁶¹ Riera, 2012.

⁶² Broch, 2004.

⁶³ Burillo, 2001-2002.

Al norte de los Pirineos estaban situados los sordones, cuya probable capital sería Ruscino (Perpignan). Como veremos en el capítulo referente a la Galia, durante el siglo V se produjo un movimiento migratorio de procedencia ibera hacia el norte, hasta alcanzar la región de Agde. Además de sus inequívocas relaciones económicas y culturales con el nordeste peninsular, su inclusión en el mundo ibérico es importante por cuanto varios de los autores clásicos adscriben esta región dentro lo ibérico y con ello, la posibilidad de que los mercenarios iberos mencionados a menudo, puedan proceder también de esta zona.

A diferencia del sur y el Levante peninsular, las evidencias de presencia fenicia al norte del Ebro desaparecen a partir del siglo VI, que es precisamente el momento de desembarco de los griegos foceo-masaliotas en la bahía de Emporion. Ambos hechos no pueden ser coincidentes; ahora bien, cuál de ellos fue la consecuencia del otro resulta más discutible. Efectivamente, es durante el primer cuarto del siglo VI cuando se funda el primer asentamiento de Emporion⁶⁴, colonia que sobrevivirá al fin de la cultura ibérica y será fagocitada finalmente por la ciudad romana. La fecha fundacional de Rhode es más esquiva, debido a la construcción de un fuerte en el siglo XVI sobre el asentamiento griego que destruyó buena parte del yacimiento; por el momento, sus arqueólogas han fechado los estratos más antiguos en el siglo IV⁶⁵. Estas dos colonias ejercieron una fuerte influencia sobre el pueblo ibero de ese territorio, los indiketes, como bien lo atestigua la cultura material en el yacimiento de Ullastret o la existencia de enclaves helenizados como Mas Castellar (Pontós, Girona). En este mismo sentido existe un abierto debate acerca de “helenidad” o no de las murallas de algunos asentamientos indígenas del nordeste como Puig de Sant Andreu (Ullastret, Girona), Castellet de Banyoles (Tivissa), Alorda Park (Calafell), Mayans o Mailhac⁶⁶. Nos preguntamos, sin embargo, si no se ha exagerado en demasiado la influencia de estas colonias sobre el resto de la actual Cataluña, en pro de un pretendido prestigio mediterráneo. Por otro lado, cada vez son más los indicios que estrechan los lazos de la cultura ibérica del nordeste con el ámbito céltico⁶⁷, una relación que sin duda contribuyó a definir la cultura política al norte del Ebro.

6.1.3. Sistema político de los iberos

El debate en torno a la organización política que rigió a los pueblos iberos no es nuevo en absoluto⁶⁸ y, sin embargo, se mantiene todavía hoy muy abierto. Para acercarse adecuadamente a esta cuestión, deben tenerse varios factores en consideración, sobre cuya importancia relativa se fundamentan las visiones actuales. El primero de estos factores lo constituyen las fuentes literarias; o mejor dicho, el contexto que narran estas obras. Aquellos autores que nos aportan

⁶⁴ Morat y Sanmartí, 1989.

⁶⁵ Puig y Martin, 2006.

⁶⁶ Un rico y fructífero debate mediante una serie de artículos en la revista *Gladius* se produjo hace unos años acerca de la influencia mediterránea en las fortificaciones del mundo ibérico y/o su comprensión y correcto uso por parte de las poblaciones indígenas. El debate giró en torno a F. Gracia (2000; 2001), quién defendía las competencias y aptitudes por parte de los iberos, y P. Moret (2001) y F. Quesada Sanz (2001), quienes dudaban acerca de la aplicación y/o comprensión de tecnología poliorcética avanzada en los pueblos del Ibérico Medio. Acerca de los yacimientos franceses, Tréziny, 2006: 164-165.

⁶⁷ Coll y Garcés, 1998: 443-5; Sánchez Moreno, 2008: 24; Quesada Sanz (2003: 126) para el caso concreto de los ilergetes.

⁶⁸ Iniciaron el debate científico, Rodríguez Adrados, 1952; Caro Baroja, 1971.

información al respecto se refieren tan sólo a las últimas décadas del siglo III o posterior, de modo que el primer escollo al que se enfrenta el historiador es dilucidar si esta situación puede extrapolarse al conjunto de la época ibérica o no. Si el tiempo define la primera consideración, el espacio discute la segunda. Dado que las regiones que acabamos de presentar son el resultado, en buena parte, del sustrato preibérico que les precedió en cada uno de sus territorios, parece lógico suponer que las instituciones políticas posteriores se vieran influenciadas por ello. En este sentido, la investigación coincide en señalar la existencia de ciertas diferencias políticas entre los territorios ibéricos. Algunos trabajos han intentado aportar nuevos datos a partir de la arqueología; más concretamente, en función de la organización territorial y funeraria de algunos de estos pueblos⁶⁹, pero estos modelos teóricos, aunque necesarios, en ocasiones solo logran aproximarse a generalidades espacio-temporales totalmente abstractas, que bien pudieran lograrse aplicando simplemente razonamientos lógico-deductivos.

Sin embargo, existe un tercer factor cuya importancia no ha sido, en nuestra opinión, debidamente subrayado en la mayoría de trabajos, y que se refiere al contexto político concreto que narran estas fuentes. Como hemos dicho anteriormente, la mayor parte de referencias relativas a los acontecimientos históricos en Iberia se sitúan a partir del desembarco de Amílcar Barca en 237 y, con mayor profundidad, a partir del asedio de Sagunto (219). Esto significa que los datos de que disponemos narran un contexto referente a un estado de guerra permanente, un periodo de conflicto bélico abierto y, por tanto, a condiciones políticas y sociales excepcionales. La clave de todo esto radica en dilucidar si estas condiciones excepcionales provocaron la mutación del organigrama político ibero; dicho de otro modo, ¿hubieran existido los reyes Edecón, Indíbil o Culchas, y con ello las pretendidas monarquías ibéricas, en condiciones no-bélicas? ¿es, por tanto, la institución monárquica ibera, fruto de un contexto bélico concreto?

Superada la discusión acerca del carácter de estos líderes indígenas en función del término utilizado por los autores clásicos, ha quedado demostrado que la utilización de uno u otro concepto (*reguli, dynastoi, basileus, princeps, reges...*) no implica ningún tipo de diferenciación política real⁷⁰. Los autores grecorromanos desconocen las funciones y la naturaleza del cargo que ostentan esos personajes en aquél momento concreto; simplemente aluden al líder de un pueblo o confederación, de forma más o menos grandilocuente o despectiva en función de sus actos respecto Roma.

El esquema propuesto en su día por J. Muñiz⁷¹, en la misma línea de multiplicidad que seguiría F. Quesada⁷² unos años más tarde, nos parece el retrato más acertado del sistema político de los iberos, a tenor de las diferencias de sustrato cultural e influencias externas en cada uno de ellos. Un retrato, eso sí, en movimiento. Este esquema subraya, por una parte, la existencia de una heterogeneidad política en el ámbito ibérico, tendente, durante el siglo III, a la monarquía; tendente, aunque no siempre establecida⁷³. Por la otra, vincula acertadamente la defensa del

⁶⁹ Ruiz y Molinos, 1993.

⁷⁰ Pitillas, 1997: 99-100; Coll y Garcés, 1998: 442; Moret, 2002-2003: 24.

⁷¹ Muñiz, 1994: 293.

⁷² Quesada Sanz, 2003: 117-125. También en Moret, 2002-2003: 32.

⁷³ Esta misma concepción mantienen Coll y Garcés, 1998: 440.

territorio con el liderazgo político, es decir, la esfera militar con la esfera cívica. Otros autores han defendido formas distintas de organización política, desde la monarquía⁷⁴, sistemas de jefatura⁷⁵, hasta confederaciones de pueblos vecinos de base aristocrática. Esta última opción, defendida por López Domech⁷⁶, sugiere que no hubo reyes en sentido estricto sino caudillos militares eventuales escogidos -y esta es la palabra clave- en momentos de guerra por parte de una confederación de ciudades, una visión similar a la defendida por F. Quesada. Este sería el caso de Calbo, “nobilem Tartesiorum ducem” en el año 216 (Liv. XXIII, 26, 6), de Culchas, “duodetriginta oppidis regnatem” en el 206 (Liv. XXVIII, 13, 3), o de Calbo y Luxinio en 197 (Liv. XXXIII, 21, 8), cuando se erigen líderes de una confederación de 17 ciudades el primero, y de Carmo y Baldo el segundo. Atenes, también en el año 206, recibe el título de “regulo Turdenatorum” (Liv. XXVIII, 15, 15), cuyo significado, según defendemos, equivaldría a “general/líder de los turdetanos” en lugar del literal “rey de los turdetanos”.

La arqueología parece evidenciar la existencia de una diferenciación social, de una estratificación acusada, a través de enterramientos, monumentos y de bienes materiales de prestigio. Esto nos muestra la existencia de una aristocracia bien asentada, pero no necesariamente de una monarquía. En este sentido, creemos, siguiendo a Ruiz y Molinos, que entre los pueblos meridionales de la península Ibérica se habrían establecido formas de gobierno de tipo aristocrático hacia el siglo V⁷⁷, influenciados, en buena medida, por el importante aporte político de las colonias fenicio-púnicas. Este modelo bien pudiera extenderse al conjunto del ámbito ibérico desde el siglo V a inicios del III, aunque en distintas fases de desarrollo y con distinto grado de hegemonía sobre el territorio⁷⁸.

Ahora bien, la pregunta clave en todo reside en el grado de sentimiento de pertenencia del territorio a un determinado pueblo y, consecuentemente, el sistema de jerarquización entre *oppida* y, por extensión, entre las aristocracias que los rigieron. En este sentido, el Levante y el nordeste peninsular reflejan un sistema bastante más rígido y jerárquico que el sur, con unos centros urbanos claramente distinguibles y de mayores dimensiones que el resto de asentamientos de su territorio.

En todos estos casos, las aristocracias asentadas en los *oppida* más importantes de cada territorio habrían logrado imponerse sobre un número indeterminado de enclaves menores, estableciendo así la base de un concepto territorial que acabaría siendo reconocido por sus vecinos foráneos por el nombre de su capital (Edeta=Edetania; Iltirta=Ilergetes; Ore=Oretania;

⁷⁴ Presedo, 1980: 185.

⁷⁵ Bermúdez, 2010: 47.

⁷⁶ Estas últimas, propuestas por López Domech (1986: 21). Por su parte, Cruz Andreotti (2002-2003: 42) destaca que es fundamentalmente la relación entre la organización política y las alianzas militares de los pueblos indígenas el mejor indicador para definir espacios territoriales étnicos a partir de finales del siglo III, porque son estas pautas las que destacan los autores clásicos -especialmente Polibio- que posteriormente nos transmiten etnónimos al narrar el proceso de conquista romana en Iberia.

⁷⁷ Ruiz y Molinos, 1993: 262. Aunque en este sentido no creemos que exista relación causa-efecto con la aparición de la *fides* o la *devotio*, como defienden sus autores. Como ya notaron varios autores (Blázquez, 1977: 399; Dopico, 1998; Coll y Garcés, 1998: 443), existen paralelos a estos instrumentos en muchas otras culturas con distinta organización política.

⁷⁸ También Coll y Garcés (1998: 442) observan diferencias, durante la última fase ibérica, entre las monarquías meridionales de la península, con los *oppida* como pilares de su poder, y las levantinas, donde éstas se asocian a un *populus*, más que a un solo *oppidum*.

Indika=Indiketes,...)⁷⁹. Este auge de la aristocracia se habría producido a comienzos del siglo V en el sur peninsular, y a finales del mismo habría alcanzado y sobrepasado los Pirineos⁸⁰. De forma muy resumida podemos establecer, a modo de hipótesis, que las dinámicas internas a nivel económico, social, y especialmente militar, habrían ido reduciendo el grupo de la élite aristocrática de forma paralela a la consolidación de fronteras y, por ende, a la concepción étnica de esos territorios, a su identidad. Ya en el siglo III, quizás en algunos de estos territorios la acumulación de poderes habría dado lugar a esta gradación de formas de poder unipersonales, siendo ya toda una realidad en el último cuarto de siglo, con figuras como Amusico, Edecón o Indíbil. No resulta extraño, pues, que fuera en este momento cuando se acuñaron las primeras monedas ibéricas con inscripciones gentilicias como ausesken (“de los ausetanos”), layesken (“de los layetanos”) o ilterkesken (“de los ilergetes”).

Por tanto, el hecho que en algunas ocasiones aparezcan testimonios acerca de “asambleas” de corte aristocrático en algunas ciudades, como en el caso de Sagunto⁸¹ o en la capital ilergete⁸², no invalida en absoluto esta tendencia, sino todo lo contrario⁸³. Las ciudades y pueblos habrían seguido manteniendo sus propias administraciones políticas locales durante todo este tiempo; se trataría de consejos municipales que regirían el día a día de la comunidad pero supeditados siempre al poder de la capital. En este sentido, y en el caso concreto del nordeste peninsular, a menudo se ha insistido en las diferencias de organización política entre los pueblos de la costa, supuestamente prorromanos, y los del interior, encabezados por los ilergetes, con una organización monárquica⁸⁴. En realidad, las evidencias, tanto literarias como arqueológicas no muestran tal distinción. El hecho de que no aparezca mencionado ningún “rey” indikete, layetano o cosetano, dado el carácter eminentemente militar del cargo que las fuentes le otorgan a este término, tan sólo indica que estos pueblos no opusieron resistencia al avance de las tropas romanas después de su desembarco en Emporion. En efecto, Livio (XXI, 60, 1-4) señala que el C. Cornelio Escipión sometió la costa catalana mediante el establecimiento o renovación de tratados con los pueblos indígenas. Las razones de esta actitud cabe buscarlas, bien en su preestablecida alianza de los pueblos costeros con la colonia masaliota, como se ha sugerido

⁷⁹ Debemos admitir, sin embargo, una segunda posibilidad que explique esta dualidad “nombre de la ciudad/etnónimo” y es que la literatura grecolatina, desde Hecateo a Polibio, concedieran el apelativo a una región desconocida en función de su ciudad más importante o conocida, sin tener en cuenta parámetros políticos o hegemónicos en ningún momento. De esta forma, la división administrativa clásica, seguida por la historiografía hasta la actualidad, sería una invención; no tendría ninguna veracidad histórica. Esta posibilidad haría replantear seriamente los procesos de etnogénesis y los fenómenos políticos y sociales del mundo ibérico. No somos partidarios de esta opción, pero sin duda abre las puertas a nuevas líneas de investigación.

⁸⁰ Sanmartí y Santacana, 2003: 59-60.

⁸¹ Liv. XXI, 12, 8: *Quo cum extemplo concursus omnis generis hominum esset factus, subnota cetera multitudine **senatus** Alorco datus est, cuius talis oratio fuit.*

⁸² Liv. XXIX, 3, 1-5: *Tum a Mandonio **evocati in concilium** conquestique ibi clades suas increpitis auctoribus belli legatos mittendos ad arma tradenda deditonemque fasciendam censuere. Quibus culpam in auctorem belli Indibilem ceterosque principes, quorum plerique in acie cecidissent, conferentibus tradentibusque arma et dedentibus sese responsum est in deditonem ita accipi eos, si Mandonium ceterosque belli concitores tradidissent vivos; si minus, exercitum se in agrum Ilergetum Ausetanorumque et deinceps aliorum populorum inducturos. Haec dicta legatis renuntiatique in concilium.*

⁸³ Por su parte, Moret (1997: 158) cree que la reunión de una asamblea en el ámbito ilergete fue un hecho excepcional, fuera de la norma y que, por tanto, no debería tomarse como una evidencia de que en las instituciones políticas ibéricas existiera este tipo de órganos.

⁸⁴

tradicionalmente⁸⁵, bien como una oportunidad de aliarse con una potencia extranjera para detener el expansionismo de los pueblos procartagineses del interior⁸⁶. Una última posibilidad sugiere que, dado su escaso potencial material y humano, el enfrentamiento a Roma hubiera resultado simplemente en desastre. Por tanto, si no hubo resistencia -o la que hubo fue muy débil-, no hubo líder militar que los propios romanos se preocuparan de reseñar. En cambio, en el interior, con una potencialidad humana muy superior, y con una alianza establecida con los cartagineses, los iberos se organizaron para repeler a los invasores. He aquí dónde emerge la figura del caudillo o líder militar al que las fuentes llaman “rey”, para enfrentarse, repetidamente a los romanos.

Por tanto, nuestra propuesta de interpretación de las fuentes es inversa a la establecida hasta ahora. Aquella propugnaba que los romanos pactaron con los pueblos de la costa de la actual Cataluña, más afines políticamente por tratarse de protoestados de talante aristocrático, y que se habían enfrentado a los pueblos del interior, de carácter monárquico y claramente procartagineses. Nuestra tesis, en cambio, propone que, por un lado, no existían importantes diferencias entre el sistema político de los pueblos de la costa y del interior sino diferencias de potencial militar. Por el otro, que los primeros no alcanzaron a escoger ningún líder militar para enfrentarse a los Escipiones porqué decidieron no enfrentarse a ellos; mientras que, los segundos, también con instituciones aristocráticas pero a la vez un potencial bélico superior, decidieron nombrar a sus caudillos -Amusico, Indíbil, Mandonio- para dirigir la guerra.

Desde nuestro punto de vista, y a modo de resumen, la organización política ibérica fue fundamentalmente de base gentilicia aristocrática entre los siglos V y III, aunque con distintas velocidades y grados de maduración en función de la región. Este sistema favoreció el auge y posterior consolidación de unos centros urbanos respecto otros, estableciendo una jerarquía entre ellos. Llegados a un determinado punto, la dependencia o relación de los asentamientos menores hacia el *oppidum* principal fue tal que el territorio del primero se amplió, fagocitó a los demás asentamientos menores y le dio su nombre a todo el conjunto. Este fenómeno culminó en el levante y en el noreste peninsular (en este caso con unos límites territoriales más reducidos) dónde la hegemonía del *oppidum* principal era incontestable. Este proceso favoreció la aparición de líderes con vocación monárquica hacia el final del periodo, aunque sus atribuciones estuvieron siempre mucho más relacionadas con el ámbito militar que no con el político. En el sur de la península, y en especial la región turdetana, la multiplicidad de centros importantes evitó la concentración de poder en una sola ciudad, consolidando así a las aristocracias locales, que tan solo se reunían bajo alianzas y confederaciones, como podemos ver tan claramente en los casos de Culchas y Luxinio.

⁸⁵ Blázquez, 1967: 105.

⁸⁶ Blázquez, 1967: 112; Mangas Manjarres, 1970: 491; Cadiou, 2008: 63.

6.2. Relaciones político-militares con el estado cartaginés

A partir de finales del siglo VI se advierte un cambio importante en la cultura material de las colonias fenicias de Iberia que se ha relacionado con la caída de este espacio comercial bajo la égida cartaginesa, pero lo cierto es que también en el mundo indígena se produce un cambio de paradigma que puede rastrearse gracias a la arqueología. Se constata, en este sentido, un abandono de numerosos yacimientos de pequeñas dimensiones y un proceso de sinecismo y encastillamiento de los poblados preexistentes. A la par, se produce también la destrucción de algunos santuarios que, no lo olvidemos, en la antigüedad funcionaban como polos de intercambio mercantil y de reunión política, además de como centros religiosos. Cuál fue causa y cuál la consecuencia de este cambio de modelo territorial y colonial es algo que se nos escapa por el momento, aunque se han planteado algunas hipótesis relativas al agotamiento de algunas minas de plata, el cambio de actividades económicas o la búsqueda de nuevas rutas comerciales⁸⁷.

Al igual que ocurrió en Sicilia, Cerdeña y otras regiones del Mediterráneo, las antiguas colonias fenicias actuaron como enlace entre las comunidades indígenas y el floreciente estado cartaginés de finales del siglo VI. Desconocemos los pormenores de este proceso en el caso de Iberia, pero podemos suponer que no debió de ser muy diferente a otros casos ya analizados: las colonias de Tiro quedaron huérfanas de una potencia protectora y además vieron interrumpido el tráfico comercial con su metrópolis de forma repetida debido a las guerras, asedios y bloqueos que sufrió Tiro a lo largo de los siglos VIII y VII. Cartago asumió el rol de líder para las dispersas colonias y factorías en Occidente, mientras que aseguraba además un apoyo militar mucho más rápidamente⁸⁸. Al igual que la mayoría de establecimientos fenicios, las factorías del sur de Iberia no perdieron su autonomía completamente. Aunque no tengamos testimonios de la relación jurídica de éstas con Cartago, si nos ceñimos al escaso papel que las fuentes literarias clásicas les otorgan en el contexto internacional hasta la segunda mitad del siglo III, nos inclinamos por pensar en una evolución histórica propia, sin grandes ataduras político-militares con la metrópolis norte africana.

En este sentido se han planteado distintas hipótesis con respecto a esta relación jurídica entre las antiguas ciudades fenicias de la península y Cartago, desde una relación hegemónica a nivel comercial⁸⁹, hasta una liga de ciudades encabezada por Gadir⁹⁰, o incluso la existencia de alianzas o pactos entre éstas y la metrópolis norte africana⁹¹. No hay ningún tipo de evidencia clara en uno u otro sentido, pero lo cierto es que ninguna de estas opciones resulta tampoco excluyente entre sí. A tenor de la potencia comercial que detentó Gadir en el siglo VI, y que siguió en aumento en la centuria siguiente, es improbable que su influencia no se dejara sentir sobre las ciudades y factorías del Círculo del Estrecho. Ahora bien, durante este mismo periodo uno de los más importantes centros geográficos y mercantiles del Mediterráneo -si no el que más- era precisamente Cartago, y dado que la mayor parte del metal con que comerciaba Gadir

⁸⁷ González Wagner (1984: 215-217). Un buen análisis sobre estado de esta cuestión en Pliego, 2003: 41-47.

⁸⁸ Champion 2010: 28.

⁸⁹ Wagner, 1984: 217-218.

⁹⁰ Arteaga, 1994: 23-57.

⁹¹ López Castro, 1991: 73-86.

tenía a la capital púnica como escala o como meta, parece lógico pensar que era ésta quién ejercía una cierta hegemonía sobre el resto de antiguas colonias fenicias. Por último, teniendo en cuenta el testimonio de tratados económicos y políticos con algunas de los principales puertos del Mediterráneo (Siracusa, Pyrgi) apostamos por que esta hegemonía no sólo se ejerció *de facto* sino que estuvo hasta cierto punto regulada por tratados similares. En el segundo tratado entre Roma y Cartago, a mediados del siglo IV, Cartago ya no habla sólo en su nombre, sino también como portavoz o líder de las ciudades fenicias occidentales⁹².

Existe un último dato a tener en cuenta acerca de la presencia de Cartago en Iberia. Se trata de un controvertido pasaje de Ateneo el Mecánico (IV, 9, 3), ampliado por Vitrubio (*De arch.* X, 13, 1) en el cual se menciona un conflicto entre cartagineses y gaditanos, resuelto a través del asedio y conquista de los primeros por a los segundos. Este pasaje viene a colación del empleo primigenio del ariete en el Mediterráneo occidental, único dato que puede aportarnos alguna información acerca de la cronología de este suceso, siendo anterior al año 400, dado que el tirano Dionisio I de Siracusa utilizó máquinas de asedio más elaboradas en el sitio de Motya a finales del siglo V. Por su parte, Justino⁹³ (XLIV, 5, 3) afirma que, también en un momento sin determinar, Gadir pagó a los cartagineses con su territorio (¿con su autonomía?) después de que éstos le hubieran ayudado a defenderse de sus vecinos. ¿Cuál es el grado de credibilidad que merecen estos cortos pasajes? ¿se trata de hechos aislados o bien tienen alguna relación entre ellos? La información que tenemos acerca de estos acontecimientos es tan limitada que resulta imposible argumentar debidamente una u otra hipótesis. Dado que estamos hablando de un periodo temporal que se cifra en siglos, no sería extraño en modo alguno que estos dos hechos fueran el recuerdo de hechos reales y distanciados cronológicamente entre ellos. Así, no resulta nada inusual que una colonia se viera en apuros en contra de una población autóctona que no participaba de los beneficios de aquella. Y tampoco debería sorprendernos que, en algún momento de tránsito entre la hegemonía económica de Gadir en el sur de Iberia y la expansión comercial cartaginesa, llegaran a entrar en conflicto de forma puntual en algún momento entre el siglo VI y V. En este sentido, un último pasaje, esta vez del reputado Polibio, ha sido objeto de análisis de todo tipo. Dicho pasaje se circunscribe al desembarco de Amílcar en Iberia en el año 237 y dice que el general cartaginés “recuperó para los cartagineses el dominio de Iberia”⁹⁴ (*Pol.* II, 1, 6). Algunos investigadores han defendido que dicha afirmación sugiere un dominio cartaginés anterior al periodo bárcida⁹⁵. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, este pasaje no debe interpretarse en ese sentido. Ningún otro indicio, arqueológico, literario o numismático apunta hacia esa dirección. Por lo tanto, o bien Polibio utilizó el término “cartaginés” como sinónimo de “fenicio”⁹⁶, o bien se refería a una “influencia” y no a un “dominio territorial”. Una

⁹² Pliego, 2003: 46.

⁹³ Just. *Epit.* XLIV, 5, 3: *Ibi felici expeditione et Gaditanos ab iniuria vindicaverunt et maiore iniuria partem provinciae imperio suo adiecerunt.*

⁹⁴ *Pol.* II, 1, 6: ἀνεκτάτο τὰ κατὰ τὴν Ίθηρίαν πράγματα τοῖς Καρχηδονίοις.

⁹⁵ Acerca de esta cuestión y sus controvertidos pasajes literarios: Barceló, 2006; Álvarez Martí-Aguilar, 2014.

⁹⁶ Así lo defiende también Domínguez Monedero (2000: 63), quien opina que para los autores griegos de finales del siglo II-inicios del I “existía una continuidad evidente en el dominio fenicio de la región, representando Tiro, Cádiz y Cartago simplemente etapas de una misma hegemonía fenicia” (Monedero, 2000: 63-64).

influencia que, probablemente, se habría perdido después de la derrota contra Roma en la Primera Guerra Púnica.

6.2.1. Las evidencias literarias

Los iberos aparecen enrolados en los ejércitos cartagineses desde antiguo. Al igual que celtas y ligures, tropas ibéricas son mencionadas a raíz de la batalla de Hímera tanto por Diodoro como por Heródoto. Sin embargo, a diferencia de aquellas, cuya veracidad histórica es discutible - analizaremos este tema en el capítulo dedicado a la Galia-, no puede resultarnos extraño que ya a comienzos del siglo V, Cartago incorporase en sus filas a soldados procedentes de Iberia. En cualquier caso, para el periodo que nos ocupa, las fuentes literarias señalan su pronta incorporación a las fuerzas púnicas, ya en la campaña de Aníbal sobre Sicilia del 409. No en vano, constituyen el tipo de tropas extranjeras que más repetidamente aparecen en el registro escrito y además lo hacen durante todo nuestro periodo de investigación. La otra cara de la moneda es que, junto con las menciones a las tropas norteafricanas, el pueblo ibero es aquel cuyos centros de reclutamiento y/o embarco son más difíciles de ubicar, ya que los autores grecolatinos en ningún momento especifican dónde se dirigían los reclutadores de mercenarios o bien a qué pueblo ibérico concreto pertenecían las tropas que enrolaron; siempre utilizan, simplemente, el término "ibero" como procedente de unidad geográfica y no en términos étnicos concretos⁹⁷.

Seguidamente, pasamos a detallar el listado de pasajes literarios que hacen directamente referencia a la incorporación de tropas iberas a los ejércitos de Cartago hasta el periodo bárcida:

Año	Guerra/Batalla	Número	Estatus	Momento	Referencias
480	I Guerra greco-púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva	Hdt. VII, 165, 1; Diod. XI, 1, 4-5
410	II Guerra greco-púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva	Diod. XIII, 44, 4-6
409/408	II Guerra greco-púnica	Indeterminado	Mercenarios	Llegada a Sicilia	Diod. XIII, 54, 2-5
409/408	II Guerra greco-púnica – Asedio de Selinunte	Indeterminado	Mercenarios	En combate	Diod. XIII, 56, 6
409/408	II Guerra greco-púnica – Asedio de Hímera	Indeterminado	Mercenarios	En combate	Diod. XIII, 62, 2

⁹⁷ Fariselli, 2002: 141.

407/406	II Guerra greco-púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva	Diod. XIII, 80, 2-5
406/405	II Guerra greco-púnica – Asedio de Acragas – batalla en el río Hímera	Indeterminado	Mercenarios	En combate	Diod. XIII, 85, 1; Diod. XIII, 87, 1
404	II Guerra greco-púnica – Asedio de Gela	Indeterminado	Mercenarios	En combate	Diod. XIII, 110, 5
396	III Guerra greco-púnica	Indeterminado		Leva	Diod. XIV, 54, 5-6
396	III Guerra greco-púnica	Indeterminado	Mercenarios	Abandono por parte de Himilcón. Son contratados por Dionisio I	Diod. XIV, 75, 8-9
342/341	VI Guerra greco-púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva	Diod. XVI, 73, 3
263	I Guerra Púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva	Pol. I, 17, 3-5
240	Guerra de los Mercenarios	Indeterminado	Exmercenarios	Revuelta por impago de la soldada	Pol. I, 67; Diod. XXV, 2
236	Conquista de Iberia	Indeterminado	Desconocido. Se incorporaron al ejército de Amílcar después que éste derrotara a sus líderes Istolacio e Indortes	Incorporación	Diod. XXV, 10, 1-2

A los que podemos añadir los mercenarios procedentes de las Islas Baleares:

Año	Guerra/Batalla	Número y procedencia	Estatus	Momento	Referencias
407	II Guerra greco-púnica	Baleáricos	Mercenarios	Leva	Diod. XIII, 80, 2-5
311	VII Guerra greco-púnica	1.000 honderos baleáricos	Mercenarios		Diod. XIX, 106, 1-2

311	VII Guerra greco-púnica – Batalla de Hímera	baleáricos	Mercenarios	En combate	Diod. XIX, 108-109
-----	---	------------	-------------	------------	--------------------

Pueden fácilmente observarse hay una serie de pautas que se repiten muy a menudo. En primer lugar, la mayor parte de citas proceden del catálogo de tropas mercenarias reclutadas por Cartago al inicio de un conflicto, en pocas ocasiones se mencionan estas tropas en combate, salvo en un par de ocasiones a finales del siglo V. En segundo lugar, nunca, en ningún momento, estas tropas son cuantificadas, lo que tiene mucho sentido dado que las fuentes que las citan, principalmente Polibio y Diodoro, no son autores que pudieran acceder fácilmente a este tipo de información⁹⁸. Por último, pero no menos importante, ambos autores subrayan el carácter mercenario de los contingentes iberos, bien de forma directa, utilizando el término *mistophoroi*, bien de forma indirecta aludiendo a su paga.

Por otro lado, sorprende que durante un periodo de casi 150 años, entre la Tercera Guerra Greco-púnica y la Primera Guerra Romano-púnica, tan sólo existan datos en una única ocasión respecto al uso de estas tropas, en 342/341, en referencia a la leva que formó parte del ejército púnico contra Timoleón. Bien es cierto que para ese periodo prácticamente solo contamos con el testimonio de Diodoro, pero aún así, resulta significativa esta desaparición en un periodo en que no faltaron los conflictos en Cartago. Aparece, en cambio, un contingente de 1.000 honderos procedentes de las Islas Baleares en el año 311, en el contexto de la Séptima Guerra Greco-púnica (Diod. XIX, 106, 1-2; 108-109). Asimismo, tropas iberas también son mencionadas en varias ocasiones bajo las órdenes de Dionisio el Viejo durante la primera mitad del siglo IV. Además, cabe añadir que en múltiples ocasiones Diodoro cita a mercenarios “bárbaros” a las órdenes de Cartago, sin ofrecer más detalles al respecto. Todo esto nos indica que los contingentes mercenarios ibéricos probablemente siguieron siendo reclutados por Cartago, aunque Diodoro no lo especifique. La numismática, como veremos a continuación, también apoya esta hipótesis.

6.2.2. Las evidencias numismáticas

En 1990 F. Chaves publicó un importante artículo⁹⁹ acerca de la moneda cartaginesa¹⁰⁰ y su relación con los campamentos púnicos en Iberia durante la Guerra Anibálica. Su autora puso sobre la mesa una línea de investigación, hasta ese momento escasamente explotada, partiendo de unos supuestos metodológicos que compartimos: a) la fuerte vinculación de la moneda con el pago de tropas mercenarias en la Antigüedad; b) la “corta” vida de las monedas hispano-

⁹⁸ Observamos, atónitos, como M.P. García Gelabert y J.M. Blázquez citan entre 25.000 y 30.000 efectivos iberos ante las murallas de Selinunte en el año 409, sin ningún tipo de explicación acerca de este cálculo (García Gelabert y Blázquez: 1987-1988: 258).

⁹⁹ Chaves, 1990.

¹⁰⁰ El estudio de la moneda cartaginesa foránea localizada en Iberia, ha sido objeto de estudio en sí misma por numerosos especialistas, desde L. Villaronga (1973; 1983) hasta la propia F. Chaves (1990), C. Alfaro Asins (1994, con C. Marcos; 2000a; 2000b), B. Mora, M. Campo, y más recientemente R. Pliego (2003; 2005; 2011, con E. Ferrer Albelda) y T. Hurtado Mullor (2009).

cartaginesas habido cuenta que una vez finalizado el conflicto buena parte de ese numerario fue reacuñado; y c) el hallazgo de grandes lotes de moneda, que podría indicar un abandono brusco y violento y su no recuperación por parte del propietario. Además, los tesoros analizados por Chaves fueron descubiertos en zonas muy adecuadas, geográfica y orográficamente, para el acantonamiento de tropas, lo que dispuso a su autora a identificar como campamentos cartagineses tales sitios arqueológicos. Aunque actualmente puedan señalarse algunos defectos de forma o apriorismos en las conclusiones del estudio, lo cierto es que este artículo permitió abordar cuestiones relacionadas con la presencia púnica en Iberia más allá de los acotados testimonios de la literatura clásica y otro tipo de datos arqueológicos.

Una década más tarde, R. Pliego realizó un estudio específico sobre las monedas de uno de estos yacimientos, El Gandul (Alcalá de Guadaíra), descubriendo que la mayor parte de ellas no se adscribían temporalmente en época de la Segunda Guerra Púnica sino, como mínimo, un siglo antes. Concretamente, la colección numismática del yacimiento está formada por 251 piezas de bronce, de las cuales 182 se atribuyen a un arco cronológico entre mediados del siglo IV y principios del siglo III, y 69 entre mediados del siglo IV y la Segunda Guerra Púnica. La tipología mayoritaria pertenece a la emisión sículo-púnica del siglo IV con Tanit/caballo y palmera (*SNG Cop.* 109-119), precedida por la sardo-púnica Tanit/prótomo de caballo del primer tercio del siglo III (*SNG Cop.* 148-151), además de algunas monedas que sí pertenecían a la última fase del siglo III¹⁰¹.



Figura 22. Moneda de bronce sículo-púnica con cabeza de Tanit a la izquierda/caballo parado y palmera. *SNG Cop.* 109.1. Imagen extraída de wildwinds.com.

A partir de esta composición y de la comparación con otros tesoros similares encontrados en el Mediterráneo, su autora deduce una cronología entre finales del siglo IV y comienzos del III para El Gandul¹⁰². Obviamente, estos hallazgos resultan de suma importancia puesto que en una sociedad premonetal como era la ibérica de finales del siglo IV, y dadas las características del entorno, la acumulación de moneda sólo puede responder a criterios militares, y concretamente al pago de tropas, característica que ha llevado a su autora a reconocer el yacimiento como un campamento militar cartaginés¹⁰³. Cerca de éste se encuentra, de hecho, otro importante

¹⁰¹ Pliego, 2003: 49; Pliego 2005.

¹⁰² Pliego, 2003: 50-51.

¹⁰³ Pliego, 2003: 51.

yacimiento catalogado como posible campamento cartaginés, Montemolín (Marchena, Sevilla), dónde apareció un tesorillo con monedas pertenecientes a la Segunda Guerra Púnica. Por tanto, todo apunta a una concurrencia militar cartaginesa en la zona durante al menos una centuria. Sin embargo, la falta de estructuras importantes indica que más que un cuartel permanente, podría tratarse de una pequeña guarnición con funciones de vigilancia o bien de un centro de reclutamiento de tropas¹⁰⁴.

Los trabajos de Chaves y Pliego pueden darnos algunas pistas acerca de la implantación militar cartaginesa sobre el territorio ibérico. Sin embargo, existe un amplio número de monedas cartaginenses en la península que fueron halladas en contextos muy diferentes y sin formar parte de un conjunto monetario relativamente homogéneo, como lo fueron los casos anteriores, lo que merece distinta interpretación. Este habría sido el caso de las piezas halladas en el tesoro de Montgó (Alicante), donde se halló un tesorillo en lo que debió de ser el escondrijo de un platero. Este conjunto contenía una moneda de plata sículo-cartaginesa¹⁰⁵, una quincena de monedas greco-siciliotas, óbolos masaliotas y fraccionarias emporitanas así como otros objetos de plata destinados presumiblemente a su fundición. Aunque el óbolo púnico pertenece al siglo IV se ha fechado el momento de ocultación hacia el 310. Guadán interpretó que el conjunto podría haber pertenecido a un mercenario que habría servido en las guerras en Sicilia¹⁰⁶. Este parece ser también el caso de dos tetradracmas de Panormo de finales del siglo IV, una de ellas descubierta en la necrópolis de Torrecica (Llano de la Consolación, Montealegre del Castillo, Albacete), mientras que la otra procede del barranco del Arc (Sellal, Alicante)¹⁰⁷.

De esta forma, nos hallamos ante la disyuntiva de relacionar los hallazgos monetarios anteriores a la llegada de Roma con el mercenariado o bien con cualquier otro tipo de comercio. Huelga decir que, probablemente, no todos los ejemplares reseñados más adelante fueron fruto de un mismo fenómeno, pero esta vez, dado que resulta imposible verificar su utilización y la mayor parte de ellas fueron recuperadas fuera de su contexto arqueológico original, vamos a tener que apostar por una hipótesis conjunta.

A favor de la hipótesis que explica estas monedas como fruto del intercambio comercial juega la existencia de una antigua y bien asentada red de asentamientos fenicio-púnicos a lo ancho del sur de la península ibérica -así como en Ibiza- y sus contactos con otras colonias griegas (básicamente, Emporion y Rhode), todas ellas familiarizadas desde finales del siglo V con la economía monetaria¹⁰⁸. Sin embargo, los circuitos monetarios no alcanzaban más allá de los propios asentamientos coloniales. Las comunidades ibéricas no comerciaban con moneda con las colonias fenicio-púnicas, en cuyo caso el reflejo arqueológico de estos intercambios aportaría una cantidad de moneda mucho mayor en los yacimientos indígenas.

¹⁰⁴ Pliego, 2003: 52.

¹⁰⁵ Se trata de una rara pieza que Jenkins (*Coins of Punic Sicily*, part 4, pg 58, lam. 24) atribuye a Sicilia.

¹⁰⁶ Guadán, 1968-70: 141.

¹⁰⁷ Alfaro Asins, 2000b: 101-2.

¹⁰⁸ Emporion empieza a acuñar moneda propia a mediados del siglo V, las más antiguas realizadas en la península ibérica (pequeñas fracciones de plata de gran variedad tipológica); Ebusus y Rhode lo harán a partir de la primera mitad del siglo III, primero en plata y bronce, posteriormente únicamente en bronce (Campo, 2000: 89-93). Pero resulta evidente que su iniciativa nació dentro de un marco monetario, es decir, ya habían entrado en este tipo de mercado cuando empezaron a acuñar sus propias monedas.

Así pues, ¿qué nos induce a pensar en la posibilidad de relacionar estos hallazgos con el mercenariado? En primer lugar, el hecho que estas monedas se hayan encontrado en contextos indígenas. Ciento es que muchas de ellas pertenecen -o pertenecieron- a coleccionistas privados que llegaron a sus manos sin la debida investigación arqueológica. Sin embargo, en la mayoría de los casos -que en cualquier caso forman parte del listado que sigue a continuación- se conserva el recuerdo de su lugar de procedencia, aunque sea de forma aproximada, de manera que, por una vez, el objeto en sí todavía puede aportarnos mucha información, y todo ello muy a pesar de haberse hallado fuera de su contexto arqueológico original. Otro de los elementos que conviene destacar es el hecho que, a menudo, estas monedas cartaginesas aparecen en conjuntos, bien monetales, bien de otros materiales, con cronologías distintas. Aunque es posible que en algunos casos, como afirma Alfaro Asins, algunas monedas estuvieran en circulación durante muchas décadas, mayoritariamente no fue así¹⁰⁹; las monedas de reacuñaban, se perdían, se ocultaban o, sobretodo, se fundían con la intención de sacar provecho del material noble, especialmente con la plata y el oro. Para explicar la inclusión de moneda cartaginesa en necrópolis más recientes, en tesorillos posteriores o en cualquier otro contexto arqueológico posterior, cabe recordar que la sociedad ibérica no utilizaba la moneda para el intercambio comercial y por tanto su valor era meramente suntuoso, de distinción social. De esta forma, las monedas pervivían como objetos lujosos y personales de aquel individuo o aquella familia hasta que se le encontraba una nueva utilidad: como parte de un ajuar funerario, como regalo o como intercambio de bienes de prestigio. Lo importante en este sentido no es, pues, el contexto que rodea un hallazgo de una moneda romana o cartaginesa, sino su propia existencia, que señala que alguien, en la época de aquella moneda -o inmediatamente después- la trajo del extranjero hasta algún lugar de Iberia.

Hallazgos monetales pertenecientes al siglo IV¹¹⁰:

Localización (población, provincia)	Metal	Procedencia	Cronología	Notas
Montgó (Dénia, Alicante)	Plata (óbolo)	Sículo-púnica	Finales del siglo IV (¿310?)	1 ejemplar del tipo Jenkins 1978 p58, lam24 E-F, junto con otras 15 monedas de plata griegas de Sicilia, Masalia y Emporion
Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)	Plata (tetradracma)	Panormos	Principios del siglo IV	1 ejemplar, Jenkins 1971, p49, lam10, n39
Sella (Alicante)	Plata (tertradracma)	Panormos		1 ejemplar, Jenkins 1971, p48, lam33, n10
La Algaida (San Lucas de Barrameda, Cádiz)		Sardo-púnicas y Sículo-púnicas	Siglo IV - 1ª mitad del s. III	6 ejemplares.

¹⁰⁹

¹¹⁰ A partir de los datos extraídos en Alfaro Asins, 2000a, complementado con otras noticias y publicaciones.

	Bronce	Sículo-púnicas ¿Cartago?	Finales s. IV	SNG Cop 109-119
	Bronce (cobre casi puro)	Sículo-púnicas	Mediados s. IV-finales s. IV	SNG Cop 94-97
Carteia (San Roque, Cádiz)	Bronce (cobre casi puro)	Sículo-púnicas	Mediados s. IV-finales s. IV	SNG Cop 94-97
	Bronce	Sículo-púnicas ¿Cartago?	Finales s. IV	SNG Cop 109-119
La Balaguer (Pobla de Tornesa, Valencia)	Bronce (cobre casi puro)	Sículo-púnicas	Mediados s. IV-finales s. IV	SNG Cop 94-98
Sagunto (Valencia)	Bronce (cobre casi puro)	Sículo-púnicas	Mediados s. IV-finales s. IV	SNG Cop 94-97
Emporion (Girona)	Bronce (cobre casi puro)	Sículo-púnicas	Mediados s. IV-finales s. IV	4 ejemplares SNG Cop 94-97, 4 ejemplares SNG Cop 102-106, 2 ejemplares SNG Cop 107-108 y 8 ejemplares de SNG Cop 109-119
Los Nietos (Cartagena, Murcia)	Bronce (cobre casi puro)	Sículo-púnicas	Mediados s. IV-finales s. IV	SNG Cop 94-97
Ibiza (Islas Baleares)	Bronce (cobre casi puro)	Sículo-púnicas	Mediados s. IV-finales s. IV	SNG Cop 94-98, SNG Cop 109-119 y SNG Cop 120-123 (2)
Ilurco (Pinós Puente, Granada)	Bronce (cobre casi puro)	Sículo-púnicas	Mediados s. IV-finales s. IV	SNG Cop 102-105
Elche (Alicante)	Bronce (cobre casi puro)	Sículo-púnicas	Mediados s. IV-finales s. IV	SNG Cop 102-105
Toledo (Toledo)	Bronce (cobre casi puro)	Sículo-púnicas	Mediados s. IV-finales s. IV	SNG Cop 102-105
Mallorca (Islas Baleares)	Bronce (cobre casi puro)	Sículo-púnicas	Mediados s. IV-finales s. IV	SNG Cop 102-106 y SNG Cop 109-119
El Gandul (Alcalá de Guadaíra, Sevilla)	Bronce	Sículo-púnicas ¿Cartago?	Finales s. IV	SNG Cop 109-119 (centenares)
Ostur (Villalba del Alcor, Sevilla)	Bronce	Sículo-púnicas ¿Cartago?	Finales s. IV	SNG Cop 109-119
El Viso de Alcor (Sevilla)	Bronce	Sículo-púnicas ¿Cartago?	Finales s. IV	SNG Cop 109-119 (5)
Asta Regia (Jerez de la Frontera, Cádiz)	Bronce	Sículo-púnicas ¿Cartago?	Finales s. IV	SNG Cop 109-119
Las Cumbres (Puerto de Sta. María, Cádiz)	Bronce	Sículo-púnicas ¿Cartago?	Finales s. IV	SNG Cop 109-119 (3)
Gadir (Cádiz)	Bronce	Sículo-púnicas ¿Cartago?	Finales s. IV	SNG Cop 109-119 (2)
Alicante (Alicante)	Bronce	Sículo-púnicas ¿Cartago?	Finales s. IV	SNG Cop 109-119
Azaila (Teruel)	Bronce	Sículo-púnicas ¿Cartago?	Finales s. IV	SNG Cop 109-119
Malió (Vilafranca del Penedès, Barcelona)	Bronce	Sículo-púnicas ¿Cartago?	Finales s. IV	SNG Cop 109-119
Menorca	Bronce	Sículo-púnicas	Finales s. IV	SNG Cop 109-119

(Islas Baleares)		¿Cartago?		
Castillo de Doña Blanca (El puerto de Sta. María, Cádiz)	Bronce	Sículo-púnicas ¿Cartago?	Finales s. IV	SNG Cop 109-119 (2)
Rhode (Roses, Girona)	Bronce	Sículo-púnicas	Mediados s. IV-finales s. IV	SNG Cop 94-97
Olonzac (Hérault)	Bronce			SNG Cop 108

Hallazgos monetales pertenecientes al periodo 300-265¹¹¹:

Localización (localidad, provincia)	Metal	Procedencia	Cronología	Notas
Emporion (Girona)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178 (14 ejemplares)
	Bronce	incierta	Inicios s. III	SNG Cop 124-125
Burgos (Burgos)	Bronce	incierta	Inicios s. III	SNG Cop 124-125
Valencia (Valencia)	Bronce	incierta	Inicios s. III	SNG Cop 126-127
	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178 (5)
Tesoro de Corvo (Islas Acores)	Bronce	incierta	Inicios s. III	SNG Cop 124-5, 126-7
Rhode (Roses, Girona)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	La ceca de Rhode utilizó estas monedas para reacuñarlas con su propia tipología. Estas monedas se encuentran también en la Galia (Marsella y Mónaco)
Darró (Vilanova i la Geltrú, Barcelona)	Bronce			
Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)	Plata (tetradracma)	Panormo		
Castillo de Doña Blanca (El puerto de Sta. María, Cádiz)	Vellón (dishekkel)			SNG Cop 189-191
Montalbán (Córdoba)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178
El Viso del Alcor (Sevilla)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178 (2)
La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178
Fuentes de Andalucía (Sevilla)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178

¹¹¹ A partir de los datos extraídos en Alfaro Asins, 2000a, complementado con otras noticias y publicaciones.

Gadir (Cádiz)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178 (2)
Carteia (San Roque, Cádiz)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178
Ullastret (Girona)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178
Albacete (Albacete)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178 (3)
Villaricos	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178
El Gandul (Alcalá de Guadaíra)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178
Menorca (Islas Baleares)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178
Ibiza (Islas Baleares)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178 (16)
Mailhac (Aude)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178
Montlaurès (Aude)	Bronce	Sardo-púnicas	300-264	SNG Cop 144-178
Sigean (Aude)	Bronce			SNG Cop 158

Hallazgos monetales pertenecientes al periodo 264-237¹¹²:

Localización (municipio, provincia)	Metal	Procedencia	Cronología	Notas
Castillo de Doña Blanca (El puerto de Sta. María, Cádiz)	Vellón (dishekел)	Cartago	264-241	1 ejemplar SNG Cop 190-191
Minas de Cartagena (Cartagena, Murcia)	Plata (shekel)		1ª mitad s. III? 250-241?	SNG Cop 140-142
Villasviejas de Tamuja (Cáceres)	Bronce			SNG Cop 192-201
Málaga (Málaga)	Oro (1/6 de shekel)		C260	Jenkins y Lewis IX, n. 401
Vallromanes (Barcelona)	Bronce			¿SNG Cop 202-215?
Montemolín (Marchena, Sevilla)	Vellón (shekel)			SNG Cop 186-187
	Bronce (dishekел)			SNG Cop 260
Emporion (Girona)	Vellón cobre			SNG Cop 255-268 (3 dishekels y 3 shekels)
	Bronce (cobre casi puro)			SNG Cop 192-201, SNG Cop 222, SNG Cop 237
Corvo (Islas Acores)	Vellón (dishekел)			
Gadir (Cádiz)	Bronce			SNG Cop 260

¹¹² A partir de los datos extraídos en Alfaro Asins, 2000a, complementado con otras noticias y publicaciones.

De todas las posibles maneras con las que un ibero podía llegar a recibir monedas cartaginenses durante los siglos IV y III, la opción del mercenariado es la más evidente. Las fuentes literarias clásicas dan buena cuenta de las numerosas ocasiones en que la comandancia púnica utilizó a guerreros iberos en sus guerras en Sicilia. Sabemos también que Cartago empezó a pagar a parte de sus mercenarios con moneda a partir del año 410; no sólo eso, sino que la metrópolis africana empezó a acuñar moneda específicamente para este propósito. Durante la primera mitad del siglo IV la metrópolis africana acuñó también moneda de bronce y posiblemente, a tenor de una mayor comodidad, empezó a pagar a sus mercenarios con moneda. Si tenemos en cuenta que la mayor parte de moneda cartaginesa hallada en Iberia procede de cecas sicilianas o sardas, parece que su vinculación a zonas de conflicto queda totalmente demostrada. Por tanto, a nuestro parecer, la presencia de moneda cartaginesa anterior a la Segunda Guerra Púnica debe interpretarse en relación al retorno de mercenarios iberos quienes, alquilados por Cartago, habrían luchado para ésta en Sicilia.

Queda, sin embargo, un escollo en la tesis defendida por Pliego: el material empleado para la fabricación de estas monedas. Tradicionalmente se ha vinculado el pago de tropas mercenarias con la moneda de plata, y todos los ejemplares procedentes de El Gandul son de bronce. Esta no es una cuestión de menor importancia ya que las conclusiones que podemos sacar son determinantes para esta investigación. En este sentido, su autora defiende la viabilidad de su hipótesis en base a que el pago inicial de las tropas podría realizarse en bronce mientras que la moneda de plata se guardaría para el pago final. Además, para un sistema económico premonetal como era la indígena de aquel entonces, la plata, a diferencia del bronce, tenía mucho más valor en sí misma, lo que podría haber dado pie a su fundición y posterior reutilización¹¹³.

Por nuestra parte, secundamos la tesis de Pliego en cuanto a la posibilidad que al menos una parte del pago de estas tropas se efectuara en moneda de bronce, lo cual podría también utilizarse para una circulación interna en los campamentos. No ponemos en duda el hecho que en sociedades monetales, como la Hélade o la propia Sicilia, dónde el valor de estas monedas se medía por su valor ponderal, el pago con moneda de plata a los mercenarios sí sería lo habitual. Pero de un modo u otro debe explicarse la falta de moneda de plata cartaginesa en la península.

De este modo, la cuestión no estriba en dilucidar si los iberos fueron pagados en bronce y el resto de tropas del Mediterráneo en plata, sino la posibilidad de que todos los mercenarios fueran pagados con ambas, pero que al llegar a sus tierras de origen, los iberos reutilizaran las monedas de bronce mediante su refundición, ya que éstas no les servían para ninguna transacción en sus comunidades y habrían borrado, de este modo, el rastro de monedas de plata en toda el área ibérica¹¹⁴.

Una segunda hipótesis, complementaria a la primera se basa en la planificación de los guerreros iberos antes de retornar a sus tierras. Un ejemplo actual puede ayudarnos a explicar este fenómeno. Actualmente, si alguien viaja fuera de la zona euro, necesita monedas del país de destino, una cantidad prefijada con la que sustentarse durante la visita; ahora bien, sabiendo que el retorno a su país esa moneda extranjera no tendrá valor alguno, uno tiende a gastarse

¹¹³ Pliego, 2003: 55.

¹¹⁴ Manfredi, 2002: 209-210.

ese dinero lo más ajustadamente posible a cambio de bienes materiales o inmateriales. Pero siempre queda un remanente. Y ese remanente siempre tiene forma de moneda pequeña, calderilla, que una vez en el hogar queda fuera de circulación. Quizá algo parecido pudiera ocurrir cuando los iberos, conscientes que aquella plata no tendría más valor aparte de su propio peso, decidieran gastarlo antes de partir en bienes más útiles, o bien lo gastaran en el viaje de vuelta o en alguna de las colonias fenicio-púnicas de Iberia, restando solamente aquellas monedas de menor valor.

Si planteamos la cuestión a la inversa, sabiendo que hubo guerreros iberos luchando con Cartago en Sicilia, que fueron alquilados como mercenarios, y que en Iberia encontramos abundante moneda de bronce cartaginesa, parece lógico pensar que en efecto debe existir algún tipo de relación entre todo ello. Quizá un mapa de dispersión de estas monedas pueda arrojar algo de luz en este sentido.

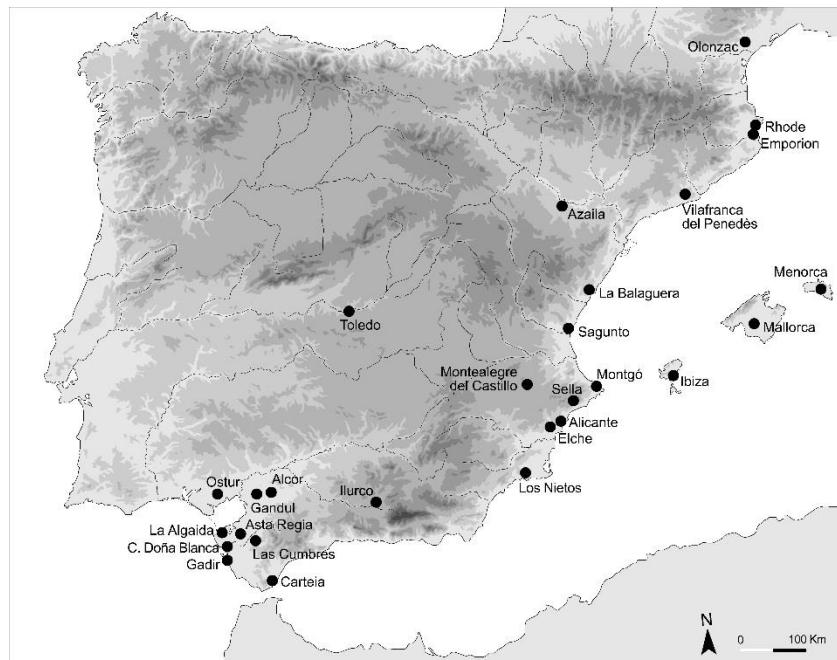


Figura 23 Monedas cartaginenses del siglo IV halladas en Iberia.

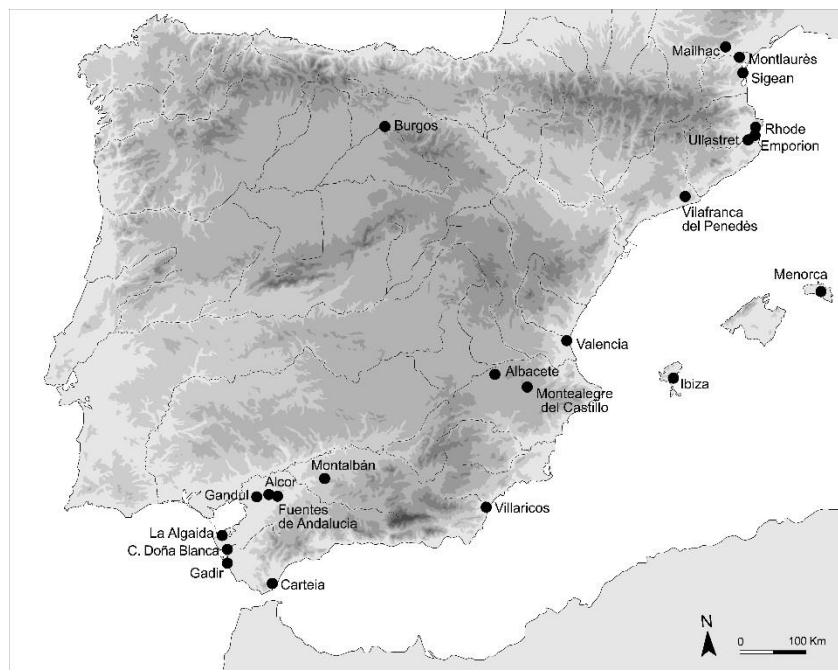


Figura 24. Monedas cartaginesas del periodo 300-265 halladas en Iberia.

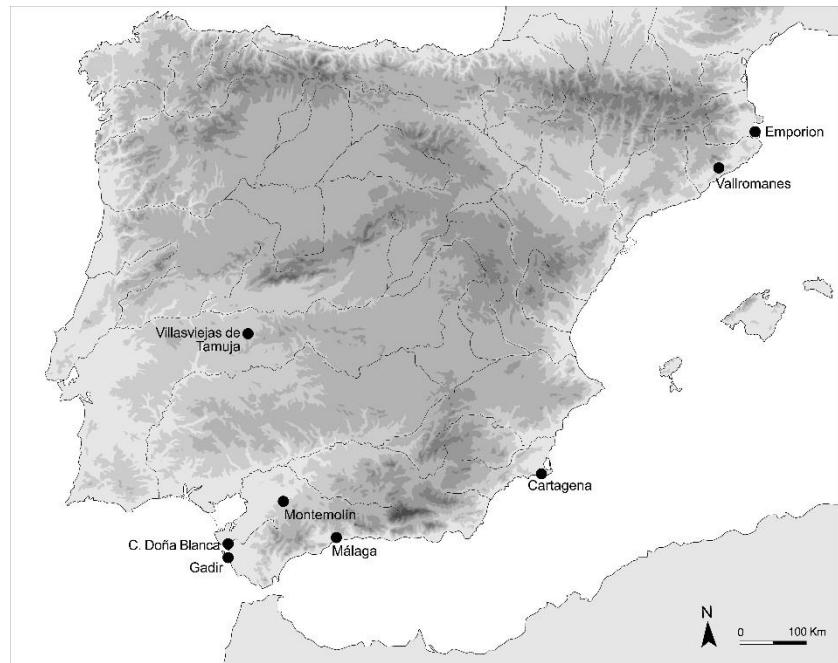


Figura 25. Monedas cartaginesas del periodo 264-237 halladas en Iberia.

Es preciso destacar un último punto acerca de las evidencias numismáticas como indicador de las relaciones Iberia-Cartago. Se trata de las monedas emporitanas con tipología y peso púnicos acuñadas alrededor del año 300.

A lo largo del siglo IV, la influencia cartaginesa sobre Iberia se expandió, agregando la costa levantina, cruzando el Ebro y llegando incluso al territorio de los sordones¹¹⁵. Emporion entró poco a poco en el círculo comercial entre Gadir y Ebusus, y por tanto, también lo hizo con el mundo cartaginés. A finales de siglo, tanto Emporion como Rhode decidieron adaptar su patrón numismático a las medidas cartaginesas¹¹⁶ (4,70 g), cosa que haría también Gadir no mucho tiempo después¹¹⁷. Alrededor del año 300, sin embargo los colonos emporitanos fueron un paso más allá y empezaron a acuñar moneda no sólo con el patrón sino también con tipología púnica, concretamente el caballo parado en el reverso¹¹⁸.



Figura 26. Dracma de Emporion. Moneda de plata acuñada en Emporion entre finales del siglo IV e inicios del siglo III. Anverso: cabeza de Ártemis (¿Perséfone?) y la leyenda ENPORITON; Reverso: Caballo parado a la derecha coronado por Niké. Fuente: Gabinet Numismàtic de Catalunya. Nº inventario: 020543-N.

Sin duda, constituye todo un desafío historiográfico y numismático comprender la razón de este teórico acercamiento al mundo cartaginés. Para empezar ¿fue un cambio voluntario, o bien estuvo sujeto a presiones externas? ¿fue la respuesta emporitana al desafío de la fundación masaliota de Rhode en el mismo espacio geográfico, si es que realmente fue tal¹¹⁹? ¿se puede interpretar la posterior reacuñación de moneda sardo-púnica por parte de Rhode, dentro del mismo fenómeno histórico? Sea como fuere, la presencia púnica en el cuadrante nordeste se

¹¹⁵ Ramon, 2004: 106.

¹¹⁶ Dicho peso, entre 4,80 y 4,70g puede relacionarse también con múltiples del patrón masaliota (Villaronga, 2000: 116-117)

¹¹⁷ García Bellido, 1993a: 127-128; 2006: 290.

¹¹⁸ García Bellido, 2006: 290; Campo, 2001: 11. Emporion empezó a acuñar moneda a mediados del siglo V. Se trataba de fracciones de moneda de plata de tipo Auriol con una gran variedad tipológica muy emparentada con el mundo simbólico de la Magna Grecia. Esta situación perduró entre c. 450-300, momento en que la colonia foceo-masaliota empieza a acuñar moneda propia, donde, por primera vez, se especifica el nombre de la autoridad emisora Emporiton. En el anverso de estas monedas se gravó una cabeza de Ártemis (divinidad muy vinculada a Focea y sus colonias) y en el reverso el citado caballo parado, con una Niké sobrevolando. Sin embargo dicha emisión pronto fue sustituida por la tipología con la que sería identificada Emporion hasta la actualidad: el pegaso (Villaronga, 2000; Campo, 2001: 10-11)

¹¹⁹ La naturaleza de la fundación rhodetana sigue siendo motivo de discusión entre aquellos que defienden su procedencia masaliota y aquellos que la vinculan a Emporion. La voluntad de Rhode de distanciarse políticamente de Emporion ya ha sido señalada por M. Campo (2001: 11).

hizo sentir cada vez con mayor intensidad¹²⁰. El hecho de encontrar vajilla de cocina cartaginesa en yacimientos no sólo dedicados principalmente al comercio -como lo era Emporion- sino también en *oppida* ibéricos, nos indica que dicha presencia penetró también en el mundo indígena en el siglo III. Así, la esfera de influencia cartaginesa en Occidente aumentó, y con ella pudo hacerlo también el área potencialmente útil para la captación de mercenarios.

6.2.3. Las evidencias arqueológicas

La tercera parte fundamental para analizar las relaciones militares entre Cartago y el mundo ibérico lo constituyen los datos arqueológicos. Y con ello no sólo nos referimos a objetos arqueológicos muebles, sino también a ciertos yacimientos cuyas estructuras arquitectónicas pueden relacionarse con este proceso. La información recabada en este campo durante las últimas décadas ha crecido exponencialmente, así como la literatura científica relacionada con ella. Sin embargo, debemos ser cautos y encuadrar esta información en nuestro ámbito de estudio mediante una clara premisa que a menudo no se tiene suficientemente en consideración. Se trata de la interpretación acerca de la presencia de material púnico, o de tradición fenicia, en un yacimiento. Pese a lo tentador que resulta interpretar su presencia con la existencia de agentes púnicos (comerciantes, artesanos, aristócratas...), o incluso de contingentes militares, tal equivalencia debe ser correctamente analizada en cada caso concreto. Como hemos podido comprobar a lo largo de las páginas anteriores, el comercio fenicio-púnico estuvo muy arraigado en el sur de la península y experimentó también una penetración destacable hacia el interior del Ebro ya en fechas muy tempranas. Por tanto, la simple presencia de material mueble de tradición púnica en un yacimiento no indica, por sí sola, la existencia de guarniciones cartaginenses. Un claro ejemplo en este sentido lo constituyen las famosas *thymiateria*, con una amplia dispersión por buena parte del Mediterráneo occidental pero que, a nivel cronológico y geográfico no tienen por qué guardar una relación directa con posibles establecimientos púnicos¹²¹.

¿Cuáles pueden ser, entonces, los indicadores válidos para comprender mejor esa posible vinculación? Obviamente, el primero de ellos es el armamento¹²². Aunque no es imposible la reutilización de panoplia exógena por parte de soldados indígenas, lo mayoritario y más común es que los contingentes militares de cualquier época y región utilicen siempre sus propias armas y elementos defensivos. La explicación es fácilmente comprensible por dos razones básicas: por una parte, un soldado o guerrero siempre combate mejor -y se siente más seguro- con aquellas armas con las que ha luchado y entrenado habitualmente; por la otra, en determinadas formaciones regimentales, especialmente en infantería pesada, era necesario que todos sus componentes estuvieran armados de igual forma para que ésta fuera eficaz, y por tanto,

¹²⁰ Blázquez, 1967: 106-107.

¹²¹ Sanmartí y Asensio, 2005: 100. El debate acerca de la procedencia y función de estos pebeteros de terracota se remonta a los años cuarenta del siglo pasado. Actualmente no se pone en duda su procedencia púnica, pero sí las vías a través de las cuales llegaron a Iberia: quizás directamente, quizás por medio del mundo siciliota, quizás por Cerdeña (Tortosa, 2001: 36). Acerca de su uso y empleo, pese a su carácter original como quemador de perfumes, en Iberia se habría utilizado como imagen de la divinidad (Ruiz de Arbulo, 1994: 168) u otras funcionalidades (Pérez, 1987).

¹²² Acerca del armamento ibero y su evolución, Quesada Sanz, 2002, 2003.

determinados elementos de armamento no podían ser heterogéneos. Este hecho no impide, por supuesto, que a lo largo del tiempo la panoplia militar evolucionara mediante la apropiación y adaptación de modelos exógenos, el desarrollo en las formas de combate, pero por norma general puede establecerse una correspondencia entre un pueblo y su panoplia¹²³. El problema es que, hasta donde conocemos, no existen testimonios de panoplia típicamente púnica halladas en la península Ibérica.

En cambio, un reciente trabajo acerca de la presencia de mercenarios ibéricos en el Mediterráneo basa su argumentación, precisamente, en la existencia de elementos militares ibéricos fuera de sus fronteras geográficas, así como del material y adaptaciones foráneas de naturaleza militar que éstos pudieran importar¹²⁴. Su autor, R. Graells ha realizado un minucioso estudio acerca de todos aquellos elementos materiales relacionables con el mercenariado ibérico -y celtibérico- durante los siglos VI-IV. Aunque no compartimos algunos de sus presupuestos básicos¹²⁵, lo cierto es que esta investigación aporta una visión de conjunto actualizada acerca de las evidencias arqueológicas que conciernen a este debate. El primer punto a tener en cuenta es que se trata de una lista sumamente escasa si tenemos en cuenta los tres siglos que abarca su catálogo. Entre los objetos que el autor identifica como piezas de panoplia típicamente ibérica halladas en contextos foráneos se hallan fíbulas y broches de cinturón¹²⁶, un par de grebas¹²⁷, un disco-coraza¹²⁸, una pieza para el manejo de caballo¹²⁹ y dos representaciones pictóricas sobre material duro¹³⁰ (una lastra etrusca y una crátera ática de figuras rojas). Sin embargo, no compartimos la relación ni de las fíbulas -por ser un objeto demasiado cotidiano como para relacionarse con el mercenariado, aunque su contexto de aparición puede relacionarse con establecimientos de carácter militar- ni con el disco coraza hallado en Gela, por cuanto su adscripción al mundo ibérico es discutible¹³¹. De igual modo, el fragmento pintado de lastra procedente de Cerveteri y la crátera lucana, cuyas imágenes

¹²³ Graells, 2014: 27.

¹²⁴ Graells, 2014. “La aproximación a los mercenarios a partir de las anomalías en la composición de ajuares militares metálicos y la distribución de piezas de armamento étnicamente muy concentradas fuera de su contexto “habitual” parecen fórmulas válidas” Graells, 2014: 26.

¹²⁵ El principal talón de Aquiles del estudio de Graells es el análisis de las fuentes literarias. No se puede afirmar que “cada grupo de mercenarios o episodio donde aparecen los mercenarios hispanos al lado de los púnicos va seguido de otro en el que sirven al bando griego” (Graells, 2014: 49-50) porque, simple y llanamente, las fuentes literarias no dicen eso; o que “en la contienda agatoclea contra Cartago (310 a.C.), no aparecen citados aunque junto a la genérica cita a “samnitas, etruscos y celtas” podrían leerse también algunos de estos hispanos” (Graells, 2014: 52) sin ningún tipo de explicación ulterior, cuando en realidad no existe tal indicio. Por otra parte, los mismos apriorismos que aplica a los materiales relacionables con prácticas militares hispanas en el extranjero -que no tenían por qué ser siempre de carácter mercenario-, esto es, que son testimonio de su paso por la región, no las aplica a las piezas alógenas recuperadas en la península Ibérica. En este caso, según el autor, estos materiales importados son los propios de mercenarios hispanos que retornan a sus tierras.

¹²⁶ Graells, 2014: 63-73.

¹²⁷ Graells, 2014: 73-75; Vasallo, 2014.

¹²⁸ Graells, 2014: 75-76.

¹²⁹ Graells, 2014: 76.

¹³⁰ Graells, 2014: 76-79.

¹³¹ En este sentido el disco-coraza había sido relacionado anteriormente con la esfera itálica y con la oriental; el único indicio que aporta Graells para adscribirlo al ámbito ibérico es el número de parejas de agujeros para su fijación a las correas (Graells, 2014: 75). Francamente, creemos que es un indicio insuficiente para sacar unas conclusiones de ese calibre. De hecho los discos-coraza también se encuentran entre la panoplia de la élite centroitaliana en época orientalizante (Cherici, 2007: 231).

muestran a sendos guerreros ataviados con un disco-coraza sin muchos detalles, aunque podrían representar a guerreros iberos en combate, no nos parecen suficientemente explícitas como para identificarlas directamente como evidencias de mercenariado ibero.

Así pues, la lista de *realia* nos queda reducida a los broches de cinturón, la cabezada¹³² y las grebas, cuya distribución espacial nos sitúa en el Mediterráneo central. Respecto al primer grupo, los primeros broches en ser relacionados con mercenarios hispanos fueron aquellos encontrados en Olimpia y Mon Repos (Corfú), con paralelos en el noreste de la península ibérica y la céltica mediterránea, en un arco cronológico entre mediados del siglo VI e inicios del V¹³³. Otros ejemplares han sido hallados posteriormente en la zona etrusca -Génova, Pisa, Aleria y Nepi- procedentes de la parte baja del Ebro o de la Celtiberia, aunque Graells no los relaciona con grupos de mercenarios ibéricos sino más bien como panoplia de personajes etruscos o itálicos, a modo ornamentación personal¹³⁴.

Sin embargo, las piezas más destacables en cuanto a su significación son una pareja de grebas de bronce recuperadas en una de las necrópolis de Hímera¹³⁵. La pieza en sí, de talla pequeña, tiene unos paralelos muy claros con piezas recuperadas en la península Ibérica, en Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante) y en Arroyo Judío (Cártama, Málaga), ambas de la primera mitad del siglo V¹³⁶, y su adscripción étnica parece no albergar muchas dudas¹³⁷. Dado que tanto Diodoro como Heródoto mencionan la presencia de tropas mercenarias ibéricas en la batalla de Hímera del año 480, ésta parece ser su confirmación arqueológica.

Respecto a los dos grupos restantes, entre las importaciones halladas en Iberia se encuentran las famosos cascós corintios hallados en Andalucía¹³⁸, varias puntas de flecha de tipo sículo-masaliota¹³⁹, una posible pieza de carro etrusco procedente del entorno de Emporion¹⁴⁰, dos cascós de procedencia etrusca hallados en el delta del Llobregat¹⁴¹, dos espadas de La Tène y varios cascós y broches de cinturón de procedencia céltica¹⁴², algunas muserolas de factura italo-meridional o Epiro-macedonia¹⁴³, un fragmento de cinturón samnita en el Delta del Ebro y una coraza anatómica típicamente suritálica en la costa de Sexi¹⁴⁴. Todas estas piezas se pueden interpretar de dos maneras: o bien, como hace Graells, como testimonio de panoplias foráneas traídas por guerreros iberos de vuelta de sus campañas, o bien como evidencia de la presencia de mercenarios foráneos en suelo ibérico. Probablemente la respuesta no sea única, ni tampoco

¹³² Esta pieza apareció en una subasta pública a principios del siglo XX. Pese a tener posibles paralelos con piezas procedentes de la Meseta norte de la península Ibérica, su descontextualización y su material (bronce, en lugar del hierro típico en la Meseta), hacen de ella una pieza de difícil utilización científica.

¹³³ Graells, 2014: 68-69.

¹³⁴ Graells, 2014: 72.

¹³⁵ Concretamente, la situada en la localidad actual de Buonfornello (Vasallo, 2014: 533).

¹³⁶ Existen otros dos paralelos, en La Solivella (Castellón) y Oliva (Valencia), todos ellos analizados en Farnié Lobenstein y Quesada Sanz, 2005: 207.

¹³⁷ Graells, 2014: 73-75.

¹³⁸ Graells, 2014: 96-99.

¹³⁹ Graells, 2014: 99-100.

¹⁴⁰ Graells, 2014: 105-106.

¹⁴¹ Graells, 2014: 107-114.

¹⁴² Graells, 2014: 125-131.

¹⁴³ Graells, 2014: 145-147.

¹⁴⁴ Graells, 2014: 165-169.

haya que vincularla estrictamente al mercenariado. Existen evidencias de otros grupos armados en el Mediterráneo que podrían haber dispersado estos materiales por todas sus costas: piratas, soldados estatales, ciudadanos particulares, aventureros o escoltas de personajes importantes, por mencionar tan solo los más comunes. Lo único que demuestran estos escasos hallazgos es cierta movilidad de hombres armados entre los siglos VI y IV.

En cuanto al rastro arqueológico no relacionado con la panoplia militar, el cambio de cultura material en el paso del periodo fenicio al púnico está perfectamente atestiguado en las antiguas colonias fenicias del sur peninsular¹⁴⁵. Se trata de cambios tanto en el mundo simbólico como en el material. El rito funerario bascula, en términos generales, de la cremación a la inhumación, predominando las tumbas de fosa y los hipogeos. También se generalizan las importaciones de cerámica de engobe rojo, así como de objetos exóticos típicos cartagineses: pebeteros, máscaras, amuletos u objetos de pasta vítrea, entre otros. A partir del c.400 además, se documenta la llegada en cantidades significativas de productos de la península Ibérica en la propia Cartago¹⁴⁶. Obviamente estos testimonios no necesariamente de vinculan a la esfera militar, sino más bien a la caída de la región bajo el influjo cartaginés. Pero aquello que debe focalizar nuestra atención son los límites de este influjo, ¿hasta dónde llegaban los tentáculos comerciales, las influencias sociales y/o religiosas, de Cartago?

Ya durante el siglo V se constata la llegada de importaciones de productos de lujo de origen púnico a las costas de Levante -aunque en cantidades muy reducidas-, como las cuentas de collar de pasta vítrea en Covalta (Albaida), Orleyl (La Vall d'Uixó), la Bastida de les Alcusses (Moixent)¹⁴⁷ y Elche¹⁴⁸, o fragmentos de huevo de aveSTRUZ, y también de ánfora cartaginesa en El Puig de la Nau (Benicarló). Precisamente el ánfora cartaginesa vuelve a aparecer en la costa catalana a finales del siglo V (430/425) después de un hiato de tiempo considerable¹⁴⁹. Dichas importaciones aumentan en la centuria siguiente y se concentran en el nordeste, en Ibiza y en la Iberia ultrapirenaica¹⁵⁰. No se trata solamente de ánfora, como cabría esperar, fruto del circuito comercial entre Ampurias, Ibiza y el Círculo del Estrecho, sino que también ha aparecido cerámica de cocina en yacimientos catalanes. Se aprecia en numerosos asentamientos indígenas septentrionales que junto a las típicas importaciones de ánfora púnico-ebusitana se documenta en ocasiones vajilla de cocina típicamente cartaginesa. Estas piezas, que tienen un pico considerable alrededor del año 200, aparecen también en niveles de los siglos V-III¹⁵¹. Si bien dicha presencia puede entenderse a finales del siglo III como fruto del establecimiento de guarniciones púnicas¹⁵², los objetos más antiguos requieren otra argumentación. D. Asensio y J. Sanmartí explican esta singularidad a través de la adopción de prácticas culinarias extranjeras

¹⁴⁵ López Castro, 1991: 77; González Wagner, 1994b: 13-14.

¹⁴⁶ González Wagner, 1994b: 14.

¹⁴⁷ Oliver Foix, 2004: 109.

¹⁴⁸ Guardiola, 2001: 22.

¹⁴⁹ Ánfora cartaginesa del siglo VI fue localizada en la Moleta del Remei (Alcanar), Aldovesta, la Palaiapolis emporitana y Masalia (Ramon, 2006: 76-79)

¹⁵⁰ Ramon, 2006: 80-81.

¹⁵¹ Asensio, 2004.

¹⁵² Asensio, 2004: 315-316.

por parte de las aristocracias locales en un intento de elevar y diferenciar su status social en la comunidad¹⁵³.

En cambio, la arquitectura debe entenderse en sentido contrario. La edificación de grandes estructuras, especialmente de carácter defensivo (torres, murallas, puertas...) sí constituyen un claro indicio acerca de su naturaleza. Huelga decir que unas obras con un alto coste humano, temporal y económico se realizaron por motivos de gran relevancia política y militar, para el control de determinadas áreas territoriales, vías de comunicación, etc. En la península ibérica contamos con numerosos ejemplos arquitectónicos cuyas características pueden indicarnos cuales fueron sus orígenes. En este sentido conviene recordar, a diferencia del sur de la Galia y de la península Itálica, en Iberia sí hubo una implantación física fenicia sobre el territorio, como también la hubo en Cerdeña¹⁵⁴ y, de modo ecléctico, en Sicilia. El grado de esta implantación así como la influencia púnica sobre el territorio pueden rastrearse gracias a la arquitectura. En concreto aquellos yacimientos, indígenas o fenicios que durante los siglos V-III adaptaron su morfología defensiva¹⁵⁵ a los parámetros fenicio-púnicos de la época, los cuales incorporaron, además, elementos helenísticos fruto del impulso tecnológico militar en la isla de Sicilia¹⁵⁶. Algunos de estos parámetros o indicios de factura fenicio-púnica son las famosas *murallas de compartimentos* -más conocidas con el erróneo término de *murallas de casamatas*¹⁵⁷-, la utilización del *opus quadratum*, -en ocasiones con almohadillado¹⁵⁸-, o la existencia y distribución de elementos poliorcéticos avanzados en las defensas del asentamiento¹⁵⁹.

En el campo de las fortificaciones púnicas en Iberia destacan los trabajos de M. Bendala, J. Blánquez, F. Prados y, recientemente D. Montanero. A través de sus trabajos hemos podido comprobar que a partir del siglo VI, es decir, al inicio del periodo púnico, se producen notables crecimientos urbanísticos en algunos asentamientos, como por ejemplo en *Malaka* o *Abdera*. Un proceso que también afectó a las defensas de estas ciudades pero que, a partir de ese momento y de modo general, no experimentaron grandes cambios hasta época bárcida, un conservadurismo que ha sido interpretado en clave de defensa pasiva¹⁶⁰. En cambio, partir de la segunda mitad del siglo III, con el desembarco de Amílcar en Iberia y el inicio de la conquista, se produjo un nuevo impulso en este tipo de construcciones.

A partir de entonces las técnicas de fortificación se homogenizaron, tal y como se comprueba en *Tejada la Vieja*, *Niebla*, el *Castillo de Doña Blanca* o *Carteia*, pero esta remodelación no sólo

¹⁵³ Sanmartí y Asensio, 2005: 98-99.

¹⁵⁴ Acerca de las fortificaciones fenicio-púnicas en Cerdeña, ver Barreca, 1974; Bartoloni, 2009.

¹⁵⁵ Hasta finales del siglo VII las colonias fenicias de la península Ibérica no incorporaron elementos defensivos notables en su trama; hasta ese momento se valían de defensas naturales casi exclusivamente, tales como islotes o penínsulas. Sin embargo a partir de dicho siglo, coincidiendo con una reorganización a nivel territorial, los asentamientos empiezan a amurallarse. En una tercera fase, a partir del siglo VI algunas de las colonias empiezan a convertirse en ciudades y experimentan un verdadero crecimiento urbano, en el cual las murallas son ya un elemento físico y conceptual intrínseco (Montanero, 2008: 103-122).

¹⁵⁶ Montanero: 2008: 95.

¹⁵⁷ La explicación acerca de porqué el nombre de “muralla de casamata” es erróneo y la propuesta de “muralla de compartimentos”, en Montanero, 2008: 96.

¹⁵⁸ Prados, 2003.

¹⁵⁹ Montanero, 2008: 95.

¹⁶⁰ Montanero, 2008: 122-123.

afectó al ámbito estrictamente fenicio sino que traspasó también al indígena, como en La Serreta de Alcoy (Alcoy, Alicante), Peña Negra de Crevillent (Orihuela, Alicante), El Oral (San Fulgencio) o Tossal de Manises (Alicante) o, muy significativamente, en Edeta (Tossal de Sant Miquel, Lliria)¹⁶¹. Tal expansión e influencia sobre la arquitectura y el urbanismo denotan un grado de penetración política y militar mucho mayor que en períodos precedentes, y todo ello en apenas treinta años de gobierno púnico, doce de los cuales en confrontación abierta contra Roma. Pero lo que quizás resulte aún más sorprendente es la posibilidad de la existencia de fortines al norte del Ebro.

A partir de la factura y los epígrafes de un muro del actual palacio del arzobispado en Tarragona, Bendala y Blánquez ha propuesto la existencia de un núcleo militar anterior al romano en la parte alta de la ciudad, justo al lado de la Kese ibérica. Dicho emplazamiento podría constituir el campamento militar cartaginés de Hannón en 218, mencionado por Livio (XXI, 60, 8-9) D. Asensio también documenta que en los niveles del siglo III bajo la ciudad de Tarragona apareció un fragmento de cerámica de cocina cartaginesa¹⁶².

Además, existen dos yacimientos aún más septentrionales, en la frontera entre layetanos y ausetanos, cuya factura es totalmente distinta a los asentamientos ibéricos del resto de Cataluña. No es cuestión ahora de entrar en un debate cuya mejor discusión sería más acertada en otro lugar y en otro formato, pero cabe definirlos brevemente por cuanto, desde nuestro punto de vista, apoyan la existencia de contactos militares y diplomáticos entre el nordeste peninsular y la Iberia bárcida. Se trata del Casol de Puigcastellet¹⁶³ (Folgueroles) y El Turó de Montgròs¹⁶⁴ (El Brull), ambos con unas estructuras defensivas muy destacables fechadas entre finales del siglo IV y mitad del siglo III y destruidos hacia el año 200. Dichas murallas se caracterizan, precisamente, por sus murallas de compartimentación, su buena factura y su ubicación estratégica, cerrando el paso a un espacio diáfano, y protegiéndose en los restantes flancos por acantilados. Si bien es cierto que a diferencia de los ejemplos en Cartagena o El Castillo de Doña Blanca, su alzado no se compone de *opus quadratum* sino de un aparato irregular, nos parece sorprendente que se desvincule su construcción de cualquier influjo extranjero y se achique a un modelo edilicio propiamente ausetano¹⁶⁵ y únicamente con finalidad de ostentación¹⁶⁶. Dadas las evidencias literarias y arqueológicas que indican la presencia de agentes púnicos con anterioridad al siglo III, el contexto histórico en el que se enmarcan, y la completa falta de paralelos ibéricos al norte del Turia, creemos que la factura de tales construcciones no responde a criterios indígenas sino que, al menos su arquitecto, procedía del mundo púnico y tenía grandes conocimientos acerca de los sistemas defensivos helenísticos. Quizá la pregunta que cabría plantearse, por tanto, no es el *quién* sino el *porqué*.

¹⁶¹ Bendala y Blánquez, 2002-2003; Blánquez Pérez, 2008: 149.

¹⁶² Asensio, 2004: 310.

¹⁶³ Molas *et al.*, 1988; Molas *et al.*, 1990-91.

¹⁶⁴ López Mullor y Fierro, 2011. Sobre sus murallas, con un resumen historiográfico acerca de ellas, López Mullor, 2011: 149-153.

¹⁶⁵ Olmos, 2014: 46.

¹⁶⁶ Olmos, 2014: 47.

6.3. Conclusiones: El papel de los mercenarios iberos en el Mediterráneo.

La participación de los mercenarios de origen ibérico en las contiendas del Mediterráneo en la antigüedad ha sido un tema tratado por la historiografía española desde antiguo. Varias razones han empujado a investigar la cuestión. Una de ellas quizás se deba a un intento de reivindicar el papel de Iberia/Hispania mediante la demostración que sus habitantes sí estaban efectivamente involucrados en los grandes conflictos de la época y por consiguiente, tanto los iberos como la historiografía española no merecían ser relegados a una división inferior respecto la Galia, Italia o Grecia¹⁶⁷. Un segundo motivo se debe al auge en la investigación acerca de la historia militar en la antigüedad en las últimas décadas, la cual ha podido superar, al fin, infundados prejuicios y revelarse como una herramienta sumamente útil para comprender los fenómenos históricos. En tercer y último lugar, una de las cuestiones que ha suscitado más interés con relación a los mercenarios es su papel en la importación de cultura material, de ideas y de innovaciones procedentes del mundo oriental y helenístico. Mientras que anteriormente se concedía a los mercenarios que retornaban de sus servicios como una de las principales vías de introducción de estos elementos en la península Ibérica¹⁶⁸, hoy en día tiende a relativizarse el fenómeno en mayor o menor grado¹⁶⁹. Precisamente uno de los objetivos que persigue esta investigación es relativizar todos estos procesos e interpretarlos en conjunto, con una visión amplia a nivel geográfico y cronológico. Por tanto, atendiendo a los datos aportados hasta ahora podemos extraer algunas conclusiones y plantear varias hipótesis.

En primer lugar cabe reconocer un peso específico importante del mercenariado ibérico en los ejércitos cartagineses. A nivel literario, las fuentes tan sólo citan una veintena de veces a tropas ibéricas durante este periodo, y ello añadiendo las menciones a tropas baleáricas, tal y como ya hemos señalado. Sin embargo, comparándolo con otras áreas, nos damos cuenta que las tropas de procedencia celta aparecen tan sólo en una decena de ocasiones, al igual que aquellas procedentes de Italia, cinco las griegas, y cuatro veces son mencionados los ligures. Por tanto, los iberos ocupan el segundo eslabón en este ranking literario, tan sólo por detrás de los libios. Además, si bien a nivel de *realia* el testimonio arqueológico del paso de mercenarios a Sicilia no es significativo, la numismática sí que aporta evidencias de su paso por los frentes de guerra cartaginenses a través de la moneda.

A tenor de lo expuesto en la primera parte del capítulo puede entenderse perfectamente las razones de esta recurrencia al alquiler de mercenarios en Iberia. El establecimiento de colonias fenicias que posteriormente pasaron a la órbita cartaginesa, con unas habituales relaciones con las poblaciones autóctonas, convertían la península Ibérica en un mercado potencial muy interesante para Cartago. Un mercado, además, que como indicaba A.C. Fariselli, podría estar

¹⁶⁷ Tal reivindicación estaba, en efecto, plenamente justificada durante buena parte del siglo XX. Por fortuna, a finales del mismo, la historiografía española ha ido siendo cada vez más respetada por la academia europea en general, aunque no así en la historiografía anglosajona, que en general sigue enraizada en viejos estereotipos y tópicos historiográficos acerca de Iberia que aquí han sido superados hace ya tiempo.

¹⁶⁸ Bosch Gimpera, 1966: 141-148.

¹⁶⁹ Quesada (1994a: 309; 1994b: 195) y Manfredi (2002: 145) creen que este influjo fue muy reducido o nulo; Graells (2014: 30), en cambio, acepta cierto grado de penetración cultural mediterránea a través de los mercenarios.

monopolizado por los púnicos¹⁷⁰. No tan sólo disponían ya de una red social que vinculaba los intereses indígenas con los púnicos, a través fundamentalmente del comercio y la explotación de minas, sino que además disponían de la infraestructura adecuada para rentabilizar al máximo este fenómeno. En este sentido, F. Quesada subrayaba la importancia de distinguir entre centros de reclutamiento, que estarían ubicados más al interior, y los puntos de embarque de las tropas hacia el frente de guerra¹⁷¹ (o Cartago, en su caso). Los puertos de las factorías y colonias fenicio-púnicas del sur y sureste de Iberia sin duda alguna fueron utilizados como estos últimos, incluso quizá para ambas tareas.

En este sentido, no hay disconformidad al respecto: el reclutamiento de mercenarios en el sur de Iberia debió de abarcar una notable área territorial durante el periodo entre los siglos V-III, incluyendo desde Lusitania, el valle del Guadalquivir hasta Oretania y la vertiente litoral al sur de la Contestania. Así, la lógica nos invita a pensar que sería en los mayores puertos de las ciudades fenicio-púnicas dónde se embarcaría a estos mercenarios, tales como Gadir (Cádiz), Alcácer do Sal, Onuba (Huelva), Spal (Sevilla), Malaka (Málaga), Sexi (Almuñécar), Baria (Villaricos) o Elche, tal y como ya han defendido algunos autores¹⁷². A los que podemos incluir sin duda la ciudad de Ibiza¹⁷³.

De igual modo, cabe pensar que para identificar los puntos de reclutamiento, éstos deberían integrar al menos tres características: a) estar ubicados en zonas de alta densidad demográfica indígena, b) mantener una cercanía a vías de comunicación, y c) registrar una notable presencia o influencia púnica a través de los datos arqueológicos. A partir de estos preceptos podemos aportar algunas propuestas.

Cástulo es el ejemplo paradigmático de lo que podría haber sido un punto de reclutamiento y como tal ha sido propuesto también por varios investigadores¹⁷⁴. Ubicado junto al Guadalquivir y dotado de unas fuertes influencias fenicias, la ciudad oretana reunía todos los requisitos para haber sido un importante punto de captación de tropas indígenas. Además, no sólo la propia ciudad era de las más extensas y pobladas de Iberia sino que además permitía el acceso a una amplia zona de notable potencial demográfico, hacia la Meseta y el norte de Oretania. De distinta índole pero igualmente relacionable con esta actividad es el yacimiento de El Gandul, cuyas características ya hemos explicado. En este caso, el testimonio arqueológico viene representado explícitamente por la cantidad de monedas halladas en la zona.

Siguiendo los parámetros que nos hemos impuesto, otros candidatos para captar y vehicular este tráfico humano podrían haber sido Basti (Baza), Iliberris (Granada), L'Hospitalet vell¹⁷⁵ (Manacor), Muela del Ajo¹⁷⁶ (Tíjola), aunque podrían ser muchos más, imposibles de rastrear con la información actualmente al alcance. Todos ellos comparten buenas rutas de comunicación directa, terrestres o fluviales, con puertos fenicio-púnicos, un área de captación demográfica elevada y notables evidencias de contactos socio-económicos con el mundo

¹⁷⁰ Fariselli, 2002: 204. En contra, Krasilnikoff, 1996: 9-10.

¹⁷¹ Quesada 1994b: 203

¹⁷² Quesada 1994b: 203-204; Fariselli, 2002: 215-216.

¹⁷³ Guerrero Ayuso, 1989: 99.

¹⁷⁴ Fariselli, 2002: 207.

¹⁷⁵ Guerrero Ayuso, 1989: 100-105.

¹⁷⁶ Alfaro Asins, 1993.

púnico¹⁷⁷. Cabría añadir también los propios puertos que hemos mencionado antes; el hecho que funcionaran como lugares de embarque de tropas no impedía que también actuaran como punto de reclutamiento.

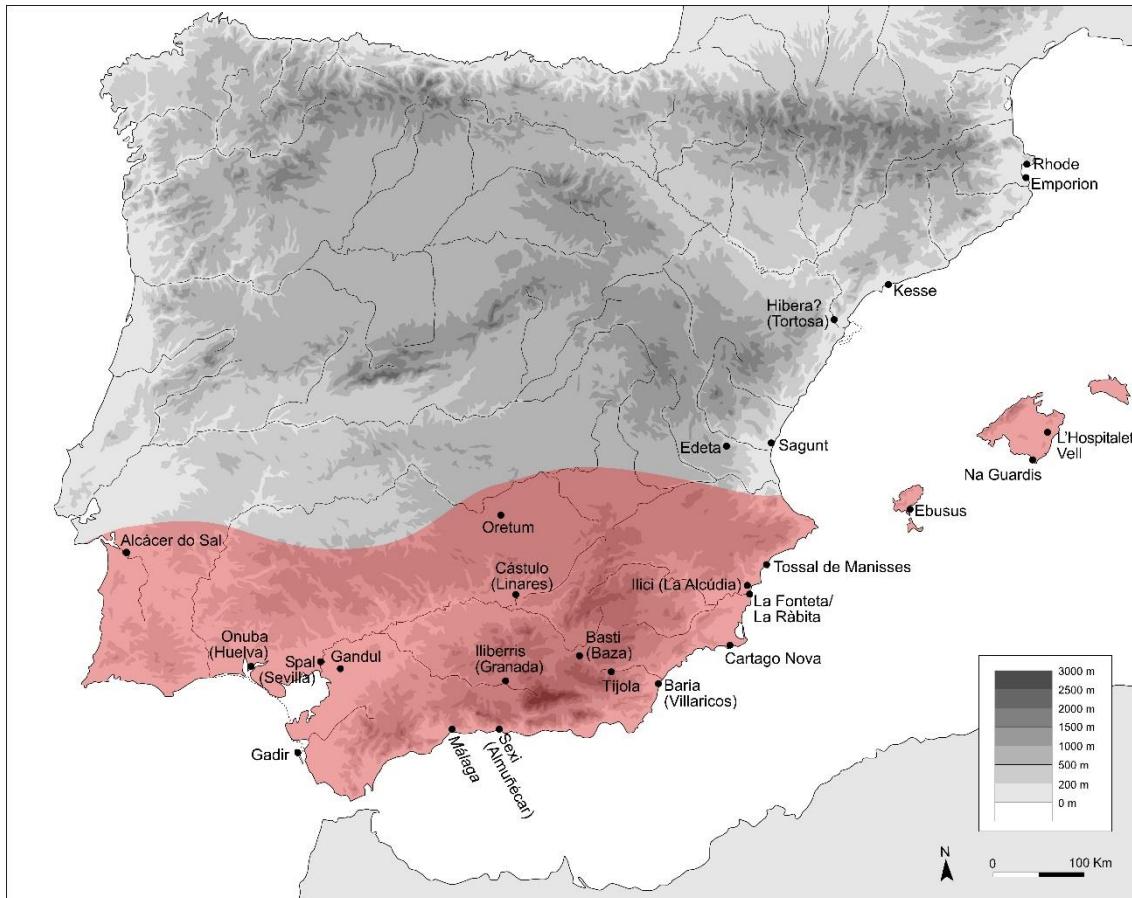


Figura 27. Mapa del área de reclutamiento potencial de mercenarios iberos en el siglo V.

Aunque las fuentes literarias tan sólo mencionan explícitamente la utilización de mercenarios ibéricos en el siglo IV en unas pocas ocasiones, este vacío no invalida su presencia en Sicilia durante este periodo, dado que en muchas otras ocasiones Diodoro hace referencia a los bárbaros que acompañaban al ejército cartaginés. En este sentido, por tanto, no tenemos ninguna razón para pensar que las tropas reclutadas en Iberia no siguieron luchando a las órdenes de Cartago hasta el final de la Sexta Guerra Greco-púnica (c.339). El permanente estado de guerra contra los tiranos de Siracusa entre los año 397 y c.339, el limitado potencial demográfico de la propia ciudad, así como las evidencias arqueológicas de un mayor contacto con el levante peninsular son argumentos que nos invitan a considerarlo de esta manera.

¹⁷⁷ M. Bendala avisaba hace unos años, de la presencia de ciertos indicios en algunos asentamientos turdetanos que apuntaban, ya desde época fenicia, a “*agrupaciones de semitas fuertemente cohesionados*” que podrían agruparse en barrios o calles, como en Huelva, Montemolín, Osuna, o la propia Cástulo. (Bendala, 1994: 66).

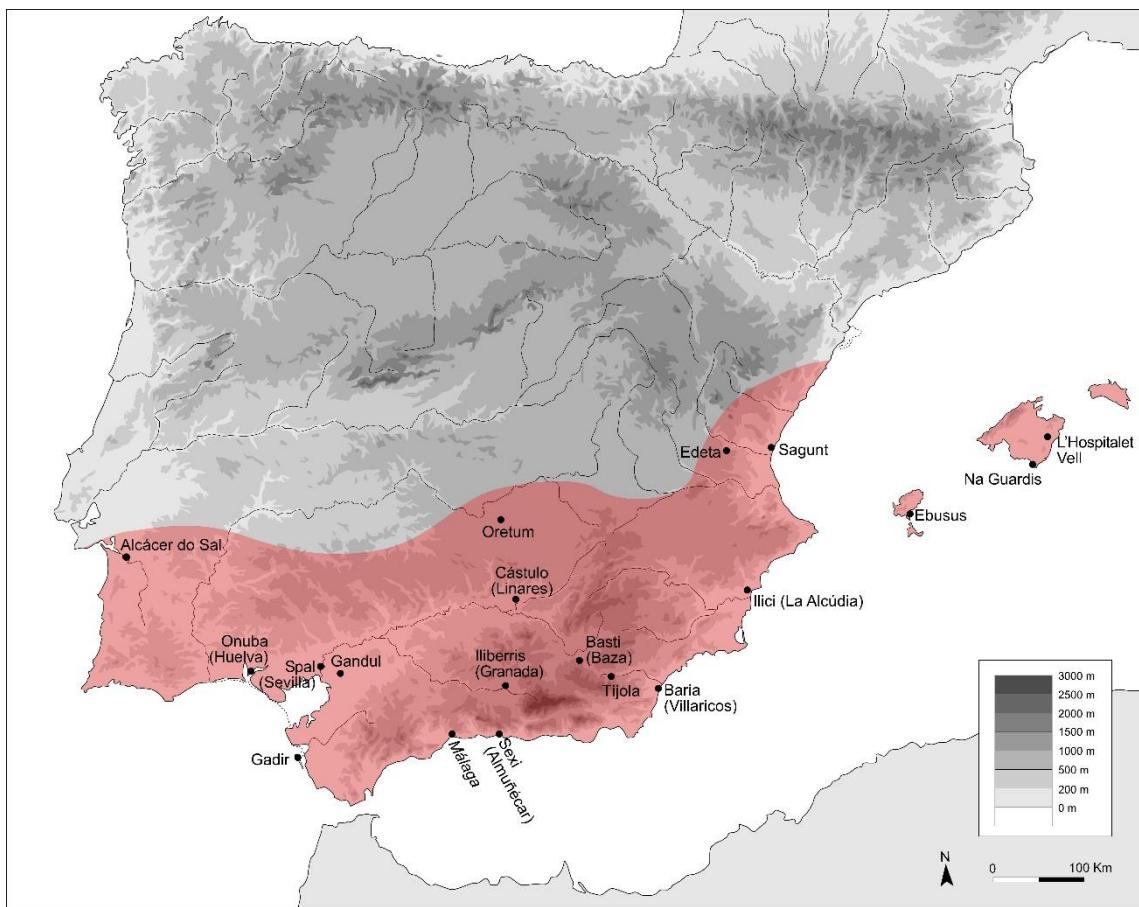


Figura 28. Mapa del área de reclutamiento potencial de mercenarios iberos en el periodo 396-339.

Después de la guerra contra Timoleón, Cartago vivió casi tres décadas de relativa paz si nos atenemos al testimonio de las fuentes literarias. Esta paz se vio interrumpida con la llegada de Agatocles al poder en Siracusa y la declaración de guerra del 311, que volvió a movilizar el aparato diplomático y militar cartaginés hasta las costas ibéricas. Los principales focos de contratación, se mantuvieron en el sur y levante de la península, dónde la influencia púnica se consolidó a tenor de la documentación arqueológica (arquitectura, comercio, numismática...). De hecho, esta área de reclutamiento no sólo se afianzó sino que también se expandió hacia al norte de los Pirineos, tal y como indican los datos numismáticos. Esta situación terminaría con la retirada de Sicilia de las tropas de Pirro, en 276, que podría coincidir con el cese de los tipos cartagineses en las monedas emporitanas.

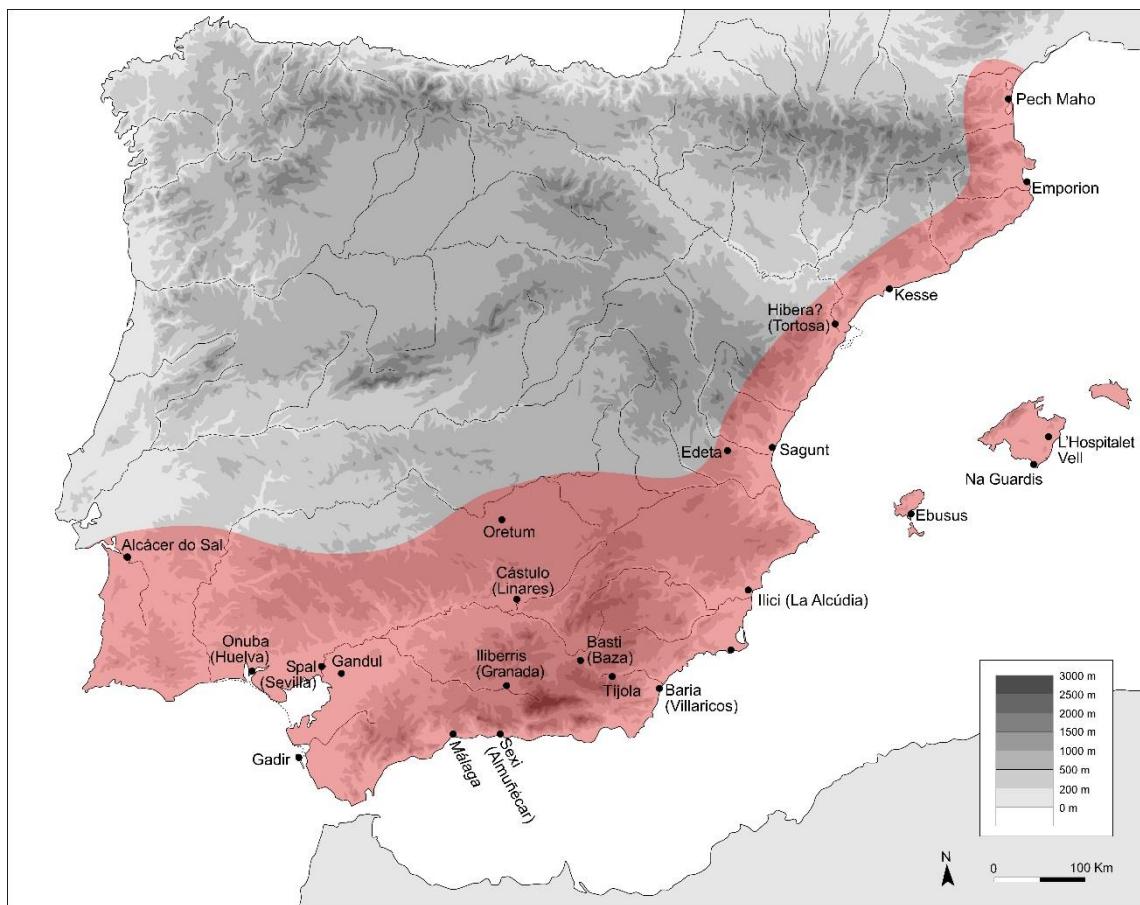


Figura 29. Mapa del área de reclutamiento potencial de mercenarios iberos en el periodo 311-276.

En el segundo tercio del siglo III, sin embargo, la situación se transformó. En un momento no determinado en este arco cronológico, Emporion dejó de acuñar el caballo en sus monedas y lo sustituyó por el pegaso, que acabó convirtiéndose en su emblema cívico-monetal. El número de monedas cartaginesas en todo Iberia descendió notablemente, encontrándose tan solo una decena de ejemplares al norte del Ebro. Todas ellas fueron halladas en la colonia foceo-masaliota, pero visto el giro tipológico-monetal de la colonia, que sin duda no estuvo desligado de la dinámica política de la época, creemos que su presencia no debe vincularse estrictamente a moneda mercenaria. Por otro lado, sabemos que hubo mercenarios ibéricos luchando junto a los cartagineses en Sicilia durante la Primera Guerra Púnica porque sigue apareciendo moneda cartaginesa en el sur de Iberia y porque las fuentes literarias los mencionan justo al inicio y al final de la contienda. Cabe entender, por tanto, que a lo largo de los 24 años que duró el conflicto hubo un tráfico habitual de tropas ibéricas hacia el frente de guerra.

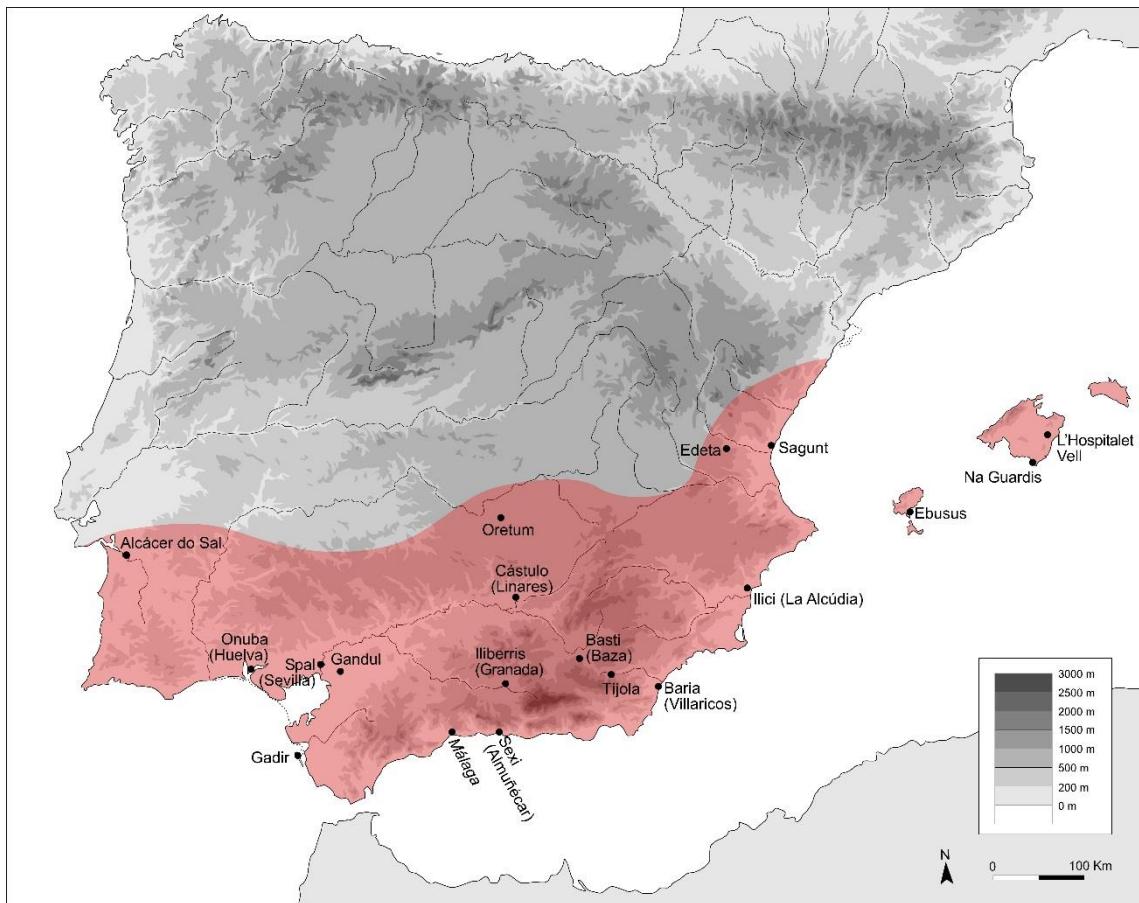


Figura 30.. Mapa del área de reclutamiento potencial de mercenarios iberos en el periodo 264-241.

En esos momentos el enemigo no era ya Siracusa sino Roma. Y este cambio de enemigo debió de afectar también al marco de las relaciones internacionales y tratados de alianza que habían imperado hasta entonces. Retomaremos el hilo de la cuestión en el capítulo siguiente. En este momento baste apuntar que la buena relación que había mantenido el mundo cartaginés -y especialmente el púnico-ebusitano- con Emporion se vio interrumpida en aquella época. Dados los pocos indicios arqueológicos que tenemos disponibles que puedan ser ubicados con precisión en este periodo es difícil discernir si este cambio de relaciones afectó al reclutamiento de tropas en el nordeste peninsular. Es posible que buena parte de este tráfico se interrumpiera por aquel entonces y no volviera a retomarse hasta época bárcida, dónde los contactos, a todos niveles, se retomaron con vigor.

El desembarco de Amílcar en 237 y su conquista, ahora sí, política y territorial, de la península Ibérica transformó el tipo de relación que hasta ese momento se habían mantenido respecto Cartago. ¿Pero debemos interpretar que tal sujeción sobre el territorio comportó nuevos reclutamientos mercenarios? Creemos que no. Amílcar inició una conquista netamente militar, y desde sus inicios tuvo que enfrentarse a distintas coaliciones de pueblos y ciudades, perdiendo la vida en uno de esos enfrentamientos. Se trataba de una invasión en toda regla y por tanto las reglas del mercenariado ibérico cambiaron por completo; no se trataba de ser contratado guerreando en un suelo extranjero a cambio de un sueldo, sino de saquear sus propias tierras, eliminar a sus vecinos y desvalijar sus instituciones políticas. Obviamente, estas condiciones no

eran proclives al enrolamiento de mercenarios indígenas. Por un lado porque la mayor parte de iberos no vería con buenos ojos el objetivo imperialista de Cartago; por el otro, el propio Amílcar, como general experimentado que era, desconfiaría de la lealtad de unos mercenarios obligados a luchar contra sus parientes o vecinos.

Esto no implica, necesariamente, que no hubiera tropas ibéricas en su ejército. Probablemente algunos veteranos iberos de la Primera Guerra Púnica, y supervivientes de la Guerra de los Mercenarios, habrían creado un vínculo fraternidad en el ejército púnico y una devoción a la figura de Amílcar. La Historia Antigua está plagada de ejemplos dónde la devoción a un líder capaz y veterano se impone entre sus tropas por encima de cualquier ley o comportamiento lógico; los casos de Alejandro, Aníbal o César, son tan solo tres de ellos. Por otra parte, también es probable que Amílcar utilizara posibles enemistadas y disputas entre pueblos iberos en su propio beneficio, apoyando a una de las facciones y engrosando sus filas con aquellos guerreros. Pero en este caso no cabría hablar de mercenarios sino de tropas aliadas o sujetas a tratados de sumisión.

Uno de los aspectos que precisamente nos informa de la pérdida de influencia en el nordeste ibérico durante el periodo anterior es que, hacia el 220-218 Aníbal tuvo que rehacer las relaciones con los pueblos de la zona mediante el envío de delegados y el establecimiento de pactos personales¹⁷⁸. Las conclusiones de un reciente estudio que hemos realizado en colaboración con J. Principal señalan, entre otras cuestiones, una división de apoyos a los cartagineses en el nordeste peninsular, ya no sólo entre unos pueblos y otros, sino dentro de cada uno de ellos. El artículo aborda concretamente el caso ilergete, pero esta división podría hacerse extensible a sus pueblos vecinos, evidenciando un lógico recelo y un distanciamiento hacia las nuevas políticas emprendidas, desde su punto de vista, por Cartago.

Llegados a este punto entendemos que el mercenariado ibérico entró en una nueva etapa. Ni la potencia reclutadora ni la zona de conflicto se hallaban más allá del mar sino que se luchaba en el propio territorio. El periodo bárcida resulta sumamente interesante en los estudios de la península Ibérica por cuanto los acontecimientos políticos y militares se sucedieron con mucho más dinamismo y están mejor documentados que ningún periodo precedente. Sus tres protagonistas indiscutibles, Amílcar, Asdrúbal y Aníbal, llevaron a cabo la expansión del dominio cartaginés por diferentes vías, pero todas ellas exitosas. El factor ibérico jugó un papel cada vez más activo en las filas cartaginesas hasta culminar, en el ejército anibálico, siendo una de sus partes fundamentales, pero ya no como guerreros ni mercenarios, sino como soldados.

¹⁷⁸ Riera y Principal (en prensa).

7. LA MULTIPOLAR PENÍNSULA ITÁLICA

7.1. Contexto histórico y geográfico

Atendiendo al objetivo de esta investigación y con tal de ceñirnos estrictamente a nuestra temática hemos dividido este capítulo en tres áreas geográficas distintas: Etruria, Roma y Magna Grecia. Además, en un breve capítulo inicial se introduce al conocimiento de los pueblos llamados prerromanos de la península Itálica: ecuos, volscos, samnitas, lucanos, etc. Este esquema tripartito responde, por un lado, a la voluntad de no otorgar a Roma la importancia que no tuvo hasta mediados del siglo IV, equiparándola a las ciudades etruscas y griegas. Por el otro, abordaremos el análisis político y militar tan sólo de aquellas ciudades y espacios políticos que mantuvieron cierta relación estable con Cartago, y es por ello que los pueblos prerromanos tienen un peso menor en este capítulo.

Posteriormente analizaremos qué tipo de relaciones mantuvo Cartago de forma específica con cada una de estas tres áreas políticas y culturales -Etruria, Roma y la Magna Grecia-, para finalizar con una interpretación de conjunto.

7.1.1. Los pueblos antiguos de la península itálica: breve contextualización en los siglos V-IV.

Al igual que el resto de macroáreas regionales que venimos analizando, a mediados del siglo V la península Itálica estaba formada por un mosaico de pueblos y ciudades con un notable grado de autonomía entre ellas. Discernir las categorías entre cada una de estas regiones culturales u étnicas resulta tan complejo como la definición del concepto “especie” en el mundo de la biología: ¿cuáles son los mecanismos que nos permiten distinguir entre varios pueblos o entre distintas culturas? Las razones y argumentos que sirven en algunos casos son inútiles o

injustificables en otros. Además, todas estas comunidades no eran impermeables ni inmutables, sino muy al contrario, dinámicas y abiertas a los contactos con otras comunidades. Incluso se ha planteado la posibilidad que un gran número de habitantes del sur de la península no se identificaran con una sola comunidad o cultura, sino con varias a la vez¹, hecho que sin duda pone en serios aprietos el estudio etnográfico en la antigüedad y plantea la cuestión acerca de la idoneidad de aplicar este tipo de distinciones étnicas en determinados contextos con un alto grado de heterogeneidad cultural. Este tema no es nuevo, y es una característica bastante propia de la protohistoria europea: conocemos muchos nombres de pueblos, pero pocas veces podemos establecer una clara jerarquía étnica y política entre ellos.

Pero al contrario que la mayor parte de las áreas tratadas anteriormente, la cantidad de nombres de pueblos mencionados por los textos clásicos es especialmente elevada en la península Itálica. Quizá uno de los mejores indicadores para establecer cierto orden esquemático entre todos ellos es el lingüístico², una herramienta muy útil que nos permite agrupar ciertas zonas geográficas bajo un mismo parámetro inequívocamente étnico-cultural. Aunque el campo de la lingüística prerromana de Italia es un tema controvertido y de abierto debate, han podido ser identificados varios grupos claramente diferenciados. Entre estos podemos destacar el ligur, el celta y el véneto -ubicados al norte de la península-, y el etrusco, el único testimonio de lengua no indoeuropea que pervivió hasta época clásica en la región. Más al sur, dentro de la familia de lenguas itálicas sabélicas destacan el osco, el umbro (a menudo agrupados en un mismo taxón) y el latín, subdividido en un amplio grupo dialectal: sabino, marsio, peligno, marrucino, vestino, ferentano, ecuo, volscio y samnita.

Según se desprende de los textos clásicos, estas ciudades se agrupaban, por norma general, bajo confederaciones políticas³ sobre las que pronto desarrollaron cierto sentido de pertenencia e identidad, frente a sus vecinos. Esto no significa que no pudieran estallar conflictos internos entre ciudades de una misma confederación, ya que la falta de un aparato estatal y de un poder centralizado suponía la existencia de competencia económica entre ellas. Estas luchas, sin embargo, cesaban de inmediato cuando el peligro procedía del exterior de la confederación, como se puede observar repetidamente en las numerosas guerras que muchos de estos pueblos tuvieron que sostener contra un enemigo común, generalmente, galos, griegos o romanos.

La situación socio-política a finales del siglo V en la península Itálica puede resumirse en una palabra: dinámica. Este dinamismo vino propiciado tanto por migraciones irregulares de amplia cronología, como fueron algunas de las penetraciones de pueblos celtas procedentes del otro lado de los Alpes, como por operaciones de conquista militar, como en el caso de Roma en el centro de Italia. Entre la migración pacífica, de poco calado y extensa en el tiempo, y la conquista inmediata de un territorio mediante las armas, se produjeron otras muchas dinámicas étnico-territoriales que alteraron el orden geopolítico en esos momentos, aunque ciertamente ninguno de estos casos comportó un cambio verdaderamente radical.

¹ Ynterna, 2009: 145-147. En este artículo, la autora pone como ejemplo paradigmático una tumba del siglo II localizada cerca de Bríndisi con una tipología claramente de tradición mesapia pero vinculada a una inscripción donde el personaje se identifica a la vez tanto con el mundo romano como con el griego.

² Forsythe, 2009: 10.

³ Así se ha propuesto para el caso, por ejemplo, de los samnitas (Salmon, 1967: 187).

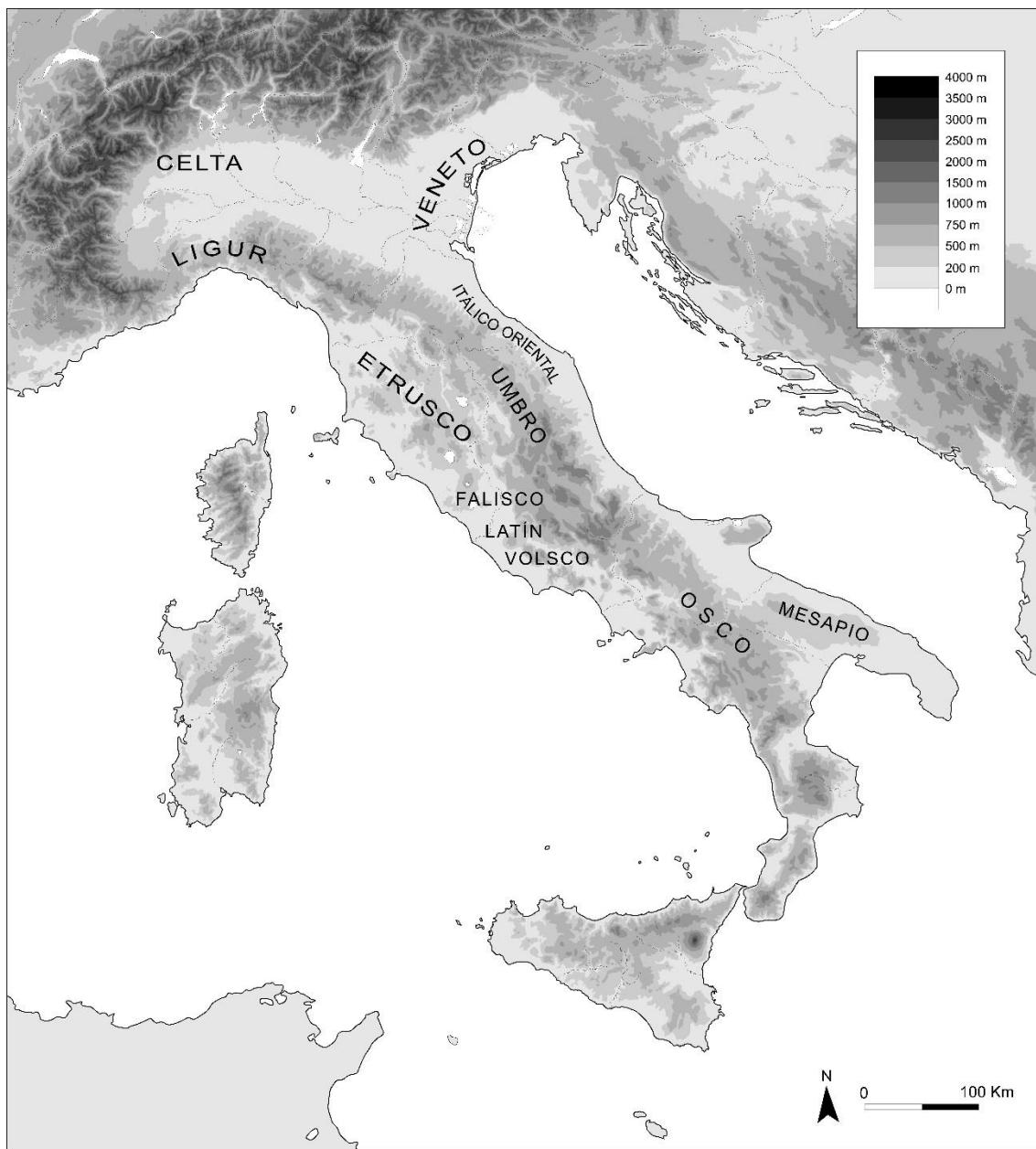


Figura 31. Mapa de las distintas lenguas prerromanas de la península Itálica. Elaborado a partir de Cornell (1999) y Forsythe (2005).

Fue en aquella época cuando muchas de las comunidades y pueblos itálicos empezaron a madurar políticamente y a consolidarse territorialmente, lo que debió conducir a no pocos conflictos fronterizos entre ellos. De forma paralela, las diferencias de potencial económico y militar entre la población autóctona y las colonias griegas del sur de la península dejaron de ser insalvables, lo que desembocó en una lucha por la recuperación de las llanuras fértiles del sur. No parece casualidad que se produzca un fenómeno muy similar durante la misma época en la isla de Sicilia, capitaneado por Ducecio, del cual ya hemos hablado con anterioridad.

También en el centro de Italia, se produjeron numerosos enfrentamientos a lo largo del siglo V por la misma razón: el control de las tierras más productivas. Obviamente esto no debe sorprendernos en absoluto en el sino de unas comunidades cuya economía se basaba, fundamentalmente, en la agricultura y la ganadería, tal y como se deduce de las constantes referencias en las fuentes literarias a saqueos y destrucciones de campos de cultivo. Parte de estos conflictos son relatados por Dionisio de Halicarnaso y Tito Livio en tanto que la República Romana fue partícipe de ellos; como cabría esperar, el relato de estos conflictos que ha llegado hasta nosotros está escrito desde un punto de vista totalmente romano, por unos autores filorromanos, y en un momento histórico -los últimos años de la República- en el que Roma gobernaba ya la mayor parte del Mediterráneo. Por tanto, habría que entender que las dinámicas del siglo V dentro de su propio contexto histórico, esto es, aquél en dónde un número considerable de pueblos y comunidades luchaba por establecer su hegemonía en el centro de la península Itálica. Estas guerras, muy alejadas a nivel material y humano de aquellas que se producían en el Mediterráneo Oriental por la misma época, eran de carácter estacional y de ámbito regional o incluso local. Y ello pese al componente épico con que los autores antiguos embellecen la narración. Conocemos los nombres de algunos de estos pueblos debido a sus alianzas o conflictos respecto a Roma: los ecuos, los volscos (no confundir con el pueblo celta de los volcos), los hérnicos, los marsios... así como también el de algunas ciudades importantes, como Veyes, Fidenas o Faleros. A estas luchas cabe añadir las periódicas migraciones de carácter violento protagonizadas por los galos procedentes del norte, a las cuales Polibio (II, 17-22) dedica un *excursus* propio. Lentamente, la mayor parte de estos territorios fueron fagocitados por la República Romana. Pero esta no era la única potencia que iba consolidándose en esa época.

Un poco más al sur, los samnitas⁴ empezaron a descender de los Apeninos y a ocupar las tierras bajas. No debió ser un fenómeno puntual ni de poco calado teniendo en cuenta que hacia el año 423 capturaron la ciudad etrusca de Volturno, a la que rebautizaron como Capua (Liv. IV, 36, 1). Tres años más tarde caía también la vecina ciudad de Cumas, la más antigua colonia griega de la Italia continental, a manos de los campanos (Liv. IV, 44, 12; Diod. XII, 76, 4). Estos campanos parecen ser los habitantes oriundos de la región, Campania, aunque algunos creen que en realidad se trataba de los samnitas que se establecieron en el lugar⁵; quizás cabría plantear una solución intermedia y entender a los campanos como el resultado de la suma de ambas poblaciones. Como veremos, samnitas y romanos protagonizaron tres guerras, ya de mayor envergadura, entre la segunda mitad del siglo IV e inicios del III por la hegemonía del centro de Italia, pero en el siglo V sus intereses todavía no se habían cruzado. Es más, entre finales del siglo V y las primeras décadas del siglo IV compartieron un mismo enemigo aunque en distintos escenarios: las ciudades etruscas.

7.1.2. Etruria

La civilización etrusca se desarrolló alrededor de la actual Toscana, entre los ríos Arno y Tíber, aunque en algunos momentos llegó a abarcar una zona mucho más amplia. Los testimonios

⁴ Scopacasa, 2014; 2015: 183-187.

⁵ Cornell, 1999: 354.

escritos que nos han legado los etruscos -los cuales se llamaban a sí mismos *rasenna* según Dionisio de Halicarnaso (I, 30, 3)- demuestran que la suya era una lengua pre-indoeuropea, la única que perduró en la península Itálica en época histórica. Este hecho, sumado al nivel de desarrollo político, económico, social y arquitectónico que alcanzaron hicieron verter ríos de tinta acerca de su posible origen extraitálico. Probablemente el debate historiográfico acerca de sus orígenes no hubiera sido tal si no fuera por un pasaje de Heródoto, quién, ya en el siglo V, aseguraba que los tirrenos (etruscos) eran los descendientes de antiguos inmigrantes procedentes de Lidia (Hdt. I, 94, 2). Aunque a mediados del siglo XX aún se debatía acerca de sus orígenes, actualmente, la discusión se ha decantado definitivamente en favor de una explicación menos complicada basada en la pervivencia de comunidades preindoeuropeas que supieron mantener cierta cohesión cultural ante la llegada de los futuros pueblos itálicos. En palabras de T.J. Cornell, “*no hay indicios que se produjera ninguna interrupción decisiva en la continuidad de los asentamientos ni en la composición de la población, respecto de la fase anterior, correspondiente a la cultura villanoviana*⁶”. A esta resistencia debieron también contribuir aspectos económicos fruto de la buena ubicación geográfica del área etrusca. En efecto, la calidad de las tierras bajo su dominio era -y es, aún hoy- muy destacable, tanto por lo que respecta a la agricultura como a los yacimientos metalíferos, especialmente de cobre, de hierro y, en menor cantidad, de plata⁷.

Si tal era la calidad de sus tierras parece adecuado preguntarse por qué griegos o fenicios no establecieron ninguna colonia en sus costas. La respuesta podría ser que, a diferencia del sur de la península o de la región del Midi francés, en Etruria ya se estaba consolidando una civilización potente cuando el principal empuje colonizador -que no el comercial- llegó a sus costas, de modo que sus habitantes no permitieron la explotación de sus recursos naturales en manos extranjeras. Aún así, algunos asentamientos extranjeros sí lograron introducirse en el territorio periférico entre finales del siglo IX e inicios del siguiente, los griegos en Cumas, en la zona de la denominada “Gran Etruria” e incluso remontando el río Tíber⁸, donde también los fenicios habían logrado establecer un punto comercial⁹. El comercio con ambas culturas, griega y fenicia, existió desde luego, pero la relación entre ellas no fue la de un colonizador fuerte frente a un indígena débil sino algo más equitativa que en otras áreas. Así lo demuestran inscripciones votivas en los puertos de algunas ciudades etruscas, como Gravisca¹⁰, Pyrgi o Punicum¹¹, con muchas dedicatorias a dioses del panteón griego y fenicio. Precisamente en Pyrgi se produjo uno

⁶ Cornell, 1999: 67. En la misma línea se pronuncia Torelli, 1986: 50-51; 1996: 28. Para un resumen de la cuestión, ver Torelli, 1996: 27-47.

⁷ Torelli, 1986: 47; Fortsythe, 2005: 39-41.

⁸ Torelli, 1996: 64-65.

⁹ Rebuffat, 1966; Remedios, 2010.

¹⁰ El yacimiento de Gravisca, el antiguo puerto de la ciudad etrusca de Tarquinia contiene ciertos elementos que podrían inducirnos a pensar en un establecimiento griego, pero es muy probable que, en realidad, se tratara de un centro cosmopolita cuya cronología coincide con la expansión de la ciudad de Tarquinia (MacIntosh Turfa, 1986: 71). Ciertamente, la presencia de un elemento cultural tan importante como es un templo de tradición griega puede inducirnos a pensar en una fundación griega, dada la estrecha relación entre los templos y el contacto comercial griego, pero en cualquier caso, este hipotético emporio no floreció sino bajo la supervisión y administración de Tarquinia.

¹¹ Pyrgi y Punicum eran los puertos de la ciudad etrusca de Caere, ubicada en el interior. La etimología de ambos nombres, Pyrgi, que en griego significa “fuerte” o “torre”, y Punicum, la palabra latina para designar a fenicios o cartagineses, dan fe de la fuerte relación de estos asentamientos con el comercio mediterráneo (Forsythe, 2005: 44).

de los hallazgos arqueológicos más importantes en relación al mundo etrusco y fenicio del cual hablaremos más adelante.

En ocasiones se olvida que, aunque en menor medida que algunos de sus vecinos mediterráneos, los etruscos también tuvieron un periodo de comercio marítimo a media distancia, alcanzando el Golfo de León y el sur de Italia. Un comercio que, sin embargo, sufrió una importante regresión con la llegada de las colonias fóceas en el Mediterráneo noroccidental. Como ya vimos en el capítulo dedicado a la Galia, el establecimiento de Masalia y su rápido crecimiento condujeron a la pérdida del comercio marítimo en la región por parte de las ciudades etruscas. Muy poco tiempo después estallaría una importante batalla naval, cerca de la colonia griega de Alalia (Córcega), con importantes implicaciones políticas y económicas en toda la región.

De todas formas, las relaciones con el mundo griego no siempre fueron negativas, ni mucho menos. Durante décadas, el influjo heleno se dejó sentir en la cultura etrusca en varios sentidos a partir de mediados del siglo VIII: en el urbanismo, en las costumbres, pero especialmente en el ámbito artístico¹². Buena muestra de ello lo constituyen los objetos recuperados en sus necrópolis, que dan testimonio de un carácter marcadamente orientalizante. Estas necrópolis, por cierto, de un nivel artístico y arquitectónico destacadísimo, conforman uno de los pilares principales del conocimiento que tenemos acerca de esta cultura. Y todo ello no solo a través de los objetos depositados en sus ajuares sino también gracias a los murales pintados en fresco sobre sus paredes y techos representando escenas propias de todo tipo. Igualmente destacables en cuanto a su factura son los dos palacios excavados a finales del siglo XX en Murlo, cerca de Siena, y en Acquarossa (Viterbo). Ambas residencias, aunque con diferencias estructurales notables, comparten una organización alrededor de un patio central con columnata de madera, habitaciones adosadas al muro exterior y profusa decoración en las paredes¹³.

La civilización etrusca experimentó su clímax entre los siglos VII y V, pero nunca bajo un poder único y centralizado. En su lugar, cada ciudad mantenía una fuerte autonomía, de base aristocrática, aunque existieran lazos culturales y sociales muy fuertes entre ellas. Podría no ser muy diferente de la situación política en la Hélade en la misma época, hecho que, según M. Torelli, explicaría esa búsqueda de un origen homérico en la civilización etrusca por parte de algunos autores antiguos¹⁴. Algunas de estas ciudades sobresalían entre las demás debido a su potencial económico, demográfico y, por tanto, también político: Veys, Ceres, Tarquinia, Vulci, Volterra, Populonia, Vetulonia, Clusio y Volsinii eran algunas de ellas. En la zona de la Campania también hubo algunos centros altamente etrusquizados desde al menos el siglo VIII, especialmente Capua y Montecagnano¹⁵.

Dentro del organigrama político-social etrusco se ha planteado la existencia de un sistema emparentado con el de la *fides* romana, basado en la lealtad personal de la población rural hacia un aristócrata, con todas las implicaciones militares que aquello conlleva. El auge económico de las ciudades etruscas a partir del siglo VII comportó también un mayor distanciamiento entre

¹² Torelli, 1996: 71; 130-136; 146-155.

¹³ Torelli, 1996: 83-88.

¹⁴ Torelli, 1986: 48.

¹⁵ Torelli, 1986: 51.

estas clases sociales así como una concentración cada vez mayor del poder en unas pocas familias aristocráticas, lo que en algunos momentos evolucionó en intentos de usurpación tiránica sobre las ciudades¹⁶. Varias de estas dinastías terminaron finalmente por conseguir asentarse en el poder de sus ciudades inaugurando monarquías, que probablemente fue el sistema político más común en el siglo VI, pero los indicios epigráficos nos indican que la mayor parte de principales ciudades continuaron siendo autónomas y compitiendo entre ellas por una hegemonía económica, aunque no política¹⁷.



Figura 32. Mapa de las principales potencias y ciudades de la península Itálica entre el siglo V y el III.

¹⁶ Torelli, 1986: 51.

¹⁷ Torelli, 1986: 55.

A mediados del siglo VII la expansión etrusca había llegado a dominar la zona entre la Etruria del norte y la Campania, incluyendo Falierios, Praeneste, y a finales de esa centuria, la misma Roma a través de la dinastía de los Tarquinios. En la centuria siguiente se consolidó el control sobre la zona campaniense e incluso se fundaron colonias *ex novo* en el Valle del Po¹⁸. El siglo VI marca pues el clímax territorial del dominio etrusco, ya que durante la primera mitad del siglo V se produjeron una serie de fenómenos migratorios y de conflictos armados que debilitaron su liderazgo en Italia. Así, hacia el 500 los etruscos perdieron el control sobre el Lacio (según la tradición clásica, en el año 509 la dinastía tarquinia fue expulsada de Roma), mientras que, al mismo tiempo, el poderío de las colonias griegas occidentales ahogaba cada vez más la economía etrusca. Este conflicto de intereses terminó en la batalla naval de Cumas (C474), dónde los etruscos sufrieron un importante revés militar a manos de una coalición cumano-siracusana. Más al sur, los territorios de la Campania se perdieron definitivamente en el último cuarto de siglo de la mano de las ya mencionadas migraciones de poblaciones osco-umbres procedentes de los Apeninos hacia las tierras bajas en busca de buenas tierras cultivables, con la caída de Volturno (Capua).

Sin embargo, contra todo pronóstico, las ciudades etruscas al norte del Tíber se recuperaron a lo largo del siglo IV. Se trata de un “renacimiento” para el cual los especialistas no han encontrado una explicación convincente, pero que tiene un claro reflejo en la arqueología. A las nuevas importaciones de vajilla de lujo griegas se añade el trabajo autóctono en bronce de pequeña escultura, pero lo que más destaca entre estos testimonios son, sin duda, los edificios públicos que las aristocracias locales empezaron a sufragar con el objetivo de ganar prestigio y apoyo popular. Precisamente de esta época tenemos el nombre de uno de los magistrados encargados del funcionamiento de la ciudad etrusca, el *zilath*, cuyas atribuciones parecen haber sido judiciales y se han comparado en algunas ocasiones a las del pretor romano¹⁹.

7.1.3. Roma

De forma paralela, a mediados del siglo V, la ciudad de Roma empezaba a ser reconocida en el centro de la península Itálica como una potencia regional a tener en cuenta. Situada a orillas del río Tíber, Roma era, en buena medida, un cruce de caminos, hecho que explica su inicial crecimiento y expansión urbana y económica. Su acceso al mar por vía fluvial le permitió recibir los influjos culturales y materiales del tráfico comercial mediterráneo y, a la vez, mantenerse a salvo de los ataques de los piratas que asaltaban frecuentemente algunos asentamientos costeros. El mismo Tíber, de notable caudal, actuaba de frontera en muchos sentidos y no tenía muchos puntos vadeables, pero Roma controlaba uno de ellos. Por tanto, la ciudad dominaba también el paso de una importante vía terrestre que recorría la península de noroeste a sudeste.

La ingente cantidad de trabajos y estudios dedicados a la historia de la Roma arcaica y clásica, escritos desde cualquier punto de vista imaginable, podrían inundar cualquier biblioteca, pero no entraremos aquí a dilucidar todas las teorías y evidencias al respecto, ni nos adentraremos en debates historiográficos actuales, que no son pocos. Llegados a este punto, vamos a

¹⁸ Forsythe, 2005: 49.

¹⁹ Torelli, 1986: 57; Forsythe, 2005: 46.

centrarnos en los momentos anteriores al inicio de nuestro periodo de investigación, al siglo V. O mejor, una década antes.

Tradicionalmente se ha establecido el año 509 como un punto de inflexión en la historia romana; en esa fecha se habría producido la expulsión de Tarquino el Soberbio, el último rey de la dinastía etrusca, inaugurando así una nueva fase política de la ciudad: la Republica. A este cambio político, que como puede imaginarse implicó profundas transformaciones en el organigrama cívico y público de la ciudad, hay que añadir otros dos acontecimientos de notable importancia: la consagración del templo de Júpiter capitolino y la firma del primer tratado con Cartago. Esta contemporaneidad de hechos en un solo año ha hecho sospechar a no pocos investigadores acerca de su verosimilitud histórica, y ha conducido a plantear los mecanismos de transmisión de la memoria de la ciudad.

Las referencias más antiguas acerca de los orígenes de la ciudad nos han llegado a través de autores del siglo II o de época augustea como Polibio, Cicerón, Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso, o Diodoro Sículo, a los que hay que sumar otros más tardíos como Plinio el Viejo, Aurelio Víctor o Aulio Gelio, entre otros. Todos ellos utilizaron las informaciones aportadas por autores más antiguos cuyas obras, por desgracia, no han podido ser conservadas más que en pequeños fragmentos o a través de citaciones. En este sentido cabe mencionar a Varrón (de cuya extensísima obra tan sólo nos ha llegado una de forma completa, *De re rustica*) o Pompeyo Trogo (cuya obra ha pervivido en parte gracias a su compilador, Justino), pero sobre todo a Fabio Píctor, Quinto Ennio y Catón el Viejo. Estos tres autores, cuyas obras fueron elaboradas entre finales del siglo III y comienzos del siglo II recogen por primera vez en forma literaria la historia de los orígenes de la ciudad y de la República Romana. Hasta ese momento el único dato que conocemos acerca de los testimonios escritos propios de la ciudad son los llamados *Anales Máximos*. Se trataba de una especie de breviario anual recogido por los pontífices máximos de los que Cicerón (*de Orat.* 2, 52) da testimonio de su existencia y cuyos inicios se remontaban hasta el siglo V²⁰. En estos Anales, los pontífices escribieron de forma escueta, los principales sucesos que habían ocurrido en la ciudad durante el año anterior. No se trata, pues, de una composición literaria sino de notas informativas, de modo que, al menos en teoría, pese a su sobriedad, sus noticias tendrían un notable rigor histórico.

Pero los *Anales Máximos* no fueron los únicos testimonios escritos a los que tuvieron acceso los primeros literatos romanos. Contaban también con obras de autores helenos que se empezaron a interesar por la historia de la ciudad a mediados del siglo IV y, muy especialmente, después de la derrota de Pirro de Epiro, a comienzos de la centuria siguiente. Este dato es importante en relación a la tradición historiográfica romana y a los métodos de transmisión de la memoria acerca de las etapas más antiguas de la ciudad. Pero no es este el aspecto que queremos destacar aquí, sino el hecho que autores del Mediterráneo oriental se interesaran por acontecimientos de una ciudad tan alejada. Sabemos, a través de Plutarco (*Cam. XXII*, 2-3) y Plinio (*NH.* III, 9, 57), que Teopompo, Aristóteles y Heráclides Póntico recogieron en sus obras el saqueo de la ciudad por parte de los galos del año 390. Pero su mención tampoco es totalmente sorprendente. En la época en que escribieron todos ellos, hacia finales del siglo IV²¹, Roma

²⁰ Cornell, 1999: 31-36.

²¹ Otros historiadores griegos, aunque un poco posteriores, fueron de vital importancia en la historiografía romana y merecen ser destacados, especialmente Jerónimo y Timeo, cuyas obras escribieron a principios

estaba librando una larga guerra (la segunda) contra los samnitas, los cuales dominaban buena parte del sur peninsular. Por tanto, teniendo en cuenta las numerosas colonias griegas que había en la región y la magnitud del conflicto, parece coherente considerar que los griegos se interesaran por él.

De esta manera, los conocimientos y recuerdos de acontecimientos muy antiguos fueron siendo recopilados y transmitidos hasta los autores clásicos cuyas obras sí han podido perdurar hasta la actualidad²². Como puede imaginarse, la información de que disponemos está complementada con elementos míticos y legendarios cuanto más antiguos son los hechos que relatan, un paradigma que se observa claramente en época monárquica. Entre los hechos y acontecimientos relativos a los cuatro primeros reyes de Roma (Rómulo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio y Anco Marcio) y los tres de la dinastía etrusca (Tarquino el Joven, Servio Tulio y Tarquino el Soberbio) se observa una diferencia de historicidad bastante palpable. Pero volvamos al año 509.

Vamos a centrarnos brevemente en los tres aspectos que nos parecen más interesantes a partir de la caída de la monarquía: la ciudad y su territorio, el sistema y las instituciones políticas y la relación de la ciudad con sus vecinos inmediatos.

Después de convertirse en una ciudad-estado mediante un proceso de sinecismo que culminó en el siglo VI, en apenas un siglo, Roma creció con bastante rapidez a partir de entonces, con la construcción de grandes edificios públicos, especialmente de culto. El mayor ejemplo de este tipo lo constituyó el gran templo de Júpiter, Juno y Minerva, construido en época monárquica pero finalizado, curiosamente, el mismo año 509. La importancia de este templo y del foro, a sus pies, fue totalmente vital en el desarrollo y expansión romanas ulteriores; no solo constituyeron un importante núcleo de mercado e intercambio sino también político y religioso²³.

Más allá del relato dramático y épico que la tradición clásica transmite en relación al golpe de estado contra Tarquino, lo que está fuera de toda duda es que se produjo un cambio de régimen²⁴. Debemos preguntarnos qué cambios a nivel político podemos extraer realmente de este episodio más allá de los episodios de la venganza del esposo de Lucrecia, los intentos del rey Tarquino de recuperar el poder, así como el comportamiento de Lars Porsena respecto a Roma, cuya veracidad histórica es bastante discutible. El poder sobre la ciudad pasó de ser unipersonal a colegiado y aristocrático, con dos altas magistraturas con una duración anual, con atribuciones tanto políticas como militares, los cónsules²⁵. La tradición clásica recoge los nombres de estos primeros cónsules: L. Junio Bruto y M. Horacio (Pol. III, 22, 1).

del siglo III y fueron utilizados en abundancia durante los siglos posteriores. Diodoro Sículo, por ejemplo, reconoce beber de la obra de Timeo en varios pasajes.

²² T.J.Cornell (ed.), 2013.

²³ Cornell, 1999: 124-5; 138-143.

²⁴ Se han encontrado indicios de un incendio en el santuario de Sant’Omobono fechados alrededor del año 500 (Coarelli, 1983: 137-138).

²⁵ Llamados inicialmente pretores (Cornell, 1999: 267, a partir de la cita de Livio III, 55, 12). Acerca de las teorías al respecto de los orígenes de esta magistratura así como de su cronología, ver Cornell, 1999: 267-271.

Ahora bien, que todos estos acontecimientos tuvieran lugar exactamente en el 509 parece algo poco probable. Dadas las dificultades para fechar acontecimientos tan antiguos es posible que ni siquiera sucedieran en ese año concreto; creemos, por el contrario, que es mucho más adecuado acertado considerar que el cambio político en Roma se produjo a finales del siglo VI, sin buscar una fecha específica para ello. J. Espada ha realizado recientemente un pormenorizado estudio al respecto, en cuyas conclusiones establece un orden cronológico para estos episodios. Así, en el año 509 se habría producido la expulsión o derrota de Tarquinio en Roma, seguida de una breve etapa de sujeción romana a Lars Porsenna (509-503) durante el cual se consagró el templo de Júpiter (entre 509 y 507); finalmente, en un proceso más gradual que espontáneo, se habría iniciado el periodo republicano hacia 504/503²⁶. Estas consideraciones permiten en todo caso mejorar la comprensión del primer tratado entre Roma y Cartago.

Conocemos de forma bastante escasa las instituciones políticas itálicas de esa misma época. En la mayor parte de inscripciones acerca de magistraturas supremas aparece un solo cargo, caso del *zilath* etrusco o del *meddix tuticus* en las comunidades samnitas²⁷, pero tampoco es infrecuente encontrar inscripciones con cargos colegiales en el mundo osco-umbro²⁸. En el mismo Lacio, la ciudad de Praeneste también estaba gobernada por dos pretores²⁹. Dado que en la misma época este sistema dual o múltiple de base aristocrática ya era muy conocido en el Mediterráneo a través de las ciudades helenas y sus colonias, podemos afirmar que el proceso romano no fue ningún caso aislado sino más bien fruto de su propio tiempo. En Etruria, en cambio, la institución monárquica pudo haberse mantenido en algunas ciudades hasta el siglo V, algo que en el caso concreto de Veyes se extendió hasta su conquista por parte romana en el año 396³⁰.

Buena prueba de la complejidad del orden político romano es la organización de la *plebe* – termino laxo que se refería fundamentalmente a aquellos ciudadanos que no pertenecían a la nobleza- a lo largo del siglo V. Poco después de la institución del estado en una república, la mayor parte de la ciudadanía romana debió de ver con recelo que el cambio de régimen tan sólo había beneficiado a unos pocos, todos ellos oligarcas, que se distribuían entre sí cargos y competencias políticas, de modo que se produjeron algunos levantamientos y disturbios cuyas especificidades desconocemos pero que terminaron por crear su propio orden cívico al margen de las estructuras del estado³¹. Los representantes de esta organización eran los llamados tribunos de la *plebe*, que inicialmente eran dos (probablemente como contrapoder de los cónsules) pero que fueron aumentando a lo largo de la centuria hasta alcanzar la decena en 457 (Liv. III, 30, 7). Una de las funciones importantes de los tribunos era la de presidir el *concilium plebis*, es decir, la asamblea de ciudadanos. Las tensiones entre los dos polos del poder político en Roma fueron en aumento durante la primera mitad de siglo, hasta que la *plebe* exigió la elaboración escrita de una constitución. Se designó una comisión de diez magistrados -todos

²⁶ Espada, 2013: 266-267.

²⁷ Cornell, 1999: 271-272.

²⁸ Salmon, 1967: 86; Scopacasa, 2015: 214-222.

²⁹ Cornell, 1999: 272.

³⁰ Aunque bien es cierto que, en el caso de Veyes, Livio nos advierte que se trataba de un algo singular para la época (Liv. V, 1, 3).

³¹ Cornell, 1999: 303-305.

ellos patricios - a tal efecto. Hacia el 450 esta constitución fue finalmente terminada y expuesta en el foro en forma de doce tablas de bronce (Liv. III, 34, 6; Diod. XII, 26,1; Dion. Hal. X, 57,7), que le dieron nombre: la Ley de las Doce Tablas. Aunque el viaje de los decenviros a Atenas con el objetivo de estudiar las leyes de Solón y aplicarlas a Roma puede ser una invención, lo cierto es que el resultado final desprendía una gran influencia helenística³².

A nivel político-militar, una vez derrotado el ejército de Lars Porsena en la batalla de Aricia unos años antes del cambio de siglo, Roma entró en guerra contra varias ciudades latinas reunidas bajo la denominada Liga Latina³³. La victoria final cayó del bando romano hacia el año 493, con la firma del tratado de Espurio Casio, más conocido como *foedus Cassianum*, (Dion. Hal. VI, 95) y ponía fin a una confederación de ciudades aliadas militarmente para hacer frente a Roma (Dion. Hal. III, 34, 3). Afortunadamente, uno de los fragmentos que se ha conservado de la obra de Catón transcribe probablemente una inscripción votiva original que constituye un testimonio fiel de esta coalición:

“El dictador latino Egerio Bebio de Túsculo consagró el bosque sagrado de Diana en el bosque de Aricia. Los pueblos siguientes en común: el de Túsculo, el de Aricia, el de Lanuvio, el de Laurento, el de Cora, el de Tibur, el de Pomecia, y el rútulo de Árdea³⁴”

Catón, *Orig.*, II, 28a

Hay que tener presente que Roma no era la única amenaza de la Liga Latina, como demuestran los hechos que se produjeron a lo largo del siglo V. Sabinos, volscos y ecuos realizaron incursiones (más que guerras propiamente dichas) durante toda la centuria hacia las tierras bajas, más fértiles y ricas. Se trataría más bien, de expediciones puntuales de saqueo, las cuales, quizás, se volvieran más comunes e intensas con el paso del tiempo. Este hecho empujó a los hérnicos a unirse a la alianza con Roma y la Liga en el año 486 y explica también la creación de colonias por la confederación en este siglo (Vélitras en el año 494, Norba en el 492, Ancio en el 467, Árdea en el 442, Labicos en el 418)³⁵. El conflicto contra los ecuos no terminaría hasta el siglo siguiente, hacia el año 388 y contra los volscos en el 377.

Justino (XLIII, 5, 8) menciona que los masaliotas, al enterarse del saqueo de Roma por los galos, les enviaron ayuda. Hay quién ha interpretado este pasaje como el establecimiento de un tratado entre ambas potencias³⁶. ¿Podría estar relacionado este tratado con la sorprendente noticia de Diodoro (Diod. XV, 27, 4) acerca del envío de 500 colonos romanos a la isla de Cerdeña en la misma época? Dada la importancia y la singularidad de ambos acontecimientos podrían explicarse mutuamente. Pero desde nuestro punto de vista nos cuesta creer en esta noticia señalada por Justino. Parece extraño que ningún otro autor aluda a este pacto. Además, la

³² Cornell, 1999: 321.

³³ Cornell, 1999: 342.

³⁴ *Lucum Dianum in nemore Aricino Egerius Laeuius Tusculanus dedicauit dictator Latinus. hi populi communiter: Tusculanus, Aricinus, Lanuinus, Laurens, Coranus, Tiburtis, Pometinus, Ardeatis Rutulus.* Catón, *Orig.*, II, 28^a. Traducción de Alfonso García-Toraño Martínez para la editorial Gredos (2012).

³⁵ Cornell, 1999: 347-355.

³⁶ Espada, 2013: 53.

narración de Justino en aquel pasaje resulta demasiado novelesca, enmarcada en la historia de Masalia como una continua lucha contra enemigos externos; en suma, nos parece una licencia literaria con pocos indicios de historicidad.

Respecto a la expansión romana a partir del último tercio del siglo IV, la historiografía nos brinda una de esas dicotomías entre posturas totalmente opuestas. Por una parte, se hallan aquellos seguidores de la teoría de la guerra preventiva pregonada por Polibio y la mayor parte de fuentes clásicas cuyo primer gran defensor moderno fue T. Mommsen, seguido posteriormente por muchos otros. Por la otra, en los años 80 y 90 del siglo pasado W. V. Harris³⁷ propuso una visión radicalmente distinta, presentando a Roma como una potencia orgánicamente desarrollada hacia la guerra ofensiva, el paradigma de un imperialismo agresivo. Bajo esta concepción, las incursiones, saqueos y piratería sobre los enemigos jugarían un papel, ya no solo militar, sino también económico, muy destacable³⁸. Una posición intermedia es la propuesta de A. Eckstein³⁹. Ciertamente, este tipo de debates han Enriquecido muchísimo el estudio y análisis de los acontecimientos de la República media⁴⁰. Aquello seguro es que, a finales del siglo IV, el territorio, y con éste la población al servicio del aparato militar romano, incrementó de forma sustancial para los intereses de Roma⁴¹.

7.1.4. Magna Grecia

El fenómeno colonizador heleno, del que ya hemos hablado en el capítulo 5, tuvo también un destacadísimo papel en el sur de la península Itálica. Sobre el territorio de los antiguos lucanos, mesapios y iapigios se asentaron numerosas colonias griegas que ejercieron una gran influencia sobre la población indígena. Aunque Estrabón (V, 4, 4), afirma que la más antigua de estas colonias fue Cumas (actual Bacoli, Nápoles), en realidad ésta fue la consecuencia de la consolidación del emporio ubicado en la isla de Ischia, junto al frente de su costa. Hacia mediados del siglo VIII colonos de Calcis y Eretria se asentaron en la isla, que prosperó con notable rapidez. Una vez asegurada la viabilidad del comercio en la zona, buena parte de la población, junto con ciudadanos de Cime se trasladaron al continente, fundando Cumas hacia el año 750. Las ciudades de Síbaris, Crotona, Taras y Locros se fundaron hacia finales de la misma centuria, coincidiendo con las primeras fundaciones en la isla de Sicilia. Se establecía así un gran mercado colonial en la costa meridional de Italia que aún iba a concentrarse más con primeras y segundas fundaciones de estas mismas colonias. Así lo hicieron Locros y Cumas hacia el 650 fundando las colonias de Hipponium y Nápoles respectivamente⁴². Esta colonización tuvo, pues, un alcance notable sobre la península; se focalizó especialmente en el sur pero irradió sobre toda la costa tirrenica. La explicación no se asocia tanto con el hecho de ubicarse en las rutas comerciales entre el Mediterráneo occidental y oriental sino más bien con el hecho que en esa

³⁷ Harris, 1979; 1984: 92-93; 1990: 495-498.

³⁸ Acerca de esta práctica romana en los siglos III-II, ver Bragg, 2010.

³⁹ Eckstein, 2008.

⁴⁰ Una buena revisión historiográfica, en Sidebottom, 2005.

⁴¹ Sekunda, 2007: 326.

⁴² Forsythe, 2005: 34-35.

época la población autóctona de la zona era escasa⁴³. Su peso demográfico era relativamente pobre en relación a otras zonas itálicas, pero la diferencia era tanto más significativa con respecto a la Hélade. Con una economía indígena fundamentalmente pastoril, los colonos no tuvieron muchas dificultades para establecerse y dominar económicamente la región.

Pese al auge económico y político de todas estas ciudades así como su influencia activa sobre el mundo indígena, las noticias acerca de su evolución histórica son mucho menos generosas que en relación a sus conciudadanos de Sicilia o de la Hélade. Este hecho se explica, en parte, debido a su escasa implicación en las grandes contiendas griegas de la antigüedad: las Guerras Médicas, la Guerra del Peloponeso o las Guerras entre Cartago y Siracusa. Parece que todos estos conflictos, que marcaron sin duda el devenir de la historia del mundo griego, estuvieran totalmente alejados de sus fronteras, cuando la realidad geográfica nos indica todo lo contrario. Quizá esta ausencia política y militar en el Mediterráneo -aunque no, desde luego, a nivel económico mercantil- se explique debido a sus problemas internos. Diodoro, Estrabón y Pausanias citan numerosos conflictos entre estas colonias, así como también entre éstas y las poblaciones autóctonas. En este sentido cabe recordar las expansiones etruscas y samnitas hacia el sur de Italia, así como también el interés de los primeros en controlar el comercio marítimo en el tirrélico. Los samnitas, un pueblo de lengua osco-umbria ubicado en los Apeninos, y finalizando un proceso de consolidación en esa época, empezó a descender hacia las llanuras de la Campania y Lucania, lo cual, a su vez, empujó otras comunidades hacia el sur⁴⁴.

Un claro ejemplo nos lo proporciona Diodoro (X, 23; XII, 9-10), quién relata la guerra entre Síbaris y Crotona acaecida hacia el año 445, en la cual, pese a su superioridad numérica, los sibaritas fueron derrotados y su ciudad, destruida. Los sibaritas supervivientes fundaron poco tiempo más tarde una nueva ciudad cerca de allí, a la que llamaron Turios. Sin embargo, pronto surgieron conflictos con otra colonia griega, Taras (Tarento), que a menudo desembocaban en escaramuzas y reyertas (Diod. XII, 23, 2). Tarento también mantenía conflictos con Siris (Diod. XII, 36, 4) hacia el 433. Estas confrontaciones estaban instigadas en buena parte por la aparición y sustento de gobiernos tiránicos populistas, quienes, como se ha visto ya, a menudo fomentaban las guerras al exterior para apaciguar los conflictos intestinos de sus ciudades⁴⁵. Finalmente, sin embargo, las amenazas procedentes del mundo indígena y de Siracusa se antepusieron a las reyertas locales y hacia finales del siglo V algunas de estas ciudades se aliaron, creando la Liga Italiota.

Este nivel de conflictividad, de búsqueda de recursos y de movimientos migratorios, propició un repentino auge del mercenariado en toda esta zona a partir de mediados del siglo VI, precisamente en un momento similar al que se produce este mismo fenómeno en la Hélade. Dos décadas después de su publicación, la obra de G. Tagliamonte constituye un buen punto de partida en este ámbito gracias, especialmente en relación al método multidisciplinar que utilizó para ello; aunque evidentemente el corpus arqueológico a nuestro alcance ha aumentado significativamente desde entonces, su análisis sigue siendo válido⁴⁶. Tagliamonte vincula la aparición del mercenariado en masa a partir de la aparición y desarrollo de las tiranías en

⁴³ Fortsythe, 2005: 33.

⁴⁴ Salmon, 1967: 34-38. Tagliamonte, 1994: 111-113; 164-165

⁴⁵ Acerca de las tiranías en la Magna Grecia, ver Champion, 2010: 21 y ss.

⁴⁶ Tagliamonte, 1994.

Sicilia⁴⁷, a las que podríamos añadir también las de las ciudades del sur de Italia. Pese a que las fuentes literarias normalmente utilizan el término “bárbaro” para referirse a cualquier tipo de mercenario no griego, sin más especificaciones étnicas, a partir de panoplia hallada en Sicilia Tagliamonte cree poder ubicar a inicios del siglo V a los primeros mercenarios suditálicos que fueron utilizados en isla⁴⁸.

7.2. Relaciones político-militares con el estado cartaginés

7.2.1. Etruria y Cartago

Las evidencias arqueológicas demuestran la buena relación entre Etruria y Cartago desde época arcaica, a partir del hallazgo de pecios con cargamentos mixtos de mercancías, en la utilización de los mismos puertos, y en la presencia material de ambas civilizaciones en la mayor parte de territorios del Mediterráneo occidental⁴⁹. De todos modos, también los testimonios literarios y epigráficos nos indican que las relaciones entre ambos territorios pueden retrotraerse con seguridad hasta al siglo VI. Así lo demuestran la batalla de Alalia (C535), tantas veces mencionada a lo largo de esta investigación, y las tablillas de Pyrgi, una valiosísima evidencia acerca de las relaciones diplomáticas de la ciudad norteafricana con el Mediterráneo central. Si bien ambos testimonios se apartan notablemente de nuestro periodo de investigación, son fundamentales para entender el marco de relaciones diplomáticas entre ambas. También Aristóteles (*Pol.* III, 9; 1280a) menciona la existencia de tratados entre etruscos y cartagineses; no especifica ni cuantos ni cuando se realizaron, pero sí su naturaleza: el apoyo militar. Quizá Aristóteles se estuviera refiriendo precisamente, tan sólo a la batalla de Alalia; no podemos cerciorarnos en un sentido u otro, pero dado que esta coalición se enfrentó a una ciudad griega, parece lógico pensar que el filósofo tendría más acceso a esta información que a cualquier otro episodio de asociación entre aquellas dos potencias.

Se ha discutido mucho acerca de varios aspectos de la batalla de Alalia: su cronología, sus protagonistas, su resultado y sus consecuencias. ¿Qué tiene esta batalla que resulta tan trascendental para la historiografía moderna? Veamos nuestro más completo testimonio al respecto, Heródoto:

“Cuando llegaron a Córcega, vivieron por espacio de cinco años en compañía de los que habían llegado anteriormente y allí erigieron santuarios. Pero, como resulta que se dedicaban a pillar y a saquear a todos sus vecinos, ante ello los tirrenios y los cartagineses, puestos de común acuerdo, entraron en guerra contra ellos con sesenta naves por bando. Los foceos equiparon también sus navíos en número de sesenta y salieron a hacerles frente en el mar llamado Sardonio. Libraron entonces un combate naval y los foceos obtuvieron una

⁴⁷ Tagliamonte, 1994: 99.

⁴⁸ Tagilamonte, 1994: 101-102.

⁴⁹ Oliver Foix, 2004: 108.

victoria cadmea, pues cuarenta de sus naves fueron destruidas y las veinte restantes quedaron inservibles, al haber resultado doblados sus espolones. Se volvieron, pues, a Alalia, recogieron a sus hijos, a sus mujeres y todos aquellos enseres que sus naves podían transportar y, sin demora, abandonaron Córcega poniendo rumbo a Regio. Y por cierto que a los marineros de las naves destruidas, los cartagineses y los tirrenios (se los sortearon; y entre éstos fueron los agileos quienes) en el sorteo obtuvieron el mayor número de ellos; luego, los sacaron a las afueras de su ciudad y los lapidaron. Desde aquel momento, en Agila, todo cuanto pasaba por el lugar en que yacían los fuceos lapidados -fueran rebaños, bestias de carga o personas- quedaba contrecho, tullido e impotente⁵⁰." (Hdt. I, 166, 1 - I, 167, 1)

Huyendo de la ofensiva de Ciro el Grande, una parte de la población de Focea emigró hacia el oeste y se estableció en -o cerca de- la ciudad de Alalia (actual Aleria). Ésta había sido fundada unos años antes, hacia el 560, por algunos de sus conciudadanos fuceos. Por otro lado, a mediados del siglo VI, como hemos visto, Cartago se encontraba en plena expansión, especialmente gracias a las tropas del general Malco, mientras que las ciudades etruscas dominaban buena parte de la costa tirrenica. Sin embargo, la fundación de Masalia y la paulatina fundación de colonias griegas en la zona central del Mediterráneo amenazaban las ambiciones de etruscos y cartagineses. El peligro no venía tan sólo del dominio de puertos, estrechos y vías de comunicación, sino también en forma de piratería o corsarismo. Heródoto achaca las causas de la guerra precisamente a la práctica pirática por parte de los fuceos. Así, Cartago estableció una alianza militar con una o varias ciudades etruscas (como mínimo Caere, actual Cerveteri) y decidieron atacar a la flota alaliense con un notable ejército de 120 naves (60 púnicas y 60 etruscas). Pese a su inferioridad numérica de dos a uno, los fuceos consiguieron las naves enemigas, pero su flota quedó totalmente maltrecha. Ante la posibilidad de un contraataque, que hubiera sido catastrófico, los fuceos decidieron abandonar la isla y establecerse en Regio. De este modo, aunque ganaron la batalla, los fuceos perdieron la guerra, ya que la coalición púnico-etrusca había conseguido su objetivo de eliminar la presencia griega de la zona.

Aunque a menudo se alude a la participación de Masalia en el conflicto, éste hecho se mantiene en la incertidumbre. Tucídides (I, 13, 6), Pausanias (X, 8, 6-7 y X, 18, 7), y Estrabón (IV, 1, 5) mencionan victorias masaliotas sobre los cartagineses en batallas navales, pero sin ninguna apreciación cronológica. Ahora bien, desde nuestro punto de vista parece que todas las

⁵⁰ ἐπείτε δὲ ἔς τὴν Κύρον ἀπίκοντο, οἴκεον κοινῇ μετὰ τῶν πρότερον ἀπικομένων ἐπ' ἔτεα πέντε, καὶ ἵρᾳ ἐνιδρύσαντο. καὶ ἦγον γάρ δὴ καὶ ἔφερον τοὺς περιοίκους ἄπαντας, στρατεύονται ὥν ἐπ' αὐτούς κοινῷ λόγῳ χρησάμενοι Τυρσηνοὶ καὶ Καρχηδόνιοι, νησὶ ἐκάτεροι ἔξικόντα. οἱ δὲ Φωκαιέες πληρώσαντες καὶ αὐτοὶ τὰ πλοῖα, ἐόντα ἀριθμὸν ἔξικοντα, ἀντίαζον ἔς τὸ Σαρδόνιον καλεόμενον πέλαγος. συμμισγόντων δὲ τῇ ναυμαχίῃ Καδμείῃ τις νίκη τοῖσι Φωκαιεῦσι ἐγένετο: αἱ μὲν γάρ τεσσεράκοντά σφι νέες διεφθάρησαν, αἱ δὲ εἴκοσι αἱ περιεοῦσαι ἡσαν ἄχρηστοι: ἀπεστράφατο γάρ τοὺς ἐμβόλους. καταπλώσαντες δὲ ἔς τὴν Ἀλαλίην ἀνέλαβον τὰ τέκνα καὶ τὰς γυναῖκας καὶ τὴν ἄλλην κτῆσιν ὅσην οἷαι τε ἐγίνοντο αἱ νέες σφι ἄγειν, καὶ ἐπειτα ἀπέντες τὴν Κύρον ἐπλεον ἐς Ρήγιον. τῶν δὲ διαφθαρεισέων νεῶν τοὺς ἄνδρας οἱ τε Καρχηδόνιοι καὶ οἱ Τυρσηνοὶ διέλαχον, τῶν δὲ Τυρσηνῶν οἱ Ἀγυλλαῖοι ἔλαχόν τε αὐτῶν πολλῷ πλείστους καὶ τούτους ἔξαγαγόντες κατέλευσαν. μετὰ δὲ Ἀγυλλαῖοι πάντα τὰ παριόντα τὸν χῶρον, ἐν τῷ οἱ Φωκαιέες καταλευσθέντες ἐκέατο, ἐγίνετο διάστροφα καὶ ἐμπηρα καὶ ἀπόπληκτα, ὁμοίως πρόβατα καὶ ὑποζύγια καὶ ἄνθρωποι. (Hdt. I, 166, 1 - I, 167, 1). Traducción de Carlos Schrader para la editorial Gredos (1984).

referencias aluden a una importante batalla entre ambas ciudades que probablemente ya era conocida por los lectores de la época. No tenemos constancia de ninguna otra batalla que enfrentara a cartagineses y griegos al norte de Cerdeña antes de finales del siglo V (el término *antequem* lo marca Tucídides) y parece difícil que la joven Alalia pudiera botar 60 naves de guerra ella sola, así que, si tenemos que decantarnos hacia alguna opción, añadiríamos a Masalia en la ecuación.

El hecho verdaderamente importante es la existencia de tratados de apoyo militar entre Cartago y algunas ciudades etruscas, así como el freno que supuso esta derrota a la presencia griega en la región, que hubiera conectado Masalia con la Magna Grecia y sin duda habría ahogado el comercio etrusco mucho antes. Cabe añadir también que la piratería y el comercio no eran actividades excluyentes en la antigüedad, y que los testimonios sobre la piratería procedentes de puertos etruscos son también conocidos⁵¹. Así pues, la coalición etrusco-púnica no actuó altruistamente en favor de sus comerciantes, sino que se limitaron a quitarse de encima a la competencia de encima.

En cuanto a las tablillas de Pyrgi, son sin duda uno de los mayores hallazgos arqueológicos en el mundo de la diplomacia y las relaciones internacionales en la Antigüedad. Se trata de tres pequeñas láminas de oro descubiertas en 1964 junto a dos templos en Pyrgi (actual Santa Severa), uno de los tres puertos que tenía bajo su control la ciudad etrusca de Caere (precisamente aquella dónde fueron ejecutados los prisioneros griegos de la batalla de Alalia). Dos de las láminas están escritas en etrusco y, la tercera, en fenicio; a partir de parámetros lingüísticos se ha podido establecer su fecha alrededor del año 500⁵². Esta antigüedad no ha permitido establecer si los etruscos llevaron a cabo esta inscripción con elementos fenicios orientales o bien con cartagineses -ya que en ese momento el dialecto púnico aún era demasiado similar al fenicio-, aunque el contexto histórico señala claramente hacia los segundos.

El contenido de la inscripción fenicia es sumamente interesante a nivel histórico. Se trata de la consagración de un templo a la divinidad etrusca Uni, quién es equiparada a la Astarté fenicia. La ceremonia la preside Thefarie Velianas, el rey de Caere según la inscripción fenicia:

A la señora Astarté, este lugar santo
que ha hecho y ha dedicado
Tibrys Velianas, reinando sobre
Cisra, en el mes del Sacrificio del
Sol, como ofrenda al templo y al interior de
la cella, porque Astarté se ha desposado por medio de
su intermediario.
El en tercer año de su reinado, en
el mes de *KRR*, en el día del entierro
del dios. Abunden los años de la estatua de la diosa

⁵¹ Son muchas las referencias en la literatura clásica acerca de la piratería etrusca: Diod. V, 9, 4-5; XI, 88, 4; XIV, 93, 3-5; Liv. V, 28, 2-4; Est., VI, 2, 10; Val. Max I, 1, 4; Pau. X, 16, 7; Plut., Camilo, 8, 5; Calímaco fr. 93 Pfeiffer. Diodor (V, 17, 3) también menciona la presencia de piratas en las Baleares.

⁵² Pallotino *et al.*, 1964: 49-117.

La versión de las tablillas en etrusco no es literal⁵⁴, pero pese a sus problemas de traducción, parece que expresa la misma situación: un tal Thefarie Velanias, líder de la ciudad de Caere, consagra el templo a la divinidad Astarté, a quién equipara con la diosa etrusca *Uni*. En esta versión, Velianas es nombrado *zilath* de Caere. Nos indica también que este personaje disfruta de su tercer año en el poder, de modo que, o bien el *zilath* no era una magistratura anual, o bien era un tirano⁵⁵.

Más allá del contenido textual del documento, las tablillas de Pyrgi atestiguan las relaciones entre el mundo fenicio occidental -en esa época, ya liderados por Cartago- y el mundo etrusco. No es banal la equiparación entre deidades procedentes del panteón de ambas culturas ni tampoco el hecho que el contenido de las láminas esté escrito en ambos idiomas. Probablemente la ciudad de Pyrgi llegara a albergar una comunidad permanente de comerciantes fenicios en su seno y este documento es un alegato al mantenimiento de las buenas relaciones comerciales y políticas con ellos. Unas buenas relaciones, por otro lado, atestiguadas también por los hallazgos arqueológicos de material etrusco en África y cartaginés en Etruria⁵⁶.

Nada induce a pensar que estas buenas relaciones no se mantuvieran a lo largo de los siglos siguientes, dado que sus respectivas esferas de influencia comercial no se contravenían; es más, compartían en común la amenaza del comercio griego. Etruria perdió su baza contra éste, primero en el asedio de Cumas en el año 524 (Dio. Hal. VII, 3-4) y luego en la batalla naval frente a la ciudad (474), donde los cumanos recibieron el apoyo del tirano Hierón de Siracusa (Diod. XI, 51, 1-2), perdiendo así toda posibilidad de retomar el control sobre el tirreno meridional.

Por lo que se refiere a la participación etrusca en los ejércitos cartagineses, tan sólo contamos con una referencia en todo este periodo. Se trata de 1.200 mercenarios que fueron contratados para el general Amílcar en el inicio de las hostilidades contra el recién ascendido Agatocles, el nuevo tirano de Siracusa, en el año 310. Diodoro afirma que entre honderos baleáricos, ciudadanos cartagineses e infantería libia se contaban también “1.000 mercenarios de infantería ligera y 200 zeugippae procedentes de Etruria⁵⁷” (Diod. XIX, 106, 2). Desconocemos el significado exacto del término *zeugippae*, que podría referirse bien a infantería pesada, por contraposición a la infantería ligera mencionada antes, o bien algún tipo específico de jinetes, como proponen algunos autores⁵⁸. Aquello que sí subraya Diodoro es que se trata de *μισθοφόρους*. ¿Podía tratarse, por tanto, de grupos de mercenarios peregrinos y autónomos en lugar de tropas procedentes de una ciudad etrusca? Quizá esto explicaría que al año siguiente se encontraran estas mismas tropas luchando en el lado del tirano frente a las puertas de Cartago (Diod. XX, 11,

⁵³ Traducción de J. Espada directamente de la versión italiana de Ferron en 1972 (Espada, 2013: 66).

⁵⁴ Para el análisis lingüístico de las tablillas escritas en etrusco, en última instancia, Pittau, 1996.

⁵⁵ Forsythe, 2005: 46.

⁵⁶ Pittau, 1996: 1658.

⁵⁷ “έκ δὲ τῆς Τυρρηνίας μισθοφόρους χιλίους καὶ ζευγίππας διακοσίους” Diod. XIX, 106, 2.

⁵⁸ Geer 1962, 121, n.3.

1), junta a samnitas, celtas y griegos⁵⁹. Ahora bien, sabiendo que en Etruria no tan sólo había etruscos, sino que también podían encontrarse mercenarios ligures⁶⁰ y celtas⁶¹ (ver capítulo 8), cabe preguntarse si la procedencia aludida en el pasaje de Diodoro contiene un significado étnico o tan sólo geográfico.

En cualquier caso, parece que el apoyo militar etrusco-púnico se restringió a la batalla de Alalia, puesto que ni los cartagineses aparecen en el asedio (524) ni la batalla naval de Cumas (474), ni los etruscos en Hímera (480; 410) ni en cualquier otra de las guerras greco-púnicas. ¿Podría achacarse esta desaparición al desconocimiento de las fuentes de las que beben Timeo, Éforo o incluso Diodoro? Por supuesto. Pero en cualquier caso esta es una condición que afecta a todos los datos de esta investigación y por el momento debemos atendernos a las evidencias que tenemos. En este caso concreto tan sólo disponemos de las literarias -pues las epigráficas tampoco aluden al apoyo militar-, y éstas no aluden a ningún tipo de alianza militar entre ambas esferas, sino tan solo a mercenarios, y en un momento muy concreto.

7.2.2. Las relaciones entre las ciudades griegas del sur de Italia y Cartago

Tal y como vimos en el capítulo dedicado a Sicilia, las antiguas colonias griegas del sur de la península itálica estuvieron profundamente ligadas al devenir histórico de la isla, especialmente a partir de la amenaza que supuso la ambición imperialista de Dionisio el Viejo. La potencia económica y militar de Siracusa obligó a la Liga Italiota a dirigir sus defensas hacia el oeste. Diodoro (XIV, 91, 1) menciona inicialmente la Liga en el año 393/392, ante la ofensiva de Dionisio, pero del texto se desprende que ésta se habría creado algunos años antes para hacer frente a la amenaza de los lucanos. Polibio (II, 39, 6) recoge la fundación de la misma a cargo de Crotona, Síbaris y Caulonia, a las que posteriormente se unieron Regio, Turios, Hiponio, Elea, Metapontio y Tarento⁶². Ya en el año 390/389 Dionisio se enfrentó a un ejército combinado de la Liga Italiota mientras asediaba Caulonia. Varios autores mencionan la victoria de Dionisio (Pol. I, 6, 1-3; Dio. Hal. XX, 7, 2-3; Polien., *Estrat.*, V, 3, 2), pero tan solo Diodoro (XIV, 103-105) nos ofrece un breve relato en el cual las fuerzas italiotas lideradas por el exiliado siracusano Heloris fueron derrotadas cerca del río Eléporo (actual Galliparo).

Siete años más tarde, en 383/382, el tirano siracusano inició una nueva ofensiva sobre los territorios púnicos de Sicilia. Además de reclutar “*como soldados a los ciudadanos aptos para las armas y, con grandes sumas de dinero que habían reservado, alistaron numerosas fuerzas mercenarias*” (Diod. XV, 15, 2), Cartago estableció una alianza con la Liga Italiota para enfrentarse al tirano. No es mucho lo que sabemos de esta guerra, que según Diodoro duró tan solo un año⁶³ (Diod. XV, 15-17) pero varios investigadores alargan hasta el 378 o incluso hasta el

⁵⁹ Colonna, 2013: 17.

⁶⁰ Tagliamonte, 1994: 97; Maggiani, 2004: 388-389.

⁶¹ Fariselli, 2002: 372.

⁶² Espada, 2013: 75.

⁶³ Acerca del desconocimiento de Diodoro acerca del periodo 386-367, Stylianou, 1998: 78.

374⁶⁴. En ella se produjeron al menos dos enfrentamientos importantes, además de “*muchas batallas con la participación de sólo una parte de las tropas y frecuentes escaramuzas*” (Diod. XV, 15, 3). Diodoro también especifica que el tirano dividió su ejército en dos frentes para enfrentarse a ambos enemigos, de modo que, según parece, cartagineses e italiotas no mezclaron sus ejércitos sino que solamente se aliaron estratégicamente, en un amplio teatro de operaciones. De hecho, el historiador siciliano tan solo relata los acontecimientos relativos a la confrontación entre Dionisio y Cartago, olvidándose de la Liga Italiota, lo que puede indicarnos que ese frente de guerra se desarrolló en suelo continental. Sea como fuere, el primer enfrentamiento destacable fue la batalla de Cábala, que cayó del lado siracusano, eliminando durante el combate al general enemigo, Magón. Sin embargo las tropas supervivientes se reagruparon en torno al hijo de aquel y, bajo su liderazgo, lograron vencer en la siguiente contienda, la batalla de Cronion, eliminando además al general Leptines (Diod. XV, 17).

Año	Guerra/Batalla	Número	Estatus	Momento	Referencias
410/409	II Guerra greco-púnica	800 campanos	Mercenarios	Tropas que habían sido utilizados por los atenienses y ahora estaban en Sicilia	Diod. XIII, 44, 1-2
409	II Guerra greco-púnica - Asedio y destrucción de Hímera	Indeterminado	Mercenarios	Fin de la campaña. Los campanos se quejan de la paga	Diod. XIII, 61-62
407	II Guerra greco-púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva de nuevos mercenarios campanos	Diod. XIII, 80, 2-5
406/405	II Guerra greco-púnica – Batalla del río Hímera – Asedio de Acragas	Indeterminado	Mercenarios	En combate	Diod. XIII, 87, 1; Diod. XIII, 88, 2
404	II Guerra greco-púnica - Asedio de Gela	Indeterminado	Mercenarios	En combate	Diod. XIII, 110
392	III Guerra greco-púnica	Indeterminado “bárbaros de	Mercenarios	Leva	Diod. XIV, 95, 1

⁶⁴ Comentario acerca de la cronología del conflicto, Stylianou, 1998: 79-83. De hecho, el propio Diodoro afirma que púnicos e italiotas hicieron grandes preparativos “*previendo, acertadamente, la larga duración de la guerra*”. Si la duración fue efectivamente larga, entonces no podemos limitarla a sólo el año 383/382.

		<i>Italia</i> " (Ιταλίας βαρβάρων)			
C380	IV Guerra greco-púnica	Italiotas (probablemente ciudadanos de Liga Italiota)	Aliados	Leva	Diod. XV, 15, 2
311/310	VII Guerra greco-púnica	1.000 infantes y 200 <i>zeugitas</i> (¿infantería pesada?) etruscos	Mercenarios	Leva	Diod. XIX, 106, 2
278-276	Guerra contra Pirro en Sicilia	Indeterminado	Mercenarios		Zonar. VIII, 5, 10
263	I Guerra Púnica	Indeterminado (“ <i>de la región que se halla frente a Sicilia</i> ” Entendemos que es el sur de Italia)	Mercenarios	Leva	Pol. I, 17, 4

La voluntad imperialista de los tiranos siracusanos sobre las ciudades griegas del sur de la península, especialmente de Dionisio el Viejo y Agatocles, propiciaron el acercamiento con otros elementos suditálicos: los brutios y los lucanos. Parece que ambos tiranos utilizaron con frecuencia mercenarios procedentes de ambos pueblos en sus ejércitos, tal y como defienden algunos autores, pese a la parquedad documental⁶⁵. El enfrentamiento entre el elemento indígena y el griego en la zona se prolongó durante siglos, hasta que la imposición romana, justo después de la retirada de Pirro, terminó de un plumazo con estas reyertas.

Precisamente en la época en que el general epirota abandonó Italia, y con ella a sus aliados itálicos, Tarento pidió ayuda a Cartago para seguir luchando contra Roma. Tan sólo Orosio (IV, 3, 1-2) reseña este episodio que sin duda alguna reviste de una importancia histórica mayúscula. Cartago respondió afirmativamente a la demanda de Tarento, pero la coalición fue derrotada en el campo de batalla. La escueta noticia de Orosio, por desgracia, no permite dibujar un cuadro demasiado preciso de los acontecimientos. Unas líneas más adelante, sin embargo, el historiador tardoantiguo aclara que los romanos enviaron una delegación a los cartagineses quejándose de su actuación y reprochándoles el incumplimiento del tratado anterior, en relación a Pirro (Oros. IV, 5, 2). Es curioso que Orosio achaque la ruptura de un tratado sobre el cual la mayor parte de autores afirman que los romanos rechazaron firmar. Si nos atenemos al testimonio de Orosio, dicho tratado no solamente habría existido, sino que además no sería únicamente para defenderse de Pirro, sino también contra sus aliados (en este caso, Tarento). Lo cierto es que no tenemos ningún indicio de que romanos y cartagineses se apoyaran

⁶⁵ Caven, 1990: 133-134; Tagliamonte, 1994: 154-156.

mutuamente en sus respectivas guerras contra Pirro (la flota enviada por Cartago al inicio de la guerra en Italia fue amablemente rechazada por Roma), de modo que se abre aquí una nueva e interesante línea de investigación. Esta versión también parece deducirse en pasajes de Dión Casio (XI, 43, 1-3), Zonaras (VIII, 8, 1-3) y en Polibio (I, 6, 6-7).

7.2.3. Los tratados romano-cartagineses

Recientemente ha sido publicada la tesis doctoral de J. Espada⁶⁶ acerca de los dos primeros tratados romano-cartagineses, en la cual analiza minuciosamente todos y cada uno de los aspectos relativos a los mismos, así como los varios puntos de vista historiográficos que se han ido presentando, especialmente en lo referente a la cronología. Como es bien sabido, existe una debatida controversia historiográfica acerca del número, fecha y significado topónimico de estos acuerdos, especialmente en relación a los tres primeros. Pese a lo complicado de su redacción y su falta de hilo argumentativo, el análisis que realiza Espada sobre esta problemática es notable, arrojando luz y argumentos desde distintos y enriquecedores puntos de vista. Su investigación supera en mucho cualquier trabajo anterior y creemos debería sentar la base de referencia en esta temática⁶⁷.

La base de la problemática, de sobra conocida, radica en la desconexión entre el relato de Polibio por una parte, y el de Diodoro y Tito Livio, por el otro, acerca de la cronología de los primeros tratados. Sin entrar en el fondo del asunto, para la cual nos remitimos al citado estudio, podemos resumirlo en que Polibio establece el primer tratado en el año 509, el segundo en un momento indeterminado y el tercero en época de Pirro (c.279); siguiendo al historiador de Megalópolis, más tarde se firmaron los tratados de Lutacio (241), aquél respecto a Cerdeña (c.238), y finalmente el llamado tratado del Ebro con Asdrúbal⁶⁸ (226) (Pol. III, 22-30). En cambio, Polibio (III, 26, 2-4) no da crédito a la existencia del tratado al que hace referencia Filino y que estaría ubicado cronológicamente hacia el año 306.

Tito Livio, por su parte, no menciona el tratado del 509, aunque sí uno establecido en el 348, que normalmente se identifica con el segundo aludido por Polibio (Liv. VII, 27, 2). Livio, en cambio, sí reconoce al tratado de Filino⁶⁹ (Liv. IX, 43, 26), como Servio (*ad Aen.* IV, 628; *FGrH*, 174, F. 1), y además le nombra como la tercera renovación; teniendo en cuenta el cómputo romano inclusivo en relación a los años, se trata de un reconocimiento indirecto de la existencia del tratado del 509. El tratado en tiempos de Pirro (Liv. *Per.* XIII) sería, así, el cuarto tratado entre ambas potencias. Posteriormente se firmarían los tratados de paz de Lutacio, pero dado que se han perdido los libros de Livio referentes a esta época, no tenemos constancia de éste. Finalmente menciona brevemente el tratado del Ebro (Liv. XXI, 2, 7).

⁶⁶ Espada, 2013.

⁶⁷ La obra de Scardigli (1991) es también una referencia en esta temática.

⁶⁸ Tsirkin, 1991.

⁶⁹ Eckstein, 2010.

Por último, Diodoro Sículo, certifica el tratado del 348 (Diod. XVI, 69, 1), que define erróneamente como el primero de ellos y descuida el de 306.

Tratado/año	Polibio	Livio	Diodoro	Otros
Tratado del 509		Se le deduce		
Tratado del 348		Liv. VII, 27, 2	Diod. XVI, 69, 1	
Tratado dicho de Filino (306)		Liv. IX, 43, 26		Servio (<i>ad Aen. IV</i> , 628; <i>FGrH</i> , 174, F. 1)
Tratado con respecto a Pirro (C279)		Liv. <i>Per. XIII</i>		Just. XVIII, 2, 1-7 i Val. Max. 7, 10; Or. IV, 5, 2
Tratado de Lutacio (241)	Pol. I, 62, 7-9		Diod. XXIV, 13	
Tratado de Cerdeña (C239)	Pol. I, 88, 8-12			Dion Casio, XII, 46, 1-2; Zonar., VIII, 18, 7-9
Tratado del Ebro (226)		Liv. XXI, 2, 7		

De esta serie de tratados hay que distinguir entre los que se establecen en términos de zonas de mercado, aquellos basados en la cooperación militar, y los tratados de paz impuestos por una de las potencias (Roma, en ambos casos). En el primer grupo incluimos los tres primeros tratados y el de Asdrúbal (por tanto 509, 348, 306 y 226); en el segundo, el de Pirro; y finalmente el tratado de Lutacio y el de Cerdeña en relación a los tratados de paz. Quizá podríamos incluso incluir dos acuerdos más en esta lista. El primero lo situamos en el trascurso de la Guerra de los Mercenarios, durante la cual Roma no tan sólo no accedió a la petición de ayuda de los sublevados sino que incluso apoyó a Cartago. Las cláusulas de dicho apoyo bien tendrían que haberse establecido mediante algún tipo de pacto. El segundo, pocos años después, se produce en la embajada que Roma envía a Amílcar mientras éste se encontraba en campaña en Iberia. Los delegados romanos volvieron a su ciudad convencidos de la justa y conveniente acción de Amílcar en favor de sus intereses; pero lo común en estas situaciones es redactar unos acuerdos en los cuales se establezca claramente cuáles son las realidades y los objetivos de ambas partes.

Aquello que sí sabemos con seguridad es que esta serie de tratados evidencian al menos dos puntos importantes: a) que el aparato diplomático cartaginés no sólo estaba presente en todos los rincones del Mediterráneo occidental sino que además era dinámico y atento a la situación sociopolítica de cada momento, y b) el paulatino aumento de contrapoder que fue adquiriendo Roma respecto a Cartago a lo largo de estos tres siglos. Por tanto, no vamos a entrar aquí en el eterno debate acerca de la identificación de *Mastia Tarseion* y *Kalon Akroteion* que inundan la

bibliografía ya que todas las opiniones defienden con vehemencia sus posturas y en realidad hay muchas más dudas que seguridades en todo el asunto; lo que sí queremos subrayar es la propia existencia de estos tratados, que evidencian un interés cartaginés por la situación política en el centro de Italia -por las consecuencias económicas que le pudieran comportar-, extensible a todo el tirreno, así como el carácter “comercial” de los mismos. No se trata de pactos de apoyo militar sino de contratos puramente comerciales, si bien es cierto que en la antigüedad a menudo ambas esferas estaban vinculadas.

7.3. Cartago e Italia: de aliados a enemigos

No es fácil establecer unas conclusiones generales acerca del tipo de relación que se estableció y evolucionó desde finales del siglo V a finales del III entre Cartago y la península Itálica. Como hemos podido comprobar, la multiplicidad de centros económicos y políticos en Italia, así como su dinamismo interior, en forma de migraciones, invasiones y mutaciones propias, inducían a abordar este capítulo a través de distintas áreas étnicas: Liguria, Etruria, Roma y la Magna Grecia. La primera será tratada en el capítulo siguiente dedicado a la Galia y la última, a tenor de su cercanía a la evolución histórica de Sicilia, lo ha sido también en capítulos anteriores en relación a las guerras greco-púnicas y a las operaciones de Dionisio contra la Liga Italiota. En realidad, pese a su mínima separación física con respecto a su isla vecina, el sur de la península Itálica estuvo tan emparentada a Sicilia que podríamos haber analizado ambos territorios en un mismo capítulo de forma igualmente cohesionada.

Centrándonos en Etruria, hemos comprobado como todas las evidencias acerca de alianzas comerciales o apoyos militares se restringen a una época anterior, al menos, a la primera mitad del siglo IV: la batalla de Alalia, las tablillas de Pyrgi o el testimonio de Aristóteles, son todos anteriores a mediados del siglo IV. Y eso teniendo en cuenta que el filósofo de Estagira podría estar refiriéndose a relaciones mucho más antiguas. Así pues, durante el periodo de los siglos V-III, no existe ninguna alusión a algún tipo de coalición de carácter militar entre ambos territorios pese a las repetidas ocasiones en las que el enemigo era compartido y hubieran podido sacar provecho común, como en la batalla naval de Cumas (474), los dos primeros asedios de Hímera (480 y 410), las guerras contra Dionisio el Viejo, y un largo etcétera. Sin embargo no debemos olvidar que Etruria no era un estado, sino muchos; cada ciudad se regía por sí misma y establecía aquellas alianzas que más le convenían. Quizá después del desastre de Cumas, ninguna ciudad etrusca se atrevió a levantarse abiertamente contra las colonias griegas del sur.

Tan sólo tenemos dos menciones acerca de acciones militares fuera de sus territorios con posterioridad a esa derrota naval. La primera de ellas es el caso de la ciudad etrusca que envió tres pentecónteras en apoyo a Atenas durante el asedio a Siracusa en la campaña de 415-413 (Tuc. VI, 103, 2); tres pentecónteras no parecen el esfuerzo bélico que podría llegar a fletar una confederación importante de ciudades, sino más bien tan sólo el de una, y además pequeña. Otra explicación, nada descabellada, sería adjudicar estas naves a los intereses de un ciudadano privado. Si la piratería, como hemos visto, era una actividad de sobra conocida por los tirrenos, es posible que estas naves no fueran sino un grupo de hombres que apoyaran a la facción que

I llevaba la iniciativa en esos momentos -es decir, Atenas-, en previsión de un goloso beneficio: el saqueo de Siracusa.

El segundo ejemplo procede de la flota etrusca formada por 80 naves que llegó en ayuda de Agatocles en el año 307 (Diod. XX, 61, 6). En ese momento la marina cartaginesa estaba bloqueando el puerto siracusano, pero de alguna manera, harta extraña, 80 naves pudieron superar el cerco y adentrarse en el puerto. Se ha planteado la posibilidad que estas naves procedieran de Populonia y Vetulonia, explicando que este cambio de alianza con respecto a Cartago respondiera a la competencia entre ambas esferas por el control de Córcega, una posibilidad totalmente aceptable⁷⁰.

El resto de menciones a la presencia de tropas tirrenas en la zona se relacionan más con el mercenariado que no con la alianza entre ciudades, aunque resulta muy escasa la información que tenemos acerca de ellas. Tan sólo aparecen mencionados explícitamente como mercenarios en la Séptima Guerra Greco-Púnica. Estos soldados tirrenos sirvieron, con pocos meses de diferencia, tanto en el bando cartaginés como en el siracusano (Diod. XIX, 106, 2; XX, 11, 1). La presencia etrusca no vuelve a ser mencionada en las fuentes literarias en relación a Cartago hasta la Segunda Guerra Púnica. En cambio, la numismática nos ilustra con una serie de plata acuñada en Sicilia con la leyenda “tirrenoi”, que D. Castrizio ubica cronológicamente a mediados del siglo IV⁷¹, lo que implicaría una mayor permanencia de contingentes militares etruscos en Sicilia. Sin embargo, no hay argumentos de peso, ni estratigrafía arqueológica que sostenga esta tesis, de modo que bien podrían pertenecer a época agatoclea.

Pero no solo mercenarios etruscos salieron de los puertos de las ciudades tirrénicas⁷². Los indicios arqueológicos inducen a pensar en una presencia habitual de mercenarios ligures en la Etruria septentrional, lo que nos invita a pensar en esa zona limítrofe entre celtas, tirrenos y ligures en una zona proclive al enrolamiento de este tipo de tropas. En este sentido Tagliamonte defendía la posibilidad de que los mercenarios corsos, ligures (y también algunos procedentes del Languedoc francés) fueran enrolados gracias a los canales comerciales establecidos por los tirrenos, tal y como veremos en el siguiente capítulo⁷³.

A medida que nos acercamos a finales a mediados del siglo III, asistimos a la lenta pero inexorable conquista romana de la península Itálica. Durante esta expansión, Roma se enfrentó con éxito a enemigos de un creciente peso político y militar a medida que iba ampliando su territorio. Así, una vez dominada la mayor parte de la península Itálica, el conflicto contra las grandes del Mediterráneo central, Cartago y Siracusa, era inevitable si pretendía seguir expandiéndose. Siracusa se apartó rápidamente del envite, mostrándose inicialmente como una potencia neutral, pero a la práctica apoyando claramente a Roma. Estallaba así la Primera Guerra Púnica, con un escenario bélico prácticamente enclaustrado en Sicilia, pero afectando indirectamente a la mayor parte de territorios del Mediterráneo Occidental. Italia, representada por la potencia regente del momento, se convertía así, en el principal enemigo de Cartago. Y

⁷⁰ Acerca de esta problemática, Fariselli, 2002: 371-373; Romualdi y Amadasi, 2007.

⁷¹ Castrizio, 2000: 55.

⁷² Fariselli destaca los puertos de Caere y Tarquinia como probables puntos de enrolamiento y embarque de mercenarios (2002: 371).

⁷³ Tagliamonte: 1994: 97.

esta enemistad se prolongó hasta el mismo final de Cartago con la conclusión de la Tercera Guerra Púnica, en el año 153.

8. LA GALIA MERIDIONAL

8.1. Contexto histórico y geográfico

Este capítulo se centra en la franja de territorio que se extiende entre los Pirineos, el Macizo Central francés, los Alpes y el golfo de Génova, zona que actualmente pertenece a las regiones francesas de Languedoc-Roussillon y Provence-Alpes-Côte d'Azur, y a la región italiana de Liguria. Este territorio estuvo ocupado fundamentalmente por celtas (*keltoi*) y ligures según las denominaciones literarias más antiguas. Unos conceptos, sin embargo que fueron adquiriendo distintos significados, ya durante la propia Antigüedad. En realidad, bajo el término “celta” subyace un gran número de pueblos con características propias -algunos de los cuales también fueron descritos por autores grecolatinos, especialmente durante los últimos años de la República romana- aunque difícilmente distinguibles a nivel arqueológico. Además de celtas y ligures existieron dos otros importantes focos de población en la región: los iberos, que ocuparon la vertiente norte de los Pirineos hasta el río Hérault, y las colonias griegas, ubicadas en la línea de la costa mediterránea, con Masalia como centro vertebrador. Tampoco fueron escasos los contactos con elementos etruscos y cartagineses¹, aunque su huella en la literatura clásica sea prácticamente nula.

En pro de una mayor comprensión y articulación del discurso de esta investigación, lo más conveniente era agrupar en este capítulo a celtas/galos, ligures, en lugar de dedicar un capítulo entero para cada uno de ellos. Dos razones fundamentales aconsejaron tal opción. La primera es la parquedad documental de cada uno de ellos respecto al tema tratado en esta tesis, ya que, pese a sus numerosas apariciones a lo largo de nuestro periodo de estudio, es poca la

¹ Janin y Py, 2012: 141.

información acerca de sus orígenes, motivaciones o intenciones políticas; la segunda, la frecuencia de las fuentes literarias clásicas en confundir o relacionar a estos pueblos entre ellos².

Todo este territorio no se conformó como entidad político-territorial hasta la conquista por parte de César, ya en el siglo I. Sin embargo, esto no significa que cada uno de estos pueblos fuera autárquico. Existieron contactos, relaciones comerciales, políticas, culturales y militares entre todos ellos que sedenterizaron definitivamente las sociedades del Bronce Final y activaron un proceso de urbanización y sinecismo. Este proceso desembocó en un completo desarrollo urbanístico con la aparición de las ciudades a finales del siglo VI y su consolidación a partir del siglo IV³.

En este sentido, son particularmente relevantes los trabajos realizados en numerosas publicaciones por autores franceses como Dominique Garcia⁴ o Michel Bats⁵, los cuales arrojan nuevas aportaciones a la problemática etnológica de la región -tan compleja y confusa en los textos antiguos- mediante la discusión y contraste de datos arqueológicos y literarios. No en vano, a menudo se ha subrayado la menor cantidad de información historiográfica disponible para los siglos IV y III sobre esta zona, en relación a los períodos inmediatamente anteriores y posteriores⁶. Nos detendremos tan solo brevemente, y a modo de presentación, en el análisis del recorrido literario e histórico de los términos étnicos que nos atan y que tanta tinta han arrojado en la historiografía, para centrarnos posteriormente en la realidad arqueológica de finales del V. Una vez definidas las etnias y los territorios correspondientes, volveremos a las fuentes literarias que, junto a las arqueológicas, han de aportarnos información acerca del tipo de relaciones que se establecieron entre Cartago y los pueblos a orillas del Mar Ligur.

8.1.1. Sobre la cuestión étnica: celtas, galos, ligures, segóbrigues y elisices

La cuestión terminológica no está, pues, exenta de dificultades y resulta necesario definir qué entendemos por cada uno de estos conceptos. Parece bastante probado que el término celta, esto es, el habitante de la *Keltikè*, procede del ámbito griego y, por lo tanto, es exógeno. Esta teoría ya fue formulada en la antigüedad por Dionisio de Halicarnaso (XIV, 1, 4) y Estrabón (IV, 1, 14), los cuales concedieron la autoría de este etnónimo -de forma totalmente comprensible- a los colonos masaliotas que desembarcaron en la región. Otra teoría propone que el etnónimo *Keltoi* fuera la transliteración al griego de un etnónimo local del entorno de Masalia⁷. En cualquier caso, aquella designación que en un primer momento describía a los indígenas oriundos del sur de Francia, a lo largo del tiempo se convirtió en un sinónimo de extranjero, de bárbaro⁸. El término *galo*, por su parte, no es más que el rebautizado nombre que los celtas recibieron de los romanos. D. Rankin afirma que algunos pueblos celtas procedentes del centro de Europa, habrían emigrado hacia el sur y suroeste, estableciéndose en la Galia Cisalpina hacia

² En un sentido similar se expresaba S. Péré-Noguès (2007: 353).

³ Garcia, 2004: 66-67.

⁴ Garcia, 2004; 2006; 2010.

⁵ Bats 2003; 2004; 2009; 2011.

⁶ Garcia, Gruat y Verdin, 2007: 227; Tréziny, 2006: 163.

⁷ Renfrew, 1987 (1993): 264.

⁸ Garcia, 2004: 15-16.

el siglo V⁹. Estas migraciones no habrían estado exentas de conflictividad. Los griegos establecidos en Masalia y sus proximidades habrían podido detener ese empuje gracias a su superioridad en el campo militar, pero los ligures, habrían sido empujados hacia el este¹⁰.

Más vagos resultan los términos liger y elisice. Ambos términos aparecen por vez primera en un fragmento de Hecateo de Mileto (frag. 53-54) en relación, de nuevo, al pueblo que ocupaba las tierras donde se fundó Masalia. Según el autor milesio, la colonia focea se fundó en territorio ligur, pero este pueblo estaba dividido en varias comunidades, una de los cuales eran los elisices. Heródoto (VII, 165, 1) menciona a estos elisices entre los pueblos que en el año 480 participaron en la batalla de Hímera en el bando cartaginés, y, significativamente, lo hace distinguiéndolos de iberos y ligures. El periplo de Avieno (O. M., v. 613) también menciona a los ligures, en este caso limitando con los iberos en la ciudad de Agde; sin embargo, más tarde especifica que entre los Pirineos y el Ródano se encontraban, de sur a norte los sordones y los elisices (vs. 534-614), éstos últimos, con capital en Naro (muy probablemente el *oppidum* de Montlaurès en Narbona). El Pseudo-Escílx (Periplo, 3, 4) por su parte, también ubica a los ligures en el entorno de Masalia, mientras que Floro (II, 3) -ya en el siglo II n.e.- los coloca al pie de los Alpes. La ubicación geográfica de los ligures a finales del siglo V parece corresponderse bien -al menos en su mayor parte- con su probable origen etimológico, derivado del griego *lygies*, definiendo a su población como "los de arriba"¹¹, pero no siempre fue así. Algunos especialistas apuntan a que los ligures habrían sido el pueblo autóctono de la céltica mediterránea y que, lentamente, fueron empujados por iberos y galos¹², retrocediendo territorialmente hacia el este en algunas zonas, desmembrándose para integrarse entre los recién llegados, en otras. En algún momento, los ligures habrían llegado a ocupar la mayor parte de la zona litoral del sur de la actual Francia, sobrepasando los Alpes hasta alcanzar Génova y, según Polibio (II, 16, 2), incluso Pisa. Esta extensión parece corroborarse gracias a los datos arqueológicos¹³ y topónimos¹⁴. Posteriormente, como hemos señalado, fueron empujados hacia el este, hacia la costa y la parte meridional de los Alpes, mientras los galos ocupaban su lugar¹⁵.

Los galos, a su vez, estaban compuestos por una multitud de pueblos y comunidades de carácter tribal entre los cuales se hallaban los segóbrigues, cuyo nombre, de raíz celta, los desvincula de los ligures. Según Justino (XLIII, 3, 4-13) eran los segóbrigues aquellos que se hallaban en el territorio de Masalia. La etimología de su nombre, que designa a la población de un monte o fortaleza ("briga") victoriosa ("sego"), es un claro ejemplo de la evolución de un núcleo indígena local hasta su expansión sobre un territorio mucho más amplio y jerarquizado, que es con el que topan los masaliotas a su llegada¹⁶.

⁹ Rankin, 1987/1996: 1-19; 38.

¹⁰ Rankin, 1987/1996: 38-9. Existen algunas referencias literarias, en Tito Livio (V, 34) y Justino (43, 4, 7), de carácter mítico, que podrían hacer referencia, según Rankin, a antiguos conflictos entre celtas, griegos y ligures.

¹¹ García, 2006: 66.

¹² García, 2006: 66.

¹³ García, 2004: 67-76.

¹⁴ Roman y Roman, 1997: 233.

¹⁵ Rankin, 1987/1996: 38-9; Roman y Roman, 1997: 235.

¹⁶ García y Bouffier, 2014: 25.

La arqueología, por su parte, recoge un proceso de iberización entre los Pirineos y la colonia de Agde, desarrollado entre fines del siglo VII y alrededor del año 400¹⁷. La fundación de las principales ciudades se inicia, como en la Iberia surpirenaica, a partir del siglo VI, como es el caso de Ruscino (Perpignan), Pech-Maho (Sigean), Carcassone, Montlaurès (Narbona), Ensérune (Nissan) o Iliberris (Elna)¹⁸. Este es, parcialmente, el territorio que habíamos adscrito a los elisios, en el bajo Hérault; he aquí, entonces, que durante los siglos VI y V se habría producido una transformación cultural: ¿los ligures elisios se habían iberizado? ¿se produjo una penetración demográfica procedente del sur? Esta es una de las cuestiones candentes en la historiografía de la protohistoria gala¹⁹. El resultado, en cualquier caso, es que durante el siglo siguiente el proceso de sincetismo en esta zona continuó, consolidando la mayor parte de estos núcleos urbanos, que siguieron creciendo hasta el siglo III²⁰.

Sin embargo, también se observan algunos abandonos importantes, como es el caso de Mailhac en el siglo V, o de Montlaurès en el siglo IV, que probablemente estén relacionadas con cambios de régimen aristocrático²¹. En este sentido, cabe entender el territorio elisice, no como un pueblo consolidado bajo un poder central sino más bien como una confederación de ciudades, cada una de las cuales era gobernada por su propia aristocracia, sobre las cuales alguna de ellas ejercería temporalmente una hegemonía limitada. De esta forma, se entiende la pujanza o declive de algunos asentamientos, coincidiendo con la hegemonía o no de su clase aristocrática. Este esquema político es aplicable, según nuestra opinión, a la mayor parte del Midi y explica, además la cantidad de nombres étnicos, de mayor o menor envergadura, aplicados sobre la región.

En el resto del Midi francés, también se produce, entre los siglos VII y VI una ruptura con el periodo anterior, no tanto en cuanto a la cultura material sino en el poblamiento del territorio; se produce una reordenación poblacional coincidiendo con los primeros contactos con pueblos extranjeros procedentes del Mediterráneo y también con la llegada del hierro y su impacto sobre la agricultura y el paisaje²². En este sentido se han establecido, de modo sintético, tres tipos de contactos con poblaciones foráneas en el Midi: a) contactos comerciales y relaciones étnico-culturales con sectores de población púnico-occidental e ibera que, procedentes del sur participaron mayoritariamente en la zona del Languedoc Occidental y del Rosellón²³; b) explotación de recursos -fundamentalmente minerales- en el Macizo Central y regiones interiores por parte de elementos etruscos; y c) implantación, producción, consumo y comercio costero con el mundo griego²⁴. Estos contactos no constituyen, desde luego, una excepción en el marco mediterráneo, como se ha comprobado en capítulos anteriores.

Recientemente se ha propuesto una importante presencia etrusca en las primeras fases de la ciudad de Lattara (Lattes) en el siglo VI, una instalación que, aunque no señala forzosamente su fundación tirrenica, como mínimo indicaría el establecimiento de una comunidad etrusca

¹⁷ Garcia, 2004: 22.

¹⁸ Garcia, 2004: 53-57.

¹⁹ Acerca de esta cuestión, Roman y Roman, 1997: 239-43.

²⁰ Garcia, 2004: 63; 80.

²¹ Nuninger, 2003: 254.

²² Garcia y Bouffier, 2014: 21-22.

²³ Garcia, 2006: 72; Janin y Py, 2012: 145.

²⁴ Garcia, 1995: 143-144.

importante junto a un pequeño núcleo indígena²⁵. Pero fuera de esta ciudad, por ahora no se ha documentado ningún otro tipo de asentamiento colonial ni fenicio-púnico ni etrusco²⁶; tan sólo los griegos parecen haberse establecido de forma permanente sobre la región. No es casualidad que precisamente la presencia de material etrusco en Lattes y, en menor medida, en otros núcleos del Languedoc, se decaiga muy significativamente en torno al 500: hacia el 525 se abandonan algunos de estos establecimientos indígenas en la costa que actuaban de enlace con el mundo etrusco²⁷, y en Lattara se documentan destrucciones producidas posiblemente por incendios provocados hacia el 475²⁸. Las importaciones de vino etrusco sobre la zona, anteriormente muy destacables, disminuyen a partir de esa fecha²⁹; el comercio etrusco desaparece y la zona queda bajo control masaliota completamente. Un proceso similar ocurre al este de Masalia, donde un importante núcleo de comercio etrusco como Saint-Blaise, termina fagocitado por el comercio masaliota a comienzos del siglo V³⁰.

Cabe destacar un último apunte importante respecto al comercio colonial que es aplicable tanto a la región que nos ocupa como al resto del Mediterráneo occidental. Se trata de la relación entre el descubrimiento de objetos muebles exógenos y el alcance comercial de sus fabricantes sobre esa localización. Ya avisaba M. Bats que la presencia de material en un sitio arqueológico no prueba, por sí mismo, que sus comerciantes hubieran llegado hasta ahí³¹. Al contrario, hay que tener en cuenta que en esta época tanto comerciantes griegos como etruscos o fenicio-púnicos comerciaban con una gran variedad de productos de distintas procedencias, como puede comprobarse por ejemplo en el pecio de Grand Ribaud³². Además, podía existir un notable número de intermediarios entre su lugar de fabricación y su destino final. Por lo tanto, y a modo de ejemplo, el hecho que aparezca una crátera de figuras rojas en el centro de Francia o un amuleto púnico en la cabecera del Ebro no implica en absoluto que griegos o cartagineses fueran los responsables de haber importado tales piezas hasta ese punto ni que, por supuesto, existiera una ruta comercial estable entre ellos. Así pues, y aunque este hecho dificulte aún más la labor investigadora, no debemos dejarnos aventurar por lecturas simplistas. De forma general, cuanto menor es la cantidad de objetos importados, menor es también la posibilidad de contactos directos y regulares entre el lugar de origen y el de destino.

Retornando a los cambios acaecidos en la zona, esta reordenación del territorio alumbró también un nuevo sentimiento de identidad entre las comunidades indígenas, cuyos territorios se delimitaban a menudo mediante espacios cultuales o funerarios³³. Las formas de organización social acéfalas propias del Bronce Final dieron paso a sistemas de jefatura simple bajo el liderazgo de un aristócrata³⁴ (el “Big man” de Sahlins) en un proceso en que los bienes de prestigio y los contactos con comerciantes extranjeros actuarán como un engranaje más de toda la maquinaria, un fenómeno que no resulta tan distante ni tan distinto al periodo orientalizante

²⁵ Py *et al.*, 2006; Janin y Py, 2012: 145, 147.

²⁶ Tréziny, 2006: 163.

²⁷ Janin y Py, 2012: 145.

²⁸ Py *et al.*, 2006: 601.

²⁹ Bats, 2011: 101.

³⁰ Bats, 2003: 25.

³¹ Bats, 2003: 24-25.

³² Bats, 2011: 97.

³³ Garcia y Bouffier, 2014: 23.

³⁴ Garcia, Gruat y Verdin, 2007: 233; Garcia y Bouffier, 2014: 23-24.

en la península Ibérica. En otras palabras, a partir del siglo V se desarrolla un paulatino proceso de jerarquización de las comunidades indígenas³⁵. Por otro lado, la presencia de armas en la mayor parte de tumbas masculinas de las necrópolis indígenas ha llevado a plantear la existencia de una casta guerrera³⁶ -que por cierto no ha sido reconocida en Iberia³⁷- relacionada sin duda con un periodo de notables confrontaciones violentas³⁸.

Cabe señalar que este cuadro étnico-cultural no fue en absoluto estático sino profundamente dinámico, permeable y heterogéneo. La investigación arqueológica recoge varias facies culturales en algunos yacimientos así como abandonos y fundaciones de centros urbanos durante los siglos V-IV³⁹. Así pues, si bien es importante tener en cuenta cuál era la cultura predominante en una u otra zona, o mejor, bajo qué territorios ejercía la hegemonía tal o cual ciudad, no podemos olvidar el notable mestizaje, flujo y migración de población en la antigüedad en general y en el sur de la Galia en particular. A este cuadro que acabamos de presentar hay que añadirle las penetraciones de inmigrantes centroeuropeos que empezaron a llegar sobre la zona a partir del siglo III: los volcos.



Figura 33. Mapa de la Céltica mediterránea con los principales núcleos urbanos indígenas (en negro) y las colonias griegas (en blanco).

³⁵ Garcia, 2010: 23.

³⁶ Sanmartí, 1993: 20.

Garcia y Bouffier, 2014: 31.

³⁷ Acerca de la existencia de una casta guerrera en Iberia, Quesada Sanz (2003: 122) señala su posible existencia en el siglo V, pero la niega para el siglo III. Durante el Ibérico Medio (siglos IV-III) defiende la existencia de una milicia cívica formada por campesinos libres.

³⁸ Garcia, Gruat y Verdin, 2007: 227.

³⁹ Roman y Roman, 1997: 233-7; Garcia, Gruat y Verdin, 2007.

8.1.2. Masalia y las colonias griegas

En este contacto entre poblaciones y culturas desempeñó un importante papel la inmigración griega que se estableció en la zona a partir del siglo VI. La fecha tradicional de la fundación de Masalia⁴⁰ se sitúa alrededor del año 600⁴¹, aunque desde una perspectiva arqueológica esta fecha sigue siendo discutible y los testimonios literarios no son totalmente coincidentes⁴². La ciudad tuvo un rápido crecimiento gracias, fundamentalmente, a su buena ubicación geográfica que le permitía actuar como intermediaria en dos importantes rutas comerciales: el eje norte-sur, entre el Mediterráneo y el interior de la Galia, remontando el Ródano; y el itinerario marítimo norte del eje este-oeste (ya que el itinerario sur, por las costas africanas, era patrimonio fenicio-púnico). A medida que su población y sus dimensiones aumentaban, también lo hizo su importancia estratégica y política. Hacia el año 400 fundó su propia colonia⁴³ en la orilla opuesta del golfo de León, Agde, probablemente para afianzar su posición alrededor del Ródano y su área de influencia en el golfo⁴⁴. Al contrario de lo ocurrido en Emporion, donde la población indígena se integró en el mismo núcleo urbano -separados, eso sí, por un muro-, en Agde se documenta una reorganización de los *oppida* circundantes, algunos de los cuales fueron abandonados⁴⁵. Este hecho se ha explicado a partir de la diferencia de potencial demográfico entre una y otra colonia, mucho más potente en la colonia francesa que en Emporion. Agde y Masalia, fueron capaces de imponer un dominio territorial inexistente en Emporion⁴⁶.

Poco después, a lo largo del siglo IV y III, Masalia fundó otras colonias, mencionadas por Escymnos (vs. 203-217) y por Estrabón (IV, 5; 9): Rhodanousia (quizás Espeyran), Tauroeis (Six-Fours), Antipolis (Antibes), Nikaia (Niza), y especialmente Olbia (Hyères), en el extremo sur de la Costa Azul, como escala para sus rutas hacia la península Itálica y la Magna Grecia. M. Bats ha propuesto, en base al urbanismo de Agde y Olbia, que pudiera tratarse de enclaves estratégicos destinados a afianzar el dominio de Masalia sobre la Costa Azul mediante el sistema de las *cleruquías* anteriormente utilizado la Hélade⁴⁷.

La expansión demográfica y económica de Masalia comportó, con notable rapidez, una serie de cambios en las pautas de poblamiento indígenas. Así, mientras que durante la primera mitad del siglo VI fue la colonia focea quién se adaptó a las condiciones sociales y políticas de la región, a partir de la segunda mitad de siglo, y de manera muy clara a partir de la centuria siguiente, se

⁴⁰ Acerca del estudio arqueológico de Masalia, ver, recientemente, Tréziny, 2012.

⁴¹ Tréziny, 2005: 61.

⁴² Pausanias (X, 8, 6) relata la fundación de Masalia a partir del exilio de la población de Focea ante el asedio de la ciudad por parte de Hárpago, el mejor general de Ciro el grande, que a mediados del siglo VI estaba extendiendo el dominio persa hacia occidente (una información corroborada por Heródoto (I, 164-165), aunque sin relación con Masalia). Por tanto, estos últimos datos retrocederían la fundación de Masalia hacia el 545 aproximadamente.

⁴³ Anteriormente había fundado Emporion, a principios del siglo VI, en el nordeste de la península Ibérica.

⁴⁴ Un estudio acerca de la colonia de Agde y el impacto que supuso sobre el territorio circundante, en García, 1995.

⁴⁵ De hecho, se ha documentado un establecimiento anterior, indígena, en el mismo lugar de Agde, que se remontaría al siglo VII (Boissinot, 2005: 19).

⁴⁶ García, 2004: 88.

⁴⁷ Bats, 2004: 382-383; Bats, 2009: 206.

produjo un intercambio de papeles. La presión demográfica y económica de la ciudad sobrepasó sus murallas: el cultivo de la vid y el olivo demandó más territorios cultivables que fueron arrebatados a los segóbrigues, incapaces de adaptarse a las nuevas formas de comercio a gran escala. Muy pronto las comunidades indígenas tuvieron que adaptarse a la nueva situación económica y política establecida por los masaliotas⁴⁸. Se observa, por ejemplo, un crecimiento de poblaciones indígenas de pequeñas y medianas dimensiones a lo largo del Ródano así como en las cercanías de su desembocadura⁴⁹. Estas poblaciones se especializaron en el cultivo de cereal, un producto muy demandado en la colonia griega tanto para su consumo propio como para su exportación.

Así, más que su propia fundación, fue la explosión económica y demográfica de Masalia, a fines del siglo VI, aquello que provocó un mayor cambio en las comunidades y pueblos indígenas del sur de la Galia. Para adaptarse a las nuevas condiciones de mercado, se produjo en toda la región un movimiento de traslado poblacional hacia el litoral mediterráneo, un fenómeno que no fue ajeno a la construcción o reafirmación de identidades autóctonas ni al paso a la vida protourbana en las nuevas fundaciones⁵⁰. ¿Significa eso que la población indígena se helenizó? No, y menos aún con anterioridad al siglo II, según H. Tréziny⁵¹, que pone como ejemplo el poco desarrollo que tuvo en ese momento la escritura galo-griega. En cambio, la población griega sí que parece haber desempeñado un papel activo en el desarrollo de algunas fortificaciones indígenas como las de Mayans -con unas singulares torres cuadrangulares- o Arles⁵² -con un impresionante bastión de 36m sobre el río-.

Ya hemos visto en anteriores capítulos como el comercio griego -o al menos, sus productos- no se enclaustraron al sur de la Galia después de la disputida batalla de Alalia y el auge comercial de Cartago durante el siglo VI y V. Sin embargo no deja de ser cierto que su área de influencia directa, su infraestructura física, quedó estancada al norte de los Pirineos, con las pequeñas Emporion y Rhode como puestos avanzados. Con las fundaciones de Agde y Olbia, de mucho mayor entidad que aquellas, la posición política y comercial de Masalia se consolidaba plenamente en la región septentrional y no le faltaban ni mercados ni clientes, tanto en el norte de la península Itálica como en la Magna Grecia. Incluso en fechas tan tempranas como el periodo 525-470 parece que Masalia acuñó, por cuenta propia, dos tipos monetales, llamados de Auriol. Estas series se han descubierto en gran proporción en Emporion y en la propia Masalia, aunque también aparecen en numerosos enclaves indígenas sudgálicos. Precisamente esta distribución sobre el territorio céltico había llegado a plantear la posibilidad que estos establecimientos fueran mercados fundamentalmente masaliotas, un extremo que actualmente ha sido descartado. En cambio, se defiende la teoría de la llegada de moneda en estos

⁴⁸ Garcia y Bouffier, 2014: 30-31.

⁴⁹ Garcia, 2010: 23; Garcia y Bouffier, 2014: 30.

⁵⁰ Garcia y Bouffier, 2014: 31.

⁵¹ Tréziny, 2006: 164.

⁵² Tréziny, 2006: 165-6. No nos olvidamos que el gran *oppidum* de Saint-Blaise también cuenta con una parte de murallas de clara factura helenística (incluso existen epígrafes griegos en sus bloques), pero éstas datan del siglo II, y por tanto quedan fuera de nuestro ámbito de estudio. En algún momento este asentamiento de llegó a considerar de carácter plenamente griego, pero en la actualidad este extremo ha sido desecharido (Boissinot, 2005, 20).

yacimientos bien a través de distintos intermediarios, bien a través de su interpretación como bien de prestigio, pero en cualquier caso, fuera de todo control territorial masaliota⁵³.

En la segunda mitad del siglo III se produjo un cambio en la producción monetal en Masalia que algunos investigadores han planteado relacionar con la conquista bárcida de la península Ibérica. A partir del año 240 Masalia había empezado a acuñar un nuevo tipo de moneda denominado dracma pesada (3,64 gr.). Sin embargo, tan solo quince años más tarde, se rebajó su peso en casi un 30%, dando lugar a una nueva serie denominada dracma ligera (2,60-2,70 gr.), coincidiendo con el inicio de las producciones de bronce. Según M. Bats, este cambio de modelo podría estar relacionado con el miedo -o la realidad- de quedarse sin las importaciones de plata procedentes de Iberia⁵⁴.

8.1.3. La llegada de los volcos

Hacia inicios del siglo III se produjo una nueva oleada migratoria celta procedente del centro de Europa, penetrando de nuevo en la península Itálica, el Midi francés y las vertientes septentrionales de los Pirineos. Las fuentes literarias (pocas, por cierto), llamaron a estos pueblos volcos, y los dividieron en dos grandes tribus: tectosages y arecomicos. Su referencia más antigua nos la contextualiza Livio (XXI, 26, 6) en el paso de Aníbal por la Galia en el 218. En este contexto los volcos oriundos de la región, cortaron el paso de los cartagineses en el Ródano: “*Aníbal, después de neutralizar a los demás con amenazas o dinero, había llegado ya al territorio de los volcas*⁵⁵”. Nótese que Livio no distingue a dos categorías entre ellos; se trataría, según el autor patavino, de un solo pueblo. Es a partir de Estrabón, algunos años más tarde, cuando aparece la distinción entre Arecomicos y Tectosages⁵⁶:

*“Casi todas las tierras del otro lado del río [Ródano] están ocupadas por los llamados volcos arecómicos. Dicen que su dársena es Narbona, pero con más propiedad podría afirmarse que lo es también del resto de la Céltica a juzgar por el inigualable número de embarcaciones que la utilizan para el comercio. Los volcos habitan junto al Ródano, y tienen enfrente, al otro lado del río, a los salios y a los cavaros.*⁵⁷” (Est. IV, 1, 12).

“Los llamado tectósages ocupan los aledaños del Pirene, pero, por otra parte rebasan un poco la vertiente septentrional de los Cemenos. Habitán una tierra rica en oro. Existen indicios de que antaño eran poderosos y tenían un territorio tan

⁵³ Bats, 2011: 101-102.

⁵⁴ Bats, 2011: 106-107.

⁵⁵ *Hannibal ceteris metu aut pretio pacatis iam in Volcarum pervenerat agrum, gentis validae* (Liv., XXI, 26, 6). Traducción de J. A. Villar Vidal para la editorial Gredos (2001).

⁵⁶ Aunque Estrabón bebe, en buena parte, de la obra de Posidonio, y éste sí estuvo en la Galia, parece que tal distinción aparece por primera vez en el propio Estrabón (Nuninger, 2003: 250).

⁵⁷ τὴν δ' ἐπὶ Θάτερα μέρη τοῦ ποταμοῦ Ὁυόλκαι νέμονται τὴν πλείστην, οὓς Ἀρηκομίσκους προσαγορεύουσι. τούτων δ' ἐπίνειον ἡ Νάρβων λέγεται, δικαιότερον δ' ἂν καὶ τῆς ἄλλης Κελτικῆς λέγοιτο: τοσοῦτον ὑπερβέβληται τῷ πλήθει τῶν χρωμένων τῷ ἐμπορίῳ. οἱ μὲν οὖν Ὁυόλκαι γειτονεύουσι τῷ Ἱοδανῷ, τοὺς Σάλυας ἔχοντες ἀντιπαρήκοντας αὐτοῖς ἐν τῇ περαίᾳ καὶ τοὺς Καουάρους. (Est. IV, 1, 12). Traducción de M^a José Meana y Félix Piñero para la editorial Gredos (1992).

*superpoblado que, después de una guerra civil, hubo que expulsar a gran cantidad de habitantes de sus propias tierras, a los cuales se unieron otros procedentes de otros pueblos.*⁵⁸" (Est. IV, 1, 13).

Posteriormente, Plinio (*Nat. Hist.*, III, 4(5), 31-33) y César (BG, I, 35) también distinguieron entre volcos arecomicos y volcos tectosages. El hecho de que esta distinción aparezca tardíamente, ha llevado a algunos historiadores a plantearse si no fue en realidad una división artificial romana⁵⁹, o incluso que los arecomicos fueran una invención⁶⁰. La etimología de sus nombres parece claramente de raíz celta⁶¹ y, como ha señalado el propio Fiches, entre el siglo IV y III se produjo una reorganización territorial del poblamiento alrededor de la ciudad de Nîmes⁶², lo que podría corresponderse con la implantación de un nuevo poder o con un cambio de régimen. Aún así, lo cierto es que algunas evidencias apuntan a que tal distinción en las fuentes romanas responde más a criterios administrativos político-militares exógenos, que a una realidad étnica bien diferenciada. En este sentido, Nuninger ha planteado la posibilidad que detrás de la raíz celta *are-* el término arecomico esté relacionado con el latín *comes* (*le compagnon, l'associé*) o *comis* (*doux, gentil, affable, bienveillant, obligeant*), resultando el significado de *volco arecomico* como "peuplades associées ou bienveillantes"⁶³. En este sentido, los volcos arecomicos, aquellos que barraron el paso a Aníbal en el Ródano, serían considerados potencialmente aliados. En el otro lado, el término celta *tectosage* ha sido interpretado como la latinización de *texto-* y *sagi*, cuyo significado podría ser "aquellos que buscan refugio" "aquellos que mendigan"⁶⁴. Se establece así una dicotomía entre aquellos volcos filoromanos, arecomicos, y aquellos que "buscan refugio (en los cartagineses)", y por tanto antirromanos⁶⁵.

En relación al desarrollo político y social de los volcos, los indicios apuntan a un sistema muy similar al descrito anteriormente para el caso de los elisices. Así, se distinguen dos niveles de gobierno, uno local (o tribal), alrededor de la comunidad, y otro supralocal (o étnico), confederativo, sin que éste ejerza una hegemonía férrea sobre cada una de las comunidades inferiores, es decir, sin aparato estatal. Nuninger define a la organización político-social de los volcos como protoestatal, a medio camino entre la del tipo samnita y la de los reinos norteafricanos⁶⁶. Si seguimos literalmente el pasaje anteriormente citado de Livio (XXI, 26, 6), éste afirma que antes de llegar al Ródano, Aníbal aseguró su marcha desde los Pirineos mediante el soborno y el miedo sobre las poblaciones indígenas, lo cual indica, efectivamente, que todas aquellas comunidades no seguían unas mismas directrices con respecto al paso del ejército

⁵⁸ οἱ δὲ Τεκτόσαγες καλούμενοι τῇ Πυρήνῃ πλησιάζουσιν, ἐφάπτονται δὲ μικρὰ καὶ τοῦ προσαρκτίου πλευροῦ τῶν Κεμμένων, πολύχρυσόν τε νέμονται γῆν. ἑοίκαστ δὲ καὶ δυναστεῦσαί ποτε καὶ εύανδρῆσαί τοσοῦτον ὥστε στάσεως ἐμπεσούσης ἐξελάσαι πολὺ πλῆθος ἐξ ἐαυτῶν ἐκ τῆς οἰκείας: κοινωνῆσαι δὲ τούτοις καὶ ἄλλους ἐξ ἄλλων ἐθνῶν. (Est. IV, 1, 13). Traducción de M^a José Meana y Félix Piñero para la editorial Gredos (1992).

⁵⁹ Clavel, 1970: 132.

⁶⁰ Fiches 2002: 124-125.

⁶¹ Acerca de su etimología, Nuninger, 2003: 258.

⁶² Fiches 2002: 125.

⁶³ Nuninger, 2003: 258.

⁶⁴ Lambert 1994: 35.

⁶⁵ Nuninger, 2003: 258.

⁶⁶ Nuninger, 2003: 254-5.

púnico. No había, por tanto, un poder central que hubiera dado órdenes en uno u otro sentido. Bien es cierto, por otro lado, que esta afirmación puede tratarse simplemente de una dramatización literaria del autor paduano que difícilmente habría podido saber con seguridad que es lo que pasó en realidad entre los Pirineos y el Ródano.

8.1.4. La huella fenicia en la Galia anterior al siglo V

El Midi francés, es probablemente la zona que más tardíamente se incorpora a los circuitos comerciales mediterráneos, de entre todos los aquí tratados. Así como Sicilia, la zona del Estrecho de Gibraltar, Etruria e incluso Córcega y Cerdeña presentan ya contactos con elementos helenos o fenicios en el siglo IX, el sur de la Galia queda mayoritariamente al margen de este proceso hasta finales de la centuria siguiente⁶⁷. Incluso a lo largo del siglo VII son tan escasos los objetos exógenos recuperados que ni tan sólo su origen -o mejor, su vía de llegadas- distingüible entre el mundo griego, el colonial fenicio o incluso el etrusco⁶⁸. Pese a la importancia que tuvo la fundación de Masalia para la incorporación del sur de la Galia a los circuitos mediterráneos -su “mediterranización”, según el término empleado por D. García-, ésta no fue sino la consecuencia de un fenómeno que ya habían iniciado los pueblos autóctonos con el mundo etrusco. Efectivamente, entre finales del siglo VII e inicios del VI, las importaciones tirrenicas de vino en la Galia significaron su entrada efectiva en los circuitos mediterráneos. Desde este punto de vista, Masalia sería el resultado de este fenómeno, y no su causa⁶⁹.

¿Pero qué hay de la presencia fenicio-púnica? Tal y como apuntábamos anteriormente existen algunos indicios acerca del comercio con elementos fenicios con anterioridad al siglo V. Se trata de comerciantes procedentes de las factorías fenicias del sur de la península Ibérica que, como ya hemos visto en su momento, habían desarrollado una gran actividad y desarrollo en el llamado Círculo del Estrecho. De este modo se ha postulado que entre finales del siglo VII e inicios del siguiente hubo cierto interés por parte de elementos fenicios en encontrar una ruta comercial desde el Languedoc hacia el Atlántico, hacia las fuentes del estaño, que eludieran la circunnavegación de la península Ibérica. Sin embargo, estas rutas ya estaban en funcionamiento y los etruscos no eran ajenos a ellas, de modo que los fenicios se habrían satisfecho con establecer relaciones comerciales con los asentamientos costeros dónde pudieran embarcar el metal⁷⁰.

Sin entrar en elucubraciones acerca de los intereses fenicios en la región, lo cierto es que las fuentes literarias no mencionan ningún asentamiento ni zona de influencia fenicio-púnica en el sur de la Galia y la documentación arqueológica es bastante exigua al respecto. No parece, pues, que hubiera ningún intento de fundación comercial estable. Quizá la razón debiera relacionarse con el conflicto de intereses que supondría respecto al comercio etrusco, que ya durante el siglo VII frecuentaba esta zona; a diferencia del sur de la península Ibérica, que era un nuevo nicho de mercado para el Mediterráneo, en el sur de la Galia los etruscos ya comerciaban en ella.

⁶⁷ Garcia y Sourisseau, 2010: 238.

⁶⁸ Garcia y Sourisseau, 2010: 239 ; Py, 2012: 142-143.

⁶⁹ Garcia y Sourisseau, 2010: 241.

⁷⁰ Arteaga, Padró y Sanmartí, 1986: 313.

En los siglos posteriores, ya con Cartago liderando el comercio fenicio en el Mediterráneo occidental y los etruscos en franco declive, Masalia y sus colonias convirtieron la zona en su coto privado de comercio. Sin embargo, algunos indicios nos impelen a pensar que su proceso de consolidación no resultó en ningún modo sencillo, sino que se produjeron algunos enfrentamientos militares con Cartago durante el siglo VI. Veamos cuáles son estas referencias.

En primer lugar contamos con un controvertido pasaje de Tucídides (I, 13, 6) que afirma “*Y los foceos, que fundaron Marsella, combatiendo por mar vencieron a los cartagineses*⁷¹”. Con tan parca información resulta imposible ubicar cronológicamente esta batalla y, en el pasaje griego original no queda claro, gramaticalmente, si ésta tuvo lugar en el momento que los foceos fundaban Masalia o si se dio posteriormente⁷², aunque personalmente nos inclinamos por la segunda opción. De ser así, podría aludir a la batalla de Alalia, aunque bien es cierto que en el corto relato herodoteo de dicha batalla son los refugiados foceos y los alaliotas quienes luchan contra la coalición púnico-etrusca (Hdt. I, 166), sin que Masalia aparezca mencionada en ningún momento. Estrabón, Pausanias y Justino también aluden a un enfrentamiento entre masaliotas y cartagineses, pero también en ambos casos la información resulta tan limitada que no permite ubicación cronológica ni geográfica alguna:

“Los masaliotas son colonos de los focenses de Jonia, que son una parte de los de Focea que un día huyeron de Hárpago el medo. Venciendo en el mar a los cartagineses, adquirieron la tierra que ahora poseen y alcanzaron gran prosperidad⁷³” Pausanias (X, 8, 6)

“Los focidios que ocupaban Elatea como resistieron el asedio de Casandro por acudir en su ayuda Olimpiodoro desde Atenas- enviaron a Delfos un león de bronce para Apolo. El Apolo que está más cerca del león es de los masaliotas, una primicia de su batalla naval contra los cartagineses⁷⁴” Pausanias (X, 18, 7)

“Subsisten en la ciudad numerosas muestras de los botines arrebatados en las batallas navales contra los que disputaban injustamente el dominio del mar⁷⁵” Estrabón (IV, 1, 5)

⁷¹ Traducción de Juan José Torres Esbarranch para la editorial Gredos (1990).

⁷² Torres Esbarranch, J. J., 1990: 149-150, n. 106.

⁷³ οἱ δὲ Μεσσαλιῶται Φωκαέων εἰσὶν ἄποικοι τῶν ἐν Ἰωνίᾳ, μοῖρα καὶ αὕτη τῶν ποτε Ἀρπαγὸν τὸν Μῆδον φυγόντων ἐκ Φωκαίας: γενόμενοι δὲ ναυσὶν ἐπικρατέστεροι Καρχηδονίων τίμη τε γῆν ἣν ἔχουσιν ἐκτήσαντο καὶ ἐπὶ μέγα ἀφίκοντο εύδαιμονίας. Traducción de María Cruz Herrero Ingelmo para la editorial Gredos (1994).

⁷⁴ Φωκέων δὲ οἱ ἔχοντες Ἐλάτειαν—ἀντέσχον γὰρ τῇ Κασσάνδρου πολιορκίᾳ Ὀλυμπιοδώρου σφίσιν ἐξ Αθηνῶν ἀμύνοντος—λέοντα τῷ Ἀπόλλωνι χαλκοῦν ἀποτέμπουσιν ἐς Δελφούς. ὁ δὲ Ἀπόλλων ὁ ἐγγυτάτω τοῦ λέοντος Μασσαλιωτῶν ἐστιν ἀπὸ τῆς πρὸς Καρχηδονίους ἀπαρχὴν ναυμαχίας. Traducción de María Cruz Herrero Ingelmo para la editorial Gredos (1994).

⁷⁵ ἀνάκειται δ' ἐν πόλει συχνὰ τῶν ἀκροθινίων, ἡ ἔλαβον καταναυμαχοῦντες ἀεὶ τοὺς ἀμφισβητοῦντας τῆς Θαλάττης ἀδίκως. Traducción de M.º J. Meana y F. Piñero para la editorial Gredos (1994).

"Al estallar la guerra con los cartagineses por el apresamiento de unos barcos de pesca, más de una vez derrotaron también a sus ejércitos y, una vez vencidos, les concedieron la paz⁷⁶" Justino (XLIII, 5, 2)

¿Qué podemos extraer de todo ello? Ciertamente, nada concluyente. Con los datos que poseemos actualmente no podemos llegar a ninguna conclusión sólida. Es posible que se hubieran producido enfrentamientos armados entre Cartago y Masalia en el siglo VI como intuyen algunos autores⁷⁷ y el contexto histórico de ese momento era proclive a ello; nosotros mismos nos inclinamos hacia esta opción. Pero cabe reconocer que con indicios tan escasos resulta arriesgado afirmar nada con cierta rotundidad.

Esta confrontación a nivel político no impidió que productos cartagineses siguieran llegando a Masalia a lo largo de los siglos VI y V. Ahora bien, quizá la vía de llegada no era directamente desde Cartago sino mediante canales secundarios con la participación de varios intermediarios y escalas portuarias.

8.2. Relaciones político-militares con el estado cartaginés

Pese a la riqueza étnica y cultural que acabamos de describir para el sur de la Galia, en la mayor parte de referencias en los textos clásicos no se produce ninguna distinción entre unas y otras identidades concretas. Para la mayor parte de escritores, cuyas obras fueron escritas en los siglos inmediatamente anteriores o posteriores al cambio de era, la Galia constituye un concepto geográfico muy bien ubicado: básicamente, todo aquel territorio del centro y occidente de Europa que no era ni Hispania ni la península Itálica; de ahí que si alguien procedía de ese entorno había que calificarlo como galo sin duda. Tan sólo los masaliotas merecían cierta distinción. Por tanto, bajo el concepto "celta" que mayoritariamente encontramos en las fuentes escritas se esconde una realidad mucho más heterogénea. Pocas veces tendremos ocasión de escudriñar con exactitud la procedencia exacta de estos "celtas".

Como hemos visto, los contactos fenicios con la Céltica mediterránea fueron más bien escasos a lo largo de toda la época clásica, especialmente si lo comparamos con otras áreas circundantes. Sin embargo eso no impidió que ya en la primera batalla de Hímera (480) aparecieran mercenarios celtas, ligures y elisices entre las filas cartaginesas. Se trata de la mención más antigua acerca de la utilización de tropas extranjeras por parte cartaginesa, de la cual tenemos los testimonios de Heródoto y Diodoro Sículo:

⁷⁶ Karthaginiensium quoque exercitus, cum bellum captis piscatorum navibus ortum esset, saepe fuderunt pacemque victis dederunt (Just. XLIII, 5, 2). Traducción de José Castro Sánchez para la editorial Gredos (2008).

⁷⁷ Malkin, 2011: 152; Roman y Roman, 1997: 289.

"Sin embargo, los habitantes de Sicilia cuentan también la siguiente versión de los hechos: aunque iba a tener que estar a las órdenes de los lacedemonios, Gelón, pese a ello, hubiese acudido en Socorro de los griegos, si el tirano de Hímera, Terilo, hijo de Crinipo (que había sido expulsado de su ciudad por el soberano de Acragante, Terón, hijo de Enesidamo), no hubiese hecho intervenir en Sicilia, por aquellas mismas fechas, a un ejército de trescientos mil hombres integrado por fenicios, libios, iberos, ligures, elísimos, sardonios y cirnios, a cuyo frente se hallaba Amílcar, hijo de Hannón, que era rey de los cartagineses.⁷⁸". Hdt. VII, 165, 1

"Jerjes, persuadido por él y deseoso de expulsar a todos los griegos de sus tierras, envió una embajada a los cartagineses para tratar de una acción conjunta y concluyó con ellos un tratado en los términos siguientes: él, Jerjes, emprendería una expedición contra los griegos de Grecia y los cartagineses, al mismo tiempo, prepararían un numeroso ejército para derrotar a los griegos de Sicilia e Italia. Así pues, de acuerdo con este tratado, los cartagineses reunieron una gran cantidad de dinero y alistaron mercenarios de Italia y Liguria y también de Galia y de Iberia y, además de estas fuerzas, reclutaron tropas de ciudadanos a lo largo de toda Libia y en Cartago; finalmente, al cabo de tres años de preparativos, reunieron un ejército de más de trescientos mil hombres y una flota de doscientas naves.⁷⁹". Diod. XI, 1, 4-5.

Ubicado en su contexto nos damos cuenta de la importancia relativa de estos pasajes en ambos autores. La campaña cartaginesa no tenía por objetivo únicamente la ciudad de Hímera sino que pretendía acabar con la hegemonía griega en la isla de Sicilia (y en el sur de Italia, si creemos a Diodoro al pie de la letra). Diodoro y Heródoto destacan que esta iniciativa estaba orquestada por el Gran Rey persa Jerjes, que pretendía invadir la Hélade de forma simultánea, privando así de refuerzos procedentes de la Magna Grecia a sus compatriotas helenos. A menudo se ha discutido sobre la historicidad de esta alianza antihelena. Pero aunque es cierto que algunos datos son probablemente fruto de la licencia literaria, como la coincidencia en el mismo día de la derrota persa en Salamina (Hdt. VII, 166, 1) y la equivalente cartaginesa en Hímera, desde nuestro punto de vista parece totalmente probable una coalición de estas características. Recordemos que Cartago y Persia no eran dos potencias desconocidas entre sí, sino todo lo contrario. En esa época, la metrópolis de Cartago, Tiro, formaba parte del imperio persa y de hecho suministró la mayor parte de la flota al Gran Rey. Por otro lado, también hemos tenido ocasión de comprobar en capítulos anteriores las intensas relaciones políticas, comerciales, e

⁷⁸ λέγεται δὲ καὶ τάδε ὑπὸ τῶν ἐν τῇ Σικελίῃ οἰκημένων, ὡς ὅμως καὶ μέλλων ἄρχεσθαι ὑπὸ Λακεδαιμονίων ὁ Γέλων ἐβοήθησε ἀν τοῖσι Ἑλλησι, εἰ μὴ ὑπὸ Θήρωνος τοῦ Αἰνησιδήμου Ἀκραγαντίνων μουνάρχου ἔξελασθεὶς ἐξ Ἰμέρης Τήριιλος ὁ Κρινύππος τύραννος ἐών Ἰμέρης ἐπῆγε ὑπ’ αὐτὸν τὸν χρόνον τοῦτον Φοινίκων καὶ Λιβύων καὶ Ἰβήρων καὶ Λιγύων καὶ Ἐλισύκων καὶ Σαρδονίων καὶ Κυρνίων τριήκοντα μυριάδας καὶ στρατηγὸν αὐτῶν Ἀμίλκαν τὸν Ἀννωνος, Καρχηδονίων ἐόντα βασιλέα... (Hdt. VII, 165, 1). Traducción de Carlos Schrader para la editorial Gredos (1985).

⁷⁹ ὁ δὲ Ξέρξης πεισθεὶς αὐτῷ καὶ βουλόμενος πάντας τοὺς Ἑλληνας ἀναστάτους ποιῆσαι, διεπρεσβεύσατο πρὸς Καρχηδονίους περὶ κοινοπραγίας καὶ συνέθετο πρὸς αὐτούς, ὥστε αὐτὸν μὲν ἐπὶ τοὺς τὴν Ἐλλάδα κατοικοῦντας Ἑλληνας στρατεύειν, Καρχηδονίους δὲ τοῖς αὐτοῖς χρόνοις μεγάλας παρασκευάσσασθαι δυνάμεις καὶ καταπολεμῆσαι τῶν Ἐλλήνων τοὺς περὶ Σικελίαν καὶ Ἰταλίαν οἰκοῦντας. ἀκολούθως οὖν ταῖς συνθήκαις Καρχηδόνιοι μὲν χρημάτων πλῆθος ἀθροίσαντες μισθοφόρους συνῆγον ἔκ τε τῆς Ἰταλίας καὶ Λιγυστικῆς, ἔτι δὲ Γαλατίας καὶ Ἰβηρίας, πρὸς δὲ τούτοις ἐκ τῆς Λιβύης ἀπάσσης καὶ τῆς Καρχηδόνος κατέγραφον πολιτικὰς δυνάμεις: τέλος δὲ τριετῆ χρόνον περὶ τὰς παρασκευάς ἀσχοληθέντες ἥθροισαν πεζῶν μὲν ὑπέρ τὰς τριάκοντα μυριάδας, ναῦς δὲ διακοσίας. (Diod. XI, 1, 4-5). Traducción de Juan José Torres Esbarranch para la editorial Gredos (2006).

incluso religiosas, entre la ciudad fenicia y la colonia norteafricana en esa época; baste recordar que aún en el año 404, casi ochenta años más tarde, las tropas de Himilcón robaron una estatua de Apolo en Gela y la enviaron a Tiro como regalo (Diod. XIII, 108, 2-4), lo que pone de manifiesto esta cercana relación. Por último, dado el celo con que Jerjes preparó esa campaña contra Atenas y sus aliados -nada menos que durante tres años-, no parece en absoluto una exageración literaria que Persia se aliara con Cartago en aquella ocasión.

Ahora bien, si por un lado estamos convencidos de la estrecha relación entre ambas ofensivas, por el otro nos cuesta creer en la veracidad de la lista étnica de mercenarios alineados con Cartago en fechas tan antiguas. Para explicar esta participación han sido argumentadas distintas teorías: desde el crecimiento de un sentimiento antigriego en el sur de la Galia, a la reubicación geográfica de los elisices hacia el Languedoc Occidental, más próximos a los iberos⁸⁰. Ninguna de estas teorías nos parecen satisfactorias; tres razones fundamentales nos inducen a pensar en otra explicación. La primera de ellas, como ya habíamos apuntado, es la escasa presencia fenicia en el sur de la Céltica en esas cronologías; a lo largo del siglo VII e inicios del siguiente el comercio con elementos fenicios podía haber sido algo relativamente común. Sin embargo en el siglo V, aunque de buen seguro siguieron existiendo, el porcentaje de importaciones no griegas sobre la Galia nos induce a pensar en un escaso contacto entre ambas esferas.

En segundo lugar, la exposición de Heródoto acerca de la reunión de tropas cartaginesas se parece sospechosamente a la organizada por Jerjes. Los preparativos para la guerra del Rey de Reyes son minuciosamente detallados, haciendo el historiador especial hincapié en el número y procedencia de las tropas congregadas por este último: todas las del mundo conocido al este del Ponto (Hdt. VI, 60-80). El conocimiento que pudo tener Heródoto acerca de esta campaña no debe desdeñarse, debido a su proximidad geográfica y temporal a los hechos que relata, pero no así respecto de occidente. El historiador de Halicarnaso relata que también Amílcar estuvo tres años realizando los preparativos para la ofensiva sobre Sicilia y, si al lado de Jerjes se encontraba la mitad oriental del mundo conocido, bajo las órdenes del general cartaginés se habían reunido la otra mitad: todos los que Heródoto conocía. La analogía en el relato de Diodoro, que bebe probablemente de Éforo, es aún más explícita:

"Jerjes, por su parte, rivalizando en celo con los cartagineses, consiguió superarlos en todos los preparativos en la misma medida que aventajaba a los cartagineses por el número de pueblos de su imperio. Comenzó a hacerse construir naves en todas las zonas costeras sometidas a su autoridad, en Egipto, Fenicia y Chipre, y también en Cilicia, Panfilia, Pisidia e igualmente en Licia, Caria, Misia, Tróade y las ciudades del Helesponto, en Bitinia y en el Ponto. Como los cartagineses, completó los preparativos en tres años y consiguió equipar una flota de más de mil doscientos barcos de guerra.⁸¹" (Diod. XI, 2. 1)

⁸⁰ Roman y Roman, 1997: 287-288. S. Pérez-Noguès también pone en duda la historicidad de esta cita, pero no aporta ninguna explicación alternativa (Pérez-Noguès, 2007: 354). A.C. Fariselli se limita a decir que existen divergencias entre ambas versiones (¿?) y que resulta difícil de explicar su presencia en los ejércitos cartagineses en esas cronologías (2002: 243).

⁸¹ ο δὲ Ξέρξης ἀμιλλώμενος πρὸς τὴν τῶν Καρχηδονίων σπουδήν, ὑπερεβάλετο πάσαις ταῖς παρασκευαῖς τοσοῦτον ὅσον καὶ τῷ πλήθει τῶν ἔθνῶν ὑπερεῖχε Καρχηδονίων. ἥρξατο δὲ ναυπηγεῖσθαι κατὰ πᾶσαν τὴν παραθαλάττιον τὴν ὑπ' αὐτὸν ταττομένην, Αἴγυπτόν τε καὶ Φοινίκην καὶ Κύπρον, πρὸς δὲ τούτοις

Creemos, pues, que esta analogía responde más a criterios literarios que no históricos. Aquello que ambos historiadores pretenden transmitir al lector es la idea de una confrontación global contra el mundo heleno en dos frentes, el oriental y el occidental, encabezado el primero por Persia, el segundo liderado por Cartago.

En tercer y último lugar, vale la pena recordar la presencia de Masalia entre ligures y elisices. Masalia constituía ya una potencia regional a comienzos del siglo V que no se habría quedado inmóvil ante tal congregación de tropas en su área de influencia precisamente para luchar contra sus aliados, corriendo el peligro de quedar totalmente aislada si sus enemigos lograban ganar la guerra. Y no sólo eso, buena parte de su población era descendiente de aquellos inmigrantes que tuvieron que huir de la ofensiva persa contra Focea algunas décadas atrás⁸², por lo que su implicación en el conflicto estaría plenamente justificada. Ciertamente no contamos con ninguna referencia a la participación de Masalia en los acontecimientos del 480, y quizás no se implicaría directamente en apoyo de sus compatriotas, pero su presencia e influencia podrían haber dificultado el enrolamiento de tropas ligures, elisices o celtas (=gálatas, en Diodoro) en la zona. Por sí solo, este argumento no tendría mucha validez histórica, pero si lo añadimos a los dos anteriores, muy probablemente resulta más creíble.

Así pues, una vez contextualizados y analizados ambos pasajes literarios, creemos que difícilmente ligures, elisices o celtas participaran realmente en la batalla de Hímera del 480. De esta forma, deberíamos retrasar la primera participación atestiguada en filas cartaginesas hasta mediados del siglo IV ¡casi 150 años más tarde! Esta tardía aparición no hace sino confirmar la poca influencia que Cartago ejercía al norte de Córcega. Además, la procedencia de estos galos es también un aspecto a discutir. Significativamente, las fuentes literarias no expresan nunca que los cartagineses viajaran hasta la Céltica en busca de mercenarios, como sí hacen en el caso de Iberia, Italia, Grecia o del norte de África, aspecto que analizaremos al final de este capítulo.

En efecto, mercenarios celtas y ligures vuelven a aparecer en la ofensiva cartaginesa del C340 contra la Siracusa de Timoleón. Diodoro nos informa que después de depoñer a Dionisio II y al resto de pretendientes al gobierno de Siracusa (Hicetas y Leptines), Timoleón se propuso liberar a las ciudades griegas de Sicilia de sus tiranos (Diod. XVI, 72-73; Plut. *Tim.*24). Muchas de las ciudades le abrieron sus puertas, entre ellas algunas de las que estaban en el área púnica de la isla. Timoleón, además, realizó algunas incursiones y ataques sobre aquella zona para poder pagar con el botín a sus propios mercenarios. Aquello disgustó a Cartago, que rápidamente organizó un ejército para hacerle frente:

"Inmediatamente elegían a los mejores ciudadanos para la campaña, reunían un ejército de libios bien dispuestos, y, aparte de eso, preparando una gran suma de dinero, alistaban como mercenarios a iberos, celtas y ligures; construían también

Κιλικίαν καὶ Παμφυλίαν καὶ Πισιδικήν, ἔτι δὲ Λυκίαν καὶ Καρίαν καὶ Μυσίαν καὶ Τρωάδα καὶ τὰς ἐφ' Ἑλλησπόντῳ πόλεις καὶ τὴν Βιθυνίαν καὶ τὸν Πόντον. ὁμοίως δὲ τοῖς Καρχηδονίοις τριετῆ χρόνον παρασκευασάμενος κατεσκεύασε ναῦς μακρὰς πλείους τῶν χιλίων καὶ διακοσίων. (Diod. XI, 2. 1).

Traducción de Juan José Torres Esbarranch para la editorial Gredos (2006).

⁸² Tréziny, 2005: 55.

máquinas de guerra reunían muchas naves de carga y se preparaban en todo los demás de manera insuperable⁸³" (Diod. XVI, 73, 3)

Se trataría pues, si nuestra hipótesis acerca de la batalla de Hímera es correcta, de la primera inclusión de galos y ligures al servicio de Cartago. Plutarco, en su biografía sobre Timoleón, afirma que el ejército cartaginés estaba formado por 70.000 hombres, 200 trirremes y 10.000 cargueros bajo las órdenes de Asdrúbal y Amílcar, pero no hace mención a la procedencia de estas tropas (Plut. *Tim.* 25, 1-4). La cronología y las fases de este conflicto no resultan sencillas de dilucidar, pero su resolución, en la batalla del río Crimisos, se produjo algunos años después, hacia el 339. A partir de entonces, celtas y ligures desaparecen de los ejércitos cartagineses hasta la Primera Guerra Púnica. Ello no evitó que a finales del siglo IV se enfrentaran a ellos en al menos dos ocasiones; se trata de las ofensivas de Agatocles sobre África en los años 310 y 307, en cuyos ejércitos contaba con algunos mercenarios celtas bajo sus órdenes según reseña Diodoro (Diod. XX, 11 y Diod. XX, 64).

Así pues, avanzando ya en la primera gran guerra entre cartagineses y romanos, Polibio indica que después de la traición de Hierón de Siracusa en el año 263, los primeros se dieron cuenta de las proporciones que estaba tomando el conflicto en Sicilia y decidieron reclutar un gran número de mercenarios procedentes de todo el Mediterráneo occidental:

"Los cartagineses, al ver que Hierón se les había convertido en enemigo, y que los romanos, por otra parte, se habían comprometido a fondo en la empresa de Sicilia, pensaron que era precisa una preparación más completa, con la que fueran capaces de afrontar al enemigo y seguir con sus posesiones en Sicilia. Por eso reclutaron mercenarios de la región que se halla frente a Sicilia, muchos ligures y galos, iberos en número aún mayor que el de éstos, y los enviaron todos a Sicilia"⁸⁴ (Pol. I, 17, 3-4)

La mención de Polibio es sumamente escueta pero, al menos, nos permite conocer que la participación de los galos en el conflicto se remonta prácticamente a sus inicios. Posteriormente, su participación en la guerra se documenta, del mismo modo, por referencias puntuales o episodios concretos.

⁸³ εύθὺς οὖν τῶν πολιτῶν κατέλεγον τοὺς ἀρίστους εἰς τὴν στρατείαν καὶ τῶν Λιβύων τοὺς εὐθέτους ἐστρατολόγουν, χωρὶς δὲ τούτων προχειρισάμενοι χρημάτων πλῆθος μισθοφόρους ἔξενολόγουν"Ιβηρας καὶ Κελτούς καὶ Λίγυας: ἐναυπηγοῦντο δὲ καὶ ναῦς μακράς καὶ φορτηγούς πολλὰς ἥθροιζον καὶ τὴν ἄλλην παρασκευήν ἀνυπέρβλητον ἐποιοῦντο (Diod. XVI, 73, 3). Traducción de Juan José Torres Esbarranch y Juan Manuel Guzmán Hermida para la editorial Gredos (2012).

⁸⁴ οἱ δὲ Καρχηδόνιοι θεωροῦντες τὸν μὲν Ἱέρωνα πολέμιον αὐτοῖς γεγονότα, τοὺς δὲ Ἄρωμαίους ὄλοσχερέστερον ἐμπλεκομένους εἰς τὰ κατὰ τὴν Σικελίαν ὑπέλαβον βαρυτέρας προσδεῖσθαι παρασκευῆς, δι' ἣς ἀντοφθαλμεῖν δυνήσονται τοῖς πολεμίοις καὶ συνέχειν τὰ κατὰ τὴν Σικελίαν. διὸ καὶ ξενολογήσαντες ἐκ τῆς ἀντιπέρας χώρας πολλοὺς μὲν Λιγυστίνους καὶ Κελτούς, ἔτι δὲ πλείους τούτων "Ιβηρας, ἄπαντας εἰς τὴν Σικελίαν ἀπέστειλαν. (Pol. I, 17, 3-4). Traducción de Manuel Balasch Recort para la editorial Gredos (1981).

Al término del año 262 la situación empezó a empeorar para los intereses cartagineses, perdiendo la importante ciudad de Acragas después de un intenso asedio que se prolongó varios meses (Pol. I, 17-20; Diod. XXIII, 7-9; Zonar. VIII, 10, 1-5). El general Hannón se enfrentó a los romanos en dos ocasiones a campo abierto, y aunque Diodoro no especifica el resultado de tales batallas sí reseña un importante número de bajas cartaginesas (Diod. XXIII, 8, 1). El ejército púnico retrocedió a sus cuarteles de invierno en Lilibeo y en algún momento del año 261 Hannón fue sustituido por otro general llamado Amílcar (personaje distinto a Amílcar Barca). Entre las tropas apostadas en Lilibeo se hallaba un contingente mercenario galo de 4.000 hombres que pretendía amotinarse⁸⁵. El episodio, que narran Zonaras y Frontino de forma notablemente diferente, pretende demostrar al público lector un ejemplo de la mezquindad cartaginesa, por la cual su historicidad hay que ponerla en duda⁸⁶. En nuestro caso no nos interesa el episodio en sí mismo, sino el hecho de que se hubieran reclutado mercenarios galos entre las tropas púnicas.

Unos años más tarde, Polibio (I, 43) también cita un intento de deserción mercenaria en la misma Lilibeo (año 250), mientras las tropas romanas se encontraban ya asediando la ciudad. Esta vez el comandante cartaginés era Himilcón y entre las tropas descontentas parece deducirse que se encontraba también un grupo de galos⁸⁷. Finalmente, gracias a la mediación de Alexón, un veterano mercenario al servicio de Cartago desde al menos el asedio de Acragas, el motín fue sofocado y no desertaron. Probablemente se trate del mismo contingente de galos al que alude Polibio cita posteriormente, en lo que constituye un magnífico ejemplo de la dudosa reputación generalmente atribuida a los galos:

“Es lo que entonces, con toda razón, cosecharon los epirotas de parte de los griegos. En efecto, en primer lugar, ¿quiénes, conocedores de la mala reputación que acompañaba a esos galos, no hubieran recelado de poner en sus manos una ciudad próspera, que tantos atractivos ofrecía para una traición? En segundo lugar, ¿quién no habría sospechado de la intención de aquella horda? Estos habían sido expulsados de su propia ciudad, pues sus mismos conciudadanos habían salido contra ellos, por haber traicionado a sus propios parientes y amigos. En efecto, cuando los cartagineses se veían oprimidos por la guerra, dieron

⁸⁵ Frontino (*Strat.*, III, 16, 3) y Diodoro (XXIII, 8, 3) afirman que en el momento del motín era aun Hannón quien comandaba las tropas, mientras que Zonaras (VIII, 10, 7) indica que estaban bajo las órdenes de Amílcar.

⁸⁶ La versión de Frontino cuenta que Hannón, enterado de que el contingente galo planeaba desertar, mandó un falso desertor al cónsul romano M. Otalicio anunciándole las intenciones de los celtas, mientras él mismo persuadió a estas tropas prometiéndoles mejores condiciones. Tal y como planeaba Hannón, Otalicio no se fio del desertor y preparó una emboscada a los galos, a quién Hannón envió premeditadamente a por forraje. Cuando los romanos cayeron sobre ellos se produjo una batalla en que las pérdidas en ambos bandos fueron considerables y quien salía ganando era Hannón, que se libraba de unas tropas poco de fiar y de paso causaba bajas al ejército romano (Front, *Strat.*, III, 16, 3). Por su parte, la versión de Zonaras coincide en el diagnóstico pero no en el desarrollo de los hechos. En esta ocasión sería Amílcar -y no Hannón- quién, enterado del malestar de los galos decidió deshacerse de ellos enviándoles a una ciudad que teóricamente quería pasarse a los púnicos y les dio permiso para saquearla. En realidad, la ciudad tenía una guarnición romana a quién Amílcar se encargó de avisar con antelación de la llegada de los galos. Ambos bandos se enfrentaron y los galos resultaron masacrados, no sin causar bajas romanas (Zonar., VIII, 10, 7).

⁸⁷ Zonaras (VIII, 15, 8-12) también cita el mismo episodio, pero sin identificar étnicamente a las tropas que intervinieron en el motín.

acogida a estos galos. Pero en primer lugar, al surgir una discordia entre los soldados y sus generales a propósito de las soldadas, los galos se lanzaron al punto a saquear la ciudad de los agrigentinos, en la que habían sido establecidos como guarnición; eran entonces más de 3.000. Despues, cuando la asediaban los romanos, fueron trasladados a Érice para prestar allí el mismo servicio e intentaron traicionar a la ciudad y a los asediados. En ello fracasaron y por esto se pasaron al enemigo. Éste confió en ellos, y los galos le saquearon el templo de Afrodita Ericina. Los romanos se dieron cuenta muy claramente de su deslealtad, y así que acabaron la guerra contra los cartagineses hicieron lo más conveniente: desarmar a los galos, meterlos en navíos y situarlos fuera de los límites de Italia⁸⁸"

(Pol. II, 7, 4-10)

Sin duda alguna resulta destacable el hecho que en todas las referencias a la presencia de mercenarios celtas, la primera tan solo justifica su contratación y el resto se relaciona siempre con motines y deserciones. Una situación, por cierto, que no cambió a la fin del conflicto, ya que galos y ligures son mencionados entre los mercenarios que se rebelaron contra Cartago en 241⁸⁹. Y galo era, también, uno de los principales caudillos que lideraron la revuelta, Autárito (Pol. I, 77, 1; 5).

Celtas/galos

Año	Guerra/Batalla	Número	Estatus	Momento	Referencias
480	I Guerra greco-púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva	Hdt. VII, 165, 1; Diód. XI, 1, 4-5

⁸⁸ ἀ δὴ καὶ τότε παρὰ τῶν Ἑλλήνων εἰκότως ἂν τοῖς Ἡπειρώταις ἀπηντήθη. πρῶτον γὰρ τίς οὐκ ἂν τὴν κοινὴν περὶ Γαλατῶν φήμην ὑπιδόμενος εὐλαβηθείη τούτοις ἐγχειρίσαι πόλιν εὐδαιμονα καὶ πολλὰς ἀφορμὰς ἔχουσαν εἰς παρασπόνδησιν; δεύτερον τίς οὐκ ἂν ἐφυλάξατο τὴν αὐτοῦ τοῦ συστήματος ἐκείνου προαιρεσιν; οὕτω γε τὴν μὲν ἀρχὴν ἔξεπεσον ἐκ τῆς ἴδιας, συνδραμόντων ἐπ' αὐτοὺς τῶν ὄμοεθνῶν διὰ τὸ παρασπονδῆσαι τοὺς αὐτῶν οἰκείους καὶ συγγενεῖς: ὑποδεξαμένων γε μὴν αὐτοὺς Καρχηδονίων διὰ τὸ κατεπείγεσθαι πολέμω, τὸ μὲν πρῶτον γενομένης τινὸς ἀντιρρήσεως τοῖς στρατιώταις πρὸς τοὺς στρατηγοὺς ὑπὲρ ὄφωνίων ἐξ αὐτῆς ἐπεβάλοντο διαρπάζειν τὴν τῶν Ἀκραγαντίνων πόλιν, φυλακῆς χάριν εἰσαχθέντες εἰς αὐτήν, ὅντες τότε πλείους τῶν τρισχιλίων: μετὰ δὲ ταῦτα παρεισαγαγόντων αὐτοὺς πάλιν εἰς Ἐρυκα τῆς αὐτῆς χρείας ἔνεκεν, πολιορκούντων τὴν πόλιν Ῥωμαίων, ἐπεχείρησαν μὲν καὶ τὴν πόλιν καὶ τοὺς συμπολιορκουμένους προδοῦναι: τῆς δὲ πράξεως ταύτης ἀποτυχόντες ηύτομόλησαν πρὸς τοὺς πολεμίους: παρ' οὓς πιστευθέντες πάλιν ἐσύλησαν τὸ τῆς Ἀφροδίτης τῆς Ἐρυκίνης ιερόν. διὸ σαφῶς ἐπεγνωκότες Ῥωμαῖοι τὴν ἀσέβειαν αὐτῶν ἄμα τῷ διαλύσασθαι τὸν πρὸς Καρχηδονίους πόλεμον οὐδὲν ἐποιήσαντο προυργιαίτερον τοῦ παροπλίσαντας αὐτοὺς ἐμβαλεῖν εἰς πλοῖα καὶ τῆς Ἰταλίας πάσης ἔξορίστους καταστῆσαι. (Pol. II, 7, 4-10) Traducción de Manuel Balasch Recort para la editorial Gredos (1981). El mismo Polibio (I, 77, 5) ya había mencionado brevemente esta deserción en Erice anteriormente.

⁸⁹ Polibio y Diodoro destacan a mercenarios Iberos, celtas, baleáricos, libios, semigriegos y ligures entre los amotinados (Pol. I, 67, 7; Diód. XXV, 2), Apiano a galos y libios (Apia, Hist. Rom., Hist. Gal., 2, 3). y sin determinar su origen mencionan la revuelta Cornelio Nepote (Nep. XXII, 2, 3), Zonaras (Zonaras, VIII, 17, 8-10)

411	II Guerra greco-púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva	Diod. XIII, 44, 4-6
342/341	VI Guerra greco-púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva	Diod. XVI, 73, 3
263	I Guerra Púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva	Pol. I, 17, 4
261	I Guerra Púnica	4.000	Mercenarios	En combate	Front, <i>Strat.</i> , III, 16, 3; Zonar. VIII, 10, 7
250	I Guerra Púnica	Indeterminado	Mercenarios	En combate	Pol. I, 43, 4
243?	I Guerra Púnica	Indeterminado	Mercenarios	En combate	Zonar. VIII, 16, 8
240	Guerra de los Mercenarios	Indeterminado	Exmercenarios	Revuelta por impago de la soldada	Pol. I, 67; Diod. XXV, 2

Ligures

Año	Guerra/Batalla	Número	Estatus	Momento	Referencias
480	I Guerra greco-púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva	Hdt. VII, 165, 1; Diod. XI, 1, 4-5
342/341	VI Guerra Greco-púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva	Diod. XVI, 73, 3
263	I Guerra Púnica	Indeterminado	Mercenarios	Leva	Pol. I, 17, 4
240	Guerra de los Mercenarios	Indeterminado	Exmercenarios	Revuelta por impago de la soldada	Pol. I, 67; Diod. XXV, 2

8.3. Rutas y migraciones de los galos en el contexto del Mediterráneo Occidental

Antes de presentar nuestra hipótesis acerca de las relaciones de Cartago con el mundo galo y sus mercenarios, resulta indispensable acercarnos a las oleadas migratorias e incursiones galas hacia la península Itálica en busca de tierras más fértiles⁹⁰. A menudo las incursiones violentas de saqueo eran la vanguardia de movimientos migratorios más complejos, pacíficos y lentos, pero no debemos olvidar que el sistema de jefatura en el ámbito celta estaba íntimamente ligado al liderazgo militar. Es importante pues, entender que la movilidad y el saqueo formaban parte de la propia cultura y organización social de los celtas. Estas partidas de guerra, normalmente formadas por grupos que raramente alcanzarían el millar de efectivos (de otra forma difícilmente serían económicamente rentables), salvo excepciones notables, encabezadas por un líder tribal, son definidas por Polibio (II, 17, 12) como *hétairies*, es decir, compañías de hombres ligadas entre sí por fuertes vínculos sociales y personales.

De esta forma, a partir de fines del siglo V empezaron a producirse migraciones celtas hacia el norte de Italia, procedentes del centro de Europa. Las más importantes de estas tribus celtas -o al menos, las mejor conocidas-, fueron los boyos, los senones y los ínsubres, las cuales chocaron contra la población etrusca que habitaba la llanura del Po⁹¹ (Pol. II, 17; Plut. *Cam.*, 17, 1; Diod. XIV, 113)⁹². En un proceso del cual conocemos escasos detalles, las poblaciones galas lograron establecerse en la región, los ínsubres alrededor de Mediolanum (Milán), que convirtieron en su capital (Est. V, 1, 6); los boyos en el territorio de la antigua ciudad etrusca de Felsina (Bolonia); y los senones hacia la costa nororiental de la península, empujando a los umbros hacia el sur. No obstante, las incursiones no terminaron con el asentamiento de buena parte de los celtas en la zona del Po.

Uno de los acontecimientos más recordados de la historia antigua de Roma es, sin duda alguna, la toma y saqueo por parte de una de estas huestes, un episodio que aparece mencionado en prácticamente todos los escritores clásicos interesados en los orígenes de la ciudad. Del relato aportado por todos ellos se desprende que una notable hueste gala, quizás respaldada por otras tribus, continuó con su expansión hacia el sur y asedió la ciudad etrusca de Clusio. Ésta pidió auxilio a Roma, con quién las ciudades etruscas acababan de firmar un tratado, pero la ciudad cayó de todas formas. Luego, prosiguieron su marcha hacia el sur hasta que un ejército romano les salió a su encuentro. Los galos vencieron en la batalla de Alia (391) y más adelante atacaron y tomaron Roma. Durante varios meses permanecieron ahí, probablemente saqueando a las sorprendidas poblaciones vecinas, hasta que, finalmente, los refugiados romanos consiguieron retomar la ciudad. La mayor parte de fuentes aluden al comandante Marco Furio Camilo como protagonista de la liberación de la ciudad, quién habría logrado reunir a los desperdigados y refugiados romanos bajo su liderazgo, reorganizarlos, y marchar contra los invasores celtas; pero significativamente, una de nuestras fuentes más fiables, Polibio, ni siquiera menciona a este personaje⁹³ y afirma que los galos dejaron la ciudad después de acordarlo con los romanos (esto

⁹⁰ Roman y Roman, 1997: 327.

⁹¹ Forsythe, 2005: 251-252.

⁹² Tito Livio (Liv. V, 33-34) es el único que afirma que los galos habían inmigrado a la región doscientos años antes.

⁹³ La figura de Camilo es, en efecto, controvertida y parece, a todas luces un segundo fundador de la ciudad, después de una destrucción; es en este sentido que Plutarco lo compara con Temístocles. A. Pérez Jiménez (1996: 26-28), argumenta filológicamente su discutible historicidad y carácter mítico: "Ni Fabio

es, previo algún tipo de pago, detalle que sí mencionan otras fuentes⁹⁴). La razón del abandono de Roma por parte gala estaba relacionada con que los vénetos amenazaban su propio territorio en ese momento (Pol, II, 18, 2-3). Más allá de toda la literatura épico-romántica con que los autores clásicos edulcoraron el episodio -el cual ha llegado a ponerse incluso en duda por investigadores actuales-, el dato digno de ser reseñado es que a partir de entonces existen varias noticias apuntando a la presencia de guerreros celtas en el centro de Italia, probablemente pequeñas partidas de guerra, bien fruto de la desintegración del ejército que tomó la ciudad, bien nuevos grupos incursores procedentes del norte.

Según relata Diodoro (Diod. XIV, 117, 7), al año siguiente un ejército procedente de Ceres aniquiló por sorpresa un contingente de tropas galas en territorio de los yapigios, en la actual región de Apulia. La explicación a esta marcha hacia el sur nos la proporciona un pasaje de Justino:

"Y en el curso de esta guerra, se llegan a Dionisio unos embajadores de los galos que pocos meses antes habían incendiado Roma, pidiendo su alianza y su amistad; su pueblo, aseguraban situado en medios de los enemigos de Dionisio, le sería de gran utilidad, ya en la batalla, mientras luchaba, ya por la espalda, cuando los enemigos se aplicaran a la lucha. Le agració a Dionisio la embajada. Así, pactada una alianza y fortalecido con los refuerzos de los galos, reanuda la guerra como por primera vez"⁹⁵ (Just., XX, 5, 4-7).

Recordemos que esta misma época Dionisio mantenía una guerra con la Liga Italiota, la coalición de ciudades griegas del sur de la península Itálica. Aunque esta información no aparezca en Diodoro ni en Polibio, nuestras mejores referencias de este conflicto, a nuestro parecer es totalmente posible que, efectivamente, Dionisio alquilara los servicios de estos galos como mercenarios. De hecho, posteriormente los galos aparecen a menudo bajo las órdenes del

Pictor ni Polibio dicen nada de ello; incluso la historicidad del hecho mismo se pone en duda y, como sostiene J. Wolski, los detalles del asedio y la resistencia del Capitolio pueden ser una invención de los analistas del siglo I a.C. utilizadas como propaganda durante la época de los Gracos o de las Guerras Civiles. (...) Sería pues en el siglo I a.C. cuando se plasmó la idea de un Camilo liberador de Roma y se aglutinaron en torno a su figura los acontecimientos de los galos (...) Según Wolski, los rasgos aristocráticos de Camilo, oponiéndose a los tribunos de la plebe en el intento de éstos por transferir la capital de Roma a Veyes, están tomados de la propaganda siliana (otros han identificado a Mario con Manlio Capitolino); la idea del Camilo segundo fundador de Roma anuncia la figura de Octavio, y la caracterización que nos ofrece Livio del personaje lo convierte no sólo en iniciador del principado, sino en modelo ideal del princeps, tal y como ha observado J. Hellegouarch." (p. 27-28). También, Cornell, 1999: 366-367.

⁹⁴ Por ejemplo, en Diodoro (XIV, 116, 7), Livio (V, 49) y Dionisio (XIII, 9, 1-2) y Plutarco (*Camilo*, 28).

⁹⁵ *Sed Dionysium gerentem bellum legati Gallorum, qui ante menses Romam incenderant societatem amicitiamque petentes adeunt, gentem suam inter hostes eius positam esse magnoque usui ei futuram vel in acie bellanti vel de tergo intentis in proelium hostibus adfirmant. Grata legatio Dionisio fuit. Ita pacta societate et auxiliis Gallorum auctus bellum velut ex integro restaurat. His autem Gallis causa in Italiam veniendi sedesque novas quaerendi intestina discordia et adsiduae domi dissensiones fuere.* (Just., XX, 5, 4-7). Traducción de José Castro Sánchez para la editorial Gredos (2008).

tirano⁹⁶, y habida cuenta que no tenemos noticia alguna que Dionisio reclutara mercenarios en el norte de Italia o en la Galia, la explicación más plausible es que contactara con ellos en el sur de la península. Siguiendo al hilo de las contrataciones llevadas a cabo por Dionisio, se ha planteado la idea que la invasión gala del 390 que terminó con la toma de Roma, fuera en realidad orquestada por el propio Dionisio⁹⁷. Se trata de una vía de investigación sumamente interesante y que podría ponerse en relación no tan sólo con los reclutamientos posteriores que realizó el tirano sino también con las incursiones de saqueo que llevó a cabo en la sota tirrenica.

A lo largo de los siglo IV y III se sucedieron nuevas incursiones celtas hacia el sur que Polibio se encarga de listar y fechar (Pol. II, 18-20). Tan sólo tenemos testimonios escritos de aquellas que afectaron directamente a los romanos: en el año 369 los mismos romanos consiguieron derrotarles en batalla campal en el río Anio (Liv. VI, 42, 5-7; Plut. *Cam.* 40-41; Polien. VIII, 7, 2; Dio Hal. XIV, 8-10; Zonar. VII, 24, 10-13). Significativamente la mayoría de galos supervivientes no huyó hacia el norte sino, de nuevo, hacia Apulia⁹⁸ (Liv. VI, 42, 8). En 361/360 un nuevo contingente galo se alió con Tibur (actual Tívoli), ciudad del Lacio, y posteriormente se trasladó a la Campania (Liv. VII, 9-11; Pol. II, 18-20). Las incursiones se sucedieron alrededor del 350 (Pol. II, 18, 7-8; Liv. VII, 23-26; Gell., IX, 11; Zonar., VII, 25, 7-8; Val. Max. III, 2, 6; Dio Hal. XV, 1); en coalición con los etruscos en 315 o 305 (Pol. II, 19, 1-4) y contra los mismos tirrenos poco después (Liv. X 10, 6-12); en la gran coalición con etruscos, samnitas y umbros que fueron derrotados en la Batalla de Sentino (295) (Pol. II, 19, 5-6; Liv. X, 22-29; Diod. XXI, 6; Zonar. VIII, 1, 2-7; Front. *Strat.* I, 8, 3); hacia el 285 (Pol. II, 19, 7-13; Dion Casio, VIII, 38, 1-2); y finalmente, y después de algunas ofensivas romanas sobre territorio de boyos e ínsubres, en 225 se produce la última gran ofensiva gala hacia el sur, donde fueron derrotados en la batalla de Telamón (225) (Pol. II, 23-31; Diod. XXV, 13). Precisamente en esta última etapa las fuentes literarias destacan la participación de otro grupo galo denominado gesatas, reclutados por los propios galos cisalpinos⁹⁹.

Así, las incursiones a gran escala protagonizadas por celtas de este periodo, que provienen mayoritariamente de la llanura del Po, llegaron en múltiples ocasiones hasta las regiones de Campania y Apulia¹⁰⁰. De esta forma entraron en contacto con los conflictos que allí se sostenían entre los pueblos autóctonos, mayoritariamente lucanos y samnitas, las colonias griegas y Siracusa. Tal y como afirma Justino creemos que Dionisio supo sacar provecho de estos nuevos aliados; estas bandas guerreras celtas ya se dedicaban al pillaje y al saqueo, a Dionisio tan sólo le faltaba indicarles los objetivos. Sin duda, esta primera participación poco después del 390 debió de incitar posteriormente a distintas huestes a probar fortuna de la misma manera. En este sentido cabría valorar un escueto pasaje de Livio donde menciona que, después de derrotarles, los romanos empujaron a los galos hasta sus naves y les hicieron huir por mar (Liv. VII, 32, 9).

⁹⁶ En 369 Dionisio envía tropas mercenarias de apoyo a Esparta en su guerra contra Tebas. Entre estas tropas había iberos y celtas (Xen. *Hel.*, VII, 1, 20-22; Diod. XV, 70, 1).

⁹⁷ Cornell, 1999: 363-368.

⁹⁸ La huida hacia Apulia se repetirá también en C350, según Livio (VII, 26).

⁹⁹ Péré-Noguès, 2007: 354.

¹⁰⁰ A propósito de lo cual publicó un estudio M. Sordi (1981-1982).

Ahora bien, retomando el hilo del mercenariado galo que luchó para Cartago, nuestra propuesta es que Dionisio no fue el único en utilizar a estas bandas guerreras. A tenor del contexto histórico y de la poca presencia púnica en la Céltica Mediterránea, creemos que los galos utilizados por Cartago no procedían del entorno de Masalia. A partir de aquí se proponen dos posibilidades sobre el origen regional de su contratación.

La primera hipótesis es que algunas huestes galas, como por ejemplo las que lucharon en 340 en el ejército púnico contra Timoleón, procedieran del sur de la península Itálica. Bien de forma directa, contratados sobre el territorio, o bien exmercenarios contratados por Siracusa que decidieron cambiar de bando (como hemos visto, un comportamiento bastante habitual), éstas se acabaron enrolando a las fuerzas cartaginesas.

La segunda opción, planteada por otros investigadores, es que los galos fueran contratados en el otro extremo de la península Itálica: en el norte. Teniendo en cuenta las buenas relaciones que mantuvo Cartago con varias ciudades etruscas y la proximidad de algunas de ellas al territorio ligur y con los galos del Valle del Po, es posible todos ellos fueran contratados al sur del golfo de Génova de forma conjunta. Recientemente se ha subrayado la presencia de mercenarios ligures en ciudades septentrionales etruscas¹⁰¹, y la penetración gala en territorios ligures¹⁰² así que nada nos impide plantear que Cartago fuera uno de los promotores de tal actividad. Esta hipótesis encaja mejor con la red de relaciones diplomáticas establecida por Cartago a partir del siglo V y explica la falta de evidencias de este fenómeno mercenario en el Midi francés. El aprovechamiento de los contactos con ciudades etruscas hubiera permitido a Cartago, en fechas anteriores, la contratación de mercenarios elisices¹⁰³, aunque como ya hemos argumentado anteriormente, este extremo nos parece exagerado.

En este sentido se han planteado la ciudad de Génova como posible foco de enrolamiento y embarcación de estos mercenarios¹⁰⁴. A tenor de las evidencias arqueológicas y del contexto geográfico posiblemente los puertos de La Spezia¹⁰⁵ y Pisa¹⁰⁶ pudieron efectuar el mismo papel. De esta forma, mercenarios procedentes de la Galia Cisalpina, de la Liguria oriental y de la misma Etruria, pudieron ser contratados por Cartago y dirigidos hacia Sicilia sin el estorbo las colonias focenses.

¹⁰¹ Maggiani, 2004: 388-389.

¹⁰² Fariselli, 2002: 264-5.

¹⁰³ Tagliamonte, 1994: 97; Fariselli, 2002: 265-6.

¹⁰⁴ Fariselli, 2002: 268-9; Colonna, 2013: 17.

¹⁰⁵ Pérez-Noguès, 2007: 354-355.

¹⁰⁶ Maggiani, 2004: 388-389.

9. CONCLUSIONES

9.1 Análisis histórico de un proceso macroregional

El análisis de los datos recopilados hasta ahora nos permite abordar desde una perspectiva global y diacrónica el fenómeno de la interconectividad en el Mediterráneo occidental a través de Cartago. Una vez establecido el tipo de relación que tuvo la ciudad con cada uno de los territorios geográficos de su *koiné* es momento de abordar de forma integral este proceso y tratar de responder a las preguntas que nos planteábamos al iniciar la investigación.

Si pretendemos demostrar nuestra teoría acerca del papel que tuvo Cartago como nexo y motor de las relaciones político-militares del Mediterráneo occidental, parece lógico empezar a construir este discurso a partir de ella. Siendo conscientes que no podíamos abordar esta problemática sin conocer al propio sujeto político en profundidad, hemos tratado de determinar cuál era el organigrama político y militar que regía el sistema. Después de la caída de la familia magónida hacia mediados del siglo V, -la denominada “revolución oligárquica”-, el poder cambió de manos y, con él, la política exterior cartaginesa. Las grandes familias comerciantes de la ciudad, junto con una nueva clase emergente procedente del ámbito rural detuvieron el intervencionismo militar que había caracterizado la dinastía anterior. Por espacio de varias décadas, las fuentes literarias no recogen ningún tipo de campaña militar púnica. Dado que a partir de ese momento se documenta un auge de importaciones de productos cartagineses en Iberia y Baleares, todo parece indicar que el nuevo gobierno cartaginés estaba más interesado en fortalecer sus relaciones comerciales que en una expansión territorial. Pero no era una paz desinteresada. La riqueza y el estatus social de los miembros del senado dependían en buena medida del éxito comercial, así que una vez tomadas las riendas de la administración del estado, se concentraron en impulsar la política exterior que más les interesaba. Habida cuenta la

excelente ubicación geográfica de la ciudad en el ámbito mediterráneo, y sus buenas relaciones con los fenicios de ambos extremos del mar, el éxito estaba asegurado.

Se ha destacado también que en el seno de esta oligarquía el nepotismo y la compra de cargos públicos que a menudo señalan las fuentes literarias dentro del sistema político cartaginés, tiene su confirmación epigráfica¹. Así, se ha comprobado que la mayor parte de altas magistraturas de la ciudad estaban en manos de un reducido número de familias y que a menudo un mismo personaje podía acumular y repetir cargos de manera bastante habitual.

Tal y como hemos tratado de reflejar en la figura 1, el organigrama político de la ciudad era complejo. Sin embargo, pese al tráfico de influencias y a la compra de cargos públicos, su sistema se caracterizó por un marcado interés por evitar que algunas magistraturas terminaran acumulando demasiado poder y se vieran tentadas a imponer una tiranía. Todos los colegios e instituciones disponían de un organismo paralelo que podía vetar o limitar sus capacidades de maniobra, tanto en la esfera civil como en la militar. Y esta es la característica que precisamente se encargaron de alabar dos figuras históricas tan respetadas como Aristóteles y Polibio: la combinación de realeza, aristocracia y democracia. O lo que es lo mismo: sufetado, senado y asamblea.

Este relato político se interrumpe definitivamente en el año 410, cuando Segesta pidió ayuda a Cartago, por segunda vez, ante la amenaza de la vecina Selinunte. El senado cartaginés dio entonces un giro en su política exterior y decidió intervenir de nuevo en Sicilia. Probablemente el recuerdo nefasto de la derrota en Hímera del año 480 se había ido difuminando con el tiempo. Quizás, la oligarquía cartaginesa interpretó que después del desgaste de la guerra contra Atenas, las ciudades greco-siciliotas no supondrían una amenaza, y que el momento era el momento adecuado para expandir su área de influencia político-económica sobre la isla.

En la esfera militar la situación no habían cambiado tanto como en la política. La comandancia suprema recayó sobre uno de los últimos miembros de la dinastía magónida, Aníbal (al menos, el último mencionado por la literatura clásica). El ejército se formó a partir de la contratación de mercenarios de distintas procedencias étnicas y geográficas, fundamentalmente de la península Ibérica y el norte de África. Ya hemos desarrollado en el capítulo 8 que la lista de pueblos involucrados en el ejército de Amílcar en el año 480 nos parece exagerada. Diodoro afirma que Aníbal tardó un año entero en reclutar todas estas tropas -200.000 hombres según Éforo, 100.000 según Timeo (Diod. XIII, 54, 5)-, lo que podría indicar, en efecto, las dificultades de volver a activar la maquinaria bélica cartaginesa después de un largo letargo.

Este es el inicio del periodo que nos atrevemos a bautizar como la “Gran Partida”, un remedo antiguo del llamado por Arthur Conolly “Gran Juego” que enfrentó a los Imperios británico y ruso por el control de Asia en los siglos XIX y XX. Como en su epílogo imperialista europeo, en la etapa histórica que hemos estudiado, las habilidades militares y diplomáticas cartaginesas fueron puestas a prueba de forma constante durante dos centurias. Simultáneamente, este fenómeno puso en contacto a pueblos y regiones alejados entre sí, hasta entonces ajenos al curso histórico mediterráneo. A lo largo de este periodo Cartago luchó por la hegemonía total en Occidente, siendo su mayor escollo y campo de batalla la isla de Sicilia y la población griega

¹ Ruiz Cabrero, 2009.

establecida en sus ciudades. Siracusa se convirtió en la némesis de Cartago durante más 200 años, hasta que fue absorbida por Roma y ésta tomó su testigo. De forma paralela, y aunque el foco de atención de los historiadores griegos y romanos se centró en dicha isla, estos conflictos también afectaron a la relación de Cartago con muchos otros territorios, directa o indirectamente; en ocasiones impulsaron alianzas con reinos extranjeros (por ejemplo con mauros, masilios o masesulios, pero también con la embajada a Alejandro en 331, o a Ptolomeo II en 257), o la búsqueda de apoyos en ciudades con objetivos estratégicos (por ejemplo el caso de Tarento en 275, el de Siracusa en 264, a la ayuda a Gadir contra sus vecinos turdetanos en una fecha indeterminada). En otras ocasiones las relaciones se fortalecieron a través del reclutamiento de levas sobre territorios directamente controlados por Cartago (con seguridad en el norte de África, probablemente Cerdeña y quizás en Iberia). Ninguno de estos vínculos entre Cartago y los territorios de la *koiné* estaba exenta del juego político, ya fuera mediante la potenciación de enemigos de una ciudad hostil (por ejemplo en el apoyo a la Liga Italiota contra Dionisio I), potenciando facciones filocartaginesas en ciudades hostiles (en Selinunte en 409/408, en Siracusa en 214 y quizás en Emporion a mediados del siglo IV) o bien arropando a caudillos militares (caso del ilergete Indíbil). Sin olvidar que en algunas ocasiones la presión cartaginesa derivó en enfrentamientos abiertos contra la población indígenas.

A su vez, ni Siracusa ni, posteriormente, Roma se quedaron impasibles ante el despliegue cartaginés en política exterior y buscaron también sus propios aliados. Dionisio los halló entre los galos procedentes del norte de la península Itálica y la población brutia, lucana y campana, del sur. También estrecharon sus lazos con Esparta con el envío recíproco de tropas en varios momentos del siglo IV. En este sentido, el mundo heleno fue el único factor exterior que penetró con suficiente fuerza en el escenario occidental como para desequilibrarlo. Estas “incursiones helénicas” fueron normalmente de corta duración, en campañas generalmente mal planificadas que raramente terminaron en éxito. La primera de ellas, la expedición ateniense de 415-413 determinó, de hecho, la campaña de Aníbal del 410/409. Posteriormente, la ciudad de Tarento pidió ayuda a Alejandro de Epiro para luchar contra los lucanos, a finales del siglo IV, pero fue abatido durante la campaña. Sin duda el mayor exponente de este fenómeno lo constituye Pirro de Epiro, quién combatió durante casi siete años (280-274) en Italia y en Sicilia, contra romanos y contra cartagineses; pero también la suya fue una campaña que, pese a sus éxitos militares, terminó en fracaso y tuvo que retornar a la Hélade con las manos vacías y con menos efectivos en su ejército.

Se produjeron también otras incursiones de menor calado, como la de Cleónimo, hijo del rey agíada Cleómenes II, sobre el Véneto, a finales del siglo IV, o la de Demetrio de Faros, quién atacó a los aliados de Roma hacia el 220, entre otras. No obstante, los generales orientales no se mostraron siempre tan hostiles a Siracusa o Cartago. Por ejemplo, la iniciativa y la resolución del lacedemonio Jantipo ayudaron a los púnicos a revertir el rumbo de la primera guerra contra Roma. Y en Siracusa fueron varios los espartanos que fueron mandados en su ayuda: Gilipo hacia el 414, Deixippo en 407, Aristo o Aretes dos años más tarde, Fárax en 356/355 y Gesilo muy poco después, dan testimonio de ello.

Llegados a este punto creemos haber demostrado el alto grado de interconexión entre ellos, el dinamismo de este proceso, y la certeza de que Cartago desempeñó un papel crucial en este fenómeno. El Mediterráneo fue un caldo en ebullición en términos políticos, económicos y

militares (si es que alguno de estos aspectos puede desligarse del otro) en época clásica, mucho antes de convertirse en el *Mare Nostrum*. Dicho esto, sabemos el *qué* y sabemos el *cuándo*; trataremos de responder ahora al *cómo* y al *porqué*.

9.2 La “Gran Partida”. La estrategia política de Cartago: asuntos diplomáticos y militares

Abordar la cuestión acerca de los objetivos que perseguía Cartago es una cuestión delicada, habida cuenta que resultan, admitámoslo, imposibles de verificar. Entender los motivos que mueven al agente a iniciar un proceso, una conquista o cualquier otra acción es la clave para comprender plenamente cualquier episodio histórico. A menudo no se presta demasiada atención a este aspecto o bien se generaliza de forma inadecuada; afirmar que el único motivo de la expansión cartaginesa a lo largo de los siglos V y III fue el control del comercio Mediterráneo es una verdad a medias, pobre y simplista. Esta presunción equivale a afirmar que aquello que busca cualquier estado es la hegemonía; la sentencia es tan obvia que no aporta nada al discurso histórico ni al debate historiográfico.

La respuesta correcta, desde nuestro punto de vista, hay que buscarla de forma particular en cada episodio concreto. Cada uno de ellos engloba sus propios actores, sus propias particularidades, y su propio contexto político. Igualmente, tendemos a indagar sobre la voluntad de Cartago o Roma o Siracusa como si fueran entelequias autónomas, sujetos en sí mismos. Ciento es que la voluntad de los senados de todas estas ciudades regían las decisiones políticas y militares de sus ciudades. Pero la realidad era mucho más compleja y llena de matices a tener en cuenta. Cuando el senado envío a Aníbal el magónida a Sicilia en el año 409 fue la clase política quién decidió iniciar la guerra; pero no es menos cierto que fue Aníbal, en función también de sus propios intereses, quién decidió como se llevaría a cabo y cómo reaccionaría ante cada nuevo movimiento de Siracusa. En algunas ocasiones el senado cartaginés y los generales que se encontraban sobre el terreno discrepan sobre sus objetivos, por no mencionar la existencia de distintas facciones dentro del propio senado púnico; un buen ejemplo de ello se aprecia claramente al inicio de la Segunda Guerra Púnica entre partidarios y detractores de iniciar la guerra. Sólo mediante estos presupuestos específicos, únicos en cada momento y para cada actor histórico, pueden explicarse los intentos tiránicos de Hannón (345), la decisión de Amílcar de someter la península Ibérica (238) o la actuación de Bomílcar en la batalla contra Agatocles frente a las puertas de Cartago (310). En este sentido, reivindicamos el papel de ciertos personajes históricos a nivel individual para entender fenómenos y procesos enmarcados dentro de la evolución de un estado.

En esta *Gran Partida* desempeñó un papel fundamental el aparato diplomático púnico, cuya participación en este periodo fue sumamente activa. Tenemos evidencias, literarias y epigráficas, de pactos establecidos con Caere, con Roma, con ciudades etruscas y con algunas ciudades al este de Sicilia, además de relaciones políticas atestiguadas con Tebas, Tiro y Macedonia. Tenemos referencias de todas estas relaciones aún sin contar con ningún tipo de soporte historiográfico procedente de Cartago, dato que nos invita a pensar que este tipo de tratados fueron mucho más comunes y estuvieron mucho más extendidos de lo que el devenir histórico ha dejado testimonio.

Así, estamos convencidos que esta red de alianzas se extendía por los principales puertos y ciudades del norte de África, Iberia, Cerdeña, Etruria y la Magna Grecia. Varios indicios nos empujan pensar en este sentido: a) la presencia de material arqueológico púnico relacionado con el comercio; b) los precedentes históricos (como batalla de Alalia, la existencia de un área de fuerte dominio político púnico en Sicilia, las campañas militares sobre Cerdeña o los numerosos tratados reseñados anteriormente); c) la presencia de establecimientos púnicos en Cerdeña (Sulci), Sicilia (Terma) e Iberia (Baria, Ibiza); y d) especialmente el hecho que a lo largo del siglo V Cartago sustentó su imperio colonial y su despegue económico a partir del control comercial marítimo; y este control -y su rentabilización- sólo era posible si se controlaban los puertos.

Estas alianzas se fundamentaron en un trato desigual entre Cartago y el puerto/ciudad en cuestión: la primera, presumiblemente obteniendo beneficios en relación al trasiego portuario, al volumen de tráfico; la segunda entrando en el circuito comercial cartaginés y recibiendo ciertas garantías de seguridad. A partir de finales del siglo V, con la inauguración de las grandes campañas militares cartaginesas en Sicilia, es posible que algunas de estas ciudades se vieran forzadas a apoyarlas en el esfuerzo bélico, bien mediante el aporte de tropas, bien en términos financieros.

Todo este despliegue diplomático y militar conducen a preguntarnos acerca de la idoneidad de aplicar el concepto *imperialismo* en la política cartaginesa entre los siglos V-III. Tal y como hemos desarrollado en el capítulo 3, en ocasiones se concede excesiva importancia a un concepto, cuando en realidad es más importante el fondo que la forma. Quizá los términos *hegemonía* o *epikrateia*, que inciden con un acento especial sobre una forma de poder ausente físicamente pero indudablemente regulador político y económico, serían más apropiados para definir la influencia que ejerció Cartago sobre buena parte de los territorios que bañan el Mediterráneo occidental. De todas formas, nos parece muy válida la definición de política imperialista de C.R. Whitakker², según la cual ésta se define por una serie de características: control y anexión territorial, sistema de administración provincial, recaudación de tributos, explotación de los recursos naturales, alianzas desiguales, y por último, monopolio y control comercial. Según esta definición, Cartago desplegó, efectivamente, una política imperialista durante este periodo. Recientemente N. Pilkington ha defendido esta misma postura desde un punto de vista más arqueológico, centrado en los aspectos de intercambio económico³. Quizá aquello que no convence a todos los investigadores es que estos territorios bajo su control no experimentaron una expansión de sus fronteras demasiado relevante hasta el periodo bárcida. A diferencia de Roma, el área bajo dominio púnico se mantuvo bastante estable entre mediados del siglo V y mediados del III. En cualquier caso, volvemos a subrayar que si todos estos territorios estuvieran enlazados territorialmente, no dudaríamos en hablar de imperio cartaginés, al igual que no dudamos en aplicar este apelativo a la política ateniense posterior a la Guerras Médicas. Como Atenas en oriente, Cartago también basó la conexión de sus territorios en el control del mar. La gran diferencia entre este y otros imperios de su época es que la mayor parte de su superficie era marítima y no terrestre.

² Whitakker, 1978: 63.

³ Pilkington, 2013: 361-363.

9.3. Evolución de las áreas de reclutamiento

A lo largo de esta obra hemos ido desgranando cual fue la evolución temporal y espacial en la evolución de la contratación mercenaria. Es el momento de reunir las conclusiones de todos los capítulos para visualizar e interpretar este fenómeno, cuyos resultados forman una de las partes fundamentales de esta investigación. Antes de entrar en materia queremos subrayar que se trata simplemente de una propuesta (como ya hicieran anteriormente otros especialistas más experimentados, en especial A. C. Fariselli⁴) basada en todos aquellos aspectos que nos han parecido importantes desde nuestro punto de vista. Es, por tanto, subjetiva, y trata de aportar nuestro grano de arena en la materia; no pretendemos, por tanto, dar por concluido dicho debate sino, muy al contrario, mantenernos abiertos a cualquier tipo de discusión o crítica científica.

Iniciando pues, nuestro repaso en la campaña de Aníbal el magónida del año 410/409, nos encontramos con una Cartago recién salida de un periodo de expansión comercial y política relativamente pacífico. Las principales razones de ese cambio de rumbo en política exterior guardan relación, en primer lugar, con la voluntad de ampliar la *epikrateia* púnica en Sicilia y, a continuación, con la rivalidad económica respecto Siracusa. Pese a todas sus diferencias, ambas ciudades acabaron por responder de forma similar en la escalada militar y armamentística entre ellas: el establecimiento de alianzas político-militares con otras ciudades y el reclutamiento de grandes cantidades de mercenarios. El contexto histórico del momento así lo aconsejaba. Por un lado, mientras en Oriente se habían forjado imperios territorialmente enormes, con estados dotados de un poder militar propio indiscutible, como Egipto, la Persia Aqueménida, el imperio de Alejandro o los reinos de los diádocos, en Occidente no nos encontramos con hegemonías semejantes. Sin duda, Cartago y Siracusa, al igual que Masalia, Gadir o Tarento, eran ciudades económicamente muy potentes, pero carecían de un gran dominio territorial; en este sentido, incluso Cartago, en el momento de su mayor apogeo, no fue nunca comparable a los reinos e imperios orientales.

Ante la imposibilidad de llevar a cabo una conquista militar territorial, esta situación de atomización, obligó a las ciudades con pretensiones hegemónicas a tejer una red de alianzas basada en el apoyo militar y en cierto grado de dependencia política. Cabe subrayar que estas alianzas se vieron favorecidas por las numerosas tiranías establecidas en Sicilia e Italia, permitiendo el establecimiento de pactos de tipo personal, a menudo ratificados mediante matrimonios. Dionisio el Viejo, por ejemplo, tuvo dos esposas, una procedente de Siracusa y la otra de Locros, las cuales respondían a la necesidad de asegurar el apoyo de ambas ciudades a su gobierno (Diod. XIV, 44, 3-8).

Cabe añadir, además, que el fenómeno mercenario estaba en pleno apogeo en el siglo V en el Mediterráneo oriental. Las fuentes literarias dan buena fe de ello, donde éste fenómeno ha sido tratado con mayor profundidad por la historiografía moderna.

Por lo que respecta al área de procedencia de las tropas enroladas por Cartago en este periodo, interpolando los datos que hemos obtenido en las conclusiones de los capítulos anteriores, observamos como existe una estrecha relación con la esfera comercial de la ciudad. Este dato

⁴ Fariselli, 2002.

resulta totalmente comprensible si aplicamos la lógica del aprovechamiento de infraestructuras y de las relaciones con el mundo indígena. Esta área incluye el sur de Iberia, el norte de África, Sicilia y Cerdeña. A ellos hay que añadir los mercenarios campanos que no fueron reclutados directamente en Italia sino en la propia Sicilia. Ahora bien, no en todos estos territorios cabría comprender que el enrolamiento de hombres útiles a Cartago se hizo siempre en concepto de mercenarios; como mínimo en Cerdeña, en el área directamente controlada por Cartago en el norte de África, así como en determinadas ciudades de Sicilia e Iberia, estas tropas no servirían como tales sino como ciudadanos-soldado obligados a luchar en el ejército. En otros lugares, la relación se estableció en calidad de aliados, tal y como se especifica en varias ocasiones en la literatura clásica. Discernir entre todas estas gradaciones, con los datos de que disponemos actualmente, es altamente complejo. Podemos, eso sí, establecer hipótesis e identificar ciertos enclaves como ciudades aliadas o súbditas, pero es muchísimo más aquello que ignoramos que aquello que sabemos. En el mapa siguiente puede observarse la distribución de estas áreas de reclutamiento que hemos establecido para finales del siglo V, coincidiendo con Segunda Guerra Greco-púnica (410-404).

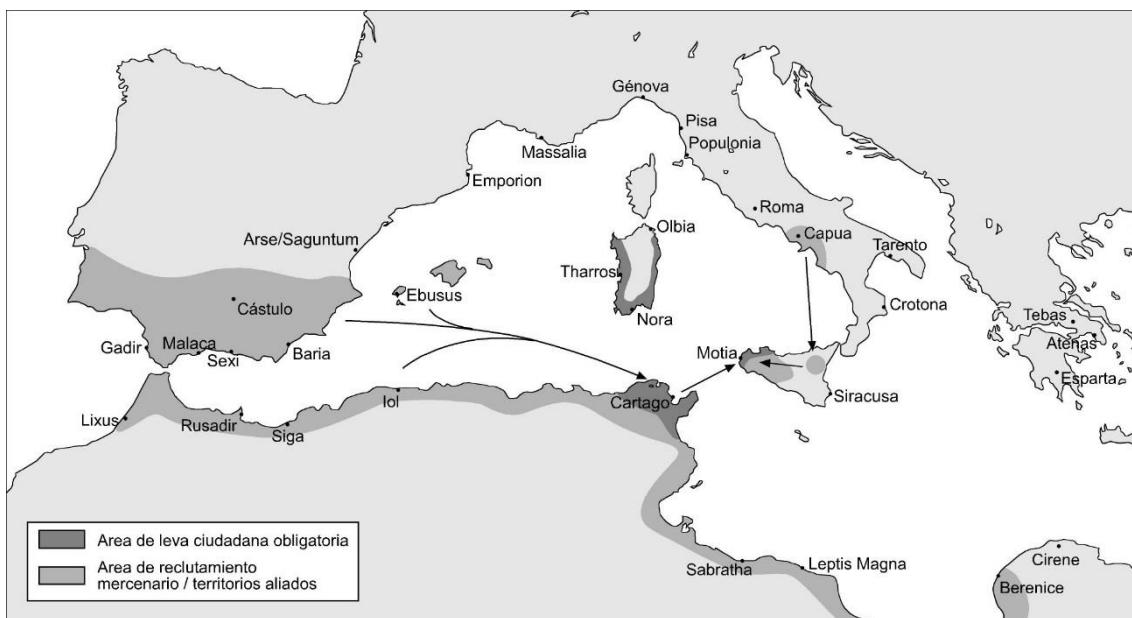


Figura 35. Áreas de reclutamiento cartaginés en el período 410-404.

Los continuos conflictos entre los cartagineses y la Siracusa de Dionisio el Viejo ampliaron la red de relaciones internacionales en el Mediterráneo occidental a partir del siglo IV. A la creciente influencia y hegemonía política de Cartago sobre el norte África y la península Ibérica se añadieron entonces la turbulenta situación en el sur de la península Itálica entre las ciudades griegas, brutios y lucanos, y los intereses siracusanos sobre este territorio. Dicho conflicto provocó la creación de la Liga Italiota. Aparecieron también en escena unos nuevos actores: los galos, quienes fueron inicialmente utilizados como mercenarios por Dionisio. El fin de la Guerra del Peloponeso en Oriente, y el creciente interés del Imperio persa por aprovechar las disensiones internas en el mundo griego jugaron también su propio papel en este Gran Juego.

En el año 396 se retomaron las hostilidades entre Cartago y Siracusa, desembocando en la Tercera Guerra Greco-púnica (396-392). Después de un breve paréntesis, el conflicto volvió a estallar con más fuerza y mayores consecuencias apenas una década más tarde, en el año 383. Pese a contar con ejércitos más numerosos, los púnicos no lograron derrotar definitivamente al tirano, cuyas poderosas arcas le permitían rodearse de aliados poderosos y nutridos cuerpos de mercenarios. Cartago, por su parte, logró sumar a su causa a las ciudades griegas de la Liga Italiota, cansadas de las continuas incursiones y amenazas siracusanas sobre sus territorios. La paz establecida con Magón en el año 392 no detuvo las aspiraciones expansionistas de Dionisio sobre, pero éste sabía que no podía sostener una guerra en dos frentes opuestos, en Sicilia contra los púnicos y en Italia contra la Liga Italiota. Ante la disyuntiva, cabían dos posibilidades: o bien tratar de romper dicha alianza, o bien encontrar nuevos aliados. Esparta se sumó al eje siracusano enviando fundamentalmente a generales experimentados; en aquellos momentos los espartanos luchaban por mantener la hegemonía sobre la Hélade que tantos esfuerzos les había costado y no podían permitirse el envío de tropas al oeste. Dionisio encontró parte de las fuerzas humanas que necesitaba entre los brutios y lucanos, enfrentados a las ciudades de la Magna Grecia desde hacía décadas. Pero entonces, se presentó un nuevo actor: los galos.

Procedentes del centro de Europa, los pueblos celtas habían empezado por expulsar a los etruscos de la llanura padana y se habían establecido al norte de la península Itálica. Sus éxitos militares y la amenaza que suponían para los pueblos itálicos septentrionales sin duda alguna llegaron a oídos de Dionisio, probablemente gracias a las redes comerciales que seguían navegando por el Tirreno de forma constante, y decidió tomar cartas en el asunto.

En el año 391 los galos senones⁵ atacaron la ciudad etrusca de Clusio. Pero ¿por qué Clusio? La mayor parte de autores clásicos remiten a las migraciones galas en busca de mejores tierras como la causa que les empujó hacia Roma. Pero Clusio no está en el norte. Está lejos de la llanura padana. Quizá podamos presentar una nueva hipótesis de trabajo, algo más elaborada.

A comienzos de la década de los 80 del siglo IV, justo después del tratado con Magón, Dionisio intensificó sus actividades en el Adriático. Estos movimientos no se reducían a imponer gobiernos títeres, como en el caso de Alcetas en el reino de los Molosos, ni tampoco a pactos con las tribus ilirias (Diod. XV, 13, 1-3). Dionisio fundó al menos dos ciudades en la costa adriática durante esos años: Faros (actual isla de Hvar, en Croacia), en el año 384/383 y Liso (actual Lezhë, Albania) “unos años antes” (Diod. XV, 13, 4). Es posible que fuera entonces cuando el tirano entrara en contacto con aquellas huestes galas que habían descendido por la península Itálica y se encontraban en la zona de la Apulia, es decir, enfrente de Liso. Justino (XX, 5, 1-6) afirma que en ese momento Dionisio los contrató como mercenarios para luchar contra las ciudades griegas del sur.

Sin embargo existe otra línea argumental posible y es que fuera el mismo tirano, quién hubiera empujado a los galos hacia allí. Polibio (I, 6, 1-2) indica que el saqueo de Roma se produjo en la época de la Paz de Antálidas (387/386). Lo cual nos ubica en la época en la que Dionisio empezó a forjar alianzas y a establecer enclaves siracusanos en la zona del Adriático. Este interés por la zona adriática podría haber llevado a Dionisio a entablar relaciones con los galos senones, la

⁵ Boyos según Apiano (*Gall.*, 1, 1-2), senones según Aulio Gelio (Gell., V, 17, 1-5; XVII, 21, 20), Floro (I, 7), Livio (Liv. V, 35) y Estrabón (Est. V, 1, 6).

tribu celta que, precisamente, se encontraba establecida en la costa opuesta a la isla de Faros⁶. T. J. Cornell propuso, a partir de la ruta seguida por los galos, que el objetivo de éstos era trasladarse hacia la Campania⁷ y, desde ahí, atacar a las ciudades griegas de la Liga Italiota. En efecto, el paso más factible desde el nordeste hacia la zona campana se realiza a través del curso del río Tíber y luego bordear la costa hasta Nápoles, tal y como puede apreciarse en el mapa (fig. 3).

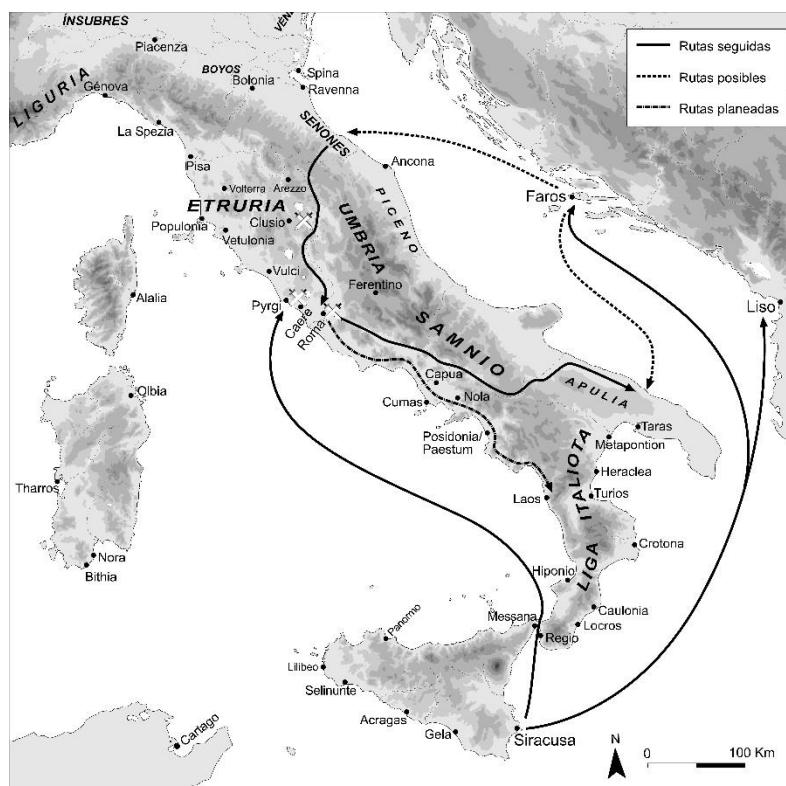


Figura 36. Rutas seguidas por Dionisio el Viejo y por los galos senones en la década del 380.

Se ha sugerido también que los posteriores ataques galos a Roma fueron orquestados por Dionisio mientras él se encargaba de saquear la costa tirrenica y corsa en busca de recursos⁸. El episodio más conocido lo constituye el saqueo del templo de Iilitia, cerca de Caere; el tirano desembarcó en el puerto de Pyrgi y, pese a la rápida respuesta de los agilenses, logró obtener un botín de 2.000 talentos de oro y plata (Est. V, 2, 8; Diod. XV, 14, 3-4; Poliè, *Estrat.*, V, 2, 9). De esta forma, el ataque de los galos habría estado coordinado con la incursión naval de Dionisio, evitando que Roma pudiera prestar ayuda a Caere.

Es cierto que no existen más elementos de refuerzo que respalden más sólidamente esta teoría, más que la contemporaneidad de los hechos. Sin embargo, y como venimos subrayando a lo

⁶ En este sentido, S. Péré-Noguès recupera la hipótesis planteada por V. Kruta de considerar Ancona como un centro de reclutamiento mercenario en el Adriático (Kruta, 1981: 9; Péré-Noguès, 2007: 354).

⁷ Cornell, 1999: 365-366.

⁸ Cornell, 1999: 366.

largo de toda la investigación, la interconexión entre todos los pueblos que baña el Mediterráneo era mucho más compleja y asentada de lo que comúnmente viene mostrándose. Y aunque los canales de información en la Antigüedad fueran más lentos, podemos estar seguros que un tirano como Dionisio conocía perfectamente cuál era la situación social y política en la mayor parte de las ciudades y territorios importantes en el Mediterráneo. Aunque este episodio no afecte directamente a Cartago, los hemos desarrollado con la intención de demostrar que pese al papel regidor que la colonia tiria desarrolló en este periodo, no era, ni mucho menos, el único actor activo. La evolución hegemónica de Cartago no experimentó una línea uniforme ascendente sino que se enmarca dentro de una dinámica multipolar tremadamente compleja e interconectada.

Las guerras entre Cartago y Siracusa producidas entre los años 396 y c.358 demuestran cual era la situación en ambos extremos del Mediterráneo en el siglo IV: una continua lucha por la hegemonía en la cual ninguna de las dos potencias daba el brazo a torcer. Esta conflictividad alcanzó a uno de sus momentos culminantes en el transcurso de la Sexta Guerra Greco-púnica (344-339). En el año 343 cuatro ejércitos dirigidos por tantos otros bandos enfrentados lucharon dentro y fuera de las murallas de Siracusa para obtener el control de la ciudad (Diod. XVI, 69). Aquella guerra se decantó finalmente del lado del corintio Timoleón, quién, contra todo pronóstico, logró vencer al inmenso ejército cartaginés en el río Crimisos y posteriormente expulsó las tiranías de la mayor parte de ciudades sicilianas.



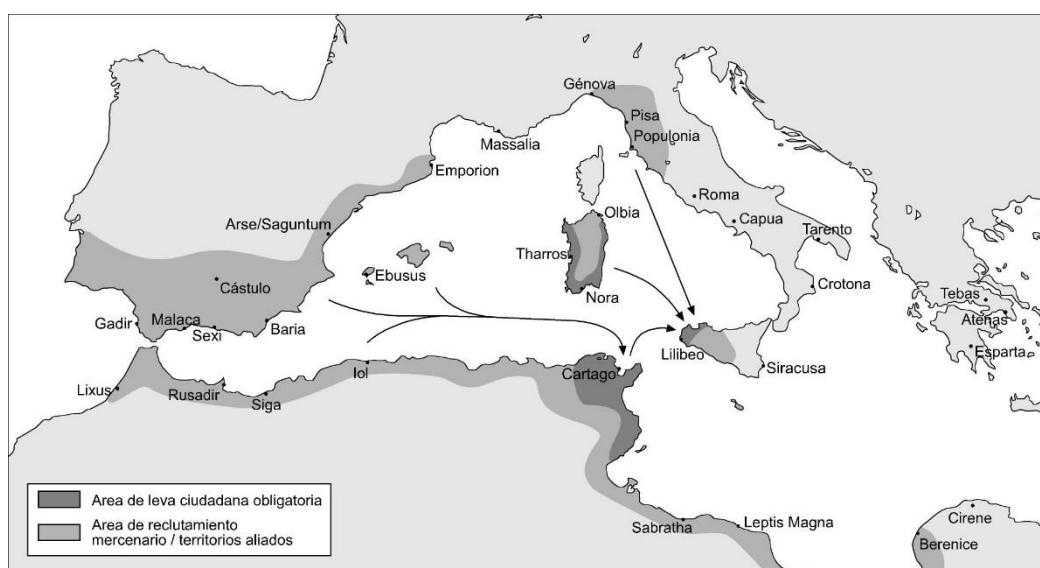
Figura 37. Áreas de reclutamiento cartaginés en el periodo 396-338.

Pasadas tres décadas, el senado cartaginés tuvo que ordenar una nueva leva de mercenarios. Agatocles, el nuevo hombre fuerte de Siracusa, había iniciado la enésima ofensiva contra los territorios púnicos de Sicilia. El general cartaginés Amílcar de Gisgón organizó un considerable ejercito formado por libios, soldados cartagineses, y mercenarios baleáricos y etruscos para

frenar el avance griego en la isla. A todos ellos se añadieron posteriormente algunos miles de mercenarios más, probablemente greco-siciliotas, para resarcir a su ejército después de haber perdido muchas naves durante la travesía. Después de varios cambios de iniciativa, finalmente los cartagineses terminaron venciendo el conflicto cinco años más tarde.

Un contingente de mercenarios griegos también entró a formar parte del ejército púnico durante la contienda (de hecho, en ambos bandos había mercenarios griegos). En cambio, hasta cierto punto resulta sorprendente que ni durante esta guerra, ni durante el conflicto posterior contra Pirro, ninguna fuente literaria aluda a la participación de mercenarios de origen ibérico. Sin embargo, a tenor de la buena relación política y económica en la península Ibérica, así como respecto a los indicios arqueológicos y numismáticos (especialmente las monedas cartaginenses de Emporion), creemos que en realidad, no tan sólo siguieron utilizándose mercenarios de origen ibérico, sino que además su área de enrolamiento se expandió hacia el norte. Igualmente, nada nos invita a pensar que en Cerdeña no se continuara reclutando levas ciudadanas.

Un ejército cartaginés fue enviado a Sicilia a la muerte de Agatocles en 289 (Just. XXIII, 2, 13), pero nada sabemos de él ni de su composición salvo que se dedicó a recuperar las ciudades que habían caído bajo la égida siracusana. Paralelamente, desde finales del siglo IV y durante la mayor parte del siglo III se produjo una nueva fase de expansión territorial cartaginesa en suelo africano, extendiendo la zona bajo control directo de la ciudad hasta los distritos de Los Campos Magnos, Gunzuzi y Tusca.



La situación cambió notablemente con el estallido de la Primera Guerra Púnica. Siracusa, que durante los primeros meses del conflicto permaneció en el lado cartaginés, terminó capitulando ante Roma para transformarse, al cabo de poco tiempo, en uno de sus aliados más fieles. La guerra que se desencadenó en aquel entonces fue el conflicto más largo registrado durante toda la Antigüedad, 24 años de guerra ininterrumpida (264-241). El esfuerzo bélico fue llevado hasta

el extremo por parte de ambas potencias, tan sólo superado en cuanto a movilización de tropas, transporte y logística por la Guerra Anibálica.

En esta ocasión, la literatura clásica atestigua el enrolamiento de mercenarios procedentes de toda la *koiné* cartaginesa. Y entre estos autores destacó, por supuesto, Polibio, que supo investigar y analizar con rigor, además de describir, los acontecimientos de aquel momento. En Iberia, pese al retroceso que tal vez se produjo en la zona emporitana, los mismos puertos siguieron abasteciendo los ejércitos púnicos de principio a fin de la contienda (Pol. I, 17, 3-5; I, 67; Diod. XXV, 2). Desde los puertos de la Etruria septentrional y la Liguria meridional, llegaron numerosos contingentes de tropas galas de forma regular, tal y como indican varios autores (Pol. I, 17, 4; Front. Strat. III, 16, 3; Zonar. VIII, 10, 7; Pol. I, 43, 4; Zonar. VIII, 16, 8; Pol. I, 67; Diod. XXV, 2). Con ellos, viajarían también soldados ligures (Pol. I, 17, 4; Pol. I, 67; Diod. XXV, 2). Una alusión a los pueblos “*de la región que se halla frente a Sicilia*” (Pol. I, 17, 4) podría indicarnos también una participación de mercenarios itálicos entre las tropas cartaginesas, quizá brutios o lucanos.

Tropas de origen griego también son mencionadas bajo el estandarte cartaginés en distintos momentos de la contienda, aunque resulta plausible plantear la presencia de tropas helenas durante todo el conflicto. Estos soldados procedían tanto de la Hélade, según lo demuestra el caso paradigmático de Jantipo (App. Pun. 3; Pol. I, 32-36; Front. Strat. II, 2, 11; Zonar. VIII, 13, 5-10; Diod. XXIII, 14-15; Veg. III, *prol.*, 5-6; Val. Max. IX, 6, 1), como de la propia Sicilia (Pol. I, 43, 2-3). No obstante, fue el norte de África la región que soportó el mayor peso de la guerra. Esta vez, sin embargo, las tropas africanas no participaron tan solo con infantería y caballería. En este contexto contamos con datos acerca de la incorporación de los temidos elefantes, cuya más antigua mención se ubica en el año 262 (Diod. XXIII, 7-8; Pol. I, 19; Oros. IV, 7, 5). En cambio, no parece que las ciudades etruscas participaran esta vez en el conflicto, habida cuenta que veinte años antes habían sucumbido, por enésima y última vez, ante los romanos (Dio. Cas., VIII, 38, 1-2). A consecuencia de ello su peso político y económico había decrecido ostensiblemente, hasta ser eventualmente fagocitadas por Roma.

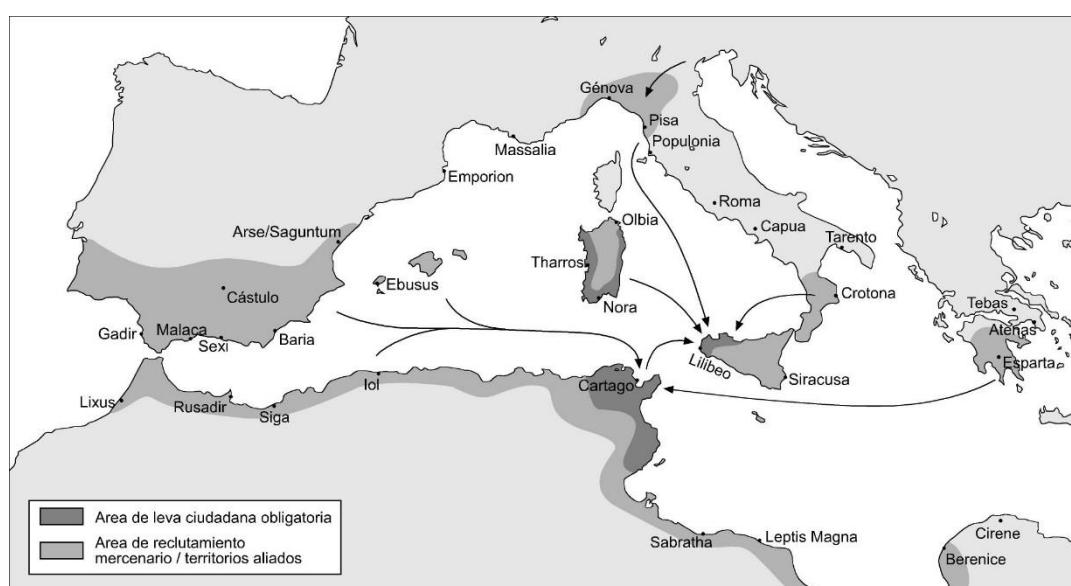


Figura 39. Áreas de reclutamiento cartaginés en el periodo 264-241.

La derrota cartaginesa en 241 conllevó profundas transformaciones y consecuencias en el panorama multipolar mediterráneo. Sicilia, tantos años disputada entre cartagineses y siracusanos, cayó *de facto* en manos de una potencia recién llegada a la zona; una potencia expansionista en rápida ascensión, Roma. Cartago no sólo fue expulsada de la isla, sino que además tuvo que enfrentarse a las consecuencias de la derrota: las arcas del estado estaban agotadas, Roma exigía la entrega de una enorme suma de dinero como indemnización de guerra, y había miles de mercenarios a las puertas de Cartago esperando recibir su paga. La presencia de un ejército de mercenarios ante la ciudad, desmovilizado y ansioso por cobrar, no constituía la situación que había previsto el Senado cartaginés. Ante la imposibilidad de hacer frente al sueldo que les debía, la metrópolis norteafricana empezó a dialogar con sus líderes, tratando de hallar una solución. Sin embargo, ello no fue posible. Cansados de esperar, y dirigidos por caudillos de cada rincón de la *koiné*, los mercenarios se rebelaron y declararon la guerra a la ciudad a la que habían servido. Arrastraron con ellos buena parte de los territorios libios sujetos a la hegemonía cartaginesa y empezó de este modo la Guerra Inexpiable o Guerra de los Mercenarios (241-238).

Estas fueron las horas más sombrías de la historia de la ciudad hasta entonces. Cartago únicamente logró reponerse a tal extrema situación gracias a las habilidades militares y diplomáticas de Amílcar Barca, quién logró atraerse además a importantes sectores libios a su bando. Después de numerosas batallas, la guerra terminó tres años y cuatro meses después (Pol. I, 88, 7). La derrota frente a Roma y la revuelta mercenaria provocaron una desatención forzosa del imperio marítimo cartaginés. Y esta situación no pasó inadvertida a los romanos, quienes aprovecharon la crisis púnica para conquistar la isla de Cerdeña (Pol. I, 88, 8-12). Para un espectador culto del año 238, aquel probablemente pareció significar el fin de la hegemonía cartaginesa en el Mediterráneo occidental. Pero Amílcar, con el apoyo del ejército y de la ciudadanía más que con la del Senado, encontró la fórmula para devolver la ciudad al plano internacional.

El desembarco del general cartaginés en Iberia en el año 237 marca el inicio del resurgir de Cartago en el siglo III. La conquista de aquel territorio que había sido el granero de mercenarios cartagineses debió de constituir un desafío diplomático importante. Con el mar tirreno bajo control romano, las vías de contratación de tropas ligures, galas, sicilianas y sardas quedaban cerradas. De modo que el ejército que comandaba Amílcar estaba formado fundamentalmente por tropas africanas y por los mercenarios veteranos que habían sobrevivido a la Primera Guerra Púnica y a la Guerra Inexpiable. Aun así, el general púnico sometió políticamente buena parte de los territorios que anteriormente tan solo se consideraban una suerte de zona de influencia cartaginesa, además de a las numerosas poblaciones fenicio-púnicas que poblaban el sur de la península. Su yerno Asdrúbal siguió expandiendo los límites de este nuevo imperio -esta vez sí, territorial-, utilizando prioritariamente la diplomacia frente a las armas. El cambio de régimen en Iberia tuvo su eco tanto en la fundación de las nuevas ciudades de Akrá Leuke y Cartago Nova cuanto en la modernización de otras ya existentes mediante un ordenado plan de fortificaciones con fuertes influjos poliorcéticos de origen helenístico.

Tan rápido crecimiento alarmó algunos sectores del senado romano, que enviaron una primera delegación a Iberia en época de Amílcar y una segunda con Asdrúbal en el poder. El resultado de esta última fue la firma del denominado Tratado del Ebro, en el año 226, que estipulaba los límites precisos a la expansión territorial cartaginesa en el citado río. De forma sucinta podemos resumir estas dos primeras décadas del imperio bárcida en la península con una primera fase de conquista y expansión llevado a cabo por Amílcar, y una segunda que se caracterizó por afianzar y administrar el imperio territorial recién creado. Esta fue la situación que heredó Aníbal Barca en 221, fundamental para entender la guerra mundial que estalló tres años después. La Segunda Guerra Púnica constituye, en cierta manera, el culmen de un proceso que venía fraguándose en los últimos doscientos años.

Aníbal, el gran enemigo de Roma, constituyó el paradigma del general cartaginés definitivo. Gracias a la *koiné* cartaginesa construida pacientemente durante los dos siglos anteriores, Aníbal pudo aprovechar las conexiones diplomáticas y militares púnicas al máximo, desde Iberia hasta Macedonia y del sur de la Galia a las llanuras africanas.

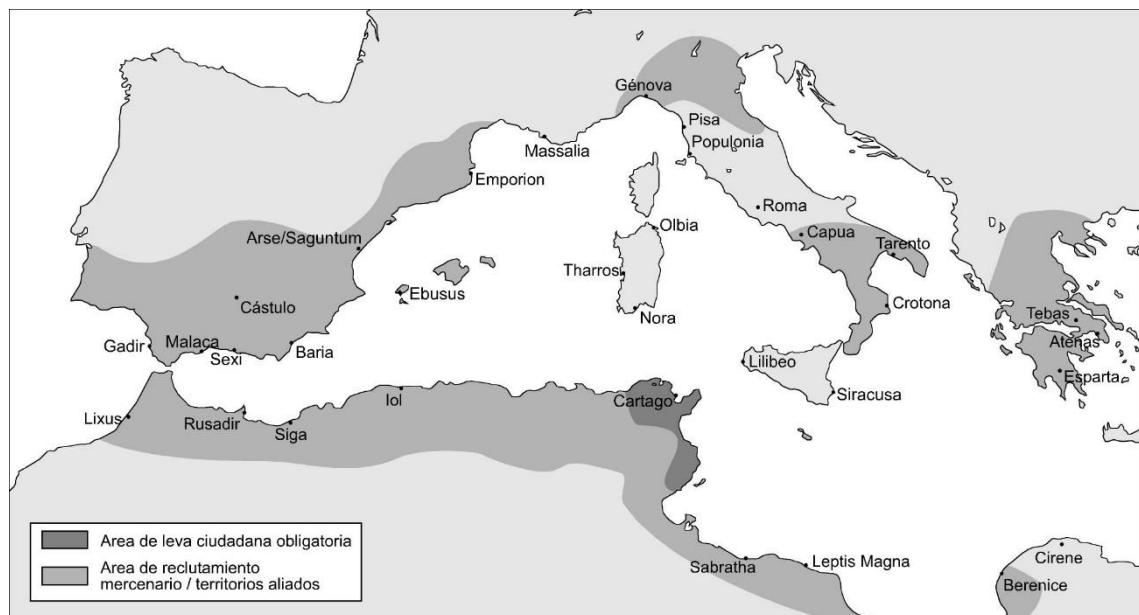


Figura 40. Áreas de reclutamiento cartaginés en el periodo 218-201.

9ENG. CONCLUSION

9.1. Historical analysis of a macroregional process

The analysis of the compiled data thus far has allowed us to approach the phenomenon of interconnectivity in the Western Mediterranean through Carthage from a global and diachronic perspective. Once the type of relationship that the city had with each of the geographical territories of its *koiné* has been established, we can start to approach this process holistically and try to answer the questions that were raised at the beginning of the research.

If we are attempting to prove our theory regarding Carthage's role as the nexus and driving force behind political-military relations in the Western Mediterranean, it seems logical to use this as a starting point from which to build our discourse. As we are aware that we cannot address this issue without knowing in depth the very political subject in question, we have tried to determine what the political and military organisational hierarchy was that governed the system. After the fall of the Magonid family towards the middle of the 5th century, the so-called "oligarchic revolution," power changed hands and with it, Carthage's foreign policy. The city's greatest trading families, together with a new, emerging class originating from the rural regions, put a stop to military intervention that had characterised the previous dynasty. For a period of various decades, literary sources show no evidence of any kind of Punic military campaign. Given that from this moment on a rise is documented in imports of Carthaginian products to Iberia and the Balearics, everything would seem to indicate that the new Carthaginian government was more interested in strengthening its trade relations than in expanding its territory. However, it was not a selfless peace. The wealth and social status of the Senate's members depended greatly on successful trading, so that once they were at the helm of State administration, they could concentrate on promulgating the foreign policy they were most interested in. Given the ideal geographical location of the city in the Mediterranean sphere and their good relations with the Phoenicians on both sides of the sea, success was guaranteed.

It has also been shown that the oligarchy was predisposed to nepotism and bribery for public office, which is often indicated in literary sources within the Carthaginian political system and confirmed in epigraphy.¹ Thus it has been proved that the majority of roles within the city's highest authorities were in the hands of a small number of families and that it was commonplace for the same person to occupy various roles and to repeat terms in office.

As we have tried to convey in illustration 1 from the second chapter, the city's political organizational chart was complex. However, in spite of influence peddling and bribery for public office, its system was characterised by a marked interest in ensuring that some authorities could not accumulate excess power and become tempted to impose a tyranny. Every political institution had a parallel body that could veto or limit their room to manoeuvre, both in the civil and military sphere. It is precisely this characteristic that two highly respected historical figures, Aristotle and Polybius, chose to praise: the combination of royalty, aristocracy and democracy. Or what can also be described as: shophet, senate and assembly.

This political account was decisively interrupted in the year 410, when Segesta asked Carthage for help a second time when faced with the threat of their neighbour Selinunte. The Carthaginian Senate thereby took a notable turn in their foreign policy and decided to intervene again in Sicily. Possibly the disastrous memory of the defeat at Himera in the year 480 had diminished over time. Or perhaps the Carthaginian oligarchy construed that after the attrition of war against Athens, the Greek-Sicilian cities would not pose a threat and that it was the right time to expand their political and economic influence over the island.

The situation in the military sphere had not changed as much as the political one. The supreme command lay with one of the last members of the Magonid dynasty, Hannibal (at least the last one mentioned in classical literature). The army was formed by contracting mercenaries from diverse ethnic and geographical backgrounds, principally from the Iberian Peninsula and North Africa. We have already mentioned in chapter 8 that the list of nations involved in Hamilcar's army in 480 seems exaggerated. Diodorus states that it took Hannibal a whole year to recruit these troops, 200,000 men according to Ephorus and 100,000 according to Timaeus (Diod. XIII, 54, 5), which could effectively indicate the difficulty in reactivating the Carthaginian war machine after a long slumber.

This is the beginning of the period we have dared to name the "Big Game", an ancient version of the so-called "Great Game" as coined by Arthur Conolly, when the British imperialists and Russians fought for control over Asia in the 19th and 20th centuries. As with its European imperialist epigone, in the historical period we have studied, Carthaginian military and diplomatic abilities were constantly tested throughout the two centuries. At the same time, this phenomenon connected remote nations and regions that had previously been removed from the course of Mediterranean history. Throughout this period, Carthage fought for complete hegemony in the West, with the island of Sicily and the Greek population inhabiting its cities being its greatest obstacle and battlefield. Syracuse became Carthage's nemesis for more than 200 years until it became absorbed by Rome and taken over. At the same time, and although the attention of Greek and Roman

¹ Ruiz Cabrero, 2009.

historians has focused on the aforementioned island, these conflicts also directly or indirectly affected Carthage's relationship with many other territories. Occasionally it fuelled alliances with foreign kings (for example with the Mauri, Massyliis or Maesulians, but also with the embassy of Alexander in 331 and of Ptolemy II in 257) or the quest for support in cities with strategic objectives (for example the case of Tarentum in 275, Syracuse in 264, to the aid of Gadir against its Turdetani neighbours at an unknown date). On other occasions, relations were strengthened through levying troops from territories directly controlled by Carthage (certainly in North Africa, probably Sardinia and possibly in Iberia). None of these ties between Carthage and the *koiné* territories were exempt from the game of politics, whether it were through the strengthening of enemies from a hostile city (for example supporting the Italiote League against Dionysius I), strengthening Carthaginian factions in hostile cities (in Selinunte in 409/408, in Syracuse in 214 and perhaps in Ampurias during the middle of the 4th century) or by coming to the defence of military leaders (case of the Ilergete, Indibilis). Not forgetting that on some occasions, Carthaginian pressure caused open conflicts against indigenous populations.

Neither Syracuse, nor subsequently, Rome remained indifferent when faced with Carthaginian deployment in foreign politics and they in turn sought their own allies. Dionysius found them among the Gauls from the north of the Italian peninsula and the Campani, Brutii and Lucani populations in the south. They also strengthened their ties with Sparta with the mutual exchange of troops throughout various points of the 4th century. In this respect, the Hellenic world was the only outside factor that burst onto the Western scene with sufficient force to destabilise it. These "Hellenic incursions" were normally short-lived campaigns, usually badly planned, which rarely ended successfully. In fact it was the first of these, the Athenian expedition of 415-413, which brought about Hannibal's campaign of 410/409. Subsequently, the city of Tarentum sought help from Alexander of Epirus to battle against the Lucani at the end of the 4th century, but was defeated during the campaign. Without a doubt, the greatest example of this phenomenon was that of Pyrrhus of Epirus, who fought for nearly seven years (280-274) in Italy and Sicily against the Romans and Carthaginians. However, in spite of his military successes, his campaign also ended in disaster and he was forced to return to Hellas with empty hands and less troops in his army.

There were also other incursions of less importance, such as that of Cleonymus, son of the Agiad king Cleomenes II, on Veneto at the end of the 4th century or that of Demetrius of Pharos, who attacked the Roman allies around the year 220, among others. Nevertheless, the Eastern generals were not always as hostile to Syracuse or Carthage. For example, the initiative and resolution of Xanthippus Lacedaemonius aided the Punics to change the course of the first war against Rome. Moreover various Spartans in Syracuse were sent to their aid: Gylippus around 414, Deixippus in 407, Ariston or Arete two years later, Farax in 356/355 and Gesilus shortly after, give account to support this.

Thus far we believe we have shown a high degree of interconnection between them, the ambition of this process and the certainty that Carthage played a crucial role in this phenomenon. The Mediterranean was a boiling pot in political, economic and military terms (if it is possible to separate one from the other) in the classical period, long before it became the Roman *Mare Nostrum*.

9.2 The “Big Game”. Carthage’s political strategy: diplomatic and military affairs

Addressing the matter concerning the goals Carthage was pursuing is a delicate question, given that admittedly it is impossible to verify them. Understanding the underlying motives that drive a perpetrator to embark on a process, conquest or any other action is key to fully understanding any historical event. This aspect is often overlooked or is rather generalised inadequately; stating that the only motive for Carthaginian expansion throughout the 5th and 3rd century was the control of Mediterranean trade is a sparse and simplistic half-truth.

The correct response, from our point of view, is to search for it in a particular fashion in each specific incident. Each one encompasses their own actors, their own peculiarities and their own political context. Equally, we tend to carry out research concerning the will of Carthage or Rome or Syracuse as if they were autonomous entelechies, subjects in themselves. Certainly it was the will of the Senates of these cities that governed over the political and military decisions of their cities. Yet in reality it was much more complex and nuanced. When the Senate sent Hannibal the Magonid to Sicily in the year 409, it was the political class who decided to start the war; but it is no less certain that it was Hannibal, acting on his own interests, who decided how it would be carried out and how to react when faced with each of Syracuse’s new movements. On occasion, the Carthaginian Senate and generals in the field would disagree on their objectives, not mentioning the existence of different factions within the very Punic Senate; a good example of which was clearly seen at the beginning of the Second Punic War between those in support of and those against starting the war. Only through these specific calculations, unique to each moment and each historical actor, can the tyrannical attempts of Hanno (345), Hamilcar’s decision to domineer the Iberian peninsula (238) or the actions of Bomilcar in the battle against Agathocles before the gates of Carthage (310) be explained. In this regard, we stress the role of certain historical figures individually in order to understand phenomena and processes framed within the evolution of a state.

In this *Big Game*, the Punic diplomatic system played a fundamental role and was highly active in this period. We have literary and epigraphic evidence from pacts established with Caere, Rome, Etruscan cities and some cities in the east of Sicily, as well as proven political relations with Thebes, Tiro and Macedonia. We have reports of all these relations without even counting on any kind of historiographic record originating from Carthage, a fact which allows us to think that these types of treaties were much more commonplace and further afield than historical records have evidenced.

Therefore, we are convinced that this network of alliances spanned the main ports and cities of North Africa, Iberia, Sardinia, Etruria and Magna Graecia. Various indications lead us to think this: a) the remains of Punic archaeological material relating to trade; b) historical precedents (such as the battle of Alalia, the existence of an area of strong Punic political dominance in Sicily, the military campaigns on Sardinia or the numerous treaties previously detailed); c) the presence of Punic settlements in Sardinia (Sulci), Sicily (Terma) and Iberia (Baria, Ibiza); and d) primarily the fact that throughout the 5th century Carthage supported its colonial empire and economic growth based on control of maritime trade; and this control (and its profitability) was only possible if they controlled the ports.

These alliances were based on an unequal agreement between Carthage and the port/city in question: the former, presumably benefitting from port activity and volume of traffic; the latter being incorporated into the Carthaginian trade route and receiving certain security guarantees. By the end of the 5th century, with the launch of the great Carthaginian military campaigns in Sicily, it is possible that some of these cities were obliged to support them in the war effort, whether by providing troops or financial assistance.

All of this diplomatic and military deployment leads us to wonder about the suitability of applying the concept of *imperialism* to Carthaginian politics between the 5th to 3rd centuries. As we have detailed in chapter 3, sometimes too much importance is placed on a concept, when actually the background is more important than the form. Perhaps the terms, *hegemony* or *epikrateia*, which describe an influence with a special emphasis on a form of power, physically absent, but unquestionably politically and economically regulatory, would be more appropriate to define the influence that Carthage exerted over a significant part of the territories that lie in the Western Mediterranean. In any case, C.R. Whitakker's² definition of imperialist policy seems very pertinent, which is defined by a series of characteristics: control and territorial annexation, provincial administration system, tax collection, exploiting natural resources, unequal alliances and lastly, monopoly and control of trade. According to this definition, Carthage effectively deployed an imperialist policy during this period. Recently N. Pilkington has supported this stance from a more archaeological perspective, focusing on aspects of economical exchange.³ Perhaps researchers are not convinced by the fact that these territories did not undergo a relevant expansion of their borders under its control until the Barcid era. Unlike Rome, the area under Punic dominance remained fairly stable from the mid 5th century until the mid 3rd century. In any case, we must return to the point that if all the regions were territorially interconnected, we should not hesitate to speak of a Carthaginian empire, just as we should not hesitate to use this term for the Athenian policy subsequent to the Greco-Persian Wars. As Athens in the east, Carthage also based the connection of its territories through control of the sea. The main difference between this and other empires of its time was that the majority of its surface was sea and not land.

9.3 Development of recruitment areas

Throughout this paper we have been piecing together the spatial and temporal evolution in the development of contracting mercenaries. We must now bring together the conclusions from all the chapters in order to visualise and interpret this phenomenon. These results form one of the essential parts of this research. Before we look at the material, we wish to emphasise that this is merely a proposal (as has previously been done by more experienced specialists, in particular A. C. Fariselli⁴) based on all those aspects we have considered important. We do not claim to have concluded this debate, on the contrary, we remain open to any type of discussion or scientific criticism.

² Whitakker, 1978: 63.

³ Pilkington, 2013: 361-363.

⁴ Fariselli, 2002.

Starting then with our review of Hannibal the Magonid's campaign in the year 410/409, we find ourselves in a Carthage recently emerging from a period of trade expansion and relatively pacific policies. The main reasons for this change of course in foreign policy are related primarily to the hope of extending the Punic *epikrateia* in Sicily and thereafter, economic competition with regard to Syracuse. In spite of all their differences, both cities responded in similar ways during the military and arms escalation between them: they established political-military alliances with other cities and recruited large numbers of mercenaries. Historical context at the time advised them to do so. Whilst in the East they were forging vast territorial empires of states equipped with their own indisputable military powers, such as Egypt, Achaemenid Persia, Alexander's empire or the kingdoms of the Diadochi, in the West we do not find similar hegemonies. Undoubtedly, Carthage and Syracuse, like Massalia, Gadir or Tarentum, were economically very powerful cities, but they lacked a great territorial dominance. In this regard, Carthage, even at its height, was never comparable to the eastern kingdoms or empires.

Faced with the inability to carry out a territorial military conquest, this situation of fragmentation obliged cities with hegemonic intentions to weave a network of alliances based on military support and to a certain degree, political dependence. It is worth mentioning that these alliances were favoured by numerous tyrannies established in Sicily and Italy, allowing the establishment of personal kinds of pacts, often ratified through marriage. Dionysius the Elder, for example, had two wives, one from Syracuse and the other from Locri, both as a result of needing to secure support from both cities to his government (Diod. XIV, 44, 3-8).

Furthermore, it is worth noting, that the occurrence of mercenaries was at its peak in the 5th century in the Western Mediterranean. Literary sources provide evidence of this, where this phenomenon has been detailed in great depth by modern historiography.

Regarding the place of origin of the troops enlisted by Carthage in this period, by interpolating the data we have obtained from the previous chapters' conclusions, we can observe how there is a close relationship with the city's commercial sphere. This information is completely plausible if we apply the logic of exploiting infrastructure and relations with the indigenous world. This area includes southern Iberia, North Africa, Sicily and Sardinia. To this it must be added that the Campanian mercenaries were not recruited directly in Italy but in Sicily itself. However, the enlistment of able men to be sent to Carthage was not always in the form of mercenaries. At least in Sardinia, North Africa in the area controlled directly by Carthage, as well as certain cities in Sicily and Iberia, these troops did not serve as mercenaries but as citizen-soldier forced to fight for the army. In other places, the relationship worked as an alliance, as has been specified on various occasions in classic literature. Differentiating between all these gradations, with the data currently available, is extremely complex. What we can do is to establish hypotheses and identify certain enclaves as allied or subjugated cities. The following map shows the distribution of the enlistment areas we have established for the end of the 5th century, coinciding with the Second Graeco-Punic War (410-404).



Illustration 35. Carthaginian enlistment areas in the period 410-404.

Key:

Area of obligatory citizen conscription

Area of mercenary recruitment/allied territories

The long-term conflict between the Carthaginians and Dionysius the Elder's Syracuse widened the network of international relations in the Western Mediterranean from the 4th century. Added to Carthage's growing influence and political hegemony in North Africa and the Iberian Peninsula was the turbulent situation in the southern Italian peninsula between the Greek, Brutii and Lucani cities and Syracusan interests in the territory. This conflict fuelled the creation of the Italiote League. New protagonists also appeared on the scene: the Gauls, who were initially used as mercenaries by Dionysius. The end of the Peloponnesian War in the East and the Persian Empire's growing interest in profiting from internal dissension in the Greek world also played their own roles in this Great Game.

In the year 396, Carthage and Syracuse renewed hostilities, culminating in the Third Graeco-Punic War (396-392). After a brief interval, the conflict erupted even more ferociously and with greater consequences barely a decade later in 383. In spite of counting on larger armies, the Punics were not able to defeat the tyrant once and for all, whose influential coffers meant he was surrounded by powerful allies and well nourished mercenaries. Carthage, on the other hand, was able to attain support from the Greek cities of the Italiote League, beleaguered by constant Syracusan incursions and threats to their territories. The peace established under Mago in 392 did not stop Dionysius' ambitions for expansion, although he knew he could not sustain a war on two opposite fronts, against the Punics in Sicily and against the Italiote League in Italy. Faced with this dilemma, there were two possibilities: either try to break such an alliance or find new allies. Sparta joined the Syracusan cause mainly by sending experienced generals; at that time the Spartans were fighting to maintain hegemony over Hellas, which had cost them dearly to gain and they could not afford to

send troops to the west. Dionysius found part of the manpower he needed amongst the Bruttii and Lucani, who had been opposing the cities of Magna Graecia for decades. But then a new protagonist appeared: the Gauls.

Originating from Central Europe, the Celts had begun to expel the Etruscans from the Po Valley and had settled in the northern Italian peninsula. Their military success and the threat they posed to the northern Italian nations had undoubtedly caught the attention of Dionysius, probably thanks to trade networks that sailed constantly through the Tyrrhenian Sea and he decided to take a hand in the matter.

In the year 391, the Gallic Senones⁵ besieged the Etruscan city of Clusium. But why Clusium? The majority of classic authors refer to the Gallic migrations search for better lands as the reason for driving them towards Rome. Yet Clusium is not in the North. It is far from the Po Valley. Perhaps we can present a new working hypothesis, something more thorough.

At the beginning of the 80s in the 4th century, just after the treaty with Mago, Dionysius intensified his activities in the Adriatic. These movements were not merely to impose puppet governments, as in the case of Alcetas in the kingdom of Molosos, nor to force pacts with the Illyrian tribes (Diod. XV, 13, 1-3). Dionysius founded at least two cities in the Adriatic coast during those years: Pharos (modern day Hvar island in Croatia), in the year 384/383 and Liso (modern day Lezhë, Albania) “*some years later*” (Diod. XV, 13, 4). It is possible that that was when the tyrant came into contact with those Gallic troops who had travelled down the Italian peninsula and they met in the Puglia region, that is to say across from Liso. Justin (XX, 5, 1-6) states that, at that time, Dionysius contracted them as mercenaries to fight against the southern Greek cities.

However there is another possible line of argument that it was the same tyrant who had driven the Gauls there. Polybius (I, 6, 1-2) indicates that the Sack of Rome occurred at the time of the Peace of Antalcidas (387/386), which places us in the period when Dionysius began to forge alliances and establish Syracusan enclaves in the Adriatic region. This interest in the Adriatic region could have led Dionysius to establish relations with the Gallic Senones, the Celtic tribe who were established exactly on the opposite coast to the Faros Island. T. J. Cornell proposed, from the route taken by the Gauls, that their aim was to move to Campania,⁶ and from there, attack the Greek cities of the Italiote League. Indeed, the most feasible pass from the northeast towards the Campanian region is across the River Tiber and then travelling along the coast towards Naples, as can be seen in the map (fig. 3).

⁵ Boii according Appian (*Gal.*, 1, 1-2), Senones according to Gellius (V, 17, 1-5; XVII, 21, 20), Florus (I, 7), Livy (Liv. V, 35) and Strabo (Str. V, 1, 6).

⁶ Cornell, 1999: 365-366.

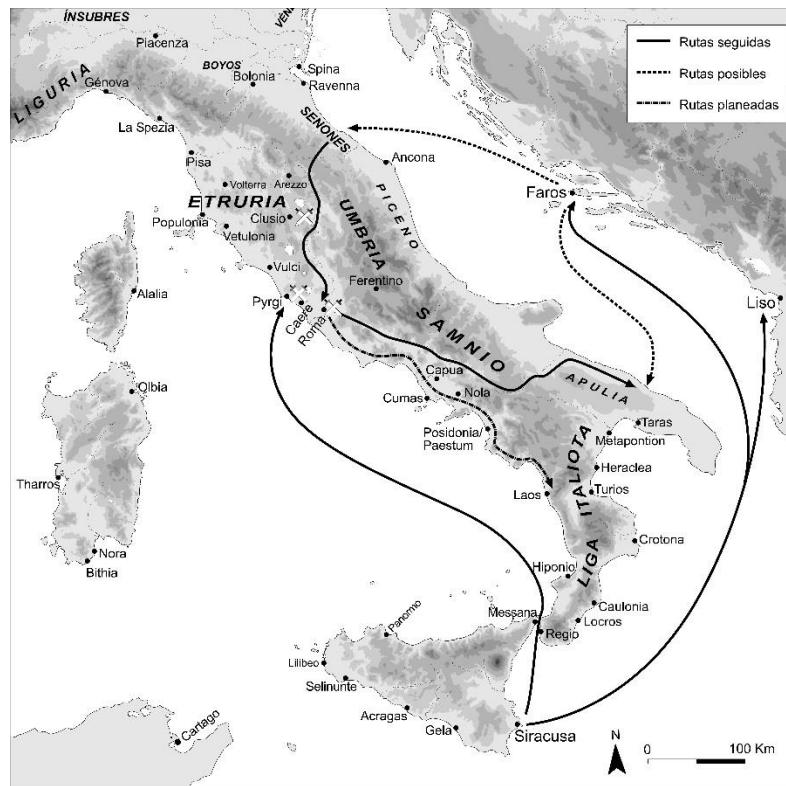


Illustration 36. Routes taken by Dionysus the Elder and the Gallic Senones in the decade 380.

Key:

Routes Taken
Possible Routes
Planned Routes

It has been suggested that Dionysius orchestrated the subsequent Gallic attacks on Rome, whilst he was in charge of looting the Tyrrhenian and Corsican coast in search of resources.⁷ The most well known episode is the looting of the temple of Iliithyia, near Caere; the tyrant landed in the Pyrgi port and despite the quick response of the Agilenses, he succeeded in plundering 2,000 gold and silver talents (Str. V, 2, 8; Diod. XV, 14, 3-4; Polyaen, *Strat.* V, 2, 9). Thus the Gallic attack would have been coordinated with Dionysius' naval incursion, so that Rome could not provide assistance to Caere.

Certainly there are no other supporting elements to reinforce this theory other than the contemporary nature of the facts. However, as we have been emphasising throughout this research, the interconnection between all the peoples that lie on Mediterranean shores was much more complex and established than has been commonly shown. Although the channels of information in ancient times were much slower, we can be sure that a tyrant such as Dionysius would know perfectly well what the political and social situation was of the majority of the Mediterranean's important cities and territories. Even though this incident did not directly affect Carthage, we have detailed it to show that despite the governing role the Tyrian colony developed in that period, it was not by any means the only active protagonist. Carthage's hegemonic evolution did not experience a

⁷ Cornell, 1999: 366.

uniform ascending line but rather was framed within a multipolar and highly complex and interconnected dynamic.

The wars between Carthage and Syracuse, which took place between the years 396 and c.358, depict the situation on both sides of the Mediterranean in the 4th century: a constant battle for hegemony in which both powers stood their ground. This conflict reached one of its defining moments during the course of the Sixth Graeco-Punic War (344-339). In the year 343, four armies, led by as many different opposing bands, fought inside and outside of Syracuse's walls to gain control of the city (Diod. XVI, 69). That war finally favoured the side of the Corinthian Timoleon, who against all odds, was able to defeat the vast Carthaginian army at the Crimissus River and subsequently drove the tyrannies out of the majority of Sicilian cities.



Illustration 37. Carthaginian enlistment areas in the period 396-338.

Key:
 Area of obligatory citizen conscription
 Area of mercenary recruitment/allied territories

After three decades, the Carthaginian Senate had to order a new levy of mercenaries. Agathocles, the new strongman of Syracuse, had begun the umpteenth offensive against the Punic territories of Sicily. The Carthaginian general, Hamilcar Gisco, organised a considerable army formed of Libyans, Carthaginian soldiers and Etruscan and Balearic mercenaries to stop the Greek advance on the island. To these troops they subsequently added a few thousand more mercenaries, probably Greek-Siceliotes, to recoup their army after having lost many ships during the voyage. After various changes of plan, the Carthaginians finished by conquering five years later.

A contingent of Greek mercenaries also came to form part of the Punic army during the battle (in fact, there were Greek mercenaries on both sides). However, to a certain extent, it seems surprising

that no literary source alludes to the participation of Iberian mercenaries during this war or the subsequent war against Pyrrhus. However, given the good political and economic relations with the Iberian peninsula, as well as regarding the archaeological and numismatic evidence (especially the Carthaginian coins from Ampurias), I believe that not only did they continue to use Iberian mercenaries, but that the enlistment area extended towards the north. Likewise, there is no reason to doubt that the conscription of citizens in Sardinia continued. A Carthaginian army was sent to Sicily when Agathocles died in 289 (Just. XXIII, 2, 13), but we know nothing about it or its composition apart from the fact it was dedicated to recapturing cities that had fallen under the aegis of Syracuse. Concurrently, from the end of the 4th century and during the most part of 3rd century, a new phase of Carthaginian territorial expansion took place on African soil, extending the area under direct control from the city to the districts of the Great Plains, Gunzuzi and Tusca.

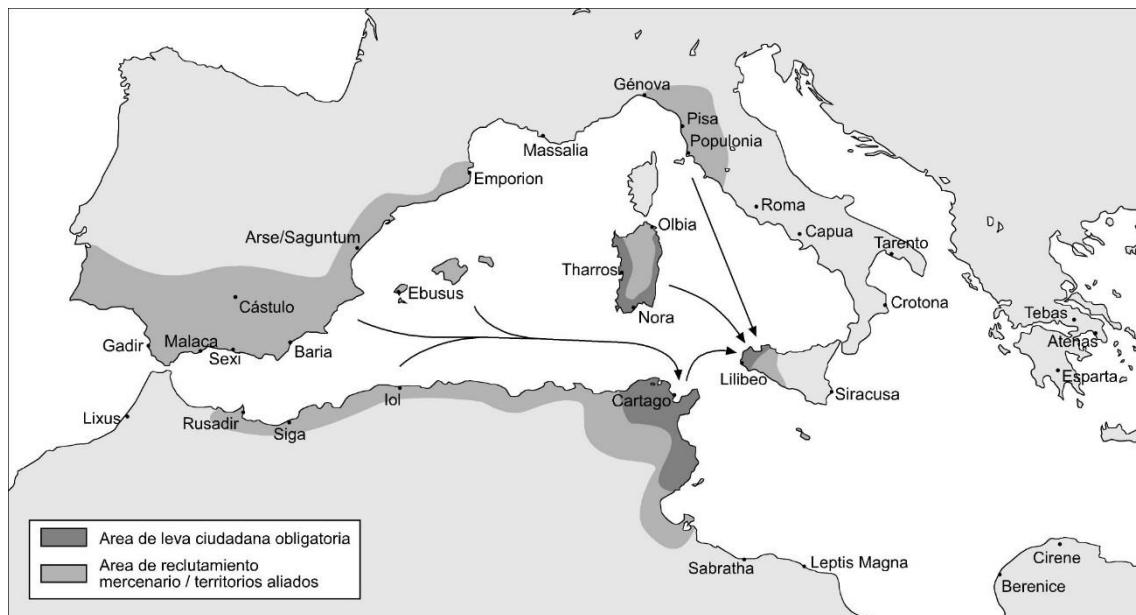


Illustration 38. Carthaginian enlistment areas in the period 311-278.

Key:

Area of obligatory citizen conscription

Area of mercenary recruitment/allied territories

The situation changed dramatically with the outbreak of the First Punic War. Syracuse, who for the first few months of the conflict was on the Carthaginian side, ended up surrendering to Rome in order to become, in a very short space of time, one of their most loyal allies. The war that then broke out was the longest recorded conflict of all ancient times, 24 years of constant fighting (264-241). The war effort was taken to the extreme by both powers, only exceeded by the Hannibalic War in terms of troop deployment, transport and logistics.

On this occasion, classical literature evidences the enlistment of mercenaries originating from the whole of Carthaginian *koiné*. Polybius naturally stands out amongst these authors for his research and rigorous analysis, as well as his descriptions of the occurrences at that time. In Iberia, despite

the setback that took place in the Ampurian regions, the same ports continued to supply the Punic armies from the start until the end of battle (Pol. I, 17, 3-5; I, 67; Diod. XXV, 2). Numerous contingents of Gallic troops arrived regularly from the ports of northern Etruria and southern Liguria, as indicated by various authors (Pol. I, 17, 4; Front, *Strat.* III, 16, 3; Zonar. VIII, 10, 7; 16, 8; Pol. I, 43, 4; Pol. I, 67; Diod. XXV, 2). Ligurian soldiers also travelled with them (Pol. I, 17, 4; Pol. I, 67; Diod. XXV, 2). An allusion to the peoples “from the region across from Sicily” (Pol. I, 17, 4) could also indicate the participation of Italian mercenaries among the Carthaginian troops, perhaps Bruttii or Lucani.

Troops of Greek origin are also mentioned under the Carthaginian insignia at various times of the battle, although it is plausible to suggest that Hellenic troops were present throughout the entire conflict. These soldiers came from both Hellas, as shown in the emblematic case of Xanthippus (Ap., *Africa*, 3; Pol. I, 32-36; Front, *Strat.*, II, 2, 11; Zon. VIII, 13, 5-10; Diod. XXIII, 14-15; Veg. *Epitome*, III, *prol.*, 5-6; Val. Max., *H. Mem.*, IX, 6, 1), and from Sicily itself (Pol. I, 43 2-3). Nevertheless, it was the region from the North of Africa that bore the brunt of the war. This time, however, the African troops did not merely fight with infantry and cavalry. Within this context, we have data regarding the use of feared elephants, whose earliest mention is dated to the year 262 (Diod. XXIII, 7-8; Pol. I, 19; Or. IV, 7, 5). In contrast, it seems that the Etruscan cities did not participate this time in the conflict, considering that twenty years prior to that they had succumbed, for the umpteenth and last time, to the Romans (Dio. Cas., VIII, 38, 1-2). As a consequence of this, their political and economic weight had diminished considerably, until they were eventually absorbed by Rome.



Illustration 39. Carthaginian enlistment areas in the period 264-241.

Key:

Area of obligatory citizen conscription

Area of mercenary recruitment/allied territories

The Carthaginian defeat in 241 entailed profound consequences and transformations in the multipolar Mediterranean panorama. Sicily, disputed for so many years between Carthaginians and Syracusians, fell *de facto* into the hands of a newly arrived power to the region; an expansionist power that was rising rapidly: Rome. Carthage was not only expelled from the island, but also had to face the consequences of defeat: the state treasure had dried up, Rome was demanding a huge sum of money as war reparations and thousands of mercenaries at the gates of Carthage were waiting to be paid. The presence of a mercenary army, in front of the city gates, demobilised and anxious to be paid, was not the situation the Carthaginian Senate had been anticipating. Faced with the inability to pay them their dues, the North African metropolis began a dialogue with their leaders, trying to find a solution. However, it was not possible. Tired of waiting and led by commanders from each corner of the *koiné*, the mercenaries rebelled and declared war on the city they had served. With the backing of a substantial part of Libyan territories subject to Carthaginian hegemony, they started the Truceless War or the Mercenary War⁸ (241-237).

These were the darkest hours of the city's history hitherto. Carthage only managed to recover from such an extreme situation thanks to the diplomatic and military capabilities of Hamilcar Barca, who won over a significant Libyan sector to his side. After numerous battles, the war ended three years and four months later (Pol. I, 88, 7). The defeat against Rome and the mercenary revolt caused a forced neglect of the Carthaginian maritime empire. This situation did not escape the Roman's attention, who took advantage of the Punic crisis to conquer the island of Sardinia (Pol. I, 88, 8-12). To an educated observer in the year 238, this would have seemed to be the end of Carthaginian hegemony in the Western Mediterranean. Yet Hamilcar, with more support from the army and citizens than from the Senate, found the formula to return the city to the international stage.

The landing of the Carthaginian general in Iberia in 237 marked the beginning of Carthage's resurgence in the 3rd century. The conquest of that territory which had been the breadbasket of Carthaginian mercenaries should have constituted an important diplomatic challenge. With the Tyrrhenian Sea under Roman control, the routes for contracting Ligurian, Gallic, Sicilian and Sardinian troops were closed. This meant that the army commanded by Hamilcar was principally formed of African troops and veteran mercenaries who had survived the First Punic War and the Truceless War. Even so, the Punic general politically subjugated a large part of those territories that were previously considered only a kind of zone of Carthaginian influence, as well as the numerous Phoenician-Punic populations in the southern peninsula. His son-in-law, Hasdrubal, continued expanding the boundaries of the new empire, this time territorially, giving priority to diplomacy before arms. The change of regime in Iberia was echoed both in the foundation of the new cities, Akra Leuka and Carthago Nova, and in the modernisation of existing ones through an ordered plan of fortifications with strong poliorcetica influences of Hellenistic origin.

Such rapid growth alarmed some sectors of the Roman Senate, who sent a preliminary delegation to Iberia in the time of Hamilcar and a second when Hasdrubal was in power. The result of the latter was the signing of the so-called Ebro Treaty, in the year 226, which stipulated the precise limits of Carthaginian territorial expansion in the Ebro River. In short, we can resume these first two decades

⁸ Hoyos, 2007.

of the Barcid empire in the peninsula with a first phase of conquest and expansion undertaken by Hamilcar and a second characterised by securing and administering the newly created territorial empire. This was the situation inherited by Hannibal Barca in 221, which is key to understanding the world war that broke out three years later. The Second Punic War, in a way, constitutes the culmination of a process that had been brewing for the last two hundred years.

Hannibal, Rome's great enemy, was the archetypal Carthaginian general. Thanks to the Carthaginian *koiné* patiently built over the previous two centuries, Hannibal could fully exploit Punic diplomatic and military connections, from Iberia to Macedonia and from the south of Gaul to the African plains.

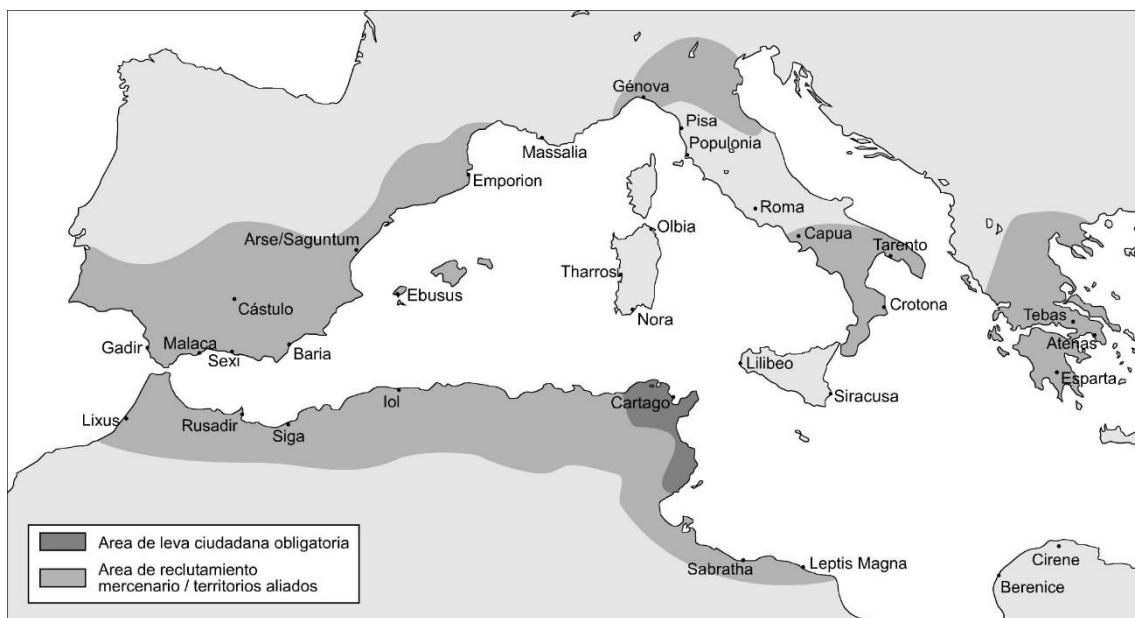


Illustration 40. Carthaginian enlistment areas in the period 218-201.

Key:

Area of obligatory citizen conscription

Area of mercenary recruitment/allied territories

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L. (2009): Contestania, griegos e íberos, OLCINA DOMÉNECH, M.; RAMÓN SÁNCHEZ, J.J. (eds.) *Huellas griegas en la Contestania ibérica*. Alicante: 20-29.
- ACQUARO, E.; BARTOLONI, P.; CIASCA, A.; FANTAR, M. H. (eds.) (1973): *Prospezione archaeologica al Capo Bon - 1*. Roma.
- ALFARO ASINS, C. (1993): Una nueva ciudad púnica en Hispania: TGLYT - Res Publica Tagilitana, Tíjola (Almería), *Archivo Español de Arqueología*, 66: 229-242
- ALFARO ASINS, C. (2000a): Consideraciones sobre la moneda púnica foránea en la Península Ibérica y su entorno, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 18: 21-68.
- ALFARO ASINS, C. (2000b): La producción y circulación monetaria en el sudeste peninsular, *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental. Anejos del Archivo Español de Arqueología*, 22: 101-112.
- ALFARO ASINS, C.; MARCOS, C. (1994): Tesorillo de moneda cartaginesa hallado en la Torre de Doña Blanca, *Archivo Español de Arqueología*, 67: 229-244.
- ALMAGRO GORBEA, M.; RUIZ ZAPATERO, G. (eds.) (1992): Paleoetnología de la península Ibérica, *Complutum*, 2-3. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M.; TORRES, M. (2009): La colonización de la costa atlántica de Portugal: ¿fenicios o tartesios?, *Paleohispanica*, 9: 113-142.
- ALVAR, J. (1999): Los fenicios en Occidente, BLÁZQUEZ, J.M.; ALVAR, J.; G. WAGNER, C. (eds.) *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*. Madrid: 311-447.
- ALVAR, J. (2008): Modos de contacto y medios de comunicación: los orígenes de la expansión fenicia, CELESTINO, S.; RAFEL, N.; ARMADA, X.L. (eds.) *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.). La precolonización a debate*. Madrid: 19-25.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2006): El origen del ariete: Cartago versus Gadir a fines del s. III A.C., *Initia Rerum. Sobre el concepto del origen en el mundo antiguo*. Málaga: 125-140.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2014): Hijos de Melqart. Justino (44.5) y la koiné tiria entre los siglos IV y III a.C., *Archivo Español de Arqueología*, 87: 21-40.
- ANDERSON, J.K. (1991): Hoplite weapons and offensive arms, David Hanson (ed.) *Hoplites. The classical greek battle experience*. London/New York: 15-37.
- ANGELI BERTINELLI, M. G. (1981): Ancora in tema di titolatura imperiale romana in ambiente púnico, *Scritti sul mondo antico. In memoria di Fulvio Grosso*, 9: 13-22.

- ANELLO, P. (1986): Il trattato del 405/4 a.C e la formazione dell “eparchia” punica di Sicilia, *Kokalos*, 32: 115-179.
- ANELLO, P. (2002): Siracusa e Cartagine, BONACASA, N.; BRACCESI, L.; DE MIRO, E. (eds.) *La Sicilia dei due Dionisî*. Roma: 343-360.
- ANELLO, P. (2006): I sicani nel IV secolo a.C., MICCICHÈ, C.; MODEO, S.; SANTAGATI, L. (eds.) *Diodoro Siculo e la Sicilia indigena*. Caltanissetta: 150-157.
- ARTEAGA, O.; PADRÓ, J.; SANMARTÍ, J. (1978): El factor fenici a les costes catalanes i del golf de Lió, *Els Pobles pre-romans del Pirineu. II Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Puigcerdà: 129-135.
- ARTEAGA, O.; PADRÓ, J.; SANMARTÍ, J. (1986): La expansión fenicia por las costas de Cataluña y del Languedoc, *Aula Orientalis*, 4: 303-314.
- ARTEAGA, O. (1994): La liga púnica gaditana, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 23-57.
- ASENSIO, D. (2004): Cerámicas de cocina cartaginesas en contextos ibéricos de la costa catalana, *II Congreso Internacional del Mundo Púnico*. Cartagena: 305-317.
- AUBET, Mª. E. (1977-78): Algunas cuestiones en torno al periodo orientalizante tartésico, *Pyrenae*, 13-14: 81-107.
- AUBET, Mª. E. (2002): Notas sobre tres pesos fenicios del Cerro del Villar (Málaga), AMADASI GUZZO, M.G.; LIVERANI, M.; MATTHIAE, P. (eds.) *Da Pyrgi a Mozia. Studi sull'archeologia del Mediterraneo in memoria di Antonia Ciasca*. Roma: 29-40.
- AUBET, Mª. E. (2006): El sistema colonial fenicio y sus pautas de organización, *Mainake*, 28: 35-47.
- AUBET, Mª. E. (2009): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente. Tercera edición actualizada y ampliada*. Bellaterra.
- AUBET, Mª. E.; DELGADO, A. (2003): El sistema colonial fenicio y sus pautas de organización, GÓMEZ BELLARD, C. (ed.) *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*. Zaragoza: 57-74.
- BACIGALUPO PAREO, E. (1976): I supremi magistrati a Cartagine, *Contributi di Storia Antica in onore di Albino Garzetti*. Geneva: 61-87.

- BADIAN, E. (1968): *Roman imperialism*. Oxford.
- BARCELÓ, P. (2009): Observaciones sobre la constitución y las instituciones de Cartago, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *XXIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 7-28.
- BARCELÓ, P. (2006): Sobre el inicio de la presencia cartaginesa en Hispania, J. MARTÍNEZ-PINNA (ed.), *Initia Rerum. Sobre el concepto del origen en el mundo antiguo*. Málaga: 105-124.
- BARKER, E. (1948): *The politics of Aristotle*. Oxford.
- BARRAL, J. (2004): Glíptica de Ibiza. Escarabeo inédito con hoplita, de nuevo tipo dorsal y probable origen *tharrense*, ARMANGUÉ HERRERO, J. *Dei, uomini e regni, da Tharros a Oristano, Archivio Oristanese*, 2: 51-67.
- BARRECA, F. (1964): *La civiltá di Cartagine*. Cagliari.
- BARRECA, F. (1974): *La Sardegna fenicia e punica*. Sassari.
- BARTOLONI, P. (1973): Necropoli puniche della costa nord-orientale del Capo Bon, ACQUARO, E.; BARTOLONI, P.; CIASCA, A.; FANTAR, M. H. (eds.) *Prospezione archaeologica al Capo Bon - 1*. Roma: 9-67.
- BARTOLONI, P. (2009): *I Fenici e i Cartaginense in Sardegna*. Sassari.
- BATS, M. (2003): Les étrusques et la Provence, *Les Étrusques en France. Archéologie et collections. Catalogue de l'exposition*. Lattes: 23-25.
- BATS, M. (2004): Les colonies massaliètes de Gaule méridionale: sources et modèles d'un urbanisme militaire hellénistique, *Des Ibères aux Vénètes. Phénomènes proto-urbains et urbains de l'Espagne à l'Italie du Nord (IVe-IIe s. av. J.-C.), Actes du colloque intern. de Rome 1999 (coll. EFR 328)*. Roma: 51-64.
- BATS, M. (2011): Métal, objets précieux et monnaie dans les échanges en Gaule méridionale protohistorique (VIe-IIe s. a.C.), *Barter, money and coinage in the Ancient Mediterranean (10th-1st Centuries BC). Actas del IV Encuentro peninsular de numismática antigua (Madrid, 2010). Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 58: 97-109.
- BATS, M. (2009): Le colonie di Massalia, LOMBARDO, M.; FRISONE, F. (eds.). *Colonie di colonie: le fondazioni sub-coloniali greche tra colonizzazione e colonialismo. Atti del convegno internazionale (Lecce, 2006)*. Galatina: 203-208.
- BEA, D; DIOLI, J; GARCIA i RUBERT, D.; GRACIA, F.; MORENO, I; RAFEL, N.; SARDÀ, S. (2008): Contacte i interacció entre indígenes i fenicis a les terres de l'Ebre i del Sènia durant la Primera Edat del Ferro, GARCIA i RUBERT, D.; MORENO, I.; GRACIA, F. (coords.) *Contactes. Indígenes i fenicis a la Mediterrània occidental entre els segles VIII i VI a.e.* Alcanar: 135-170.

BEN HASSEN, H.; MAURIN, L. (1998): *Oudhna (Uthina). La redécouverte d'une ville antique de Tunisie*. Bordeaux/Paris/Tunis.

BENDALA GALÁN, M.; CORZO, R. (1992): Etnografía de la Andalucía Occidental, *Complutum*, 2-3: 89-100.

BENDALA GALÁN, M. (1994): El influjo cartaginés en el interior de Andalucía, COSTA, B.; HERNÁNDEZ, J. (eds.) *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 59-74.

BERMÚDEZ, X. (2010): L'Urgell en època ibèrica. Deconstruint els ilergetes, *Urtx*, 24: 38-53.

BERTHIER, A. (2000): *Tiddis. Cité antique de Numidie*. Paris.

BIANCHI BANDINELLI, R; VERGARA, E.; CAPUTO, G. (1964): *Leptis Magna*. Verona.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (2008): Arquitectura defensiva del suroeste de la península Ibérica, COSTA, B.; HERNÁNDEZ, J. (eds.) *Arquitectura defensiva fenicio-púnica. XXII Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 145-183.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J.; BENDALA GALÁN, M. (2002-2003): Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania, Cuadernos de prehistoria y arqueología. QUESADA SANZ, F.; MORET, P.; BENDALA GALÁN, M. *Formas e imágenes del poder en los siglos III y II a.d.C.: modelos helenísticos y respuestas indígenas*. Madrid: 145-160.

BLÁZQUEZ, J.M. (1967): Las alianzas en la península Ibérica y su repercusión en la progresiva conquista romana, *Revue Internationale des Driots de l'Antiquité*, 14: 209-243.

BLÁZQUEZ, J.M. (1977): El legado indoeuropeo en la religiosidad de la Hispania romana, *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*. Madrid: 385-437.

BOISSINOT, P. (2005): Sur la plage emmêlés: Celtes, Ligures, Grecs et Ibères dans la confrontation des textes et de l'archéologie, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 35 (2): 13-43.

BONDÌ, S.F. (1988): Sull'organizzazione dell'attività commerciale nella società fenicia, *Stato, economia, lavoro nell Vicino Oriente Antico*, Milán: 348-362.

BONDÌ, S.F. (1990-1991): L'Eparchia punica in Sicilia. L'ordinamento giuridico, *Kokalos*, 36-37: 215-231.

BONDÌ, S.F. (1999): Carthage, Italy and the Vth Century Problem, *Studia Punica*, 12: 39-48.

BONDÌ, S.F. (2003): Il magistrato, ZAMORA, J. A. (ed.) *El hombre fenicio. Estudios y materiales*, Roma: 33-44.

- BOURGEOIS, É. (1882): De la constitution carthaginoise, *Revue Historique*, 20/2: 327-345.
- BRAGG, E. (2010): Roman Seaborne Raids During the Mid-Republic: Sideshow or Headline Feature?, *Greece & Rome*, 57: 47-64.
- BRIZZI, G. (1995): L'armée et la guerre, KRINGS, V. (ed.) *La civilisation phénicienne et púniques. Manuel de recherche*. Leiden/New York/ Köln: 303-315.
- BROCH, A. (2004): De l'existència dels lacetans, *Pyrenae*, 35-2: 7-29.
- BURILLO MOZOTA, F. (2002-2003): Propuesta de una territorialidad étnica para el Bajo Aragón: los Ausetanos del Ebro u Ositanos, *Kalathos*, 20-21: 159-187.
- CABRERA, P.; PERDIGONES, L. (1996): Importaciones áticas del siglo V a.C. del Cerro del Prado (Algeciras Cádiz), *Trabajos de Prehistoria*, 53/2: 157-165.
- CADIOU, F. (2008): *Hibera in terra miles. Les armées romaines et la conquête de l'Hispanie sous la République (218-45 av. J.-C.)*. Madrid.
- CALLEGRIN, L.; EL HARRIF, F.C. (2000): Ateliers et échanges monétaires dans le "Circuit de Detroit", *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental. Anejos del Archivo Español de Arqueología*, 22: 23-42.
- CALLEGRIN, L.; MOREAU, J. (2009): Le getule: cet autre insaisissable, MAREIN, M.F. ; VOISIN, P. ; GALLEGOS, J. (eds.) *Figures de l'étranger autour de la Méditerranée antique*, Paris: 203-222.
- CALTABIANO, M. C.; CASTRIZIO, D.; PUGLISI, M. (2006): Dinamiche economiche in Sicilia tra guerre e controllo del territorio, *Guerra e pace in Sicilia e nel Mediterraneo antico (VIII-III sec. a.C.). Arte, prassi e teoria della pace e della guerra*, Vol. II. Erice: 655-679.
- CAMPO, M. (2000): Las producciones púnicas y la monetización en el noreste y levante peninsulares, *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental. Anejos del Archivo Español de Arqueología*, 22: 89-100.
- CAMPO, M. (2001): Concepte i funció de la moneda a les ciutats gregues. Reflexions entorn d'Emporion i Rhode (segles V-III aC), *V Curs d'Història monetària d'Hispania. Moneda i vida urbana*. Barcelona: 9-27.
- CAMPO, M. (2012): De donde venían y a donde iban las monedas fenicio-púnicas. Producción, función y difusión de las emisiones, COSTA, B.; HERNÁNDEZ, J. (eds.) *La moneda y su papel en las sociedades fenicio-púnicas. XXVII Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 9-33.

- CAMPS, G. (1991): Chars protohistoriques de l'Afrique du Nord, L'armée et les Affaires militaires, *IVe Colloque International d'Histoire et d'Archéologie de l'Afrique du Nord*, Vol. 2. Paris: 267-288.
- CARAYON, N. (2005): Le cothon ou port artificial creusé. Essai de définition, *Méditerranée*, 104: 5-13.
- CARO BAROJA, J. (1971): La realeza y los reyes en la España Antigua, TOVAR, A.; CARO BAROJA, J. (eds.) *Estudios sobre la España Antigua*. Madrid: 135-223.
- CARY, M (1926): Notes on the history of the Fourth century, *The Classical Quarterly*, 20-3/4: 186-191.
- CASTRIZIO, D. (2000). *La monetazione mercenariale in Sicilia. Strategie economiche e territoriali fra Dione e Timoleonte*. Catanzaro.
- CATALDI, S. (2003): Alcune considerazioni su eparchia ed epicrazia cartaginese nella Sicilia occidentale, *Quarte giornate internazionali di studi sull'area elima*, Atti I. Pisa: 217-252.
- CAVEN, B. (1990): *Dionisius I. War-lord of Sicily*. London.
- CECCHINI, S.M. (1986): Problèmes et aspects de l'agriculture carthaginoise, *Histoire et Archéologie de l'Afrique du Nord. Actes du IIIè Colloque International sur l'histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord*. París: 107-118.
- CHAMPION, J. (2010): *The tyrants of Syracuse. War in Ancient Sicily. Volume I: 480-367 BC*. Barnsley.
- CHAMPION, J. (2012): *The tyrants of Syracuse. War in Ancient Sicily. Volume II: 367-211 BC*. Barnsley.
- CHANIOTIS, A. (2005): *War in the Hellenistic World*. Oxford/Mleden/Carlton.
- CHARLES, M.B.; RHODAN, P. (2007): "Magister Elephantorum": A Repraisal of Hannibal's Use of Elephants, *The Classical World*, 100-4: 363-389.
- CHAVES, F. (1990): Los hallazgos numismáticos y el desarrollo de la Segunda Guerra Púnica en el sur de la península Ibérica, *Latomus*, 49/3: 613-622.
- CHERICI, A. (2007): Sulle rive del mediterraneo centrale-occidentale: aspetti della circolazione di armi mercenari e culture, *Annali della Fondazione per il Museo "Claudio Faina"*, 14: 221-269.
- CLAVEL, M. (1970): *Béziers et son territoire dans l'Antiquité*, Besançon.

- COARELLI, F. (1983): *Il foro romano. Periodo arcaico*. Roma.
- COATES, J. (1985): The trieres, its design and construction, TZALAS, H. (ed.) *Proceedings of the 1st International symposium on ship construction in Antiquity*. Piraeus: 83-90.
- COATES, J. (1987): Pentekotors and triereis compared, TZALAS, H. (ed.) *Proceedings of the 2nd International symposium on ship construction in Antiquity*. Delphi: 111-116.
- COLL, N.; GARCÉS, I. (1998): Los últimos principes de Occidente. Soberanos ibéricos frente a cartagineses y romanos, *Saguntum*, Extra-1: 437-446.
- COLONNA, G. (2013): Mobilità geografica e mercenariato nell'Italia preromana : il caso dell'etruria e degli etruschi, *Mobilità geografica e mercenariato nell'Italia preromana*. Orvieto: 7-22.
- COLTELLONI-TRANNOY, M. (2003): Les royaumes africains avant l'annexion romaine, *Algérie Antique. Catalogue de l'exposition*. Arles: 22-34.
- CORNELL, T.J. (1999): *Los orígenes de Roma. C. 1000-264 a.C. Italia y Roma de la Edad de Bronce a las Guerras Púnicas*. Barcelona.
- CORNELL, T.J. (ed.)(2013): *The fragments of the Roman Historians*. 3 vol. Oxford.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2002-2003): La construcción de los espacios políticos ibéricos entre los siglos III y I a.C.: Algunas cuestiones metodológicas e históricas a partir de Polibio y Estrabón, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 28-29: 35-54.
- CURA, M. (2006): *El jaciment del Molí d'Espígol (Tornabous-Urgell). Excavacions arqueològiques 1987-1992*. Barcelona.
- CUTRONI TUSA, A. (1996): La politica monetaria di Cartagine. Considerazioni, ACQUARO, E. (ed.) *Alle soglie della classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati*, vol. 1. Pisa/Roma: 111-115.
- CUTRONI TUSA, A. (2004): Mozia al centro di un processo, NIGRO, L. (ed.), *Mozia-X. Zona C. Il Kothon. Zona D. Le pendici occidentali dell'Acropoli. Zona F. La porta ovest*. Roma: 491-493.
- DAVIS HANSON, V. (1991): Hoplite Technology in Phalanx battle, David Hanson (ed.) *Hoplites. The classical greek battle experience*. London/New York: 63-84.
- DE HOZ, J. (1985-1986): La escritura greco-ibérica, *Veleia*, 2-3: 285-298.

- DE HOZ, J. (2005): Epigrafías y lenguas en contacto en la Hispania antigua, *Acta Paleohispanica IX. Actas del IX Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas. Paleohispanica*, 5: 57-98.
- DESANGES, J. (1986): De Timée à Strabon, la polémique sur le climat de l'Afrique du Nord et ses effets, *Histoire et Archéologie de l'Afrique du Nord, IIIè Colloque International*. Paris: 27-34.
- DESANGES, J. (1994): The indigenous kingdoms and the Hellenization of North Africa, *From Hannibal to Saint Augustine. Ancient Art of North Africa from the Musée du Louvre*. Atlanta: 68-71.
- DE WILDE, M. (2012): The dictator's trust: regulating and constraining emergency powers in the Roman Republic, *History of Political Thought*, 33/4: 555-577.
- DIETZ, M.G. (2012): Between Polis and Empire: Aristotle's Politics, *American Political Science Review*, 106/2: 275-293.
- Di VITA, A. (1968): Les emporia de Tripolitaine dans le rayonnement de Carthage et d'Alexandre: les mausolées punico-hellénistiques de Sabratha, *Lybia in History. Historical Conference*: 173-180.
- DOCTER, R. F. (2009): Carthage and its hinterland, *Iberia Archaeologica*, 13: 179-189.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1995): Libios, libiofenicios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus pervivencias, *Gerión*, 13: 223-239.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2000): Monedas e identidad étnico-cultural de las ciudades de la Bética, *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental. Anejos del Archivo Español de Arqueología*, 22: 59-74.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (2003): Fenicios y griegos en Occidente: modelos de asentamiento e interacción, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. (eds.) *XVII Jornadas de arqueología fenicio-púnica: Contactos en el extremo de la oikouméné. Los griegos en Occidente y sus relaciones con los fenicios*. Eivissa: 19-60.
- DOPICO, M.D. (1998): La *devotio* ibérica, una revisión crítica, MANGAS, J.; ALVAR, J. (coords.) *Homenaje a José María Blázquez*, 2. Madrid: 181-194.
- ECKSTEIN, A. (2008): *Rome enters the Greek East. From Anarchy to Hierarchy in the Hellenistic Mediterranean, 230-170 BC*. Oxford.

ECKSTEIN, A. (2008): Polybius, “The treaty of Philinus” and roman accusations against Carthage, *Classical Quarterly*, 60/2: 406-426.

ESPADA RODRÍGUEZ, J. (2013): *Los dos primeros tratados romano-cartagineses*. Barcelona.

FANTAR, M. H. (1984) : Kerkouane. Cité punique du Cap Bon (Tunisie). 2 Vols. Tunis

FANTAR, M. H. (1993a): *Carthage. Approche d'une civilisation*, vol. 1. Tunis.

FANTAR, M. H. (1993b): *Carthage. Approche d'une civilisation*, vol. 2. Tunis.

FANTAR, M. H. (1993c): Le pays de Carthage, ACQUARO, E. ; AUBET, M.E. ; FANTAR, M.H. (eds.) *Insediamenti fenici e punici del Mediterraneo Occidentale*. Roma: 11-75.

FANTAR, M. H. (1995): Nécropoles puniques de Tunisie, Monuments funéraires, Institutions autochtones. *Afrique du Nord Antique e Médiéval, VIe Colloque International*. Paris: 55-72.

FANTAR, M. H. (1998): À propos de la présence des Grecs à Carthage, *Antiquités africaines*, 34: 11-19.

FARNIÉ LOBENSTEINER, C.; QUESADA SANZ, F. (2005): *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Murcia.

FARISELLI, A. C. (1999): The impact of military preparations on the Economy of Carthage state, *Studia Punica*, 12: 59-67.

FARISELLI, A. C. (2002): *I mercenari di Cartagine*. La Spezia.

FARISELLI, A. C. (2011): *Cartagine e i mistophoroi: riflessioni sulla gestione delle armate puniche dalle guerre di Sicilia all'età di Annibale, Pratiques et identités culturelles des armées hellénistiques du monde méditerranéen*. Hellenistic Warfare 3. Bordeaux: 129-146.

FERCHIOU, N. (1986): Nouvelles données sur un fossé inconnu en Afrique proconsulaire et sur la Fossa Regia, *Histoire et Archéologie de l'Afrique du Nord. Actes du IIIè Colloque International sur l'histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord*. Paris: 351-365.

FERCHIOU, N. (1995): Le paysage pré-roman en Tunisie antique à l'Ouest de Carthage, *Actes du IIIè Congrès International des Études Phéniciennes et Puniques*. Tunis: 435-445.

FERJAQUI, A. (1991): À propos des inscriptions mentionnant les sufètes et les rabs dans la généalogie des dédicants à Carthage, *Atti del Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. 2. Roma: 479-483.

FERJAOUUI, A. (1993) : *Recherches sur les relations entre l'Orient phénicien et Carthage*, Freiburg.

FERRER ALBELDA, E. (2000): Nam sunt ferocees hoc libyphoenices loco: ¿libiofenicios en Iberia?, *SPAL*, 9: 421-433.

FERRER ALBELDA, E.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2002): Turdetania y turdetanos: contribución a una problemática historiográfica y arqueológica, *Mainake*, 24: 133-151.

FERRER ALBELDA, E.; PLIEGO, R. (2011): Carthaginian Garrisons in Turdetania: The Monetary Evidence, DOWLER, A.; GALVIN, E. (eds.) *Money, Trade, and Trade Routes in Pre-islamic North Africa*. Londres: 33-41.

FICHES, J. L. (2002): Volques Arécomiques et cité de Nîmes: évolution des idées, évolution des territoires, GARCIA D., VERDIN F. (dir.) *Territoires celtiques: Espaces ethniques et territoires des agglomérations protohistoriques d'Europe occidentale*. Paris: 119-128.

FLORIANI SQUARCIAPINO, M. (1966): *Leptis Magna*. Basel.

FORSYTHE, G. (2005): *A Critical History of Early Rome. From Prehistory to the First Punic War*. Berkeley/Los Angeles/London.

FOUCHER, L. (1964): *Hadrumetum*. Paris/Tunis.

FREY-KUPPER, S. (2014): Coins and their use in the Punic Mediterranean: case studies from Carthage to Italy from the fourth to the first century BCE, QUINN, J.C.; VELLA, N.C. (eds.) *The Punic Mediterranean. Identities and Identification from Phoenician Settlement to Roman Rule*. Cambridge: 76-110.

FROST, H. (1974): The punic wreck in Sicily, *The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration*, 3/1: 35-42.

GARBATI, G. (2009): Cartagine e il Nord Africa, BONDÌ, S.F. ; BOTTO, M. ; GARBATI, G.; OGGIANO, I. *Fenici e Cartaginesi. Una civiltà mediterranea*. Roma: 103-153.

GARCIA, D. (1995): Le territoire d'Agde grecque et l'occupation du sol en Languedoc central durant l'Age du fer, *Etudes Massaliètes*, 4: 137-167.

GARCIA, D. (2004): *La Celtique Méditerranéenne*. Paris.

GARCIA, D. (2006): Les celtes de Gaule méditerranéenne. Définition et caractérisation, *Celtes et Gaulois. L'archéologie face à Histoire. Les Civilisés et les Barbares du Ve au IIe siècle avant J.-C.*. Actes de la table ronde de Budapest, 2005. Francia: 63-76.

GARCIA, D. (2010): Territoire dei *ligures* della gallia meridionale: genesi e organizzazione, ANGELI BERTINELLI, M. A.; DONATI, A. (eds.) *Città e territorio. La Liguria e il Mondo Antico. Atti del IV Incontro Internazionale di Storia Antica (Genova, 2009)*. Roma: 19-29.

GARCIA, D.; BOUFFIER, S. (2014): Variations territoriales: indigènes et Grecs en Celtique méditerranéenne, BOUFFIER, S.; GARCIA, D. (dirs.) *Les territoires de Marseille antique*. Arles: 19-34.

GARCIA, D.; GRUAT, P.; VERDIN, F. (2007): Les habitats et leurs territoires dans le sud de la France aux IVe-IIe s. av. J.-C., *La Gaule dans son contexte européen aux IVe et IIe s. av. n. è.*, Actes du Colloque de l'AFEAF (Clermont-Ferrand, mai 2003). Lattes: 227-236.

GARCIA, D.; SOURISSEAU, J.-C. (2010): Les échanges sur le littoral de la Gaule méridionale au premier âge du Fer : du concept d'hellénisation à celui de méditerranéisation, *Archéologie des rivages méditerranéens: 50 ans de recherche. Actes du colloque d'Arles (Bouches-du-Rhône) 28-29-30 octobre 2009*. Paris: 237-245.

GARCÍA BELLIDO, M.P. (1993a): Las relaciones económicas entre Massalia, Emporion y Gades a través de la moneda, *Huelva Arqueológica*, 13/2: 117-149.

GARCÍA BELLIDO, M.P. (1993b): Las cecas libiofenicias, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Numismática hispano-púnica. VII Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 97-146.

GARCÍA BELLIDO, M.P. (2006): La moneda “militar” en el proceso de helenización de Iberia durante la segunda guerra púnica, *Pallas*, 70: 289-309.

GARCÍA BELLIDO, M.P. (2013): ¿Clerujías cartaginesas en Hispania? El caso de Lascuta, *Paleohispanica*, 13: 301-322.

GARCÍA-GELABERT, M.P.; BLÁZQUEZ, J.M. (1987-1988): Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la arqueología, *Habis*, 18-19: 257-270.

GARCÍA-GELABERT, M.P.; BLÁZQUEZ, J.M. (1996): Los cartagineses en Turdetania y Oretania, *Hispania Antiqua*, 20: 7-21.

GARCÍA MORENO, L. A. (1990): Mastienos y Bastetanos: un problema de la etnología hispana prerromana, *Polis*, 2: 53-65.

GARLAN, Y. (2003): *La Guerra en la Antigüedad*. Madrid.

GEER, R.M. (1962): *Diodorus of Sicily, vol. X, Books XIX 66-100 and XX*, Loeb Ed., Cambridge.

GLOVER, R. F. (1944): The Elephant in Ancient War, *The Classical Journal*, 39-5: 257-269.

GLOVER, R. F. (1948): The Tactical Handing of the Elephant, *Greece & Rome*, 17-49: 1-11.

- GOLDSWORTHY, A. (2000): *The Punic Wars*. London.
- GÓMEZ DE CASO ZURIAGA, J. (1995): Amílcar Barca y el fracaso militar cartaginés en la última fase de la Primera Guerra Púnica, *Polis*, 7: 105-126.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (1984): El comercio púnico en el Mediterráneo a la luz de una nueva interpretación de los tratados concluidos entre Cartago y Roma, *Memorias de Historia Antigua*, 6: 211-224.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (1986): Notas en torno a la aculturación en Tartessos, *Gerion*, 4: 129-160.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (1994a): Guerra, ejército y comunidad cívica en Cartago, SAEZ, P.; ORDÓÑEZ, A. (eds.) *Homenaje al profesor F. Presedo*. Sevilla: 825-835.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (1994b): El auge de Cartago (s. VI-IV) y su manifestación en la península Ibérica, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 7-22.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (2000): Santuarios, territorios y dependencia en la expansión fenicia arcaica en Occidente, *Arys*, 3: 41-58.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (2006): Ciudad y ciudadanía en la Cartago púnica, MARCO SIMÓN, F.; PINA POLO, F.; REMESAL RODRÍGUEZ, J. (eds.) *Repúblicas y ciudadanos: modelos de participación cívica en el mundo antiguo*. Barcelona. 103-113.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F.; SERRANO, L.; LLOMPART, J. (2006): Las evidencias más antiguas de la presencia fenicia en el sur de la península, *Mainake*, 28: 105-128.
- GOWERS, W. (1947): The African Elephant in Warfare, *African Affairs*, 46-182: 42-45.
- GRACIA, F. (2000): Análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. *Gladius*, 20: 131-170.
- GRACIA, F. (2001): Sobre fortificaciones ibéricas. El problema de la divergencia respecto al pensamiento único. *Gladius*, 21: 155-166.
- GRACIA, F. (2003): *Roma, Cartago, íberos y Celtíberos. Las grandes guerras en la península Ibérica*. Barcelona.
- GRAELLS, R. (1994): *Mistophoroi ex iberias. Una aproximación al mercenariado hispano a partir de las evidencias arqueológicas (s. VI-IV a.C.)*. Lavello.

- GRIFFITH, G.T. (1935): *The mercenaries of the Hellenistic World*. Cambridge.
- GRÖNING, K.; SALLER, M. (2000): *El elefante en la naturaleza y en la historia de la civilización*. Barcelona.
- GSELL, S. (1920): *Histoire Ancienne de l'Afrique du nord*. Tome II. L'état carthaginois. Paris.
- GUADÁN, A.M. (1968-70): Las monedas de plata de Emporion y Rhode, *Anales y Boletín de los museos de arte de Barcelona*, XII 1955-56, XIII 1957-58. Barcelona.
- GUARDIOLA, A. (2001): La tumba: Descripción y análisis, *En el umbral del más allá. Una tumba ibérica d'Elx*. Elche: 15-28.
- GUERRERO AYUSO, V. M. (1989): Majorque et les Guerres Puniques. Données archéologiques, *Studia Phoenicia*, 10: 99-114.
- GÜNTHER, L.M. (1999): Carthaginian parties during the Punic Wars, *Mediterranean Historical Review*, 14/1: 18-30.
- HARRIS, W.V. (1979): *War and Imperialism in Republican Rome 327-70 BC*. Oxford.
- HARRIS, W.V. (1984): The Italians and the Empire, HARRIS (ed.) *The imperialism of Mid-Republican Rome*. Roma: 89-109.
- HARRIS, W.V. (1990): *Roman warfare in the economic and social context of the 4th Century B.C.*, Eder, W. (ed.) *Staat und Staatlichkeit in der frühen Republik*. Berlín: 494-510.
- HOWGEGO, C. (1995): Ancient History from Coins. London/New York.
- HOYOS, D. (2007): *Truceless War. Carthage's Fight for Survival, 241 to 237 BC*. Boston/Leiden.
- HOYOS, D. (2010): *The Carthaginians*. London/New York.
- HOYOS, D. (ed.) (2011a): *A Companion to the Punic Wars*. Malden/Oxford.
- HOYOS, D. (2011b): The outbreak of war, HOYOS, D. (ed.): *A Companion to the Punic Wars*. Malden/Oxford: 131-148.
- HURST, H. (1992): L'îlot de l'Amirauté, le port circulaire et l'Avenue Bourguiba, ENNABLI, A. (dir.) *Pour sauver Carthage*. Paris/Tunis: 79-94.
- HURST, H. (1993): Le port militaire de Carthage, *Les dossiers d'Archéologie*, 183: 42-51.

- HURST, H. (1994): *Excavations at Carthage. The Brittish Mission, II,1. The circular Harbour, north side the site and finds other than pottery*. Oxford.
- HURTADO MULLOR, T. (2009): Un tesoro de monedas de la II Guerra Púnica en la Real Academia de la Historia, *Saguntum*, 41: 95-108.
- HUSS, W. (1993): *Los cartagineses*, Madrid.
- JACOB, P. (1987-1988): Un doublet dans la géographie livienne de l'Espagne antique: les ausetans de l'Ebre, *Kalathos*, 7-8 : 135-148.
- JAHN, K. (2004): Die Verfassung Karthagos. Eine Bestandaufnahme, *Dike*, 7: 179-207.
- JANIN, T.; PY, M. (2012): Grecs et Celtes en Languedoc, HERMARY, A.; TSETSKHLADZE, G.R. (eds.) *From the Pillars of Hercules to the footsteps of the Argonauts*. Leuven-Paris-Walpole: 141-161.
- JANNELLI, L.; LONGO, F. (2004): *I Greci in Sicilia*. Verona.
- JENKINS, G. K. (1974): Coins of Punic Sicily. Part 2, Carthage Series I, *Schweizerische numismatische Rundschau*, 53: 23-48.
- JORDAN, B. (1972): *The athenian navy*. Berkeley/London.
- KOON, S. (2011): Phalanx and Legion: the “Face” of Punic War Battle, HOYOS D. (ed.) A companion to the Punic Wars: 77-94.
- KRAHMALKOV, C. (1976): Notes on the rule of the softim in Carthage, *Rivista di studi fenici*, 4: 153-157.
- KRAHMALKOV, C. (2000): *Phoenician – Punic dictionary (Studia Phoenicia, XV)*. Leuven.
- KRASILNIKOFF, J. A. (1996): Mercenary soldering in the West and the Development of the Army of Rome, *Analecta Romana*, 23: 7-20.
- KRINGS, V. (2003): Le chef de guerre, ZAMORA, J. A. (ed.) *El hombre fenicio. Estudios y materiales*. Roma: 89-102.
- KRUTA, V. (1981): Les Sénon de l'Adriatique d'après l'archéologie (prolégomènes), *Etudes Celtiques*, 18: 7-38.
- KUTTNER, A. (2013): Representing Hellenistic Numidia: Africa and Rome, PRAG, J. Y QUINN, J.C. (eds.) *The Hellenistic West. Rethinking the Ancient Mediterranean*. Cambridge: 216-272.

LAMBERT, P. Y. (1994): *La langue gauloise, Description linguistique, commentaire d'inscriptions choisies*. Paris.

LANCEL, S. (1990): Problèmes d'urbanisme de la Carthage punique, à la lumière des fouilles anciennes et récentes, *Carthage et son territoire dans l'Antiquité, IVè Colloque International*. Paris: 9-30.

LANCEL, S. (1995): *Carthage. A history*. Oxford.

LAZENBY, J.F. (1996): *The First Punic War. A military history*, London.

LEE, I. (2000): Entella: The Silver Coinage of the Campanian Mercenaries and the Site of the First Carthaginian Mint 410-409 BC, *The Numismatic Chronicle*, 160: 1-66.

LEWIS, S (2006): *Ancient Tyranny*. Edinburgh.

LE BOHEC, Y. (2001): *Histoire militaire des guerres puniques, 264-146 avant J.-C.* Paris.

LIPIŃSKI, E. (2004): *Itineraria Phoenicia*. Orientalia Lovaniensia Analecta, 127 (= *Studia Phoenicia 18*). Leuven.

LIVERANI, M. (2011): *The Ancient Near East. History, society and economy*. New York.

LÓPEZ CASTRO, J.L.; SAN MARTÍN, C.; ESCORIZA, T. (1987-88): La colonización fenicia en el estuario del Almanzora. El asentamiento de Cabecico de Parra de Almizaraque (Cuevas del Almanzora, Almería), *Cuad. Preh. Gr.*, 12-13: 157-169.

LÓPEZ CASTRO, J.L. (1991): Cartago y la península Ibérica, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 73-86.

LÓPEZ CASTRO, J.L. (1992): Los libofenicios: una colonización agrícola cartaginesa en el sur de la península Ibérica, *Rivista di Studi Fenici*, 20/1: 73-86.

LÓPEZ CASTRO, J.L. (2000): Fenicios e iberos en la depresión del Vera: territorio y recursos, *Fenicios y territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*. Alicante: 99-119.

LÓPEZ CASTRO, J.L. (2006): Las ciudades fenicias occidentales: producción y comercio entre los siglos VI-III a.C., COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Economía y finanzas en el mundo fenicio-púnico de Occidente. XX Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 27-50.

LÓPEZ CASTRO, J.L. (2008): El poblamiento rural fenicio en el sur de la península Ibérica entre los siglos VI a III a.C., *Gerión*, 26: 149-182.

- LÓPEZ DOMECH, R. (1986): Sobre reyes, reyezuelos y caudillos militares en la protohistoria hispana, *Studia Historica. Historia Antigua*, 4: 19-22.
- LÓPEZ MULLOR, A. (2011): La muralla principal de l'oppidum ibèric del Montgròs (El Brull) i les seves defenses perifèriques, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 21: 141-156.
- LÓPEZ MULLOR, A.; FIERRO, X., (2011): Les darreres excavacions al Montgròs, el Brull (Osona), *Tribuna d'Arqueologia* 2009-2010. Barcelona: 215-242.
- LORETO, L. (1996): I processi ai generali a Cartagine. Prime considerazioni su diritto pubblico e Guerra nello stato punico, SORDI, M. (ed.) *Processi e Politica nel mondo antico*: 107-128.
- MACINTOSH TURFA, J. (1986): International Contacts: Commerce, Trade and Foreign Affairs, BONFANTE, L. (ed.) *Etruscan Life and Afterlife: A Handbook of Etruscan Studies*. Detroit: 66-91.
- MAGGIANI, A. (2004): Il mercenariato, DE MARINIS, R.C.; SPADEA, G. (eds.) *I liguri. Un antico popolo europeo tra Alpi e Mediterraneo*. Ginebra-Milán: 388-389.
- MAHJOURI, A.; FANTAR, M. H. (1966): Une nouvelle inscription carthaginoise, *Rendiconti delle sedute dell'Accademia Nazionale dei Lincei*, serie VIII, vol. XXI, fasc. 7-12: 201-209.
- MALKIN, I. (2011): *A small Greek World. Networks in the Ancient Mediterranean*. New York.
- MALUQUER DE MOTS, J. (1968): Los fenicios en Catalunya. *V Symposium de Prehistoria Peninsular. Tartessos*. Barcelona: 241-250.
- MANFREDI, L.I. (1995): *Monete puniche. Repertorio epigrafico e numismatico*. Roma.
- MANFREDI, L.I. (1999): Carthaginian policy through coins, *Studia Punica*, 12: 69-78.
- MANFREDI, L.I. (2000): Produzione e circolazione delle monete puniche nel sud dell'Italia e nelle isole del Mediterráneo Occidentale (Sicilia e Sardegna), GARCÍA-BELLIDO. M.P.; CALLEGARIN, L. (coords.) *Anejos del Archivo Español de Arqueología XXII: Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental*. Madrid: 11-22.
- MANFREDI, L.I. (2003): *La politica amministrativa di Cartagine in Africa*. Roma.
- MANFREDI, L.I. (2010): Iconografia e leggenda. Il linguaggio monetale di Cartagine, *Mediterranea*, 6: 203-216.
- MANGAS MANJARRES, J. (1970): El papel de la diplomacia romana en la conquista de la península ibérica (226-19 a.C.), *Hispania. Revista española de Historia*, 116: 485-513.

MASCORT, M; SANMARTÍ, J.; SANTACANA, J. (1988-1989): L'establiment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet, Baix Ebre). Un punt clau del comerç fenici a la Catalunya meridional. *Tribuna d'Arqueologia*. Barcelona: 69-76.

MASSON, O. (1979): Le « roi » carthaginois lômilkos dans des inscriptions de Délos, *Semitica*, 29: 53-57.

MAURIN, L. (1962): Himilcon le magonide. Crises et mutations à Carthage au début du I^e siècle avant J.-C., *Semitica*, 12: 5-43.

MAYET, F.; TAVARES DA SILVA, C.; MAKAROUN, Y. (1994): L'établissement phénicien d'Abul (Portugal), *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 138: 171-188.

MILDENBERG, L. (1989): Punic Coinage on the Eve of the First War against Rome. A reconsideration, DEVIJNER, H.; LIPINSKY, E. (eds.), *Punic Wars (=Studia Phoenicia*, 10): 7-8.

MILDENBERG, L. (1992): The mint of the first Carthaginian coins, *Florilegium Numismaticum (=Numismatiska Meddelanden Föreningen*, 38): 289-293.

MOLAS, D.; MESTRES, I.; ROCAFIGUERA, M. (1990-1991): La fortaleza ibérica ausetana del Casol de Puigcastellet de Folgueroles (Osona). *Tribuna d'Arqueologia*. Barcelona: 53-61.

MOLAS, D.; MESTRES, I.; ROCAFIGUERA, M. (1988): La fortaleza ibérica del Casol de Puigcastellet (I). Una aproximació als límits del territori ausetà, *Ausa*, 13: 97-131.

MONTANERO, D. (2008): Los sistemas defensivos de origen fenicio-púnico del sureste peninsular (siglos VIII-III a.C.): Nuevas interpretaciones, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Arquitectura defensiva fenicio-púnica. XXII Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 91-144.

MOORE CROSS, F. (1972): An interpretation of the Nora Stone, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 208: 13-19.

MORA, B. (2003): La iconografía de la moneda hispano-púnica, *VII Curs d'Història monetària d'Hispania. Les imatges monetàries: llenguatge i significat*. Barcelona: 47-66.

MORAT, R.; SANMARTÍ, E. (1989): *Empúries*. Barcelona.

MORET, P. (1997): Les ilergètes et leurs voisins dans la troisième décade de Tite-Live, *Pallas*, 46: 147-165.

- MORET, P. (2001): Del buen uso de las murallas ibéricas, *Gladius*, 21: 137-144.
- MORET, P. (2002-2003): Los monarcas iberos en Polibio y Tito Livio, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 28-29: 23-33.
- MORET, P. (2006): La formation d'une toponymie et d'une ethnonymie grecques de l'Ibérie: étapes et acteurs, CRUZ ANDREOTTI, G. ; LE ROUX, P.; MORET, P. (eds.) *La invención de una geografía de la Península Ibérica I. La época republicana*: 39-76.
- MOSCATI, S. (1968): Il popolo di Bitia, *Rivista degli studi orientali*, 43: 1-4.
- MUÑIZ, J. (1994): Monarquías y sistemas de poder entre los pueblos prerromanos de la península ibérica, *Homenaje al profesor Presedo*. Sevilla: 283-296.
- MURRAY, W. M. (2012): *The Age of the Titans. The rise and fall of the great Hellenistic navies*. Oxford.
- NICOLET, C. (1988): Dictateurs Romains, stratégoi autokratores et généraux carthaginois, *Dictatures. Actes de la Table Ronde (Paris, 1984)*: 27-47.
- NIEMEYER, H.G. (1990): A la recherche de la Carthage archaïque: premiers résultats des fouilles de l'Université de Hambourg en 1986 et 1987, *Carthage et son territoire dans l'Antiquité*, IVè Colloque International. Paris: 45-52.
- NOWAK, R. M. (1999), *Walker's Mammals of the World*, Baltimore, Londres.
- NUNINGER, L. (2003): *Peuplement et territoires protohistoriques du VIIIe au Ier s. av. J.-C. en Languedoc oriental (Gard-Hérault)*. Université de Franche-Comté. Tesis doctoral.
- OLIVER FOIX, A. (2004): Fenicios y púnicos en Castellón y Valencia: contactos e influencias, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Colonialismo e interacción cultural: el impacto fenicio púnico en las sociedades autóctonas de Occidente. XVIII Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 103-125.
- OLMOS BENLLOCH, P. (2013): Sobre un modelo constructivo de la arquitectura ibérica en territorio Ausetano, *Archivo Español de Arqueología*, 86: 37-49.
- PALLOTINO, M. et al. (1964): Scavi nel Santuario Etrusco di Pyrgi, *Archeologia Classica*, 16: 49-117.

- PANERO, E. (2008): La costa di Cartagine dalla fondazione púnica al dominio romano, Panero, E. (ed.) *La Maalga e i porti punici di Cartagine*. Firenze: 69-78.
- PASCUAL, J. (1986): El surgimiento de una facción democrática tebana (382-379 AC), *Faventia*, 8/2: 69-83.
- PENA, M.J. (1987): Los “thymiateria” en forma de cabeza femenina hallados en el noreste de la península Ibérica, *Grecs et Ibères au VI^e siècle avant J.C.: commerce et iconographie*. Burdeos: 349-356.
- PELLICER CATALÁN, M. (1998): La colonización fenicia en Portugal, *Spal*, 7: 93-105.
- PÉRÉ-NOGUÈS, S. (2002-2003): L'aventure des Mamertins, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 28-29: 55-68.
- PÉRÉ-NOGUÈS, S. (2007): Les Celtes et le mercenariat en Occident (IV^e et III^e s. av.n.è.) (1), MENNESSIER-LOUANNET, C.; ADAM, A.-M.; MILCENT, P.-Y. (eds.) *La Gaule dans son contexte européen aux Ve et II^e s. av. n. ère. Actes du XXVIIème AFEAF (Clermont, 2003). Monographies d'Archéologie Méditerranéenne*. Lattes: 353-361.
- PÉREZ ALMOGUERA, A. (1999): Livio 21, 61, 6-7: Atanagrum urbem, quae caput eius populi erat. El problema de Atanagrum y la capitalidad ilergete, *Historia Antiqua*, 23: 25-46.
- PÉREZ JIMÉNEZ, A. (1996): *Plutarco: Vidas Paralelas*, II. Madrid.
- PICARD, G.; PICARD, C. (1961): *Daily life in Carthage at the time of Hannibal*. London.
- PICARD, G.Ch. (1964): Les sufètes de Carthage dans Tite-Live et Cornelius Nepos, *Revue des études latines*, 41: 269-281.
- PICARD, G.Ch. (1968): La révolution démocratique de Carthage, *Conférence de la Société d'Études Latines de Bruxelles (Collection Latomus 62)*: 113-130.
- PICARD, G.Ch. (1966): L'administration territoriale de Carthage, CHEVALLIER, R. (ed.) *Mélanges d'archéologie et d'histoire offerts à André Piganiol*. Paris : 1257-1265.
- PICARD, G.Ch. (1988): Le pouvoir supreme à Carthage, *Carthago: Studia Phoenicia*, 6: 119-124.
- PILKINGTON, N. (2012): A note on Nora and the Nora stone, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 365: 45-51.

PILKINGTON, N. (2013): *An Archaeological History of Carthaginian Imperialism*. Columbia University. Tesis Doctoral.

PITILLAS, E. (1997): Jefaturas indígenas en el marco de la conquista romana en Hispania y la Galia, *Hispania Antiqua*, 21: 93-108.

PITTAU, M. (1996): Gli Etruschi e Cartagine: i documenti epigrafici, *L'Africa romana: atti dell'11 Convegno di studio*, vol. 3. Cartagine: 1657-1674.

PLIEGO, R. (2003): Sobre el reclutamiento de mercenarios turdetanos: el campamento cartaginés de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla), *Habis*, 34: 39-56.

PLIEGO, R. (2005): Un nuevo conjunto monetal cartaginés procedente de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla), ALFARO ASINS, C.; MARCOS ALONSO, C.; OTERO MORÁN, P., (coords.) *Actas del XIII Congreso Internacional de Numismática*, Vol. 1. Madrid: 531-533.

PRADOS MARTÍNEZ, F. (2001): Pasado, presente y futuro de las investigaciones sobre el mundo púnico: una revisión ante el nuevo milenio, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid*, 27: 63-78.

PRADOS MARTÍNEZ, F. (2003): *Introducción al estudio de la arquitectura púnica. Aspectos formativos, técnicas constructivas*. Madrid.

PRADOS MARTÍNEZ, F. (2006): Apuntes sobre democracia, igualitarismo y tolerancia en Cartago a través de las fuentes arqueológicas y textuales (siglos IV-III a.C.), *SPAL*, 15: 247-258.

PRADOS MARTÍNEZ, F. (2008): La arquitectura defensiva en Cartago y su área de influencia, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Arquitectura defensiva fenicio-púnica. XXII Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 25-56.

PRADOS MARTÍNEZ, F. (2012): Cartago, FORNIS, C. (coord.) *Mito y arqueología en el nacimiento de ciudades legendarias en la Antigüedad*. Sevilla: 103-136.

PRESEDO, F. (1990): Organización política y social de los iberos, BLÁZQUEZ, J.M.; PRESEDO, F.; LOMAS, F.J; FERNÁNDEZ NIETO, J. (eds.), *Historia de España Antigua, I. Protohistoria*. Madrid: 183-214.

PRINCIPAL, J.; CAMAÑES, P.; MONRÓS, M. (2010): Darreres intervencions arqueològiques a la ciutat ibèrica del Molí d'Espíglol (Tornabous, l'Urgell), *Urtx*, 24: 11-35.

PRINCIPAL, J.; ASENSIO, D.; SALA, R. (2012): L'espai periurbà de la ciutat ilergeta del Molí d'Espígol (Tornabous, L'Urgell), BELARTE, C.; PLANA, R. (eds.) *Le paysage périurbain en Méditerranée occidentale pendant la Protohistoire et l'Antiquité*. Tarragona: 165-182.

PUIG, A.M.; MARTIN, A. (cords.)(2006): *La colònia grega de Rhode (Roses, Alt Empordà)*. Roses.

PY, M.; LEBEAUPIN, D.; SÉJALON, P.; ROURE, R. (2006): Les étrusques et Lattara: Nouvelles données, *Gli etruschi da Genova ad Ampurias. Atti del XXXIV Convegno di Studi Etruschi ed Italici. (Marseille-Lattes, 2002)*. Roma-Pisa: 583-608.

QUESADA SANZ, F. (1994a): Los mercenarios ibéricos y la concepción histórica en A. García y Bellido, *Archivo Español de Arqueología*, 67: 309-311.

QUESADA SANZ, F. (1994b): Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado, VAQUERIZO GIL, D. (ed.) *Encuentro Internacional "Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y Peninsula Ibérica"*. Córdoba: 191-242.

QUESADA SANZ, F. (2001): En torno al análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. Algunos puntos de vista alternativos, *Gladius*, 21: 145-154.

QUESADA SANZ, F. (2002): La evolución de la panoplia. Modelos de combate y tácticas de los iberos, MORET, P.; QUESADA SANZ, F. (eds.) *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*. Madrid: 35-64.

QUESADA SANZ, F. (2003): La guerra en las comunidades ibéricas, Morillo, A.; Cadiou,F.; Hourcade, D. (coords.) *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto. Espacios urbanos y rurales, municipales y provinciales*. Madrid: 101-156.

QUESADA SANZ, F. (2005a): De guerreros a soldados. El ejército de Aníbal como ejército cartaginés atípico, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 129-161.

QUESADA SANZ, F. (2005b): Carros en el Antiguo Mediterráneo De los orígenes a Roma, GALÁN, E. (ed.) *Historia del carroaje en España*. Madrid: 16-71.

QUESADA SANZ, F. (2009): En torno a las instituciones militares cartaginesas, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Instituciones, demos y ejército en Cartago. XXIII Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 143-172.

QUINN, J.C.; VELLA, N.C. (2014): *The Punic Mediterranean. Identities and Identification from Phoenician Settlement to Roman Rule*. Cambridge.

RANCE, P. (2009): Hannibal, Elephants and Turrets in Suda [omicron] 438 [Polybius Fr. 162^B] – An identified fragment of Diodorus, *Classical Quarterly*, 59.1: 91-111.

RAKOB, F. (1990): La Carthage archaïque, *Carthage et son territoire dans l'Antiquité*, IVè Colloque International. Paris: 31-44.

RAMON TORRES, J. (2003): Els grans factors de trasbalsament, *Cota Zero*, 18: 131-146.

RAMON TORRES, J. (2006): Comercio y presencia cartaginesa en el extremo Occidente y Atlántico antes de las Guerras Púnicas, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Economía y finanzas en el mundo fenicio-púnico de Occidente. XX Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 69-106.

RANKIN, D. (2003 (1987)): *Celts and the Classical World*. New York/London.

RANKOV, B. (1996): The second Punic War at Sea, CORNELL, T.; RANKOV, B.; SABIN P. (eds.) *The Second Punic War. A reappraisal*. London: 49-57.

RANKOV, B. (2012): *Trireme Olympias. The Final Report*. Oxford.

RANKOV, B. (2012b): The dimensions of the ancient trireme: a reconsideration of the evidence, RANKOV, B. (ed.) *Trireme Olympias. The Final Report*: 225-230.

RAWLINGS, L. (2010): The Carthaginian navy: questions and assumptions, FAGAN, G.; TRUNDLE, M. (eds.) *New perspectives on Ancient Warfare*, Leiden/Boston: 253-287.

REBOLO GÓMEZ, R (2005): La armada cartaginesa, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 143-172.

REBUFFAT R. (1966): Les Phéniciens à Rome, *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, 78: 7-48.

REMEDIOS, S. (2010): Apuntes sobre la presencia púnica en la Roma arcaica, *Spal*, 19: 187-196.

RENFREW, C. (1987): *Archaeology and Language. The puzzle of indo-european origins*, London.

RHODE, P.J.; OSBORNE, R. (eds.) (2003): *Greek historical inscriptions 404-323 BC*. Oxford.

RIERA, R. (2012): Identidad y etnicidad en los pueblos del noreste peninsular. Nuevos enfoques, DEL CERRO, C.; MORA, G.; PASCUAL, J.; SÁNCHEZ, E. (coords.) *Ideología, identidades e interacción en el Mundo Antiguo*. Madrid: 561-578.

RIERA, R.; PRINCIPAL, J. (en prensa): Sitting on the fence: iberian attitudes and responses to imperialistic strategies, ÑACO, T.; RIERA, R.; GÓMEZ CASTRO, D. (eds.) *Ancient Disasters and Crisis Management in Classical Antiquity. Monograph Series Akanthina*, 10. Gdansk.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (1952): Las rivalidades de las tribus del NE español y la conquista romana. *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, 1. Madrid: 563-587.

RODRÍGUEZ FERRER, A. (1988): El templo de Hércules-Melkart. Un modelo de explotación económica y prestigio político, *Actas del I Congreso peninsular de Historia Antigua*, vol. II. Santiago de Compostela: 101-110.

ROHLAND, N., REICH, D.; MALLICK, S.; MEYER, M.; GREEN, R.; GEORGIADIS, N.; ROCA, A.; HOFREITER, M. (2010): Genomic DNA Sequences from Mastodon and Wolly Mammoth Reveal Deep Speciation of Forest and Savannah Elephants. *PLoS Biol* 8(12): e1000564. Doi:10.1371/journal.pbio.100564.

ROMERO, M. (2006): Economía de la colonización fenicia: empresa estatal vs. empresa privada, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Economía y finanzas en el mundo fenicio-púnico. XX Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 9-26.

ROMUALDI, A.; AMADASI, M.G. (2007): Cartaginesi a Populonia: l'iscrizione neopunica dalla necropoli delle Grotte Etruschi, greci, fenici e cartaginesi nel Mediterraneo centrale. Orvieto: 161-176.

ROY, J. (1967): The Mercenaries of Cyrus, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 16/3: 287-323.

RUIZ, A.; MOLINOS, M. (1993): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona.

RUIZ CABRERO, L. A. (2008): Dedicantes en los *tofet*: la sociedad fenicia en el Mediterráneo, *Gerión*, 26/1: 89-148.

RUIZ CABRERO, L. A. (2009a): Instituciones, demos y ejército en Cartago, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *XXIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 7-73.

RUIZ CABRERO, L. A. (2009b): Sociedad, jerarquía y clases sociales de Cartago, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *XXIII Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 31-97.

RUIZ DE ARBULO, J. (1994): Los cernos figurados con cabeza de Core. Nuevas propuestas en torno a su denominación, función y origen. *Saguntum*, 27: 155-171.

RUIZ DE ARBULO, J. (2000): El papel de los santuarios en la colonización fenicia y griega en la península Ibérica, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas. XIV Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 9-56.

SAINT-AMANS, S. (2004): *Topographie religieuse de Thugga (Douogg): ville romaine d'Afrique proconsulaire (Tunisie)*. Pessac.

SALA SALLÉS, F. (2004): La influencia del mundo fenicio y púnico en las sociedades autóctonas del sureste peninsular, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Colonialismo e interacción cultural: el impacto fenicio púnico en las sociedades autóctonas de Occidente. XVIII Jornadas de arqueología fenicio-púnica*. Eivissa: 57-102.

SALMON, E.T. (2010 (1967)): *Samnium and the Samnites*. Cambridge.

SÁNCHEZ, C. (2003): Los griegos en España en los siglos V y IV aC. Ibiza y su papel en la distribución de los materiales griegos de Occidente, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Contactos en el extremo de la oikoumène. Los griegos en Occidente y sus relaciones con los fenicios. XVII Jornadas de arqueología fenicio-púnica* Eivissa: 133-143.

SÁNCHEZ MORENO, E. (2008): De los pueblos prerromanos: culturas, territorios e identidades, SÁNCHEZ MORENO, E. (coord.); GÓMEZ PANTOJA, J. L. *Historia de España 2: Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica. Vol. 2. La Iberia prerromana y la Romanidad*. Madrid.

SANDERS, L. (1988): Punic Politics in the Fifth Century B.C., *Historia*, XXXVII/1: 72-89.

SANMARTÍ, E. (1993): Grecs et Ibères à Emporion. Notes sur la population indigène de l'Empordà et des territoires limitrophes, *Documents d'archéologie méridionale*, 16 : 19-25.

SANMARTÍ, J.; ASENSIO, D. (2005): Fenicis i púnics al territori de Catalunya: cinc segles d'interacció colonial, *Fonaments*, 12: 89-105.

SANMARTÍ, J.; SANTACANA, J. (2003): *Els ibers del nord*. Barcelona.

SANMARTÍN, J. (2004): Reyes y sufetes: una etiología del poder político en las sociedades vetero-orientales, *Estudios Orientales 5-6: El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material. Actas del II Congreso Internacional del Mundo Púnico*. Cartagena: 417-424.

SANTACANA, J. (1994): Difusión, aculturación e invasión: Apuntes para un debate sobre la formación de las sociedades ibéricas en Catalunya, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *VIII Jornadas de arqueología fenicio-púnica: Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos*. Eivissa: 145-163.

SANTACANA, J.; BELARTE, C. (2004): Cabdills, estats i vi en la cruïlla de la protohistòria ibèrica, COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H. (eds.) *Colonialismo e interacción cultural: el impacto fenicio púnico*

en las sociedades autóctonas de Occidente. XVIII Jornadas de arqueología fenicio-púnica. Eivissa: 127-144.

SANTAGATI RUGGERI, E. (1997): *Un re tra Cartagine e i Mamertini, Pirro e la Sicilia.* Macerata.

SCARDIGLI, B. (1991): *I trattati romano-cataginesi.* Pisa.

SCHÜTRUMPF, E. (1994): Aristotle on Sparta, POWEL, A.; HODKINSON, S. (eds.) *The Shadow of Sparta.* London: 323-345.

SCHWARTZ, A. (2009): *Reinstating the hoplite. Arms, Armour and Phalanx Fighting in Archaic and Classical Greece.* Stuttgart.

SCOPACASA, R. (2014): Building communities in Ancient Samnium: cult, Ethnicity and nested identities, *Oxford Journal of Archaeology*, 33/1: 69-87.

SCOPACASA, R. (2015): *Ancient Samnium. Settlement, Culture, and Identity between History and Archaeology.* Oxford.

SCULLARD, H.H. (1974): *The Elephant in the Greek and Roman World.* Cambridge.

SEKUNDA, N. (2007): Military Forces. Land Forces, SABIN, P.; VAN WEES, H.; WHITBY, M. (eds.) *The Cambridge History of Greek and Roman warfare*, vol. 1 Cambridge: 325-355.

SERRATTI, J. (2000): *Sicily from pre-greek times to the fourth century.* Edinburgh.

SIKES, S. (1971): *The Natural History of the African Elephant.* London.

SORDI, M. (1980): I rapporti fra Dionigi I e Cartagine fra la pace del 405/4 e quella del 392/1, *Aevum*, 54/1: 23-34.

SORDI, M. (1981): Ermocrate di Siracusa. Demagogo e tiranno mancato, *Scritti in honore di F. Grosso.* Roma: 595-600.

SORDI, M. (1981-1982): I Galli in Apulia, *Invigilata Lucernis*, 3-4: 5-11.

SZNYCER, M. (1975): L'”Assemblée du peuple” dans les cités puniques, *Semitica*, XXV: 47-68.

SZNYCER, M. (1990): Les titres puniques des fonctions militaires a Carthage, *Actes du IVè colloque international sur l'Histoire et l'Archéologie de l'Afrique du Nord*, CTHS: 113-121.

STAGER, L.E. (1992): Le tophet et le port commercial, ENNABLI, A. (dir.) *Pour sauver Carthage.* Paris/Tunis: 73-78.

- STYLIANOU, P.J. (1998): *A Historical Commentary on Diodorus Siculus Book 15*. Oxford.
- TAGLIAMONTE, G. (1994): *I figli di Marte. Mobilità, mercenari e mercenariato italici in Magna Grecia e Sicilia*. Roma.
- TALBERT, R. (2000): *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*. Princeton/Oxford.
- TAULBEE, J.L. (1998): Mercenaries and citizens: A comparison of the armies of Carthage and Rome, *Small Wars and Insurgencies*, 9/3: 1-16.
- TORELLI, M. (1986): History: Land and People, BONFANTE, L. (ed.) *Etruscan Life and Afterlife: A Handbook of Etruscan Studies*. Detroit: 47-65.
- TORELLI, M. (1996 (1981)): *Historia de los etruscos*. Barcelona.
- TORRES ESBARRANCH, J. J. (1990): *Historia de la Guerra del Peloponeso. Libros I-II*. Madrid.
- TORRES ESBARRANCH, J. J.; GUZMÁN HERMIDA, J. M. (2012): *Biblioteca histórica. Libros XV-XVII*. Madrid.
- TORTOSA, T. (2001): La dialéctica con el más allá a través de una tumba ilicitana, *En el umbral del más allá. Una tumba ibérica d'Elx*. Elche: 29-46.
- TRÉZINY, H. (2005): Les colonies grecques de Méditerranée Occidentale, *Histoire urbaine*, 13: 51-66.
- TRÉZINY, H. (2006): Marseille et hellénisation du Midi: regards sur l'architecture et l'urbanisme de la Gaule méridionale à l'époque hellénistique, *Pallas*, 70: 163-186.
- TRÉZINY, H. (2012): Topography and town planning in ancient Marseilles, HERMARY, A.; TSETSKHLADZE, G.R. (eds.) *From the Pillars of Hercules to the footsteps of the Argonauts*. Leuven-Paris-Walpole: 83-107.
- TSIRKIN, Yu.B. (1986): Carthage and the problem of polis, *Rivista di studi fenici*, 14: 129-141.
- TSIRKIN, Yu. B. (1988): The economy of Carthage, *Cartago. Estudia Phoenicia*, 6: 125-135.
- TSIRKIN, Yu. B. (1991): El tratado de Asdrubal con Roma, *Polis*, 3: 147-152.
- TUSA, V. (1982-1983): I cartaginesi nella Sicilia occidentale, *Kokalos*, 28-29: 131-146.
- TUSA, V. (1990-1991): L'epicrazia punica in Sicilia, *Kokalos*, 36-37: 165-174.

TUSA, S.; ROYAL, J. (2012): The landscape of the naval battle at the Egadi Islands (241 B.C.), *Journal of Roman Archaeology*, 25: 7-48.

UNTERMANN, J. (1992): Los etnónimos de la Hispania Antigua y las lenguas preromanas de la Península Ibérica, *Complutum* 2-3: *Paleoetnología de la Península Ibérica*: 19-34.

VACANTI, C. (2012): *Guera per la Sicilia e Guerra della Sicilia. Il ruolo delle città siciliane nel primo conflitto romano-punico*. Napoli.

VAN DEN BRANDEN, A. (1977): Quelques notes concernant l'inscription CIS 5510, *Rivista di Studi Fenici*, 5: 139-145.

VAN DOMMELLEN, P. (2006): Punic Farms and Carthaginian colonists: surveying Punic rural settlements in the central Mediterranean, *Journal of Roman Archaeology*, 19: 8-28.

VAN WEES, H. (2004): *Greek Warfare. Myths and Realities*. London.

VANOTTI, G. (2005): L'Ermocrate di Diodoro: un leader “dimezzato”, BEARZOT,C.; LANDUCCI, F. (eds.) *Diodoro e l'altra Grecia. Macedonia, Occidente Ellenismo nella Biblioteca Storica*. Milán: 257-281.

VASALLO, S (2010): La battaglie di Himera alla luce degli scavi nella necropoli occidentali e alle fortificazioni. I luoghi, i protegostri, *Sicilia Antiqua*, 7: 17-38.

VASALLO, S (2014): Un'offerta di schinieri di un mercenario iberico nella battaglia di Himera del 480 a.C., *Sicilia Antiqua*, 11: 533-540.

VELAZA FRÍAS, J. (2009): Escritura, autorrepresentación y poder en el mundo ibérico, *Cultura escrita y sociedad*, 9: 144-167.

VIDAL, J. (2011): Las funciones del *rb mgdlm* en Ugarit, J. A. BELMONTE; J. OLIVA (eds.): *Esta Toledo, aquella Babilonia. Convivencia e interacción en las sociedades del Oriente y del Mediterráneo Antiguos*: 293-300.

VIDAL, J. (2014): Mercenarios en los ejércitos paleobabilónicos, ESPINO, A. (ed.) *Nuevas fronteras de la Historia de la guerra*: 1-14.

VILLARONGA, L. (1973): *Las monedas hispano-cartaginesas*, Barcelona.

VILLARONGA, L. (1983): 'Diez años de novedades en la numismática hispano-cartaginesa 1973-83, *Suppl. Rivista di Studi Fenici*, 11: 57-73.

VILLARONGA, L. (2000): *Les monedes de plata d'Emporion, Rhode i les seves imitacions. De principi del segle III fins a l'arribada dels romans, el 218 aC.* Barcelona.

VISONÀ, P. (1985): Punic and Greek Bronze coins from Carthage, *American Journal of Archaeology*, 89/4: 671-675.

VITA, J.P. (1995): *El ejército de Ugarit.* Madrid.

VITA, J.P. (2003): El soldado, ZAMORA, J.A. (ed.) *El hombre fenicio. Estudios y materiales.* Roma: 69-77.

VITALI, V.; GIFFORD, J.A.; DJINDJIAN, F.; RAPP, G. (1992): A formalized approach to analysis of Geoarchaeological sediment samples: the location of the Early Punic Harbor at Carthage, Tunisia, *Geoarchaeology*, 7/6: 545-581.

WALBANK, F.W. (1984): *A historical commentary on Polybius*, vol. I. Oxford.

WARMINGTON, B.H. (1969): *Carthage.* London.

WHITTAKER, C. R. (1978): Carthaginian imperialism in the fifth and fourth centuries, GARNSEY, P.D.A.; WHITTAKER, C.R. (eds.) *Imperialism in the Ancient World:* 59-90.

YNTERNA, D. (2009): Material culture and plural identity in early Roman Southern Italy, DERKS, T.; ROYMANS, N. (eds.) *Ethnic Constructs in Antiquity: The Role of Power and Tradition.* Amsterdam: 145-166.

Anexo 1: Pasaje de Aristóteles aludiendo a la constitución cartaginesa

πολιτεύεσθαι δὲ δοκοῦσι καὶ Καρχηδόνιοι καλῶς καὶ πολλὰ περιπτῶς πρὸς τοὺς ἄλλους, μάλιστα δ' ἔνια παραπλησίως τοῖς Λάκωσιν. αὗται γὰρ αἱ τρεῖς πολιτεῖαι ὀλλήλαις τε σύνεγγύς πώς εἰσι καὶ τῶν ἄλλων πολὺ διαφέρουσιν, ἡ τε Κρητικὴ καὶ ἡ Λακωνικὴ καὶ τρίτη τούτων ἡ τῶν Καρχηδονίων. καὶ πολλὰ τῶν τεταγμένων ἔχει παρ' αὐτοῖς καλῶς: σημεῖον δὲ πολιτείας συντεταγμένης τὸ τὸν δῆμον ἐκουσίον διαμένειν ἐν τῇ τάξει τῆς πολιτείας, καὶ μήτε στάσιν, ὅ τι καὶ ἄξιον εἰπεῖν, γεγενῆσθαι μήτε τύραννον. ἔχει δὲ παραπλήσια τῇ Λακωνικῇ πολιτείᾳ τὰ μὲν συσσίτια τῶν ἑταῖριῶν τοῖς φιδιτίοις, τὴν δὲ τῶν ἑκατὸν καὶ τεττάρων ἀρχὴν τοῖς ἐφόροις (πλὴν ὅ οὐ χεῖρον: οἱ μὲν ἐκ τῶν τυχόντων εἰσί, ταύτην δ' αἱροῦνται τὴν ἀρχὴν ἀριστίνδην), τοὺς δὲ βασιλεῖς καὶ τὴν γερουσίαν ἀνάλογον τοῖς ἐκεῖ βασιλεῦσι καὶ γέρουσιν: καὶ βέλτιον δὲ τοὺς βασιλεῖς μήτε καθ' αὐτὸν εἶναι γένος μήτε τοῦτο τὸ τυχόν, εἴτε διαφέρον ... ἐκ τούτων αἱρετοὺς μᾶλλον ἥ καθ' ἡλικίαν. μεγάλων γὰρ κύριοι καθεστῶτες, ἀν εὔτελεῖς ὥσι μεγάλα βλάπτουσι, καὶ ἔβλαψαν ἥδη τὴν πόλιν τὴν Λακεδαιμονίων.

τὰ μὲν οὖν πλεῖστα τῶν ἐπιτιμηθέντων ἀν διὰ τὰς παρεκβάσεις κοινὰ τυγχάνει πάσαις ὅντα ταῖς εἱρημέναις πολιτείαις: τῶν δὲ παρὰ τὴν ὑπόθεσιν τῆς ἀριστοκρατίας καὶ τῆς πολιτείας τὰ μὲν εἰς δῆμον ἐκκλίνει μᾶλλον, τὰ δ' εἰς ὀλιγαρχίαν. τοῦ μὲν γὰρ τὰ μὲν προσάγειν τὰ δὲ μὴ προσάγειν πρὸς τὸν δῆμον οἱ βασιλεῖς κύριοι μετὰ τῶν γερόντων, ἀν ὁμογνωμονῶσι πάντες, εἰ δὲ μή, καὶ τούτων ὁ δῆμος. ἂν δ' ἀν εἰσφέρωσιν οὗτοι, οὐ διακοῦσαι μόνον ἀποδιδόσαι τῷ δῆμῳ τὰ δόξαντα τοῖς ἀρχούσιν, ἀλλὰ κύριοι κρίνειν εἰσὶ καὶ τῷ βουλομένῳ τοῖς εἰσφερομένοις ἀντειπεῖν ἔξεστιν, ὅπερ ἐν ταῖς ἑτέραις πολιτείαις οὐκ ἔστιν. τὸ δὲ τὰς πενταρχίας κυρίας οὕσας πολλῶν καὶ μεγάλων ὑφ' αὐτῶν αἱρετὰς εἶναι, καὶ τὴν τῶν ἑκατὸν ταύτας αἱρεῖσθαι, τὴν μεγίστην ἀρχὴν, ἔτι δὲ ταύτας πλείονα ἄρχειν χρόνον τῶν ἄλλων (καὶ γὰρ ἔξεληλυθότες ἀρχούσι καὶ μέλλοντες) ὀλιγαρχικόν, τὸ δὲ ἀμίσθους καὶ μὴ κληρωτὰς ἀριστοκρατικὸν θετέον, καὶ εἴ τι τοιοῦτον ἔτερον, καὶ τὸ τὰς δίκας ὑπὸ τῶν ἀρχείων δικάζεσθαι πάσας (καὶ μὴ ἄλλας ὑπ' ἄλλων, καθάπερ ἐν Λακεδαιμονίῳ) . παρεκβαίνει δὲ τῆς ἀριστοκρατίας ἡ τάξις τῶν Καρχηδονίων μάλιστα πρὸς τὴν ὀλιγαρχίαν κατά τινα διάνοιαν ἥ συνδοκεῖ τοῖς πολλοῖς: οὐ γὰρ μόνον ἀριστίνδην ἀλλὰ καὶ πλουτίνδην οἰονται δεῖν αἱρεῖσθαι τοὺς ἀρχοντας: ἀδύνατον γὰρ τὸν ἀποροῦντα καλῶς ἀρχεῖν καὶ σχολάζειν. εἴπερ οὖν τὸ μὲν αἱρεῖσθαι πλουτίνδην ὀλιγαρχικόν τὸ δὲ κατ' ἀρετὴν ἀριστοκρατικόν, αὕτη τις ἀν εἴη τάξις τρίτη, καθ' ἥνπερ συντέτακται καὶ τοῖς Καρχηδονίοις τὰ περὶ τὴν πολιτείαν: αἱροῦνται γὰρ εἰς δύο ταῦτα βλέποντες, καὶ μάλιστα τὰς μεγίστας, τούς τε βασιλεῖς καὶ τοὺς στρατηγούς.

δεῖ δὲ νομίζειν ἀμάρτημα νομοθέτου τὴν παρέκβασιν εἶναι τῆς ἀριστοκρατίας ταύτην. ἔξ ἀρχῆς γὰρ τοῦθ' ὄρᾶν ἔστι τῶν ἀναγκαιοτάτων, ὅπως οἱ βέλτιστοι δύνωνται σχολάζειν καὶ μηδὲν ἀσχημονεῖν, μὴ μόνον ἀρχοντες ἀλλὰ μηδ' ιδιωτεύοντες. εἰ δὲ δεῖ βλέπειν καὶ πρὸς εύποριαν χάριν σχολῆς, φαῦλον τὸ τὰς μεγίστας ὡνητὰς εἶναι τῶν ἀρχῶν, τὴν τε βασιλείαν καὶ τὴν στρατηγίαν. ἔντιμον γὰρ ὁ νόμος οὗτος ποιεῖ τὸν πλοῦτον μᾶλλον τῆς ἀρετῆς, καὶ τὴν πόλιν ὅλην φιλοχρήματον. ὅ τι δ' ἀν ὑπολάβῃ τίμιον εἶναι τὸ κύριον, ἀνάγκη καὶ τὴν τῶν ἄλλων πολιτῶν δόξαν ἀκολουθεῖν τούτοις. ὅπου δὲ μὴ μάλιστα ἀρετὴ τιμᾶται, ταύτην οὐχ οἶόν τε βεβαίως ἀριστοκρατεῖσθαι τὴν πολιτείαν. ἐθίζεσθαι δ' εὐλογον κερδαίνειν τοὺς ὡνουμένους, ὅταν δαπανήσαντες ἀρχωσιν: ἄτοπον γὰρ εἰ πένης μὲν ὧν ἐπιεικής δὲ βουλήσεται κερδαίνειν, φαυλότερος δ' ὧν οὐ βουλήσεται δαπανήσας. διὸ δεῖ τοὺς δυναμένους ἀριστ' ἀρχεῖν, τούτους

ἄρχειν. βέλτιον δ', εἰ καὶ προεῖτο τὴν εύπορίαν τῶν ἐπιεικῶν ὁ νομοθέτης, ἀλλὰ ἀρχόντων γε ἐπιμελεῖσθαι τῆς σχολῆς. φαῦλον δ' ἀν δόξειεν εἶναι καὶ τὸ πλείους ἀρχὰς τὸν αὐτὸν ἄρχειν: ὅπερ εὔδοκιμεῖ παρὰ τοῖς Καρχηδονίοις: ἐν γάρ ὑφ' ἐνὸς ἔργον ἄριστ' ἀποτελεῖται. δεῖ δ' ὅπως γίνηται τοῦθ' ὄρᾶν τὸν νομοθέτην, καὶ μὴ προστάττειν τὸν αὐτὸν αὐλεῖν καὶ σκυτοτομεῖν. ὥσθ' ὅπου μὴ μικρὰ ἡ πόλις, πολιτικώτερον πλείονας μετέχειν τῶν ἀρχῶν, καὶ δημοτικώτερον: κοινότερον τε γάρ καθάπερ εἴπομεν καὶ κάλλιον ἔκαστον ἀποτελεῖται τῶν αὐτῶν καὶ θᾶττον. δῆλον δὲ τοῦτο ἐπὶ τῶν πολεμικῶν καὶ τῶν ναυτικῶν: ἐν τούτοις γάρ ἀμφοτέροις διὰ πάντων ὡς εἰπεῖν διελήλυθε τὸ ἄρχειν καὶ τὸ ἄρχεσθαι. ὀλιγαρχικῆς δ' οὕσης τῆς πολιτείας ἄριστα ἐκφεύγουσι τῷ πλουτεῖν αἱεί τι τοῦ δήμου μέρος, ἐκπέμποντες ἐπὶ τὰς πόλεις. τούτῳ γάρ ἰῶνται καὶ ποιοῦσι μόνιμον τὴν πολιτείαν. ἀλλὰ τοutί ἐστι τύχης ἔργον, δεῖ δὲ ἀστασιάστους εἶναι διὰ τὸν νομοθέτην. νῦν δέ, ἀν ἀτυχία γένηται τις καὶ τὸ πλῆθος ἀποστῇ τῶν ἀρχομένων, ούδεν ἐστι φάρμακον διὰ τῶν νόμων τῆς ἡσυχίας. περὶ μὲν οὖν τῆς Λακεδαιμονίων πολιτείας καὶ Κρητικῆς καὶ τῆς Καρχηδονίων, αὕτη δικαίως εὔδοκιμοῦσι, τοῦτον ἔχει τὸν τρόπον. Aris. *Pol.* II, 1272b-1273b

Eje cronológico 410 - 200 a.n.e. en el Mediterráneo Occidental

